

LAS CRÓNICAS DE
SHANNARA

LIBRO 8

EL PRIMER REY DE SHANNARA

TERRY BROOKS



Lectulandia

Descubre los orígenes del mundo de Shannara.

Tras la Primera Guerra de las Razas, los druidas de Paranor consagraron sus vidas al estudio de las antiguas ciencias, pero Bremen y sus pupilos continuaron practicando las artes arcanas. Como castigo, Bremen es expulsado de las tierras de los druidas.

En el exilio, advierte que una terrible amenaza se cierne sobre las Tierras del Norte, donde unas fuerzas oscuras comandadas por un antiguo druida avanzan hacia el sur con el fin de someter a las gentes de las Cuatro Tierras.

Tras infiltrarse en sus filas para estudiar al enemigo y conocer sus poderes, Bremen descubrirá que solo el arma más poderosa de las Cuatro Tierras podrá acabar con Brona, el malvado Señor de los Brujos, y para dar con ella, necesitará la ayuda de todas las razas.

Lectulandia

Terry Brooks

**El primer rey de Shannara
(Colección Oz Nébula)**

**Las crónicas de Shannara. Precuela de la Trilogía de
Shannara - 1**

ePub r1.0

Titivillus 10.06.2019

Título original: *First King of Shannara*
Terry Brooks, 1996
Traducción: Cristina Riera Carro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

*Para Melody, Kate, Lloyd, Abby y Russell,
libreros extraordinarios*

LA CAÍDA DE PARANOR



El anciano apareció de la nada como por arte de magia. El fronterizo estaba esperándolo, sentado al amparo de las sombras de un árbol de madera noble que se extendía y lo ocultaba. Se había situado en la parte alta de la ladera de la montaña, desde donde podía otear todo Streleheim y los caminos que de allí partían. A la luz de la luna llena se divisaba todo en un radio de diez millas a la redonda y, aun así, no lo había visto. Le inquietaba y a la vez le hacía sentirse un tanto avergonzado, y el hecho de que siempre que se encontraban ocurriera del mismo modo no lo hacía más llevadero. ¿Cómo lo conseguía el anciano? El fronterizo se había pasado la mayor parte de la vida en esas tierras y seguía vivo gracias a su ingenio y experiencia. Había visto cosas que muchos otros ni siquiera sabían que existían. Era capaz de discernir los movimientos de los animales a partir de su marcha entre la hierba alta. Podía decir con certeza a cuánta distancia se encontraban y a qué velocidad avanzaban. Y aun así era incapaz de ver al anciano durante la noche más clara y en la llanura más despejada, por mucho que supiera que debía buscarlo.

Tampoco ayudaba que el anciano diese con él con tanta facilidad. Se alejó a propósito del camino y se dirigió hacia el fronterizo con zancadas lentas y comedidas, con la cabeza un poco gacha y la vista, que se entreveía por debajo de la sombra de la cogulla, alzada. Iba de negro, como cualquier druida, con capa y capucha, envuelto en una oscuridad aún más impenetrable que las sombras que lo rodeaban. No era un hombre grandullón, ni siquiera era alto o musculoso, pero daba la impresión de ser fuerte y con una determinación férrea. Cuando se le veían los ojos, eran de un tono verdoso. Pero, a veces, también parecía que los tuviera blancos como la leche, sobre todo en ese momento, cuando la noche se llevaba los colores y lo reducía todo a un abanico de tonos grises. Le brillaban como la mirada de un animal

iluminada por un rayo de luz: salvajes, penetrantes e hipnóticos. La luz también alumbraba el rostro del anciano y le esculpía las profundas líneas que lo surcaban, desde la frente hasta la barbilla, como un revoltijo de crestas y valles marcados en aquella piel desgastada. Su cabello y barba eran grises, pero se estaban tornando blancos, y cada pelo era ralo y delgado, como los hilos enredados de una telaraña.

El fronterizo abandonó el escondite y se levantó despacio. Era alto y larguirucho, con una espalda ancha. Tenía el pelo largo y negro, anudado en una coleta. Sus ojos marrones brillaban con una mirada aguda y fija, y el rostro delgado era un conjunto de planos y ángulos, aunque atractivo dentro de su tosquedad.

El semblante del anciano se contrajo en una sonrisa cuando se le acercó.

—¿Cómo te encuentras, Kinson? —lo saludó.

El sonido familiar de su voz se llevó la irritación de Kinson Ravenlock como polvo que arrastra el viento.

—Me encuentro bien, Bremen —le contestó, y le ofreció la mano como respuesta.

El anciano la aceptó y se la estrechó con firmeza. Tenía la piel seca y áspera debido al paso de los años, pero el agarre era fuerte.

—¿Cuánto llevas esperando?

—Algo así como tres semanas, lo que no es tanto como había imaginado. ¡Vaya sorpresa me has dado! Aunque eso no es novedad, claro.

Bremen soltó una carcajada. Cuando se separaron, hacía ya seis meses, habían acordado que se reunirían de nuevo con la llegada de la primera luna llena de la cuarta estación, al norte de Paranor, justo donde el bosque cedía el paso a las llanuras de Streleheim. Habían convenido el momento y el lugar del encuentro, aunque no era algo fijo. Ambos eran conscientes de la incertidumbre a la que se enfrentaba el anciano. Bremen se había dirigido al norte y se había adentrado en tierras prohibidas. El momento y el lugar de su retorno estaría condicionado por sucesos que ninguno de ellos dos conocía en el momento de fijar la reunión. Para Kinson, haberse visto obligado a aguardar tres semanas no era nada. Habrían podido ser tres meses perfectamente.

El druida lo observó con esa mirada penetrante, blanca bajo la luz de la luna, desprovista de cualquier otro color.

—¿Has aprendido mucho durante mi ausencia? ¿Has empleado bien el tiempo?

El fronterizo se encogió de hombros.

—En parte. Siéntate conmigo y descansa. ¿Has comido?

Le ofreció al anciano un trozo de pan y un poco de cerveza y ambos se sentaron encorvados en la oscuridad, sin dejar de vigilar las anchas llanuras que se extendían ante ellos. Allí reinaba el silencio, vacío, eterno e inmenso bajo la bóveda celeste nocturna que resplandecía a la luz de la luna. El anciano masticaba distraído, tomándose su tiempo. El fronterizo no había encendido un fuego esa noche, ni ninguna otra desde que había comenzado a aguardar el retorno del druida. Una hoguera llamaría demasiado la atención como para que valiese la pena arriesgarse.

—Los trolls se dirigen hacia el este —explicó Kinson, al cabo de un rato—. Son miles y miles, más de los que pude llegar a contar. Hace unas cuantas semanas, cuando estaban cerca de donde ahora estamos, bajé a su campamento mientras había luna nueva. Sus números crecen, y a algunos los mandan a servir a un lugar que desconozco. Controlan todo el territorio desde el norte de Streleheim hasta más allá de donde me he atrevido a aventurarme. —Hizo una pausa—. ¿Has descubierto algo que diga lo contrario?

El druida sacudió la cabeza. Se había echado la capucha hacia atrás y la melena gris reflejaba la luz de la luna.

—No. Ahora todo ese territorio le pertenece.

Kinson le lanzó una mirada perspicaz.

—Entonces...

—¿Qué más has visto? —le urgió el anciano, interrumpiéndolo.

El fronterizo agarró el odre de cerveza y bebió.

—Los líderes del ejército están encerrados en las tiendas, nadie los ve. Los trolls tienen miedo incluso de pronunciar sus nombres, lo que me extraña. Hasta donde yo sé, no hay nada que asuste a los trolls de las rocas. Excepto ellos, al parecer. —Miró al anciano—. Por la noche, a veces, mientras vigilo, diviso sombras extrañas que revolotean por el cielo bajo la luz de la luna y las estrellas. Seres alados y negros atraviesan el vacío, cazando, vigilando o protegiendo lo que ya han tomado; no lo sé con seguridad y tampoco quiero saberlo. Sin embargo, los intuyo. Incluso ahora, están ahí, dando vueltas en círculo. Siento su presencia como si fuera un picor que me recorre todo el cuerpo. No, un picor no; como si tuviera escalofríos, del tipo que tienes cuando notas que hay alguien que te está observando y sabes que tiene malas intenciones. Se me eriza la piel. No me han visto, porque si lo hubieran hecho, sé que estaría muerto.

Bremen asintió.

—Son Portadores de la Calavera, obligados a servirle solo a él.

—Entonces ¿está vivo? —Kinson no pudo contenerse—. ¿Estás seguro? ¿Lo has comprobado?

El druida dejó a un lado la cerveza y el pan y se colocó frente a frente con él. Tenía la mirada perdida, llena de recuerdos oscuros.

—Está vivo, Kinson. Tan vivo como tú y como yo. Le seguí la pista hasta su guarida, en la profundidad de las montañas del Filo del Cuchillo, donde nace el Reino de la Calavera. Al principio no estaba seguro, eso ya lo sabes. Lo sospechaba, creía que así era, pero me faltaban pruebas que lo demostraran. Así que viajé hacia el norte, tal y como habíamos planeado, crucé las llanuras y me adentré en las montañas. Me crucé con cazadores alados mientras avanzaba. Solo salían por la noche y eran como grandes aves rapaces que rondaban al acecho de cualquier cosa viva. Me hice invisible como el aire que surcaban; si me miraban, no veían nada. Creé una capa de magia que me envolvía, pero sin que fuera de un calibre importante, para que no la detectaran en presencia de su misma especie. Seguí hacia el oeste, crucé las tierras de los trolls y las encontré completamente dominadas. Aquellos que se resistían habían sido sentenciados a muerte y quienes habían podido huir, ya lo habían hecho. Los que quedan ahora son sus siervos.

Kinson asintió. Habían pasado seis meses desde que los asaltantes trolls habían peinado el territorio, empezando desde la parte este de las montañas Charnal. Subyugaron a su propio pueblo. Su ejército era extenso y veloz, y en menos de tres meses, toda resistencia había sido aplastada. Las Tierras del Norte se encontraban bajo el mando de un ejército conquistador, cuyo líder era una misteriosa figura de la que se desconocía su identidad. Había rumores al respecto, pero no se habían confirmado. En realidad, pocos sabían que existía. La voz no había corrido más allá de los asentamientos fronterizos de Varfleet y Tyrsis, los puestos de avanzada más recientes de la raza del hombre, aunque las noticias sí que se habían esparcido a este y oeste, hacia las tierras de los enanos y de los elfos. Pero los enanos y los elfos estaban más unidos a los trolls. Los hombres eran la raza marginada, el enemigo más nuevo de las otras. Todavía se recordaba la Primera Guerra de las Razas, aunque ya habían transcurrido trescientos cincuenta años desde su final. Los hombres vivían aparte, en las ciudades lejanas de las Tierras del Sur, como el conejo que sale disparado a esconderse en su madriguera bajo tierra, tímido, inofensivo e irrelevante con respecto al desarrollo de los hechos importantes; eran comida para los depredadores y poco más.

«Pero no es mi caso», pensó Kinson, con aire lúgubre. «No soy ningún conejo, nunca lo he sido. He huido de ese destino. Me he convertido en un

cazador».

Bremen se removió y cambió su peso de lado buscando un poco de comodidad.

—Me adentré en las profundidades de las montañas, buscándolo — continuó, de nuevo perdido en su historia—. Cuanto más me adentraba, más convencido estaba. Había Portadores de la Calavera por doquier. También había otros engendros, criaturas invocadas del reino de los espíritus, entes muertos devueltos a la vida, el mal hecho ser. Me mantuve alejado de todos ellos, vigilante y cauto. Sabía que, si me descubrían, seguramente la magia no sería suficiente para salvarme. La oscuridad que había allí era abrumadora, opresiva y empañada del olor y el sabor a muerte. Al final, llegué a la Montaña de la Calavera; fue una visita rápida, era todo a lo que me podía arriesgar. Me metí sin que me vieran por los corredores y encontré lo que había estado buscando. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Y mucho más, Kinson. Mucho más, y ninguna de las cosas que encontré presagian nada bueno.

—Pero ¿él estaba allí? —preguntó Kinson, ansioso, con una expresión vehemente de cazador y un resplandor en los ojos.

—Estaba allí —confirmó el druida en voz baja—. Se envolvía en su magia y se mantenía con vida gracias al Sueño del Druida. No lo usa con prudencia, Kinson. Cree que está por encima de las leyes de la naturaleza. No ve que, cualquiera, no importa cuán fuerte sea, tiene que pagar un precio por todo aquello que usurpa y esclaviza. O quizá es que no le importa, sencillamente. Ha caído bajo el influjo del Ildatch y no puede liberarse, haga lo que haga.

—¿Es el libro de magia que robó y se llevó de Paranor?

—Sí, hace cuatrocientos años. En aquel entonces, él solo era Brona, un druida más, uno de los nuestros; todavía no se había convertido en el Señor de los Brujos.

Kinson Ravenlock conocía la historia. Bremen se la había contado, aunque la historia era tan conocida entre las razas que ya la había oído un millón de veces. Galáfilo, un elfo, había convocado el primer Consejo de los Druidas hacía quinientos años, casi un millar de años después de la devastación que habían provocado las Grandes Guerras. El Consejo se había reunido en Paranor, se habían congregado los hombres y mujeres más sabios de todas las razas, aquellos que recordaban cosas del antiguo mundo, aquellos que aún conservaban algunos libros tan destrozados que se desmenuzaban, aquellos cuyos conocimientos habían sobrevivido a un millar de años de

barbarie. El Consejo se había reunido en un último intento desesperado de sacar a las razas de la violencia que las consumía y conducir las hacia una nueva y mejorada civilización. Codo con codo, los druidas habían emprendido la tarea laboriosa de recopilar todo su conocimiento, de reunir todo lo que quedaba para que fuera empleado para el bien común. El objetivo de los druidas era trabajar para la mejora de los pueblos, sin tener en cuenta el pasado. Había hombres, gnomos, enanos, elfos, trolls y más; los mejores y los más sabios de todas las nuevas razas que habían resurgido de las cenizas de las anteriores. Todo aquel que poseyera un conocimiento del que se podía extraer algo de sabiduría tenía una oportunidad.

Pero la empresa resultó larga y difícil, y algunos druidas empezaron a impacientarse. Entre ellos había uno llamado Brona. Era brillante, ambicioso, pero también negligente en lo que a su propia seguridad respectaba, así que empezó a experimentar con la magia. En el viejo mundo había habido muy poca, una rareza casi inexistente desde el deterioro y caída del reino de la magia y el auge del hombre. Sin embargo, Brona creía que debía recuperarse y reutilizarse. Las antiguas ciencias habían fallado, la destrucción del antiguo mundo era el resultado directo de ese fracaso y las Grandes Guerras habían sido una lección que los druidas parecían obcecados en ignorar. La magia les ofrecía un nuevo modo de abordarlo y los libros que la enseñaban eran más viejos y estaban más desgastados que aquellos que trataban acerca de las antiguas ciencias. Entre todas las obras que trataban sobre magia, el más importante era el Ildatch, un tomo gigantesco y mortífero que había sobrevivido a todos los cataclismos que se habían producido desde los albores de la civilización, protegido por hechizos infames y movido por necesidades secretas. En esas páginas antiguas, Brona había encontrado las respuestas que había estado buscando: las soluciones de los problemas que los druidas querían remediar. Y había decidido que poseería sus secretos, lo que determinaría las medidas que tomaría más adelante.

Otros druidas lo alertaron sobre los peligros que eso comportaba, pues no eran tan impetuosos y recordaban las lecciones que la historia les había enseñado: nunca había existido una forma de poder que no comportara múltiples consecuencias. Nunca había existido una espada con un único filo. «Sé prudente», le advirtieron. «No seas insensato». Sin embargo, no pudieron disuadir a Brona ni a aquellos pocos seguidores que se le habían unido y, al final, rompieron con el Consejo. Desaparecieron y se llevaron el Ildatch, que constituía el mapa hacia su nuevo mundo, la llave de las puertas que iban a abrir.

Sin embargo, al final, solo los condujo hacia su propia subversión. Cayeron bajo el influjo del poder del libro y cambiaron para siempre. Terminaron deseando el poder por el poder y lo usaron para su propio beneficio. Habían olvidado todo lo demás, habían abandonado cualquier otro objetivo. La Primera Guerra de las Razas fue la consecuencia directa. La raza de los hombres fue la herramienta que emplearon; los sometieron a su voluntad mediante la magia y los moldearon hasta convertirlos en su arma. Pero su tentativa fue frustrada por el Consejo Druida y el poder combinado del resto de las razas. Los agresores fueron derrotados y se desterró a la raza de los hombres al sur, al exilio y al aislamiento. Brona y sus acólitos desaparecieron. Se dijo que habían sido destruidos por la magia.

—Qué ilusos —exclamó Bremen de pronto—. El Sueño del Druida lo ha mantenido vivo, pero se cobró su corazón y su cuerpo, y dejó solo una cáscara. Todos estos años, hemos creído que estaba muerto. Y lo estaba, en cierto modo, pero la parte que ha sobrevivido ha sido la maligna, aquella que la magia llegó a dominar. Esa es la parte que todavía busca poder gobernar el mundo entero y todas las cosas que viven en él, la que ansía el poder por encima de cualquier otra cosa. ¿Qué le importaba el precio que tuvo que pagar por hacer un uso irresponsable del Sueño del Druida? ¿Qué suponen para él los cambios si consigue extender una vida que ya hace tiempo que perdió? Brona se convirtió en el Señor de los Brujos, y el Señor de los Brujos tenía que sobrevivir costara lo que costara.

Kinson no dijo nada. Le preocupaba que Bremen condenara con tanta facilidad el mal uso del Sueño del Druida por parte de Brona sin llegar a cuestionarse al mismo tiempo cómo él mismo se servía del Sueño, dado que él también lo usaba. Este argüiría que él utilizaba el Sueño de un modo mucho más equilibrado y controlado, que vigilaba las exigencias que este imponía sobre su cuerpo. Argumentaría que el uso del Sueño del Druida era necesario, que lo había hecho solo para asegurarse de seguir allí cuando el Señor de los Brujos regresara. Pero por mucho que Bremen tratara de señalar las diferencias, era un hecho que las últimas consecuencias de su uso eran las mismas, ya fueras el Señor de los Brujos o un druida.

Y, algún día, Bremen tendría que pagar un precio demasiado alto.

—Entonces ¿lo viste? —preguntó el fronterizo, impaciente por continuar la conversación—. ¿Le viste el rostro?

El anciano esbozó una sonrisa.

—Kinson, ya no le queda ni rostro ni cuerpo. Es una presencia, envuelta en una capa con la capucha echada. Un poco como yo, pienso a veces, porque

ahora soy poco más que eso.

—No es cierto —replicó Kinson de inmediato.

—No —coincidió el otro al instante—, no lo es. Aún conservo cierto sentido del bien y el mal y todavía no me he convertido en un esclavo de la magia. Aunque eso es en lo que temes que me convierta, ¿no es así?

Kinson no respondió a la pregunta.

—Cuéntame cómo conseguiste acercarte tanto. ¿Cómo es que no te descubrieron?

Bremen desvió la mirada, que fue a parar a un momento y lugar lejanos.

—No fue fácil —contestó, bajito—. He pagado un alto precio.

Alargó el brazo para agarrar el odre de cerveza y dio un buen trago. La fatiga que reflejaba su expresión era tal que parecía que unos eslabones de hierro le tiraran de la piel.

—Me vi obligado a parecer uno de ellos —continuó, al cabo de un momento—. Tuve que recubrirme de sus pensamientos y sus impulsos, del mal que tienen arraigado al alma. Me rodeé de invisibilidad, de modo que no hubiera constancia de mi presencia física, y solo me quedó el espíritu. Y a este lo envolví de la vileza que caracteriza sus espíritus. Para ello tuve que buscar en las profundidades de mi ser, en la parte más oscura de mí. Ah, veo que te preguntas cómo es eso posible. Créeme, Kinson: el potencial para la maldad se aloja en las profundidades de cualquier hombre, en las más también. Nosotros lo reprimimos mejor, lo mantenemos enterrado mejor, pero vive en nuestro interior. Me vi forzado a sacarlo a la superficie para protegerme. Sentir su roce contra mí, tan cerca, tan ansioso, fue atroz. Pero cumplió su propósito e impidió que el Señor de los Brujos y sus congéneres me descubrieran.

Kinson frunció el cejo.

—Pero te hiciste daño.

—Sí, estuve herido por un tiempo, pero el camino de vuelta me ha brindado la oportunidad de curarme. —El anciano sonrió de nuevo con apenas una breve mueca de sus labios delgados—. El problema es que, una vez se saca de la jaula y llega tan lejos, la maldad del hombre se resiste a ser encerrada de nuevo. Presiona contra los barrotes. Está aún más ansiosa por escapar, más preparada. Y, al haber sentido tan cerca la libertad, soy vulnerable ante la posibilidad de que escape. —Sacudió la cabeza—. La vida nos pone a prueba constantemente, ¿verdad? Esta ha sido solo una de tantas.

El silencio se extendió entre los dos hombres mientras se miraban fijamente el uno al otro. La luna se había desplazado en el cielo hacia el filo

sur del horizonte, oculta ahora a la vista. Las estrellas brillaban a su paso y no había ni una nube en el cielo; un manto brillante de terciopelo negro en aquel silencio impenetrable e inmenso.

Kinson se aclaró la garganta.

—Como has dicho, hiciste lo que debías. Era necesario que te acercaras lo suficiente para poder saber si tus sospechas eran correctas. Ahora lo hemos confirmado. —Hizo una pausa—. Dime, ¿viste el libro también? ¿El Ildatch?

—Estaba allí, lo tenía él en las manos, fuera de mi alcance, o te juro que lo habría agarrado y lo habría destruido, aunque me costara la vida.

El Señor de los Brujos y el Ildatch estaban en el Reino de la Calavera, reales como la vida misma; ya no eran un rumor, no eran una leyenda. Kinson Ravenlock se echó un poco hacia atrás y sacudió la cabeza. Todo era cierto, tal y como él y Bremen habían temido. Y ahora ese ejército de trolls iba a salir de las Tierras del Norte para someter al resto de razas. La historia se repetía de nuevo, como si la Primera Guerra de las Razas empezara otra vez. Pero quizá esta vez no habría nadie que pudiera ponerle punto y final.

—Vaya, vaya —dijo con tristeza.

—Todavía hay más —señaló el druida y alzó los ojos para mirar al fronterizo—. Debes oírlo todo. Esos seres alados están buscando una piedra élfica. Una piedra élfica negra. El Señor de los Brujos descubrió su existencia en algún punto de las páginas de ese maldito libro, donde se la menciona. No es una piedra élfica normal, como las otras de las que hemos oído hablar. No es una de esas tres: una para el corazón, una para la mente y una para el cuerpo de quien las usa. Tampoco une su poder al resto de piedras cuando se la invoca. La magia de esta piedra es capaz de cometer verdaderas atrocidades. Existe cierto misterio en torno al motivo por el que se creó la piedra y al uso que se le pretendía dar, pero todo esto se ha perdido con el paso del tiempo. Aun así, parece que el Ildatch hace referencia explícita e intencionada a las capacidades de esta piedra, y yo tuve la fortuna de enterarme. Mientras me aferraba a las sombras de la pared de la gran cámara, donde los seres alados se reúnen y su señor dicta las órdenes, oí que la mencionaban. —Bremen se inclinó hacia el fronterizo—. Está escondida en algún lugar de las Tierras del Oeste, Kinson, en las profundidades de una antigua fortaleza, protegida de modos que ni tú ni yo podemos imaginar. Ha permanecido escondida desde los tiempos del reino de la magia, perdida en la historia y olvidada, igual que se olvidaron la magia y las gentes que la ejercieron. Ahora espera que la descubran y la usen.

—¿Y qué uso sería ese? —preguntó Kinson, insistente.

—La piedra tiene el poder de socavar el resto de magia, tome la forma que tome, y ponerla al servicio de aquel que la sostiene. No importa cuán poderosa o intrincada sea la magia del otro, si tú tienes la piedra élfica negra, puedes dominar a tu adversario. La piedra filtrará la magia del otro y la hará tuya. Tu adversario quedará completamente a tu merced.

Kinson sacudió la cabeza, con aire de desesperación.

—¿Cómo puede enfrentarse alguien a un arma así?

El anciano soltó una carcajada suave.

—Vamos, vamos, Kinson, tampoco es algo tan simple, ¿verdad? Recuerdas las lecciones, ¿a que sí? Cualquier uso de magia requiere pagar un precio. Siempre acarrea consecuencias y, cuanto más poderosa es la magia, mayores serán las consecuencias. Pero dejemos este debate para otro momento. Lo importante es que no podemos dejar que el Señor de los Brujos posea la piedra élfica negra, porque a él no le importan las consecuencias en absoluto. Ya hace tiempo que cruzó la línea en la que la razón podía influir en sus acciones. De modo que debemos encontrar la piedra élfica negra antes que él, y rápido.

—¿Y cómo lo conseguiremos?

El druida bostezó y se estiró con aire cansado; sus ropajes negros se alzaron y descendieron con un suave frufrú de la tela.

—Desconozco la respuesta a tu pregunta, Kinson. Además, tenemos otros asuntos de los que debemos ocuparnos primero.

—¿Irás a Paranor y te presentarás ante el Consejo Druida?

—Debo hacerlo.

—¿Qué sentido tiene? No van a escucharte. Desconfiarán. Algunos incluso te temen.

El anciano asintió.

—Algunos, pero no todos. Hay un puñado que me escucharán. En cualquier caso, debo intentarlo, ya que corren un grave peligro. El Señor de los Brujos recuerda demasiado bien que ellos fueron los responsables de su caída en la Primera Guerra de las Razas. No se arriesgará a que intervengan por segunda vez, aunque ya no representen una auténtica amenaza para él.

Kinson fijó la vista en la lejanía.

—Aunque sea una estupidez ignorarte, Bremen, eso es precisamente lo que harán. Han perdido todo contacto con la realidad que existe más allá de los muros tras los que se refugian. Hace tanto tiempo que no se aventuran a salir al mundo que ya no son capaces de entender la verdadera envergadura de las cosas. Han perdido su identidad, han olvidado su objetivo.

—Silencio. —Bremen colocó una mano firme en el hombro del otro—. No tiene sentido repetirnos lo que ya sabemos. Haremos lo que podamos y luego retomaremos nuestro camino. —Le dio un apretón con suavidad—. Estoy muy cansado. ¿Te importaría montar guardia unas pocas horas mientras duermo? Después ya podremos irnos.

El fronterizo asintió.

—Haré guardia.

El anciano se levantó, se adentró en las sombras que proyectaba el árbol de ramas anchas y allí se tendió y acomodó sobre su ropa, en un trozo de césped suave. Al cabo de unos minutos se había dormido y la respiración se le tornó profunda y regular. Kinson lo observó. Incluso así, Bremen no cerraba los ojos por completo. Tras esas rendijas finas, se entreveía un resplandor de luz. «Como un gato», pensó Kinson y apartó la mirada rápidamente. Como un gato muy peligroso.

* * *

El tiempo transcurría y la noche se alargaba. La medianoche llegó y pasó. La luna descendía hacia la línea del horizonte y las estrellas giraban en un patrón caleidoscópico infinito sobre la negrura. El silencio se imponía sobre Streleheim como una mortaja y en el vacío de las llanuras no se movía nada. Incluso entre los árboles, donde Kinson Ravenlock montaba guardia, el único sonido que se percibía era la respiración del anciano.

El fronterizo bajó la vista para observar a su compañero. Bremen era un paria tanto como él, tenía sus propias creencias y lo habían exiliado por ser el único capaz de aceptar ciertas verdades.

En ese sentido ambos se parecían, pensó Kinson. Se acordó de la primera vez que se encontraron. El anciano se le acercó en una posada en Varfleet, en busca de sus servicios. Kinson Ravenlock había sido un batidor, rastreador, explorador y aventurero durante al menos veinte años, desde que tenía quince. Había crecido en Callahorn y participaba en la vida de la frontera como miembro de un puñado de familias que permanecieron en las tierras fronterizas cuando el resto de la gente se adentró aún más al sur para distanciarse de su pasado. Tras el término de la Primera Guerra de las Razas, cuando los druidas habían dividido las Cuatro Tierras, dejando a Paranor en la encrucijada, los hombres habían decidido que dejarían una barrera entre ellos y el resto de las razas. Así que, mientras las Tierras del Sur se extendían hacia

el norte hasta los Dientes del Dragón, los hombres abandonaron casi todas las tierras por encima del Lago del Arco Iris. Tan solo un puñado de familias de las Tierras del Sur se habían quedado, porque creían que aquella era su casa y no quisieron trasladarse a las áreas más pobladas, en las tierras que se les había asignado. Los Ravenlock habían sido una de esas familias.

En consecuencia, Kinson había crecido como fronterizo y había vivido donde acababa la civilización, y por esa razón se sentía tan cómodo con los elfos, los enanos, los gnomos y los trolls como con los hombres. Había viajado por las tierras de todos ellos, aprendiendo sus costumbres. Incluso había llegado a dominar sus idiomas. Le interesaba profundamente la historia y había oído cómo la contaban desde los suficientes puntos de vista como para extraer la verdad más importante de todas las que escondía. Bremen también estudiaba la historia y desde el principio coincidieron en ciertas opiniones. Una era que las razas podían llegar a mantener la paz solo si fortalecían los vínculos que las unían, no si se distanciaban. Y otra era que el mayor obstáculo para conseguirlo era el Señor de los Brujos.

Por aquel entonces, cinco años, atrás ya corrían rumores. Había algo maligno que habitaba el Reino de la Calavera, un abanico de bestias y criaturas nunca vistas. Según se decía, había cosas que volaban, monstruos alados que recorrían las tierras por la noche, buscando víctimas a las que cazar. Circulaban historias sobre hombres que habían ido al norte y nunca más se les había vuelto a ver. Los trolls no se acercaban al Filo del Cuchillo ni a al pantano de Malg y ni siquiera intentaban cruzar el Kierlak. Cuando su travesía los acercaba al Reino de la Calavera, se unían en grandes grupos, armados hasta los dientes. No crecía nada en esa parte de las Tierras del Norte. Nada echaba raíces. A medida que el tiempo pasaba, toda esa región devastada se cubrió de nubes y niebla, tornándose árida y yerma. Polvo y rocas. Se decía que ningún ser podía vivir allí. Nadie que estuviera realmente vivo.

La mayoría no se creía esas historias. Muchos ignoraban el tema por completo. En cualquier caso, se trataba de una parte del mundo remota e inhóspita. ¿Qué más daba qué viviera allí o qué no? Sin embargo, Kinson se había adentrado en las Tierras del Norte para descubrirlo por sí mismo. Apenas había conseguido escapar de allí con vida: los seres alados lo habían perseguido durante cinco días tras encontrárselo merodeando en el límite de sus dominios. Tan solo su gran habilidad y algo más que un poco de suerte lo habían salvado.

De modo que, cuando Bremen lo había abordado, él ya estaba convencido de que lo que decía el druida era cierto. El Señor de los Brujos existía. Brona y sus acólitos vivían al norte del Reino de la Calavera. La amenaza que representaba para las Cuatro Tierras no era fruto de la imaginación de la gente. Había algo desagradable que se estaba gestando lentamente.

Había aceptado acompañar al anciano en esos viajes para servirle como segundo par de ojos cuando fueran necesarios, para hacerle de guía y explorador, y para protegerse mutuamente cuando los amenazara algún peligro. Kinson lo había hecho por múltiples razones, pero ninguna era tan imperiosa como el hecho de que por primera vez en la vida tenía la sensación de tener un objetivo. Estaba cansado de ir a la deriva, de vivir sin nada más que hacer que volver a ver lo que ya había visto y no recibir ningún pago por ese privilegio. Estaba aburrido y había perdido el rumbo. Quería un desafío.

Y, sin duda, eso era precisamente lo que Bremen le había ofrecido.

Sacudió la cabeza, asombrado. Le sorprendía lo lejos que habían llegado y lo mucho que aquello los había unido, así como lo que significaban ambas cosas para él.

Por el rabillo del ojo, distinguió un aleteo en la lejanía, en las llanuras vacías de Streleheim. Parpadeó y fijó la vista en la oscuridad, pero no vio nada. Entonces, volvió a aparecer ese movimiento, un revoloteo de oscuridad al amparo de la sombra de un largo barranco. Estaba tan lejos que no podía estar seguro de qué había visto, pero aun así receló en el acto. Sentía un nudo frío en el estómago. Ya había visto movimientos parecidos otras veces, siempre cuando era de noche, siempre en medio de la nada de un lugar desolado cercano a la frontera de las Tierras del Norte.

Se quedó quieto, observando, con la esperanza de estar equivocado. Volvió a divisar el movimiento, esta vez más cerca. Algo se había levantado de la tierra y pendía flotando sobre la forma oscura de la planicie nocturna, para luego descender de nuevo. Podría tratarse de un ave de grandes alas, pero no lo era.

Era un Portador de la Calavera.

A pesar de todo, Kinson esperó, decidido a asegurarse de cuál era el camino que seguía la criatura. De nuevo, la sombra se elevó sobre la tierra, planeó bajo la luz de las estrellas y siguió el barranco durante un trecho hasta que se alejó, acercándose a un ritmo constante hacia donde permanecían ocultos el fronterizo y el druida. Volvió a descender y desapareció en la oscuridad de la tierra.

De pronto, Kinson se dio cuenta, con desazón, de lo que estaba haciendo el Portador de la Calavera: estaba siguiéndole la pista a alguien.

A Bremen.

Entonces, Kinson se volvió deprisa, pero el anciano ya estaba a su espalda, oteando en la lejanía de la noche.

—Estaba a punto de...

—De levantarte —terminó Bremen—. Sí, me he dado cuenta.

Kinson volvió a fijar la mirada en la planicie. No se movía ni un alma.

—¿Lo has visto? —le preguntó, en voz baja.

—Sí. —La voz de Bremen, calmada, también reflejaba que estaba en guardia—. Hay uno que me sigue la pista.

—¿Estás seguro? ¿Seguro de que sigue tu rastro y no el de otro?

—De alguna manera, no tuve el cuidado suficiente cuando salí. —Los ojos de Bremen destellaron—. Sabe que he seguido este camino y busca el lugar adónde he ido. No me vieron cuando estaba en el Reino de la Calavera, de modo que si me descubre es por pura suerte. Debería haber estado más atento cuando crucé las llanuras, pero creía que ya estaba a salvo.

Continuaron vigilando y el Portador de la Calavera reapareció: se elevó hacia el cielo por un momento y planeó en silencio atravesando el paisaje. Luego, volvió a descender hacia las sombras.

—Aún hay tiempo antes de que llegue aquí —susurró Bremen—. Creo que deberíamos irnos. Disimularemos nuestro rastro para confundirlo por si se diera el caso de que decide seguirnos más. Paranor y los druidas nos esperan. Vamos, Kinson.

Ambos se levantaron y retrocedieron hacia las sombras de la otra ladera de la colina, en dirección al bosque. Se marcharon sin hacer el menor ruido, con movimientos suaves y estudiados. Parecía que sus siluetas negras se deslizaban sobre la tierra.

En cuestión de segundos, habían desaparecido de la vista.

2

Caminaron durante lo que quedaba de noche a través del bosque que les ofrecía refugio. Kinson encabezaba la marcha y Bremen era una sombra que seguía sus pasos. Ninguno de los dos abrió la boca, se sentían cómodos en silencio y con la compañía del otro. Aunque no volvieron a ver al Portador de la Calavera, Bremen usó la magia para ocultar sus huellas, la justa para enmascarar que habían pasado por allí sin que llegara a llamar la atención. Pero, al parecer, el cazador alado había optado por no continuar su búsqueda más allá de Streleheim, ya que si lo hubiera hecho, ambos habrían detectado su presencia. Ahora solo percibían la presencia de las criaturas que vivían allí, nada más. Al menos de momento, estaban a salvo.

El paso de Kinson Ravenlock era infatigable, un movimiento fluido, afinado gracias a decenas de años de viajar a pie por las Cuatro Tierras. El fronterizo era grande y fuerte, un hombre en la flor de la vida, que aún podía confiar en los reflejos y la velocidad en caso de que los necesitara. Bremen lo observaba con admiración; le recordaba su propia juventud y le hacía pensar en la larga vida que él mismo había vivido ya. El Sueño del Druida le había proporcionado una mayor longevidad que a la mayoría, más larga de la que tendría según las leyes de la naturaleza, pero no era suficiente. Sentía que la fuerza se le escurría entre los dedos a diario. Todavía era capaz de seguir el paso del fronterizo cuando viajaban, pero ya no le era posible conseguirlo sin la ayuda de un poco de magia. A estas alturas hacía uso de ella en casi cualquier ocasión y era consciente de que el tiempo que le quedaba en este mundo se hacía cada vez más corto.

Con todo, tenía confianza en sí mismo. Siempre la había tenido y eso, más que nada, era lo que lo mantenía con fuerzas y ánimos. Se había unido a los druidas cuando era joven y lo habían educado y le habían enseñado historia y

lenguas antiguas. En aquella época, todo era muy distinto: los druidas se implicaban activamente en la evolución y el desarrollo de las razas, esforzándose para que estas se unieran en pos de unos objetivos comunes. Fue más tarde, hacía menos de setenta años, cuando habían empezado a retractarse de su implicación para dedicarse a estudios confidenciales. Bremen había ido a Paranor a aprender y nunca había querido, ni necesitado, dejar de hacerlo. Sin embargo, aprender requería algo más que pasarse horas encerrado, estudiando y meditando. Era necesario viajar e interactuar con otras gentes; mantener discusiones sobre temas de interés mutuo; ser consciente de la corriente del cambio que conlleva la vida, algo que solo puede conseguirse observando y estando dispuesto a aceptar que las antiguas costumbres quizá no encierren todas las respuestas.

Así que, desde el principio, ya había aceptado que la magia podía ser una forma de poder más manejable y duradera que las ciencias del mundo de antes de las Grandes Guerras. Todo el conocimiento, extraído de la memoria de la gente y de los libros de la época de Galáfilo en adelante, falló a la hora de producir lo que se esperaba de la ciencia. Estaba demasiado fragmentado, demasiado alejado de la época de la civilización a la que se suponía debía servir, unos conocimientos demasiado crípticos para proporcionar la llave que abría las puertas hacia el entendimiento. En cambio, la magia era otro cantar. La magia era más antigua que la ciencia y se podía acceder a ella de un modo más inmediato. Los elfos, que procedían de la misma época que esta, poseían conocimientos en la materia. A pesar de que habían vivido escondidos y aislados durante mucho tiempo, tenían libros y textos mucho más descifrables en lo que respectaba a sus objetivos que aquellos que trataban sobre la ciencia del antiguo mundo. Ciertamente, faltaba mucha información, y la gran magia del viejo mundo se había perdido y no iba a ser fácil recuperarla. Sin embargo, esta ofrecía más esperanzas que la ciencia con la que el Consejo Druida continuaba batallando.

Con todo, el consejo recordaba el precio que habían tenido que pagar durante la Primera Guerra de las Razas por evocar la magia, lo ocurrido con Brona y sus congéneres, y no estaba dispuesto a permitir que eso volviera a suceder. El estudio de la magia estaba permitido, pero se desaconsejaba encarecidamente. Se consideraba una curiosidad que ofrecía pocos instrumentos de utilidad y su práctica en general no se debía adoptar como senda hacia el progreso bajo ninguna circunstancia. Bremen se había opuesto a esta visión y la había rebatido hasta la saciedad, pero sus esfuerzos fueron en vano. La mayor parte de los druidas de Paranor eran conservadores y no

estaban abiertos a la posibilidad de cambiar. «Aprende de tus errores» era la cantinela que entonaban. «No olvides lo peligroso que puede ser practicar magia». «Es mejor que olvides este interés pasajero y te dediques a tus estudios». Bremen no lo hizo, claro está (de hecho, era incapaz). Iba en contra de su propia naturaleza descartar una posibilidad por la sola razón de que ya había fallado antes, una sola vez. Había fallado debido a un mal uso flagrante, eso era lo que él les recordaba, algo que no tenía por qué ocurrir por segunda vez. Unos pocos estaban de acuerdo. Sin embargo, al final, cuando su insistencia se tornó intolerable, el Consejo lo desterró y él partió solo.

Viajó hacia las Tierras del Oeste, donde vivió entre los elfos durante muchos años. Había estudiado sus tradiciones y sabiduría popular, trabajando con minuciosidad todas sus escrituras, tratando de recuperar parte de lo que habían perdido cuando el viejo reino de la magia dio paso al de la humanidad mortal. Bremen se había llevado pocas cosas consigo. Ya conocía el secreto del Sueño del Druida, aunque todavía lo usaba de forma rudimentaria. Dominar sus complejidades y aceptar las consecuencias de su uso le llevó tiempo, y no le fue de gran utilidad hasta que no llegó una edad bastante avanzada. Los elfos aceptaron a Bremen como un alma afín y le brindaron acceso a su colección de artefactos mágicos y a todas las escrituras, menos aquellas ya olvidadas. Con el tiempo, Bremen descubrió tesoros enterrados entre los desechos. Se adentró en otras tierras y allí también descubrió pedacitos de magia, aunque no tan desarrollados y, en muchos casos, extraños incluso para las gentes que los empleaba.

Durante todo ese tiempo, había trabajado sin cesar para confirmar sus sospechas cada vez más fundadas de que los rumores sobre el Señor de los Brujos y sus Portadores de la Calavera eran ciertos: que eran los druidas rebeldes que habían huido de Paranor hacía tantos años, las criaturas a las que se había derrotado durante la Primera Guerra de las Razas. Pero las pruebas habían sido como el aroma de las flores transportado por el viento: están ahí un momento y, en apenas un instante, ya se han esfumado. Bremen les había seguido el rastro sin tregua, cruzando fronteras y reinos, por aldeas de aquí y de allí, siguiendo un cuento, el siguiente y el otro. Al final, el rastro lo había llevado al mismísimo Reino de la Calavera, al corazón de los dominios del Señor de los Brujos, a las catacumbas donde se había ocultado entre los subordinados del Señor Oscuro, a la espera de que sucediera algo que le permitiera escapar y contar la verdad. Si hubiera tenido más fuerzas, habría podido descubrir la verdad antes. Pero había necesitado años para desarrollar las habilidades necesarias para sobrevivir a un viaje hacia el norte. Años de

estudio y exploración. Tal vez habría tardado menos tiempo si el Consejo lo hubiese apoyado, si hubieran dejado de lado las supersticiones y los temores y hubieran aceptado las posibilidades que la magia les ofrecía, como había hecho Bremen; pero eso nunca había sucedido.

Suspiró al recordarlo. Pensar en todo aquello lo apenaba. Había desperdiciado tanto tiempo y perdido tantas oportunidades. Quizá ya era demasiado tarde para los que habitaban Paranor. ¿Qué podría decirles para convencerlos del peligro que les acechaba? ¿Acaso le iban a creer cuando les contara lo que había descubierto? Habían pasado más de dos años desde su última visita a la Fortaleza. Seguro que algunos druidas creían que estaba muerto. Otros quizá incluso deseaban que así fuera. No sería fácil convencerlos de que habían estado equivocados respecto al Señor de los Brujos, de que debían replantearse su compromiso para con las razas y, lo más importante, reconsiderar su rechazo al uso de la magia.

Cuando Bremen y Kinson salieron del bosque profundo, rayaba el alba y la luz brillaba en tonos que oscilaban del plateado al dorado mientras el sol salía poco a poco tras los Dientes del Dragón, con su brillo fragmentado iluminando los árboles y calentando la tierra húmeda. La vegetación era cada vez más escasa; había quedado reducida a un bosquecillo de centinelas solitarios. Ante ellos se alzaba Paranor, bañado por la luz neblinosa de la mañana. El bastión de los druidas era una ciudadela de piedra maciza erigida sobre una base de rocas que sobresalía de la tierra como un puño. Los muros del fortín se elevaban centenares de pies hacia el cielo para formar torres y almenas que se habían descolorido hasta ser de un blanco brillante. Los gallardetes ondeaban cada dos por tres: algunos rendían homenaje a distintos emblemas que representaban a los Druidas Supremos a los que habían servido, otros representaban las casas de los dirigentes de las Cuatro Tierras. La neblina cubría las alturas del baluarte y envolvía las sombras aún más oscuras que había en los cimientos del castillo, allí donde la luz del sol todavía no había extinguido la noche. Bremen pensó que constituía una visión impresionante. Incluso ahora, incluso para él, que había sido desterrado.

Kinson le echó un vistazo inquisidor por encima del hombro, pero Bremen le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que siguiera adelante. No ganarían nada si se retrasaban. Sin embargo, contemplar el tamaño de la fortificación le dio que pensar. Tenía la sensación de que el peso de la piedra se le alojaba sobre los hombros, una carga que no podría soportar. Una fuerza tan implacable y enorme, pensó, que se asemejaba en cierto sentido a la

determinación tenaz de aquellos que allí vivían. Ojalá las cosas fueran distintas. Bremen sabía que debía intentar cambiarlas.

Salieron de entre los árboles, donde la luz del sol todavía era una intrusa que se infiltraba entre las sombras, y caminaron en la claridad de la noche que se desvanecía, hacia el camino principal que conducía al portón. Había un puñado de hombres armados que ya había salido a su encuentro, formaban parte de las fuerzas multinacionales que servían al Consejo como Guardia Druida. Todos llevaban un uniforme gris con el emblema de una antorcha bordada en rojo en el lado izquierdo del pecho. Bremen buscó algún rostro conocido, pero no encontró ninguno. Al fin y al cabo, ya habían pasado dos años desde la última vez que pisó estas tierras. Al menos, los que montaban guardia eran elfos y tal vez lo escucharan.

Kinson se hizo a un lado por deferencia y dejó que Bremen tomara la delantera. Este se irguió e invocó la magia para que le diera más presencia, disimulara la fatiga que sentía y escondiera cualquier atisbo de debilidad o duda. Se acercó al portón con decisión, sus ropajes negros se hinchaban tras él y sentía la oscura presencia de Kinson detrás, a su derecha. Los guardias aguardaron, sin dejar entrever ningún sentimiento.

Cuando Bremen llegó ante ellos, provocando que se encogieran ligeramente, se limitó a decir:

—Buenos días a todos.

—Buenos días a vos, Bremen —replicó uno al mismo tiempo que daba un paso adelante y le ofrecía una pequeña reverencia.

—¿Me conocéis, pues?

El otro asintió.

—He oído hablar de vos. Lo siento, pero no tenéis permitido entrar.

Su mirada se dirigió hacia Kinson para incluirlo también. Era educado, pero estricto. No se permitía la entrada a ningún druida desterrado, ni tampoco a ningún miembro de la raza de los hombres. Una norma que no era aconsejable discutir.

Bremen alzó la vista hacia los parapetos como si se lo estuviera pensando.

—¿Quién es el capitán de la Guardia? —preguntó.

—Caerid Lock —respondió el otro.

—¿Le podéis pedir que salga para poder hablar con él?

El elfo dudó y consideró la propuesta. Finalmente, asintió.

—Por favor, esperad aquí.

El elfo desapareció a través de una puerta lateral y se adentró en el castillo. Bremen y Kinson se quedaron allí, ante los guardas que quedaban, al

amparo de la sombra del muro de la fortificación. Le hubiera resultado sencillo sobrepasarlos, dejarlos allí vigilando a unas ilusiones vacías, pero Bremen había decidido que no usaría la magia para granjearse la entrada. Su misión era demasiado importante para arriesgarse a provocar la ira del Consejo por burlar a sus guardias y hacerlos quedar como estúpidos. No les haría ninguna gracia que usara algún ardid. Quizá respetaran que fuera franco y directo. Era un riesgo que estaba dispuesto a asumir.

Bremen se volvió y contempló el bosque. La luz del sol ahora exploraba los lugares más recónditos de la arboleda, persiguiendo las sombras e iluminando los corrillos de frágiles flores silvestres. Cuando se percató que era primavera, se sobresaltó. Había perdido la noción del tiempo en su viaje de ida y vuelta al norte, consumido por su búsqueda. Inspiró y percibió un deje de la fragancia procedente de la foresta. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había pensado en flores.

De soslayo, distinguió un movimiento en la entrada que quedaba a su espalda y se volvió de nuevo. El guarda que se había ido acababa de volver y lo acompañaba Caerid Lock.

—Bremen —lo saludó con aire solemne el elfo y se acercó para ofrecerle la mano.

Caerid Lock era un hombre delgado, de tez oscura; tenía una mirada profunda y una expresión preocupada. Sus rasgos élficos se distinguían con claridad: las cejas se inclinaban hacia arriba, las orejas le terminaban en punta y tenía el rostro tan delgado que parecía demacrado. También vestía de gris, como los demás, pero una mano agarraba la antorcha que él lucía en el pecho y unas franjas carmesí le adornaban los hombros. Llevaba el pelo y la barba cortos y ambos empezaban a canear. Era uno de los pocos que había seguido siendo amigo de Bremen cuando echaron al druida del Consejo. Caerid Lock había sido el capitán de la Guardia Druida durante más de quince años, y aún no había nacido un hombre mejor para desempeñar ese cargo. Era un profesional esmerado, un elfo cazador con una vida dedicada al deber. Los druidas habían tomado la decisión correcta al elegirlo para protegerlos. Más aún, en vista de las intenciones de Bremen, Caerid Lock era un hombre al que los otros escucharían si se lo pedía.

—Caerid, bien hallado —respondió el druida y le estrechó la mano—. ¿Os encontráis bien?

—Tan bien como otros que conozco. Habéis envejecido un par de años desde que nos dejasteis. Las arrugas de vuestro rostro lo demuestran.

—Lo que veis es el reflejo de vos, creo.

—Tal vez. Todavía recorréis el mundo, ¿verdad?

—Con la compañía de mi buen amigo Kinson Ravenlock —presentó al otro.

El elfo estrechó la mano del fronterizo y lo evaluó, pero no dijo nada. Kinson se mostró igual de distante.

—Necesito vuestra ayuda, Caerid —le explicó Bremen, adoptando un aire solemne—. Debo hablar con Athabasca y el Consejo.

Athabasca era el Druida Supremo, un hombre imponente de ideas firmes y opiniones rígidas que nunca había sentido demasiado afecto por Bremen. Era miembro del Consejo cuando él fue desterrado, pero en aquel entonces todavía no lo habían nombrado Druida Supremo. Aquello había ocurrido más adelante, y solo gracias al funcionamiento complejo de las políticas internas que Bremen detestaba con toda su alma. Con todo, Athabasca era el líder ahora, para bien o para mal, y cualquier posibilidad de penetrar esos muros dependía de él.

Caerid Lock sonrió, reticente.

—Y yo que creía que me ibais a pedir algo difícil... Sabéis que Paranor y el Consejo os están vedados. Ni siquiera podéis franquear los muros, y menos aún hablar con el Druida Supremo.

—Podría, si él así lo ordenara —dijo Bremen sencillamente.

El otro asintió y entrecerró los ojos.

—Entiendo. Y queréis que hable con él en vuestro nombre.

Bremen asintió. La sonrisa tensa de Caerid desapareció.

—No le gustáis —remarcó en voz baja—. Eso no ha cambiado durante vuestra ausencia.

—No tengo que gustarle para que acceda a hablar conmigo. Lo que tengo que contarle es mucho más importante que nuestras preferencias personales. Seré breve. Una vez haya escuchado lo que debo decirle, volveré a partir. —Hizo una pausa—. Dudo que esté pidiendo demasiado, ¿no creéis?

Caerid Lock sacudió la cabeza.

—No. —Le echó un vistazo a Kinson—. Haré lo que esté en mi mano.

Volvió adentro y dejó al anciano y al fronterizo allí afuera para que contemplaran los muros y los portones de la Fortaleza. Los guardias que la vigilaban estaban en sus puestos, firmes, e impedían la entrada a cualquiera. Bremen los observó con solemnidad durante un instante y luego dirigió los ojos hacia el sol. Ya se empezaba a sentir el calor de ese nuevo día. Miró a Kinson y, acto seguido, se dirigió hacia la sombra, donde había un buen trozo de terreno en el que todavía no llegaba la luz, y se sentó sobre una piedra que

sobresalía. Kinson lo siguió, pero no se sentó. Sus ojos oscuros transmitían un aire de impaciencia; quería que aquello terminara ya. Estaba listo para seguir adelante. Bremen sonrió para sus adentros. Típico de su amigo: la solución de Kinson para todo era seguir adelante. Era el método que había usado durante toda la vida y sin embargo, ahora, desde que ambos se habían conocido, Kinson había empezado a ver que no se soluciona nada si uno no se enfrenta a ello. No era que Kinson no fuera capaz de hacer frente a la vida. Simplemente, lidiaba con las situaciones desagradables dejándolas atrás, poniendo distancia, y era cierto que las cosas podían tratarse de ese modo. El problema residía en que nunca era una solución definitiva.

Sí, Kinson había madurado desde entonces. Se había fortalecido en un sentido difícil de medir. Sin embargo, Bremen era consciente de que las viejas costumbres son difíciles de vencer y, para Kinson Ravenlock, las ganas de alejarse de las situaciones desagradables y difíciles no desaparecerían nunca.

—Estamos perdiendo el tiempo —musitó el fronterizo, como si quisiera dar crédito a lo que el otro estaba pensando.

—Paciencia, Kinson —le aconsejó Bremen.

—¿Paciencia? ¿Para qué? No te van a dejar entrar. Y si lo hacen no te van a escuchar, no quieren oír lo que les tienes que decir. No son los druidas de antaño, Bremen.

Bremen asintió. En lo último, Kinson tenía razón. Pero no había nada que hacer. Los druidas que había ahora eran los únicos druidas que había, y no todos eran tan malos. Algunos incluso podían ser aliados respetables. Kinson preferiría que ellos dos se ocuparan de las cosas, pero el enemigo al que se enfrentaban era demasiado temible como para vencerlo sin ayuda. Necesitaban a los druidas. Aunque hubieran abandonado la costumbre de implicarse directamente en los asuntos de las razas, todavía se los trataba con cierta deferencia y respeto. Aquello sería útil cuando tuvieran que unir a las Cuatro Tierras para combatir al enemigo común.

La mañana cedió el paso al mediodía. Caerid Lock no reapareció. Kinson se paseó arriba y abajo durante un rato, pero al final se sentó al lado de Bremen. Su expresión reflejaba la frustración que sentía. Se quedó sentado en absoluto silencio y adoptó un aire sombrío.

Bremen suspiró para sí. Kinson estaba con él desde hacía mucho tiempo. Bremen lo había elegido cuidadosamente entre un abanico de candidatos para que lo ayudara en la tarea de descubrir la verdad sobre el Señor de los Brujos. Era el mejor Rastreador que el anciano había conocido nunca, tenía un ingenio agudo y era valiente e inteligente. Nunca se comportaba con

imprudencia, siempre lo guiaba la razón. Aquello los había unido tanto que ahora Kinson era como un hijo para él. Estaba seguro de que era el amigo más íntimo que tenía.

Sin embargo, no podía ser lo único que él necesitara que fuera: no podía ser su sucesor. Bremen era viejo y su cuerpo empezaba a fallarle, aunque lo escondía bien de aquellos que pudieran sospecharlo. Cuando se fuera, no habría nadie que continuara su trabajo; nadie que continuara los estudios sobre la magia, tan necesarios para la evolución de las razas; nadie que aguijoneara a los druidas de Paranor, tan recalcitrantes, para que se replantearan su implicación para con las Cuatro Tierras. No habría nadie que se enfrentara al Señor de los Brujos. Hubo un día en que había albergado esperanzas de que Kinson Ravenlock fuera esa persona. El fronterizo aún podía serlo, supuso, pero no parecía demasiado probable. Kinson carecía de la paciencia necesaria. No se dignaba ni a fingir diplomacia. No tenía tiempo para aquellos que no captaban verdades que para él eran evidentes. La experiencia era la única maestra que siempre había respetado. Era un iconoclasta y un solitario sin remedio. Ninguna de estas características le serían de utilidad como druida, pero a Bremen se le antojaba imposible que alguna vez el fronterizo llegara a cambiar.

Bremen dirigió la mirada hacia su amigo, sintiéndose de pronto disgustado con el análisis que había hecho. No era justo que juzgara a Kinson de ese modo. Ya era suficiente que el fronterizo se dedicara a aquella empresa en cuerpo y alma y estuviera dispuesto plantarle cara a la muerte a su lado. Kinson era su mejor amigo y aliado, y no debía esperar aún más de él.

¡Pero su necesidad por encontrar un sucesor era tan acuciante! Era viejo y el tiempo se le escurría entre las manos demasiado rápido.

Desvió los ojos de Kinston y los posó en los árboles que había en la lejanía como si quisiera medir el poco tiempo que le quedaba.

Era pasado el mediodía cuando por fin reapareció Caerid Lock. Salió airado de entre las sombras de la entrada sin apenas dedicar una mirada a los guardas o a Kinson y se dirigió derecho hacia Bremen. Cuando el druida se levantó para recibirlo, todas sus articulaciones y músculos protestaron.

—Athasca hablará con vos —le informó el capitán de la Guardia con expresión adusta.

Bremen asintió.

—Debéis de haberos esforzado mucho para persuadirlo. Estoy en deuda con vos, Caerid.

El elfo emitió un gruñido evasivo.

—Yo no estaría tan seguro. Athabasca tiene sus razones para aceptar reunirse con vos, me parece. —Se volvió hacia Kinson—. Lo siento, pero no he conseguido que os permitieran entrar.

Kinson se irguió y se encogió de hombros.

—Prefiero esperar aquí... supongo.

—Supongo —coincidió el otro—. Haré que os traigan algo de comida y agua fresca. Bremen, ¿estáis listo?

El druida miró a Kinson y le ofreció una leve sonrisa.

—Volveré tan pronto como pueda.

—Buena suerte —le deseó su amigo en voz baja.

Acto seguido, Bremen siguió a Caerid Lock hacia el interior de la Fortaleza y las sombras que allí aguardaban.

* * *

Avanzaron por galerías cavernosas y pasadizos estrechos y sinuosos en un silencio frío y oscuro; sus pasos resonaban sobre la piedra maciza. No se encontraron con nadie. Daba la sensación de que Paranor se había quedado desierto, aunque Bremen sabía que no era así. En varias ocasiones, le pareció oír el susurro de una conversación o ver un indicio de movimiento en algún punto más adelante del lugar por el que caminaban, pero en ningún caso pudo estar seguro. Caerid lo llevaba por los corredores secundarios, por los que nadie usaba, aquellos que solo servían para idas y venidas privadas. Era comprensible. Athabasca no quería que los otros druidas supieran que había accedido a tener esta reunión hasta haber determinado si había valido la pena tenerla. Bremen tendría una audiencia privada y una oportunidad efímera de exponer los hechos y, luego, le ordenaría que se retirara sin dilación o lo citarían para que hablara ante el Consejo. Fuera como fuere, tomaría la decisión con prontitud.

Comenzaron a subir una serie de escaleras que conducían a las cámaras altas de la Fortaleza. Las dependencias de Athabasca estaban en los niveles superiores de la torre y era bastante probable que quisiera reunirse allí con Bremen. El anciano caviló sobre lo que había dicho Caerid mientras avanzaban. Athabasca tenía sus razones para aceptar que compareciera ante él y estas no tenían por qué ser evidentes desde el principio. El Druida Supremo era, en primer lugar, un político; en segundo, un administrador; pero, sobre todo, era un funcionario. Bremen no lo pensaba en sentido degradante, tan

solo era para calificar la naturaleza de los razonamientos de Athabasca. Este se centraría sobre todo en la relación de causa y efecto, es decir, si ocurría algo, se plantearía cómo iba a afectar eso a otra cosa. Así funcionaba su forma de pensar. Era muy capaz y organizado, pero también muy calculador. Bremen tendría que ser muy cuidadoso con las palabras que elegía.

Casi habían llegado al final de un pasaje, donde comunicaba con otro, cuando de pronto una figura vestida con ropajes oscuros apareció entre las sombras y se les colocó de frente. Por instinto, Caerid Lock alargó la mano hacia la empuñadura de la espada corta, pero las manos del otro ya habían inmovilizado los brazos del elfo sujetándoselos contra sus costados. Con un esfuerzo insignificante, la figura levantó a Caerid del suelo y lo apartó a un lado como si fuera un obstáculo ínfimo.

—Vamos, capitán —dijo una voz áspera para calmarlo—. No es necesario usar armas si estamos entre amigos. Solo quiero hablar con tu fardo un momento y luego desapareceré.

—¡Risca! —lo saludó Bremen, sorprendido—. ¡Qué placer volver a verte, viejo amigo!

—Te agradecería que me soltaras, Risca —le espetó Caerid Lock, irritado—. ¡Y no habría tratado de agarrar el arma si no hubieses aparecido de la nada sin anunciarte!

—Mis disculpas, capitán —arrulló el otro. Apartó las manos y las levantó, a la defensiva. Entonces, miró a Bremen—. Bienvenido, Bremen de Paranor.

Risca se acercó a la luz y abrazó al anciano. Era un enano barbudo, con una expresión franca y una espalda muy ancha. Tenía un cuerpo compacto, bajo, fornido y muy musculado. Con aquellos brazos como troncos lo aplastó un momento y lo soltó, solo para agarrarlo con unas manos nudosas y llenas de callos. Risca era como un tocón de raíces profundas que nada podía arrancar, erosionado por el paso del tiempo y las estaciones, que nunca envejecía. Era un druida guerrero, el último que quedaba de su clase, un experto en el manejo de armas y el arte de la guerra, un pozo sin fondo de conocimiento popular sobre las grandes batallas que se libraron desde la época en la que habían surgido las nuevas razas. Bremen lo había entrenado personalmente antes que lo desterraran hacía más de diez años. Tras todo lo que había ocurrido, Risca nunca había dejado de ser su amigo.

—Ya no soy «de Paranor», Risca —objetó Bremen—. Pero aún me siento como en casa. ¿Cómo estás?

—Bien, pero aburrido. Mis habilidades son de poca utilidad aquí dentro. Hay pocos druidas nuevos que estén interesados en el arte de la guerra. Me

mantengo en forma practicando con la Guardia. Caerid me pone a prueba cada día.

El elfo resopló.

—Que te me comes con patatas, dirás. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido encontrarnos?

Risca soltó a Bremen y echó un vistazo en derredor con aire misterioso.

—Las paredes tienen oídos, al menos para aquellos que saben escuchar.

Caerid Lock se echó a reír a pesar de que no era su intención.

—El espionaje... ¡Otro arte afilado con precisión del arsenal de las habilidades de un guerrero!

Bremen le ofreció una sonrisa al enano.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Sé que vas a hablar con Athabasca. Pero yo quería hablar contigo primero. No, Caerid. Puedes oírlo. No tengo ningún secreto que no pueda confiarte. —El semblante del enano se tornó serio—. Solo puede haber una razón que te haya hecho volver, Bremen, y no deben de ser buenas noticias. Así sea. Sin embargo, necesitarás aliados, y yo soy uno. Cuenta conmigo para hablar en tu nombre cuando importe. Ostento una posición en la jerarquía del Consejo por antigüedad que pocos podrán ofrecerte. Tienes que saber cómo están las cosas, el Consejo no está muy contento con tu regreso.

—Espero poder convencer Athabasca de que la necesidad común requiere que olvidemos nuestras diferencias. —Bremen frunció el ceño; estaba pensando—. No puede ser tan difícil aceptarlo.

Risca sacudió la cabeza.

—Sí que puede, y lo será. Sé fuerte, Bremen. No le contradigas. Le desagrada lo que representas; su autoridad puede verse cuestionada, y nada de lo que hagas o digas cambiará su percepción. El miedo es un arma que te será más útil que razonar. Deja que comprenda el peligro. —De pronto, observó a Caerid—. ¿Le aconsejarías algo distinto?

El elfo dudó y, acto seguido, negó con la cabeza.

—No.

Risca se estiró para agarrar a Bremen de las manos una vez más.

—Hablaré contigo luego.

Giró sobre sus talones, se alejó por el corredor y desapareció entre las sombras. Bremen sonrió sin querer. Fuerte de cuerpo y espíritu, inflexible: ese era Risca. Nunca iba a cambiar.

El capitán elfo y el anciano retomaron la marcha y avanzaron por corredores y escaleras poco iluminados; tras cada curva se adentraban más en

el bastión, hasta que al final llegaron a un rellano, al final de un tramo de escaleras, allí había una puertecilla estrecha, rodeada por un marco de hierro. Bremen había visto esa puerta unas cuantas veces en los años que había vivido en el castillo. Era la puerta trasera que conducía a las dependencias del Druida Supremo. Athabasca lo estaría esperando para recibirlo. Bremen inspiró hondo.

Caerid Lock tocó la puerta con delicadeza tres veces, hizo una pausa y, luego, volvió a tocar con suavidad una última vez. Desde el otro lado, una voz que les era familiar rugió:

—Adelante.

El capitán de la Guardia Druida empujó la puertecilla estrecha para que se abriera y después se hizo a un lado.

—Debo esperar aquí —avisó a Bremen, en voz baja.

Este asintió, divertido por la solemnidad que vio reflejada en el rostro del otro.

—Lo entiendo —le dijo—. Muchas gracias de nuevo, Caerid.

Se detuvo para acceder por aquella entrada tan baja y avanzó hacia el interior de la sala.

La habitación le era familiar. Era la cámara exclusiva del Druida Supremo, unas estancias privadas donde retirarse, que el líder del Consejo también usaba para celebrar reuniones. Era un salón grande, de techo alto, con ventanales de cristal emplomado, y revestido de estanterías llenas de papeles, artefactos, diarios y un montón de libros esparcidos por aquí y por allá. En el centro de la pared frontal, justo delante de donde estaban, se alzaba una puerta doble con un marco de hierro. Un escritorio enorme descansaba en el centro del salón. En aquel momento estaba completamente vacío y la superficie de madera bruñida reflejaba la luz de las velas.

Athabasca se encontraba de pie tras el escritorio, esperándole. Era un hombretón corpulento, fornido y arrogante, con una mata de pelo cano y unos ojos fríos y azules, hundidos en un rostro rubicundo. Vestía los ropajes azul oscuro del Druida Supremo, agarrados con un cinturón a la altura del vientre, sin ningún símbolo. En vez de eso, le colgaba del cuello el Eilt Druin, el medallón símbolo del cargo de Druida Supremo desde la época de Galáfilo. El Eilt Druin se había forjado con oro y una pequeña aleación de metales que lo endurecían, y estaba surcado de filigranas de plata. Tenía la forma de una mano que sostenía en alto una antorcha encendida: era el símbolo de los druidas desde sus inicios. Se decía que el medallón era mágico, aunque nadie había presenciado la magia que supuestamente albergaba. Las palabras *Eilt*

Druin eran élficas y literalmente significaban: «mediante el conocimiento se consigue el poder».

Hubo una época en la que ese lema tenía un significado para los druidas. «Otra de las ironías de la vida» pensó Bremen, desalentado.

—Bien hallado, Bremen —lo recibió Athabasca, con esa voz profunda y sonora que tenía. Era el saludo tradicional, pero la versión de Athabasca sonó vacía y forzada.

—Bien hallado, Athabasca —replicó Bremen—. Os estoy muy agradecido porque hayáis accedido a verme.

—Caerid Lock fue bastante persuasivo. Además, no echamos a aquellos que se presentan ante nuestra puerta y que un día fueron hermanos.

«Ha sido una excepción, no volverá a suceder», le estaba comunicando. Bremen avanzó hasta quedar de pie cerca del gran escritorio. Sentía que había más distancia entre Athabasca y él que la que ponía la larga extensión de madera pulida. De nuevo se maravilló de lo pequeño que podía hacer sentir a uno aquel hombretón con su sola presencia. Aunque Bremen era unos cuantos años mayor que Athabasca, no podía evitar sentir que estaba en presencia de un patriarca.

—¿Qué queréis decirme, Bremen? —le preguntó Athabasca.

—Que se cierne un grave peligro sobre las Cuatro Tierras —respondió Bremen—. Los trolls han sido subyugados por un poder que trasciende la vida en el plano físico y la fuerza de la muerte. Que las otras razas también caerán si no intervenimos para protegerlas. Que incluso los druidas corremos sumo peligro.

Athabasca acarició el Eilt Druin, distraído.

—¿Y qué forma adopta esta amenaza? ¿Es mágica?

Bremen asintió.

—Los rumores son ciertos, Athabasca. El Señor de los Brujos existe de verdad. Pero aún hay más: la criatura es la reencarnación del druida rebelde Brona, a quien se creyó derrotado y destruido hace ya más de trescientos años. Ha sobrevivido, se ha mantenido en vida gracias a la destrucción de su propia alma y a un uso insensato y malintencionado del Sueño Druida. Ya no tiene cuerpo, es solo espíritu. Con todo, lo que importa es que está vivo y que es la fuente del peligro que nos amenaza.

—¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis buscado durante vuestros viajes?

—Así es.

—¿Y cómo lo habéis logrado? ¿Acaso os permitió entrar? Por supuesto, habréis tenido que adentraros bajo una apariencia oculta.

—Me envolví de la magia de la invisibilidad gran parte del camino. Luego, me rodeé del boato de la maldad del mismísimo Señor de los Brujos, un disfraz que ni siquiera él puede comprender.

—¿Te convertiste en uno de ellos? —Athabasca se sujetaba las manos en la espalda. Su mirada era firme y vigilante.

—Temporalmente sí, me convertí en lo mismo que era él. Fue necesario para acercarme lo suficiente como para confirmar mis sospechas.

—¿Y qué ocurriría si al volverte uno con él, de algún modo, os hubiera corrompido, Bremen? ¿Y si al usar la magia habéis perdido la objetividad y el equilibrio? ¿Cómo podéis estar seguro de que lo que visteis no es fruto de vuestra imaginación? ¿Cómo podéis saber que el descubrimiento que nos estáis contando ahora es real?

Bremen se obligó a mantener la calma.

—Si la magia me hubiera corrompido, lo sabría, Athabasca. He dedicado muchos años de mi vida a estudiarla. La conozco mejor que nadie.

Athabasca le ofreció una sonrisa fría, llena de incertidumbre.

—Mas esa es precisamente la cuestión. ¿Hasta qué punto podemos comprender el poder de la magia? Os alejasteis del Consejo para emprender un estudio por vuestra cuenta y riesgo contra el que os prevenimos. Proseguisteis por la misma senda por la que caminó otro; la criatura que afirmáis haber descubierto. Lo corrompió, Bremen. ¿Cómo podéis estar tan seguro de que no os ha corrompido a vos también? Ah, estoy seguro de que creéis que sois inmune a su influjo. Sin embargo, eso también lo creían Brona y sus acólitos. La magia es una fuerza insidiosa, un poder que trasciende nuestra comprensión y en la que no se puede confiar. Ya tratamos de usarla en otro tiempo y nos engañó. Todavía tratamos de usarla, pero ahora procedemos con más cautela que la que tuvimos entonces; con mucha más, pues gracias a la mala fortuna de Brona y los demás hemos aprendido lo que puede suceder. Ahora bien, ¿con cuánta cautela habéis procedido, Bremen? La magia corrompe, eso lo sabemos. Corrompe y subvierte a todo aquel que la usa de un modo u otro y, al final, destruye al que la practica.

Bremen mantuvo un tono de voz firme al replicar:

—Las consecuencias de emplearla no pueden reducirse a resultados absolutos, Athabasca. La subversión puede darse en distintos grados y formas, según el modo en que se use la magia. Mas todo esto se puede aplicar también a las antiguas ciencias. Cualquier uso del poder corrompe. Eso no significa que no pueda utilizarse para un bien mayor. Soy consciente de que no

aprobáis mi trabajo, pero tiene un valor. No me tomo el poder de la magia a la ligera, pero tampoco menosprecio los límites de las posibilidades que ofrece.

Athabasca sacudió la cabeza leonina.

—Creo que estáis demasiado implicado en este tema como para ser capaz de juzgar con objetividad. Fue vuestra perdición cuando nos abandonasteis.

—Tal vez —reconoció Bremen, en voz baja—. Mas eso ahora ya no importa. Lo que importa es que un peligro nos amenaza. A los druidas, Athabasca. Sin duda Brona recuerda quiénes propiciaron su derrota en la Primera Guerra de las Razas. Si pretende volver a conquistar las Cuatro Tierras, un objetivo que parece probable, lo primero que hará será tratar de destruir su amenaza principal: los druidas. El Consejo. Paranor.

Athabasca le observó con solemnidad un momento, luego se volvió y caminó hasta uno de los ventanales, donde se detuvo y contempló el exterior bañado por el sol. Bremen esperó un poco y luego retomó la palabra:

—He venido para pedir que me permitáis explicarlo ante el Consejo. Permitidme la oportunidad de contar a los demás todo lo que he visto. Dejad que ellos mismos sopesen la virtud de mis argumentos.

El Druida Supremo se volvió de nuevo, con la barbilla lo suficientemente alta como para que pareciera que miraba a Bremen por encima del hombro.

—Entre estos muros somos una comunidad, Bremen. Una familia. Vivimos juntos como lo haríamos con nuestros hermanos y hermanas, comprometidos con una misma forma de proceder: adquirir conocimiento del mundo y su funcionamiento. No favorecemos a un miembro de la comunidad ante otro; todos somos iguales. Y eso es algo que deberíais haber sido capaz de aceptar.

Bremen comenzó a protestar, pero Athabasca alzó la mano para exigir silencio.

—Nos abandonasteis bajo vuestras propias condiciones. Elegisteis abandonar a vuestra familia y vuestro trabajo para dedicaros a vuestra propia búsqueda. No podíais compartir vuestros estudios con nosotros porque infringían los límites de la autoridad que habíamos establecido. El beneficio propio no puede reemplazar el bien común. Las familias deben mantener un orden. Todos y cada uno de los miembros de una familia debe respetar al resto. Cuando nos abandonasteis, faltasteis al respeto a los deseos del Consejo. Creíais que sabíais más que nosotros. Renunciasteis a vuestro puesto dentro de nuestra comunidad. —Le lanzó una mirada gélida a Bremen—. Y ahora volveréis y os queréis convertir en nuestro líder. Vamos, ¡no tratéis de negarlo, Bremen! ¿En qué otra cosa podríais convertirnos si no? Llegáis con

datos que afirmáis haber descubierto solo vos, con pruebas sobre un poder que solo vos conocéis y un plan para salvar a las razas que solo vos podéis poner en práctica. El Señor de los Brujos existe. El Señor de los Brujos es Brona. El druida rebelde ha subvertido la magia para usarla en beneficio propio y ha sometido a los trolls. Todos ellos marcharán contra las Cuatro Tierras. Vos sois nuestra única esperanza. Debéis aconsejarnos cómo proceder y luego comandarnos para que cada cual cumpla con sus obligaciones cuando tratemos de detener esta farsa. Vos, que nos habéis abandonado durante tanto tiempo, ahora debéis liderarnos.

Bremen negó con la cabeza, despacio. A estas alturas, ya sabía cómo iba a terminar aquello, pero siguió adelante a pesar de todo.

—No pretendo comandar a nadie. Tan solo querría avisar del peligro que he descubierto, nada más. Lo que ocurra después lo deberéis determinar vos, como Druida Supremo, y el Consejo. No pretendo volver como miembro del Consejo. Solo quiero que me escuchéis y, luego, proseguiré mi camino.

Athabasca sonrió.

—Todavía tenéis esa confianza plena en vos mismo. Me sorprende, pero os admiro por vuestra determinación, Bremen, aunque creo que estáis equivocado y os han engañado. No obstante, no soy más que uno, y no creo que deba tomar esta decisión yo solo. Esperad aquí con el capitán Lock. Convocaré al Consejo y le pediré que contemple vuestra petición. ¿Accederá a escucharos o no? Dejaré que ellos sean quienes decidan.

De pronto, dio unos golpes en el escritorio y la puertecilla trasera del salón se abrió. Caerid Lock entró y les hizo el saludo.

—Quedaos con nuestro invitado —ordenó Athabasca— hasta que regrese.

Acto seguido, salió por la puerta doble que había en la parte delantera de los aposentos sin mirar atrás.

* * *

Athabasca estuvo casi cuatro horas fuera. Bremen se sentó en un banco situado al lado de uno de los ventanales y contempló la luz neblinosa de última hora de la tarde. Esperó pacientemente, consciente que poco más podía hacer. Estuvo charlando con Caerid Lock un rato y este lo puso al corriente del trabajo que últimamente realizaba el Consejo; descubrió que había avanzado en la misma línea en la que lo había hecho durante años, que poco había cambiado y que no se había logrado casi nada. Oír todo aquello lo dejó

abatido y Bremen pronto dejó de preguntar. Se puso a cavilar sobre lo que diría al Consejo y en cómo iban a responder los miembros, aunque en el fondo era consciente de que era una pérdida de tiempo. Entonces se dio cuenta de la razón por la que Athabasca había accedido a reunirse con él. El Druida Supremo creía que era mejor granjearle la entrada y escucharlo que rechazarlo de plano; era mejor tratar de dar cierta apariencia de consideración que no ofrecer ninguna. No obstante, la decisión ya estaba tomada. No le iban a escuchar. Era un paria y no se le permitiría volver a formar parte de ellos. No encontraría ninguna razón, por muy convincente o imperiosa que fuera. Era un hombre peligroso, Athabasca así lo veía, y otros también, supuso. Había usado la magia con desdén. Había jugado con fuego. No iban a escuchar a un hombre así. Ni ahora ni nunca.

Qué triste. Había ido a avisarlos, pero el Consejo estaba fuera de su alcance. Podía notarlo. Ahora solo estaba esperando la confirmación.

Esta llegó deprisa, cerca del término de las cuatro horas de espera. Athabasca cruzó el umbral con la actitud brusca de un hombre que tiene cosas mejores que hacer.

—Bremen —lo recibió y lo despidió al mismo tiempo. No le prestó la menor atención a Caerid Lock, pero tampoco le pidió que se retirara—. El Consejo ha considerado vuestra petición y la ha rechazado. Si quisierais volver a presentarla por escrito, se la daré al comité para que la contemplen. —Se sentó tras el escritorio con un fajo de papeles y se puso a leerlos con atención. El Eilt Druin titilaba, brillante, al oscilarle sobre el pecho—. Nos hemos comprometido a seguir un principio de no implicación con las razas. Lo que queréis violaría esa regla. Debemos mantenernos alejados de la política y de los conflictos interraciales. Vuestras especulaciones son demasiado generales y carecen por completo de fundamento. No podemos darles crédito.

Alzó la mirada.

—Podéis abasteceros de cualquier cosa que necesitéis para proseguir vuestro viaje. Os deseo buena suerte. Capitán Lock, por favor, acompañad a nuestro invitado a la puerta principal.

Volvió la vista hacia los documentos. Bremen se quedó mirándolo sin palabras, asombrado sin quererlo ante la brusquedad de esa autorización para que se retirara. Cuando Athabasca continuó ignorándolo, Bremen dijo en voz baja:

—Sois un necio.

Se volvió hacia Caerid y lo siguió por la puertecilla hacia la escalera por donde habían venido. Tras ellos, Bremen oyó que la puerta se cerraba y corrían el pestillo.

3

C aerid Lock y Bremen descendieron por las escaleras secundarias en silencio; el eco de cada paso creaba una cadencia solitaria mientras avanzaban por los corredores sinuosos. Tras ellos, la luz del descansillo y la puertecilla que conducía a las dependencias del Druida Supremo Athabasca cedía el paso a la oscuridad. Bremen se esforzó para reprimir el resentimiento que lo embargaba. Le había dicho a Athabasca que era un necio, pero quizá el necio era él mismo. Kinson había acertado. Venir a Paranor había sido una pérdida de tiempo. Los druidas no estaban preparados para escuchar a un hermano marginado. No estaban interesados en oír sus delirios, sus intentos de introducirse de nuevo entre ellos. Podía imaginárselos volviéndose unos hacia otros, mirándose con diversión, sarcásticos, mientras el Druida Supremo les informaba de su petición. Se los figuraba sacudiendo las cabezas, cargados de rencor. Su propia arrogancia no le había permitido ver las dimensiones del obstáculo que debía vencer para conseguir que lo creyeran. «Si puedo hablar con ellos, me escucharán», había pensado. Sin embargo, no había tenido la oportunidad de llegar tan lejos. Su confianza había sido su perdición. Su orgullo lo había engañado. Había cometido un error de juicio colosal.

No obstante, se rebatió a sí mismo tratando de salvar algo de su propósito fallido; había hecho bien en intentarlo. Al menos no tendría que vivir con la culpabilidad y el dolor que hubiera sentido si no hubiera hecho nada. Tampoco podía estar seguro de las consecuencias de ese esfuerzo. Su aparición aún podía comportar algo bueno, algún cambio en el desarrollo de los acontecimientos o en las actitudes que él mismo no sería capaz de percibir hasta mucho más adelante. Estaba cometiendo un error al desechar el esfuerzo que había realizado de plano. Puede que Kinson hubiera pronosticado cómo

terminaría la reunión, pero ninguno de los dos podía estar seguro de que su visita no tendría ninguna otra consecuencia.

—Siento que no os permitieran hablar, Bremen —dijo Caerid en voz baja, echando la mirada hacia atrás.

Bremen alzó la vista, de pronto consciente de lo deprimido que debía de parecer. No tenía tiempo para compadecerse. Había perdido la oportunidad de hablar directamente ante el Consejo, pero había otras tareas que debía atender antes de que volvieran a echarlo del castillo para siempre, y debía ocuparse de ellas.

—Caerid, ¿habrá tiempo de hacerle una visita a Kahle Rese antes de partir? —le preguntó—. Solo necesitaré un momento.

Se detuvieron en las escaleras y se contemplaron el uno al otro; un anciano de aspecto frágil y un elfo curtido.

—Se os dijo que podíais abasteceros de cualquier cosa que pudierais necesitar para retomar el viaje —observó Caerid Lock—. No se dijo nada sobre la naturaleza de vuestras necesidades. Creo que una corta visita sería apropiada.

Bremen sonrió.

—Nunca olvidaré los esfuerzos que habéis hecho por mí, Caerid. Nunca.

El otro lo rechazó con un gesto de la mano.

—No ha sido nada, Bremen. Venid.

Bajaron por las escaleras y se dirigieron hacia un pasaje secundario que conducía a varias puertas y a un nuevo tramo de escaleras que descendían. A lo largo de todo el trayecto, Bremen cavilaba. Él los había avisado, para bien o para mal. La mayoría lo ignoraría, pero habría quienes escucharían, y aquellos merecían tener la oportunidad de sobrevivir a la necesidad del resto. Así mismo, era necesario proteger de alguna forma el baluarte. No es que tuviera muchas posibilidades contra el poder del Señor de los Brujos, pero debía hacer lo poco que pudiera. Y podía empezar por Kahle Rese, su mejor amigo y el más antiguo que tenía, aunque Bremen era consciente de que podía estar casi seguro de que ese esfuerzo deliberado no le traería más que otra decepción.

Cuando llegaron a la entrada que conducía al vestíbulo principal, muy cerca de las bibliotecas donde Kahle se pasaba el día, Bremen se volvió de nuevo hacia Caerid.

—¿Me haríais otro favor? —le pidió al elfo—. ¿Podríais convocar a Risca y a Tay Trefenwyd para poder hablar con ellos? Haced que se esperen en el pasadizo hasta que termine la reunión con Kahle. Los encontraré allí. Os doy

mi palabra de que no iré a ningún otro sitio y de que no haré nada que viole los términos de mi visita.

Caerid desvió la mirada.

—Vuestra palabra no me es necesaria, Bremen. Nunca lo ha sido. Reuníos con Kahle. Vendré con los otros dos y nos encontraremos aquí.

Dicho esto, Caerid giró sobre los talones y volvió a subir las escaleras que lo condujeron hacia la penumbra. Bremen pensó entonces en la suerte que tenía de poder contar con Caerid entre sus amigos. Lo recordaba cuando era un muchacho, cuando aún estaba aprendiendo su oficio, aunque ya entonces era apasionado y constante. Caerid había venido desde Arborlon y se había quedado tras la visita inicial, entregado en cuerpo y alma a la causa de los druidas. Era excepcional que alguien que no fuera druida se implicara tanto. Se preguntó si Caerid volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad de vivir su vida de nuevo.

Bremen atravesó el umbral de la puerta, recorrió el pasadizo y dobló la esquina a la derecha. El vestíbulo tenía forma de arco y estaba delimitado por vigas enormes de madera que brillaban gracias al lustre y la cera. De las paredes del castillo colgaban tapices y cuadros. Muebles antiguos ocupaban el espacio protegido por pequeñas hornacinas, iluminadas por velas que se consumían lentamente. Entre esas paredes se había capturado el paso del tiempo proveniente de una época lejana; allí nada cambiaba excepto la hora del día y las estaciones. Había cierta sensación de permanencia en Paranor, la fortificación más antigua y sólida que había en las Cuatro Tierras, defensora de fuentes de conocimiento, custodio de los artefactos y tomos más preciados. Qué pocos avances se habían realizado tras superar la desolación que las Grandes Guerras habían dejado tras de sí. Y ahora todo corría el riesgo de llegar a su fin, de perderse para siempre, y parecía que solo él fuera consciente de ello.

Llegó a las puertas de la biblioteca, las abrió con cuidado y entró. La sala era pequeña para ser una biblioteca, pero estaba abarrotada de libros. Tras la destrucción del antiguo mundo, no quedaron demasiados libros, y muchos que de los que había allí los habían recopilado los druidas durante el último par de siglos, o los habían transcrito minuciosamente a partir de los recuerdos y las observaciones de un puñado de hombres y mujeres que todavía se acordaban. Casi todos se almacenaban allí, en esa sala y en la contigua, y Kahle Rese era el druida responsable de custodiarlos. Todos eran valiosos, pero ninguno lo era más que la *Historia de los druidas*, los libros que recogían las crónicas de lo que el Consejo había conseguido en sus esfuerzos por recuperar el

conocimiento perdido sobre ciencia y sobre magia de los siglos anteriores a las Grandes Guerras, de los intentos del Consejo de revelar los secretos del poder que habían conducido al antiguo mundo hacia sus mayores hitos en desarrollo y exponían con todo lujo de detalle, todas las referencias, no importaba cuán remotas fueran, aparatos y fórmulas, talismanes y conjuros, razones y conclusiones que un día esperaban llegar a comprender.

La *Historia de los druidas* eran los libros que más le importaban a Bremen. Eran los libros que pretendía salvar.

Cuando Bremen entró, Kahle Rese estaba subido a una escalera, ordenando una colección raída y gastada de tomos encuadernados en piel. Se volvió y se sobresaltó al ver quién estaba allí. Era un hombre pequeño, enjuto y nervudo, un poco encorvado por la edad, aunque aún conservaba la agilidad suficiente para subirse a las escaleras. Tenía las manos llenas de polvo y llevaba las mangas de los ropajes arremangadas y atadas. Parpadeó y se le arrugaron la comisuras de los ojos azules cuando la cara se le iluminó con una sonrisa. Se apresuró a bajar de la escalera y acercarse a Bremen. Estiró los brazos y le estrechó la mano con fuerza.

—Viejo amigo —lo saludó. Tenía un rostro flaco como el de un pájaro: unos ojos agudos y brillantes, una nariz aguileña como un pico, una boca tan fina que apenas era una línea y en la barbilla puntiaguda tenía una mata de pelo ralo y corto.

—Me alegro de verte, Kahle —le dijo Bremen—. Te he echado de menos. A ti y a nuestras conversaciones, en las que analizábamos los misterios del mundo y tratábamos de desentrañarlos. Incluso echo de menos nuestros pobres intentos de hacer una broma. Seguro que te acuerdas.

—Por supuesto, Bremen, claro —se rio el otro—. Bien, aquí estás.

—Será solo un momento, me temo. ¿Te lo han contado?

Kahle asintió. Se le borró la sonrisa del rostro.

—Has venido a prevenirnos del Señor de los Brujos. Athasca nos ha advertido en tu nombre. Has solicitado poder hablar ante el Consejo. Athasca lo ha hecho por ti. Le habrá costado, ¿verdad? Pero de sobra sabemos que tiene sus razones. Sea como fuere, el Consejo ha votado en contra, aunque unos pocos han abogado por ti con bastante vehemencia: Risca, por ejemplo. Tay Trefenwyd. Y un par más. —Sacudió la cabeza—. Me temo que yo he guardado silencio.

—Porque no servía de nada que hablaras —dijo Bremen para ayudarlo.

Sin embargo, Kahle sacudió la cabeza de nuevo.

—No, Bremen. Porque soy demasiado vejo y estoy demasiado cansado para defender una causa como esta. Estoy cómodo aquí, rodeado de mis libros, y lo único quiero es que me dejen tranquilo. —Parpadeó y observó a Bremen con detenimiento—. ¿Crees de verdad lo que dices sobre el Señor de los Brujos? ¿Existe? ¿Es Brona, el druida rebelde?

Bremen asintió.

—Es cierto todo lo que le he contado a Athabasca y representa una gran amenaza para Paranor y para el Consejo. Tarde o temprano vendrá aquí, Kahle. Y, cuando lo haga, lo destruirá todo.

—Tal vez —admitió Kahle mientras se encogía de hombros—. Tal vez no. Las cosas no siempre pasan como las anticipamos. Eso es algo en lo que siempre hemos estado de acuerdo tú y yo, Bremen.

—No obstante, esta vez me temo que hay pocas probabilidades de que las cosas se desarrollen de un modo distinto al que he pronosticado. Los druidas pasan demasiado tiempo ocultos tras sus muros. No son capaces de ver con objetividad lo que ocurre ahí fuera y eso ha limitado su punto de vista.

Kahle sonrió.

—También tenemos ojos y orejas, sabemos más de lo que imaginas. El problema que nos afecta no es la ignorancia, es la complacencia. Aceptamos con demasiada celeridad la vida que llevamos, pero no adoptamos con la suficiente prontitud la vida que imaginamos. Creemos que los sucesos deben ocurrir como hemos dictado y que, aparte de la nuestra, no habrá otra voz que tenga importancia.

Bremen posó la mano en el hombro de aquel hombrecito de espalda estrecha.

—Siempre has sido el más razonable de todos nosotros. ¿Considerarías acompañarme en un viaje corto?

—Intentas salvarme de lo que crees que será mi destino, ¿verdad? —Se echó a reír—. Ya es demasiado tarde, Bremen. Mi destino está ligado irremediablemente a estas paredes y a las letras que llenan las páginas de este puñado de libros que custodio. Soy demasiado viejo y tengo unas costumbres demasiado arraigadas como para ahora renunciar al trabajo al que he dedicado mi vida. Esto es todo lo que conozco. Soy uno de esos druidas que he descrito, amigo mío: rígido e inservible hasta el final. Lo que le ocurra a Paranor también me ocurrirá a mí.

Bremen asintió. Ya se había imaginado que esa sería la respuesta de Kahle Rese, pero tenía que preguntárselo de todos modos.

—Me gustaría que volvieras a planteártelo. Hay otras paredes tras las que vivir y otras bibliotecas de las que ocuparse.

—¿De verdad? —preguntó Kahle mientras arqueaba una ceja—. En tal caso, esperan que se ocupen de ellas otras manos, creo. Este es mi sitio.

Bremen suspiró.

—Entonces, ayúdame de otro modo, Kahle. Rezo por estar equivocado respecto a la gravedad del peligro que nos acecha. Rezo por haber cometido un error y que no se cumpla lo que creo que sucederá. Pero si no es así, si el Señor de los Brujos viene a Paranor y sus puertas no son capaces de detenerlo, tiene que haber alguien que haga algo para salvar la *Historia de los druidas*. —Hizo una pausa—. ¿Todavía se guardan por separado, en la sala contigua, tras la librería que hace las veces de puerta?

—Todavía, y ahí seguirán —lo avisó Kahle.

Bremen se metió la mano entre lo ropajes y sacó una bolsita de cuero.

—Aquí dentro hay un polvo especial —le contó a su amigo—. Si el Señor de los Brujos llegara a penetrar estos muros, espárcelo sobre la *Historia de los druidas* y quedarán selladas. El polvo las mantendrá a salvo.

Le ofreció la bolsita a Kahle, que la aceptó a regañadientes. El druida con el semblante lleno de arrugas sostuvo la bolsita en la palma de la mano como si estuviera sopesando su valor.

—¿Magia élfica? —le preguntó, y Bremen asintió—. Algún tipo de polvo de hadas, supongo. O quizá de hechicería del viejo reino. —Le ofreció una sonrisa maliciosa—. ¿Sabes lo que me ocurriría si Athabasca encontrara esto entre mis posesiones?

—Sí —replicó Bremen con solemnidad—. Pero no lo encontrará, ¿verdad?

Kahle observó la bolsita con aire pensativo un momento y luego se la metió entre los ropajes.

—No —coincidió—. No lo encontrará. —Frunció el ceño—. Sin embargo, no puedo prometerte que lo use, independientemente de lo que ocurra. En ese sentido, soy como Athabasca, Bremen. Estoy en contra de implicar la magia en la realización de mis deberes. Condeno la magia como medio para llegar a un fin. Eso ya lo sabes. Ya lo había dejado lo suficientemente claro, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y aun así me lo pides?

—Debo hacerlo. ¿A quién más puedo recurrir? ¿En quién más puedo confiar? Lo dejo a tu buen criterio, Kahle. Usa los polvos solo si la situación

es tan desesperada que la vida de todos lo que habitan la fortaleza está amenazada y ves que no quedará nadie para cuidar de los libros. No dejes que caigan en manos de aquellos que harán un mal uso del conocimiento que albergan. Eso sería peor que cualquier otra consecuencia del uso de la magia que podamos imaginar.

Kahle lo contempló con aire solemne y, luego, asintió.

—En efecto, lo sería. De acuerdo. Guardaré los polvos y los usaré en caso de que ocurra lo peor. Pero solo en ese caso.

Se quedaron uno frente al otro durante el silencio que siguió; ya se lo habían dicho todo, no les quedaba nada en el tintero.

—Deberías volver a considerar tu decisión y venir conmigo —insistió Bremen por última vez.

Los labios finos de Kahle dibujaron una frágil media luna.

—Ya me pediste que me fuera contigo una vez, cuando escogiste abandonar Paranor para continuar tus estudios sobre magia en otro lugar. Entonces ya te dije que no me iría nunca, que este es mi sitio. No ha cambiado nada desde entonces.

Bremen sintió que lo invadía una impotencia amarga y le ofreció una breve sonrisa para ocultársela.

—En tal caso, adiós, Kahle Rese; eres mi mejor y más antiguo amigo. Cuídate.

El hombrecillo lo abrazó; agarró el cuerpo delgado del anciano y lo estrechó con fuerza.

—Adiós, Bremen —dijo en un susurro—. Por esta vez, espero que estés equivocado.

Bremen asintió en silencio. Entonces, giró sobre sus talones y salió de la biblioteca sin volver la vista atrás. Se dio cuenta de que deseaba que la cosas fueran distintas, pero era consciente que su deseo no se podía cumplir. Avanzó con rapidez por el pasadizo y se encaminó hacia la puerta que se abría al corredor de las escaleras secundarias por las que había venido. Se quedó contemplando los tapices y los artefactos como si no los hubiera visto nunca, o tal vez como si no los fuera a ver nunca más. Sintió que parte de él se le escapaba, era la misma sensación que había tenido cuando se había ido de Paranor la primera vez. No le gustaba admitirlo, pero en Paranor todavía se sentía como en casa, más que en ningún otro sitio, y, como ocurría con todas las casas, esta ejercía un poder sobre él que no podía juzgarse ni medirse.

Cruzó el umbral de la puerta y se adentró en la oscuridad del rellano que había al otro lado, donde se encontró cara a cara con Risca y Tay Trefenwyd.

Al instante, Tay dio un paso adelante y lo abrazó.

—Bienvenido a casa, druida —dijo mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

Tay era un elfo de altura y peso inusuales, desgarrado y con un aire más bien torpe, como si siempre estuviera a punto de tropezarse consigo mismo. Sin duda, sus rasgos eran élficos, pero parecía que le hubieran injertado la cabeza en ese cuerpo por error. Todavía era joven y, aunque ya llevaba quince años al servicio de Paranor, la piel de su rostro seguía siendo tersa y lampiña. Tenía el pelo rubio, los ojos azules y una sonrisa siempre lista para todo el mundo.

—Tienes buen aspecto, Tay —respondió el anciano y le regaló una sonrisa leve—. La vida en Paranor te sienta bien.

—Volver a verte me sienta mejor —declaró el otro—. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Nos vamos?

—Bremen, no te andes con remilgos. Nos vamos a donde sea que vayas. Risca y yo ya lo hemos decidido. Incluso si no nos hubieras convocado para reunirnos contigo, te habríamos alcanzado mientras te ibas. Estamos hasta el gollete de Athabasca y el Consejo.

—Tú no has visto su actuación —dijo Risca con sorna, volviéndose hacia la luz—. Ha sido una farsa. ¡Han estudiado tu petición igual que si tomaran en consideración una invitación para convertirse en víctimas de la peste! No han permitido que se origine ningún tipo de debate ni atendido a ninguna razón. Athabasca ha presentado tu petición de modo que no quedara ni un atisbo de duda sobre su opinión sobre la misma. Y otros le han apoyado, menudos aduladores. Tay y yo hemos hecho lo que hemos podido para condenar tales maquinaciones, pero nos han hecho callar a gritos. Estoy hasta el copete de su maldita política y de lo cortos de miras que son. Si tú dices que el Señor de los Brujos existe, es que existe. Si dices que va a venir a Paranor, es que va a venir. Pero no me quedaré aquí para recibirlo. Deja que lo hagan los otros. Diantres, pero ¿cómo pueden ser tan necios?

Risca, que era puro músculo, hablaba con vehemencia, y Bremen sonrió aunque no quería.

—¿De modo que disteis lo mejor de vosotros para defenderme?

—Fuimos como susurros en una tormenta —se mofó Tay. Alzó los brazos y los dejó caer, con impotencia, sobre los ropajes—. Risca tiene razón. La política dirige Paranor. Lo ha hecho desde que Athabasca fue nombrado Druida Supremo. Tú deberías ocupar ese cargo, Bremen, no él.

—Podrías haber sido Druida Supremo, si hubieras querido —señaló Risca, irritado—. Deberías haber insistido.

—No —dijo Bremen—. No habría sido un buen Druida Supremo, amigos. No estoy hecho para administrar y dirigir. Mi destino es buscar y recuperar lo que se ha perdido y no podría haberlo hecho desde la torre alta. Athabasca era una opción mejor que yo.

—¡No digas sandeces! —espetó Risca—. Nunca ha sido una opción mejor para ningún cargo. Todavía te envidia, incluso ahora. Es consciente de que, de haber querido, ahora ostentarías su cargo, y nunca te lo va a perdonar. Tampoco es que puedas desentenderte. La libertad que tienes representa una amenaza para su dependencia del orden y la obediencia. Si por él fuera, nos colocaría con cuidado en una estantería y nos bajaría cuando le conviniera; dirigiría nuestra vida como si fuéramos niños. Escapaste de sus garras cuando te fuiste de Paranor y nunca te lo perdonará.

Bremen se encogió de hombros.

—Es agua pasada. Lo único que lamento es que no preste más atención al aviso. Creo que la Fortaleza está en grave peligro, de verdad. El Señor de los Brujos se dirige hacia aquí, Risca, y no dará un rodeo para evitar Paranor y a los druidas. Los machacará bajo el peso de su ejército.

—¿Y qué debemos hacer? —apremió Tay mientras echaba un vistazo alrededor, como si tuviera miedo de que alguien los pudiera estar escuchando—. Hemos continuado practicando la magia, Bremen. Ambos, tanto Risca como yo, cada uno a su manera, para aplicarla a las disciplinas que dominamos. Sabíamos que algún día volverías a por nosotros. Sabíamos que necesitaríamos la magia.

Bremen asintió, complacido. Había confiado en ellos dos por encima de cualquier otro para que mejoraran sus habilidades para conjurar magia. No sabían tanto ni eran tan expertos como él, pero tenían la práctica suficiente. Risca era un maestro de las armas, experto en el arte de la guerra, en el estudio de la lucha. Tay Trefenwyd, por su parte, estudiaba los elementos, las fuerzas que creaban y destruían el mundo, el equilibrio de la tierra, el aire, el fuego y el agua en la evolución de la vida. Los dos eran hábiles, igual que Bremen, capaces de invocar magia cuando se la precisaba para proteger y defender. Practicar la magia estaba prohibido dentro de los muros de Paranor, excepto bajo estricta supervisión. Solo se invocaba la magia casi exclusivamente en caso de necesidad, ya que se quería evitar que experimentaran con ella, de modo que se solía castigar a quien se descubría haciéndolo. Los druidas vivían a la sombra de su propia historia y los

recuerdos tenebrosos de Brona y sus acólitos. Les dieron por muertos debido a la culpa y a la indecisión. Al parecer, los druidas no entendían que su manera desafortunada de proceder amenazaba con destruirlos.

—Vuestras suposiciones eran correctas —les dijo—. Confiaba en que vosotros dos no dejarías la magia de lado. Y quiero que me acompañéis. Voy a necesitar vuestras habilidades y vuestra fuerza en los días venideros. Decidme, ¿hay alguien más a quien podamos acudir? ¿Alguien que haya aceptado la necesidad que tenemos de usar la magia?

Tay y Risca intercambiaron una breve mirada.

—Nadie —dijo este último—. Tendrás que arreglártelas con nosotros.

—Y con vosotros me valdrá —afirmó Bremen, y el rostro se le arrugó cuando se forzó a esbozar una sonrisa. ¡Solo estaban ellos dos para unírseles a Kinson y él! ¡Solo ellos dos contra tantísimos! Suspiró. «Bien, debería habérmelo esperado», supuso—. Siento tener que pedirlos esto —añadió, y de verdad lo sentía.

Risca resopló.

—Me ofendería si no lo sintieras. Paranor y los viejos carrozas que la gobiernan me tienen aburrido hasta decir basta. Nadie está interesado en practicar mi oficio ni en seguir mis pasos. Soy un anacronismo para todos. Y Tay tiene la misma sensación que yo. Nos habríamos ido mucho antes si no hubiésemos acordado que esperaríamos a que vinieras.

Tay asintió.

—No debes entristecerte por necesitar compañeros de viaje, Bremen. Estamos listos.

Bremen agarró la mano a cada uno y se lo agradeció.

—Recoged lo que os llevaríais y reuníos conmigo en la puerta principal mañana por la mañana. Entonces os contaré el camino que tomaremos. Esta noche dormiré en el bosque con mi compañero, Kinson Ravenlock. Me ha acompañado durante el último par de años y ha demostrado ser de una valía inestimable. Es un Rastreador y un explorador, un fronterizo de inmensa valentía y determinación.

—Si viaja contigo, no necesita otra recomendación —dijo Tay—. Nos vamos. Caerid Lock te espera al bajar estas escaleras. Ha pedido que descendas hasta que lo encuentres. —Tay hizo una pausa de manera significativa—. Caerid sería una buena adición para nuestro grupo, Bremen.

El anciano asintió.

—Soy consciente de ello. Le pediré que venga. Descansad, nos veremos al alba.

El enano y el elfo se escabulleron por la puerta del corredor y la cerraron con cuidado tras ellos. Bremen se quedó solo en el rellano. Permaneció allí un momento y caviló sobre lo que debía hacer a continuación. El silencio se impuso a su alrededor, profundo y penetrante, anegando el espacio entre los muros del bastión. El tiempo pasaba y, aunque no necesitase mucho para llevar a cabo su plan, debía actuar con rapidez.

E iba a necesitar la colaboración de Caerid Lock.

Se apresuró a bajar las escaleras, resuelto a cumplir su plan, mientras reflexionaba sobre los detalles. El hedor a humedad del pasadizo cerrado le embargaba el olfato y hacía que tuviera que arrugar la nariz. En algún lugar de los pasillos y las escaleras de la Fortaleza el aire era limpio y cálido, procedente de las chimeneas que calentaban el castillo durante todo el año. Había reguladores de tiro y conductos de ventilación que controlaban la circulación del aire, pero no había ninguno en los corredores secretos como en el que se encontraba.

Dio con el capitán de la Guardia Druida tras bajar dos tramos de escaleras más, en otro rellano, en las sombras. Se acercó a Bremen con expresión impasible cuando éste llegó.

—He pensado que os reunirías con vuestros amigos con más comodidad si estabais solos —comentó.

—Muchas gracias —contestó Bremen, conmovido por la consideración que había tenido el otro—. Pero nos gustaría que formaras parte del grupo, Caerid. Partiremos al alba. ¿Vendréis?

Caerid le ofreció una leve sonrisa.

—Supuse que formaba parte de vuestro plan. Risca y Tay están impacientes por partir de Paranor, todos lo sabemos. —Sacudió la cabeza lentamente—. Pero en lo que a mí respecta, Bremen, tengo obligaciones aquí. Sobre todo si lo que creéis es cierto. Alguien tiene que proteger a los druidas de Paranor, incluso de sí mismos. Yo soy el más indicado. La guardia responde ante mí, he elegido con cuidado cada miembro y los he entrenado a todos bajo mi mando. No sería propio de mí abandonarlos ahora.

Bremen asintió.

—Supongo que no. Sin embargo, nos encantaría que nos acompañarais.

Caerid casi sonrió.

—Y me encantaría ir. Pero ya he tomado mi decisión.

—En tal caso, velad y guardad lo que hay en estos muros, Caerid Lock. —Bremen lo miró fijamente—. Aseguraos de la naturaleza de los hombres a los que dirigís. ¿Hay algún troll? ¿Hay alguien que pudiera llegar a traicionaros?

El capitán de la Guardia Druida le estrechó la mano con firmeza.

—Nadie. Todos lucharán conmigo hasta la muerte. Incluso los trolls. Me apostaría la vida en ello.

Bremen sonrió levemente.

—Y eso haréis. —Echó un vistazo en derredor un momento, como si buscara a alguien—. Vendrá, Caerid. El Señor de los Brujos vendrá acompañado de sus súbditos alados y sus acólitos mortales y quizá también de criaturas salidas de algún averno tenebroso. Invadirá Paranor y tratará de aplastaros. Debéis tener cuidado, amigo.

El hábil veterano asintió.

—Cuando venga, estaremos preparados. —Le aguantó la mirada al otro—. Ha llegado el momento de acompañaros hasta las puertas. ¿Os gustaría llevaros algo de comida?

Bremen asintió.

—Sí, gracias. —Entonces, dudó—. Casi me olvido. ¿Podría despedirme de Kahle Rese por última vez? Me temo que he dejado las cosas un tanto crispadas y me gustaría arreglarlo antes de partir. ¿Podrías darme un par de minutos más, Caerid? Volveré enseguida.

El elfo meditó la petición en silencio un momento y luego asintió.

—De acuerdo. Pero apresuraos, por favor. Ya he estirado las instrucciones de Athabasca hasta el límite.

Bremen le ofreció una sonrisa que lo desarmó y volvió a subir las escaleras. Detestaba haberle tenido que mentir a Caerid Lock, pero no le quedaba ninguna otra alternativa razonable. El capitán de la Guardia Druida nunca hubiera consentido lo que estaba a punto de hacer bajo ninguna circunstancia, le fuera afín o no. Bremen ascendió dos pisos, cruzó una entrada que lo llevó a otro pasadizo secundario y se apresuró a llegar al final; entonces, atravesó otra puerta que lo condujo a un nuevo tramo de escaleras, esta vez más estrechas y con más escalones que la anterior. Avanzó sin hacer ruido, con mucho cuidado. No podía permitir que lo descubrieran ahora. Lo que pretendía hacer estaba prohibido. Si alguien lo veía, Athabasca lo arrojaría a la mazmorra más profunda del castillo y lo dejaría allí para toda la eternidad.

Al subir aquellas escaleras estrechas se detuvo ante unas puertas de madera maciza afianzadas con cerrojos y cadenas tan gruesas como sus viejas muñecas. Tocó los cierres con cuidado, y uno tras otro se fueron abriendo con pequeños clics. Sacó las cadenas de las anillas que las aseguraban, empujó la puerta y observó con una mezcla de alivio y temor cómo se abría lentamente.

Entró y se encontró sobre una plataforma situada a mucha altura dentro de la Fortaleza de los druidas. Más abajo, las paredes se hundían en un abismo oscuro del que se decía que llegaba directamente hasta el centro de la tierra. Nadie había descendido hasta el fondo y había regresado. Nadie había sido capaz de invocar una luz lo suficientemente potente como para observar lo que había allí debajo. El Pozo Druida, así lo llamaban. Era un lugar en el que se habían lanzado los desechos del tiempo y el destino (de la magia y la ciencia, de los vivos y los muertos, de lo mortal y lo inmortal). Había estado allí desde la época del viejo reino de la magia. Como el Cuerno del Hades en el Valle de Esquisto, era una de las pocas puertas que conectaban los mundos de los vivos y el más allá. Se contaban historias sobre cómo se había usado a lo largo de los años y de las cosas espantosas que se había tragado. A Bremen no le interesaban aquellos cuentos. Lo que le importaba era que había establecido hacía mucho tiempo que el abismo era un pozo que canalizaba la magia desde reinos que ningún alma viviente había visitado, y que entre la oscuridad que escondía sus secretos residía un poder que ninguna criatura se atrevería a desafiar.

De pie en el filo de la plataforma, Bremen levantó los brazos y entonó un cántico. Usaba un tono de voz suave y monótono mientras conjuraba con premeditación y a un ritmo pausado. No dirigió la mirada hacia abajo, ni siquiera cuando oyó un revuelo acompañado de suspiros que procedían de las profundidades. Movi6 ligeramente las manos mientras entretejía los símbolos que imponían obediencia. Pronunció las palabras sin atisbo de duda, ya que el mínimo titubeo podía provocar que el hechizo finalizara antes de tiempo y sentenciara todo su esfuerzo.

Cuando terminó, metió la mano entre los ropajes y sacó una pizca de un polvo verdoso, que tiró al vacío. El polvo brilló con intensidad maligna mientras surcaba las corrientes de aire, dando la impresión de que crecía y se multiplicaba hasta que unos pocos granos se habían convertido en miles. Por un momento, quedaron suspendidos, cerca de la oscuridad; entonces titilaron por última vez y desaparecieron.

Bremen se alejó del filo de prisa, con la respiración acelerada; sentía que la valentía le flaqueaba cuando se apoyó contra la piedra fría de la pared de la torre. Ya no tenía la fuerza de antaño. Tampoco tenía la misma determinación. Cerró los ojos y esperó a que el revuelo y los suspiros cedieran el paso al silencio. ¡Usar la magia requería tanto esfuerzo! Ojalá volviera a ser joven. Ojalá tuviera el cuerpo y la resolución de un joven. Pero

era viejo y el cuerpo le fallaba, y no tenía sentido desear un imposible. Tendría que arreglárselas con el cuerpo y la resolución que ahora tenía.

Algo arañó las paredes de piedra que tenía bajo los pies; el rechinar de unas garras, tal vez, o de escamas.

¡Fuera lo que fuera aquello, estaba subiendo para descubrir si quien había lanzado el hechizo aún seguía allí!

Bremen se serenó y retrocedió a trompicones hasta la puerta, la empujó y la cerró con fuerza tras él. El corazón todavía le latía a toda velocidad y tenía el rostro recubierto de una capa de brillo debido al sudor. «Sal de aquí», susurró una voz estridente desde algún lugar tras aquella puerta, desde las profundidades del abismo. «¡Sal ahora mismo!».

Con las manos temblorosas, Bremen volvió a asegurar las cerraduras y las cadenas. Luego salió disparado hacia las escaleras estrechas y los pasadizos vacíos del castillo para reunirse de nuevo con Caerid Lock.

4

Bremen y Kinson Ravenlock pasaron la noche en el bosque que había en las inmediaciones de Paranor. Encontraron una arboleda de píceas que proporcionaba suficiente amparo para ocultarse; incluso aquí recelaban de los cazadores alados que rondaban por el cielo nocturno. Tomaron una cena fría: un poco de pan, queso y manzanas de primavera, todo regado con cerveza, mientras comentaban lo que había sucedido aquel día. Bremen le explicó los resultados de sus intentos de hablar ante el Consejo Druídico y le informó de las conversaciones que había tenido con quienes había hablado mientras había estado dentro de la Fortaleza. Kinson se limitó a asentir con seriedad y a musitar gruñidos para expresar su decepción, pero tuvo la entereza y la buena educación de no decirle «Te lo dije» cuando el anciano le contó su fracaso al tratar de convencer a Athabasca.

Más tarde durmieron, cansados como estaban debido a la larga caminata desde Strelheim y la cantidad de noches en vela que habían pasado antes. Montaron guardia por turnos, pues no confiaban en que la proximidad de la presencia de los druidas los mantuviera a salvo. Ninguno de los dos creía que iba a estar a salvo en ningún lugar durante un buen tiempo. A estas alturas, el Señor de los Brujos se dirigía hacia donde quería y sus cazadores hacían las veces de ojos en cualquier rincón de las Cuatro Tierras. Bremen, que velaba el primer turno, creyó por un momento haber notado algo, una presencia en algún lugar muy cerca de ellos que ponía todos sus instintos en alerta. Era medianoche, estaba a punto de terminar el turno y ya estaba pensando en dormir, de modo que por poco no lo percibió. Sin embargo, no vio nada y el picor que le había recorrido la columna se desvaneció casi con la misma rapidez con la que había aparecido.

Bremen durmió profundamente y sin soñar, pero se despertó antes del alba, y estaba pensando en lo que debía hacer a continuación con tal de luchar

contra la amenaza que representaba el Señor de los Brujos cuando Kinson surgió de entre las sombras, sigiloso como un gato, y se arrodilló a su lado.

—Hay una muchacha que quiere verte —dijo.

Bremen asintió sin decir nada y se irguió hasta quedar sentado. La noche estaba palideciendo, tiñéndose de gris, mientras que al este el cielo se manchaba de plateado en el borde del horizonte. El bosque que lo rodeaba parecía vacío y abandonado, un laberinto enorme y oscuro de ramas enmarañadas en forma de bóveda que los circundaba y los encerraba como si fuera su tumba.

—¿Quién es? —preguntó el anciano.

Kinson sacudió la cabeza.

—No me ha dicho cómo se llama. Al parecer, es una druida. Lleva sus mismos ropajes y la insignia.

—Vaya, vaya —musitó Bremen y se levantó. Le dolían los músculos y tenía las articulaciones agarrotadas y rígidas.

—Ha dicho que esperaría, pero sabía que ya estarías despierto.

Bremen bostezó.

—Me he vuelto demasiado previsible para mi propio bien. ¿Una muchacha, has dicho? No hay muchas mujeres, y menos muchachas, que sirvan entre los druidas.

—Yo tampoco creía que hubiera demasiadas. En cualquier caso, no parece representar una amenaza y está bastante resuelta a hablar contigo.

Kinson parecía indiferente a lo que resultara de todo aquello, lo que significaba que seguramente creía que era una pérdida de tiempo. Bremen se alisó el vestido arrugado. Le vendría bien un lavado, y a él también.

—¿Has visto algún cazador alado cuando montabas guardia?

Kinson sacudió la cabeza.

—Pero he notado su presencia. Rondan por estos bosques, no te quepa duda. ¿Hablarás con ella?

Bremen le miró.

—¿Con la muchacha? Por supuesto. ¿Dónde está?

Kinson lo guio desde el refugio que les ofrecían las píceas hasta un pequeño claro que había a poco más de cincuenta pies de distancia. Allí estaba la muchacha, una presencia oscura y silenciosa. No era muy alta, más bien al contrario; era bajita y de complexión delgada, envuelta en la cogulla, y llevaba la capucha puesta para que no se le viera el rostro. No se movió cuando Bremen apareció, sino que se quedó quieta, esperando a que fuera él quien se le acercara primero.

Bremen redujo el paso. Le fascinaba que los hubiera encontrado con tanta facilidad. Habían acampado bien adentro del bosque a propósito, con la intención de que fuera difícil que alguien los pudiera descubrir mientras dormían. Y, sin embargo, esa muchacha lo había conseguido, de noche y sin la ayuda de ninguna otra luz que la de las estrellas y la luna cuando penetraba más allá de la densa bóveda de ramas. O era una buena Rastreadora o se había servido de magia.

—Deja que hable con ella a solas —le dijo a Kinson.

Cruzó el claro hacia el lugar donde estaba ella, cojeando levemente mientras sus articulaciones intentaban librarse de la rigidez de una noche de sueño al raso. La muchacha se bajó la capucha para que él pudiera verla. Era muy joven, pero no lo era tanto como Kinson había creído. Llevaba el pelo moreno muy corto y tenía unos ojos negros enormes, con unos rasgos delicados, la piel tersa y una expresión cándida. Tal y como había dicho el fronterizo, llevaba la cogulla de los druidas, así como la mano alzada con la antorcha del Eilt Druin cosida en el pecho.

—Me llamo Mareth —anunció cuando él se le acercó, y le ofreció la mano.

Bremen se la estrechó. Tenía una mano pequeña, pero un agarre firme y la piel de la palma de la mano endurecida, fruto del trabajo.

—Mareth —la saludó.

Ella retiró la mano. Lo observaba fijamente y le sostuvo la mirada mientras hablaba con un tono bajo y convincente:

—Soy aprendiz de druida, todavía no me han aceptado en la orden, pero aun así se me permite formarme en la Fortaleza. Llegué hace diez meses, como curandera. Estuve estudiando varios años en el reino del río de Plata y luego, dos años más en Storlock. Comencé a instruirme como curandera cuando tenía trece años. Mi familia vive en las Tierras del Sur, más allá de Leah.

Bremen asintió. Si le habían permitido empezar sus estudios como curandera en Storlock, debía de tener talento.

—¿Y qué deseas de mí, Mareth? —le preguntó con dulzura.

Aquellos ojos oscuros pestañearon.

—Quiero acompañaros.

Bremen esbozó media sonrisa.

—Ni siquiera sabes adónde me dirijo.

Ella asintió.

—No importa. Sé la causa a la que servís. Sé que los druidas Risca y Tay Trefenwyd os acompañarán. Quiero formar parte de vuestra compañía. Esperad. Antes que digáis nada, escuchadme. Dejaré Paranor tanto si me lleváis con vos como si no. No me ven con buenos ojos, en especial Athabasca. Y la razón por la que no me ven con buenos ojos es que elijo proseguir los estudios sobre magia cuando me lo han prohibido. Han decidido que tan solo voy a ser curandera. Solo voy a poder usar las habilidades y los conocimientos que el Consejo crea apropiados.

«Para una mujer», pensó Bremen que podría haber añadido; era la frase que sus palabras escondían.

—Ya he aprendido todo lo que podían enseñarme —continuó ella—. No lo admitirán, pero es así. Necesito un nuevo mentor. Os necesito. Sabéis más sobre magia que cualquier otro. Entendéis los matices, las exigencias y las complicaciones que pueden resultar de usarla, las dificultades de integrarla en vuestra vida. Nadie tiene vuestra experiencia. Me gustaría estudiar con vos.

Bremen sacudió la cabeza despacio.

—Mareth, adonde me dirijo no debería aventurarse nadie que no tenga experiencia.

—¿Será peligroso? —preguntó.

—Incluso para mí. Sin duda, lo será para Risca y Tay, quienes, como mínimo, tienen algo de experiencia en el uso de la magia. Pero sobre todo lo sería para ti.

—No —replicó ella en voz baja. Era evidente que estaba preparada para mantener esa discusión—. No sería tan peligroso para mí como creéis. Hay algo que todavía no os he contado. Algo que no sabe nadie de los de aquí, de Paranor, aunque creo que Athabasca lo sospecha. No carezco de habilidades. Tengo experiencia en el uso de la magia más allá de la que obtendría gracias a practicarla a partir de lo que he aprendido. Nací con magia.

Bremen se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Posees magia innata?

—No me creéis —respondió ella enseguida.

En realidad, no. La magia innata no tenía precedentes. La magia se adquiría mediante el estudio y la práctica, no se heredaba. Al menos, no en esta época. En la época del viejo reino de la magia las cosas habían sido distintas, claro, porque esta formaba parte del carácter heredado de cada criatura del mismo modo que formaba parte de la composición de la sangre y los tejidos. Ahora bien, no había habido nadie en las Cuatro Tierras, al menos que nadie pudiera recordar, que hubiese nacido con magia.

Nadie que fuera humano.

Siguió mirándola fijamente.

—Veréis, la dificultad que presenta mi magia —continuó ella— es que no siempre la puedo controlar. Viene y va, según arranques de emociones, dependiendo del subir y bajar de la temperatura, a trancas y barrancas según lo que pienso y varias docenas de vicisitudes más que no puedo controlar del todo. Puedo invocarla, pero luego, a veces, hace lo que quiere.

Dudó y, por primera vez, bajó la vista un momento antes de volver a alzarla para sostenérsela a Bremen. Cuando retomó la palabra, este creyó detectar un dejo de desesperación en aquel tono de voz tan bajo:

—Tengo que ser precavida con todo lo que hago. Siempre escondo pedacitos de mi forma de ser, soy extremadamente cuidadosa con el comportamiento y las reacciones que tengo, incluso con las costumbres más inocentes. —Apretó los labios—. No puedo seguir viviendo así. Vine a Paranor para que me ayudaran. No lo han hecho. Así que ahora os pido ayuda a vos.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Por favor.

Esas dos palabras lo conmovieron de tal modo que Bremen se sorprendió. Durante unos segundos, había perdido la compostura, esa presencia de hierro templado que había perfeccionado para protegerse del resto. Todavía no sabía si se la creía, aunque pensó que quizá en el fondo lo hacía. Con todo, estaba seguro de que la necesidad que ella tenía, fuera de la naturaleza que fuera, era auténtica.

—Aportaré algo de utilidad a vuestra compañía si me aceptáis —insistió ella, bajito—. Seré una aliada fiel. Haré cualquier cosa que se me pida. Si os veis forzados a enfrentaros al Señor de los Brujos o a sus acólitos, lucharé a vuestro lado. —Se inclinó hacia delante con un movimiento apenas perceptible, poco más que la inclinación de la cabeza morena—. La magia que poseo —le contó con un hilo de voz— es muy poderosa.

Bremen le agarró la mano y la sostuvo entre las suyas.

—Si estás de acuerdo en esperar hasta que el sol haya salido, meditaré sobre esta cuestión —le dijo—. Debo consultarlo con los demás, con Tay y Risca cuando lleguen.

Ella asintió y fijó la mirada en un punto tras Bremen.

—¿Y con vuestro amigo grandullón?

—Sí, con Kinson también.

—Pero él no sabe usar la magia como el resto de la compañía, ¿verdad?

—No, pero tiene otro tipo de habilidades. Puedes notarlo, ¿no es cierto? ¿Que no usa la magia?

—Sí.

—Cuéntame, ¿usaste la magia para encontrarnos aquí, en nuestro escondite?

Ella sacudió la cabeza.

—No, fue por instinto. Podía sentirlos. Siempre he sido capaz de hacerlo. —Se quedó contemplándolo de hito en hito y percibió la mirada que él le estaba echando—. ¿Se trata de un tipo de magia, Bremen?

—Efectivamente. No es una magia que se pueda identificar con tanta facilidad como otras, pero es magia. La magia innata, me atrevería a añadir... Y sin habilidad adquirida.

—No tengo ninguna habilidad adquirida —afirmó ella mientras se cruzaba de brazos, como si de repente tuviera frío.

Bremen la observó durante un instante mientras cavilaba.

—Siéntate aquí, Mareth —dijo él al final, y señaló un lugar que había tras ella—. Espera conmigo a que lleguen los demás.

Así lo hizo. Se dirigió hacia una parcela de hierba que había crecido en una de las zonas en las que los árboles habían dejado pasar la luz del sol, cruzó las piernas y se sentó en el montículo que formaron los ropajes. Parecía una estatuilla negra. Bremen la contempló durante un instante y luego se alejó por el claro hacia el lugar donde Kinson lo esperaba.

—¿Qué quiere? —interrogó el fronterizo al volverse para caminar junto a él por la linde del bosque.

—Me ha preguntado si puede acompañarnos —respondió Bremen.

Kinson alzó una ceja con aire especulativo.

—¿Por qué querría hacerlo?

Bremen se detuvo y se volvió hacia Kinson.

—Todavía no me lo ha dicho. —Echó un vistazo hacia donde ella estaba sentada—. Me ha dado razones suficientes para considerar su petición, pero todavía hay algo que no me ha contado.

—En tal caso, ¿se lo negaréis?

Bremen sonrió.

—Esperaremos a los demás y lo discutiremos.

La espera fue corta. El sol se alzó por encima de las colinas y coronó la linde del bosque al cabo de unos minutos, iluminando los recovecos llenos de sombras y persiguiendo los últimos rescoldos de penumbra que quedaban. La tierra recuperó el color: tonos de verde, marrón y dorado asomaron entre la

oscuridad que se desvanecía. Los pájaros se despertaron y entonaron una melodía de bienvenida a ese nuevo día. La niebla se aferraba con tenacidad a los huecos más oscuros del brillante bosque y Risca y Tay Trefenwyd aparecieron al travesar la cortina de bruma que rodeaba los muros de Paranor. Ambos se habían deshecho de la cogulla de druida y habían optado por ropa cómoda para viajar. Cargaban con un morral holgado que se balanceaba, colgado de sus espaldas anchas. El elfo iba armado con un arco y un cuchillo de caza delgado. El enano llevaba un sable corto que podía usar con ambas manos, un hacha de guerra atada a la altura de la cintura y blandía un garrote tan ancho como su propio antebrazo.

Se dirigieron directamente hacia Bremen y Kinson sin fijarse en Mareth. Mientras ellos se acercaban, ella se alzó por enésima vez y se quedó de pie, esperando.

Tay fue el primero en darse cuenta de que estaba allí; se volvió al percibir un movimiento inesperado por el rabillo del ojo.

—Mareth —dijo en voz baja.

Risca lo miró y gruñó.

—Me ha pedido acompañarnos —anunció Bremen, directo al grano—. Afirma que nos puede ser de utilidad.

Risca volvió a gruñir y se alejó de la muchacha.

—Es una niña —musitó.

—Ha perdido el favor de Athabasca por tratar de estudiar magia —observó Tay mientras se volvía para contemplarla. La sonrisa que lucía en aquel rostro élfico se ensanchó—. Es una joven prometedora y me gusta la determinación que muestra. Athabasca no la asusta ni una pizca.

Bremen lo miró.

—¿Es de confianza?

Tay se echó a reír.

—Mira que es rara esta pregunta. ¿De confianza para quién? ¿Para hacer qué? Hay quien dice que nadie es de confianza excepto tú y yo, y yo solo puedo poner la mano en el fuego por mí. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza hacia Kinson—. Buenos días, fronterizo. Me llamo Tay Trefenwyd.

El elfo le dio un apretón de manos a Kinson y, acto seguido, Risca también se introdujo. Bremen les pidió disculpas por haberse olvidado de hacer las presentaciones. El fronterizo respondió que ya estaba acostumbrado a eso y se encogió de hombros de manera significativa.

—Bueno, veamos, la muchacha. —Tay recondujo la conversación hasta el punto de partida—. Me gusta, pero Risca tiene razón. Es muy joven. No sé si

quiero pasarme el rato cuidando de ella.

Bremen frunció los labios finos.

—No parece creer que tengáis que hacerlo. Afirma que sabe usar la magia.

Esta vez, Risca resopló.

—Es una aprendiz. Hace menos de tres estaciones que llegó a Paranor. ¿Cómo puede saber algo sobre el uso de la magia?

Bremen le echó un vistazo a Kinson y vio que el fronterizo ya lo había resuelto.

—Es poco probable que sepa algo, ¿verdad? —le dijo este a Risca—. Bien, pues votad. ¿Nos va a acompañar o no?

—No —respondió Risca de inmediato.

Kinson se encogió de hombros y sacudió la cabeza para mostrar su acuerdo.

—¿Tay? —preguntó Bremen al elfo.

Tay Trefenwyd suspiró a regañadientes.

—No.

Bremen dedicó un rato para tomar en consideración las respuestas y luego asintió.

—De acuerdo, aunque todos habéis votado en contra, creo que debería acompañarnos. —El resto se quedó mirándolo de hito en hito. Su rostro curtido se arrugó debido a una sonrisa repentina—. ¡Deberíais ser capaces de verlo! Muy bien pues, dejad que os lo explique. Por un lado, hay algo sobre la petición que me intriga y que no os he mencionado antes. Quiere estudiar conmigo, aprender cosas sobre la magia. Está dispuesta a aceptar casi cualquier condición con tal de conseguirlo. Está bastante ansiosa y, aunque no ha suplicado ni implorado, he visto la desesperación reflejada en su mirada.

—Bremen... —empezó Risca.

—Por el otro —continuó el druida, y con gestos pidió al enano que hiciera silencio—, afirma que posee magia innata y creo que tal vez nos dice la verdad. En tal caso, nos haría bien descubrir su naturaleza y emplearla bien. Al fin y al cabo, solo estaremos nosotros cuatro si no viene.

—No estamos tan desesperados como para... —insistió Risca.

—Ah, pero sí que lo estamos, Risca —lo cortó Bremen—. Sin lugar a dudas. Somos cuatro contra el Señor de los Brujos, los cazadores alados, los acólitos salidos del averno y la totalidad de la nación troll. ¿Se podría estar más desesperado? Nadie aquí en Paranor se ha ofrecido a ayudarnos. Solo

Mareth. No me inclino demasiado a rechazar a alguien de plano a estas alturas.

—Antes has dicho que hay algo que no te ha contado —señaló Kinson—. Eso no inspira la confianza que buscas, precisamente.

—Todos guardamos secretos, Kinson —lo reprendió Bremen con tacto—. No hay nada extraño en eso. Mareth apenas me conoce. ¿Por qué debería confiármelo todo en el transcurso de nuestra primera conversación? Está siendo precavida, sin más.

—No me gusta —declaró Risca, hosco. Se recostó el garrote pesado contra el enorme muslo—. Quizá disponga de magia y puede que tenga el talento necesario para usarla, pero eso no cambia que casi no sabemos nada de ella. En especial, desconocemos si podemos confiar en ella, y no me gusta correr ese tipo de riesgos cuando mi vida está en juego, Bremen.

—Bien, creo que deberíamos darle el beneficio de la duda —replicó Tay, con buen humor—. Ya tendremos tiempo de tomar una decisión antes de que surja la oportunidad de poner a prueba su valentía. Con todo, ya hay cosas que podemos decir a su favor. Sabemos que eligió ser aprendiz de los druidas; ese hecho de por sí dice mucho de ella. Y es curandera, Risca. Puede que necesitemos sus habilidades.

—Dejad que venga —coincidió Kinson de mala gana—. De todos modos, Bremen ya se ha decidido.

Risca frunció el ceño con aire sombrío. Se puso derecho, tan ancho como era.

—Pues puede que se haya decidido, pero no lo habrá hecho por mí. —Se volvió hacia el anciano y se quedó mirándolo de hito en hito, sin mediar palabra, durante un rato. Tay y Kinson esperaron, expectantes. Con todo, Bremen no ofreció nada más. Se limitó a quedarse allí, de pie, en silencio.

Al final, fue Risca quien cedió. Sacudió la cabeza, se encogió de hombros y giró sobre los talones.

—Eres el líder, Bremen. Que nos acompañe si quieres. Pero no esperes que le limpie los mocos.

—Tranquilo, me aseguraré de hacérselo saber —le notificó Bremen mientras le guiñaba el ojo a Kinson. Acto seguido, le hizo señas a la muchacha para que se uniera a ellos.

* * *

Partieron al cabo de poco, una compañía de cinco miembros: Bremen la encabezaba, Risca y Tay lo flanqueaban, Kinson iba un paso por detrás y Mareth iba en la retaguardia. Ahora el sol estaba alto, coronaba los Dientes del Dragón por el este e iluminaba el valle densamente arbolado. El cielo era radiante y azul, sin rastro de nubes. La compañía se dirigió hacia el sur, avanzaron por sendas y caminos sinuosos y poco transitados, cruzaron arroyos anchos y sosegados y se metieron por estribaciones cubiertas de matorrales que los sacaron de los bosques y los condujeron hasta el desfiladero de Kennon. Al mediodía ya salían del valle y entraban en el desfiladero; el aire se tornó cortante y gélido. Al volver la vista atrás, vieron los muros sólidos de Paranor; la Fortaleza de los druidas se erigía alta, por encima del promontorio rocoso entre la foresta vetusta. La luz intensa del sol le otorgaba a la piedra un aspecto plano e implacable en medio de una capa de árboles, como un eje en el centro de una rueda inmensa. Se volvieron para observarla, uno tras otro, cada uno perdido en sus pensamientos, mientras recordaban eventos pasados y años transcurridos. Mareth fue la única que no mostró ningún tipo de interés, mantuvo la mirada hacia delante a propósito; su pequeño rostro parecía una máscara inexpresiva.

Entonces, se adentraron en el desfiladero de Kennon, cuyas paredes escarpadas se alzaban sobre sus cabezas, como grandes losas partidas por los lentos hachazos del tiempo, y perdieron Paranor de vista.

Solo Bremen sabía hacia dónde se dirigían y se guardó la información para sí hasta que acamparon esa misma noche por encima del río Mermidon. Tan pronto como abandonaron sanos y salvos el desfiladero, se adentró de nuevo en el refugio que les ofrecía los bosques que había debajo. Kinson le había preguntado un momento que se había quedado a solas con el anciano, y Risca lo había hecho ante el resto, pero Bremen había optado por no responderles. Solo él conocía sus razones y se mantuvo en sus trece, sin ofrecer ninguna explicación a sus compañeros. Nadie trató de protestar ante esa decisión.

Sin embargo, esa noche, tras encender una hoguera y cocinar la cena (la primera comida caliente que Kinson tomaba desde hacía semanas), Bremen les reveló, por fin, el destino.

—Os diré hacia dónde nos dirigimos —informó con tranquilidad—. Avanzamos hacia el Cuerno del Hades.

5

Estaban sentados alrededor de la pequeña fogata, habían terminado de cenar y cada uno estaba ocupado con otras tareas. Risca afilaba la hoja del sable. Tay bebía cerveza del odre y se dedicaba a dibujar en el polvo. Kinson cosía un nuevo trozo de cuero en una bota, donde la suela se estaba soltando. Mareth estaba sentada aparte y los contemplaba con esa mirada extraña y penetrante que lo absorbía todo y no delataba nada.

Se hizo un silencio cuando Bremen hubo terminado, y cuatro cabezas se alzaron al unísono para mirarlo de hito en hito.

—Mi intención es hablar con los espíritus de los muertos con el fin de conocer qué debemos hacer para proteger a las razas. Trataré de indagar sobre el modo en que debemos proceder e intentaré descubrir nuestro sino.

Tay Trefenwyd se aclaró la garganta con suavidad.

—El Cuerno del Hades es un lugar prohibido para los mortales. Incluso para los druidas. Las aguas son ponzoñosas. Un sorbo y estás muerto. —Miró a Bremen con aire pensativo y luego desvió la vista—. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

Bremen asintió.

—Sé que visitar el Cuerno del Hades acarrea peligro. E invocar a los no muertos acarrea más peligro si cabe. Sin embargo, he estudiado la magia que guarda el inframundo y los portales que lo conectan al nuestro, he recorrido los caminos que existen entre ambos y he vivido para contarlos. —Le dedicó una sonrisa al elfo—. He viajado muy lejos desde la última vez que nos vimos, Tay.

Risca gruñó.

—No estoy seguro de querer conocer mi sino.

—Yo tampoco —se hizo eco Kinson.

—Les pediré aquello que quieran concederme —les explicó Bremen—. Ellos decidirán qué debemos saber.

—¿Crees que los espíritus pronunciarán palabras que puedas comprender? —Risca sacudió la cabeza—. Creía que no funcionaba así.

—Tienes razón —reconoció Bremen. Se acercó con cuidado a la hoguera y estiró las manos para sentir el calor que desprendía. Era una noche fría, incluso aunque estuvieran a los pies de las montañas—. Los muertos, si aparecen, ofrecen visiones, y las visiones hablan en su nombre. Los muertos no tienen voz. No si forman parte del inframundo. No, a no ser... —Pareció que se lo pensaba mejor y desechó lo que iba a decir con un gesto impaciente—. La cuestión es que las visiones dan voz a lo que los espíritus nos dirían, si es que deciden comunicarnos algo. A veces ni siquiera aparecen. No obstante, debemos ir y pedirles ayuda.

—Ya lo habéis hecho antes —dijo Mareth de pronto, tan solo era la constatación de un hecho.

—Sí —admitió el anciano.

«Sí», pensó Kinson Ravenlock, recordándolo. Él había sido testigo de la última vez: una noche terrorífica de truenos y relámpagos, de nubarrones arrolladores y lluvias torrenciales, de vapor que silbaba al elevarse de la superficie del lago y de voces que los llamaban desde las cámaras subterráneas de la mansión de la muerte. Él se había quedado en el borde del Valle de Esquisto y había observado cómo Bremen había bajado hasta la orilla del agua y había invocado a los espíritus de los muertos bajo un cielo que parecía reflejar las intenciones mágicas de estos. Lo que los espíritus no le permitieron fue vislumbrar las visiones que le habían mostrado. Sin embargo, Bremen sí que las había visto, y no habían sido favorables. Solo con la mirada se lo había revelado cuando, por fin, había salido del valle al alba.

—Todo saldrá bien —les aseguró Bremen, con una sonrisa débil y curtida debido a las arrugas de aquel rostro sombrío.

Mientras se preparaban para dormir, Kinson se acercó a Mareth y se arrodilló sobre una pierna a su lado.

—Toma —le ofreció mientras le entregaba su capa de viaje—. Te ayudará a protegerte del frío nocturno.

Ella lo miró con esos ojos enormes e inquietantes y sacudió la cabeza.

—Tú la necesitas tanto como yo, fronterizo. No quiero que me trates con una consideración especial.

Kinson le sostuvo la mirada sin responder durante un momento.

—Me llamo Kinson Ravenlock —le dijo en un susurro.

Ella asintió.

—Sé cómo te llamas.

—Voy a hacer la primera guardia y no necesito el peso ni el calor que proporciona la capa mientras la hago. No te estoy tratando con ninguna consideración especial.

Pareció desanimada.

—Yo también tengo que hacer guardia —insistió.

—Y la harás. Mañana. Cada noche la harán dos de nosotros. —Kinson estaba determinado a no perder la calma—. Veamos entonces, ¿te quedas la capa?

Ella lo miró con frialdad y luego la aceptó.

—Gracias —dijo con un tono de voz neutro.

Él asintió, se levantó y se alejó mientras pensaba que iba a tardar en volver a ofrecerle algo.

La noche estaba sumida en una calma profunda y era de una belleza impresionante: el cielo, de un insólito tono violeta, estaba salpicado de estrellas con una luna plateada en cuarto creciente. Inmenso e insondable, sin una sola nube ni luces disonantes, daba la sensación de que se había barrido el cielo con una escoba inmensa, revelando una miríada de estrellas que, como esquirlas de diamante, se habían esparcido sobre esa superficie aterciopelada. Se veían miles, y había tantas agrupadas en algunas partes que parecían manchas de luz indefinidas, como si fuera leche derramada. Kinson alzó la mirada para contemplarlas y se maravilló. El tiempo pasaba con la finura del cristal. Kinson aguzó el oído para percibir los sonidos familiares de la vida boscosa, pero parecía que todo aquel que moraba en esos bosques estaba tan impresionado como él y no tenía tiempo para tareas mundanas como cazar.

Recordó cuando era un niño y vivía en el páramo que constituía la frontera al este y al norte de Varfleet, al amparo de los Dientes del Dragón. En aquella época, tampoco había sido muy diferente: por la noche, cuando sus padres y sus hermanos y hermanas se habían dormido, solía estirarse mirando el cielo mientras se preguntaba sus dimensiones y pensaba en todos los lugares desconocidos para él sobre los que se cernía. A veces se quedaba mirando por la ventana de la habitación, como si al acercarse todavía más pudiera ver todo lo que lo esperaba allí fuera. Siempre había sido consciente de que se iría, incluso cuando los demás habían comenzado el proceso de establecerse y llevar una vida más sedentaria. Habían crecido, se habían casado, tenían hijos y se habían instalado en sus propias casas. Se iban a cazar, ponían trampas, comerciaban y labraban la tierra en la que habían

nacido. En cambio, él iba a la deriva, siempre con los ojos puestos en el cielo lejano, siempre con la promesa de que un día vería todo lo que había debajo.

Incluso ahora seguía contemplándolo, con más de treinta años de vida a las espaldas. Aún buscaba lo que no había visto ni conocía. Pensó que en eso nunca iba a cambiar y que, si un día lo hacía, se convertiría en un hombre muy distinto del que jamás hubiera imaginado.

Llegó la medianoche y con ella, Mareth. Apareció por sorpresa de entre las sombras, envuelta en la capa de Kinson, y se movía con tanta ligereza que cualquier otro no habría visto que se acercaba. El fronterizo se volvió para recibirla, sorprendido, porque él se esperaba a Bremen.

—Le pedí a Bremen que me cediera su turno de guardia —le explicó ella cuando llegó a su altura—. No quiero que se me trate diferente.

Él asintió, pero no dijo nada.

Mareth se quitó la capa y se la devolvió. Parecía pequeña y frágil sin ella.

—Se me ha ocurrido que la necesitarás cuando te vayas a dormir. Hace más frío ahora. El fuego ya se ha extinguido y lo mejor sería dejarlo así.

Él aceptó la capa.

—Gracias.

—¿Has visto algo?

—No.

—Los Portadores de la Calavera nos seguirán el rastro, ¿verdad?

«¿Pero cuánto sabe?», se preguntó él. ¿Cuánto, de todo aquello que les esperaba?

—Tal vez. ¿Has llegado a dormir?

Mareth sacudió la cabeza.

—No podía dejar de pensar. —Aquellos ojos enormes que tenía se perdieron en la oscuridad—. Llevo mucho tiempo esperándolo.

—¿Venir con nosotros en este viaje?

—No. —Lo miró, sorprendida—. Conocer a Bremen. Aprender de él, si acepta enseñarme. —Se volvió con presteza, como si hubiese revelado demasiado—. Será mejor que duermas mientras puedes. Montaré guardia hasta la mañana. Buenas noches.

Él dudó, pero ya no quedaba nada que decir. Se alzó y se dirigió hacia el lugar donde los demás estaban estirados, envueltos en sus capas, al lado de las cenizas de la hoguera. Se estiró con ellos y cerró los ojos mientras se esforzaba en formarse una opinión sobre Mareth para, acto seguido, esforzarse en no pensar en ella.

Pero lo hizo, y pasó un buen rato antes de que el sueño le alcanzase.

* * *

Todos se levantaron antes del alba y se encaminaron hacia el este durante todo el día, hasta el atardecer. Avanzaron a los pies de los Dientes del Dragón, por encima del Mermidon, manteniéndose bajo la sombra de las montañas. Bremen les advirtió que estaban en peligro incluso allí. Los Portadores de la Calavera se sentían lo suficiente seguros como para aventurarse más allá de las Tierras del Norte. El Señor de los Brujos conducía su ejército hacia el este, por el desfiladero de Jannisson, lo que significaba que, con toda probabilidad, pretendía invadir las Tierras del Este. Si eran capaces de arriesgarse como para invadir el territorio de los enanos, no cabía la menor duda de que se atreverían a adentrarse en las tierras fronterizas.

De modo que vigilaban de cerca los cielos, los valles más tenebrosos y las grietas más oscuras de las montañas, donde las sombras envolvían la roca de un manto de noche perpetua. No daban nada por supuesto a medida que avanzaban. Sin embargo, los cazadores alados no aparecieron ese día y, aparte de unos cuantos viajeros que entrevieron en la distancia, en los bosques y las llanuras que se extendían hacia el sur, no vieron a nadie más. Se detuvieron para descansar y comer, pero más allá de eso no hicieron ninguna otra pausa, sino que mantuvieron un ritmo constante a lo largo del día.

Al atardecer, llegaron a las estribaciones que conducían al Valle de Esquisto y el Cuerno del Hades. Acamparon en un barranco poco profundo que quedaba orientado hacia las llanuras del sur, donde el meandro plateado del Mermidon se bifurcaba hacia el este, adentrándose en las llanuras de Rabb, y reduciendo su caudal paulatinamente hasta que se desvanecía en arroyos y estanques en las planicies yermas. Guisaron unas cuantas hortalizas y un conejo que Tay había cazado y cenaron mientras aún había luz diurna. Del sol manaban tonos rojo sangre y dorados que se esparcían por el horizonte occidental. Bremen les informó de que subirían a las montañas pasada la medianoche y allí esperarían las horas lentas antes del alba, cuando se podía invocar a los espíritus de los muertos.

Apagaron el fuego cuando la noche se cernió sobre ellos y se arrebujaron con las capas para tratar de dormir tanto rato como pudieran.

—No te preocupes, Kinson —susurró Bremen al fronterizo cuando pasó por delante de él y se percató de su expresión.

Pero fue en vano. Kinson Ravenlock ya había estado en el Cuerno del Hades y sabía a qué se atenía.

* * *

Pasada la medianoche, Bremen los guio hasta las estribaciones que había frente a los Dientes del Dragón y que abrigaban el Valle de Esquisto. Treparon por las rocas durante una noche cerrada tan oscura que apenas podían distinguir la persona que tenían justo delante. Tras el crepúsculo, el cielo se había comenzado a cubrir de unos nubarrones bajos y amenazadores, y cualquier rastro de la luna y las estrellas había desaparecido hacía horas. Aunque conocía el territorio que recorrían como la palma de la mano, Bremen encabezaba la marcha con prudencia, preocupado por el bienestar del grupo. No habló con los demás a medida que avanzaban; estaba centrado en la tarea que los ocupaba y en la que le esperaba una vez llegasen a su destino, tratando de evitar cualquier error que pudiera cometer, ya fuera ahora o más adelante, dado que reunirse con los muertos exigía previsión, cautela, coraje y afianzar la determinación para no sucumbir ante la duda. Una vez hubiera establecido contacto, incluso la mínima distracción podía conllevar un riesgo para su vida.

Cuando llegaron, todavía quedaban unas cuantas horas para que saliese el sol. Se detuvieron en el borde del valle y contemplaron la hondonada ancha y poco profunda. Toda la orilla estaba cubierta de grava negra y brillante que, incluso en la oscuridad más absoluta, reflejaba la extraña luz del lago. El Cuerno del Hades estaba situado en el centro de la hondonada, ancho y opaco, cuya superficie lisa y plana refulgía con una especie de resplandor interior, como si el alma del lago latiera en sus profundidades. Reinaba la calma y no había ni rastro de vida en el Valle de Esquisto, una quietud absoluta desprovista de sonido. Tenía el aspecto de un agujero negro y desprendía su misma sensación, un ojo que observaba el mundo de los muertos.

—Esperaremos aquí —comunicó Bremen mientras se sentaba en la superficie plana de una roca grande y baja, con la capa alrededor de su cuerpo enjuto, como si fuese un sudario.

Los demás asintieron, pero se quedaron de pie, contemplando el valle durante un rato, sin querer volverse aún. Bremen dejó que lo hicieran. Sentían el peso del silencio opresivo del valle. Tan solo Kinson había estado allí antes e incluso él había sido incapaz de prepararse por lo que debía de sentir ahora. Bremen lo entendía. El Cuerno del Hades era la promesa de lo que les aguardaba. Era un destello de un futuro del que no podían huir, un vistazo a la oscuridad aterradora del final de la vida. Revelaba demasiado poco para que pudieran comprenderlo, pero lo suficiente para dar que pensar.

El anciano ya había estado allí dos veces y, cada vez que se había ido, lo había hecho completamente cambiado. En un encuentro con los muertos se descubrían verdades y se ganaba sabiduría, pero también se pagaba un precio. No podías toparte con el futuro y salir indemne. No podías mirar lo prohibido sin dañar tu visión. Bremen recordó lo que había sentido en los encuentros anteriores. Se acordó del frío que le había calado hasta los huesos y que no lo había abandonado hasta al cabo de unas cuantas semanas. Evocó la añoranza profunda que lo había invadido por todo aquello que se había perdido en los años pasados y que nunca podría recuperar. Incluso ahora estaba atemorizado ante la posibilidad de que, de algún modo, se desviara del estrecho sendero que le permitía su reunión prohibida con la muerte y que el vacío se lo tragara; de convertirse en una criatura relegada a una existencia en el limbo, entre la vida y la muerte, sin ser ni lo uno ni lo otro por completo.

No obstante, necesitaba descubrir cualquier cosa sobre cómo se podía aniquilar al Señor de los Brujos, sobre las opciones y oportunidades que tendría para salvar a las Razas; los secretos del pasado y el futuro ocultos para los vivos pero conocidos por los muertos compensaban con creces el temor y la duda. Se veía tan obligado por esa necesidad que se sentía forzado a actuar en consecuencia, a pesar de que eso constituyera un peligro para su integridad. Era cierto que ese encuentro entrañaba ciertos peligros. Era cierto que no saldría ileso. Sin embargo, eso no tenía importancia en el orden general del universo, porque incluso dar la vida le parecía un precio razonable si así llegaba el final de ese enemigo implacable.

Los demás se habían obligado a alejarse del borde del valle y a aproximarse a él para sentarse a su lado. Bremen les ofreció una sonrisa tranquilizadora, uno por uno, y les hizo señas, incluso al contumaz Kinson, para que se acercaran.

—En la hora previa al alba, descenderé hacia el valle —les explicó, tranquilo—. Una vez llegue allí, invocaré a los espíritus de los muertos y les pediré que me muestren algo del futuro. Les imploraré que me revelen los secretos que nos ayudarán a destruir al Señor de los Brujos y que nos cedan cualquier magia que nos pueda ayudar. Debo hacerlo de prisa, en ese corto espacio de tiempo antes de que empiece a salir el sol. Me esperaréis aquí. No bajaréis conmigo al valle, pase lo que pase. No haréis nada, veáis lo que veáis, aunque os parezca que debéis hacerlo. No hagáis otra cosa que no sea esperar.

—Tal vez uno de nosotros debería acompañarte —ofreció Risca sin rodeos—. Los grupos ofrecen seguridad, incluso ante los muertos. Si puedes

hablar con los espíritus, también podemos hacerlo nosotros. Todos somos druidas, excepto el fronterizo.

—Que seáis druidas no importa —replicó Bremen enseguida—. Es demasiado peligroso para vosotros. Es algo que debo hacer solo. Esperaréis aquí. Quiero que me lo prometáis, Risca.

El enano lo miró largo rato con dureza y, luego, asintió. Bremen se volvió hacia los demás. A regañadientes, todos fueron asintiendo. Cuando se encontró con la mirada de Mareth, esta se la sostuvo y le manifestó en secreto que lo comprendía.

—¿Estás convencido de que es necesario? —insistió Kinson, con delicadeza.

Las arrugas del rostro anciano de Bremen se contrajeron levemente cuando frunció el ceño.

—Si se me ocurriera otra opción, algo que nos pudiera ayudar, me iría de aquí. No soy un necio, Kinson, y tampoco un héroe. Sé lo que implica haber venido hasta aquí. Sé que me perjudica.

—Entonces, tal vez...

—No obstante, los muertos me hablan de un modo que los vivos no pueden —lo interrumpió Bremen—. Necesitamos de su sabiduría y comprensión. Necesitamos conocer sus visiones, por muchos defectos y carencias que presenten a veces. —Respiró hondo—. Necesitamos verlo bajo su punto de vista. Y si tengo que renunciar a algo de mí mismo para conseguir esa agudeza, que así sea.

Acto seguido, se sumieron en el silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, mientras reflexionaban sobre aquellas palabras y el desasosiego que les habían provocado. Sin embargo, no había nada que pudieran hacer para evitarlo. Bremen les había contado lo que era necesario y ya no le quedaba nada más que decir. Tal vez lo entenderían mejor cuando terminara todo aquello.

De modo que se quedaron sentados en la oscuridad mientras echaban vistazos a la superficie reluciente del lago de soslayo, con el rostro bañado por ese débil resplandor mientras escuchaban el silencio y aguardaban a que se acercara el alba.

Cuando al fin lo hizo, cuando llegó la hora, Bremen se irguió y se volvió hacia sus compañeros con una leve sonrisa para, acto seguido, pasar por su lado sin pronunciar palabra e iniciar el descenso hacia el Valle de Esquisto.

De nuevo, el avance era lento. Ya había recorrido aquel camino antes, pero estar familiarizado con el terreno no era de ayuda cuando este era tan

traicionero. La roca que pisaba resbalaba y estaba suelta por todas partes y los bordes estaban tan afilados que cortaban. Elegía por dónde proseguir con prudencia y comprobaba cada paso que daba en aquella superficie inestable. Las botas hacían crujir y rodar la grava, el ruido hacía eco en aquel silencio. Al oeste, donde los nubarrones eran más densos, los truenos retumbaban como un mal presagio y anunciaban la llegada de una tormenta. En el valle no corría ni un ápice de brisa, pero el olor a lluvia impregnaba el aire muerto. Bremen alzó la vista en el momento justo en que un relámpago iluminaba el cielo negro, que luego repitió el mismo patrón más hacia el norte, sobre el telón de fondo que ofrecían las montañas. El alba vendría acompañada de algo más que la salida del sol ese día.

Llegó al fondo del valle y avanzó con un gran esfuerzo a un ritmo más veloz, ya que podía mantener el equilibrio mejor en ese suelo más firme. Delante, el Cuerno del Hades brillaba con una incandescencia plateada, con una luz que se reflejaba desde algún lugar bajo esa superficie plana y quieta. Bremen ya era capaz de oler la muerte, un hedor inconfundible, de podredumbre árida y fétida. Estuvo tentado a volver la vista atrás, hacia el lugar donde lo esperaban los demás, pero sabía que no debía distraerse ni siquiera con esa minucia. Mentalmente, ya estaba ensayando el ritual que debía seguir cuando llegara a la orilla del lago: las palabras, los símbolos, los gestos del conjuro que haría que los muertos hablaran con él. Ya estaba afianzando su fortaleza para hacer frente a la presencia debilitante de los espíritus.

Alcanzó la orilla del lago demasiado pronto y se quedó allí de pie, una figura frágil y pequeña en medio de una arena inmensa de piedras y cielo, con la piel marchita y los huesos viejos; una figura cuyos fuertes eran su determinación y su voluntad de hierro. Tras él, volvió a oír el retumbar del trueno en aquella tormenta que se aproximaba. En el cielo, los nubarrones comenzaron a revolverse y a enredarse debido al viento que se había desatado, acompañado del agua que estaba a punto de caer. A sus pies, Bremen notaba cómo la tierra se estremecía cuando los espíritus advirtieron su presencia.

Se dirigió a ellos con suavidad, pronunció sus nombres, repasó su historia y nombró la razón que lo había llevado a hablar con ellos. Trazó los símbolos con las manos y los brazos, gesticuló para invocarlos desde el mundo de los muertos hasta el de los vivos. Observó cómo las aguas comenzaban a revolverse, y Bremen aceleró. Estaba seguro de sí mismo y tranquilo, sabía lo que se avecinaba. En primer lugar, comenzaron los susurros, bajos y lejanos,

que se fueron alzando como burbujas invisibles desde el agua. Luego, empezaron los gritos, largos y profundos. Los gritos fueron aumentado de número y de volumen, desde unos pocos a demasiados, y también subieron de tono e impaciencia. Las aguas del Cuerno del Hades sisearon, llenas de descontento y necesidad, y comenzaron a agitarse con la misma celeridad que los nubarrones que había encima, removidos por la tormenta que se acercaba. Bremen gesticuló y les pidió que respondieran. Lo que había llegado a dominar tras estudiar con los elfos le había reforzado y le servía de apoyo, eran los cimientos sobre los que construía la magia de la invocación.

—Respondedme —les dijo—. Abríos a mí.

Un chorro de agua emergió del centro de lago, que ahora se agitaba con violencia, como una fuente, y se desplomó para volver a emerger luego. Un estruendo resonó desde las profundidades de la tierra, un gruñido de descontento. Bremen sintió cómo el primer atisbo de duda se le introducía en el corazón y le costó obligarse a ignorarlo. Notaba cómo el vacío lo rodeaba, extendiéndose por el lago hasta abarcar el valle entero. Solo los muertos podían estar en aquel perímetro; los muertos y aquel que los había invocado.

Entonces, los espíritus comenzaron a elevarse desde el lago: pequeños filamentos blancos de luz que tenían una forma que se asemejaba vagamente a la humana, cuerpos bañados de resplandor, como luciérnagas que brillaban sobre la oscuridad de la noche nublada. Los espíritus emergieron como serpientes de entre la bruma y los chorros, trazando espirales; surgieron del aire oscuro y muerto de su morada en la otra vida para hacer una breve visita al mundo que un día habían habitado. Bremen mantuvo los brazos alzados en un gesto de protección; se sentía vulnerable y despojado de poder, aunque los hubiera invocado, aunque hubiera despertado a los espíritus. Una sensación gélida le atenazó las extremidades, frágiles de golpe, como si agua congelada le recorriera las venas. Se mantuvo firme ante el miedo que lo invadió, ante los susurros que demandaban con tono acusador:

—¿Quién nos llama? ¿Quién se atreve?

En aquel momento, una forma enorme dividió la superficie del agua exactamente en el centro, una figura envuelta en una capa negra que eclipsó el resto de las formas relucientes, que se diseminaron cuando esta emergió y absorbió su luz frágil, dejándolas arremolinadas y girando como hojas que lleva el viento. La figura encapuchada se alzó para quedar sobre las olas oscuras y revueltas del Cuerno del Hades. Apenas era sólida, un espectro sin piel ni huesos, y, sin embargo, era de algo más robusto que las criaturitas que dominaba.

Bremen no se movió cuando la figura oscura comenzó a avanzar. Era la presencia a la que había venido a ver; era aquel a quien había invocado. Con todo, ya no estaba seguro de haber hecho lo correcto. La forma envuelta en una capa aminoró el paso, estaba tan cerca que tapaba el cielo y el valle que quedaba detrás de ella. La capucha se alzó: no había ningún rostro debajo, ninguna señal de que hubiera algo que llenara aquellos ropajes oscuros.

Sin embargo, habló, y la voz retumbó con descontento:

—Me conocéis...

Plana, desapasionada y vacía: una pregunta sin la inflexión de una pregunta, las palabras quedaron colgando en el silencio tras el eco prolongado.

Bremen asintió poco a poco.

—Así es.

* * *

En el borde del valle, los cuatro que había dejado atrás contemplaban el espectáculo sobrecogedor que se desarrollaba allí debajo. Vieron cómo el anciano se detenía en la orilla del Cuerno del Hades e invocaba los espíritus de los muertos. Observaron cómo se alzaban de entre las aguas turbulentas, distinguieron las formas resplandecientes, el movimiento de los brazos y piernas de estos, y cómo se enroscaban en una danza macabra de libertad efímera. Contemplaron cómo la figura enorme, envuelta en ropajes negros, se elevaba en el centro de todo y los envolvía a todos mientras absorbía su luz. Observaron cómo esta avanzaba hasta quedar delante de Bremen.

Sin embargo, no podían oír nada de aquella escena que contemplaban. El valle estaba sumido en el silencio absoluto. Los sonidos del lago y de los espíritus no salían de la hondonada. La voz del druida y de la figura encapuchada, si es que hablaban, no se podían oír. Tan solo oían el viento que arreciaba y el tamborileo de las primeras gotas de la lluvia sobre la grava. La tormenta anunciada se desataba, provenía del oeste, desde donde una masa de negros nubarrones se cernía sobre ellos acompañada de una cortina de agua. La tormenta llegó a su altura en el mismo instante en que la figura encapuchada se detenía ante Bremen, y se lo tragó todo en cuestión de segundos. El lago, los espíritus, la figura encapuchada, Bremen, el valle entero; todo desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Risca gruñó, consternado, y enseguida les echó un vistazo a los demás. Todos se cubrían ante la tormenta, encorvados y arrebuados en las capas como viejas brujas jorobadas por la edad.

—¿Podéis ver algo? —les preguntó con inquietud.

—Nada —replicó Tay Trefenwyd enseguida—. Han desaparecido.

Durante un instante, nadie se movió; no estaban seguros de qué debían hacer. Kinson oteó a través de la bruma del aguacero e intentó distinguir alguna de las formas que creyó que sería capaz de divisar. Sin embargo, todo era impreciso y surrealista, lo que hacía imposible que pudieran estar seguros de nada desde su posición.

—Puede que esté en peligro —espetó Risca, en tono acusador.

—Nos dijo que esperáramos —se obligó a decir Kinson, aunque ni él mismo quería que le recordaran las instrucciones que les había dado el anciano cuando temía tanto por él y, al mismo tiempo, no quería ignorar la promesa que le había hecho.

La lluvia les azotaba la cara con ráfagas repentinas y los ahogaba.

—¡Bremen está bien! —gritó de pronto Mareth mientras con una mano se protegía del viento que le fustigaba la cara.

Los demás la miraron de hito en hito.

—¿Eres capaz de verlos? —le preguntó Risca.

Ella asintió y agachó la cabeza entre las sombras.

—Sí.

Sin embargo, no podía. Kinson era el que estaba situado más cerca de ella y vio lo que los demás no: si veía a Bremen, no era con la vista. Se dio cuenta, turbado, de que los ojos de Mareth se habían vuelto blancos.

* * *

En el Valle de Esquisto no caía ni una gota, no soplaba ni una ráfaga de viento, ningún elemento de la tormenta había se había introducido allí. Para Bremen, no existía nada más allá del lago y la figura oscura que se cernía sobre él.

—Decid mi nombre...

Bremen inspiró profundamente en un intento de calmar el temblor que le sacudía las extremidades y el torbellino frío que le atenazaba el pecho.

—Sois el que fue Galáfilo.

Era una parte prevista del ritual. Un espíritu al que se había invocado podía esfumarse si quien lo había invocado no pronunciaba su nombre. Ahora ya podía quedarse el lapso suficiente para responder a las preguntas que Bremen iba a hacerle (si es que elegía contestar siquiera).

La sombra se movió, inquieta de pronto.

—Qué queréis saber de mí...

Bremen no vaciló:

—Quiero saber lo que podáis contarme del druida rebelde Brona, aquel que se convirtió en el Señor de los Brujos. —Le temblaba la voz tanto como las manos—. Quiero saber cómo aniquilarlo. Quiero saber qué va a suceder. —Se le apagó la voz con un jadeo seco.

El Cuerno del Hades siseó y escupió, como si le estuviera respondiendo, y los gemidos y los gritos de los muertos se elevaron hacia el cielo nocturno y crearon una cacofonía estridente. Bremen volvió a sentir un torbellino gélido que le embargaba el pecho, una serpiente que se enroscaba como si se preparase para atacar. Sintió el peso de todos los años de vida que tenía sobre las espaldas. Notó cómo la debilidad de su propio cuerpo traicionaba la fuerza de su determinación.

—Lo destruiríais cueste lo que cueste...

—Sí.

—Pagaríais cualquier precio con tal de conseguirlo...

Bremen notó que la serpiente gélida se le abalanzaba sobre el corazón.

—Sí —susurró, desesperado.

El espíritu de Galáfilo abrió los brazos, como si fuera a envolver al anciano, como si lo fuera a escudar y a proteger.

—Contempla...

Las visiones comenzaron a aparecer sobre el lienzo negro que ofrecía esa forma encapuchada y tomaron la forma del sudario que era su cuerpo. Una por una, aparecieron de la oscuridad, vagas e incorpóreas, brillantes como las aguas del Cuerno del Hades cuando habían surgido los espíritus. Bremen contempló las visiones que desfilaban ante él y estas lo atrajeron como un faro en la oscuridad.

Le mostró cuatro.

En la primera, Bremen se encontraba en el antiguo castillo de Paranor y todo lo que lo rodeaba era muerte. No había nadie vivo dentro de la Fortaleza, todos habían muerto por la mano de la traición, todos habían sido aniquilados con un sigilo infame. La oscuridad envolvía el baluarte de los druidas y la negrura se agitaba entre las sombras para dar forma a asesinos que esperaban,

una fuerza mortífera. Pero más allá de la oscuridad resplandecía una luz con seguridad: el medallón brillante del Druida Supremo, que aguardaba la llegada de Bremen, que necesitaba que lo tocara; la imagen de una mano alzada con una antorcha encendida... El preciado Eilt Druin.

La visión se esfumó y, de pronto, Bremen sobrevolaba las inmensidades de las Tierras del Oeste. Bajó los ojos, maravillado, incapaz de explicarse cómo volaba. Al principio no pudo determinar dónde estaba, pero luego reconoció el exuberante valle de Sarandanon y, más lejos, la gran superficie azul del Innisbore. Las nubes le ocultaron el paisaje por un momento y todo cambió. Entonces, vio montañas (¿eran las Kensrowe o la Línea Quebrada?). En aquel macizo había dos picos idénticos, como dedos de una mano escindidos y separados entre sí en forma de V. Entre ellos se abría un desfiladero que conducía hacia un extenso grupo de dedos apretujados y aglomerados en un solo macizo. Entre los dedos se erigía una fortaleza, escondida, tan antigua que era imposible de concebir, un lugar surgido de la época del reino de la magia. Bremen descendió en picado hacia la oscuridad y solo encontró muerte, aunque no pudo dilucidar el rostro de esta. Y allí, entre la confusión, descansaba la piedra élfica negra.

Esta visión también desapareció y dejó a Bremen de pie en medio de un campo de batalla. Había muertos y heridos por todas partes, hombres de todas las razas y seres que no pertenecían a ninguna de las conocidas por los hombres. La sangre cubría la tierra, los gritos de los combatientes y el choque de las armas resonaban bajo la luz grisácea que se apagaba del cielo al atardecer. Ante él se alzaba un hombre, con el rostro vuelto. Era alto y rubio. Un elfo. En la mano derecha llevaba una espada brillante. Unos metros más adelante, se encontraba el Señor de los Brujos, con ropajes negros, espantoso, una presencia indómita que lo desafiaba todo. Parecía estar esperando algo del hombre alto, sin prisas, seguro de sí mismo, desafiante. El hombre alto avanzó y levantó la espada en alto; debajo de la mano enguantada, en el mango del arma, se veía la insignia del Eilt Druin.

Surgió una última visión. Estaba oscuro y los nubarrones cubrían el cielo; el aire estaba impregnado de gritos de dolor y desesperación. Bremen se encontraba de nuevo en el Valle de Esquisto, ante las aguas del Cuerno del Hades. Volvía a estar frente a frente con la sombra de Galáfilo y contemplaba cómo los espíritus más pequeños y brillantes daban vueltas a su alrededor como volutas de humo. A su lado había un chico, alto, delgado y de piel oscura, apenas tendría quince años, con una actitud tan solemne que bien se

podría decir que estaba guardando luto. El chico se volvió hacia Bremen y el druida lo miró a los ojos... Esos ojos...

Las visiones desaparecieron y no volvieron. La sombra de Galáfilo se retrajo y, con ese gesto, ocultó las imágenes, llevándose la luz efímera que le habían ofrecido. Bremen se quedó mirando aún, parpadeando, maravillado de lo que había presenciado.

—¿Todo esto ocurrirá? —le susurró a la sombra—. ¿Va a suceder?

—Algunas ya han sucedido...

—¿Los druidas, Paranor...?

—No pidáis más...

—Pero ¿qué puedo...?

La sombra gesticuló para rechazar las preguntas que le seguía haciendo el anciano. Bremen contuvo el aliento cuando unas correas de hierro se le tensaron alrededor del pecho. Las correas se desataron y él tragó saliva, y con ella, el miedo que sentía. Del Cuerno del Hades se elevó un chorro, un géiser reluciente, como brillantes sobre el terciopelo oscuro de la noche.

La sombra empezó a retroceder.

—No olvidéis...

Bremen alzó la mano en un intento inútil de retrasar la partida del otro.

—¡Esperad!

—Un precio por cada uno...

Bremen sacudió la cabeza, confundido. ¿Un precio por cada uno? ¿Por cada qué? ¿Y para quién?

—Recordad...

En aquel instante, el Cuerno del Hades hirvió de nuevo y el espíritu desapareció lentamente bajo las aguas revueltas, se sumergió con el resto de los espíritus más pequeños y brillantes que lo habían acompañado. Se hundieron en un remolino de chorros y bruma, entre gritos y gimoteos de los muertos, y volvieron al averno del que habían salido. El agua formó una columna enorme cuando desaparecieron y rompió el silencio y el aire muerto con una explosión espeluznante.

Entonces, la tormenta lo cubrió todo, acompañada del viento y la lluvia, de truenos y relámpagos, azotando sin clemencia al anciano. El golpe derribó a Bremen en tan solo un instante.

Con los ojos abiertos, mirando a la nada, Bremen yació, inconsciente, en la orilla del lago.

* * *

Mareth fue la primera que llegó a su lado. Los hombres eran más altos y más fuertes que ella, pero esta pisaba con más seguridad la grava mojada y resbaladiza, casi volaba sobre la superficie pulida de los guijarros. En cuanto llegó, se arrodilló y sostuvo al anciano contra su pecho. Llovía sin cesar y las gotas agujereaban la superficie del Cuerno del Hades, ahora quieta y en calma, se llevaban la alfombra oscura y refulgente del valle y hacían que la luz del alba se tornara neblinosa y confusa. Mareth estaba helada hasta los huesos, con la capa empapada y pegada a la piel, pero no le importaba: su rostro pequeño se contrajo debido a la concentración. Alzó la cabeza hacia el cielo lóbrego y cerró los ojos. Los demás redujeron el paso a medida que se acercaban, sin saber qué ocurría. Ella estrechó con fuerza a Bremen y, de pronto, tembló con violencia y se desplomó. Los hombres se abalanzaron sobre ella para agarrarla. Kinson la alzó y la separó de Bremen mientras Tay levantaba al anciano; apiñados, rehicieron el camino a duras penas bajo aquel aguacero y salieron del Valle de Esquisto.

Cuando lo consiguieron, encontraron un refugio en una gruta ante la que habían pasado cuando se habían encaminado hacia el valle. Allí estiraron a la muchacha y al anciano sobre el suelo de piedra y los envolvieron con las capas. No había madera para poder encender una hoguera, de modo que se vieron obligados a permanecer empapados y helados hasta los huesos, esperando a que dejara de llover. Kinson comprobó que tuvieran pulso y descubrió que este latía con fuerza. Al cabo de un rato, el anciano volvió en sí y, casi de inmediato, la muchacha hizo lo propio. Los tres observadores se congregaron alrededor de Bremen para preguntarle qué había sucedido, pero este sacudió la cabeza y les dijo que todavía no quería hablar. Se separaron de él a regañadientes y se alejaron.

Kinson se detuvo al lado de Mareth mientras se debatía entre preguntarle qué le había hecho a Bremen (ya que era evidente que había hecho algo) o no; pero esta se encontró con su mirada y la desvió al instante, de modo que él renunció a intentarlo.

El día se aclaró ligeramente y la lluvia pasó. Kinson repartió la comida que llevaba entre todos, aunque Bremen no probó bocado. Daba la sensación de que el anciano se había retraído en algún lugar profundo de su interior (o tal vez aún estaba en aquel valle); miraba a la nada, y su rostro curtido, otrora lleno de expresión, parecía una máscara. Kinson lo observó durante un rato mientras buscaba alguna pista que le indicara en qué estaba pensando el anciano, pero fue en vano.

Al final, Bremen alzó la vista como si acabara de descubrir que los demás estaban allí con él y se preguntara por qué. Acto seguido, los llamó para que se acomodaran a su alrededor. Cuando se hubieron sentado, les explicó cómo había ido la reunión con la sombra de Galáfilo y las cuatro visiones que le había mostrado.

—No he podido esclarecer qué significan las visiones —concluyó, con la voz cansada y ronca—. ¿Eran solo profecías de lo que ocurrirá, de un futuro ya marcado? ¿Eran la promesa de lo que podría suceder si se hacen ciertas cosas? ¿Por qué la sombra ha elegido estas visiones en especial? ¿Qué reacción se espera que tenga yo? Tantas preguntas y todas sin respuesta.

—¿Qué precio tendrás que pagar por implicarte en todo esto? —musitó Kinson, con aire sombrío—. No te olvides de eso.

Bremen sonrió.

—Yo he querido implicarme, Kinson. Me he erigido como protector de las razas y destructor del Señor de los Brujos, y no tengo derecho a preguntar qué precio tendré que pagar si lo consigo.

»Aun así —suspiró—, creo que comprendo algo de lo que se espera de mí. Sin embargo, voy a necesitar la ayuda de todos vosotros. —Los miró, uno por uno—. Me temo que debo pedirlos que afrontéis un peligro incalculable.

Risca resopló.

—Gracias a los cielos. Empezaba a pensar que no sacaría nada de esta aventura. Dinos qué debemos hacer.

—Sí, lo mejor será empezar el viaje —coincidió Tay mientras se inclinaba adelante con impaciencia.

Bremen asintió, con los ojos llenos de gratitud.

—Estamos de acuerdo en que debemos detener al Señor de los Brujos antes de que someta a todas las razas. Sabemos que ya lo ha intentado una vez pero falló, y que esta vez es más fuerte y más peligroso. Os dije que por esta razón creo que primero tratará de aniquilar a los druidas en Paranor. La primera visión sugiere que tengo razón. —Hizo una pausa—. Me temo que tal vez ya haya sucedido.

Se produjo un largo silencio mientras los demás intercambiaban miradas de preocupación.

—¿Crees que todos los druidas están muertos? —preguntó Tay con un hilo de voz.

Bremen asintió.

—Creo que existe esta posibilidad. Espero equivocarme. Sea como fuere, estén muertos o no, debo salvar el Eilt Druin, de acuerdo con la primera

visión. Las visiones, en conjunto, han evidenciado que el medallón será esencial en la forja de un arma que destruirá a Brona. Una espada, una hoja con un poder especial, una magia que el Señor de los Brujos no podrá resistir.

—¿Qué tipo de magia? —preguntó Kinson, de inmediato.

—Lo desconozco todavía. —Bremen volvió a sonreír y sacudió la cabeza—. Apenas sé nada más allá de que ese arma es necesaria, si es que confiamos en la visión, y que el arma tiene que ser una espada.

—Y debes encontrar al hombre que la va a empuñar —añadió Tay—. Un hombre cuyo rostro no fue revelado.

—Pero la última visión, aquella imagen oscura del Cuerno del Hades y el muchacho con los ojos extraños... —comenzó Mareth, preocupada.

—Esa deberá esperar hasta que llegue el momento —la interrumpió Bremen, aunque no lo hizo con severidad. La miró, inquisitivo—. Las cosas se ponen de manifiesto cuando lo hacen, Mareth. No podemos forzarlas. Y no podemos permitirnos que nuestra preocupación por ellas nos constriña.

—En definitiva, ¿qué quieres que hagamos? —insistió Tay.

Bremen se volvió hacia él.

—Debemos separarnos, Tay. Quiero que regreses con los elfos y le pidas a Courtann Ballindarroch que organice una expedición para buscar la piedra élfica negra. En cierto modo, la piedra es fundamental en nuestra campaña para aniquilar a Brona. Eso se extrae de las visiones. Los cazadores alados ya la están buscando y debemos evitar que la encuentren. Debemos persuadir al rey elfo para que nos ayude. Nos podemos ayudar de los detalles de las visiones. Esgrime lo que se nos ha revelado y recupera la piedra antes de que lo haga el Señor de los Brujos.

Bremen se dirigió a Risca.

—Necesito que acudas ante el rey Raybur y los enanos de Culhaven. El ejército del Señor de los Brujos marcha hacia el este y creo que allí es donde empezará la ofensiva. Los enanos deben estar listos para defenderse de un ataque y deben resistir hasta que se les pueda mandar ayuda. Usa tus habilidades especiales para asegurarte de que lo hacen. Tay hablará con Ballindarroch para pedir a los elfos que se unan a los enanos. Si lo hacen, habrá una fuerza capaz de plantarle cara al ejército de trolls del que Brona tanto depende. —Hizo una pausa—. Pero, sobre todo, debemos ganar tiempo para forjar el arma que destruirá a Brona. Kinson, Mareth y yo volveremos a Paranor y descubriremos si la visión que auguraba su caída se ha cumplido. Mi intención es apoderarme del Eilt Druin.

—Si aún vive, Athabasca no renunciará a él —dijo Risca—. Eso ya lo sabes.

—Tal vez —replicó Bremen con gentileza—. Sea como fuere, tengo que esclarecer cómo se debe forjar esta espada que se me ha mostrado, qué magia debe poseer, de qué poder debe imbuirse. Tengo que descubrir cómo hacerla indestructible y, entonces, deberé encontrar a aquel que va a empuñarla.

—Me parece que tendrás que hacer milagros —comentó Tay Trefenwyd con ironía.

—Todos debemos hacerlos —respondió Bremen en voz baja.

Se contemplaron unos a otros en la penumbra mientras se forjaba una comprensión silenciosa entre todos. Más allá del refugio, la lluvia goteaba en una cadencia continua desde los salientes rocosos. Era media mañana, y la luz se había tornado plateada a medida que el sol trataba de atravesar los nubarrones que todavía quedaban.

—Si los druidas de Paranor han muerto, somos los únicos que quedan para plantarle cara —observó Tay—. Tan solo cinco.

Bremen asintió.

—Cinco tendrá que valer. —Se levantó y observó el exterior, sumido en la penumbra—. Será mejor que empecemos.

6

Esa misma noche, al oeste y al norte del lugar donde Bremen había hecho frente a la sombra de Galáfilo, en las profundidades del círculo de piedra de los Dientes del Dragón, Caerid Lock hacía la ronda nocturna en Paranor. Cerca de la medianoche, cuando recorría una galería que se abría en los parapetos orientados hacia el sur, un terrible destello de luz en el horizonte lejano lo distrajo un momento. Se detuvo mientras observaba y aguzaba el oído ante el silencio. Una masa de nubes cubría el cielo de una punta a la otra, ocultando la luna y las estrellas y sumiendo el mundo en la oscuridad. Se produjo otro destello de luz, que escindió la noche durante un segundo como si fuera cristal roto, para luego desvanecerse como si nunca hubiera existido. Acto seguido, retumbó un trueno, un estruendo largo y profundo que resonó en las cumbres de las montañas. La tormenta se había quedado al sur de Paranor, pero el aire transportaba el olor de la lluvia y el silencio era sepulcral y sofocante.

El capitán de la guardia druida se demoró un poco más, perdido en sus pensamientos, y poco tiempo después entró por una puerta de la torre, adentrándose en la Fortaleza. Hacía esas rondas todas las noches, sin dignarse a dormir. Era un hombre compulsivo cuyos hábitos laborales nunca se alteraban. Los momentos que podían encerrar el mayor peligro, según él, eran justo antes de la medianoche y justo antes del alba. Eran los momentos en que el cansancio y el sueño embotaban los sentidos y te volvían descuidado. Si había un ataque planeado, arremeterían entonces. Porque Caerid Lock creía que Bremen no hubiera ido a avisarlos si no hubiera tenido una razón de peso y, como él era precavido por naturaleza, estaba resuelto a aguzar la vista, en especial a lo largo de las semanas siguientes. Ya había incrementado el número de guardas que hacían cada ronda y había iniciado el trabajoso proceso de reforzar las cerraduras de las puertas. Se había planteado mandar

patrullas por la noche a los bosques que los circundaban como protección adicional, pero lo había descartado porque estos quedarían demasiado vulnerables sin la protección de los muros. La Guardia era grande, pero no era un ejército. Podía proveer el castillo de seguridad, pero no podía librar una batalla en campo abierto. Bajó las escaleras de la torre, llegó al patio frontal y lo cruzó. Media docena de guardas estaban apostados en la entrada, ocupándose de las puertas, el rastrillo y las torres de vigilancia que enmarcaban el portón de la fortificación. Todos se colocaron en posición de firmes cuando vieron que se acercaba. Habló con el oficial al mando, confirmó que todo estaba correcto y siguió adelante. Volvió por donde había venido y oyó cómo el estruendo de otro trueno rompía el silencio sepulcral de la noche, aunque se giró raudo hacia el sur, tratando de divisar el fogonazo de luz que sin duda lo había precedido, ya sabía que el destello ya habría pasado. Estaba intranquilo, pero no lo estaba más esa noche que las otras, ya que siempre se sentía preocupado e impulsado a cumplir sus obligaciones. A veces pensaba que se había quedado demasiado tiempo en Paranor. Realizaba bien su trabajo; era consciente de que todavía era bueno y estaba orgulloso de cómo dirigía la guardia; todos los que prestaban servicio ahora los había seleccionado y entrenado él personalmente. Conformaban un grupo sólido, en el que se podía confiar, y sabía que podía atribuirse el mérito. Sin embargo, se estaba haciendo viejo y la edad conllevaba un embotamiento de los sentidos espoleado por un exceso de confianza. Y no se lo podía permitir. Vivían tiempos peligrosos, con la caída de las Tierras del Norte y los rumores sobre el Señor de los Brujos. En ese momento sintió que se producía un cambio en el viento. Un mal se dirigía hacia las Cuatro Tierras y sin duda barrería a los druidas del mapa a su paso. Un mal se dirigía hacia allí y Caerid Lock estaba preocupado por si no lo reconocía hasta que ya fuera demasiado tarde.

Cruzó un umbral que se abría en un extremo del patio y avanzó por un corredor que recorría el muro norte y el portón que había en esa cara. Había cuatro portones en la Fortaleza, uno en cada lado. También había una cantidad limitada de puertecillas, pero estas estaban hechas de piedra y se cerraban con hierro. Muchas estaban escondidas de un modo brillante. Se podían encontrar si uno se esforzaba lo suficiente, pero para conseguirlo se debía estar justo delante del muro, donde la luz era buena y los guardas de las almenas podían verte. No obstante, Caerid apostó un hombre en cada una, durante las horas que comprendían el alba y el ocaso; no quería dejar nada al azar. Pasó ante dos de esos guardias mientras se dirigía al portón de la cara oeste; aún debía recorrer casi cincuenta metros más de ese corredor sinuoso.

Cada guarda lo recibió con un saludo de cabeza muy marcado. «En guardia y a punto», le comunicaron de ese modo. Caerid les respondió a ambos asintiendo con la cabeza y prosiguió su camino.

Con todo, frunció el ceño cuando se hubo alejado, preocupado por aquel destacamento. El hombre que hacía guardia ante la primera puerta, un troll de Kershalt, era un veterano, pero el hombre apostado ante la segunda, un elfo joven, era nuevo. No le gustaba que los nuevos montaran guardia solos. Tomó nota mentalmente de corregir eso antes de la siguiente guardia.

Estaba tan abstraído en esa cuestión cuando pasó por delante de las escaleras que conducían a las dependencias de los druidas que no se percató del movimiento furtivo de los tres hombres que estaban allí escondidos.

* * *

Los hombres se parapetaron con fuerza tras la pared de piedra cuando el capitán de la guardia drúidica pasó por debajo, sin verlos. Se quedaron completamente quietos hasta que este hubo desaparecido y, entonces, se distanciaron de nuevo, prosiguiendo el descenso. Eran druidas, los tres; cada uno había servido durante más de diez años al Consejo y todos abrigaban la profunda convicción, propia de un fanático, de que estaban destinados a hacer grandes cosas. Habían vivido según el mandato de la orden de los druidas y los irritaban sus normas, les parecían estúpidas y sin sentido y no les llenaban. El poder era necesario para que la vida tuviera sentido. Los logros de un hombre carecían de importancia si no comportaban un beneficio personal. ¿De qué servía el estudio personal si luego no se podían poner en práctica los conocimientos? ¿Qué sentido tenía repasar tantos secretos de la antigua ciencia y de la magia si nunca podrían comprobarse? Eso se preguntaban los tres; al principio cada uno por separado, luego en conjunto cuando se dieron cuenta de que compartían las mismas opiniones. Por supuesto, no eran los únicos que estaban descontentos. Otros pensaban lo mismo. Pero nadie más lo hacía con tanto fervor; nadie que, como estos tres, llegara a permitir que eso lo corrompiera.

Para ellos, ya no había esperanza. El Señor de los Brujos hacía tiempo que los buscaba, desde que empezó a planear su venganza contra los druidas. Al final los descubrió y los hizo suyos. Le había llevado tiempo, pero poco a poco se los había ganado, del mismo modo que se había ganado aquellos que lo habían acompañado cuando había abandonado la Fortaleza hacía

trescientos cincuenta años. Siempre había hombres así en Paranor, hombres que esperaban que alguien los reivindicara, hombres que esperaban que alguien los usara. Brona había sido muy astuto cuando se les había acercado: no había desvelado su verdadera identidad al principio y había dejado que creyeran que lo que él les susurraba eran sus propios pensamientos. Les había abierto un abanico de posibilidades, el perfume del poder, el atractivo de la magia. Dejó que se encadenaran a él con sus propias manos, que forjaran cerrojos de expectativas y avaricia, que se convirtieran voluntariamente en esclavos tras volverse adictos a sueños y esperanzas falsos. Al final, le habían suplicado que los aceptara, incluso después de descubrir quién era y el precio que debían pagar.

Y ahora se arrastraban por los pasadizos de Paranor con intenciones oscuras, obligados a actuar de un modo que los condenaría para siempre. Salieron del hueco de la escalera en silencio y avanzaron por el corredor con mucho sigilo hasta llegar a la puerta en la que el joven elfo montaba guardia. Se aferraron a las sombras, allí donde no llegaba la luz de la antorcha encendida, y emplearon pequeños conjuros que les había enseñado el Amo (ah, el dulce sabor del poder) para resguardarse de la mirada del guardia joven.

En un abrir y cerrar de ojos, se abalanzaron sobre él y uno le asestó un golpe seco en la cabeza que lo dejó inconsciente. Los otros dos se apresuraron, frenéticos, a centrarse en las cerraduras que protegían la puerta de piedra y las abrieron una por una. Retiraron la pesada reja de hierro, quitaron la barra maciza del soporte y, finalmente y de un modo irrevocable, tiraron de la puerta, de modo que Paranor quedaba abierto a la noche y a los seres que aguardaban ahí fuera.

Los druidas retrocedieron cuando el primero de esos seres avanzó, arrastrando los pies, hacia la luz. Era un Portador de la Calavera, encorvado y enorme, envuelto en un manto negro y con las garras extendidas; una bestia de bordes afilados, planos llanos, dureza y corpulencia. Su presencia llenó el pasillo y pareció que absorbía el aire de toda la estancia. Unos ojos rojos ardientes traspasaron a los tres hombres, que se encogieron bajo esa mirada. El ser los empujó para pasar por delante de ellos con desdén. Oyeron el batir suave de unas alas que se asemejaban al cuero. Con un siseo de satisfacción, agarró al joven guardia elfo, le arrancó la cabeza y lo echó a un lado. Los druidas se estremecieron cuando el cadáver los roció con la sangre de la víctima.

El Portador de la Calavera hizo señas a la oscuridad que aguardaba fuera y otras criaturas cruzaron el umbral, seres que eran todo dientes y garras, retorcidos y con unas matas de pelo negro erizado. Armados y listos, de vista aguda y sigilosos. A algunos apenas se los podía reconocer; tal vez otrora habían sido trolls. Otros eran bestias del averno que en ningún caso se asemejaban a un humano. Todos habían estado esperando desde que el sol se había puesto en un hueco oscuro, al amparo de los muros exteriores, donde no se les podía divisar desde los parapetos. Se habían escondido allí, sabedores de que esas tres criaturas penosas que se encogían ante ellos eran propiedad del Amo y les granjearían el acceso a la Fortaleza.

Ahora que ya habían entrado, estaban ansiosos por comenzar el baño de sangre que se les había prometido.

El Portador de la Calavera envió a uno de esos seres al exterior para que reuniera a los que quedaran en el bosque. Había unos cuantos centenares esperando la señal para avanzar. Los verían desde los muros cuando salieran del bosque, pero darían la voz de alarma demasiado tarde. Para cuando los defensores de Paranor llegaran hasta ellos, ya habrían penetrado en la Fortaleza.

El Portador de la Calavera se volvió y encabezó la marcha hacia el final del pasadizo. Ignoró por completo a los tres druidas. Para él, eran menos que nada. Los dejó atrás; eran desechos, restos. El Amo sería quien decidiría su fortuna. Lo único que le importaba al cazador alado era la matanza que les esperaba.

Los atacantes se dividían en grupos pequeños a medida que iban avanzando. Algunos treparon por las escaleras que llevaba a las dependencias de los druidas. Otros tomaron un corredor secundario que se dirigía hacia el interior de la Fortaleza. La mayoría siguió los pasos del Portador de la Calavera a lo largo del pasadizo que les conduciría hasta las puertas principales.

Al cabo de poco, comenzaron los gritos.

* * *

Caerid Lock cruzó el patio a toda velocidad para llegar al portón norte cuando por fin se dio la alarma. Primero se oyeron los gritos; luego, sonó el cuerno de batalla. El capitán de la Guardia Druida lo supo todo en un segundo: la profecía de Bremen se había cumplido; el Señor de los Brujos había

penetrado los muros de Paranor. La certeza de este hecho le heló la sangre. Iba llamando a sus hombres a medida que corría, creyendo tal vez que aún estaban a tiempo. Se abalanzaron, listos para atacar, hacia la Fortaleza, y avanzaron por el pasaje que conducía a la puerta que habían abierto los druidas traidores. Al doblar una esquina, vieron que el corredor que se extendía delante estaba atestado de formas negras y encorvadas que se escurrían por la brecha abierta a la noche. Enseguida, Caerid Lock se dio cuenta de que eran demasiados como para entablar combate con ellos, de modo que él y sus hombres se batieron en retirada a toda prisa, pero las bestias se apresuraron a seguirles. La Guardia abandonó los niveles inferiores y subió por las escaleras para llegar al siguiente piso. Cerraron las puertas y bajaron las verjas que iban cruzando tras ellos en un intento de impedir el avance de sus enemigos. Era una apuesta desesperada, pero era todo lo que se le ocurrió a Caerid Lock.

En la planta siguiente pudieron clausurar las entradas secundarias y avanzar hasta las escaleras principales. En ese momento ya eran cincuenta guardas, pero todavía no eran suficientes. Caerid mandó algunos hombres a despertar a los druidas para suplicarles que los ayudaran. Algunos de los druidas mayores conocían la magia e iban a necesitar cualquier fuente de poder que pudieran invocar para sobrevivir. Las ideas se le agolpaban en la cabeza mientras colocaba a la Guardia en formación. No habían luchado para entrar. Alguien les había abierto la puerta. Alguien los había traicionado. Se prometió que iba a encontrar a los responsables más tarde. Se ocuparía de ellos personalmente.

La Guardia se preparó para ofrecer resistencia en lo alto de las escaleras. Elfos, enanos, trolls y uno o dos gnomos estaban hombro con hombro, ordenados y listos para atacar. Su resolución los unía. Caerid Lock se colocó el primero, en el centro de las filas, con la espada desenvainada. No trató de engañarse: como mucho, conseguirían retenerlos, pero al final estaban condenados a la derrota. Ya entonces se estaba planteando las opciones que tendría cuando los vencieran. No se podía hacer nada por los muros exteriores, ya los habían perdido. De momento, aún dominaban los muros interiores y la Fortaleza, habían cerrado las entradas y la Guardia se había congregado para defenderla. No obstante, todo aquello solo conseguiría retrasar el avance de un atacante decidido. Había demasiados accesos —por los lados, por arriba, por debajo de los muros interiores— como para que la Guardia pudiera resistir mucho tiempo. Tarde o temprano, el atacante

conseguiría entrar por el otro lado. Y cuando eso ocurriera, tendrían que huir para salvar la vida.

El enemigo se preparó para atacar desde la parte inferior. Un Portador de la Calavera gritaba órdenes a los monstruos de extremidades retorcidas que ascendían por las escaleras en una maraña de dientes, garras y armas. El pequeño destacamento de la Guardia Druida repelió el ataque. Cuando los monstruos volvieron a la carga, de nuevo, la Guardia les hizo retroceder. Pero a esas alturas la mitad de los defensores estaban muertos o heridos. Y no había llegado nadie para relevarlos.

Caerid Lock echó un vistazo alrededor, desesperado. ¿Dónde estaban los druidas? ¿Por qué no habían reaccionado a la llamada?

Los monstruos atacaron por tercera vez, una masa erizada de cuerpos que no cesaban de asestar golpes, zarandeando los brazos como aspas de molino mientras proferían gritos y chillidos desde lo profundo de sus gargantas. La Guardia Druida contraatacó y los mandó escaleras abajo, pero la mitad de los suyos habían caído y sus cuerpos estaban desparramados, sin vida, por los escalones bañados en sangre.

Caerid agarró a un guarda de la guerrera y le susurró, desesperado:

—¡Encuentra a los druidas y diles que huyan ahora que todavía pueden! ¡Diles que ha caído Paranor! ¡Y luego huye tú también!

El rostro del mensajero palideció y se alejó corriendo sin mediar palabra.

Su atención volvió a las sombras que aguardaban abajo, una masa de formas negras y gritos guturales que se preparaban para el próximo asalto. Justo en ese momento, en algún lugar de la Fortaleza, donde dormían los druidas, se oyó un grito desgarrador.

Caerid sintió que se le encogía el corazón. «Se acabó», pensó; no estaba asustado ni triste, tan solo indignado.

Al cabo de un instante, una nueva oleada de las criaturas del Señor de los Brujos ascendió por las escaleras. Caerid y la Guardia mermada se prepararon para hacerles frente blandiendo las armas.

Sin embargo, esta vez había demasiados.

* * *

Kahle Rese estaba dormido en la biblioteca de los druidas cuando el ruido de la contienda lo despertó. Se había quedado trabajando hasta tarde, catalogando informes que había recopilado durante el último lustro sobre los

patrones que regían las condiciones del tiempo y cómo estas afectaban a las cosechas. Al final, se había quedado dormido sobre el escritorio. Se despertó sobresaltado, impactado por los gritos de los heridos, el entrecuchar de las armas y el ruido sordo de las botas. Irguió la cabeza cana y miró en derredor con aire vacilante; luego se levantó, se tomó un segundo para tranquilizarse y fue hacia la entrada.

Se asomó por la puerta con cautela. Ahora oía los gritos más fuerte, más atroces, desesperados y desgarradores. Había hombres que pasaban corriendo ante él, miembros de la guardia druida. Pronto se dio cuenta de que la Fortaleza estaba siendo atacada. Habían hecho caso omiso de las advertencias de Bremen y ahora debían pagar el precio de su atención. Se sorprendió de lo seguro que estaba de lo que ocurría y de cómo iba a terminar. Era perfectamente consciente de que no sobreviviría a la noche.

Sin embargo, vaciló; ni siquiera a esas alturas quería aceptar lo que ya sabía. El pasadizo estaba vacío ahora y el ruido de la batalla se concentraba en algún lugar de más abajo. Se planteó salir para ver mejor cómo estaban las cosas, pero mientras le daba vueltas, una presencia sombría apareció en el rellano de las escaleras traseras. Metió la cabeza adentro con rapidez y escudriñó lo que sucedía por la minúscula rendija que había dejado.

Vio cómo unas criaturas negras y deformes avanzaban tambaleándose, seres irreconocibles, monstruos sacados de sus peores pesadillas. Contuvo el aliento y dejó de respirar. Se iban abriendo camino, habitación por habitación, a lo largo del pasillo donde él estaba escondido.

Cerró con cuidado la puerta de la biblioteca y pasó el cerrojo. Durante un instante se limitó a quedarse allí apoyado, incapaz de moverse. Un torrente de imágenes le llenó la memoria, recuerdos de sus inicios como aprendiz de druida, de su posterior puesto como escriba, de los esfuerzos incesantes por compilar y preservar las escrituras del antiguo mundo y del viejo reino de la magia. Habían ocurrido muchísimas cosas en un breve período de tiempo. Sacudió la cabeza, asombrado. ¿Cómo había sucedido todo tan deprisa?

Unos nuevo gritos, que procedían del pasillo por el que merodeaban los monstruos, le indicaron que estos estaban cada vez más cerca. Se le acababa el tiempo.

Se dirigió con presteza hacia el escritorio y sacó la bolsita de cuero que Bremen le había entregado. Tal vez debería haber acompañado a su viejo amigo. Tal vez debería haberse salvado cuando aún había estado a tiempo. Pero ¿quién habría protegido la *Historia de los druidas* si lo hubiera hecho? ¿En quién más podría haber confiado Bremen? Además, este era su lugar. A

esas alturas, conocía bien poco sobre el mundo que aguardaba ahí fuera; había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se había aventurado al exterior. No le hubiera sido de utilidad a nadie al otro lado de la muralla. Aquí, al menos, todavía tenía un propósito.

Se dirigió hacia la librería que hacía las veces de puerta oculta que conducía a la habitación donde guardaban los volúmenes de la *Historia de los druidas* y la abrió. Entró y echó un vistazo alrededor. La estancia estaba llena de libros enormes encuadernados en piel. Fila tras fila, descansaban numerados, ordenados de forma secuencial; contenedores del conocimiento, de toda la sabiduría que los druidas habían recopilado desde que celebraron el Primer Concilio hasta la vieja época de la magia, los hombres y las Grandes Guerras. Cada página de aquellos libros estaba llena de la información que habían conseguido y documentado. Parte de estos conocimientos habían podido ser descifrados, pero algunos aún era un misterio; era todo el saber que quedaba sobre la ciencia y la magia del pasado y del presente. Gran parte de los textos los había anotado el propio Kahle, había escrito cada palabra a consciencia, línea por línea, durante más de cuarenta años. Aquellos documentos constituían el orgullo más grande del anciano, el símbolo del trabajo de toda una vida, su logro predilecto.

Se encaminó hacia los estantes que le quedaban más cerca, respiró hondo y desató el cordón de la bolsita de cuero que le había dado Bremen. Recelaba de cualquier tipo de magia, pero no le quedaba otra opción. Además, Bremen nunca lo habría engañado. A ambos les importaba que se preservaran las crónicas. Estas tenían que conservarse, tal y como se habían concebido desde el principio. Tenían que perdurar más que ellos.

Tomó un puñado generoso del polvo, plateado y brillante, que encontró dentro de la bolsita y lo lanzó sobre un conjunto de libros. Al instante, toda la pared en la que estaban almacenados los libros comenzó a relucir como si fuese un espejismo fruto del calor sofocante del verano. Kahle dudó y luego tiró más polvo sobre aquella cortina líquida. Los estantes y los libros desaparecieron. A partir de entonces, procedió más deprisa, agarrando puñados enteros de polvo y lanzándolos a cada juego de estanterías, a cada grupo de libros, mientras contemplaba cómo brillaban y se desvanecían.

Poco después, la *Historia de los druidas* había desaparecido por completo. Lo único que quedaba era una habitación con las cuatro paredes desnudas y una mesa grande para leer en el centro.

Kahle Rese asintió satisfecho. Ahora las crónicas estaban a salvo. Incluso si descubrían esta estancia, el contenido seguiría oculto. Era la única

esperanza que le quedaba.

Salió de la habitación, súbitamente cansado. Oía chirridos que procedían de la puerta de la biblioteca mientras unas garras rígidas trataban de agarrar el pomo y girarlo. Kahle se volvió y cerró la puerta oculta tras la librería con cuidado. Se guardó la bolsita de cuero, ahora casi vacía, en un bolsillo de los ropajes, fue hacia el escritorio y se quedó ahí de pie. No tenía armas. No tenía ningún lugar donde refugiarse. No le quedaba otra cosa que esperar.

En el pasillo, cuerpos pesados se lanzaban contra la puerta, astillándola. Al cabo de un instante, esta cedió y se abrió con un estrépito, estrellándose contra la pared. Tres bestias jorobadas entraron en la habitación arrastrando los pies y clavaron los ojos rojos entrecerrados y llenos de odio en él. Kahle les plantó cara sin inmutarse mientras los monstruos se le acercaban.

El que estaba más cerca sostenía una lanza corta. Algo en el comportamiento inmutable del hombre que tenía delante lo enfureció. En cuanto estuvo encima de Kahle Rese, le atravesó el pecho con la lanza y lo asesinó instante.

* * *

Cuando todo hubo terminado, cuando ya habían dado caza y masacrado a los guardias que habían aguantado el asalto, llevaron a los druidas que habían sobrevivido, como si fueran ganado, desde los escondites donde los habían encontrado hasta la sala de la Asamblea. Allí les obligaron a arrodillarse, rodeados por los monstruos que los habían subyugado. Encontraron a Athabasca, aún vivo, y lo condujeron ante el Portador de la Calavera. La criatura observó al imponente Primer Druida de pelo cano y, luego, le ordenó que se sometiera y lo reconociera como amo y señor. Cuando Athabasca se negó, orgulloso y desdeñoso incluso en la derrota, la criatura lo agarró del cuello, clavó la mirada en sus ojos aterrorizados y los quemó con el fuego que se reflejó en los suyos.

Mientras Athabasca se retorció de dolor en el suelo de piedra, se hizo el silencio en la sala. La cháchara y los siseos se fueron apagando. Los chirridos de las garras y el rechinar de dientes se desvanecieron. Se impuso un silencio sepulcral y, como un mal presagio, todas las miradas se dirigieron hacia la entrada principal, donde los portones colgaban, destrozados y fuera de las bisagras.

Ahí, en la entrada, parecía que las sombras se agrupaban, una masa de oscuridad que fue cobrando forma paulatinamente hasta que se transformó en una figura alta, vestida con una toga que no se arrastraba sobre el suelo como la del resto de los hombres, sino que flotaba en el aire, ligera e incorpórea como el humo. El frío impregnó el ambiente de la sala de la Asamblea cuando llegó, un aire glacial que recorrió la estancia y caló a los druidas prisioneros hasta los huesos. Uno por uno, los captores se postraron de rodillas con la cabeza gacha mientras musitaban con voz ronca:

—Amo, Amo.

El Señor de los Brujos contempló con desdén a los druidas derrotados y la satisfacción lo embargó. Ahora eran suyos. Paranor era suyo. Tenía la venganza en la punta de los dedos, tras tanto tiempo.

Hizo que sus criaturas se alzaran de nuevo y luego alargó un brazo, cubierto con la toga, hacia Athabasca. Incapaz de resistirse, ciego y atenazado por un dolor indescriptible, el Primer Druida se alzó del suelo como si lo guiaran hilos invisibles. Quedó flotando en el aire, por encima del resto de druidas, gritando de terror. El Señor de los Brujos hizo un gesto girando la muñeca y el Primer Druida se sumió en un silencio inquietante. Tras otra torsión de muñeca, el Primer Druida comenzó a entonar un cántico, sumido en una agonía atroz:

—Amo, Amo, Amo.

Los druidas que se apiñaban a su alrededor volvieron la mirada, avergonzados y enfurecidos. Algunos rompieron a llorar. Las criaturas del Señor de los Brujos allí concentradas comenzaron a sisear para expresar la aprobación y el placer que les producía aquel espectáculo, y levantaron las garras para aplaudir.

Entonces, el Señor de los Brujos asintió y el portador de la calavera asestó un golpe con una rapidez arrolladora, arrancándole el corazón a Athabasca cuando este aún respiraba. El Primer Druida echó la cabeza hacia atrás y chilló mientras le estallaba el pecho y, en apenas un instante, se desplomó hacia adelante, muerto.

Durante varios segundos eternos, el Señor de los Brujos sostuvo su cuerpo inerte suspendido sobre las cabezas de sus compañeros como una muñeca de trapo, mientras la sangre chorreaba del pecho. Lo hizo balancearse de un lado para otro, hacia delante y atrás y, al final, lo dejó caer sobre la piedra, donde quedó como una masa empapada de carne y huesos destrozados.

Acto seguido, hizo que sacaran de la sala de la Asamblea a los prisioneros y que los condujeran, como un rebaño, hasta las bodegas más soterradas de

Paranor, donde los emparedaron vivos.

Cuando el último grito se desvaneció y cedió paso al silencio, el Señor de los Brujos volvió a subir las escaleras y recorrió los pasillos de la Fortaleza, buscando la *Historia de los druidas*. Había aniquilado a los druidas y ahora debía destruir sus conocimientos. O llevarse lo que le fuera útil. Se movió con presteza, porque ya percibía la agitación que procedía del pozo sin fondo que había en la Fortaleza, que hedía a una magia que se despertaba como reacción a su presencia aquí. En sus propios dominios, su poder no tenía parangón. Aquí, en cambio, en el refugio de su mayor enemigo, puede que sí que lo tuviera. Encontró la biblioteca y la puso patas arriba. Descubrió la librería que conducía a la estancia secreta, pero esa habitación estaba vacía. Notó que se estaba usando la magia, pero no podía determinar el origen ni la intención de esta. De las crónicas no había ni rastro.

En las profundidades del Pozo de los druidas, la agitación aumentaba. Alguien había soltado algo, anticipándose a su llegada, y eso empezaba a salir para ir a buscarlo. Le inquietaba que eso ocurriera, que un poder de ese tipo se hubiera dejado como vigilante para desafiarlo. Era impensable que esos mortales penosos a los que había sometido con tanta facilidad hubieran conseguido algo así. Hacía tiempo que eran incapaces de invocar tal poder. No, tenía que haber sido alguien como el que había penetrado sus dominios hacía bien poco, aquel a quien habían seguido sus criaturas: el druida Bremen.

Volvió a la sala de la Asamblea, ansioso por salir de ahí tan rápido como pudiera. Ya había cumplido su venganza. Hizo que llevaran ante él a los tres druidas que habían traicionado Paranor. No habló con ellos con palabras, ya que no eran dignos de tal deferencia, por lo que se comunicó mediante el pensamiento. Se encogieron y se postraron ante él como borregos, pobres criaturas estúpidas, que querían ser más de lo que podían abarcar.

«¡Amo!», gimotearon en tono apaciguador. «¡Amo, solo os servimos a vos!».

«¿Quién de entre los druidas ha escapado de Paranor además de Bremen?».

«Solo tres, Amo. Un enano, Risca. Un elfo, Tay Trefenwyd, y una muchacha de las Tierras del Sur, Mareth».

«¿Se han ido con Bremen?».

«Sí, acompañan a Bremen».

«¿No ha escapado nadie más?».

«No, Amo. Ni uno solo».

«Volverán. Oirán que Paranor ha caído y querrán asegurarse de que así ha sido. Pero los estaréis esperando y terminaréis lo que he empezado. Entonces, seréis igual que yo».

«¡Sí, Amo, sí!».

«Alzaos».

Así lo hicieron. Se levantaron a toda prisa, con ansiedad e impaciencia, con el espíritu y la mente corrompidos, para que él dispusiera de ellos como quisiera. Con todo, carecían de la fuerza necesaria para hacer lo que les pedía, de modo que debía modificarlos. Proyectó la magia hacia ellos y los envolvió de hebras tan finas como los hilos de una telaraña y tan resistentes como el hierro, y les arrebató lo último que les quedaba de humanidad.

Los gritos que profirieron resonaron por los pasillos vacíos mientras él les daba una nueva forma. Sus piernas y brazos se deformaron. Sus cabezas se sacudieron con brusquedad, provocando que los ojos se les saliesen de sus cuencas.

Cuando hubo terminado, era imposible reconocerlos. Los dejó de este modo y, con el resto de sus acólitos siguiendo su estela con obediencia, salió hacia la noche con sigilo y dejó el castillo de los druidas a los moribundos y a los muertos.

7

Bremen le ofreció la mano a Risca antes de partir y el enano se la estrechó con firmeza. Se encontraban justo afuera de la gruta en la que se habían refugiado tras escapar del Cuerno del Hades y de los espíritus. Rayaba el mediodía; la lluvia, que había perdido fuerza, se había convertido en una llovizna suave, y el cielo empezaba a clarear al oeste, sobre las cumbres oscuras de los Dientes del Dragón.

—Justo nos acabamos de reencontrar y ya debemos despedirnos —refunfuñó Risca—. No me explico cómo conseguimos conservar la amistad. No me explico por qué nos empeñamos.

—No tenemos otra opción —sugirió Tay Trefenwyd, desde una punta—. Nadie más hubiera aceptado nuestra compañía.

—También es verdad. —El enano sonrió a su pesar—. Bien, nos servirá para poner a prueba la amistad, eso seguro. Estaremos esparcidos entre las Tierras del Oeste y del Este y por vete a saber dónde, y quién sabe cuándo nos volveremos a ver. —Le estrechó la mano al anciano con fuerza—. Ve con cuidado.

—Tú también, amigo mío —respondió el anciano.

—¡Tay Trefenwyd! —gritó el enano por encima del hombro. Ya había enfilado el sendero—. ¡Lo prometido es deuda, no lo olvides! ¡Haz que los elfos recojan las cosas y llévalos al este! ¡Ayudadnos a combatir al Señor de los Brujos! ¡Contamos con vosotros!

—¡Adiós, por ahora! —alzó la voz Tay.

El enano saludó, se colgó el fardo de la espalda mientras el sable se balanceaba en su costado.

—Buena suerte a ti también, orejas picudas. ¡Estate alerta y cuídate el trasero!

El elfo y el enano estuvieron bromeando de buena fe un rato. Viejos amigos que, acostumbrados como estaban a tomarse el pelo el uno al otro, se sentían a gusto en ese amistoso tira y afloja que enmascaraba unas emociones que se escondían tras la superficie de las palabras. Kinson Ravenlock estaba a un lado, escuchando aquel intercambio verbal mientras pensaba que ojalá dispusiera de más tiempo para conocerlos mejor; pero eso tendría que esperar. Risca ya había partido y se separarían de Tay en la entrada de Kennon, desde donde ellos se dirigirían hacia el norte, hacia Paranor, y el elfo continuaría hacia el oeste, hacia Arborlon. El fronterizo sacudió la cabeza. Qué duro debía de ser aquello para Bremen. Habían pasado dos años desde la última vez que había visto a Risca y a Tay. ¿Volverían a pasar dos más antes de que volviera a verlos?

Cuando Risca desapareció en el horizonte, Bremen guio a los tres componentes restantes de esa compañía reducida por un sendero secundario que recorría la base de los despeñaderos y luego continuaba hacia el oeste y seguía la orilla norte del Mermidon, de modo que rehacían el camino que los había conducido hasta allí. Siguieron caminando un buen rato una vez el sol ya se había puesto y, al final, acamparon al abrigo de un bosquecillo de alisos, en una cala que se había creado donde el Mermidon se bifurcaba hacia el suroeste. El cielo se había despejado y brillaba lleno de estrellas, la luz centelleaba como un calidoscopio sobre la superficie en calma del agua. La compañía se congregó en la orilla y cenaron mientras contemplaban la noche. No cruzaron más que cuatro palabras. Tay advirtió a Bremen que fuera precavido en Paranor. Si la visión que se le había mostrado era cierta y el castillo de los druidas había caído, cabía pensar que el Señor de los Brujos y sus acólitos aún podían estar allí. O si no, añadió el elfo, tal vez había dejado trampas para atrapar cualquier druida que hubiera escapado y fuera lo suficientemente necio como para regresar. Todo esto lo dijo como quitándole importancia, y Bremen respondió con una sonrisa. Kinson se percató de que ninguno de los dos se molestó en discutir la posibilidad de que Paranor hubiese sido destruido. Debía de haber sido un golpe duro, pero ninguno reveló cómo se sentía. Se habían propuesto no pensar en el pasado. Lo único que ahora importaba era el futuro.

Con ese fin, Bremen estuvo hablando largo y tendido con Tay sobre la visión en la que aparecía la piedra élfica negra, repasaron los detalles de lo que se le había mostrado, lo que había sentido y deducido. Kinson los escuchaba distraído y miraba de vez en cuando a Mareth, que hacía lo mismo. Se preguntó qué estaría pensando, sobre todo ahora que todos sabían que lo

más probable es que los druidas de Paranor estuvieran muertos. Se cuestionó si ella era consciente de que hasta qué punto había cambiado drásticamente su papel en la compañía. Mareth apenas había mediado palabra desde que habían salido del Valle de Esquisto, y había guardado las distancias durante las conversaciones entre Bremen, Risca y Tay; solo miraba y escuchaba. No era muy distinto de lo que hacía él, pensó Kinson. Ella también era foránea, todavía buscaba cuál era su lugar; no era una druida como los demás, aún no había demostrado su valía y todavía no la habían aceptado por completo como a una igual. La observó mientras trataba de calcular lo resistente que era, la capacidad de adaptación que tenía. Con lo que les deparaba el futuro, necesitaría serlo.

Más tarde, cuando Mareth dormía y Tay estaba tumbado cuan largo era cerca de ella, Bremen montaba guardia. Kinson se sacó la capa de encima y fue a sentarse al lado del anciano. Bremen no dijo nada mientras el otro se acercaba, se quedó contemplando la oscuridad. Kinson se acomodó, se cruzó de piernas y se echó la capa con holgura sobre los hombros. Hacía una noche cálida, un tiempo más acorde con la estación que las últimas noches que habían pasado, y el aire estaba impregnado del perfume de las flores de primavera, y también de hojas y hierbas nuevas. Corría una brisa que procedía de las montañas, hacía susurrar las hojas y ondear el agua. Los dos hombres estuvieron sentados en silencio durante un rato mientras escuchaban los sonidos que traía la noche, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Te estás arriesgando mucho al regresar —dijo Kinson, al final.

—Es un riesgo necesario —lo corrigió Bremen.

—Estás seguro de que Paranor ha caído, ¿verdad?

Bremen no respondió al instante; se quedó inmóvil como una roca y, luego, asintió despacio.

—Será muy peligroso si ese es el caso —insistió Kinson—. Brona ya te está buscando. Seguramente sabe que has estado en Paranor. Estará esperando a que regreses.

El rostro del anciano se volvió ligeramente hacia su joven compañero, lleno de arrugas, bronceado debido al tiempo, al sol y una vida de lucha y decepción grabada en la piel.

—Soy consciente de ello, Kinson. Y sabes perfectamente que lo soy, así que ¿por qué has sacado el tema?

—Porque tenía que recordártelo —expuso el fronterizo con firmeza—. Para que redobles la prudencia. Las visiones están bien, pero también son

pegiagudas. No confío en lo que muestran y tú tampoco deberías. Al menos, no por completo.

—Supongo que te refieres a la visión sobre Paranor, ¿verdad?

Kinson asintió.

—La Fortaleza ha caído y los druidas han sido aniquilados. Está claro. Sin embargo, la sensación de que algo te esté esperando, algo peligroso... Esa es la parte peliaguda de la cuestión. Si esa parte es cierta, será algo que no te esperas.

Bremen se encogió de hombros.

—No, supongo que no. Sin embargo, no importa. Debo asegurarme de que Paranor se ha perdido para siempre, por muchas sospechas que albergue, y debo recuperar el Eilt Druin. El medallón es una parte fundamental del talismán que necesitamos para destruir al Señor de los Brujos. La visión también era lo suficientemente clara en ese aspecto. Es una espada, Kinson, y yo debo darle forma; yo debo forjarla, yo debo imbuirla de una magia que ni el mismísimo Brona pueda resistir. El Eilt Druin es la única parte del proceso que se me ha mostrado; el símbolo del medallón se podía distinguir con claridad en la empuñadura de la espada. Es un punto de partida. Debo recuperar el medallón y decidir qué es necesario a partir de ahí.

Kinson lo observó en silencio un segundo.

—Ya has diseñado un plan en relación con este tema, ¿no es cierto?

—He sentado las bases de uno. —El anciano sonrió—. Me conoces demasiado bien, amigo mío.

—Te conozco lo suficiente como para prever lo que harás de vez en cuando. —Kinson suspiró y dirigió la mirada hacia el río—. Aunque tampoco es que eso me ayude a persuadirte de que debes tener más cuidado.

—Vaya, yo no estaría tan seguro de eso.

«Ah, ¿no?», pensó Kinson, cansado. Pero no contradujo esa afirmación con la esperanza de que tal vez fuera verdad, en parte: que el anciano sí que lo escuchaba cuando le decía ciertas cosas, sobre todo cuando discutía con él para que fuera más prudente. Era irónico que Bremen, que ahora se acercaba al ocaso de su vida, fuera mucho más imprudente que el joven. Kinson se había pasado la vida en la frontera y había aprendido que un solo paso en falso podía significar la diferencia entre la vida y la muerte, que saber cuándo actuar y cuándo esperar te mantenía a salvo y de una pieza. Supuso que Bremen comprendía la diferencia entre los dos estados, pero no siempre se comportaba en consecuencia. Bremen era mucho más proclive a tentar a la suerte que Kinson. Lo que los diferenciaba era la magia, supuso este. Él era

más rápido y fuerte que el anciano, y tenía unos instintos en los que se podía confiar más, pero Bremen tenía la magia para preservarse y la magia nunca le había fallado. Eso le ofrecía a Kinson cierto grado de consuelo: su amigo estaba envuelto de otra capa más de protección. Ojalá el consuelo pudiera ser algo menos incierto.

Desplegó las piernas y las estiró cuan largas eran, se echó hacia atrás y se apoyó en los brazos.

—¿Qué sucedió allí abajo con Mareth? —preguntó de sopetón—. En el Cuerno del Hades, cuando te desplomaste y ella fue la primera en llegar.

—Es una joven muy interesante, Mareth. —De pronto, el anciano hablaba en voz baja. Se volvió para quedar frente a frente con Kinson de nuevo, con la mirada perdida en la lejanía—. ¿Recuerdas que afirmó que poseía magia? Bien, pues resulta que es cierto. Pero quizá no es el tipo de magia que yo había previsto. Todavía no estoy seguro pero, sin embargo, conozco algo al respecto. Es una empática, Kinson. Este poder refuerza su arte como curandera. Es capaz de asimilar el dolor de otra persona y aliviarlo, puede absorber la herida de otro y acelerar su recuperación. Es lo que hizo conmigo en el Cuerno del Hades. La impresión que me llevé, fruto de las visiones y del roce de las sombras de los muertos, me dejó inconsciente. Pero ella me levantó... Sí, noté sus manos; y me hizo despertar, con la fuerza recuperada, curado. —Parpadeó—. Fue muy evidente. ¿Pudiste ver el efecto que eso tuvo en ella?

Kinson apretó los labios con aire pensativo.

—Pareció que perdía las fuerzas un momento, pero no duró demasiado. Sin embargo, los ojos... En el risco, cuando la tormenta te ocultó mientras hablabas con Galáfilo, afirmó que podía verte cuando el resto no podíamos. Tenía los ojos en blanco.

—La magia que posee parece bastante compleja, ¿verdad?

—Has dicho que es una empática. Pero no lo es a pequeña escala.

—No. La magia que posee Mareth no tiene nada a pequeña escala. Es muy poderosa. Debió de nacer así y ha desarrollado sus habilidades a medida que ha ido creciendo. Sin duda, lo ha conseguido con los Stors. —Hizo una pausa—. Me pregunto si Athabasca se ha dado cuenta de que posee esta habilidad. Me pregunto si algún druida se ha dado cuenta.

—No es de las que revela mucho sobre sí misma. No quiere forjar lazos demasiado estrechos con nadie. —Kinson se detuvo para pensar un momento—. Aunque parece que te admira. Me contó lo importante que es para ella poder acompañarte en este viaje.

Bremen asintió.

—Sí, pero creo que aún hay secretos de Mareth por descubrir. Tú y yo debemos hallar la manera de revelarlos.

«Te hará falta buena suerte para conseguirlo», quiso decir Kinson, pero se lo guardó para sí. Se acordó de la reticencia de Mareth a aceptar la comodidad insignificante que le ofrecía su capa cuando se la había ofrecido. Sospechaba que tenía que producirse una serie de circunstancias excepcionales para que revelara algo sobre sí misma.

Claro que el futuro les deparaba bastante circunstancias excepcionales, ¿verdad?

Se quedó sentado al lado de Bremen en la ribera del Mermidon, sin mediar palabra y sin moverse, mientras contemplaba el agua y visualizaba escenas surgidas de los lugares más recónditos de la mente que manifestaban lo que temía que pudiera ocurrir.

* * *

Se levantaron al rayar el alba y caminaron durante todo el día bajo la sombra de los Dientes del Dragón mientras seguían el curso del Mermidon hacia el oeste. El ambiente aún era cálido, la temperatura había aumentado y el aire se había hecho más denso con la humedad y el calor. Se desembarazaron de las capas de viaje y bebieron agua en grandes cantidades. Aunque pararon para descansar con más frecuencia durante la tarde, aún había luz diurna cuando llegaron al desfiladero de Kennon. Allí Tay Trefenwyd se separó de ellos para continuar su viaje por las praderas que lo conducirían a la foresta de Arborlon.

—Cuando encuentres la piedra élfica negra, Tay, no te plantees usarla —le avisó Bremen al despedirse—. Bajo ningún concepto. Ni siquiera si estás amenazado. La magia que posee es suficiente para conseguir cualquier cosa, pero también es muy peligrosa. Toda magia se cobra un precio por usarla, lo sabes tan bien como yo, y el precio por usar la piedra élfica negra es demasiado alto.

—Y podría aniquilarme —previó Tay.

—Somos simples mortales, tú y yo —observó Bremen en voz baja—. Debemos ir con cuidado en lo que respecta al uso de la magia. Tu cometido es recuperar la piedra élfica negra y traérmela. No pretendemos usarla. Solo queremos evitar que el Señor de los Brujos la pueda usar. Recuérdalo.

—Lo recordaré, Bremen.

—Advierte a Courtann Ballindarroch del peligro al que nos enfrentamos. Convéncelo de que debe mandar al ejército a ayudar Raybur y a los enanos. No me falles.

—Lo conseguiré. —El elfo druida le estrechó la mano, se la soltó y se alejó tras dedicarles un saludo desenfadado—. Ha sido un reencuentro inolvidable, ¿no crees? Vigílalo, Kinson. Cuídate, Mareth. Buena suerte a todos.

Se puso a silbar, alegre, y se volvió para dedicarles una sonrisa a todos por última vez. Acto seguido, aceleró el paso y desapareció entre los árboles y las rocas.

Entonces, Bremen formó un corrillo con Kinson y Mareth para decidir si debían continuar por el paso o aguardar hasta la mañana siguiente. Al parecer, se acercaba otra tormenta, pero si esperaban a que pasara podía ser que perdieran otro par de días. Kinson veía claramente que el anciano estaba ansioso por retomar la marcha, por llegar a Paranor y descubrir la verdad sobre lo que había ocurrido. Habían descansado y estaban en condiciones de continuar, de modo que les instó a que prosiguieran el camino. Mareth se apresuró a apoyarle y Bremen sonrió en agradecimiento y les hizo señas para iniciar el viaje.

Avanzaron por el paso mientras el sol se acercaba al horizonte y se escondía tras él. El cielo seguía despejado y el aire cálido, de modo que viajar era cómodo y caminaban a buen ritmo. A medianoche, habían alcanzado la cumbre del paso y comenzaban a descender hacia el valle que se abría debajo. El viento había arreciado y aullaba desde el suroeste en ráfagas constantes, levantando la tierra y la gravilla del sendero en espirales pequeñas y llenando el aire de rocalla. Viajaron con la cabeza gacha hasta que estuvieron bajo el abrigo de las montañas y el viento hubo disminuido. Ante ellos se alzaba la silueta oscura de la Fortaleza de los druidas, recortada sobre el cielo iluminado por la luz de las estrellas; por encima de los árboles sobresalían las torres y los parapetos, marcados y picudos. No había ni una luz encendida tras las ventanas o en las almenas. Ni un solo movimiento o sonido perturbaba el silencio.

Llegaron al fondo del valle y se adentraron en la foresta. La luna y las estrellas les iluminaban el camino a través de las sombras y los guiaban hacia la Fortaleza. La vegetación frondosa los rodeaba y se alzaba hacia el cielo como los pilares de un templo. De vez en cuando, se encontraban claros esponjosos de hierba espesa y riachuelos. La noche los envolvía, tranquila y

aletargada, sin ningún otro sonido ni movimiento que el viento que había vuelto a arreciar y soplaba en ráfagas cortas y potentes que provocaban que los ropajes danzaran a su ritmo y que las ramas de los árboles se sacudieran como ropa de cama tendida. Bremen encabezaba una marcha rápida y a un ritmo constante que disimulaba la edad que este tenía y que constituía todo un reto para la de los demás. Kinson y Mareth intercambiaron una mirada. El druida extraía fuerzas de una reserva oculta. Se había tornado tan resistente y duro como el hierro.

Todavía no rayaba el alba cuando llegaron a las puertas de Paranor. Aminoraron el paso cuando el bastión de los druidas se materializó ante ellos, entre la arboleda; se alzaba hacia el cielo lleno de estrellas como un cascarón enorme y negro. Tras todo ese tiempo, seguía sin haber ninguna llama prendida. Seguía sin percibirse ningún sonido o movimiento en el interior. Bremen hizo que el fronterizo y la curandera se detuvieran donde estaban escondidos, a la sombra del bosque. En silencio y con la expresión pétrea, escudriñó los muros y los parapetos de la Fortaleza. Entonces, sin salir del amparo que les ofrecía la foresta, los guio hacia la izquierda mientras recorrían el perímetro del castillo. El viento azotaba las almenas y envolvía las torres con aullidos de congoja. Entre los árboles por los que avanzaban, sigilosos, era como el aliento de un gigante que los avisaba de su proximidad. Kinson sudaba profusamente, con los nervios a flor de piel y la respiración acelerada.

Se acercaron al portón de entrada y se detuvieron de nuevo. Estaba abierto de par en par, con el rastrillo levantado; la entrada se sumía en la oscuridad y recordaba vagamente a una boca congelada en un grito agonizante.

Las inmediaciones de las puertas destrozadas estaban llenas de cuerpos retorcidos e inertes.

Bremen se encorvó, concentrado, mientras observaba la Fortaleza, sin verla de verdad; miraba a algún punto más allá. Tenía el pelo cano revuelto, ralo como los hilos de una mazorca de maíz. Movié los labios. Kinson metió la mano bajo la capa y empuñó la espada corta. Mareth tenía los ojos bien abiertos, negros, y el cuerpo rígido, preparado para echar a correr.

Entonces, Bremen los hizo avanzar. Cruzaron el espacio abierto que separaba la arboleda de la Fortaleza despacio y sin detenerse, sin esforzarse ni en acelerar ni en disimular su marcha. Kinson lanzó una ojeada a izquierda y derecha con temor, pero Bremen no parecía preocupado. Llegaron ante las puertas y los cuerpos inertes, y se detuvieron para reconocerlos. Eran guardias druidas, parecía que unos animales se hubiesen ensañado con la mayoría. La

sangre que teñía el suelo emanaba de sus cuerpos. Tenían las armas desenvainadas y muchas estaban hechas pedazos. Al parecer, habían luchado con tesón.

Bremen se adentró en las sombras de los muros, cruzó los portones combados y el rastrillo alzado y encontró a Caerid Lock. El capitán de la Guardia Druida yacía desplomado contra la puerta de la torre de vigilancia, con el rostro lleno de sangre seca y coagulada, y el cuerpo castigado con docenas de perforaciones y cuchilladas distintas. Todavía respiraba. Parpadeó, abrió los ojos y movió los labios. A toda prisa, Bremen se inclinó para escucharlo. Kinson fue incapaz de oír nada, el viento se llevaba las palabras.

El anciano levantó la vista.

—Mareth —la llamó, con un hilo de voz.

Ella se acercó enseguida y se inclinó sobre Caerid Lock. No necesitaba que le dijera qué necesitaba. Recorrió el cuerpo del hombre herido con las manos, buscando un modo de ayudarlo. Pero era demasiado tarde. Ni siquiera una empática podía salvar a Caerid a estas alturas.

Bremen tiró de Kinson para que se agachara y quedara ante él, con los rostros de ambos casi rozándose. A su alrededor, el viento no dejó de aullar con suavidad mientras giraba y envolvía los muros.

—Caerid ha dicho que alguien de dentro vendió a Paranor al enemigo, por la noche, cuando la mayoría estaba durmiendo. Tres druidas fueron los autores. Los mataron a todos menos a ellos. El Señor de los Brujos los dejó aquí para que se encargaran de nosotros. Están dentro, no sé dónde. Caerid se ha arrastrado hasta aquí, pero no ha sido capaz de seguir.

—¿Vas a entrar? —preguntó Kinson al instante.

—Debo hacerlo. Debo conseguir el Eilt Druin. —La expresión arrugada del anciano reflejaba determinación y la mirada era dura y cargada de furia—. Mareth y tú me esperaréis aquí.

Kinson sacudió la cabeza, pertinaz. Se le metió un poco de polvo y arenilla en los ojos cuando el viento arremetió contra la entrada oscura.

—¡Es una estupidez, Bremen! ¡Vas a necesitar nuestra ayuda!

—¡Si algo me ocurriera, necesito que se lo comuniques a los demás! —Bremen se negaba a ceder—. ¡Haz lo que te digo, Kinson!

Acto seguido, se levantó y se alejó de las puertas, desgreñado; un manojo de huesos y ropajes llenos de viento que se apresuraba a cruzar el patio hacia el muro interior. En cuestión de segundos, había atravesado una entrada y lo habían perdido de vista.

Kinson se quedó mirándolo, frustrado.

—¡Diantres! —musitó, furioso ante su propia indecisión.

Le echó un vistazo a Mareth. La muchacha estaba cerrándole los ojos a Caerid Lock. El capitán de la guardia druida había muerto. Había sido un milagro, pensó Kinson, que hubiera aguantado tanto. Cualquiera de las heridas que había sufrido hubieran sido suficientes para matar cualquier otro hombre al instante. Que hubiera vivido hasta ahora daba testimonio de su resistencia y resolución.

Mareth se alzó y bajó la vista para mirarlo.

—Venga —dijo—, vamos a seguirlo.

Kinson se puso de pie a toda velocidad.

—Pero ha dicho que...

—Ya sé lo que ha dicho. Pero si algo le ocurriera a Bremen, ¿crees que supondría una gran diferencia si llegamos o no decírselo a los demás?

Él apretó los labios hasta que solo fueron una fina línea.

—No, claro que no.

Y juntos echaron a correr a través del patio vacío y azotado por el viento hacia la Fortaleza.

* * *

En el interior de Paranor, Bremen avanzaba con sigilo por los corredores vacíos, tan silencioso como una nube que atraviesa el cielo. Tanteaba el terreno a medida que avanzaba, con la mente avizora al ambiente y los ruidos de la Fortaleza. Proyectó los sentidos y el instinto para descubrir el peligro del que Caerid Lock lo había prevenido, receloso de esa presencia y de sus intenciones. Con todo, fue incapaz de detectarlo. O se había ocultado muy bien o había partido ya.

«Sé prudente», se instó. «Estate alerta».

Todos los que estaban en la Fortaleza estaban muertos, eso lo sabía con certeza: todos los druidas, todos los guardias, todo aquel que había vivido, trabajado y estudiado allí durante tantísimos años, todo aquel que él había dejado atrás cuando se había ido hacía tan solo cuatro días. El impacto de ese pensamiento fue como recibir un puñetazo en el estómago; le arrancó el aire y las fuerzas del cuerpo, dejándolo petrificado, incapaz de creérselo. Estaban todos muertos. Era consciente de que eso podía suceder, había creído que era muy probable, incluso había contemplado una visión que le mostraba ese panorama. Sin embargo, la realidad era mucho peor. Había cuerpos

desparramados por todos lados, retorcidos en la muerte. Algunos habían perecido a punta de espada. A otros, los habían desgarrado pedazo a pedazo. Percibió a un último grupo al que habían conducido a las profundidades de la Fortaleza y los habían matado allí. Ni uno solo había sobrevivido. No le llegaba ningún latido. No oía ninguna voz que pidiera ayuda. No se movía nada. Paranor se había tornado un osario. Una tumba.

Avanzó poco a poco por los corredores, acompañado únicamente por el eco de sus pasos, hasta llegar a la sala de la Asamblea, donde encontró a Athabasca, con el rostro congelado en el momento de su muerte y el cuerpo como un desecho triste y destrozado. Bremen se detuvo para buscar el Eilt Druin, pero no lo encontró. Se enderezó y paró. Lo único que sentía ahora por el Druida Supremo era tristeza y arrepentimiento. Al verlo así, al encontrárselos a todos muertos y al castillo de los druidas vacío, deseó haber insistido más en su empeño para persuadirlos de que el peligro acechaba. El sentimiento de culpa lo embargó. No pudo evitarlo. De alguna manera, él tenía parte de culpa. Él poseía los conocimientos y el poder y había fracasado al no usarlos para convencerlos. Ahí tenía el resultado. Tiró de los ropajes de Athabasca para cubrirle el rostro y se alejó.

Entonces subió hacia la biblioteca, sin despegar la espalda de la pared mientras avanzaba por la cáscara vacía en la que se había convertido el castillo y aguzaba el oído, cauteloso y vigilante, buscando el ruido traicionero del peligro. Aquí se hallaba la amenaza de la que lo habían prevenido tanto Caerid Lock como la visión. Los druidas traidores, modelado su cuerpo por la magia oscura, lo esperaban. Así sea. Sin embargo, el Señor de los Brujos se había marchado, y con él, sus criaturas. El caldero de magia que su llegada había removido (y que la incursión de Bremen en el Pozo druida había dispuesto) había borboteado y hervido lo justo para despertar su temor, convenciéndolos de que no debían quedarse allí más de la cuenta. Al aguzar el oído, Bremen era ahora capaz de distinguirlo: un siseo apenas perceptible con el que la magia se volvía a hundir en las profundidades del pozo, la magia que había dado vida a la Fortaleza, la fuente del poder para la mayor parte de los conjuros de los druidas. Insondable y voluble, solo entregaba una parte de lo que prometía, y era tan pequeña que palidecía en comparación con el poder monstruoso de Brona. Con todo, había cumplido con su propósito esta vez: había echado al druida rebelde de la Fortaleza.

Bremen suspiró. No le reportaba ningún placer esta victoria minúscula. Brona se había vengado, y eso era lo que importaba. Había aniquilado a aquellos que se habían enfrentado a él, aquellos que lo hubieran desafiado. Se

había ensañado en el ataque a su guarida. Ahora no había nadie que pudiera detenerlo, salvo el anciano y su pequeño grupo de seguidores.

Tal vez. Tal vez.

Llegó a la biblioteca y ahí encontró a Kahle Rese. Lloró en silencio al verlo, incapaz de contenerse. También cubrió a ese viejo amigo, sin ser capaz de dedicarle más de una mirada, y se dirigió hacia la entrada secreta que conducía a la sala donde ocultaban la *Historia de los druidas*. La estancia estaba vacía, con la excepción de la mesa de trabajo y las sillas, y el polvo que Bremen le había dado a Kahle como último recurso yacía desparramado por el suelo, apagado e inánime, señal de que se había usado para el propósito para el que había sido concebido. Bremen trató de imaginarse a Kahle en los últimos minutos de su vida. No lo consiguió. Le bastaba con saber que la *Historia de los druidas* estaban a buen recaudo. Eso tendría que valer como epitafio de su viejo amigo.

Entonces oyó algo, un sonido que procedía de algún lugar de las profundidades, un ruido tan suave que solo lo detectó con el instinto, no con los oídos. Se apresuró a salir de la sala, con el presentimiento de que el tiempo del que disponía para estar en Paranor se le había acabado. Debía encontrar el Eilt Druin ya. Lo único que le quedaba era hallar el medallón. Athabasca no lo llevaba. Quizá se lo habían arrebatado, pero Bremen no lo creía. El ataque había sucedido por la noche, le había contado Caerid Lock, y nadie estaba preparado. Athabasca debió de haberse levantado de la cama. Seguro que no había tenido tiempo de colgarse el medallón. Debía de estar en sus aposentos.

Bremen subió las escaleras que lo conducirían a las dependencias del Druida Supremo como un fantasma mudo y silencioso entre los muertos. Se sentía como si no tuviera peso; ni sustancia ni presencia. Era un ser sin importancia, un loco que jugaba con fuego y sin un remedio para las quemaduras que sin duda iba a recibir. Estaba cansado, perdido y temeroso de lo que le fuera a ocurrir al mundo. Se había impuesto una serie de tareas imposibles: crear una magia, forjar un talismán que la contuviera, encontrar un paladín que lo empuñara. ¿Qué posibilidades tenía de conseguirlo? ¿Qué esperanzas?

Encontró la puerta que conducía a los aposentos de Athabasca abierta y entró con cuidado. Examinó los estantes y el escritorio sin éxito. Abrió las puertas de los armarios y cofres de documentos y no encontró nada. Temeroso ahora de haber llegado demasiado tarde, incluso para el medallón, se apresuró a penetrar en la cámara del Druida Supremo.

Allí, tirado de cualquier manera en la mesita de noche, olvidado con las prisas que habían conducido a Athabasca directamente hacia su muerte, yacía el Eilt Druin.

Bremen lo alzó y lo examinó para asegurarse de que era real. El metal bruñido resplandeció. Acarició la superficie de la mano alzada con la antorcha encendida con la yema de los dedos. Entonces, lo escondió entre los ropajes y salió de la habitación a toda velocidad.

Recorrió de nuevo los mismos pasillos y escaleras, todavía aguzando el oído y la vista, todavía precavido. Había llegado hasta allí y aún no se los había encontrado. Tal vez lograra pasar por delante de donde fuera que estuvieran montando guardia sin que lo vieran. Silencioso como una nube, avanzó entre la penumbra y la muerte, y rebasó las sombras que se acumulaban en esquinas estrechas y los cuerpos desparramados por los umbrales y el suelo de piedra. De pronto, por el rabillo del ojo divisó un brillo casi imperceptible, al este en el cielo, a través de unos ventanales con celosía. La noche empezaba a perder terreno y el alba se acercaba. Bremen respiró hondo aquel aire viciado que olía a humedad y deseó poder inspirar el aire de la verde foresta que había afuera.

Llegó a la escalera principal y comenzó a bajarla. Había llegado a la mitad cuando percibió un movimiento en el ancho rellano de abajo. Aminoró el paso, se detuvo y esperó. El movimiento salió de entre las sombras y constituía en sí mismo una nueva sombra, una forma distinta. Aquello que apareció era humano, pero de una manera muy imprecisa. Tenía brazos, piernas, torso y cabeza, pero todo estaba cubierto de un pelaje negro y grueso, erizado y tieso; estaba encorvado y torcido como una zarza, alargado y deforme. Tenía garras y dientes que relucían como puntas recortadas de huesos antiguos, y unos ojos que parpadeaban, con motas carmesí y verdes. Aquello le susurró, lo llamó, le suplicó e intentó atraerlo con tal miseria que era tangible.

—Breeemen, Breeemen, Breeemen.

El anciano echó un rápido vistazo hacia el rellano que había dejado atrás, que podía divisar en aquella escalera abierta y ancha, y otra de esas criaturas apareció arrastrándose desde las sombras, un reflejo de la primera.

—Breeemen, Breeemen, Breeemen.

Ambas continuaron avanzando por las escaleras, una subía y la otra descendía. Lo tenían atrapado. No había puertas por las que pudiera escaparse, no tenía ningún lugar al que ir salvo hacia arriba o hacia abajo, hacia una o hacia la otra. Se dio cuenta de que lo habían estado esperando.

Habían dejado que hiciera lo que había venido a hacer, que cogiera lo que quisiera para luego acorralarlo. El Señor de los Brujos lo había planeado así, quería saber qué era tan importante para que regresara, qué tesoro, que pizca de magia podía ser tan valiosa para rescatarla. «Descubridlo», les había ordenado el Señor de los Brujos, «arrebatádselo de su cuerpo inerte y traédmelo».

Bremen pivotó la mirada entre uno y otro. Otrora druidas, esas criaturas se habían transformado en algo horrible. Monstruosas quimeras, seres despojados de toda humanidad y remodelados para que cumplieran un último propósito. Era difícil sentir pena por ellos. Eran lo suficientemente humanos cuando habían traicionado la Fortaleza y a todos sus habitantes. Habían tenido suficiente libertad de elección entonces.

De pronto, Bremen se dio cuenta de que se suponía que había tres. ¿Dónde estaba el tercero?

Exhortado por un sexto sentido, por un instinto muy agudo, alzó la mirada justo en el momento en que este se dejaba caer desde su escondite en una hornacina de la pared de piedra de las escaleras. Bremen se echó a un lado y el otro chocó con un golpe sordo acompañado del chasquido de huesos rotos. Pero eso no lo detuvo. Se irguió, un revuelo de dientes y garras que se lanzó directo hacia él mientras chillaba y escupía. Bremen se dejó llevar por el instinto y le arrojó fuego druida, una defensa en forma de cortina azul que rodeó a la criatura. Sin embargo, eso tampoco la detuvo. Siguió adelante, en llamas, con el pelaje negro que le cubría el cuerpo encendido como una antorcha mientras la piel que tenía debajo se le pelaba y se derretía. Bremen volvió a atacarlo, ahora asustado, impresionado porque la criatura aún se mantuviera en pie. El ser se le echó encima a toda velocidad y él giró hacia un lado, cayó de espaldas sobre las escaleras y empezó a dar puntapiés, desesperado.

Entonces, por fin, le fallaron las fuerzas a la criatura. Perdió pie y trastabilló hacia atrás, rodó hacia el filo del hueco de la escalera y se despeñó, un fulgor brillante que se perdía en la oscuridad insondable.

Bremen se puso de pie a trompicones, con el cuerpo lleno de quemaduras por culpa de las llamas y de arañazos fruto de las garras de la criatura. Los otros dos atacantes prosiguieron el avance a pasos lentos y medidos, como dos gatos juguetones. Bremen trató de invocar la magia para defenderse, pero el primer ataque le había dejado exhausto. Asustado por la ferocidad del primero, había usado demasiada fuerza y ahora apenas le quedaba un ápice.

Las criaturas parecían ser conscientes de ello. Se movían con suavidad hacia él y lloriqueaban con ansiedad.

Bremen apretó la espalda contra la pared de las escaleras y contempló cómo se le acercaban.

* * *

Mientras él se quedaba quieto, Kinson y Mareth recorrían con sigilo los pasadizos de la Fortaleza, buscándolo. Había muertos por todas partes, pero ni rastro del anciano. A pesar de que estaban atentos y aguzaban el oído, no fueron capaces de percibirlo. Kinson comenzaba a preocuparse. Si había algo pérfido escondido en la Fortaleza aguardando a los intrusos, quizá los encontraría a ellos primero. Quizá los encontraría antes de que ellos hallaran a Bremen y eso lo obligaría a acudir en su auxilio. ¿O acaso el druida ya había caído en sus fauces sin que ellos lo oyeran? ¿Llegaban demasiado tarde?

¡No debería haber dejado que Bremen se adentrara ahí solo!

Dejaron atrás los cuerpos de la guardia druida que había opuesto la última resistencia en el rellano de las escaleras de la segunda planta de la Fortaleza y siguieron ascendiendo. Todavía no aparecía nada. Los escalones se enroscaban hacia arriba, hacia la oscuridad, infinitos. Mareth se apretaba contra la pared mientras trataba de ver mejor lo que aguardaba más adelante. Kinson no dejaba de volver la vista, pues creía que un ataque podía llegar por ese flanco. Tenía la cara y las manos resbaladizas debido al sudor.

«¿Dónde está Bremen?».

En aquel momento, percibieron un movimiento en el siguiente rellano, un cambio en la iluminación apenas perceptible, una grieta entre las sombras. Kinson y Mareth se quedaron petrificados. Les llegó un lamento susurrado y extraño:

—Breeemen, Breeemen, Breeemen.

Intercambiaron una mirada y luego reanudaron el ascenso con cautela.

Algo cayó al suelo en el tramo de escaleras que les quedaba por arriba, un cuerpo pesado; estaba demasiado lejos como para que lo vieran, pero lo suficientemente cerca como para imaginárselo. Oyeron gritos y el entrecocar de cuerpos. Al cabo de un instante, una bola llameante se precipitó por el borde de las escaleras y les pasó por delante; un ser vivo, aunque fuera solo apenas, muerto de agonía al chocar con el suelo.

Descuidada cualquier precaución, Mareth y Kinson se lanzaron a la carga. Mientras subían, divisaron a Bremen más arriba, atrapado entre dos criaturas horrorosas que avanzaban hacia él desde los rellanos que quedaban arriba y abajo. El anciano estaba sangrando y se podían apreciar quemaduras en su túnica; sin duda, estaba exhausto. El fuego druida le llameaba en las yemas de los dedos, pero no se inflamaba. Las criaturas que lo acechaban avanzaban con calma.

Los tres se volvieron, sobresaltados, cuando el fronterizo y la muchacha se acercaron.

—¡No! ¡Marchaos! —gritó Bremen en cuanto los vio.

No obstante, Mareth subió corriendo los últimos escalones hasta el rellano inferior de golpe y dejó atrás a un Kinson sorprendido. Plantó los pies en el suelo, se inclinó hacia adelante, con los brazos abiertos de par en par y las palmas hacia arriba, como si implorara ayuda al cielo. Kinson exhaló, consternado, y se apresuró a seguirla. ¿Qué estaba haciendo? El monstruo que quedaba más cerca de la muchacha se puso a sisear al advertirla, se volvió hacia ella y bajó saltando los escalones, veloz como el rayo, con las garras extendidas hacia adelante. Kinson gritó de ira. ¡Todavía estaba demasiado lejos!

En aquel momento, Mareth estalló. Se produjo una explosión tremenda que retumbó, y la onda expansiva mandó a Kinson contra la pared. Perdió de vista a Mareth, Bremen y las criaturas. Una llamarada se levantó en el lugar donde había estado Mareth, una veta azul que quemaba al rojo blanco. Saltó sobre la criatura que estaba más cerca y la desgarró. Entonces, encontró a la segunda, que se cernía sobre Bremen, y la arrastró como una hoja llevada por el viento. La criatura pegó un alarido de sorpresa y las llamas la consumieron. El fuego avanzó y se extendió por las paredes de piedra y las escaleras mientras extinguía el aire y lo tornaba humo.

Kinson se cubrió los ojos y se levantó a duras penas. El fuego desapareció en un instante. Tan solo quedó el humo, volutas espesas llenaban el hueco de la escalera. Kinson se precipitó hacia los escalones superiores y se encontró a Mareth desmayada en el rellano. La levantó en brazos y sostuvo su cuerpo inerte contra el pecho. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué había hecho? Era tan ligera como una pluma, tenía el semblante pálido y cubierto de hollín, y el pelo negro y corto empapado como un casco alrededor de su pequeño rostro, con los ojos entrecerrados y la mirada perdida. A pesar de la poca abertura, Kinson vio que se habían vuelto blancos. Se inclinó hacia ella. No parecía que estuviera respirando. No era capaz de encontrarle el pulso.

Bremen apareció de sopetón ante él, se materializó entre el humo, con el pelo alborotado y ojos de loco.

—¡Sácala de aquí! —gritó.

—Pero no creo que sea... —trató de discutir el fronterizo.

—¡Rápido, Kinson! —lo interrumpió Bremen—. ¡Si quieres que se salve, sácala de la Fortaleza ahora! ¡Venga!

Kinson giró sobre los talones sin abrir la boca y se apresuró a bajar las escaleras, con Mareth en brazos. Bremen los seguía, con los ropajes chamuscados hechos jirones. Descendieron a trompicones, tosiendo y ahogándose con el humo, y con los ojos empañados de lágrimas. Entonces, Bremen oyó un estruendo que procedía de las profundidades. Era el sonido de algo que se despertaba, algo enorme y cargado de furia, algo tan inmenso que era inimaginable.

—¡Corre! —gritó de nuevo Bremen, aunque no hubiera necesidad.

Juntos, el fronterizo y el druida corrieron a través de la oscuridad humeante de un Paranor muerto, hacia la luz del día y la vida.

LA BÚSQUEDA DE LA PIEDRA ÉLFICA NEGRA



8

Tras dejar atrás a Bremen, Tay Trefenwyd se encaminó hacia el oeste siguiendo el curso del Mermidon a través de las montañas que constituían el ramal meridional de los Dientes del Dragón. Con la llegada del ocaso acampó al amparo que estas le ofrecían y prosiguió la marcha al rayar el alba. El día amaneció despejado y templado, los vientos de la noche anterior habían barrido el cielo de nubes y el sol brillaba con fuerza. El elfo se abrió camino a través de las estribaciones, llegó a las llanuras de Streleheim y se preparó para cruzarlas. Más adelante, los bosques de las Tierras del Oeste se desplegaron ante él y tras estos, con las cumbres teñidas de blanco, se alzaban los picos de las Espuelas de Piedra. Arborlon se hallaba a un día de distancia, de modo que avanzó a un ritmo tranquilo, con el pensamiento perdido en todo lo que había ocurrido desde que Bremen había llegado a Paranor.

Tay Trefenwyd conocía a Bremen desde hacía casi quince años, más incluso que Risca. Habían coincidido en Paranor, antes de que lo desterraran, cuando Tay acababa de llegar de Arborlon y era un druida en formación. Bremen ya era anciano en esa época, pero con una personalidad más dura y una lengua más afilada. En aquel entonces, Bremen era un agitador que clamaba verdades que para él eran evidentes, pero que para los demás eran incomprensibles. Los druidas de Paranor creyeron que se había vuelto loco. Kahle Rese y un par más apreciaban su amistad y escuchaban con paciencia lo que este tuviera que decir, pero el resto se dedicaba a buscar formas de evitarlo.

Tay no había sido de esos. Desde el momento en que se conocieron, se había sentido cautivado. Ante él tenía a alguien que creía que era importante (e incluso necesario) que hicieran algo más que hablar de los problemas de las Cuatro Tierras. No era suficiente con que estudiaran y conversaran sobre esos

temas, había que actuar en consecuencia. Bremen creía que las antiguas costumbres eran mejores, que los druidas del Primer Consejo habían acertado al implicarse en el desarrollo de las razas. La política actual de no intervención era un error que les costaría caro a todos. Tay lo comprendía y lo compartía. Igual que Bremen, él estudiaba el conocimiento antiguo, las costumbres de las criaturas del reino de la magia y los usos del poder en el mundo previo a las Grandes Guerras. Y, al igual que Bremen, Tay aceptaba que este poder, una vez corrompido, era el doble de mortífero, y que el druida rebelde Brona seguía vivo bajo alguna otra forma y volvería para subvertir las Cuatro Tierras. Era una opinión impopular y peligrosa y, al final, a Bremen le había costado su puesto entre los druidas.

Sin embargo, antes de que eso ocurriera, había hecho de Tay un aliado. Ambos habían forjado un vínculo de inmediato y el anciano había acogido al joven como pupilo; era un profesor con unos conocimientos tan vastos que eran imposibles de recoger y clasificar. Tay realizaba las tareas y terminaba los estudios que le asignaban el Consejo y los patriarcas, pero le dedicaba casi todo su tiempo libre y su entusiasmo a Bremen. Pese a estar expuestos desde una edad temprana a la peculiar historia y conocimientos de su pueblo, había pocos elfos en Paranor que hubieran jurado los votos druidas y que estuvieran tan abiertos como Tay a las posibilidades que les brindaba lo que Bremen sugería. Claro que, en aquel entonces, también había pocos que tuvieran tanto talento como él. Tay había comenzado a dominar sus habilidades mágicas incluso antes de llegar a Paranor, pero bajo la tutela de Bremen había progresado con tanta rapidez que pronto, con la sola excepción de su mentor, nadie podía equipararsele. Incluso Risca, después de llegar, nunca consiguió alcanzar el nivel que había logrado Tay; tal vez había estado demasiado comprometido con el arte de la guerra como para aceptar por completo la idea de que la magia era una arma aún más poderosa.

Aquellos primeros cinco años fueron apasionantes para el joven elfo, y lo que aprendió determinó, de forma irrevocable, su manera de pensar. La mayor parte de las habilidades que llegó a dominar y del conocimiento que adquirió lo mantuvo en secreto, forzado por la prohibición de los druidas a la dedicación personal al uso de la magia, más allá de su estudio en abstracto. Bremen opinaba que el veto era un estúpido y un desacierto, pero, como siempre, él era una minoría, y en Paranor las decisiones del Consejo los gobernaban a todos. De modo que Tay estudió en privado el conocimiento que Bremen quiso compartir con él y se lo guardó para sí, a salvo de la mirada de otros. Cuando condenaron a Bremen al exilio y este decidió que viajaría

hacia el oeste, al territorio de los elfos, para proseguir sus estudios allí, Tay quiso acompañarlo. Sin embargo, Bremen le dijo que no. No se lo prohibió, pero le pidió que lo reconsiderara. Risca era de la misma opinión, pero a ambos les aguardaban tareas más importantes, había argumentado el anciano. «Quedaos en Paranor y sed mis ojos y oídos. Trabajad para dominar vuestras habilidades y convenced a otros de que el peligro del que os he advertido existe. Cuando os llegue el momento partir, volveré a buscaros».

Y eso es lo que había hecho, hacía tan solo cinco días, y Tay, Risca y la joven curandera Mareth habían escapado a tiempo. No obstante, los demás, todos aquellos a los que había tratado de persuadir, aquellos que habían dudado de ellos y los habían despreciado, probablemente no lo habían conseguido. Tay no lo sabía con seguridad, claro, pero en el fondo de su corazón sentía que la visión que Bremen les había revelado ya se había cumplido. Pasarían días antes de que los elfos pudieran corroborar los hechos, pero Tay estaba convencido de que los druidas habían sido aniquilados.

Fuera como fuere, partir con Bremen había marcado el final de su época en Paranor. Tanto si los druidas estaban vivos como si no, ya era demasiado tarde para volver. Su lugar estaba ahí fuera, en el mundo, llevando a cabo los cometidos que Bremen había dicho que debían realizar para que las razas pudieran sobrevivir. El Señor de los Brujos había salido de su escondite, se había descubierto ante aquellos que tenían los ojos para ver y el instinto para guiarlos. Se dirigía hacia el sur. Las Tierras del Norte y los trolls ya se encontraban bajo su yugo y ahora trataría de doblegar al resto de las razas. De modo que cada uno (Bremen, Risca, Mareth, Kinson Ravenlock y él mismo) debía cumplir con sus responsabilidades. Cada uno debía alzarse y seguir luchando donde le tocara.

Y a él le correspondían las Tierras del Oeste, su hogar. Volvía por primera vez tras el transcurso de casi un lustro. Sus padres habían envejecido. Su hermano menor se había casado y ahora vivía en el Valle de Sarandanon. Su hermana había dado a luz a su segundo hijo. La vida había proseguido mientras él había estado lejos y ahora iba a regresar a un mundo distinto al que había abandonado. Más concretamente, él era el portador de un cambio que empujaría cualquier otro que hubiera ocurrido durante su ausencia. Era el principio de una transformación que afectaría a todas las tierras y para muchos no sería grato. Puede que no fuera bien recibido una vez se supiera la razón de su llegada, por lo que tendría que abordar el tema con cautela. Sería necesario escoger con cuidado sus aliados y su postura.

Con todo, Tay Trefenwyd era bueno en eso. Era una persona afable y de trato fácil que se preocupaba por los problemas de los demás y que siempre se había esforzado al máximo para brindar la ayuda que podía. No tenía un carácter pendenciero como Risca ni era terco como Bremen. Cuando vivía en Paranor, los demás le apreciaban de verdad, a pesar de sus relaciones con los otros dos. Tay se guiaba por convicciones sólidas y una ética de trabajo que no tenía parangón, y sin embargo no se erigía como ejemplo a seguir. Aceptaba a los demás tal y como eran, detectaba lo que era bueno y encontraba un modo de sacarle utilidad. Ni siquiera Athabasca tenía nada en su contra, porque en Tay veía lo que esperaba que estuviera oculto incluso en sus amigos más problemáticos. Las manos grandes que tenía Tay eran tan fuertes como el hierro, pero era blando de corazón. Nunca nadie había malinterpretado su amabilidad como una señal de debilidad, y Tay jamás había permitido que la primera fuera un indicio de la segunda. Sabía cuándo había que mantenerse firme y cuándo había que ceder. Era un conciliador y mediador de primera clase e iba a necesitar esas habilidades en los días venideros.

Repasó la lista de las cosas que debía conseguir mientras reflexionaba sobre cada una:

Debía convencer a su rey, Courtann Ballindarroch, de organizar una partida de búsqueda para la piedra élfica negra.

Debía persuadir a su rey de mandar a las tropas a ayudar a los enanos.

Había que convencerlo de que las Cuatro Tierras se iban a ver alteradas debido a ciertas circunstancias y acontecimientos, de tal manera que también los cambiaría a ellos irremediabilmente y para siempre.

Cruzó las anchas llanuras con zancadas largas mientras cavilaba en lo que todo aquello comportaba, dirección noroeste, hacia los bosques que delimitaban la frontera este de su región. Iba silbando una tonadilla, con una sonrisa recién dibujada en los labios. Desconocía si iba a conseguir nada de aquello, pero no importaba. Encontraría la manera. Bremen contaba con él y Tay no iba a decepcionarlo.

Las horas de luz pasaron y el sol se puso por el oeste, desapareciendo tras las cumbres del horizonte. Tay se alejó del Mermidon en la linde de los bosques de las Tierras del Oeste que se extendían por debajo del Pykon y se dirigió hacia el norte. Como era de noche y ya no era capaz de ver bien por dónde pisaba en medio de la planicie, no se alejó del amparo que le ofrecían los bosques mientras seguía avanzando. Sus habilidades de druida lo ayudaban. Tay era un elementalista; estudiaba los modos en que la magia y la

ciencia interactuaban para mantener en equilibrio los elementos del mundo: tierra, aire, fuego y agua. Había desarrollado un grado de comprensión muy alto sobre su simbiosis: la forma en la que se relacionaban una con otra, de los modos en que colaboraban para mantener y preservar la vida y las maneras en que se protegían una y otra cuando alguna se veía afectada. Tay había llegado a dominar las leyes para cambiar de la una a la otra, para usar una para destruir a la otra o cualquiera de las dos para avivar la otra. Tay había desarrollado los talentos que tenía y se había especializado bastante. Era capaz de leer el movimiento y detectar la presencia de los elementos. Podía percibir pensamientos. En términos generales, tenía la habilidad de reconfigurar la historia y predecir el futuro, aunque eso no era lo mismo que tener una visión. No estaba ligado a los muertos o a los espíritus, sino que estaba ligado a las leyes naturales, a las líneas de poder que ceñían el mundo y unían todas las cosas que en él existían con lazos de acción y reacción, de causa y efecto, de decisiones y consecuencias. Una piedra que se lanzara a un estanque en calma provocaría ondas. Del mismo modo, todo lo que ocurría que alteraba el equilibrio del mundo, no importaba cuán insignificante fuese, comportaba un cambio. Tay había aprendido a leer esos cambios y a intuir lo que significaban.

De modo que ahora, mientras caminaba entre las sombras nocturnas de la foresta, leyó en el movimiento del viento, en los aromas que aún flotaban entre los árboles y en las vibraciones traídas por la superficie de la tierra que un gran grupo de gnomos había pasado antes por ese mismo camino y ahora se habían detenido en algún lugar más adelante. Detectaba su presencia cada vez con más fuerza cuanto más avanzaba. Tay se adentró en el bosque mientras aguzaba el oído y se iba agachando de vez en cuando para tocar la tierra y buscar el calor corporal de los gnomos, que no había desaparecido; la magia de la que se servía le surgía en el pecho en forma de cintas pequeñas y ligeras que le flotaban hacia las yemas de los dedos.

Entonces, aminoró el paso y se detuvo: había percibido algo nuevo. Se quedó completamente quieto, aguardando. Una sensación fría le atenazó las entrañas, el aviso inequívoco de qué era aquello que había notado, de qué era lo que se estaba acercando. Al cabo de un momento apareció sobre el cielo que le cubría la cabeza, apenas visible entre las ramas de los árboles: era un cazador alado, un Portador de la Calavera, un siervo del Señor de los Brujos. Volaba alto y despacio y se recortaba contra el negro aterciopelado de la noche; iba de caza, pero no de algo en particular. Tay no se movió del sitio, reprimió el instinto natural de salir corriendo y se obligó a calmarse para que

la criatura no pudiera detectarlo. El Portador de la Calavera planeó en círculos y volvió, una forma alada que flotaba entre las estrellas. Tay ralentizó la respiración, los latidos del corazón y el pulso. Se desvaneció en la quietud oscura de la foresta.

Finalmente, la criatura continuó su camino y voló hacia el norte. Tay supuso que iba a unirse al grupo del que estaba al mando. No era una buena señal que los acólitos del Señor de los Brujos se pasearan por un territorio tan al sur y rondaran los límites del reino de los elfos. Aquello reforzaba la hipótesis de que los druidas ya no representaban una amenaza para ellos. Era un señal de que la invasión, prevista hacía tanto por parte del Señor de los Brujos, era inminente.

Tay inspiró hondo y contuvo el aliento. ¿Y si Bremen se había equivocado y el ataque no se produciría contra los enanos, sino contra los elfos?

Dio vueltas a esta posibilidad al reanudar la marcha, mientras buscaba aun algún rastro de los gnomos. Los encontró al cabo de veinte minutos: habían acampado en la periferia del bosque de Drey. No habían encendido ninguna fogata y habían apostado centinelas cada pocos pasos. El Portador de la Calavera se dedicaba a sobrevolarlos. Era un grupo de asalto de algún tipo, pero Tay era incapaz de imaginarse tras qué iban. No había demasiado que pudieran asaltar tan cerca de las llanuras con la sola excepción de algunas haciendas aisladas, y dudaba que los intrusos estuvieran demasiado interesado en atacarlas. Con todo, no era nada halagüeño encontrar gnomos de las Tierras del Este, y aún menos un Portador de la Calavera tan al oeste, tan cerca de Arborlon. Avanzó con sigilo hasta que pudo distinguirlos con claridad, los observó un rato para ver si era capaz de detectar algo y, al no poder notar nada, contó de cabeza cuidadosamente y se retiró en silencio de nuevo. Deshizo sus pasos hasta recorrer una distancia prudencial, encontró un abetal aislado, se metió a gatas debajo del refugio que le ofrecían las ramas y se durmió.

Cuando despertó por la mañana los gnomos ya no estaban. Inspeccionó con cuidado el terreno desde su escondite y luego salió y se dirigió hacia el campamento. Las huellas indicaban que se habían dirigido hacia el oeste y se habían adentrado en el bosque de Drey. El Portador de la Calavera se había ido con ellos.

Se debatió entre seguirlos o no, y finalmente optó por la segunda. Ya tenía suficientes cosas de las que ocuparse como para añadir otra más. Además, donde había un grupo de asalto sin duda habría más, y era más importante avisar a los elfos de su presencia lo antes posible.

Así las cosas, Tay prosiguió su camino hacia el norte sin salir de la espesura, con zancadas largas que acortaban rápidamente la distancia. Todavía no era mediodía cuando llegó al Valle de Rhenn y siguió hacia el oeste a través del corredor largo y ancho que allí se abría. El Rhenn era la puerta de entrada a Arborlon y las Tierras del Oeste. Al otro lado del valle, los elfos vigilaban. La parte oriental era tentadora: la planicie se extendía flanqueada por dos grupos de estribaciones bajas. No obstante, el valle se estrechaba de pronto, la tierra se elevaba en una cuesta empinada y las colinas se alzaban hasta convertirse en riscos abruptos. Cuando llegabas al otro lado, te encontrabas de frente ante las fauces de una mandíbula de roca. El Valle de Rhenn proveía a los elfos de una posición defensiva natural ante cualquier ejército que se aproximara desde el este, porque la foresta era espesa y el terreno montañoso descendía desde el norte y se elevaba desde el sur, y el Rhenn era el único modo de entrar o salir de las Tierras del Oeste para un ejército de cualquier envergadura.

Siempre había guardas, claro, y Tay sabía que saldrían a su encuentro. No tuvo que esperar demasiado. Apenas había llegado a la mitad del verde corredor que atravesaba el valle cuando elfos montados a caballo emergieron del paso que había ante él para abordarlo con un gran estrépito; cuando le vieron, tiraron de las riendas y chillaron al reconocerlo. Los jinetes le brindaron una calurosa bienvenida. Le ofrecieron un caballo y lo acompañaron por el paso hasta el campamento elfo, donde el comandante de la guardia mandó un mensajero para que avisara de que Tay iba camino de Arborlon. Este le habló al comandante del grupo de asalto que había visto, mencionó a los gnomos pero no al Portador de la Calavera; prefería reservar ese detalle para Ballindarroch. El comandante no había recibido ningún informe sobre gnomos por esos lares y no tardó ni un segundo en enviar una partida de jinetes hacia el sur para que reconociera el terreno. Entonces, el comandante ordenó que alguien trajera comida y bebida para Tay, se sentó con él mientras este comía y respondió todas las preguntas que Tay le hizo sobre Arborlon, poniéndole al día de los acontecimientos que habían tenido lugar.

La charla fue trivial y pasó con rapidez. Circulaban rumores sobre desplazamientos de los trolls en Streleheim, pero no se sabía nada concreto. Tan al sur nadie había visto nada. Tay evitó mencionar cualquier cosa que estuviera relacionada con el Señor de los Brujos o Paranor. Cuando hubo terminado la comida, pidió seguir su camino. El comandante le proporcionó

un caballo y una escolta de dos hombres. Tay aceptó el primero, rechazó lo segundo y prosiguió la marcha de nuevo.

Cabalgó desde el valle hasta Arborlon, sumido en sus pensamientos. Solo llegaban rumores, no se había visto nada. Espíritus y sombras. El Señor de los Brujos era tan escurridizo como el humo. Sin embargo, Tay había visto al Portador de la Calavera y los gnomos, y Bremen había visto al Señor de los Brujos en su guarida en las Tierras del Norte, donde al anciano le pareció bastante real. El druida parecía convencido de lo que iba a ocurrir, de modo que ahora dependía de Tay encontrar un modo de convencer a los elfos de que la amenaza era real.

El camino que recorría se desviaba a través de los bosques de las Tierras del Oeste con una precisión serpentina: rodeaba las arboledas pobladas y centenarias, avanzaba al lado de pequeños lagos y arroyos sinuosos y se elevaba y descendía con los desniveles de la misma tierra. Los rayos de sol moteaban la foresta, llenaban de vetas los troncos altos y los corrillos de flores silvestres como dedos de luz, largos y delgados, que acariciaban las sombras. Como si fueran estandartes y banderines, le daban la bienvenida a casa de nuevo. Por toda respuesta, el elfo se quitó la capa y sintió cómo el sol le caía sobre la espalda ancha como un mantel cálido.

Tropezó con otros viajeros por la calzada, hombres y mujeres que viajaban entre aldeas y casas, comerciantes y artesanos con rumbo a nuevos trabajos en otros lugares. Algunos lo saludaban con la cabeza o con un gesto; otros se limitaron a pasar por su lado. Sin embargo, todos eran elfos, y hacía mucho tiempo que Tay no había estado en un lugar donde toda la gente fuera de su misma raza. Se le antojaba extraño que hubiera tantos como él y ninguno diferente. Llegó a las inmediaciones de Arborlon durante las horas lánguidas y sosegadas de media tarde; el calor de ese día de finales de primavera apretaba, sobreponiéndose incluso al frescor del bosque. Estaba empezando a escalar una pequeña colina cuando un jinete apareció ante él. El recién llegado surgió del resplandor que había en la cima del montículo y se lanzó hacia él al galope, con el pelo al viento y la capa agitándose con violencia. Lo saludó enérgicamente con la mano, acompañando ese gesto con un grito de bienvenida y una carcajada que rompieron el silencio. Tay lo reconoció al instante. Se le dibujó una ancha sonrisa en la cara y le devolvió el saludo con entusiasmo al mismo tiempo que espoleaba su montura. Los dos se encontraron mientras una nube de polvo se arremolinaba a su alrededor, tiraron de las riendas, se bajaron de un salto y corrieron a abrazarse.

—¡Pero si es Tay Trefenwyd en carne y hueso!

El recién llegado estrechó entre los brazos al elfo desgarrado y alto y lo alzó como si fuera un niño, le dio una vuelta y luego lo dejó de nuevo en el suelo con un gruñido.

—¡Diantres! —bramó—. ¡No debes de haber hecho otra cosa que comer mientras has estado fuera! ¡Pesas tanto como un caballo!

Tay estrechó con fuerza la mano de su mejor amigo.

—¡No es que yo ahora pese más! ¡Es que tú has perdido fuerza, haragán!

El otro le apretó la mano como respuesta.

—Bienvenido a casa. ¡Te he echado de menos!

Tay retrocedió unos pasos para poder dedicarle un buen vistazo. Igual que con aquellos que había dejado en Arborlon, habían pasado cinco años desde la última vez que había visto a Jerle Shannara. Tay se figuraba que era a quien había echado más de menos, incluso más que a los miembros de su familia, porque era su mejor amigo, un compañero leal con el que había crecido en las Tierras del Oeste, la única persona a quien podía confiárselo todo, incluso su vida. El lazo que los unía se había formado pronto y había sobrevivido durante los años que habían pasado separados, mientras Tay había estado en Paranor y Jerle se había quedado allí. Al ser el primo hermano de Courtann Ballindarroch, debía servir al trono desde el día en que nació.

Jerle Shannara había nacido para ser un guerrero. Poseía un físico imponente para ser un elfo, era corpulento y tenía unos brazos y piernas musculados, unos reflejos rápidos como un gato que contradecían sus dimensiones y el instinto de un luchador. Habían comenzado a entrenarlo en el uso de distintas armas casi desde el día en que había sido capaz de caminar, y él se había enamorado del combate, embelesado por la excitación y el desafío que suponía la batalla. Con todo, Jerle Shannara era mucho más que fuerza y corpulencia. Era ágil y astuto; un adversario implacable. Tenía una ética de trabajo prodigiosa. Nunca esperaba menos de sí mismo que lo mejor que era capaz de ofrecer, no importaba la trascendencia de la tarea, no importaba si había testigos o no. No obstante, por encima de todo, Jerle Shannara no temía nada. Tal vez lo llevaba en la sangre o quizá era porque lo habían educado así, o puede que un poco de ambas, pero Tay nunca había visto u oído que su amigo se echase atrás ante nada.

Hacían una pareja extraña, reflexionó este. Tenían una altura y una apariencia semejante: ambos eran más altos que la media, rubios, de extremidades largas, y sus familias los habían criado depositando muchas esperanzas en su futuro. Con todo, eran como la noche y el día. Tay era una persona de trato fácil y el que mediaba en situaciones peliagudas; Jerle tenía

un temperamento impetuoso y pendenciero y su terquedad era desesperante, puesto que no daba el brazo a torcer en ninguna disputa. Tay era intelectual, lo intrigaban las preguntas de respuesta complicada y los rompecabezas enrevesados que lo confundían y le suponían un reto; Jerle era más físico, prefería el desafío que comportaban los deportes y el combate, donde dependía de una reacción rápida y de su propia intuición. Tay siempre había sabido que quería viajar y estudiar con los druidas de Paranor; Jerle siempre había sabido que quería convertirse en el capitán de la Guardia Real, el cuerpo de élite de elfos cazadores que protegían al rey y a la familia real. Eran dos personalidades distintas con diferentes intenciones y objetivos y, sin embargo, algo de quiénes y de cómo eran los había unido de forma irrevocable, como los lazos de sangre o los dictámenes de la fortuna.

—Bien, has regresado —anunció Jerle mientras soltaba a Tay y se alejaba. Se atusó los rizos dorados con la manaza que tenía y le brindó una sonrisa desenfadada a su amigo—. ¿Por fin has entrado en razón? ¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—Lo desconozco, pero no voy a volver a Paranor. Las cosas han cambiado.

A Jerle se le borró la sonrisa.

—¿De veras? Cuéntame.

—Todo a su debido tiempo. Pero deja que lo haga a mi manera. He venido con un propósito concreto, Bremen me envía.

—En tal caso, debe de ser grave. —Jerle conocía al druida de la época en que Bremen había estado en Arborlon. Hizo una pausa—. ¿Está relacionado con la criatura a la que denominan el Señor de los Brujos?

—Siempre has tenido una mente ágil. Sí, así es. Sus ejércitos marchan hacia el sur para atacar a los enanos. ¿Lo sabías?

—Circulan rumores sobre que los trolls se están desplazando. Creíamos que tal vez se dirigirían hacia el oeste, para atacarnos a nosotros.

—Primero atacarán a los enanos, luego a vosotros. Bremen me ha mandado para que convenza a Courtann Ballindarroch de enviar a los elfos para ofrecerles su apoyo. Preveo que voy a necesitar ayuda para conseguirlo.

Jerle Shannara agarró las riendas de su caballo.

—Salgamos de en medio del camino y sentémonos a la sombra para hablar. ¿Te importa si nos demoramos en nuestro viaje a la ciudad?

—Prefiero hablar contigo a solas primero.

—Bien. Por cierto, cada vez que te veo te pareces más a tu hermana. —Dirigieron a las monturas hacia los árboles y las ataron a un fresno delgado—.

Y que sepas que es un cumplido.

—Ya lo sé —sonrió Tay—. ¿Cómo se encuentra?

—Contenta, acomodada y satisfecha con su familia. —Jerle le dedicó una mirada nostálgica—. Al fin y al cabo, le ha ido muy bien sin mí.

—Kira no estaba destinada a ser tu compañera, y lo sabes tan bien como yo. Mira la vida que llevas. ¿Qué harías en la suya? ¿Qué haría ella en la tuya? Lo único que tenéis en común es vuestra infancia.

Jerle resopló.

—También se podría decir eso de nosotros y, sin embargo, seguimos tan amigos como siempre.

—Amigos no significa casados. Y con nosotros es diferente.

Tay se acomodó sobre la hierba y se cruzó de piernas. Jerle se agachó sobre un tocón, erosionado por el paso del tiempo y la intemperie, y bajó los ojos hacia las botas que llevaba, como si no las hubiese visto nunca. Tenía las manos, morenas por el sol, llenas de un entramado de cicatrices blancas, pequeños cortes rojos y arañazos. Tay era incapaz de recordar un momento en que no las hubiera tenido así.

—¿Todavía eres el capitán de la Guardia Real? —le preguntó a su amigo.

Jerle sacudió la cabeza.

—Ahora se me considera demasiado importante para ese cargo. Soy el consejero principal de Courtann en materia militar. Soy su general *de facto* y me dedico a cuestionar al resto de generales de verdad. Tampoco es que sea un cargo importante en estos momentos, ya que no estamos en guerra con nadie. Sin embargo, supongo que esto puede cambiar de un momento a otro, ¿verdad?

—Bremen cree que el Señor de los Brujos tratará de someter a todas las razas, empezando con los enanos y siguiendo con el resto. El ejército de trolls es fuerte y poderoso. Si las razas no aúnan fuerzas para hacerle frente, las aplastará una por una.

—Pero los druidas no permitirán que eso ocurra. Aunque ahora hayan quedado desfasados, sin ánimo de ofender, Tay; no se quedarán de brazos cruzados si esto llega a ocurrir.

—Bremen cree que Paranor ha caído y que los druidas han sido aniquilados.

Jerle Shannara se irguió levemente y apretó los labios al oír las nuevas.

—¿Y cuándo ha ocurrido? No nos ha llegado nada sobre eso.

—Hará un día o dos como mucho. Bremen ha vuelto a Paranor para confirmarlo, pero a mí me mandó antes a Arborlon, de modo que no lo sé con

seguridad. Me ayudaría si pudieras enviar a alguien para comprobar si es verdad antes de que hable con el rey. Alguien digno de confianza.

—Cuenta conmigo. —El otro elfo sacudió la cabeza despacio—. ¿Todos los druidas han sido aniquilados? ¿Todos?

—Todos menos Bremen, un enano llamado Risca, yo mismo y una muchacha de Storlock que todavía es aprendiz. Partimos todos juntos de Paranor antes del ataque. Tal vez alguien más consiguió escapar.

Jerle lo miró con perspicacia.

—¿De modo que has venido a avisarnos, a contarnos la caída de Paranor y a pedirnos ayuda para combatir al Señor de los Brujos y el ejército de trolls?

—Y para otra cosa más. Otra cosa muy importante. Y con esta necesito tu ayuda desesperadamente, Jerle. Hay una piedra élfica negra, una magia con un enorme poder. Esta piedra élfica es más peligrosa que cualquier otra y lleva escondida en la Línea Quebrada desde los viejos tiempos del reino de la magia. Bremen ha descubierto pistas acerca de su paradero, pero el Señor de los Brujos y sus criaturas también la están buscando. Debemos encontrarla primero. Pretendo solicitarle al rey que organice una expedición. Pero tal vez estaría más inclinado a acceder ante tal petición si se lo plantearas tú.

Jerle se echó a reír, una carcajada enorme y retumbante.

—¿Eso crees? ¿Que yo te puedo ayudar? ¡Yo no me dejaría ver demasiado cerca de mí si fuera tú! ¡He ofendido a Courtann un par de veces recientemente y dudo que ahora me tenga en demasiada alta estima! Es cierto que aprecia mi consejo sobre movimientos de tropas y estrategias de defensa, pero es lo único que quiere de mí ahora. —Su risa se esfumó y se secó los ojos—. Ah, bien, haré lo que pueda. —Soltó otra carcajada—. De pronto, haces que la vida sea interesante, Tay. Siempre lo has hecho.

Tay sonrió.

—La vida es por sí misma interesante. Del mismo modo que tú, yo solo me dejo llevar.

Jerle Shannara alargó el brazo, se estrecharon las manos de nuevo y sostuvieron el apretón firme durante un rato. Tay notaba la gran fuerza que tenía el otro y tuvo la sensación de que podía extraer un poco de la suya.

Sin soltarse aún, este se alzó y tiró de él para que se levantara.

—Será mejor que empecemos, pues —recomendó.

El otro elfo asintió y la sonrisa que le brindó era descarada, rezumaba seguridad en sí mismo y malicia.

—Tú y yo, Tay —dijo—. Los dos, como en los viejos tiempos. Será divertido.

Claro que él se refería a otra cosa muy distinta, pero Tay Trefenwyd supuso que había comprendido la situación.

9

Al llegar a Arborlon, Tay visitó a su familia y a sus amigos mientras aguardaba, impaciente, a que Jerle Shannara le confirmase que Paranor y los druidas habían caído. Su amigo le había asegurado antes de partir que mandaría a alguien de inmediato para confirmar si las sospechas de Bremen eran fundadas. Cuando eso estuviera hecho, se concertaría una reunión con el rey elfo, Courtann Ballindarroch, y el Consejo Supremo Elfo. Tay tendría la oportunidad de hacer su petición de ayuda para los enanos y para la búsqueda de la piedra élfica negra. Jerle le había prometido que lo apoyaría. Por el momento, sin embargo, ninguno de los dos haría o diría nada más sobre ese tema.

No obstante, a Tay le costó mucho. Recordaba perfectamente el apremio con el que Bremen lo había exhortado a conseguir la ayuda de Ballindarroch. Oía la voz del anciano como un susurro cuando los zapatos rozaban piedras sueltas; cuando percibía la voz de extraños a los que no veía e incluso cuando dormía, en sueños. Con todo, Bremen no apareció ni mandó nuevas de ningún tipo, y Tay era consciente de que no ganaría nada si lo contaba antes de recibir noticias de las condiciones en las que se encontraba Paranor. Pronto recibió un comunicado formal en el que se le transmitía el placer que le producía a Ballindarroch saber que había regresado, pero no iba acompañado de ninguna convocatoria de reunión con el rey o el Consejo Supremo. Para todos, excepto para Jerle Shannara, la llegada de Tay a Arborlon se trataba solamente de una visita a su familia y amigos.

Tay pasó la noche en casa de sus padres, que habían envejecido y estaban preocupados por el paso de los días y el bienestar de sus hijos. Ambos se interesaron por la vida que el elfo llevaba en Paranor, pero se cansaban con facilidad y no insistían para que les diera más detalles cuando les respondía. No sabían nada de los Portadores de la Calavera ni del Señor de los Brujos. Y

del ejército troll solo habían oído rumores. Vivían en una cabaña en la linde de los Jardines de la Vida, en el Carolan, y se pasaban el día ocupándose del jardincito que tenían dedicándole su tiempo, cada uno, a sus aficiones: su padre, a la serigrafía; su madre, a tejer. Hablaron con Tay mientras trabajaban, se iban turnando las preguntas que le hacían, absortos en sus tareas, mientras le escuchaban a medias. Tay los contempló: pequeños y delicados, se iban apagando poco a poco; le recordaron la fragilidad de su propia vida, algo que él siempre había asumido como sólido hasta hacía bien poco.

El hermano de Tay y su familia vivían en el Sarandanon, varias millas hacia el suroeste, de modo que Tay averiguó lo que pudo sobre ellos gracias a sus padres. Nunca había tenido una relación estrecha con su hermano y no lo había visto desde hacía más de ocho años, pero escuchó diligentemente a sus padres y le alegró de saber de que le iba bien la labranza.

Su hermana Kira ya era harina de otro costal. Vivía en Arborlon, y fue a visitarla el primer día que llegó. La encontró forcejeando para vestir a su hijo más pequeño; todavía tenía un rostro joven y lozano, una energía inagotable y la sonrisa tan cálida y dichosa como el canto de un ave. Se acercó a él con una risa que le daba la bienvenida, se le lanzó a los brazos y lo abrazó hasta tal punto que Tay creyó que iba a estallar. Lo arrastró hasta la cocina y le ofreció cerveza fría, lo hizo sentarse en un viejo banco con pies de caballete y lo acribilló a preguntas sobre su vida mientras le contaba la suya, todo de golpe. Compartieron las preocupaciones que los acosaban a ambos sobre sus padres e intercambiaron anécdotas de su infancia. Antes de que se dieran cuenta, había anochecido. Se volvieron a ver al día siguiente y, junto con el esposo de Kira y sus hijos, fueron al bosque que se extendía a ambas riberas del arroyo Cantarín a comer. La única vez que Kira mencionó a Jerle Shannara fue para preguntarle si ya lo había visto. Las horas pasaron y Tay casi fue capaz de olvidarse de que había venido por otra razón. Los niños jugaron con él hasta que se cansaron y se sentaron en la ribera para chapotear con los pies en las frías aguas mientras él hablaba con los padres de las criaturas sobre la manera en la que estaba cambiando el mundo. Su cuñado hacía artículos de cuero y comerciaba con regularidad con las demás razas. Sin embargo, ya no mandaba su mercancía hacia las Tierras del Norte porque ahora las naciones habían sido subyugadas y se habían unido en una sola. Circulaban rumores, le contó este, de criaturas malignas; monstruos alados y sombras tenebrosas, bestias que atacaban con fiereza a humanos y elfos por igual. Tay le escuchó mientras asentía con la cabeza y declaró que él también había oído esos

rumores. Trató de no mirar a Kira cuando lo dijo, de no dejarle ver lo que reflejaban sus ojos.

También visitó a viejos amigos, algunos de los cuales apenas habían envejecido desde la última vez que los había visto. Con algunos había tenido una relación muy estrecha, pero sus caminos se habían separado y alejado demasiado como para volver atrás. O tal vez era él el que había ido demasiado lejos. Ahora se le antojaban desconocidos, no en el físico o en la voz, que aún le parecían familiares, sino en las elecciones que habían ido tomando desde que sus vidas habían comenzado a cobrar forma. Lo único que compartió con ellos fueron recuerdos de lo que otrora habían compartido. Era triste, pero no le sorprendía. El tiempo se llevaba los compromisos y aflojaba los lazos. Las amistades se veían reducidas a cuentos del pasado y vagas promesas de futuro, y no había ninguna que fuera lo suficientemente sólida como para recuperar lo que se había perdido. Con todo, era obra de la vida: conducía a cada cual por distintas sendas hasta que un día uno se daba cuenta de que avanzaba solo.

Arborlon también se le antojaba desconocido, aunque no del modo en el que se había esperado. Su apariencia seguía siendo la misma: un pueblo transformado en ciudad llena de alboroto y expectativas, y que se había convertido en el punto neurálgico de las Tierras del Oeste. Tras veinte años de crecimiento continuo, se había convertido en la ciudad más grande e importante de la mitad septentrional del mundo conocido. El término de la Primera Guerra de las Razas había alterado sin remedio el papel que el pueblo elfo desempeñaba en el desarrollo de las Cuatro Tierras y, tras la decadencia de la influencia universal de las Tierras del Sur, Arborlon y los elfos habían ido adquiriendo cada vez más importancia. Si bien la ciudad y sus alrededores le eran familiares, incluso tras una larga ausencia y pocas visitas, no podía deshacerse de la sensación de que ese ya no era su lugar. Ahora ya no era su casa, había dejado de serlo hacía casi quince años y ya era demasiado tarde para cambiarlo. Incluso si Paranor había sido destruido y los druidas aniquilados, no estaba seguro de que algún día pudiera volver a Arborlon. Formaba parte de su pasado y, de algún modo, él había evolucionado y lo había dejado atrás. Aquí era un forastero, por mucho que se esforzara en convencerse de lo contrario, y se sentía extraño al tratar de volver a encajar.

Con qué rapidez se escurre todo cuando no prestabas atención, pensó más de una vez durante los primeros días. Con qué rapidez te cambiaba la vida.

Durante las últimas horas de la tarde del cuarto día que llevaba allí, Jerle Shannara fue a su encuentro acompañado de Preia Starle. Tay no había visto a

Preia todavía, a pesar de que había pensado en ella muchas veces. Era la mujer más asombrosa que había conocido nunca y, de lejos, si esta hubiese estado enamorada de él en vez de estarlo de Jarle, Tay habría cambiado su vida por ella. Era preciosa, con unos rasgos pequeños y perfectos; el cabello de color canela y los ojos a juego, su piel poseía un tono de morenez que hacía que brillara como la superficie del agua al alba y todo eso complementado por un cuerpo que se curvaba y fluía con la gracia y la agilidad de una gata. Así era Preia a primera vista, pero eso no manifestaba ni un ápice de su esencia. Preia era una guerrera tan buen como Jerle; se había formado como Rastreadora y era la persona más diestra que Tay había conocido en esos menesteres; implacable, constante y tan inevitable como la salida del sol. Era capaz de seguir la pista de un hurón en un pantano, de decirte la medida, la cantidad y el sexo de un rebaño de cabras que cruzaban un peñasco, de vivir en medio de la naturaleza durante semanas solo a base de lo que fuera capaz de encontrar. No se dignaba a seguir el mismo camino que la mayoría de elfas escogían, prefería renunciar a las comodidades que una casa podía ofrecer y a la compañía de un marido e hijos. Preia se había desvinculado de todo aquello. Estaba contenta con la vida que llevaba, le había dicho un día a Tay. Aquellas cosas le llegarían cuando Jerle estuviera preparado. Hasta entonces, iba a esperar.

Jerle, por su parte, estaba satisfecho dejándola hacer. Este tenía sentimientos contradictorios por ella, pensó Tay. El primero la quería a su manera, pero Kira había sido su primer amor y la mujer a la que había amado durante toda su vida, y ahora todavía era incapaz de olvidarla, incluso tras todos esos años. Preia debía de saberlo (era demasiado lista como para no verlo), pero nunca había dicho nada. Tay había esperado que la relación entre ellos dos hubiera cambiado desde la última vez que los había visto pero, al parecer, no había sido así. Jerle no había mencionado a Preia cuando había hablado con él. La mujer todavía se encontraba al otro lado de las puertas de la fortaleza de autosuficiencia e independencia que Jerle Shannara había erigido a su alrededor, esperando a que la dejara entrar.

Se acercó a Tay con una sonrisa cuando este alzó la mirada de los mapas de las Tierras del Oeste que estaba estudiando en una mesita que había en el jardín de sus padres. Él se irguió para salir a su encuentro y se le hizo un nudo en la garganta solo de verla. Se inclinó hacia adelante para que ella le diera un abrazo de bienvenida y un beso.

—Tienes buen aspecto, Tay —lo saludó y retrocedió para contemplarlo más de cerca mientras posaba con suavidad sus manos en sus brazos.

—Y, aún mejor, ahora que te veo —replicó él y se sorprendió ante el descaro de su propia respuesta.

Preia y Jerle lo sacaron de la casa y lo guiaron hasta el Carolan, donde podrían hablar en privado. Se sentaron en la linde de los Jardines de la Vida, de cara al risco y a las cimas de los altos árboles que había al otro lado del arroyo Cantarín. Jerle había escogido un banco en concreto que les permitía mirarse unos a otros y aislarse de la distracción que suponían los que por allí caminaban. Casi no había mediado palabra desde que había venido a buscar a Tay; tenía una mirada distante y preocupada y clavó los ojos en el rostro de Tay por primera vez cuando se hubieron sentado.

—Bremen tenía razón —dijo—. Paranor ha caído. Todos los druidas que estaban allí han muerto. Si algunos consiguieron escapar, además de aquellos que partieron contigo, están escondidos.

Tay mantuvo la mirada fija en él y dejó que la gravedad de su anuncio le pesara en el estómago. Entonces, contempló a Preia. Su expresión no reflejaba sorpresa. Ya lo sabía.

—¿Has mandado a Preia a Paranor? —preguntó enseguida al darse cuenta de la razón por la que ella estaba allí.

—¿A quién, si no? —contestó Jerle con toda naturalidad.

Tenía razón, Tay le había pedido que enviara a alguien digno de confianza y no había otra persona más digna de confianza que Preia. Sin embargo, era un cometido peligroso, lleno de amenazas para su integridad personal, y Tay habría elegido a cualquier otro. Se dio cuenta de que eso ponía de relieve la diferencia de sus sentimientos hacia Preia; aunque esa diferencia tampoco hacía que los de Jerle fueran los más nobles.

—Cuéntale lo que viste —la instó Jerle en voz baja.

Ella se giró para quedar frente a Tay, sus ojos cobrizos reflejaban ternura y tranquilidad.

—Crucé Streleheim sin ningún incidente. Había trolls, pero ni rastro de los gnomos ni del Portador de la Calavera que viste. Me adentré en los Dientes del Dragón al alba del segundo día y me dirigí directamente hacia la Fortaleza. Me encontré el portón abierto y ni rastro de vida. Entré sin que nadie me lo impidiera. Todos los guardias habían sido masacrados, algunos por herida de arma; otros, de garras y dientes, como si los hubieran atacado animales. Los druidas también estaban desparramados junto con los guardas, todos muertos. Algunos habían caído luchando. A otros los habían sacado a rastras de la sala de la Asamblea y los habían llevado a las bodegas, donde los habían emparedado. Pude seguirles la pista y encontrar las tumbas.

Hizo una pausa al ver la expresión de horror y de tristeza que reflejaba la mirada de Tay mientras recordaba a aquellos a quienes había dejado allí. Una mano de dedos delgados se cerró sobre la suya.

—Vi indicios de una segunda contienda, una que se había librado en las escaleras que suben desde la entrada principal. Era más reciente, unos cuantos días después de la primera. En esta perecieron varias criaturas, cosas que fui incapaz de identificar. Se usó magia, y toda la escalera estaba calcinada, como si el fuego la hubiese limpiado y solo hubiera dejado las cenizas de los muertos.

—¿Bremen? —preguntó Tay.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. Tal vez. —Le apretó la mano con fuerza—. Tay, lo siento mucho.

Este asintió.

—Aunque estos días ya lo sabía, aunque me he preparado mentalmente para aceptarlo, todavía es difícil oírte decirlo. Todos muertos. Todos aquellos con los que trabajé y viví durante tantos años. Y tal vez incluso Bremen. Me hace sentir vacío.

—A ver, ahora ya ha pasado y no se le puede hacer nada. —Jerle ya estaba listo para afrontar el siguiente desafío. Se alzó—. Debemos hablar con el Consejo ahora. Me dirigiré a Ballindarroch para concertar una audiencia. Tal vez haga un poco de aspavientos, pero conseguiremos que nos escuche. Mientras tanto, Preia puede terminar de contarte lo que sea que quieras saber. Sé fuerte, Tay. Al final, ajustaremos las cuentas.

Se marchó con grandes zancadas sin volver la vista atrás: actuar siempre lo ayudaba a encontrar un propósito. Tay observó cómo se alejaba y, entonces, volvió la mirada hacia Preia.

—¿Cómo has estado?

—Bien. —Lo contempló con aire socarrón—. Te ha sorprendido que fuera yo la que ha ido a Paranor, ¿no es cierto?

—Sí. Ha sido una reacción egoísta.

—Pero ha sido agradable. —Preia sonrió—. Me gusta que estés en casa, Tay. He echado de menos tu compañía. Siempre es muy interesante hablar contigo.

Él estiró las piernas y dirigió la mirada hacia el Carolan, donde un destacamento de la Guardia Negra avanzaba hacia los Jardines.

—Ahora lo es menos, me temo. Ya no sé qué decir. Tan solo hace cuatro días que he llegado y ya estoy pensando en volver a partir. Me siento

desarraigado.

—A ver, has estado fuera durante mucho tiempo. Todo se te debe de antojar extraño.

—No creo que este sea mi lugar ya, Preia. Puede que ya no tenga un lugar, ahora que Paranor no existe.

Ella rio con suavidad.

—Entiendo lo que quieres decir. El único que nunca ha sufrido ese tipo de dudas es Jerle, y porque no se lo permite. Siente como suyo el lugar que quiere sentir como suyo; se obliga a encajar. Yo soy incapaz de hacerlo.

Se hizo el silencio por un momento. Tay se esforzó por no mirarla.

—Irás hacia el oeste dentro de unos días, cuando el rey te dé permiso para buscar la piedra —dijo ella al final—. Tal vez te sientas mejor entonces.

Él sonrió.

—Jerle te lo ha contado.

—Jerle me lo cuenta todo. Soy su compañera de vida, aunque él no lo reconozca.

—Es un necio por no hacerlo.

Ella asintió con aire ausente.

—Voy a ir con vosotros cuando os vayáis.

Ahora sí que la miró de hito en hito.

—No.

La elfa sonrió, disfrutando al ver su inquietud.

—No puedes prohibírmelo, Tay. Nadie puede. No lo voy a permitir.

—Preia...

—Será demasiado peligroso, será un viaje demasiado arduo, será tal y será cual. —Suspiró, pero no parecía una queja—. Ya me lo han dicho antes, Tay, aunque nunca ha sido alguien que se preocupe tanto por mí como haces tú. —Le sostuvo la mirada—. Y voy a acompañaros.

Tay sacudió la cabeza, admirado, y se le dibujó una sonrisa en los labios aunque trató de reprimirla.

—Claro. Y Jerle no pondrá objeciones, ¿verdad?

Preia le dedicó una sonrisa deslumbrante; tenía una expresión iluminada, llena de placer manifiesto.

—No. Todavía lo desconoce, como comprenderás, pero cuando lo sepa se encogerá de hombros, como siempre, y me dirá que adelante. —Hizo una pausa—. Acepta cómo soy mucho más de lo que lo haces tú. Me trata como a una igual. ¿Lo entiendes?

Tay cambió de posición mientras se preguntaba si lo entendía realmente.

—Creo que Jerle es afortunado al poder contar contigo —dijo él. Carraspeó—. Cuéntame algo más de lo que hallaste en Paranor, cualquier cosa que creas que pueda ser relevante, cualquier cosa que creas que pueda interesarme.

Ella encogió las piernas sobre el banco, como si quisiera resguardarse de las palabras desagradables que se veía forzada a pronunciar, y comenzó a hablar.

* * *

Cuando Preia se marchó, Tay permaneció sentado durante un rato mientras trataba de visualizar los rostros de los druidas que nunca volvería a ver. Aunque pareciera mentira, ciertos recuerdos ya comenzaban a desvanecerse. Siempre ocurría así, supuso, incluso con aquello que más importaba.

A la caída de la tarde, se alzó y caminó por las lindes del Carolan, contempló la puesta de sol que teñía el cielo de dorado y plateado al tiempo que la luz cedía el paso a la oscuridad. Esperó a que las antorchas iluminaran la ciudad que quedaba a sus espaldas y, entonces, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la casa de sus padres. Se sentía aislado, desligado. La destrucción de Paranor y la muerte de los druidas le habían cortado el ancla, lo habían dejado a la deriva. Lo único que le quedaba era cumplir con la petición de Bremen de buscar la piedra élfica negra, y estaba decidido a hacerlo. Luego, empezaría la vida de cero. Se preguntó si sería capaz de hacerlo, por dónde podría empezar.

Se estaba acercado a su destino cuando un mensajero del rey surgió de entre las sombras y le notificó que debía seguirlo de inmediato. La urgencia de la convocatoria era evidente, de modo que Tay no se opuso. Salió del sendero y siguió al mensajero de nuevo hacia el Carolan, dirección al palacio donde vivían el rey y su numerosa familia. Courtann Ballindarroch era el quinto rey de su linaje y la familia real había crecido más con cada nueva coronación. Ahora, el palacio no solo era el hogar del rey y la reina, sino también de cinco hijos y sus esposas, más de una docena de nietos y una cantidad ingente de tías, tíos y primos. Uno de ellos era Jerle Shannara, aunque este pasaba la mayor parte de su tiempo en los cuarteles de la Guardia Real, donde sin duda se sentía más a gusto.

El palacio apareció ante sus ojos, resplandeciente, recortado contra el fondo oscuro que constituían los Jardines de la Vida. Sin embargo, cuando se

acercaban a la entrada principal, el mensajero lo condujo hacia la izquierda por un sendero que conducía al casal que se erigía en una esquina del recinto. Tay echó un vistazo a la extensión de terrenos sumidos en la oscuridad, buscando a la Guardia Real que estaba de servicio. Era capaz de percibirlos, incluso de contarlos si quería mediante la magia, pero no podía ver nada. En el palacio, enmarcadas tras las ventanas iluminadas, las sombras iban y venían, como espectros sin rostro. El mensajero no demostró ningún interés por aquello y se limitó a guiarlo por delante de la residencia principal hacia el edificio que Ballindarroch había elegido para recibirlo. Tay se puso a especular sobre lo repentina que había sido la citación: ¿había sucedido algo? ¿Había ocurrido una nueva tragedia? Se obligó a no conjeturar y a esperar hasta conocer la respuesta.

El mensajero lo llevó directamente hasta la puerta principal del casal y le indicó que la cruzara. Tay entró solo, cruzó el vestíbulo y se introdujo en la sala que había más adelante, donde encontró a Jerle Shannara esperando.

Su amigo se encogió de hombros y alzó las manos con un gesto de impotencia.

—Sé tanto como tú. Se me ha convocado aquí, y aquí estoy.

—¿Le has contado al rey lo que sabemos?

—Le he contado que requerías una audiencia de inmediato con el Consejo Supremo, que tenías noticias de carácter urgente. Nada más.

Se quedaron mirándose mientras reflexionaban. Entonces, la puerta principal se abrió y Courtann Ballindarroch apareció en el umbral. Tay se preguntó de dónde habría venido: habría bajado directamente desde la residencia principal o habría estado escuchándolos al otro lado de las ventanas, en el jardín. Courtann era imprevisible. Tenía un cuerpo de una altura y complexión estándar, había llegado a la madurez de la vida con comodidad, aunque iba ligeramente encorvado, las sienes y el filo de la barba le empezaban a canear y se le comenzaban a notar arrugas profundas en el rostro y el cuello. El físico de Courtann no tenía nada de particular, era un elfo corriente. No tenía una voz de orador ni tampoco el encanto de un líder y aceptaba rápidamente la confusión cuando esta lo acosaba. Se había convertido en rey a la vieja usanza: era el mayor de los hijos del rey anterior, y ni buscaba acumular poder ni se escudaba del que ya tenía. El legado de su reinado como dirigente del pueblo elfo era su reputación de no tener un comportamiento inesperado o indignante, de no ser propenso a cambios drásticos o precipitados, de modo que la gente lo aceptaba como aceptaba a su tío favorito.

—Bienvenido a casa, Tay —lo saludó. Sonreía, relajado, y no daba la sensación de estar consternado cuando se acercó al joven y le estrechó la mano—. Se me ha ocurrido que podríamos discutir las nuevas que traes en privado antes de exponerlas ante el Consejo Supremo. —Se pasó la mano por la gruesa mata de pelo—. Prefiero reducir las sorpresas al mínimo. Y, en caso de que necesitaras un aliado, yo podría servir. No, no mires a tu confidente, no me ha dicho nada. E incluso si lo hubiera hecho, no le habría escuchado. Es muy poco fidedigno. Jerle está aquí solo porque sé que nunca habéis tenido secretos para con el otro, de modo que no tiene demasiado sentido que empezara ahora.

Les hizo señas para que se acercaran.

—Venid, sentaos aquí, en las sillas acolchadas. Tengo molestias en la espalda. Cuando tengas nietos lo entenderás. Ah, y no seáis formales. Tratémonos de tú a tú. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para ahora guardar las formas.

Era cierto, pensó Tay mientras se sentaba delante del rey y al lado de Jerle. Courtann Ballindarroch les sacaba veinte años, pero habían sido grandes amigos durante toda la vida. Jerle siempre había vivido en la corte y Tay había pasado mucho tiempo allí, de modo que había tropezado mucho con Courtann. Cuando eran niños, Courtann los llevaba a pescar y a cazar. Siempre coincidían en las ocasiones especiales y celebraciones. Tay había estado en la coronación de Courtann treinta años atrás. Los tres se conocían bien y sabían a qué atenerse cuando se trataba del otro.

—Me temo que desde el principio he albergado dudas de que hubieses venido solo a vernos —reconoció el rey y suspiró—. Siempre has tenido cometidos importantes que cumplir como para desperdiciar el tiempo con una visita de placer. Espero que no te ofenda. —Se recostó en la silla—. Bien, ¿qué nuevas nos traes? Venga, no te guardes nada.

—¡Hay tanto que contar! —replicó Tay mientras se inclinaba hacia adelante para sostener mejor la mirada del rey—. Me envía Bremen. Llegó a Paranor hará dos semanas y trató de advertir al Consejo Druida de que corrían peligro. Bremen se había adentrado en las Tierras del Norte y había podido confirmar la existencia del Señor de los Brujos. Pudo establecer que se trataba del druida rebelde Brona, que aún se mantenía con vida tras varios siglos gracias a la magia que lo había corrompido. Brona fue quien encontró la manera de unir a los trolls y someterlos para que le sirvieran como ejército. Antes de dirigirse a Paranor, Bremen había seguido el rastro de ese ejército hacia el sur y las Tierras del Este.

Hizo una pausa para elegir con cuidado las palabras:

—El Consejo Druida no quiso escucharlo. Athabasca echó a Bremen y un puñado de nosotros nos marchamos con él. Le pedimos a Caerid Lock que nos acompañara, pero lo rechazó. Se quedó para proteger a Athabasca y a los demás de sí mismos.

—Un buen hombre —observó el rey—. Muy capacitado.

—Bremen nos guio y nos dirigimos al Valle de Esquisto. Allí, en el Cuerno del Hades, Bremen habló con los espíritus de los muertos. Fui testigo de ello. Estos le informaron de diversas cuestiones. Una fue que Paranor y los druidas caerían. Otra, que el Señor de los Brujos iba a invadir las Cuatro Tierras y que se debía forjar un talismán para aniquilarlo. Y una tercera está relacionada con el paradero de una piedra élfica negra, una magia que el Señor de los Brujos está buscando, pero que nosotros debemos hallar antes que él. Cuando los espíritus de los muertos volvieron a su reino, Bremen mandó al druida Risca a prevenir a los enanos del peligro que se cierne sobre ellos. Y a mí me envió aquí, a advertirte a ti. Me ordenó que te convenciera de conducir al ejército hacia el este, a través de las tierras fronterizas, para aunar fuerzas con los enanos. Solo al combinar nuestra fuerza seremos capaces de derrota al ejército del Señor de los Brujos. También me indicó que te solicitara ayuda para emprender la búsqueda de la piedra élfica negra.

Ballindarroch había dejado de sonreír.

—Qué directo has sido —notó el rey, sin molestarse en disimular su sorpresa—. Me esperaba que abordaras el tema con más sutileza si pretendías pedirme ayuda.

Tay asintió.

—Esa era mi intención. Y lo hubiera hecho si te estuviera hablando ante el Consejo Supremo. Pero no es el caso, estoy hablando contigo en privado. Solo somos tres y, como bien has subrayado al principio, nos conocemos demasiado bien como para guardar las apariencias.

—Hay otra razón de más peso aún —terció Jerle de pronto—. Cuéntaselo, Tay.

Tay juntó las manos ante él, pero no bajó los ojos.

—He esperado hasta ahora para hablar contigo porque primero quería corroborar las sospechas de Bremen sobre la fortuna de Paranor y los druidas. Le pedí a Jerle que mandara a alguien para que comprobara qué había ocurrido, para asegurarse. Así lo hizo. Mandó a Preia Starle. Ha vuelto esta misma tarde y ha hablado conmigo. En efecto, Paranor ha caído. Todos los druidas y la guardia que los protegía están muertos. Caerid Lock nos ha

dejado. Athabasca nos ha dejado. Ya no queda nadie; nadie, Courtann, con el poder necesario para hacerle frente a Brona.

Courtann Ballindarroch se quedó mirándolo de hito en hito, en silencio. Entonces, se levantó y se encaminó hacia la ventana para contemplar la noche. Al poco rato regresó y se sentó de nuevo.

—Son nuevas perturbadoras —dijo con un hilo de voz—. Cuando has mencionado la visión de Bremen, he pensado que sería un truco, un subterfugio, algo distinto a la realidad. Cualquier otra cosa. Todos los druidas... ¿muertos, dices? ¿Cuando había tantos de los nuestros entre ellos? Si siempre han estado allí, desde que la historia tiene constancia. ¿Y ahora nos han dejado? ¿Todos? No doy crédito.

—Ah, pero nos han dejado —afirmó Jerle, que no quería que cupiera la menor duda—. Y ahora debemos actuar con rapidez para evitar que nos ocurra lo mismo.

El rey elfo se mesó la barba.

—No tan deprisa, Jerle. Primero hay estudiarlo con detenimiento. Si hago lo que Bremen pide y el ejército elfo marcha hacia el este, dejaré Arborlon y las Tierras del Oeste desprotegidas. Y esa es una medida peligrosa. Conozco la historia de la Primera Guerra de las Razas lo bastante bien como para evitar cometer los mismos errores. Debemos actuar con prudencia.

—¡La prudencia invita a la demora y no tenemos tiempo para eso! —saltó Jerle.

El rey le clavó una mirada glacial.

—No me presiones, primo.

Tay no podía permitirse que a esas alturas se pusieran a discutir.

—Lo que tú propongas, Courtann —intercedió con rapidez.

El rey fijó la vista en él. Se levantó y se dirigió a la ventana de nuevo, donde se quedó de pie, de espaldas a ellos. Jerle le echó un vistazo a Tay, pero este lo ignoró. Ahora ya era un asunto entre el rey y él. Esperó a que Courtann se volviera de nuevo, a que cruzara la estancia y se volviera a sentar ante ellos.

—Me creo todo lo que me has contado, Tay, y me has convencido, así que te pido que no consideres mi respuesta una contradicción. Confío plenamente en la palabra de Bremen. Si él dice que el Señor de los Brujos está vivo y se trata del druida rebelde Brona, es que debe de serlo. Si él afirma que la magia de las tierras está siendo sometida al servicio del mal, es que debe de ser cierto. Pero yo he estudiado la historia y sé que Brona nunca ha sido un necio, por lo que no debemos asumir que actuará como esperamos. Seguro que es

consciente de que Bremen, si es que está vivo, va a tratar de detenerlo. Tiene ojos y oídos por doquier. Puede que sepa lo que vamos a hacer, incluso antes de que lo pensemos. Debemos estar seguros de lo que necesitamos antes de actuar.

Se produjo un silencio mientras Tay y Jerle asimilaban las palabras.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —preguntó Tay, al final.

Courtann le brindó una sonrisa paternal.

—Os llevaré ante el Consejo Supremo y os ofreceré todo mi apoyo, claro. Debemos hacer ver al Consejo la necesidad de actuar en base a las nuevas que traéis. No debería ser muy complicado. Haber perdido Paranor y a los druidas será suficiente para convencerlos, creo. Tu petición de ir a buscar la piedra élfica negra se aprobará enseguida, supongo. No hay ninguna razón para retrasarlo. Por supuesto tu sombra, es decir, mi primo, insistirá en acompañarte y, como ya debes de sospechar, prefiero que lo haga.

Se levantó, y los otros hicieron lo propio.

—Y en lo que respecta a tu segunda petición, que nuestro ejército marche al este para ayudar a los enanos, debo contemplarlo un tiempo más. Enviaré una avanzadilla para que descubra lo que pueda sobre la posición del Señor de los Brujos en las Cuatro Tierras. Cuando reciba sus informes, y después de haberle dado unas cuantas vueltas a la cuestión y de que el Consejo Supremo haya tenido tiempo de debatirlo, se tomará una decisión.

Hizo una pausa, esperando la reacción de Tay.

—Os estoy agradecido, milord —se apresuró a reconocer Tay. A decir verdad, era más de lo que se esperaba.

—Demuéstramelo con un buen razonamiento ante el Consejo. —El rey descansó una mano sobre el hombro de Tay—. Nos están esperando en la Asamblea. Querrán saber que el tiempo para estar con sus familias al que han renunciado esta noche ha sido por un buen motivo. —Miró a Jerle—. Primo, puedes acompañarnos si crees que serás capaz de contener la lengua. En estas cuestiones, se respeta mucho tu opinión y puede que requiramos de tu comprensión de la materia. ¿Te parece?

Jerle asintió. Salieron del casal, se adentraron en la noche y caminaron hacia la cámara de la Asamblea. Miembros de la Guardia Real aparecieron de la nada ante ellos y a sus espaldas, sombras oscuras que se recortaban contra la luz lejana de las antorchas de palacio. El rey no pareció percatarse de su presencia y tarareaba en voz baja mientras caminaba y contemplaba las estrellas con fascinación moderada. Tay estaba sorprendido a la vez que satisfecho de que el rey hubiese actuado con la celeridad con la que lo había

hecho. Inspiró la brisa nocturna y saboreó la fragancia del jazmín y las lilas mientras se preparaba mentalmente para lo que le esperaba. Ya planeaba el viaje hacia el oeste, cavilaba sobre lo que iban a necesitar, qué rutas podían escoger y cómo debían proceder. ¿Cuántos debían ser? Una docena sería suficiente. Suficiente como para estar a salvo, pero no demasiados como para llamar la atención. Era consciente de que avanzaba codo con codo con Jerle; una presencia grande e imperturbable que también avanzaba sumida en sus propios pensamientos. Tenerlo ahí con él, constante y de confianza, le hacía sentir bien. Le recordó una época pasada, cuando eran unos críos. Siempre había una nueva aventura que emprender en aquel entonces, una nueva causa que defender, un nuevo reto que afrontar. Supuso que lo había echado de menos. Volver a tenerlo le hacía sentir bien. Por primera vez desde que había vuelto, Tay pensó que tal vez estaba en casa.

Esa misma noche, se presentó ante el Consejo Supremo y habló con una vehemencia y una persuasión que superaban las que creía que poseía. Consiguió realizar todo aquello que le había pedido Bremen. Sin embargo, fue el mismísimo Bremen quien, sin estar presente, marcó la diferencia. Las gentes de Arborlon respetaban a Bremen y este les gustaba, y en su época en la ciudad había hecho muchos amigos gracias a su trabajo de recuperación de la historia y la magia de los elfos. Si él pedía la ayuda del pueblo elfo, sobre todo a raíz de la aniquilación de los druidas de Paranor, el Consejo se aseguraría de que la obtuviera. Se autorizó la expedición para buscar la piedra élfica negra. Para tal efecto, se formaría una compañía bajo el liderazgo conjunto de Tay Trefenwyd y Jerle Shannara. Y en lo que respectaba a la petición de mandar ayuda a los enanos, se prometió que se consideraría con presteza. El apoyo que recibió fue enérgico y entusiasta, mucho más del que Courtann Ballindarroch había previsto. El rey, al observar el efecto que tuvieron las palabras de Tay sobre los miembros del Consejo, también expresó su apoyo, no sin enfatizar con delicadeza que se habían de atender ciertas cuestiones antes de que se pudiera mandar ayuda a los enanos.

Era medianoche cuando el Consejo levantó la sesión. Tay se quedó fuera de la cámara de la Asamblea y le estrechó la mano a Jerle Shannara, expresando una felicitación silenciosa. El rey pasó por su lado, les sonrió y prosiguió su camino sin detenerse. Las estrellas agujereaban el cielo y el aire que los envolvía era dulce y cálido. El éxito era una sustancia embriagadora. Las cosas habían sucedido tal y como Tay había esperado y deseó poder comunicárselo a Bremen. Jerle no cesaba de hablar, ruborizado de la exaltación, anticipándose a la travesía que los llevaría hacia el oeste, a la

nueva aventura que afrontarían, una vía de escape de la rutina tediosa de la vida en la corte de Arborlon.

Y en aquel momento de júbilo sin parangón, a ambos les parecía que todo era posible y nada podía salir mal.

10

Cuando los otros hubieron salido y todo el mundo se hubo marchado, Tay y Jerle subieron hacia el palacio. Se tomaron su tiempo, todavía inmersos en la euforia provocada por lo que habían conseguido con el Consejo Supremo; ninguno de los dos quería acostarse todavía. La quietud reinaba en la noche, la ciudad que los rodeaba estaba en paz, el mundo se había sumido en la calma y los sueños. Las antorchas titilaban al lado de las puertas y en las intersecciones de caminos, como almenaras que daban aviso de un ataque de las sombras, cada vez más espesas, por culpa de la retirada de la luna tras el horizonte. Los edificios se erguían imponentes en la oscuridad como grandes bestias acurrucadas que dormían. Los árboles del bosque flanqueaban los senderos y rodeaban los hogares de los elfos como centinelas que velaban hombro con hombro, inmóviles en la negrura. Tay paseó la mirada por la naturaleza y la negrura que los rodeaba y notó como le invadía una extraña sensación de comodidad, como si alguien cuidara de él y lo protegiera. Jerle siguió charlando, saltaba de un tema a otro mientras planteaba, impaciente, los acontecimientos que les esperaban, mientras gesticulaba y su risa retumbaba. Tay se desentendió y se dejó llevar con la suficiente independencia como para escucharlo y, a la vez, estar sumido en sus pensamientos, mientras cavilaba en cómo su pasado había dado lugar al presente, en cómo, tal vez, se podía recuperar lo que había quedado atrás.

—Vamos a necesitar caballos para cruzar el Sarandanon —reflexionaba Jerle—. Pero podremos viajar bastante rápido a través del bosque que conduce al valle, y luego también avanzaremos raudos cuando hayamos llegado a la Línea Quebrada, si vamos a pie. Debemos preparar distintos fardos para cada tramo del trayecto, con distintas provisiones.

Tay asintió sin responder. No precisaba una respuesta.

—Y, como mínimo, deberíamos ser una docena, aunque tal vez dos sería mejor. Pero si nos vemos obligados a resistir y luchar, no nos pueden coger y que seamos demasiado pocos. —Jerle se echó a reír—. No sé de qué me preocupo. ¿Qué se atrevería a atacarnos a nosotros dos?

Tay se encogió de hombros mientras contemplaba el sendero, desde donde ya se veían las luces del palacio entre los árboles.

—Espero que no tengamos que descubrirlo.

—A ver, tendremos cuidado, eso puedes darlo por sentado. Nos iremos en silencio, no saldremos del amparo de los árboles, nos mantendremos alejados de lugares peligrosos. Pero eso sí... —Se detuvo y obligó a Tay a quedar frente a frente con él—. No te quepa duda: el Señor de los Brujos y sus criaturas irán tras nosotros. Saben que, incluso en el caso de que Bremen no escapara de la Fortaleza de los Druidas, un puñado de sus seguidores sí que lo hizo. Es bastante probable que sospechen que se adentró en su guarida de las Tierras del Norte. Saben que vamos a estar buscando la piedra élfica negra.

Tay le dio vueltas.

—Debemos esperar lo peor. Así no nos sorprenderán. ¿Es eso?

Jerle Shannara asintió; de pronto, había adoptado un aire solemne.

—Exacto.

Reanudaron el camino.

—No tengo sueño —se quejó el grandullón. Se volvió a detener—. ¿Dónde podríamos ir a tomar una cerveza? Solo una, para celebrarlo.

Tay se encogió de hombros de nuevo.

—¿Al palacio?

—¡No, al palacio no! ¡No soporto el palacio! Está lleno de padres y criaturas que hurgan por doquier, y la familia está en todas partes. No, allí no. ¿A tu casa?

—Mis padres están durmiendo. Además, me siento tan incómodo allí como tú en el palacio. ¿Y en los cuarteles de la Guardia Real? ¿Qué me dices?

A Jerle se le iluminó el semblante.

—¡Perfecto! Una cerveza o dos y luego vamos a dormir. Tenemos que hablar de muchas cosas, Tay.

Avanzaron por el sendero y ambos observaron el palacio cuando pasaron por delante. La planta baja estaba sumida en la oscuridad y los jardines, en el silencio. No se percibía ni rastro de movimiento en ningún lugar. En una de las habitaciones de los niveles superiores ardía una luz tras los cortinajes de

una ventana: era una vela encendida en la habitación de un niño que le prometía la llegada de un nuevo amanecer.

Desde algún punto en la distancia, un ave nocturna gritó, haciendo una sucesión de llamadas estridentes que resonaron, solitarias, antes de desvanecerse en el silencio.

Jerle aminoró el paso y se detuvo; hizo que Tay se parara junto a él. Observó el palacio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tay, al cabo de un momento.

—No veo ningún guarda.

Tay también lo examinó.

—¿Ningún guarda dónde? Creía que se supone que no tienes que verlos.

Jerle sacudió la cabeza.

—Tú no. Pero yo sí.

Tay miró fijamente con él, pero no distinguió nada, ni en la oscuridad de los edificios ni en la extensión de terrenos poblados de árboles. No entrevió ninguna forma que se asemejara lo más mínimo a un cuerpo. Inspeccionó, buscando movimientos, pero no descubrió ninguno. Los elfos cazadores estaban entrenados para desvanecerse, y la Guardia Real era aún mejor en eso. Sin embargo, todavía debería ser capaz de encontrarlos con tanta facilidad como Jerle.

Entonces, Tay usó la magia, mandó una pequeña cantidad que barrió todo el recinto de palacio, de una punta a otra, como dedos de descubrimiento que lo encontraban todo. Percibió un movimiento, rápido, furtivo y foráneo.

—Algo no marcha bien —dijo Tay enseguida.

Jerle Shannara avanzó sin mediar palabra hacia la entrada del palacio y fue ganando velocidad a medida que se acercaba. Tay lo siguió, con una extraña sensación aterradora atenazada al pecho. Trató de darle un sentido, de descubrir el origen, pero se le escabullía, esquiva y desafiante. Examinó las sombras a ambos lados y, de pronto, lo halló todo oscuro e impenetrable. Palpó el aire con las manos, de las yemas de los dedos le surgía la magia druida y formaba una red que se iba ensanchando. Percibió que la red se cerraba sobre algo que se removía y retorecía y, luego, escapó, rápido como una flecha.

—¡Gnomos! —exclamó.

Jerle echó a correr y desenvainó la espada corta que llevaba en el cinturón, que centelleó en la oscuridad al salir. Jerle Shannara nunca iba a ningún lado sin las armas. Tay se apresuró a seguirle el ritmo. Ninguno de los dos abrió la boca, pero formaron filas uno al lado del otro al acercarse a la

puerta principal mientras echaban vistazos a izquierda y derecha con cautela, preparados para cualquier cosa.

Las puertas estaban abiertas y dentro no brillaba ninguna luz. Desde el sendero había sido imposible de discernir. Jerle no aminoró la marcha. Cruzó el umbral agazapado, con la espada en alto. Tay lo siguió.

El vestíbulo se extendía ante ellos como un túnel cavernoso. Había cuerpos por doquier, esparcidos como sacos de ropa vieja, ensangrentados e inmóviles. Eran elfos cazadores, todos muertos sin excepción, pero acompañados de otra ristra de cuerpos de gnomos cazadores. El suelo resbalaba por toda la sangre que había. Jerle le indicó a Tay con un gesto que se dirigiera hacia un lado mientras él continuaba hacia el otro y, juntos, avanzaron por el pasillo hacia las estancias principales. En las cámaras, sumidas en el silencio, no había rastro de vida. Los dos compañeros retrocedieron con rapidez hacia las escaleras que conducían a las plantas superiores. Ni siquiera entonces Jerle medió palabra. No le preguntó a Tay si quería un arma. Tampoco trató de indicarle qué debía hacer. No era necesario. Tay era un druida y ya lo sabía.

Enfilaron las escaleras como espíritus, aguzando el oído al silencio, preparados para percibir cualquier ruido traicionero. No se produjo ninguno. Llegaron al rellano y observaron los pasadizos oscuros que se alargaban ante ellos. Encontraron más cuerpos inertes, guardas. Tay estaba estupefacto. ¡No se había oído ningún grito, de ningún tipo! ¿Cómo podían haber muerto todos esos hombres, elfos cazadores formados, sin dar siquiera la voz de alarma?

El corredor se bifurcaba, se adentraba en la penumbra y torcía hacia las alas de palacio donde se hallaban las dependencias de la familia real, donde esta dormía. Jerle echó un vistazo a Tay, con la mirada viva y severa; con un gesto le indicó que fuera a la derecha, y él se dirigió hacia la izquierda. Tay observó cómo su amigo, agazapado en la oscuridad como un gato del páramo, se volvía con presteza.

Tay avanzó, con los puños apretados; había invocado la magia y la guardaba en las palmas de la mano como una palpitación fuerte que esperaba a ser liberada. El temor se mezcló con el horror. Ahora oía algo, vocecitas, sollozos y llantos que se apagaron con la misma celeridad con la que habían surgido, y él se precipitó en esa dirección, obviando cualquier precaución. Las sombras se movieron en el corredor que se extendía ante él cuando dobló la esquina que conducía al ala trasera. Vio el destello malévolo de las hojas cuando unas formas retorcidas se abalanzaron sobre él. Gnomos. Dejó de pensar y se limitó a reaccionar. Levantó la mano derecha y la abrió, y la

magia estalló hacia sus atacantes, los alzó y los arrojó contra las paredes con tanta fuerza que oyó cómo se les partían los huesos. Los rebasó como si no estuvieran ahí, caminó ante dependencias abiertas cuyos ocupantes yacían desparramados e inertes (padres, madres y niños por igual) y se dirigió a las estancias que aún tenían las puertas cerradas, donde todavía quedaba esperanza.

Una nueva oleada de atacantes surgió de su escondite cuando él pasaba a toda velocidad, arremetieron contra él y lo lanzaron al suelo. Alzaban las armas, afiladas y mortíferas, y las descargan sobre él con desesperación. Sin embargo, él era un druida y ya tenía las defensas levantadas. Las hojas resbalaban como si se toparan con una armadura; cerró las manos sobre aquellos cuerpos enjutos y nervudos y los lanzó por el aire. Tay era fuerte, incluso sin el uso de la magia, pero con ella los gnomos no tenían ni una sola oportunidad. Volvió a levantarse de inmediato, rodeado de un fuego que describía un arco mortal y que atravesó a los pocos que aún quedaban en pie. Oyó otros gritos y se lanzó hacia adelante, aterrorizado por lo que sabía que estaba ocurriendo: un ataque, un golpe mortífero asestado contra la totalidad de la familia real elfa. Al instante supo que se trataba de la misma facción de gnomos cazadores que había encontrado y evitado en las llanuras bajo el Streleheim, que no eran exploradores ni una vanguardia de ataque, sino asesinos, y que en algún lugar cerca debía de estar el Portador de la Calavera que los guiaba.

Pasó puerta tras puerta de miembros de la familia Ballindarroch masacrados, adultos y niños por igual, asesinados mientras dormían o justo al despertarse. Una vez habían superado la Guardia Real, ya no había nada que evitara que los gnomos cumplieran con su cometido mortífero. Tay bufó, frustrado. Se había usado magia para conseguirlo. No había nada más que hubiera podido granjear la entrada a los asesinos sin que se diera la voz de alarma. La ira lo inflamó. Llegó ante otro umbral y se encontró a los gnomos que había dentro matando a un hombre y a una mujer que habían acorralado contra la pared de la cámara. Tay arrojó la magia contra los atacantes y los quemó vivos. Como si fuera una reacción ante el ataque, de pronto retumbaron los gritos, por fin sonaba la voz de alarma que él tanto había deseado, pero no en esa ala, sino en la otra, donde Jerle Shannara debía de estar luchando también.

Dejó a la mujer y al hombre desplomados contra la pared y prosiguió adelante; ya no podía hacer nada por ellos. Tan solo le quedaban unas pocas

puertas. De pronto se dio cuenta, desconsolado, que una de ellas conducía a las dependencias de Courtann Ballindarroch.

Se dirigió directamente hacia esta primero, ahora lleno de aprensión, sin esperanzas de llegar a tiempo para nadie. Pasó ante una puerta cerrada en el lado izquierdo y abrió la que le quedaba a la derecha. Tras la puerta abierta aparecieron un par de gnomos ensangrentados con las armas en alto y los ojos amarillos encendidos, con la sorpresa reflejada en esos semblantes maliciosos. Tay hizo un gesto en su dirección y desaparecieron en una explosión de fuego; antes de que se percataran de lo que ocurrían, ya habían muerto. Tay percibió que la fuerza le disminuía debido al consumo de poder. Nunca lo habían puesto a prueba de ese modo, y debía ser precavido. Bremen le había advertido más de una vez que el uso de la magia era finito. Debía conservar lo que le quedaba para cuando la necesitara de verdad.

Vio que la puerta que conducía a la cámara del rey estaba abierta, un poco partida allí donde la habían forzado.

Tay no vaciló. Se lanzó hacia la entrada, abrió la puerta por completo con un estrépito e irrumpió en la estancia de un salto. No había ni una luz encendida en la estancia, pero los ventanales que se abrían en la pared del lado oeste dejaban que se colara un brillo apagado que procedía de las antorchas de la calle. Las sombras subían por los tapices y las cortinas, deformadas y grotescas. Habían arrojado a Courtann Ballindarroch contra la pared de un lado. La penumbra dejaba entrever que yacía con el cuerpo y el rostro bañados en sangre, con un brazo torcido de una forma horrible y los ojos abiertos, que parpadeaban muy rápidamente. El Portador de la Calavera se erigía a una docena de pasos de él, inclinado, con las alas que parecían de cuero plegadas y con una capa con la capucha echada. Había apresado a la reina, la había alzado de la cama, ahora con las sábanas hechas jirones. Ella tenía el cuerpo destrozado y exánime, con los ojos abiertos mirando el vacío. La criatura la arrojó a un lado cuando apareció Tay con un gesto descuidado y giró sobre los talones para enfrentarse al druida siseando con actitud desafiante. Los gnomos también lo atacaron, surgieron de entre las sombras, pero Tay los apartó con un manotazo, como si fueran mosquitos, y dirigió toda la potencia de su fuerza hacia el líder. Aquello cogió al Portador de la Calavera por sorpresa, quien se esperaba a otro guarda, a otra víctima indefensa. La magia de Tay estalló hacia el monstruo como una oleada de fuego que le quemó la mitad del rostro. El Portador de la Calavera soltó un alarido de dolor y furia y se pasó las garras por la piel en vano; entonces arremetió contra Tay. La velocidad a la que lo hizo era asombrosa, y ahora

fue Tay al que cogieron desprevenido. El Portador de la Calavera chocó con él antes de que este se pudiera preparar, lo arrojó a un lado y desapareció por la puerta.

Tay se incorporó trabajosamente y dudó tan solo por un instante en el que miró a Courtann Ballindarroch; entonces, fue tras la criatura.

Volvió a recorrer el corredor sumido en la oscuridad, esquivando los cuerpos de los muertos y evitando resbalar con la sangre, mientras forzaba los sentidos para percibir la presencia de otros atacantes. Ante él, el Portador de la Calavera se había tornado una sombra vaga que avanzaba con torpeza por la penumbra. Se oían gritos que procedían del exterior y también el ruido sordo de pisadas y el entrecuchar de armas a medida que la Guardia Real salía en tropel de los cuarteles e invadía toda la finca tras haber recibido la voz de alarma. Tay sentía el pulso retumbándole en los oídos mientras corría. Se arrancó la capa para poder moverse con más facilidad. Al final del pasadizo, el Portador de la Calavera dobló la esquina hacia el ala opuesta para evitar el destacamento de elfos cazadores que subían por las escaleras a toda velocidad.

Tay llamó a sus compatriotas al pasar ante ellos corriendo para que le ayudaran.

También gritó el nombre de Jerle Shannara.

El Portador de la Calavera echó la vista atrás; el repentino centelleo de la luz trémula de la antorcha reveló que tenía el rostro desfigurado, una masa empapada y carmesí. Tay le chilló, desafiándolo, provocándolo; la furia y el rencor le conferían a su voz un tono amenazador. Con todo, el cazador alado no aminoró el paso, y dobló hacia un tramo angosto de escaleras que conducían al adarve que había en la azotea de palacio. El monstruo avanzaba con más celeridad que Tay y se iba alejando a un ritmo constante. El druida soltó una blasfemia, encolerizado.

Entonces, de sopetón, una figura solitaria se materializó en el otro extremo del corredor, surgida de la penumbra que había detrás; una figura ágil y felina que avanzó esquivando con facilidad los cuerpos desparramados y enfiló la escaleras tras el Portador de la Calavera.

Era Jerle.

Tay se abalanzó hacia delante y se obligó a correr todavía más deprisa, con la respiración entrecortada y agitada. Llegó a las escaleras poco después que su amigo e, igual que él, subió. Dio un traspie y cayó en la oscuridad total de las escaleras. Se puso de pie con dificultad, decidido, y prosiguió hacia arriba.

En los parapetos del adarve, se encontró a Jerle enzarzado en una contienda contra el Portador de la Calavera. Debería de ser desigual, el cazador alado era mucho más poderoso que el elfo, pero Jerle Shannara parecía un poseso. Luchaba como si no le importara si vivía para contarlo o no, solo importaba que su adversario no huyera. Adelantaban y retrocedían por el adarve, se empotraban contra las balaustradas, se retorcían y avanzaban entre la oscuridad y la luz. Jerle le había inmovilizado las alas con los brazos para que no pudiera volar. El Portador de la Calavera trató de arañar al elfo con las garras, pero Jerle estaba a su espalda y no podía alcanzarlo.

Tay gritó a su amigo y se apresuró a ayudarlo. Invocó la magia como Bremen le había enseñado: reuniendo la fuerza de su cuerpo con los elementos del mundo que lo había visto nacer, estimulando el fuego de la vida; la magia le acudió a las yemas de los dedos. El Portador de la Calavera vio que se acercaba y dio media vuelta, de modo que Jerle quedara entre los dos y el druida no pudiera usar la magia. Abajo, en el recinto de palacio, los elfos cazadores alzaron la vista y vieron a los combatientes por primera vez, reconocieron a Jerle. Colocaron las flechas en los arcos, tiraron de la cuerda y permanecieron preparados.

Entonces, el monstruo se zafó del agarre de Jerle, saltó sobre la balaustrada y alzó el vuelo. Quedó suspendido por un momento recortado a contraluz, oscuro y como en una pesadilla, una bestia hostigada en busca de cualquier refugio. Tay la atacó con todas sus fuerzas, el fuego druida escindió el cielo y alcanzó aquella forma detestable. Abajo, soltaron las cuerdas de los arcos y docenas de flechas se hundieron en el cuerpo de la criatura. El Portador de la Calavera, lleno de flechas, dio bandazos y perdió altura, pero continuó volando a duras penas, dejando tras de sí una estela de fuego y humo como la de un cometa. Los arqueros del suelo lanzaron una segunda descarga de proyectiles. Esta vez le falló un ala y, en un último intento a la desesperada, se lanzó hacia las copas de una arboleda. Pero ya no tenía fuerzas y el cuerpo ya no le respondía. Se desplomó y golpeó el suelo con un estruendo, y los guerreros se abalanzaron sobre él con la espada desenvainada.

Aun así, todavía tardó un buen rato en morir.

* * *

Una batida por el recinto, la ciudad y los bosques que había más allá no reveló ningún rastro de los atacantes. Los habían matado a todos, al parecer. Tal vez ya sabían que iban a morir todos. Tal vez habían venido a Arborlon siendo conscientes de que perecerían. Todo eso ya no importaba. Lo que importaba era que habían logrado el cometido que habían venido a realizar. Habían aniquilado a la familia Ballindarroch. Hombres, mujeres y niños, los Ballindarroch habían muerto mientras dormían, algunos ni tan siquiera se habían despertado de su sueño, otros se habían desvelado lo justo para darse cuenta de lo que ocurría antes de que les arrebataran la vida. El alcance de esa catástrofe era apabullante. Courtann Ballindarroch aún permanecía con vida, pero esta pendía de un hilo. Los curanderos habían estado ocupándose de él toda la noche, pero incluso después de haber hecho todo lo que habían podido para salvarlo, tenían pocas esperanzas. Uno de sus hijos todavía vivía, el segundo más joven, Alyten, que había ido de caza en las tierras que había hacia el oeste con unos amigos y el azar había querido que no corriera la misma suerte que el resto de los miembros de su familia. También había dos nietos que habían sobrevivido porque dormían en la cámara ante la que había pasado Tay cuando se había dirigido a las dependencias del rey: se habían salvado solo porque los gnomos asesinos todavía no habían llegado a esa estancia. No se habían despertado ni durante el ataque. El mayor acababa de cumplir cuatro años y el menor todavía no tenía dos.

En cuestión de horas, la ciudad se había convertido en un campamento armado. Se habían mandado elfos cazadores a todos los barrios para montar guardia. Se enviaron patrullas por todos los senderos y calzadas, y también al Valle de Rhenn, para ponerlos sobre aviso. Se había despertado a los habitantes de la ciudad y se les había indicado que se prepararan para un ataque masivo. Nadie estaba seguro de lo que podía suceder, consternados y aterrados como estaban por el asesinato de la familia real mientras dormía. Cualquier cosa les parecía posible y todos estaban decididos a que, ocurriera la hecatombe que ocurriera, estarían preparados para afrontarla.

Al amanecer había cambiado el tiempo: la temperatura había descendido, el cielo se estaba nublando y el aire se había tornado pesado y enrarecido. Al cabo de poco, una llovizna larga y lenta lo llenó todo de bruma y penumbra.

Tay se sentó junto a Jerle en unos asientos que había junto a la ventana de una hornacina que había en la entrada de palacio y contemplaron cómo caía la lluvia. Habían retirado los cuerpos. Se habían registrado las habitaciones dos veces para estar seguros de que no quedaban asesinos escondidos. Habían limpiado para quitar la sangre y los restos de violencia y, en las cámaras

donde había ocurrido la masacre, se habían retirado todas las sábanas y ropajes y también se habían lavado. Todo se había realizado en la oscuridad, antes de que rayara el alba, como si se quisiera esconder aquella farsa, como si pretendieran esconder el horror. Ahora el palacio estaba vacío. Incluso se habían llevado a otras casas a los dos nietos de Courtann Ballindarroch hasta que se decidiera qué hacer con ellos.

—Sabes por qué hicieron esto, ¿verdad? —le preguntó Jerle a Tay de pronto, rompiendo el silencio en el que estaban sumidos desde hacía bastante rato.

Tay lo miró.

—¿Los asesinatos?

Jerle asintió.

—Para trastocar las cosas. Para desequilibrarnos. Para impedir que movilizemos al ejército. —Sonaba cansado—. En resumen, para evitar que ayudemos a los enanos. Si Courtann está muerto, los elfos no harán nada hasta que se elija a un nuevo rey. Y el Señor de los Brujos lo sabe. Por eso ha mandado a los asesinos a Arborlon con la orden de matar a todo el mundo. Cuando nos hayamos reagrupado lo suficiente para tomar una decisión sobre nuestro futuro, ya será demasiado tarde para los enanos. Las Tierras del Este ya habrán caído.

Tay inspiró hondo.

—No podemos permitir que eso ocurra.

Jerle resopló con sorna.

—¡No podemos evitarlo! ¡Ya ha ocurrido! —Hizo un gesto desdeñoso—. Courtann Ballindarroch tendrá suerte si sobrevive un día más. Ya has visto lo que le han hecho. No es un hombre fuerte, Tay. No me explico por qué sigue vivo todavía.

Jerle se reclinó contra la pared y subió los pies al asiento; se asemejaba un poco a un niño que tuviera que quedarse adentro en contra de su voluntad. Tenía las ropas hechas jirones; no se había cambiado tras la batalla. Un corte horrible le recorría el lado izquierdo de la mandíbula. Se lo había lavado y se había olvidado de que lo tenía. Estaba hecho una pena.

Tay se echó un vistazo. Él tampoco ofrecía mejor aspecto. Ambos necesitaban un baño y dormir.

—¿Qué más crees que va a hacer para detenernos? —preguntó Jerle con un hilo de voz.

Tay sacudió la cabeza.

—Aquí, nada. ¿Qué más podría hacernos? Pero supongo que perseguirá a Bremen y a Risca. Tal vez ya los ha alcanzado. —Observó la lluvia y escuchó la cadencia de las gotas golpeando el cristal—. Ojalá pudiera advertirlos. Ojalá supiera dónde está Bremen.

Recordó lo que esta noche les habían hecho a los elfos: habían diezmado la familia real, habían hecho añicos su sensación de seguridad, les habían hecho perder la serenidad. Les habían arrebatado mucho y el druida no estaba seguro de que pudieran recuperar algo de aquello. Jerle tenía razón. Hasta que el rey se recuperara o muriera y se coronara a un sucesor, el Consejo Supremo no haría nada para ayudar a los enanos. Nadie asumiría la responsabilidad de tomar una decisión de tal trascendencia. Tampoco estaba claro si alguien podía. Alyten podía tratar de actuar en nombre de su padre, pero no parecía probable. No tenía su entereza, era un joven insensato e impulsivo que no había tenido demasiadas responsabilidades en la vida. Sobre todo, había servido como asesor de su padre y había hecho siempre aquello que le decían. No tenía ninguna experiencia como líder. Sería el rey si Courtann moría, pero el Consejo Supremo no se precipitaría a apoyar sus decisiones. Tampoco Alyten sería rápido en tomarlas. Sería prudente e indeciso, se preocuparía por no cometer ningún error. Era un mal momento para que se convirtiera en rey. El Señor de los Brujos no dudaría en aprovecharse.

La envergadura y la complejidad del dilema eran desmoralizadoras. Los elfos sabían quién era el responsable del ataque. Todo el mundo había visto con claridad al Portador de la Calavera antes de que fuera abatido y habían identificado a los gnomos cazadores. Todos eran servidores del Señor de los Brujos. Pero Brona era un ser anónimo, omnipresente en las Cuatro Tierras, una fuerza sin centro, una leyenda que rayaba el mito, y nadie sabía como descubrirlo. Estaba allí y, al mismo tiempo, no estaba. Existía, pero ¿hasta qué punto? ¿Cómo debían enfrentarse a él? Con la aniquilación de los druidas en Paranor, se habían quedado sin nadie que les pudiera aconsejar cómo proceder, sin nadie que despertara el suficiente respeto como para que lo acataran. Con dos golpes magistrales y veloces, el Señor de los Brujos había destruido el equilibrio de poder de las Cuatro Tierras y había inmovilizado a la raza más poderosa de todas.

—No podemos quedarnos aquí sentados —observó Jerle, como si le hubiera leído los pensamientos a Tay.

Este asintió. Justo estaba reflexionando que el tiempo se les acababa, que de pronto corría el riesgo de no cumplir con el cometido que Bremen le había pedido. Contempló la lluvia, una neblina gris que dejaba el mundo tras el

cristal cubierto de lodo e impreciso. Cuando otrora había tanto que se le había antojado fijo e infalible, ahora nada era seguro.

—Si no podemos hacer nada por los enanos, al menos debemos algo por nosotros —dijo en voz baja. Tenía la mirada clavada en la de Jerle—. Debemos ir a buscar la piedra élfica negra.

Su amigo lo estudió un momento y entonces asintió despacio.

—Sí, podríamos, ¿verdad? Courtann ya nos dio su aprobación. —Un ápice de entusiasmo le brilló en los ojos azules—. Nos dará algo que hacer mientras esperamos a que aquí ocurra algo. Y si encontramos la piedra, tendremos un arma contra el Señor de los Brujos.

—O, como mínimo, lo privará de una que podría usar contra nosotros. —Tay tenía muy presente la advertencia de Bremen sobre el poder de la piedra élfica negra. Se estiró en el asiento ante la ventana, negándose a dejar que la tristeza lo afectara, y volvió a sentir que tenía un propósito.

—Bien, bien, mírate, amigo —observó Jerle con malicia—. Me gustas más así.

Tay se levantó, impaciente.

—¿Cuánto tardaremos en partir?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de Jerle Shannara.

—¿Cuándo crees que estarás listo?

Partieron al alba del día siguiente. Tay, Jerle y los pocos que habían escogido para que los acompañaran abandonaron la ciudad en silencio, mientras los habitantes se iban despertando, de modo que su marcha pasase inadvertida. Tan solo eran quince, de modo que no fue difícil escabullirse sin ser vistos. Tay y Jerle habían informado a los demás que conformaban aquella pequeña compañía la noche anterior. Tal sigilo no se debía tanto al secretismo como a la prudencia. Cuantos menos supieran de su marcha, menos podrían hablar de ello. Incluso una conversación inocente podía llegar a los oídos equivocados. El Consejo Supremo conocía su plan. A Alyten, que todavía no había regresado de la cacería, se le comunicaría más tarde. Con eso era suficiente. Incluso sus familiares más allegados no supieron adónde iban o cuál era el cometido. Tras lo que les había sucedido a los Ballindarroch, nadie iba a arriesgarse de manera innecesaria.

La realidad que dejaban atrás era inquietante. Ballindarroch estaba al borde de la muerte y todavía no estaba claro si se iba a recuperar. El Consejo Supremo se ocuparía los asuntos de estado en su ausencia, como estipulaba la ley elfa, pero, en la práctica, iba a hacer poco hasta que no se hubiera decidido el sino del rey. Alyten, como único hijo superviviente, reinaría en lugar de su padre, pero solo de nombre hasta que se hiciera necesaria la celebración de una coronación formal. La vida continuaría, pero los asuntos de gobierno se ralentizarían hasta casi detenerse. El ejército seguiría en estado de alerta y los comandantes harían lo que fuera necesario para proteger la ciudad y a sus habitantes y, en menor medida, a los elfos que vivían en la campiña de alrededores. Pero las acciones del ejército serían de naturaleza exclusivamente defensiva, y nadie abogaría por hacer incursiones más allá de las fronteras de las Tierras del Oeste hasta que Ballindarroch se hubiera recuperado o su hijo hubiera ocupado su lugar. Eso implicaba que no se

mandaría ningún tipo de ayuda a los enanos. El Consejo Supremo era tan rígido con esta cuestión que rechazó incluso comprometerse a mandar a un mensajero para explicarles a los enanos lo que había ocurrido. Tanto Tay como Jerle habían suplicado por separado al Consejo que lo hicieran, pero solo habían conseguido que les dijeran que iban a contemplar su petición. De pronto, la confidencialidad estaba a la orden del día. Como no había nada más que pudieran hacer al respecto, Tay y Jerle no demoraron su partida. El rey viviría o moriría, Alyten se convertiría en el nuevo rey o no lo haría, y el Consejo Supremo informaría a los enanos o se mantendría en silencio; todo resultaría en una opción u otra y su presencia en Arborlon no cambiaría nada. Era mejor que emprendieran la búsqueda de la piedra élfica negra para marcar la diferencia allí donde podían.

También tenían otras razones para partir. Dos cuestiones inesperadas habían aflorado como consecuencia de los asesinatos: una incumbía a Tay y la otra, a Jerle. Ambas agudizaban la necesidad de salir de la ciudad tan pronto como pudieran.

En lo que respectaba a la primera, había quienes habían comenzado a cuestionar en voz alta la razón por la que el ataque a la familia real elfa había coincidido con tan solo unos días de diferencia con el regreso de Tay de Paranor. Se respetaba a los druidas, pero también se desconfiaba de ellos. Aquellos que recelaban de los druidas eran una minoría, pero ante un desastre tan aterrador e inesperado estos conseguían que su voz se escuchara más. Los druidas ejercían poder y sus métodos eran misteriosos, esa combinación era intrínsecamente inquietante, sobre todo acompañada de su decisión de aislarse de las gentes comunes tras la Primera Guerra de las Razas. ¿Acaso no era posible —susurraban esas voces— que de algún modo los druidas estuvieran implicados en lo que le había ocurrido a la familia Ballindarroch? Tay había ido a ver al rey y había tenido una audiencia con el Consejo Supremo precisamente la misma noche de los asesinatos. ¿Habrían discutido, aquello habría hecho enfadar a Tay y, de ese modo, habría hecho enfadar a los druidas? ¿No había sido él el primero en entrar en la estancia del rey cuando se estaba llevando a cabo la matanza? ¿Se trataba de una simple coincidencia? ¿Acaso alguien había sido testigo de lo que había sucedido? ¿Acaso alguien había visto lo que Tay había hecho? No importaba que aquellas cuestiones ya se hubieran contestado en varios foros, pregonadas por un oficial u otro, y que nadie en el Consejo Supremo o en el ejército pareciera preocupado por el comportamiento de Tay. Lo que importaba era que no se les había ofrecido

ninguna respuesta definitiva y, en su defecto, sin duda iban a proliferar las teorías descabelladas.

La segunda cuestión era todavía más perturbadora. Precisamente porque casi la totalidad de la familia Ballindarroch había sido aniquilada, había quienes decían que si Courtann Ballindarroch también moría, Jerle Shannara debía ser el nuevo rey. Que estaba muy bien cumplir con las reglas de ascenso al trono, pero Alyten era débil e indeciso y a la gente no le entusiasmaba que él los fuera a gobernar. Y si él faltara, el siguiente en la línea de sucesión era un niño de cuatro años. Eso significaba que habría un gobierno de regencia durante muchos años, y nadie quería eso. Además, vivían tiempos peligrosos y difíciles, y se precisaba un dirigente fuerte. El ataque contra la familia real indicaba el comienzo de algo perverso. En eso todo el mundo estaba de acuerdo y eran conscientes de ello. El Señor de los Brujos, sus cazadores alados y acólitos demoníacos ya había conquistado las Tierras del Norte. ¿Y si los elfos eran los siguientes? Circulaban rumores sobre ejércitos que marchaban hacia el sur. Jerle Shannara era el primo hermano del rey y era el siguiente en la línea de sucesión si todos los Ballindarroch eran aniquilados. Tal vez sería mejor si gobernaba ahora, fuera quien fuera el siguiente en la línea tras Courtann. Había ejercido como capitán de la Guardia Real, era un estratega de los altos mandos del ejército, un consejero del Consejo Supremo y del rey: tenía madera de líder. Tal vez se debía tomar esta decisión sin tener en cuenta los precedentes y el protocolo. Tal vez debía actuarse con presteza.

Todos estos rumores llegaron a oídos de Tay y Jerle con celeridad, estos vieron adónde podían conducir y se dieron cuenta de que la mejor manera de resolverlo era desaparecer de escena hasta que las cosas se hubiesen apaciguado. Todo aquel chismorreo les proporcionaba un estímulo adicional que añadían a la urgencia que ya sentían para acelerar su partida, por lo que se marcharon enseguida. En veinticuatro horas conformaron la compañía, reunieron las provisiones y el método de transporte, determinaron el plan de viaje y se fueron.

Llovía cuando partieron, una llovizna fría que había comenzado a caer varias horas antes y que no mostraba signos de amainar. Las calzadas y los senderos estaban empapados y las ramas y troncos de los árboles tenían manchas oscuras. La neblina que circundaba el bosque se elevaba desde la tierra cálida y llenaba los recovecos y las grietas con un movimiento extraño. Un velo de penumbra y humedad lo envolvía todo, y la compañía cabalgaba como espectros que perseguían la noche. Viajaban a pie y tan solo cargaba con las armas, las provisiones y la ropa que necesitarían durante las siguientes

veinticuatro horas. Después, lavarían las ropas que vestían y cazarían para poder alimentarse hasta que llegaran al Sarandanon, una caminata que les llevaría unos tres días. Allí los abastecerían con caballos, ropa nueva y provisiones para el resto de la travesía hacia el oeste, hacia la Línea Quebrada.

Conformaban un grupo lleno de contrastes. Jerle Shannara los había escogido a todos excepto a uno. Lo había hecho sin esperar la aprobación de Tay, ya que este había estado demasiado tiempo lejos de Arborlon y de los elfos como para saber quiénes eran los más indicados para acompañarlos en aquella empresa. Necesitaban elfos cazadores, luchadores de primer orden, y Jerle había elegido a diez, que habían elevado el número de integrantes de la compañía a doce. Preia Starle ya había manifestado que los iba a acompañar, tan segura de sí misma como siempre, y ni Tay ni Jerle se habían molestado en llevarle la contraria. Jerle había elegido otro Rastreador también, un veterano curtido que se llamaba Retten Kipp y había servido a la Guardia Real durante más de treinta años. Necesitarían más de un Rastreador si querían vigilar con sumo cuidado tanto la retaguardia como la vanguardia. Además, si algo le ocurría a Preia, necesitarían un sustituto. A Tay no le gustó enfrentarse esa posibilidad, pero fue incapaz de contraargumentarla.

Aquello elevó el grupo hasta catorce. Tay pidió uno más.

El hombre que necesitaba era Vree Erreden. Era una elección singular a primera vista, y Jerle se apresuró a manifestarlo. Vree Erreden no era un elfo bien considerado entre su gente; era un hombre tímido, lunático y huraño a quien pocas cosas le preocupaban más allá de su trabajo. Y lo que hacía era origen de una controversia que aún no se había dado por zanjada. Era un localo: un místico que estaba especializado en encontrar personas que habían desaparecido y objetos que se habían perdido. El éxito de los hallazgos era objeto de un amplio debate. Aquellos que creían en él le profesaban una fe inquebrantable y, los que no, creían que era un necio que avanzaba por el camino equivocado. Se le toleraba porque gozaba de algún que otro éxito comprobable y porque el pueblo elfo era comprensivo con las diferencias en general, ya que ellos mismos habían sido la fuente de un amplio recelo para el resto de razas durante muchos años. Vree Erreden nunca había reivindicado sus logros, eran otros los que lo hacían. Sin embargo, el origen de las reivindicaciones no ayudaron a mejorar la imagen del hombre a ojos de sus detractores.

Tay no era uno de ellos. El druida se identificaba mucho con Vree Erreden, aunque nunca lo había admitido ante nadie. Estaba convencido de

que ambos eran almas gemelas. Si Vree hubiese querido, podría haberse convertido en druida. Sus habilidades le habrían abierto aquella posibilidad, y Tay lo hubiese recomendado. Ambos poseían talentos desarrollados gracias a años de práctica, Tay como elementalista, Vree como localo. Las habilidades de Tay se podían demostrar más manifiestamente; no obstante, usar la magia y la ciencia reducía los recursos naturales, era un yugo de poder que evidenciaba de una forma clara qué era capaz de hacer. Las habilidades de Vree Erreden, en cambio, residían casi en su totalidad en su interior, eran de naturaleza pasiva y era complicado corroborarlas. Los místicos trabajaban con la presciencia, la intuición e incluso con los palpitos; todo ello era más poderoso que los instintos que las personas normales podían sentir e imposible de discernir. Hubo un tiempo en que los localos aportaban evidencias irrefutables, una época en la que los elfos y las otras criaturas del viejo reino de la magia hacían uso de ese tipo de poder a diario. Ahora tan solo quedaban un puñado de esos, los otros habían perdido su don con la caída del viejo mundo y el cambio irrevocable que eso había comportado para la naturaleza de la magia. Sin embargo, Tay había estudiado las viejas costumbres y entendía el origen del poder de Vree Erreden, que era tan real para el druida como el suyo propio.

Fue a visitar al localo al caer la tarde del día anterior a la partida. Lo encontró en el jardín de su casa, inclinado sobre una colección de mapas y escritos destrozados; una forma pequeña y delgada, encorvada de forma protectora, que trazaba líneas y palabras sobre el papel. Alzó la vista cuando Tay cruzó la puerta de la pequeña cabaña común y corriente, y le dedicó una mirada miope a medida que se le acercaba. El localo entrecerró los ojos debido tanto a la luz del sol como a la vista que le fallaba. Se rumoreaba que año tras año perdía un poco más de visión y que, cuanto más le fallaban los ojos, más se agudizaba su intuición.

—Soy Tay Trefenwyd —anunció Tay para ayudarlo y se acercó de modo que la luz le iluminara los rasgos.

Vree Erreden lo miró detenidamente sin reconocerlo. El druida no había vuelto en cinco años, de modo que existía la posibilidad de que el hombre ya no lo recordara. Además, Tay tampoco vestía la cogulla de su orden, había vuelto a llevar la vestimenta holgada elfa que preferían los habitantes de las Tierras del Oeste, de modo que también era posible que el localo tampoco fuera capaz de identificarlo como druida.

—Necesito vuestra ayuda para encontrar algo —continuó Tay sin desanimarse. El otro ladeó el rostro delgado por toda respuesta—. Si aceptáis

ayudarme, tendréis la oportunidad de salvar vidas, muchas de ellas elfas. Será el descubrimiento más importante que nunca haréis. Si lo conseguís, nunca nadie volverá a dudar de vos.

De pronto, Vree Erreden parecía divertido.

—Esa es una afirmación muy atrevida, Tay.

Tay sonrió.

—Me encuentro en una situación en la que debo hacer afirmaciones muy atrevidas. Mañana parto hacia el Sarandanon y las tierras que se extienden al oeste. Debo convencerlos de que me acompañéis y el tiempo no me permite usar formas más sutiles de persuasión.

—¿Qué estás buscando?

—Una piedra élfica negra, perdida desde el fin del viejo reino de la magia, hace miles de años.

El hombrecillo lo miró de hito en hito. No le preguntó a Tay por qué había recurrido a él ni tampoco cuestionó la firmeza de su creencia. Aceptó que Tay tenía fe en su poder, tal vez por quién era, tal vez por aquello a lo que se dedicaba. O tal vez porque no importaba. Con todo, sus ojos reflejaban curiosidad y un atisbo de duda.

—Enséñame las manos —le dijo.

Tay estiró las manos ante él y Vree Erreden las agarró con tesón. Tenía una fuerza asombrosa. Se encontró con la mirada de Tay, se la sostuvo un momento y, entonces, desenfocó los ojos y los fijó en el horizonte. Se quedó así durante mucho rato, tan inmóvil como una roca, viendo algo que a Tay le estaba vedado. Entonces, parpadeó, lo soltó y se sentó. Sus labios finos dibujaron una sonrisa.

—Te acompañaré —dijo como si nada.

Le preguntó dónde iban a encontrarse y qué debía llevar y luego volvió a encorvarse sobre los mapas y los textos sin mediar otra palabra: había dado la cuestión por zanjada. Tay se demoró lo justo para asegurarse de que ya no tenía otra razón para quedarse y se fue.

De modo que acabaron siendo quince los que partieron de Arborlon bajo la llovizna que acompañaba al despuntar del alba, envueltos en sus capas y con la capucha echada, sin rostro en la penumbra; cada uno tenía sus razones para unirse a la compañía. Nadie mencionó en lo sucesivo cuáles eran esas razones. Nadie creía que fuera a marcar la diferencia. Una decisión tomada era una decisión aceptada. Armados con esa convicción, avanzaron por caminos sinuosos hasta salir del Carolan, donde las aguas del arroyo Cantarín se arremolinaban en la ribera, lo cruzaron con una balsa que mantenía el

servicio para los habitantes de la ciudad y emprendieron la marcha hacia el oeste a través de los sombríos corredores que cruzaban los bosques centenarios.

Camínaron todo el día bajo la lluvia, que no se detuvo, aunque amainó al cabo de un tiempo. Se detuvieron una vez para almorzar y dos veces para rellenar los odres de agua, pero aparte de eso no descansaron. Nadie estaba cansado, ni siquiera Vree Erreden. Eran elfos y estaban acostumbrados a caminar largas distancias, y todos estaban lo suficientemente en forma como para seguir el paso moderado que marcaba Jerle Shannara. El sendero estaba enlodado y avanzaban con pasos inseguros; en más de una ocasión se vieron obligados a encontrar un camino para cruzar un barranco que se había inundado por culpa de la lluvia. Nadie se quejó. Nadie habló demasiado, tampoco. Incluso cuando se sentaron para comer, mantuvieron las distancias entre sí, envueltos en las capas para resguardarse de las inclemencias del tiempo, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Una vez, Tay detuvo a Vree Erreden para comunicarle lo mucho que le agradecía que hubiese tomado la decisión de acompañarlos, lo que le reportó una mirada de incredulidad del localo, como si Tay hubiese perdido el juicio y acabara de pronunciar el mayor disparate que se había dicho en la historia de la humanidad. El druida sonrió, retrocedió y trató de no volver a acercarse al excéntrico hombrecillo.

Avanzaron a un ritmo constante, se alejaron de las montañas que protegían a Arborlon y se acercaron al Sarandanon. Cuando llegó la noche, levantaron campamento. No encendieron ningún fuego y tomaron la cena fría. Entre los árboles, sumidos en la oscuridad y el silencio, no se percibía ningún movimiento más allá de las gotas que caían con una cadencia regular. Pasaría otro día más antes de que salieran de la foresta y se adentraran en las extensas praderas del valle. El territorio cambió drásticamente cuando cruzaron las tierras de labranza que producían las cosechas y el ganado que servía para alimentar a la nación de los elfos. Más allá, a una distancia de casi una semana entera a caballo, los esperaban la Línea Quebrada y su destino.

Tay, empapado, helado hasta los huesos y sumido en sus pensamientos, se sentó solo cuando terminaron de cenar y fijó la vista en la penumbra. Esperando encontrar algo que se le hubiera pasado por alto, recordó la visión de la piedra élfica negra que Bremen había visto en el Cuerno del Hades. A esas alturas, los detalles de la visión ya le eran familiares, los había allanado como si fueran un papel arrugado, para poderlos revisar y contemplar a placer. Bremen le había ofrecido una descripción detallada del

lugar donde se escondía el talismán, tal y como se la había ofrecido la sombra de Galáfilo, de modo que lo único que le quedara fuera hallarla en la realidad. Eso podía conseguirse de distintas maneras. Los Rastreadores, Preia Starle y Retten Kipp, podían descubrir el paradero de la piedra élfica negra buscando evidencias físicas durante el transcurso de sus exploraciones. Tay podía dar con ella como elementalista, si encontraba las hebras de poder que originaba la magia del talismán entre las grietas. Y Vree Erreden, por su parte, podía atinar el lugar usando sus habilidades especiales como localo, siguiendo el rastro de la piedra como haría con cualquier otro objeto que se hubiera perdido, mediante la clarividencia y la intuición.

Tay observó al localo, que ya se había dormido. Casi todos los demás también dormían o se encontraban en el proceso de conciliar el sueño. Incluso Jerle Shannara estaba estirado, envuelto en una manta. Un único elfo cazador montaba guardia en un extremo del campamento, recorría el perímetro, se movía entre la penumbra, como una sombra más de la noche. Tay lo contempló un momento, mientras dejaba vagar la mente en otras cuestiones, y luego volvió los ojos hacia Vree Erreden. El localo había hurgado en su mente y había examinado la visión de Bremen cuando le había agarrado las manos. Ahora estaba seguro de ello, aunque no se había dado cuenta en aquel momento. Aquello había sido lo que había convencido al localo de acompañarlos, el haber vislumbrado, durante apenas un instante, un paraje perdido en el tiempo, una magia que había sobrevivido a un reino que hacía mucho tiempo que había desaparecido, algo que otrora fue conocido y ahora podía ver la luz de nuevo. Aquel saqueo a sus recuerdos había sido un movimiento inteligente y Tay admiraba el descaro que el otro había demostrado al hacerlo. No cualquiera se atrevería a forzar el cerrojo de la mente de un druida.

Se alzó al cabo de un rato, pues todavía no tenía sueño, y se encaminó hacia el lugar donde el guarda vigilaba. El elfo cazador reparó en Tay, pero no dio muestras de querer dirigirse a él y continuó haciendo la ronda. Tay escudriñó los árboles empapados mientras los ojos se le adaptaban a la luz; distinguía figuras y formas extrañas bajo la lluvia, incluso sin luna ni estrellas. Contempló cómo pasaba un ciervo, pequeño y delicado, al amparo de la penumbra, con la mirada vigilante y las orejas erguidas. Vio aves nocturnas que saltaban de una rama a otra a toda velocidad, cazadoras en busca de una presa que eventualmente encontraban, lo que hacía que se lanzaran con una rapidez asombrosa hacia el suelo del bosque para luego remontar con criaturitas aprisionadas entre garras y picos. En esas víctimas,

Tay vio una efigie del pueblo elfo si el Señor de los Brujos se imponía. Se imaginó cuán indefensos estarían cuando Brona comenzara la cacería. A esas alturas ya se había propagado la sensación de que alguien los buscaba, de que los consideraba una presa. Y, aunque a Tay no le gustaba plantearse esta posibilidad, no creía que la sensación fuera a desvanecerse en mucho tiempo.

Todavía estaba absorto en las implicaciones de todo aquello cuando Preia Starle apareció de la nada junto a él. Se le escapó un grito ahogado y, entonces, se obligó a recobrar la compostura al ver la sonrisa que le asomaba en las comisuras. Preia había estado fuera todo el día, había partido antes con Retten Kipp para explorar las tierras que tendrían que atravesar. Nadie sabía cuándo iban a volver: los Rastreadores tenían la libertad de hacer lo que les pareciera que debían hacer, siguiendo sus propios horarios. Ella le guiñó un ojo al ver que la expresión asustada de Tay daba paso al disgusto. Sin mediar palabra, lo agarró del brazo y lo guio de vuelta al campamento, alejándolo del perímetro. Vestía el atuendo holgado perfecto para estar en el bosque, con guantes y botas mullidas, y todo estaba empapado. La lluvia le pegaba los rizos cortos de color canela a la cabeza y le corría por el rostro, aunque ella parecía no reparar en ello.

Preia le hizo sentarse a unos metros del lugar donde los otros miembros de la compañía dormían; había escogido un sitio seco bajo un roble, donde el espesor de las hierbas les ofrecía algo de comodidad. Se quitó la abrazadera donde llevaba los cuchillos largos, también se despojó de la espada corta y el arco de fresno que llevaba, y se sentó a su lado; en conjunto parecía demasiado frágil y joven para cargar con tales armas.

—¿No puedes dormir, Tay? —le preguntó con un hilo de voz mientras le daba un apretón en el brazo.

Este se cruzó de piernas y sacudió la cabeza.

—¿Dónde has estado?

—Un poco por todas partes. —Se secó la lluvia de la cara con la mano y sonrió—. No me has visto, ¿verdad?

Él le lanzó una mirada atribulada.

—¿Tú qué crees? ¿Disfrutas acortando la vida de los demás dándoles estos sustos de muerte? Si antes ya no había podido conciliar el sueño, ¿cómo voy a ser capaz de dormirme ahora?

Ella reprimió una carcajada.

—Creo que te las arreglarás. Al fin y al cabo, eres un druida, y los druidas pueden arreglárselas con todo. Anímate, mira a Jerle, por ejemplo. Duerme

como un bebé siempre. Se niega a quedarse despierto incluso cuando yo preferiría que lo hiciera.

Pestañeó al darse cuenta de lo que había insinuado y desvió los ojos de prisa. Al cabo de un momento, continuó:

—Kipp ha seguido hacia el Sarandanon para asegurarse de que los caballos y las provisiones están listas. Yo he vuelto para advertiros sobre los gnomos cazadores.

Tay la miró bruscamente y esperó.

—Dos destacamentos de dimensiones considerables —prosiguió ella—. Ambos al norte de donde estamos. Podría haber más. Hay muchísimas huellas. No creo que sepan que estamos aquí. Por ahora. Pero debemos ser cuidadosos.

—¿Sabes qué están haciendo aquí?

Preia sacudió la cabeza.

—Cazar, supongo. Al menos eso es lo que sugería el dibujo que seguían las huellas. No se alejan de las montañas de Kensrowe, al norte de las llanuras. Pero puede que no se queden ahí, sobre todo si nos descubren.

Tay se quedó en silencio un momento mientras cavilaba. Notaba que ella estaba esperando su reacción y mientras tanto estudiaba su expresión en la penumbra. Entre los que dormían, un ronquido se tornó en tos y una figura envuelta en una manta se incorporó. La lluvia caía con una cadencia lenta, un fondo suave sobre la noche cerrada.

—¿Has visto algún Portador de la Calavera? —preguntó al final.

Ella sacudió la cabeza de nuevo.

—No.

—¿Pisadas extrañas de algún tipo?

—No.

Tay asintió, esperando que eso indicara algo. Tal vez el Señor de los Brujos se había dejado los monstruos en casa. Tal vez los gnomos cazadores eran a lo único a lo que se enfrentaban.

Ella se removió y se irguió de rodillas.

—Informa a Jerle, Tay. Debo volver a partir.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo es mejor que más adelante si hay que cubrirse las espaldas. —Sonrió—. ¿Te acuerdas de esa expresión? Siempre la decías cuando hablabas de irte a Paranor y convertirte en druida. Era tu modo de decirnos que nos protegerías, a tus pobres amigos confinados en casa a los que ibas a abandonar.

—Me acuerdo. —Tay le agarró el brazo—. ¿No tienes hambre?

—Ya he comido.

—¿Por qué no te quedas hasta el amanecer?

—No.

—¿No quieres informar a Jerle tú misma?

Preia le estudió el rostro un instante mientras reflexionaba.

—Lo que quiero es que lo hagas tú por mí. ¿Lo harás?

Había cambiado el tono de voz. No admitía réplica. Tay asintió en silencio y apartó la mano.

La Rastreadora se alzó, se volvió a atar los cuchillos y la espada donde los llevaba, agarró el arco y le ofreció una leve sonrisa.

—Y ahora piensa en lo que me acabas de pedir, Tay.

Se escabulló de nuevo entre la penumbra y, al cabo de un segundo, había desaparecido. Tay se quedó allí sentado un rato, considerando lo que Preia había dicho, y luego se levantó para ir a despertar a Jerle.

* * *

Llovió todo el día siguiente, un aguacero incesante. La compañía retomó el avance a través del bosque, vigilantes por si veían a los gnomos, en alerta constante ante cualquier cosa. Las horas transcurrían con lentitud, la salida del sol dio paso al ocaso y el día entero estuvo marcado por un halo de luz grisácea que se filtraba entre la masa de nubes y las ramas cargadas de agua. La marcha era lenta y exasperante. No se tropezaron con nadie en medio de la foresta y nada se movía en la penumbra empapada.

La noche pasó y ni Preia Starle ni Retten Kipp regresaron. Al alba del tercer día, la compañía estaba a punto de llegar al Sarandanon. Había cesado la lluvia, el cielo había comenzado a despejarse y el sol asomaba por los huecos que se abrían en la masa de nubes que se escindían, proyectando haces de luz que surgían del azul brillante. El aire se tornó más cálido y la tierra empezó a humear y a calentarse.

En un claro que resplandecía allí donde el sol iluminaba las flores silvestres, se toparon con el arco de madera de fresno de Preia Starle, roto y enlodado. No había ninguna otra señal de la elfa.

Sin embargo, el suelo estaba lleno de las huellas de las botas de los gnomos cazadores.

La luz comenzaba a apagarse y la oscuridad despuntaba en el horizonte del Anar cuando la retaguardia del vasto ejército del Señor de los Brujos dejó el desfiladero de Jannisson y se adentró en la zona norte de las llanuras de Rabb. Al ejército le había llevado todo el día salir de Streleheim, ya que el paso de Jannisson era angosto y sinuoso, y la hueste, acompañada de una recua de animales de carga, bagaje y carromatos, se extendía a lo largo de casi cuatro kilómetros de una punta a la otra. Los guerreros avanzaban a distintas velocidades, la caballería arreaba las monturas con afán; la infantería ligera, los arqueros y los honderos marchaban con más lentitud, y los soldados rasos, acorazados de pies a cabeza, seguían el camino todavía más despacio. Sin embargo, ningún elemento del gran abanico de componentes que conformaban el ejército era tan pausado, fatigado y problemático como la caravana de carros, que avanzaba pesadamente a través del desfiladero con una falta de progreso exasperante: se detenían cada dos por tres por culpa de ejes y ruedas que se habían roto, por la necesidad constante de dilucidar el camino y de abreviar a los animales, y debido a choques, confusiones y embotellamientos de todo tipo.

Todo eso ofreció a Risca, que observaba desde el escondite que le ofrecían los Dientes del Dragón situado a casi un kilómetro más al sur, una sensación de satisfacción sombría. «Lo que sea con tal de entorpecer la marcha», no dejaba de pensar. Cualquier cosa con tal de retrasar su avance aborrecible hacia el sur, hacia su tierra natal.

Los trolls conformaban el grueso del ejército, impasibles, de piel dura y prácticamente sin facciones, se asemejaban más a las bestias que a los hombres. Los más corpulentos y acérrimos eran los trolls de las rocas, con una altura media de más de seis pies y un peso de varios centenares de libras. Ellos constituían el núcleo del ejército, y su marcha disciplinada, ejecutada

con precisión, era un testimonio de su eficiencia en la batalla. Los trolls restantes estaban ahí, sobre todo, para ocupar espacio. Los gnomos predominaban en la caballería y la infantería ligera; aquellos luchadores pequeños, enjutos y nervudos eran una raza tribal como los trolls, aunque eran menos diestros y estaban menos preparados. Servían en el ejército del Señor de los Brujos por dos razones. La primera y más importante: le tenían pánico a la magia, y la del Señor de los Brujos excedía cualquier cosa que este pueblo hubiese creído posible. Y la segunda y tan solo un ápice menos imperiosa: ya sabían lo que había ocurrido cuando los trolls, mejor armados, más numerosos y más temibles que ellos, habían tratado de resistirse; de modo que pronto habían resuelto formar parte el bando ganador antes de que les impusieran la decisión.

Luego estaban las criaturas que no tenían nombre, seres invocados del averno, cosas surgidas de abismos donde se las había confinado hacía siglos, ahora liberadas gracias a la magia del Señor de los Brujos. Durante el día se tapaban con una capa, con la capucha echada; figuras imprecisas envueltas en espirales de polvo de la marcha, parias por educación y de común acuerdo. No obstante, cuando llegó el ocaso y las sombras comenzaron a alargarse, se despojaron de los mantos que los ocultaban y se mostraron tal como eran: monstruos espantosos y deformes a los que todos los demás evitaban. Entre ellos había los Portadores de la Calavera, los cazadores alados que servían a Brona como su mano derecha. Otrora hombres, los Portadores de la Calavera eran druidas que habían experimentado con la magia con demasiada frecuencia y demasiado a fondo, y habían sido subvertidos. De golpe, estos alzaron el vuelo, se elevaron hacia la luz mortecina y empezaron a buscar presas con las que saciar su hambre.

Y en el centro de todo aquel espectáculo, colocado justo entre las hordas que se deslizaban inexorablemente hacia delante como una balsa en medio de aguas turbulentas, había un palanquín cubierto de seda negra, enorme, en el que transportaban al mismísimo Señor de los Brujos. Lo cargaban entre treinta trolls, flanqueados por las filas del ejército; los ropajes que cubrían el palanquín eran impenetrables y los soportes de hierro estaban tachonados de púas y cuchillas, los banderines ondeaban con un blasón de calaveras blancas. Risca oteó cómo las criaturas alrededor de la litera se inclinaban ante ella y se arañaban, conscientes de que, aunque ellos no pudieran verlo, su Amo y Señor era capaz de hacerlo con facilidad.

Al caer la noche, mientras aún el grueso del ejército bajaba de las Tierras del Norte y se preparaba para marchar hacia el sur para invadir el Anar y

someter a los enanos, Risca se recostó en una grieta de la roca y dejó que las sombras lo envolvieran. Bremen había dado en el blanco, por supuesto; lo había acertado todo. Brona había sobrevivido a la Primera Guerra de las Razas y había permanecido escondido durante todos estos años tan solo para poder recuperar la fuerza y así atacar de nuevo. Ahora había regresado, esta vez como Señor de los Brujos, y había sometido a los trolls y a los gnomos, subyugados y convertidos en sirvientes de su causa. Si los druidas habían sido aniquilados tal y como Bremen había pronosticado (y ahora Risca creía que era la realidad), ya no quedaba nadie para intervenir en nombre de las razas que todavía eran libres, nadie para empuñar la magia. Uno por uno, todos caerían: los enanos, los elfos y los hombres. Una por una, las Cuatro Tierras serían subyugadas. Y sucedería deprisa. Nadie creía que fuera posible y, cuando todo el mundo lo aceptara por fin, ya sería demasiado tarde. Ahora Risca ya había sido testigo la envergadura del ejército del Señor de los Brujos. Gigante, incontenible, monstruoso. Solo mediante la unión de las razas libres podían albergar esperanzas de imponerse. Pero les llevaría tiempo decidirse a hacerlo si dejaban que cada raza decidiera por sí misma. La política ralentizaría cualquier toma de decisión, y el interés propio daría lugar a todo tipo de medidas desacertadas. Las razas que todavía eran libres debatirían, reflexionarían y se convertirían en esclavos antes de darse cuenta siquiera de qué les había ocurrido.

Bremen lo había augurado todo, y ahora era responsabilidad del puñado de individuos que le habían creído encontrar una forma de impedir que sucediera lo inevitable.

Risca metió la mano en el fardo, sacó un pedazo de pan seco que había comprado en los asentamientos del borde de la frontera y comenzó a morderlo, sumido en sus pensamientos. Se había separado de Bremen y de los demás miembros de la pequeña compañía hacía tres días, ante el Cuerno del Hades. Había viajado hacia el este, más allá de Callahorn, para poner sobre aviso a los enanos de que el Señor de los Brujos se acercaba, para prevenirlos del peligro y convencerlos de que debían resistir el embate del ejército de las Tierras del Norte. Sin embargo, cuando había llegado al filo occidental de las Rabb, había decidido que tal empresa sería bastante más fácil si podía informar de que había observado la marcha del ejército con sus propios ojos. Entonces podría ofrecer un cálculo estimado de la magnitud y fuerza del ejército y, de ese modo, podría ser más convincente al exponer su petición. Así, se había desviado hacia el norte y había dedicado el segundo día a llegar al paso de Jannisson. Allí, el tercer día, se había agachado y

escondido en las estribaciones de los Dientes del Dragón y había observado cómo el ejército del Señor de los Brujos emergía de las llanuras de Streleheim y crecía y crecía hasta que había llegado a pensar que no tendría fin. Había contado las unidades y los mandos, los animales, los carromatos, los banderines de cada tribu y los estandartes de batalla hasta que se había hecho una idea de su envergadura. Era como si la nación entera de los trolls marchara a la batalla. Era el ejército más grande que jamás había visto. Los enanos nunca podrían resistirlo solos. Podían entorpecer el avance, retrasarlos tal vez, pero serían incapaces de detenerlos. Incluso en caso de que los elfos ofrecieran resistencia a su lado, todavía los superarían por mucho en número. Y no poseían ninguna magia como las que blandían Brona, los Portadores de la Calavera y las criaturas surgidas del averno. No poseían ningún talismán. Solo tenían a Bremen, Tay Trefenwyd y a sí mismo: los últimos druidas que quedaban.

Risca sacudió la cabeza, masticó y tragó. Lo tenían todo en contra. Debía hallar el modo de equilibrarlo.

Se terminó el pan y dio un largo trago del odre que llevaba colgado en bandolera. Entonces se levantó y se acercó al precipicio, desde donde podía otear el campamento que había levantado el ejército. A esas alturas, ya habían prendido algunas hogueras, la oscuridad de la noche casi era completa y la planicie brillaba con corros de llamas, que espesaban el aire con el humo que desprendían. El ejército se extendía casi a lo largo un kilómetro y medio, bullendo de actividad, vivo, repleto de sonidos y movimiento. Unos preparaban la cena y otros desenrollaban las frazadas. Unos realizaban reparaciones y otros hacían planes. Risca observó desde su posición privilegiada, descorazonado y furioso. Si la fuerza de la voluntad y la ira pudiesen haber detenido aquella locura, con él hubiera bastado. Vislumbró un par de Portadores de la Calavera que volaban en círculo en el cielo impenetrable más allá del halo de la luz del fuego, buscando espías; Risca se encogió todavía más en el escondite entre las rocas, se fundió con las montañas y se tornó un pedazo anodino más de aquel terreno agreste. Paseó la mirada a lo largo y ancho del campamento, pero la vista siempre retornaba hacia el palanquín de seda negra en el que descansaba el Señor de los Brujos. Lo habían dejado en el suelo, en el corazón del ejército, rodeado de trolls y otras criaturas menos humanas, como un pequeño oasis de silencio en un hervidero de actividad. No se encendió ningún fuego alrededor. No se acercó ninguna criatura. Rezumaba oscuridad como un manantial impío, lo que le confería una marca de inviolabilidad y lo dejaba aislado.

Risca contrajo las facciones. El problema surgía y terminaba con el monstruo que ocupaba aquella tienda, pensaba el enano. El Señor de los Brujos era la cabeza de la bestia que los amenazaba a todos. Si le cortas la cabeza, matas a la bestia.

Mata al Señor de los Brujos y destruirás el peligro.

«Mata al Señor de los Brujos...».

Era un pensamiento delirante, insensato e impulsivo y no se permitió continuar por esa línea. Lo apartó y se obligó a contemplar las posibilidades que tenía. Bremen contaba con él. Debía advertir a los enanos sobre la existencia de esa fuerza militar para que pudieran prepararse contra la invasión de su tierra natal. Debía convencerlos de entablar un combate que no podían esperar ganar con un ejército que los cuadruplicaba en número. Debía persuadir a Raybur y a los Ancianos del Consejo enano de que se hallarían los medios para destruir al Señor de los Brujos y que los enanos debían ganar el tiempo necesario para conseguirlo y pagarlo con la vida. Era mucho pedir y supondría un gran sacrificio. Sería su responsabilidad comandarlos, sería el druida guerrero que plantaría cara a cualquier criatura que sirviera al Señor de los Brujos.

Risca había nacido para luchar. Era todo lo que conocía. Se había hecho mayor en el Cuerno del Cuervo, había nacido en el seno de una familia que siempre había vivido en íntimo contacto con la naturaleza de las Tierras del Este. Su padre era explorador y su madre, cazadora. En la familia de su padre, habían sido ocho hermanos y hermanas y en la de su madre, siete. La mayoría vivían a unos cuantos kilómetros los unos de los otros y, en algún momento u otro, todos habían criado a Risca. Durante los años que duró su infancia, vio tanto a sus tías y tíos y primos como vio a sus padres. Educar a los jóvenes era una responsabilidad compartida en su familia. Los enanos de esa parte del mundo siempre estaban en guerra con las tribus de los gnomos y todo el mundo corría peligro. Sin embargo, Risca estuvo a la altura de la amenaza. Le enseñaron a luchar y a cazar desde bien pequeño y descubrió que se le daba bien; mejor que bien, de hecho. Era capaz de percibir cosas que los demás no podían. Era capaz de rastrear lo que otros no podían. Era rápido, ágil y fuerte para su edad. Entendía el arte de la supervivencia. Sobrevivió mientras otros no lo consiguieron.

Cuando tenía doce años, lo había atacado un koden y Risca había matado a la bestia. Tenía trece cuando la compañía de veinte de la que formaba parte había sufrido una emboscada a manos de los gnomos. Él había sido el único que había conseguido escapar. Cuando habían matado a su madre mientras

esta colocaba trampas, Risca tan solo tenía quince, pero había perseguido a los responsables y los había despachado con una sola mano. Cuando su padre había muerto en un accidente de caza, había cargado con su cuerpo y se había adentrado hasta el corazón del territorio gnomo, donde lo había enterrado para que su espíritu pudiera continuar la lucha contra sus enemigos. Por aquel entonces, la mitad de sus hermanos y hermanas ya habían muerto, en combates o debido a una enfermedad. Vivía en un mundo violento e implacable y la vida era dura e incierta. Con todo, Risca había sobrevivido y los demás susurraban (cuando creían que él no los podía oír porque este era supersticioso en asuntos que concernían a la fortuna) que todavía no se había forjado una hoja que pudiera matarlo.

Cuando tenía veinte años, había salido del Cuerno del Cuervo para ir a Culhaven, donde entró al servicio de Raybur, el rey de los enanos recién coronado y un guerrero muy admirado. Sin embargo, se había quedado poco tiempo en Culhaven porque Raybur pronto lo había mandado a Paranor, con los druidas. Raybur había reconocido el talento extraordinario de Risca y creía que serviría mejor al pueblo enano si un joven con el corazón de un guerrero y las habilidades de un cazador aprendía con los druidas. Él, igual que el rey de los elfos, Courtann Ballindarroch, también conocía a Bremen y lo admiraba. De modo que le mandó un mensaje al anciano y le pidió que contemplara la opción de prestarle al joven Risca una atención especial como alumno. Así, con la nota en mano, Risca se había dirigido hacia la montaña de Paranor, donde se alza la Fortaleza de los druidas, y se había quedado allí, donde se había convertido en un seguidor acérrimo de Bremen y un creyente de los designios de la magia.

No apartó los ojos de la tienda de seda negra que se hallaba en el campamento enemigo mientras cavilaba sobre los modos en los que la magia ahora lo servía. Era el más fuerte después de Bremen; tal vez sí que era el más fuerte de todos, teniendo en cuenta su juventud, su resistencia y la edad del otro. Eso era lo que creía con firmeza, aunque sabía que Tay Trefenwyd sin duda se lo rebatiría. Igual que Tay, Risca había estudiado diligentemente las lecciones que Bremen les brindaba, había seguido trabajado incluso después de que desterraran al anciano, poniéndose a prueba a sí mismo una vez tras otra. Había aprendido y practicado solo, ya que nadie en la comunidad druida, ni siquiera Tay Trefenwyd, se consideraba un guerrero ni buscaba controlar el arte de la guerra como él. Para Risca, la magia no tenía otro propósito útil que el de protegerle a él y a sus amigos y aniquilar a los enemigos. Los demás usos de la magia no le interesaban (sanar, vaticinar, la presciencia, la empatía,

el dominio de las ciencias, el elementalismo, la historia y el arte de conjurar). Él era un guerrero, y la fuerza de las armas, su pasión.

Los recuerdos se agolparon y se desvanecieron mientras su pensamiento retornaba a la empresa que le ocupaba. ¿Qué debía hacer? No podía abandonar sus responsabilidades, pero tampoco podía ignorar su esencia. Abajo, la cubierta de seda de la tienda parecía ondear con la danza débil de la luz de las hogueras. Con un solo golpe bastaría. ¡Con qué facilidad solucionaría todos sus problemas si pudiera asestarlo!

Inspiró hondo y expiró lentamente. No tenía miedo de Brona. Era consciente de lo peligroso que era, de su poder, pero no le tenía miedo. Risca también poseía un poder considerable y, si lo usara en un golpe directo, no creía que nada ni nadie pudiera resistirlo.

Cerró los ojos. ¿Por qué estaba contemplando la idea siquiera? ¡Si fallaba, no habría nadie que advirtiera a los enanos! ¡Habría dado su vida por nada!

No obstante, si lo consiguiera...

Se recostó en las rocas, se quitó la capa de viaje y comenzó a despojarse de las armas. Supuso que había tomado la decisión inconscientemente desde el momento en el que se le había ocurrido la idea. Mata al Señor de los Brujos y pon fin a esta locura. Él era el más apropiado para intentarlo. Y el momento idóneo era ahora, cuando el ejército de las Tierras del Norte todavía estaba cerca de su patria y Brona creía que todavía estaba a salvo de cualquier ataque. Incluso si el enano moría también, habría valido la pena. Risca estaba dispuesto a hacer tal sacrificio. Un guerrero siempre estaba preparado para hacer tal sacrificio. Finalmente, comprobó el estado de sus botas, se ciñó los pantalones y la túnica, se metió una daga en el cinturón, cargó con el hacha de guerra y emprendió el camino a través de las rocas. Era cerca de la medianoche cuando llegó a la ladera de la montaña y comenzó a adentrarse en la llanura. En el cielo, los Portadores de la Calavera seguían volando en círculos, pero a esas alturas ya estaba por detrás de ellos y además se había envuelto de magia, que lo ocultaba de su mirada escrutadora. Buscaban enemigos en el exterior, por lo que a él no lo verían. Caminó con soltura y libertad; se acercaba en silencio entre la negrura, la luz de las hogueras no permitía que aquellos que podían notar su avance lo vieran. El sistema de guardias y centinelas era deplorable. Un perímetro de guardas, una mezcla de gnomos y trolls, se habían colocado demasiado separados y demasiado cerca de la luz como para poder divisar nada que pudiera atacarlos desde la oscuridad. El cielo estaba repleto de nubes, el humo espesaba el aire y tan

solo una vista muy aguda en la mejor de las circunstancias sería capaz de atisbar un movimiento en la llanura.

No obstante, Risca no se arriesgó. Se agachó cuando la espesura del pasto y la maleza disminuyó y continuó avanzando de cuclillas, con suma cautela. Decidió que uno de los centinelas gnomo sería su blanco. Dejó el hacha de guerra entre las hierbas altas y prosiguió solo con la daga. El centinela gnomo no llegó a verlo. Risca arrastró el cuerpo inerte entre el pasto, se echó la capucha para esconder el rostro, volvió a cargar con el hacha y se puso manos a la obra.

Otra persona se lo hubiera pensado dos veces antes de dirigirse derecho hacia el campamento enemigo. Risca apenas se lo planteó siquiera. Sabía que acercarse directamente siempre era mejor si tu intención era coger a alguien desprevenido, y que se solía reparar menos en lo que uno tenía delante que en aquello que acechaba por el rabillo del ojo. La tendencia general era pasar por alto aquello que no tenía sentido, y un enemigo solitario que se pasaba tranquilamente por tu lado en medio de un campamento acorazado y bien provisto de armas no tenía ningún sentido.

Con todo, Risca no se adentró en las zonas iluminadas, se quedó en la punta a medida que avanzaba y se aseguró de llevar la capa bien colocada. No trató de pasar desapercibido ni inclinó la cabeza, ya que aquello hubiese levantado sospechas. Se movió como si perteneciera al ejército y no modificó su andar. Travesó el perímetro exterior de guardas y hogueras y continuó hacia el centro del campamento. El humo flotaba a su alrededor y lo aprovechó para ocultarse. Surgían gritos y carcajadas por doquier, los hombres comían y bebían, contaban historias e intercambiaban mentiras. Las armaduras y las armas tintineaban, y los animales de carga pateaban el suelo y resoplaban entre la neblina de la oscuridad. Risca avanzó entre todos ellos sin aminorar el paso, sin perder de vista su destino, ahora una maraña irregular de barras y banderines negros que sobresalían y se alzaban sobre el enjambre de actividad del ejército. Cargaba con el hacha hacia abajo, pegada al costado, y mediante la magia se proyectaba como un soldado irrelevante, como cualquier otro gnomo cazador que se dirigía hacia un lugar intrascendente.

Se adentró en el laberinto de hogueras y soldados, carromatos y pilas de víveres, recuas de animales de cargas amarrados y hombres que arreglaban correas y aparatos, y armeros enormes llenos de picas y lanzas con las astas y las puntas afiladas señalando al cielo. Siempre que podía procuraba no alejarse de las partes del campamento ocupadas por los gnomos, aunque de vez en cuando se veía forzado a travesar bandas de trolls. Los rehuía como lo

haría un gnomo: con deferencia y cautela, sin mostrar miedo, pero tampoco con una actitud desafiante. Se apartaba de ellos a medida que avanzaba, sin llegar a clavar los ojos directamente en esos rostros impersonales y de facciones marcadas ni en esa mirada endurecida por la batalla. Notaba cómo lo observaban y luego desviaban la vista. Sin embargo, nadie lo detuvo o lo llamó. Nadie lo descubrió.

El sudor le recorría la espalda y las axilas, y no era debido al calor de la noche. Ahora los hombres se disponían a dormir, se enrollaban en la capa, se estiraban al lado del fuego y se quedaban en silencio. Risca aceleró. Necesitaba el ruido y el trajín para enmascarar sus movimientos. Si todo el mundo dormía, destacaría, se le vería fuera de lugar al seguir avanzando. Ya se acercaba al cobijo del Señor de los Brujos, ya veía el baldaquino que se erigía entre la negrura que se extendía ante él. La cantidad de hogueras disminuía a medida que se aproximaba y el número de soldados cerca de ese punto menguaba. No estaba permitido que nadie se acercara demasiado al cuartel del Señor de los Brujos y nadie deseaba hacerlo. Risca se detuvo en el extremo de una hoguera donde una docena de hombres estaba durmiendo. Eran trolls, enormes, guerreros de facciones duras, con las armas en el suelo junto a ellos. Los ignoró y se dedicó a examinar el terreno que se extendía ante él. La tienda negra estaba separada por todos los costados del ejército, que dormía a una distancia de cien pies. No se divisaba a ningún centinela. Risca titubeó. ¿Por qué no había ningún guarda? Echó un vistazo en derredor con precaución mientras los buscaba. No había ninguno.

En ese momento, estuvo a punto de dar media vuelta. Sentía que algo no iba bien. Debería haber habido guardas. ¿Estarían esperando dentro de la tienda? ¿Aguardarían en algún lugar que era incapaz de ver? Para descubrirlo, debía atravesar la extensión que se abría entre la tienda y la hoguera más cercana. Había luz suficiente para que descubrieran que se acercaba, de modo que tendría que usar magia para ocultarse. Estaría completamente solo ahí y no tendría dónde esconderse.

Las dudas se le agolpaban en la cabeza. ¿Habría Portadores de la Calavera? ¿Estaban todos fuera, cazando, o se habían quedado algunos para defender a su Amo y Señor? ¿Había otras criaturas que se habían quedado montando guardia?

Las preguntas lo asaltaban, pero no tenía respuestas.

Permaneció quieto, vacilante, echando vistazos en derredor, aguzando el oído y analizando el aire. Entonces, aferró con más fuerza el hacha de guerra y comenzó a caminar. Invocó la magia para escudarse, para que lo ayudara a

difuminarse en la noche, para fundirse con la oscuridad. Tan solo usó un ápice, de modo que cualquiera familiarizado con la magia no pudiera detectarlo. La resolución lo guiaba. Era capaz de hacerlo. Debía hacerlo. Atravesó el terreno abierto, tan sigiloso como una nube que cruza el cielo impulsada por el viento. No percibió ningún sonido. No advirtió ningún movimiento. Incluso a esa altura, seguía sin ver a nadie que guardara la tienda.

De pronto, estaba a un lado. El aire que lo rodeaba se había sumido en una quietud sepulcral: el ruido, los olores y el trajín del ejército se habían desvanecido. Se quedó inmóvil al lado de la seda negra mientras esperaba a que sus instintos le avisaran de una trampa. Como no hicieron tal cosa, deslizó el filo de la hoja del hacha, cortante como una navaja, a lo largo de la superficie oscura de la tela y la rasgó.

Entonces, oyó algo: un suspiro, tal vez, o un gemido débil. Retrocedió de prisa hacia la extensión de tierra.

A pesar de la oscuridad del recinto, la vista se le adaptó de inmediato. Allí no había nada: ni una persona, ni un mueble ni un arma, ni una cama, ni rastro de vida. La tienda estaba vacía.

Risca la contempló, incrédulo.

En ese momento, un siseo rompió el silencio, quedo y penetrante, y el aire comenzó a moverse ante sus ojos. La negrura se unía, se juntaba para modelar algo con sustancia donde hacía un segundo no había nada. Una figura negra y encapuchada empezó a cobrar forma. Risca reparó en lo que ocurría y un escalofrío espantoso lo recorrió. El Señor de los Brujos había estado allí todo ese tiempo, en la oscuridad; invisible, observando y esperando. Tal vez incluso había sabido que Risca se acercaba. No era, como el enano creía, una criatura de carne y hueso que pudiese matar con una arma corriente. Había superado la cáscara mortal gracias a la magia y ahora podía adoptar cualquier forma o incluso ninguna. Ahora entendía por qué no había ningún guarda. No era necesario.

El Señor de los Brujos trató de llegar a él. Por un instante, Risca fue incapaz de moverse y creyó que iba a morir sin poder levantar un dedo para defenderse. Sin embargo, en ese momento, el ardor de su espíritu decidido se impuso al miedo y lo impulsó. Rugió, desafiando a la forma oscura y espantosa, a la mano esquelética que se alargaba para alcanzarlo, a los ojos carmesí como la sangre, a su propio temor y a esa traición de la fortuna. Alzó el hacha de guerra con un movimiento raudo, el ímpetu de su magia la recorría entera. El Señor de los Brujos hizo un gesto y Risca sintió como si

unas cadenas de hierro se le cerraran alrededor del cuerpo. Con un esfuerzo mayúsculo, las partió por la mitad y blandió el hacha de guerra. El arma se hundió en la forma encapuchada y estalló entre llamaradas.

Risca no se quedó para ver cual había sido el resultado de ese golpe. Por instinto, sabía que era una batalla que no podía ganar. La fuerza de sus brazos y las habilidades de guerrero por sí solas no eran suficientes para derrotar al enemigo. En el momento en el que había soltado el hacha, había girado sobre los talones y se había lanzado hacia la apertura de la tienda, se había puesto de pie apresurado y había escapado. Ya se alzaban gritos entre las hogueras y los hombres se estaban despertando. Risca no miró atrás, pero notaba la presencia de Brona como un nubarrón amenazador, tratando de alcanzarlo, de arrastrarlo hacia él. Cruzó el campo raso a toda velocidad y saltó sobre la hoguera más cercana, asestó una patada a las llamas que se extinguían y esparció las chispas y las teas en todas direcciones. Le arrebató una espada a un hombre que dormía y huyó hacia la izquierda, hacia la nube de humo que había provocado al dispersar el fuego.

La voz de alarma recorrió todos los cuarteles. La mano del Señor de los Brujos todavía se alargaba para alcanzarlo, notaba cómo se le cerraba en el pecho, pero el agarre se debilitaba a medida que el enano ponía distancia de por medio. La experiencia le había ofuscado el juicio, por lo que trató de desembotarlo a medida que avanzaba por el campamento. Un troll apareció de improviso ante él, obstruyéndole el paso, pero Risca siguió adelante sin inmutarse, dejando su daga enterrada en el cuello de la criatura. Había reaccionado por instinto, todavía era incapaz de razonar con claridad. Los hombres se arremolinaban a su alrededor, corrían en todas direcciones, buscando el origen de aquel alboroto sin ser aún conscientes de que era él. Se obligó a aminorar el paso, a ignorar el pulso frenético y la sensación tirante del pecho. ¡Diantres! ¡Había estado muy cerca! Ahora se movía con rapidez, pero ya no corría. Si lo hacía, atraería la atención. Invocó la magia, que lo había abandonado cuando se había dado a la fuga, y se percató por vez primera de que por poco había perdido el control de ella por completo, de que casi había cedido al miedo. Se afanó en ocultarse y, luego, giró y se encaminó hacia las llanuras por un camino distinto del que había usado para llegar, una dirección en la que no se les ocurriría buscarle. Si lo descubrían y se veía obligado a luchar para salir de ahí, lo matarían. Eran demasiados para Risca. Eran demasiados para cualquiera, fuera druida o no.

Se apresuró a cruzar el campamento; el calor del encontronazo con el Señor de los Brujos amenazaba con asfixiarlo. Se obligó a respirar de forma

regular, a ignorar la agitación del ejército que había despertado: los chillidos y los gritos, acompañados por el ruido seco de las botas a medida que se mandaban escuadrones de soldados armados en todas direcciones. Enfrente, vio que se materializaba la negrura de las llanuras, el extenso vacío que aguardaba más allá del círculo de hogueras. Había guardas cercado todo el perímetro, observando la oscuridad, esperando un ataque de esa dirección. Risca sentía unas ganas casi irrefrenables de echar la vista atrás para ver qué podía estar persiguiéndolo, pero algo le advirtió de que si lo hacía, se descubriría. Tal vez el Señor de los Brujos vería sus ojos y sabría quién era, incluso aunque estuviera oculto. Tal vez reconocería su rostro. Quizá aquello sería suficiente para que llegara su fin. Risca no se volvió. Prosiguió adelante y aminoró la marcha para escoger el lugar por el que escaparía cuando se acercó al perímetro del campamento.

—Tú y tú—les dijo a un par de gnomos mientras pasaba entre ellos, sin molestarse en bajar el ritmo, impidiendo así que pudieran verle el rostro. Había usado su idioma, una lengua que dominaba desde que tenía diez años. Les hizo señas—. Venid conmigo.

No le cuestionaron. Los soldados rara vez lo hacían. Poseía el aspecto y el tono de un oficial, de modo que fueron sin rechistar. El enano se dirigió con grandes zancadas hacia la oscuridad como si supiera a lo que iba, como si tuviera una misión que cumplir. Los llevó lejos, adentrándose en la negrura, los mandó en distintas direcciones y se limitó a alejarse. No trató de volver a recuperar las armas y la capa, ya que era consciente del peligro que eso encerraba. Tenía la fortuna de seguir vivo y no iba a tentar aún más la suerte. Inspiró la brisa nocturna profundamente y se le suavizó el pulso. Se preguntó si Bremen conocería la naturaleza del enemigo. ¿Había reparado el anciano en el poder que poseía el Señor de los Brujos? Debía de haberlo hecho, ya que había penetrado en los lares del monstruo y lo había espiado. Risca deseó haberle preguntado unas cuantas cosas más al anciano cuando había tenido la oportunidad. Si lo hubiera hecho, nunca habría contemplado la idea de pretender aniquilar a Brona él solo. Se habría dado cuenta de que carecía de las armas necesarias. No le extrañaba que Bremen tratara de encontrar un talismán. No le extrañaba que confiara en las visiones que los muertos le habían ofrecido para guiarse.

Alzó la vista hacia el cielo para ver si había Portadores de la Calavera, pero no divisó a ninguno. Sin embargo, no soltó la magia, sino que permaneció escondido. Llegó a las Rabb y torció hacia el sureste, hacia el Anar. Antes de que la luz del alba lo desenmascarara, ya habría llegado al

bosque y los árboles lo ocultarían. Había escapado y podría seguir luchando; podía sentirse afortunado.

Con todo, ¿qué tipo de batalla podría comandar contra un enemigo como el Señor de los Brujos? ¿Qué podía decirles a los enanos para infundirles esperanza? Las respuestas lo eludían. Se adentró en la noche, buscándolas.

Dos días más tarde, el ejército de las Tierras del Norte acampó a veinte millas de Storlock. Había cruzado las llanuras sin obstáculos, para después doblar hacia el este y el Anar, sin adentrarse en ningún bosque que los entorpeciera; era un gusano enorme y lento que se acercaba muy despacio, aunque a un ritmo constante, a la morada de los enanos. Las hogueras refulgían en la distancia, recortadas contra el cielo del crepúsculo, con un halo de un amarillo brillante que se extendía a lo largo de millas de planicies. Kinson Ravenlock distinguía el fulgor desde lejos, desde los Dientes del Dragón, por debajo de la entrada al Valle de Esquisto. El ejército debía de haberse pasado la tarde cruzando el río Rabb antes de levantar el campamento. Al rayar el alba, reanudarían la marcha hacia el sur, lo que significaba que al atardecer del día siguiente habrían llegado a un punto situado directamente al otro lado de la aldea de los stors.

Eso a su vez comportaba, pensó el fronterizo, que él y Mareth debían cruzar el Rabb esa misma noche, adelantándose al avance del ejército, si querían evitar quedarse atrapados en el lado de las llanuras que no les convenía.

Se quedó inmóvil al amparo de las sombras de una grieta en la roca situada a unos cincuenta pies sobre las llanuras y deseó haber podido llegar hasta allí el día anterior, de modo que no habría sido necesario pasarse la noche cruzando el río. Era consciente de que la oscuridad vendría acompañada de los cazadores alados de Brona, quienes comenzarían a sobrevolar el terreno que se desplegaba entre ellos y cualquier lugar seguro. No era una perspectiva demasiado atractiva. Echó la vista atrás, donde Mareth estaba sentada y se masajaba los pies, tratando de aliviar el dolor que le había provocado la macha forzada de ese día, con las botas tiradas de cualquier manera en el suelo, al lado de la capa y las pocas provisiones con

las que cargaban. No podrían haber llegado allí antes de lo que lo habían hecho, Kinson lo sabía. Le había exigido mucho a la druida para llegar hasta allí. Todavía estaba débil después de lo que había ocurrido en la Fortaleza de los druidas; se le había agotado la fortaleza y necesitaba descansar con asiduidad. Sin embargo, no se había quejado ni una sola vez, ni siquiera cuando él había insistido en que debían renunciar a dormir hasta que llegaran a Storlock. Mareth tenía una voluntad de hierro, reconoció Kinson a regañadientes. Tan solo deseaba poder comprenderla un poco mejor.

Volvió a escudriñar las llanuras, las hogueras y la oscuridad que se propagaba desde el este e iba cubriendo el paisaje capa por capa. Era esta noche, entonces. Ojalá poseyeran la magia para ocultarse durante la marcha, pero Kinson bien podría haber deseado ser capaz de volar. No podía pedirle a la druida que usara la suya, claro. Bremen se lo había prohibido. Y el mismísimo Bremen tampoco era opción, de modo que no recibirían ninguna ayuda por esa parte.

—Ven, come algo —lo llamó Mareth.

El fronterizo se volvió y salió de entre las rocas. Esta había preparado platos con pan, queso y fruta, y había llenado dos vasos de metal con cerveza. Lo habían conseguido mediante trueque con un granjero que vivía al norte de Varfleet el día anterior por la noche, y eso era lo último que les quedaba. Se sentó enfrente de ella y se dispuso a cenar. No la miró. Hacía dos días que habían salido del vencido Paranor, habían bajado por el desfiladero de Kennon por enésima vez y habían torcido hacia el este siguiendo el curso del Mermidon bajo la falda de los Dientes del Dragón hasta llegar allí. Bremen los había mandado como avanzadilla, les había dado órdenes estrictas de seguir adelante sin él, de recorrer el Mermidon hasta llegar al Rabb y luego cruzar este para llegar a Storlock. Allí debían preguntar por un hombre que el druida creía que vivía en algún lugar de las Tierras del Este, en plena naturaleza, en la parte alta del Anar; un hombre sobre quien Kinson nunca había oído hablar. Tenían que descubrir dónde podían hallarlo y, entonces, debían esperar hasta que Bremen pudiera reunirse con ellos. El druida no había explicado por qué habían de encontrar a ese desconocido. Tan solo les había dicho qué debían hacer y luego había desaparecido entre los árboles; más bien le había dicho a Kinson qué debían hacer, para ser exactos, ya que en aquel momento Mareth todavía dormía.

Kinson creía que había vuelto a la Fortaleza de los druidas y el fronterizo se preguntó, de nuevo, por qué razón. Habían huido de Paranor en una vorágine de estrépito e ira, de magia desatada e incontrolable, parte de Mareth

y parte de la Fortaleza misma. Había sido como si una bestia se hubiese alzado para devorarlos y Kinson se había figurado que sentía el aliento de esta en la nuca y que podía oír los chirridos de las garras mientras los perseguía. Con todo, habían escapado y se habían refugiado en los bosques exteriores mientras la noche daba paso al alba y la bestia desahogaba su furia, que finalmente se extinguió. Al día siguiente, habían permanecido bajo el amparo de los árboles y habían dejado que Mareth durmiera. Bremen la había atendido, acongojado al principio, como era lógico, pero cuando esta se había despertado durante el tiempo suficiente como para beberse un vaso de agua antes de volver a dormirse, el druida había dejado de preocuparse.

—Su magia es demasiado poderosa para ella. —Esa había sido la explicación que le había ofrecido a Kinson. Se encontraban velándola durante las últimas horas de la mañana, después de que se hubiera despertado y vuelto a dormir. El sol brillaba alto en el cielo y el recuerdo sombrío de la noche anterior comenzaba a desvanecerse. Paranor era una presencia silenciosa que se erigía tras los árboles, se había tornado muda como la muerte, desprovista de vida—. Es evidente que acudió a los druidas para hallar el modo de comprenderla mejor. Supongo que no llevaba con ellos el tiempo suficiente como para conseguirlo. Tal vez ha pedido acompañarnos porque cree que la podríamos ayudar.

Bremen había sacudido la cabeza canosa y había proseguido:

—Pero ¿te fijaste? Invocó la magia para protegerme de las criaturas que Brona había dejado al anticipar mi regreso ¡pero ha perdido el control en el acto! Parece incapaz de juzgar la cantidad necesaria. O tal vez no sea cuestión de juicio, sino que lo que ocurre es que, al ser invocada, la magia adopta la forma que esta misma prefiere. Sea como fuere, ¡emana de ella como un torrente! Ha consumido a esas criaturas como si fueran mosquitos. Era tan poderosa que ha provocado que la magia que la Fortaleza mantiene para escudarse, la magia terrenal colocada por los primeros druidas, se pusiera en guardia. Esta magia la había puesto a prueba yo mismo al volver para asegurarme de que todavía la protegería. No podía guardar a los druidas del Señor de los Brujos, pero podía preservar Paranor. El poder de Mareth ha sido tan preeminente al aniquilar a las criaturas de Brona que la magia ha interpretado que la mismísima Fortaleza se hallaba en peligro y por eso se ha avivado también la magia terrenal.

—Su magia es innata, dijiste una vez —había musitado Kinson—. ¿De dónde proviene para que sea tan poderosa?

El anciano apretó los labios.

—De otro druida, tal vez. De un elfo que lleva la vieja magia en la sangre. De una criatura del viejo reino de la magia que lo ha sobrevivido. Podría provenir de cualquiera de estos. —Había arqueado una ceja con socarronería—. Me pregunto si ella conoce la respuesta siquiera.

—Yo me pregunto si nos lo diría en tal caso —había respondido Kinson.

Hasta el presente, Mareth apenas había hablado de esa cuestión. Cuando se despertó, Bremen ya se había ido. Fue tarea de Kinson notificarle que no debía usar la magia de nuevo hasta que Bremen hubiese regresado y la orientara. Ella aceptó el mandato con poco más que un asentimiento de cabeza. No dijo nada sobre lo que había sucedido en la Fortaleza. Daba la sensación de haber olvidado el asunto por completo.

El fronterizo se terminó la cena y alzó la vista. Mareth lo estaba observando.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Cavilaba sobre el hombre que debemos encontrar. Me preguntaba por qué Bremen opina que es tan importante.

Ella asintió despacio.

—Cogline.

—¿Sabes cómo se llama?

No respondió. Parecía que no lo hubiera oído.

—Tal vez alguno de tus amigos de Storlock podría ayudarnos.

De pronto, se le apagó la mirada.

—No tengo amigos en Storlock.

Por un segundo, el fronterizo se limitó a contemplarla, perplejo.

—Pero creía que le habías dicho a Bremen...

—Mentí. —Inspiró hondo y desvió los ojos—. Le mentí a Bremen y, antes que a él, también mentí a los druidas de Paranor. Era el único modo que creí posible para que me aceptaran. Estaba desesperada por estudiar con los druidas y sabía que no me lo permitirían si no les daba una razón. De modo que les dije que había estudiado con los stors. Les ofrecí documentos que lo probaban; eran falsos. Los engañé deliberadamente. —Alzó la mirada—. Pero ahora me gustaría dejar de mentir y contar la verdad.

La oscuridad que los envolvía era absoluta: el último haz de luz se había extinguido y seguían sentados, envueltos en las capas, sin apenas ser capaces de distinguir al otro. Como esa noche iban a cruzar el Rabb, Kinson no se había molestado en encender el fuego. Ahora deseaba haberlo hecho para ver su rostro con más claridad.

—Creo —intervino él, despacio— que este sería un buen momento para contar la verdad. Aunque ¿cómo sabré que lo que me digas es cierto y no es otra mentira?

Ella le ofreció media sonrisa con aire triste.

—Lo sabrás.

El fronterizo le sostuvo la mirada.

—Las mentiras que has contado siempre han sido por culpa de tu magia, ¿verdad? —supuso él.

—Qué perspicaz eres, Kinson Ravenlock —le dijo ella—. Me gusta eso de ti. Sí, las mentiras que conté eran algo necesario por culpa de la magia. Estoy desesperada por encontrar un modo de... —titubeó; buscaba la palabra adecuada—. De vivir conmigo misma. He tenido problemas con mi poder durante demasiado tiempo y comienzo a estar cansada y descorazonada. Hay veces que he contemplado la idea de terminar con mi vida debido a lo que la magia me ha hecho.

Hizo una pausa y clavó los ojos en la negrura.

—Tengo magia desde que nací. Magia innata, como le dije a Bremen. Eso sí que era cierto. Nunca he sabido quién es mi padre. Y mi madre murió al darme a luz. Me criaron desconocidos. Si tenía familiares, jamás se dieron a conocer. La gente que me crio lo hizo por razones que nunca he comprendido. Eran personas severas y taciturnas, y me contaron muy poco. Intuyo que sentían cierta obligación para conmigo, pero nunca me explicaron de dónde procedía. Salí de su casa cuando tenía doce años para ser aprendiz de un alfarero, me mandaron a su taller para que me dedicara a ir a buscar y transportar los materiales, a limpiar, a observar si así lo deseaba pero, sobre todo, a hacer lo que se me ordenaba. Tenía la magia, claro, pero no era lo suficientemente madura y esta era tan solo una vaga presencia que se manifestaba en pequeños detalles.

»Al convertirme en mujer, la magia floreció. Un día el alfarero trató de golpearme y me defendí por instinto, invoqué la magia para que me protegiera. Por poco no lo maté. Entonces, me fui y me dirigí hacia las tierras fronterizas, quería encontrar un nuevo lugar para vivir. Durante un tiempo, viví en Varfleet. —Volvió a sonreír—. Tal vez nuestros caminos se cruzaron un día. ¿O ya te habías ido? Supongo que ya te habrías ido. —Se encogió de hombros—. Al cabo de un año, me volvieron a atacar. Esta vez eran varios hombres y tenían otras intenciones más allá de pegarme. Volví a invocar la magia. Era incapaz de controlarla. Maté a dos de ellos. Hui de Varfleet y me dirigí hacia el este.

Sonrió de nuevo, con aire socarrón y amargo.

—Distingues una patrón, supongo. Comencé a pensar que no podía vivir con nadie, porque no podía fiarme de mí misma. Fui de aquí para allá, de comunidad en comunidad, de granja en granja, y me ganaba la vida como podía. Fue una época provechosa. Se manifestaron nuevos aspectos de la magia que poseo. No solo era un arma de destrucción, también podía ser una herramienta de restauración. Descubrí que era una empática. Podía emplear la magia para sanar a aquellos que habían sufrido algún daño. Lo supe por accidente, cuando un hombre que conocía y que me agradaba resultó herido tras una caída y su vida corría peligro. Fue una revelación que me brindó esperanza. Era capaz de controlar la magia que usaba de este modo. No comprendía por qué, pero se me antojaba gobernable cuando la invocaba para sanar y no para destruir. Tal vez la ira es intrínsecamente menos dócil que la simpatía. Lo desconozco.

»Sea como fuere, fui a vivir con los stors, para pedirles que me permitieran instruirme con ellos, para aprender a usar mis habilidades. Sin embargo, no me conocían y no quisieron aceptarme en su orden. Son gnomos y jamás han aceptado a ningún miembro de otra raza para que estudiara con ellos, por lo que rechazaron hacer una excepción conmigo. Durante meses, traté de convencerlos, me quedé en su aldea y observé cómo trabajaban, comía con ellos cuando me lo permitían; tan solo les pedía una oportunidad, nada más.

»Entonces, un día un hombre salió del bosque y se acercó; venía a charlar con los stors. Quería pedirles algo, algo de su sabiduría, y a ellos no parecía preocuparles en lo más mínimo concedérselo. Quedé maravillada. Tras meses de mendigarles, no me habían dado nada. En cambio, ahora aparecía de la nada ese hombre, de las Tierras del Sur, que no gnomo, y los stors no veían la hora de dárselo. Decidí que le preguntaría la razón.

Dejó la marca de la suela de la bota en el suelo, como si escarbara en el pasado.

—Tenía un aspecto peculiar, era alto y delgado, anguloso y huesudo, con el rostro enjuto y despeinado. Parecía estar siempre distraído por sus cavilaciones, como si mantener una simple conversación fuera lo más complicado del mundo. Con todo, conseguí que hablara conmigo. Conseguí que escuchara mi historia. Se hizo evidente, a medida que se la contaba, que sabía muchísimo sobre magia. De modo que se lo expliqué todo. Confié en él. Todavía hoy no sé por qué, pero lo importante es que lo hice. Me contó que los stors nunca me aceptarían, que no tenía sentido que permaneciera en la

aldea. Me sugirió que fuera a Paranor, con los druidas. Me reí. Le señalé que ellos tampoco me aceptarían. Sin embargo, él afirmaba que sí que lo harían. Me indicó qué debía decirles. Me ayudó a concebir una historia y redactó los documentos que me asegurarían ser aceptada. Me dijo que sabía cosas de los druidas, que él mismo había sido uno, hacía ya mucho tiempo, aunque me exhortó a que no mencionara su nombre. No le tenían en muy alta estima, me explicó.

»Entonces, le pregunté cómo se llamaba y él me lo dijo: Cogleine. Me contó que los druidas habían dejado de ser lo que un día fueron. Me contó que, con la sola excepción de Bremen, ya no se aventuraban a recorrer las Cuatro Tierras como habían hecho en otra época. Aceptarían la historia que él me había ofrecido si era capaz de demostrar mis habilidades curativas. No se molestarían en comprobarla, eran confiados en exceso. Y tuvo razón. Hice cuanto me dijo y los druidas me aceptaron.

Suspiró.

—Pero ves por qué le pedí a Bremen que me enseñara, ¿no es cierto? El estudio de la magia no se alienta en Paranor, al menos no en un grado útil. Tan solo unos pocos, como Risca y Tay, la comprenden de verdad. No se me brindó la oportunidad de descubrir cómo controlar la mía. Si hubiera revelado que la poseía, me habrían expulsado de inmediato. Los druidas tienen miedo de la magia. O debería decir tenían, ya que ahora no queda ninguno.

—¿Ha aumentado el poder de tu magia? —le preguntó el fronterizo cuando ella hizo una pausa—. ¿Se ha tornado más incontrolable? ¿Fue lo que te ocurrió cuando la invocaste en la Fortaleza?

—Sí. —Presionó los labios hasta que tan solo se veía una fina línea y las lágrimas le asomaron a los ojos—. Lo viste. Me arrolló por completo. Era como un torrente que amenazaba con ahogarme. ¡No podía ni respirar!

—Por eso buscaste a Bremen para que te ayudara a hallar el modo de dominarla, el único druida que podía comprender ese poder.

Ella lo miró de hito en hito.

—No voy a pedir disculpas por lo que he hecho.

Él le sostuvo la mirada durante un momento.

—En ningún caso se me ha pasado por la cabeza. Tampoco yo voy a juzgarte por las elecciones que has tomado. No he vivido tu vida. Sin embargo, creo que las mentiras deberían terminar aquí. Y creo que todo esto también se lo deberías contar a Bremen en cuanto lo veas. Si esperas que te ayude, como mínimo deberías ser sincera con él.

Ella asintió y se secó los ojos con irritación.

—Es lo que pretendo —saltó. Parecía pequeña y vulnerable, pero usó un tono severo. No iba a revelar nada más sobre sí misma, se percató el fronterizo. Le debía de haber costado muchísimo contarle todo lo que le había contado.

—Se puede confiar en mí —dijo ella de pronto, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—Sí, menos con tu magia —la corrigió él.

—No. Incluso con eso. Se puede confiar en que no la voy a usar hasta que Bremen me lo indique.

La examinó en silencio durante unos segundos y luego asintió.

—Muy bien.

De repente, se le ocurrió, para su sorpresa, que se parecían mucho. Ambos habían viajado hasta muy lejos para dejar atrás el pasado y ninguno había terminado aún el periplo. Ambos se habían aliado con Bremen y sus vidas se habían entrelazado con la del druida de una forma inextricable, y ninguno de los dos, en estos momentos, podía concebir otra opción.

Echó un vistazo al cielo y se puso de pie.

—Ya es hora de que nos pongamos en marcha.

Se oscurecieron el rostro y las manos, ataron los utensilios y las armas que llevaban de modo que no entrechocaran entre sí, salieron del escondite en las rocas y se dispusieron a cruzar el Rabb. La brisa nocturna era fresca y débil, provenía de las estribaciones y transportaba el aroma de la salvia y el cedro. Las nubes se desplazaban por el cielo y ocultaban la media luna y las estrellas de modo que proyectaban una luz difusa en los breves momentos en que no estaban cubiertas por las nubes. En una noche así el sonido viajaba lejos, de modo que Kinson y Mareth avanzaron con sigilo y prudencia a través de las hierbas altas, evitando pisar grava suelta que pudiera delatar su presencia. Al norte, la luz del campamento del ejército ardía, una humareda azafrán recortada sobre la oscuridad se elevaba entre los Dientes del Dragón al oeste y el Anar al este. De vez en cuando, Kinson se detenía y aguzaba el oído: descartaba los sonidos habituales de la zona y recelaba de los que no lo eran. Mareth lo seguía de cerca, en silencio. Kinson la notaba allí sin tener que volver la mirada, como una sombra a su espalda.

Las horas transcurrieron y las llanuras se extendían infinitas ante ellos, dándoles la sensación de que no avanzaban. Kinson vigilaba el cielo nublado, temía a los cazadores alados que estarían merodeando en mitad de la noche. Vigilaba por costumbre, no porque esperara encontrarse con esos seres oscuros. La experiencia le había enseñado que primero los percibiría y, en

cuanto lo hiciera, debía esconderse de inmediato, ya que si esperaba hasta que los viera sería demasiado tarde. Con todo, no sintió ese hormigueo desagradable, ese torrente de temor glacial, esa alarma apremiante; de modo que siguió adelante con Mareth pisándole los talones diligentemente.

Se detuvieron una vez para beber de los odres, se arrastraron por un barranco que serpenteaba, invadido de maleza, y se sentaron codo con codo en la oscuridad. Kinson se encontró preguntándose a sí mismo cómo debía de haber sido la vida de Mareth, desprovista de amigos y familia, convertida en marginada por culpa de la magia y sin hogar, tanto fruto de la elección como de las circunstancias. Pensó que demostraba el valor que tenía al perseverar, al no darse por vencida cuando lo más fácil habría sido hacer precisamente eso. Al escoger su camino, tampoco se había puesto a sí misma ni a otros en peligro. El fronterizo sospechó de la cantidad de detalles reveladores que Bremen habría deducido para decidir que le permitía que los acompañara. Dudó de hasta qué punto Mareth había conseguido engañar al anciano. No tanto como ella creía, supuso Kinson. La experiencia le había enseñado que Bremen era capaz ver dentro de ti como si estuvieras hecho de cristal y pudiera ver tu interior. Esa era una de las razones por las que había conseguido conservar la vida durante todos esos años.

En algún momento pasada la medianoche, uno de los Portadores de la Calavera se cruzó en su camino. Provenía del este, de la dirección de la que venían, lo que sorprendió a Kinson, que creía que cualquier amenaza vendría del norte. Percibió a la criatura y al instante se echó de bruces sobre un terreno lleno de maleza y arrastró a Mareth consigo. Al ver su expresión, reparó en que ella era consciente de lo que ocurría. Tiró de ella hacia su cuerpo, tratando de ocultarlos cuanto le fuera posible.

—No mires al cielo —le susurró el fronterizo—. Ni siquiera pienses en lo que nos sobrevuela; si no, nos percibirá.

Se quedaron tendidos bocabajo sobre la tierra mientras la criatura se acercaba volando; el miedo que sentían fue en aumento hasta que los embargó por completo, como un sol que llega a su cénit. Kinson se obligó a respirar con normalidad y a recordar cuando era un muchacho y salía a cazar con sus hermanos. Se quedó en silencio, con el cuerpo completamente inmóvil, los músculos relajados y los ojos cerrados. Ceñida a él, Mareth ajustó su respiración y su pulso a los suyos. El Portador de la Calavera los sobrevoló en círculos. Kinson lo percibía, sabía lo cerca que estaba por experiencia, gracias a los días que se había pasado explorando las Tierras del Norte, cuando los cazadores alados hacían batidas por el territorio por el que él había viajado

todas las noches. Bremen le había enseñado cómo podía eludirlos, cómo sobrevivir. Las sensaciones que generaban los monstruos no podían evitarse, pero podían soportarse. Al fin y al cabo, no hacían daño en sí mismas. Mareth lo comprendía. No se removió ni tembló bajo el brazo que había echado sobre ella. No trató de levantarse ni de salir corriendo del lugar donde se escondían. Se quedó en el suelo como él, paciente y resuelta.

Por fin, el Portador de la Calavera siguió adelante y se dirigió hacia otra parte de las llanuras; los dejó aterrados, pero también aliviados. Mientras se alzaban, Kinson pensó que siempre lo dejaban así. Detestaba aquella sensación, la vergüenza que le producía tener que agachar la cabeza de ese modo, tener que esconderse. Claro que hubiese detestado aún más morir.

Le ofreció una sonrisa reconfortante a Mareth y siguieron avanzando entre la negrura.

* * *

Llegaron a Storlock justo antes del alba, mojados y calados debido a un chaparrón repentino que los había cogido a aproximadamente un kilómetro y medio de la aldea. Con expresiones apesadumbradas y deferencia, los stors, siempre vestidos de blanco, salieron a su encuentro y los llevaron adentro. Apenas si cruzaron alguna palabra; no parecían necesarias. Parecía que los stors los habían reconocido a los dos y no les preguntaron nada. Cabía la posibilidad de que los recordaran de antes, pensó Kinson mientras lo conducían a cubierto. Mareth había vivido con los stors y él los había visitado en diversas ocasiones en compañía de Bremen. Sea como fuere, eso les facilitaba las cosas. Aunque solían guardar las distancias y andaban absortos en sus cosas, los stors no escatimaron al brindarles comida y refugio. Como si llevasen largo tiempo esperando a estos huéspedes, los stors les ofrecieron sopa caliente, ropa seca y camas en las habitaciones para visitantes que tenían en el edificio principal. Al cabo de una hora de haber llegado, Kinson y Mareth ya dormían.

Cuando se despertaron, caía la tarde. Había dejado de llover, de modo que salieron para inspeccionar las inmediaciones. La aldea estaba en calma y los bosques que la circundaban parecían carentes de vida. Mientras caminaban por la calzada de un extremo al otro, se cruzaron con stors que pasaban por su lado como espectros, silenciosos, afanados en sus tareas, sin apenas alzar la mirada para ver a los forasteros. Nadie se les acercó. Nadie habló con ellos.

Visitaron varios hospitales donde los curanderos sanaban a las personas que acudían a ellos desde todos los rincones de las Cuatro Tierras. Nadie parecía preocupado por su presencia allí. Nadie les pidió que se marcharan. Mientras Mareth se detenía para jugar con un par de niños gnomos que se habían quemado por accidente en una cocina, Kinson se dirigió al exterior y se quedó observando la foresta que se oscurecía mientras cavilaba sobre los peligros que comportaba la cercanía del ejército de las Tierras del Norte.

Durante la cena, compartió sus preocupaciones con Mareth. El ejército ya habría llegado a un punto en el Rabb muy cercano al lugar donde se erigía la aldea. Si necesitaban suministros o víveres, como siempre solía ocurrir, mandarían a una avanzadilla para conseguirlos y Storlock afrontaría un serio peligro. La mayoría sabía de los stors y del trabajo que realizaban y respetaba su intimidad. Sin embargo, el ejército de Brona se atendería un código de comportamiento completamente distinto, a una serie de reglas muy diferentes y las protecciones que la aldea se permitía bien podrían no existir, porque tendrían el mismo efecto. ¿Qué sería de los stors si un Portador de la Calavera llegaba allí merodeando? Los curanderos no tenían cómo resguardarse; no sabían nada sobre luchar. Dependían únicamente de su neutralidad y desinterés en la política para mantenerse a salvo. No obstante, ¿sería eso suficiente contra los cazadores alados?

Mientras le daban vueltas, preguntaron por Cogle y casi al instante supieron dónde podrían encontrarlo. No parecía ser un secreto. Cogle trataba con los stors de forma regular, prefería comerciar con ellos para conseguir aquello que precisaba en vez de acudir a las postas comerciales que salpicaban la foresta de la periferia donde se había refugiado. El que otrora fue druida había construido su hogar en el corazón del Anar, en la maraña rara vez recorrida de la Tramoscuro, en un lugar conocido como la Chimenea Rocosa. Ni siquiera Kinson había oído hablar de la Chimenea Rocosa, aunque sí de Tramoscuro, y consideraba que era mejor rehuir ese lugar. Allí vivían los gnomos araña, criaturas enjutas y nervudas, apenas humanas, tan salvajes y primitivas que estaban en íntima comunión con los espíritus y les ofrecían sacrificios a los viejos dioses. Tramoscuro era un mundo que se había detenido en el tiempo; no había cambiado un ápice desde el advenimiento de las Grandes Guerras y a Kinson no le hizo ninguna gracia saber que, con toda probabilidad, habría que viajar hasta allí.

Después de cenar y de que los stors hubieran retomado la tarea que fuera que exigía su atención, el fronterizo se sentó junto a la muchacha en un banco de respaldo duro en el porche del comedor y observaron la penumbra

creciente. Los pensamientos le impedían concentrarse. Bremen no había aparecido. Tal vez todavía se encontraba en Paranor, o tal vez estaba atrapado en la otra ribera del Rabb y el ejército de las Tierras del Norte se alzaba entre ellos. A Kinson le disgustaba la incertidumbre de que le provocaban esos pensamientos. No le gustaba verse obligado a esperar la llegada del druida, a estar ocioso cuando preferiría estar atareado. Era capaz de esperar cuando era necesario, pero se cuestionaba la razón que los obligaba a esperar ahora. Se figuraba que Bremen debería haberlo enviado a buscar a Cogline, incluso si eso comportaba adentrarse en Tramoscuro. Le daba la sensación de que se les escurría el tiempo a todos.

Una hilera de stors apareció en el comedor, cubiertos con la capa y encapuchados, retraídos y reservados. Se dirigieron hacia los escalones del porche y cruzaron la calzada hasta otro edificio; las figuras blancas desaparecían paulatinamente entre la bruma gris del crepúsculo, como fantasmas avanzando en la noche. Kinson se preguntó sobre la naturaleza de su mentalidad, sobre la mezcla peculiar de dedicación al trabajo y deliberada ignorancia hacia el mundo que se extendía más allá de su pequeña aldea. El fronterizo le echó un vistazo a Mareth mientras trataba de imaginársela como uno de ellos y se preguntaba si todavía deseaba que la hubiesen aceptado en la orden. ¿Habrían sido mejores para ella, acosada por los caprichos de su propia magia, ese aislamiento y la amenaza de que su poder se descontrolara? ¿Se hubiese sentido menos coartada aquí que en Paranor? El rompecabezas que constituía la vida de la muchacha lo intrigaba, y se sorprendió al pensar en ella de una forma que no había empleado con nadie más.

Aquella noche, Kinson durmió mal: tuvo pesadillas infestadas de criaturas amenazadoras y sin rostro. Cuando se despertó, poco después del despuntar del alba, se había puesto en pie y empuñaba la espada antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. Oía voces que procedían de afuera, ásperas y guturales, y distinguía el tintineo y el chirrido de las armaduras. Enseguida supo lo que ocurría. Cargando solo con la espada y dejando las botas allí, salió corriendo de la cámara y avanzó con sigilo por el pasadizo hasta la entrada principal, donde una hilera de ventanas se abrían a la calle principal. Amparándose en las sombras, escudriñó el exterior.

Un gran destacamento de asalto formado por trolls había aparecido en la calzada y estaba enfrente a un pequeño grupo de Stors que se alzaban en las escaleras del centro de curación principal que había en el camino. Los trolls iban armados y avanzaban amenazadores; sus ademanes evidenciaban que pretendían entrar. Los stors no se oponían a ellos de forma abierta, pero

tampoco les cedían el paso. Las voces airadas eran las de los trolls; los stors se mantenían en silencio, estoicos, ante las amenazas de los intrusos. Kinson era incapaz de determinar qué querían los trolls: no sabía si eran víveres y suministros o algo más. Con todo, era evidente que los intrusos no iban a ceder respecto a sus exigencias. Comprendían con la misma claridad que el fronterizo que no había nadie en toda la aldea que pudiera hacerles frente.

Kinson observó desde el edificio en la penumbra, desde el corredor lleno de sombras, desde la espesura del bosque y desde la calzada, y meditó las opciones. Podía quedarse donde estaba y esperar que no sucediera nada. Si lo hacía, estaba condenando a los stors al sino que los trolls prefirieran. También podía atacar a los trolls desde la retaguardia, seguro que era capaz de matar a cuatro o cinco antes de que el resto lo subyugaran. No conseguiría demasiado con eso. Cuando lo mataran, los trolls harían lo que quisieran con los stors, de todos modos. También podía tratar de provocar una distracción. Sin embargo, no había nada que asegurara que sería capaz de alejar a todos los trolls de la aldea o de que no fueran a regresar más adelante.

De pronto, se acordó de Mareth. Tenía el poder para salvar a esa gente. Su magia tenía el poder suficiente para incinerar al destacamento entero de trolls en un abrir y cerrar de ojos. No obstante, Mareth tenía prohibido usar la magia y sin ella era tan vulnerable como los stors.

Al otro lado del camino, uno de los trolls comenzó a enfilear los escalones del porche, con la pica bajada y en actitud amenazante. Los stors aguardaban como ovejas vestidas de blanco, paralizadas en el camino del lobo. Kinson aferró la empuñadura de la espada con más fuerza, avanzó hacia la entrada principal y la abrió con sigilo y prudencia. Lo que fuera que hiciera, debía hacerlo rápido.

El fronterizo estaba listo para salir de las sombras del umbral cuando un chillido se alzó entre los stors asediados. Alguien se abrió paso a empujones desde el edificio que protegían, una figura desgarrada y medio vestida que se tambaleaba y agitaba los brazos como si sufriera algún tipo de demencia. Dejaba un rastro de harapos, las vendas de las heridas que ahora se apreciaban abiertas y supurantes. Llagas y laceraciones cubrían el rostro de la criatura, y tenía el cuerpo endeble debido a una enfermedad corrosiva que tan solo había dejado los huesos tirantes bajo la piel manchada y marchita.

La figura emergió a trompicones del grupo de stors hasta el borde del porche mientras gemía desesperada. Los trolls alzaron las armas, en guardia, y el más avanzado retrocedió, asustado.

—¡La peste! —aulló la criatura destrozada; la palabra rompió el silencio, discordante y atroz. Un enjambre de insectos alzó el vuelo desde la espalda de la criatura con un zumbido terrible—. ¡La peste está por todas partes! ¡Huid! ¡Huid!

La criatura se tambaleó y se desplomó de rodillas. Se le desprendieron pedacitos de carne y la sangre manaba de las heridas abiertas y goteaba sobre los escalones de madera, humeando en contacto con el aire nocturno y gélido. Kinson hizo una mueca, horrorizado. ¡La enfermedad estaba provocando que se cayera a pedazos!

Para los trolls, aquello fue demasiado. Soldados hasta la médula, eran valientes cuando había que enfrentarse a enemigos que pudieran ver, pero los aterraba lo invisible como al tendero más dócil. Se batieron en retirada sumidos en el caos, tratando de no evidenciar el miedo, pero decididos a no quedarse ni un segundo más cerca de aquella devastación que se había desplomado en los escalones ante ellos. El líder se despidió de los stors y la aldea con un gesto desafiante y ansioso, y el destacamento entero se apresuró a rehacer el camino hacia el Rabb, donde desaparecieron entre los árboles.

Cuando se hubieron marchado, Kinson avanzó hacia la luz mientras bajaba la espada y notó cómo el pulso se le calmaba y el ardor de la sangre se le enfriaba. Volvió la vista hacia los stors y los encontró apiñados alrededor de esa extraña aparición, haciendo caso omiso de la enfermedad que la había asolado. Obligándose a ignorar su propio temor, se acercó para ver si podía serles de utilidad.

Al llegar allí, descubrió a Mareth entre ellos.

—He roto la promesa —dijo; esos grandes ojos oscuros que tenía reflejaban inquietud y el rostro, tribulación—. Lo siento mucho, pero no podía echarme a un lado y ver cómo los atacaban.

—Has usado la magia —dedujo él, maravillado.

—Solo un poco. Solo la parte que incumbe a la curación, la que uso como empática. Puedo revertirla para que lo que está sano parezca enfermo.

—¿Parezca?

—Es decir, en su mayoría —titubeó. Ahora el fronterizo reparaba en la fatiga, en las ojeras que le enmarcaban los ojos, en las arrugas de un dolor pasajero que le rodeaban las comisuras de los labios. El sudor le perlaba la frente. Tenía los dedos contraídos y rígidos—. Lo entiendes, ¿verdad, Kinson? Ha sido necesario.

—Y peligroso —añadió él.

Mareth parpadeó con fuerza. Se encontraba al borde de sufrir un colapso.

—Estoy bien. Tan solo necesito dormir. ¿Puedes ayudarme a caminar?

Sacudió la cabeza, consternado; luego levantó a la joven en vilo sin mediar palabra y la condujo de vuelta a su cámara.

* * *

Al día siguiente, el ejército de las Tierras del Norte levantó el campamento y prosiguió la marcha hacia el sur. Al cabo de otro día, apareció Bremen. Mareth ya se había recuperado de los efectos de usar la magia y volvía a estar fuerte y sana; sin embargo, parecía que Bremen hubiese ocupado su lugar. Ofrecía un aspecto demacrado y agotado, cubierto de polvo y salpicado de barro, y a todas luces airado. Comió, se dio un baño, se vistió con ropa nueva y, luego, les contó lo que lo había retrasado. Tras haberse asegurado de que la magia que protegía la Fortaleza de los druidas había vuelto a su guarida y que la Fortaleza seguía intacta, había regresado por enésima vez al Cuerno del Hades a hablar con los espíritus de los muertos. Albergaba la esperanza de descubrir algo más sobre las visiones que se le habían mostrado la última vez que había estado allí, de que tal vez le revelaran algo nuevo. Sin embargo, los espíritus no quisieron hablar, ni siquiera aparecieron, y las aguas del lago se alzaron con tal ferocidad cuando los invocó que amenazaron con inundarlo todo y arrastrarle a él hacia las profundidades por su atrevimiento. El tono de voz se le tornó agudo mientras describía cómo se le había tratado. Parecía que ya había recibido toda la ayuda que le iban a ofrecer. El sino de todos, de ahí en adelante, residía en sus manos.

Al preguntarle por Cogline, el druida objetó. Ya habría tiempo para esa cuestión más tarde. Por ahora, debían ser pacientes y dejar que el anciano descansara.

Kinson y Mareth sabían que era mejor no llevarle la contraria. Sin duda, el anciano necesitaba unos días para descansar y recuperar las fuerzas.

No obstante, antes de que hubiera amanecido al día siguiente, el druida los sacó de la cama y, en el silencio sepulcral que precede al alba, los guio por la aldea aún dormida de los stors hacia Tramoscuro.

Ante la ausencia de Preia Starle y Retten Kipp y la proximidad del Sarandanon, Tay Trefenwyd había asumido la posición de vanguardia de la pequeña compañía que procedía de Arborlon. Jerle Shannara se había opuesto, pero no con rotundidad, y admitió que Tay tenía razón al afirmar que, gracias a sus habilidades de druida, él era el más indicado para vigilar ante cualquier amenaza. Tay creó una telaraña de magia apenas perceptible, formada por hilos que se desplegaban como terminaciones nerviosas para prevenirlo de lo que aguardaba más adelante. Gracias a su formación de druida, usó su dominio de los elementos para determinar si había intrusos.

Nada apareció.

Tras él, los demás se abrieron en abanico, vigilando a derecha e izquierda. La mañana se volvió cálida, la humedad de los últimos días se secó y los árboles que se alzaban ante ellos se tornaron cada vez más delgados, de modo que el valle de Sarandanon apareció ante ellos: su ancha extensión se alargaba hasta la neblina de las montañas que se erigían hacia el oeste, en la lejanía.

Tay dejó vagar la mente. Por primera vez desde que había regresado de Paranor, se permitió contemplar las consecuencias de haber perdido a Preia Starle. Era una actividad extraña, puesto que en realidad, para empezar, nunca había sido suya para considerar ahora que la había perdido. Teniendo en cuenta que, en primer lugar, ella no pertenecía a nadie, su lugar estaba junto a Jerle. Siempre había estado destinada a él y Tay lo sabía. No obstante, reparó en que todo este tiempo había pensado en ella como si su lugar estuviera junto a él de todos modos; se percató de que la había amado de forma incondicional y sin una pizca de resentimiento hacia Jerle, dando por hecha la relación de ella con su mejor amigo y contentándose con guardarla en la memoria como un recuerdo que podía evocar y admirar pero nunca llegar a poseer. Tay era

druida, y los druidas no tenían pareja, dedicaban la vida a la búsqueda de conocimiento y a difundir el saber. Vivían apartados y morían solos. Sin embargo, albergaban los mismos sentimientos que el resto de hombres y mujeres, y Tay comprendía que, de alguna forma, lo que sentía por Preia siempre lo había mantenido en pie.

¿Qué sería de él si ella ya no estaba?

La pregunta le ardía en las entrañas como si fuera fuego, le calentaba la sangre, le quemaba la piel y amenazaba con destruirlo. Si apenas era capaz de plantearse la pregunta, aún menos podía formular una respuesta. ¿Y si había muerto? Siempre había estado preparado para perderla de otras maneras. Sabía que tarde o temprano se iba a casar con Jerle. Era consciente de que formarían una familia y llevarían una vida separada de la de él. Se había alejado de cualquier otra opción hacía muchos años. Había partido y había dejado todo aquello atrás al irse a vivir con los druidas, al convertirse en un miembro del orden. Entendía que lo que sentía por ella no iba a cumplirse en la vida real, sino que debía permanecer como una fantasía encerrada en su imaginación; que Preia nunca iba a ser más que una amiga íntima.

Con todo, pensar en su muerte, en que su vida había terminado, lo obligó a reconocer lo que antes no había sido capaz de admitir: que siempre había albergado la esperanza, por muy leve que fuera, de que de algún modo pudiera suceder lo imposible y ella abandonara su lugar junto a Jerle para estar con Tay.

Reparar en esto le supuso tal conmoción que, por un instante, perdió la noción de dónde estaba, soltó los hilos exploradores de magia y renunció a inspeccionar los recovecos lúgubres que se escondían ante ellos. No veía otra cosa que esta simple verdad: había alimentado el sueño de tener a Preia junto a él y lo había protegido con celo en el rincón más secreto de su mente: Preia junto a él, porque no podía evitar quererla.

«¡Ah, diantres!».

Recuperó la compostura en un abrir y cerrar de ojos, recogió los hilos de magia y volvió a desplegarlos. No podía permitirse seguir esa línea de pensamiento. No osaba pensar más en Preia Starle. Las advertencias de Bremen se le agolparon en la mente, recordó las palabras, pesadas como el hierro de una armadura, que lo maniataban: convence a los elfos de que acudan a auxiliar a los enanos. Encuentra la piedra élfica negra. Esas dos órdenes guiaban su vida. No importaba nada más. Había otras vidas además de la suya, algunas de gente a la que amaba, que dependían de su perseverancia, su diligencia y su determinación. Fijó la mirada en la bruma

que cubría el valle ante ellos, se olvidó del presente y se centró en el futuro solo a base de fuerza de voluntad.

Cuando llegó el mediodía, ya habían cruzado hasta el Sarandanon. Se habían encontrado, dos veces más, huellas de gnomos cazadores en grandes cantidades, sin llegar a verlos. Los elfos ahora estaban tensos, deseaban con todas sus fuerzas alcanzar las monturas que les habían prometido y salir de esa región. Si los sorprendía en campo abierto una fuerza más numerosa, sin ningún lugar al que huir, se enfrentarían a graves problemas. Tay examinó la tierra y el cielo, buscando a los gnomos, y, aunque no encontró marcas de su marcha, tampoco dio con ninguna evidencia de su presencia allí. Los gnomos, decidió, batían el lado oriental del valle de forma entrecruzada con tal de encontrarlos. Si habían hallado a Preia, sabrían que no estaba sola. Un Rastreador formaba parte de un destacamento mayor, exploraba solo por delante del grupo. ¿Habría sido entonces cuando habrían encontrado a Preia? ¿Acaso estaba Tay reconociéndolo? Parecía la conclusión inevitable tras el hallazgo de su arco partido en medio de un cúmulo de huellas del enemigo. Todas ellas conducían de forma ineludible a la segunda pregunta, la que estaba tratando de evitar con todas sus fuerzas.

Jerle conocía todos los puestos de avanzada que había en el valle, donde había caballos disponibles para los elfos cazadores, y los guio hasta el más cercano. El terreno se ondulaba, y allí donde no había campos crecían las hierbas altas y frondosas. Avanzaron por estas zonas y evitaron subir a ninguna colina. Cuando estaban a menos de un kilómetro y medio de llegar al destino, Tay percibió con más fuerza a los gnomos cazadores y detuvo a la compañía. En algún punto ante ellos les habían tendido una trampa. Los gnomos aguardaban su llegada. Tay y Jerle avanzaron solos, dejaron atrás a los demás, con ordenes de que esperaran a que volvieran; se dirigieron hacia el sur y luego hacia el norte de nuevo para llegar desde una dirección distinta de aquella desde la que se les esperaba. La magia de Tay los protegía de ser descubiertos y les ofrecía un lugar desde el que observar. Cuando se acercaron al grupito de edificios que conformaban el puesto de avanzada, Tay pudo afirmar que ese era el lugar donde estaba tendida la trampa. El viento, poco más que una brisa suave, les acariciaba el rostro y ambos fueron capaces de oler al enemigo con nitidez: una mezcla tosca de aceite corporal y tierra, denso y penetrante. No se habían molestado en enmascararlo. Tay se alarmó de inmediato: los gnomos cazadores solían ser más precavidos. Se arrastraron hasta un punto desde donde podían observar un lado del establo y la totalidad del cercado donde los caballos pastaban. No había nada. El cercado estaba

vacío. No había ni un alma en el patio. No se oía ningún ruido proveniente de la casa.

Con todo, había algo ahí escondido. Tay lo sabía con certeza.

Aún reticentes a avanzar sin saber qué había ocurrido y mientras ambos pensaban, sin compartirlo en voz alta, que Preia Starle podría haberse visto envuelta en aquello, Tay y Jerle caminaron siguiendo una acequia que se extendía tras los pastos de trigo nuevo, de modo que tenían una visión directa de la casa y el establo. Tay percibía movimientos en ambos edificios, inquietos y furtivos. Eran gnomos cazadores, esperándoles. Trató de advertir también la presencia de algo más, algo más peligroso. Nada. Tay respiró despacio, tranquilo, y siguió los pasos de Jerle cuando este avanzó con sigilo. Era consciente de los tallos de trigo que susurraban, quedos, mecidos por el viento, y del silencio sepulcral que cubría la tierra que se extendía más allá. Le recordó la sensación que había sentido la noche que él y Jerle se habían escabullido hacia el palacio donde dormía la familia Ballindarroch, la noche de la masacre: un mal presentimiento, un murmullo de condena.

Habían llegado al lugar al que Jerle quería que fueran, todavía escondidos entre el trigal, pero lo suficientemente cerca como para ver la fachada del puesto de avanzada. Jerle alzó la cabeza de un modo casi imperceptible y, entonces, la bajó de golpe; tenía el rostro lívido. Tay lo contempló un instante mientras buscaba la respuesta en su mirada y, entonces, subió la cabeza para mirar con cautela él también.

Retten Kipp colgaba, con los brazos y piernas abiertos, de la puerta del establo. Le habían clavado clavos en las manos y los pies para sostenerlos en posición. La sangre le manaba de las heridas y manchaba la madera astillada. El pelo y la ropa le caían laxos, como si de un espantapájaros se tratara. Con todo, Kipp irguió ligeramente la cabeza. El viejo Rastreador, aunque se estaba muriendo, aún vivía.

Tay se hundió y cerró los ojos por un momento. La furia y el temor lo embargaron, librando un pulso que amenazó con apoderarse de su razón. No le extrañaba que los gnomos no se hubieran molestado en disimular su presencia. Al usar a Retten Kipp como cebo para la trampa, sabían que los elfos debían mostrarse. Luchó para controlar los sentimientos mientras observaba, con expresión adusta, a Jerle Shannara.

La mirada azul de su amigo era gélida y calmada. Este se inclinó hacia adelante:

—¿Tienen a Preia también?

Tay no respondió. No se fiaba de sí mismo. Sin embargo, cerró los ojos por segunda vez y mandó los hilos de magia hacia la casa y el establo para buscar a la elfa. Era arriesgado, pero no veía otra forma de hacerlo. Se tomó su tiempo y se adentró hasta las profundidades de cada edificio para estar seguro.

Luego, abrió los ojos de nuevo.

—No —soltó.

Jerle asintió, pero no manifestó ningún sentimiento de lo que aquello significaba para él. Movi6 los labios. Tay apenas pudo oír lo que dijo:

—No podemos hacer nada por Retten Kipp, pero tampoco podemos dejarlo ahí.

Observó a Tay, esperando su reacción. El druida asintió. Sabía lo que le estaba pidiendo Jerle.

—Lo comprendo —musitó con un hilo de voz.

Sería peligroso, de eso estaba seguro. Cabía la posibilidad de que los gnomos cazadores no percibieran que estaba usando la magia, pero sin duda un Portador de la Calavera sí que lo haría. No había descubierto ninguna señal de cazadores alados al buscar a Preia, pero podía ser que se hubieran escondido a propósito. Puede que esa trampa se hubiera concebido específicamente para él, uno de los druidas a los que perseguían, para atraerlo hacia ellos y que se mostrara. Si había un Portador de la Calavera y hacía lo que Jerle quería que hiciera, estarían perdidos. Con todo, poca opción tenían. Jerle tenía razón. No podían dejar que Retten Kipp muriera así.

Invocó la magia y se envolvió en el abrigo oscuro que esta le ofrecía, agitó el aire con su poder y notó que el calor de su ardor le embargaba el pecho. Mantuvo los ojos bien abiertos, ya que esta vez el uso de la magia requería visión y trayectoria. Mudó la expresión y su rostro se convirtió en una máscara mortuoria. Distinguió cómo Jerle se encogía al verle, consternado. Comprendía el aspecto que tenía.

Entonces, alzó la cabeza lo justo para poder ver la forma inerte y torturada de Retten Kipp e hilvanó la magia siguiendo la fina hebra de la que pendía la vida de este. Obró con cautela, examinando la esfera que penetraba, receloso de lo que podría encontrarse. Sin embargo, no detectó nada, de modo que prosiguió. Cuando llegó al corazón de Retten Kipp, cuando fue capaz de sentir el dolor y el sufrimiento que padecía, cuando pudo oír el sonido de su respiración irregular como si fuera la suya propia, entonces le arrebató el aire que alimentaba los pulmones debilitados del viejo y esperó, paciente, hasta que cesó de respirar.

Cuando hubo terminado, se dejó caer al lado de Jerle, con el rostro perlado de sudor. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Hecho —susurró.

Jerle Shannara le colocó una mano sobre el hombro y le dio un apretón para consolarlo.

—Debía hacerse, Tay. Estaba sufriendo. No podíamos dejarlo así, sin más.

Tay asintió sin mediar palabra; sabía que Jerle tenía razón, pero también era consciente de que su amigo no tendría que vivir con el recuerdo del pulso de la vida Retten Kipp palpitándole entre los dedos hasta desvanecerse. Se sentía helado y vacío, asolado y abandonado.

Jerle le hizo gestos y juntos regresaron por el mismo camino, siguiendo la acequia y cruzando los campos, y dejaron atrás el puesto de avanzada y sus ocupantes, los vivos y los muertos.

* * *

Les llevó casi una hora alcanzar a sus compañeros. Para entonces, ya era media tarde y el sol descendía hacia los picos escarpados de la Línea Quebrada. Se adentraron en la luz deslumbrante que reflejaban, con los ojos entrecerrados cada vez que se veían forzados a abandonar la sombra de los campos y colinas y a avanzar por las llanuras. Tay encabezaba la marcha y desplegó la magia ante ellos como una red ancha que no cejaba de buscar. Había comprobado si los seguían cuando habían regresado del puesto de avanzada, pero no había sido el caso. Ahora bien, ante ellos había rastros de gnomos cazadores cada dos pasos. No podía discernir la envergadura de los destacamentos, pero había varios. La compañía había debatido la opción de esperar a que se hiciera de noche antes de reanudar la marcha, pero habían decidido que era más peligroso permanecer en un lugar que seguir adelante. Jerle no se alejaba de él, lo guiaba hasta el segundo puesto de avanzada que se erigía a unas cuantas millas de distancia, con la esperanza de que los otros no lo hubiesen descubierto. Ni el uno ni el otro mediaron palabra. A su alrededor, el resto de los miembros de la compañía escudriñaban el paisaje en busca de enemigos.

De pronto, Vree Erreden se materializó al lado de Tay; una figura pequeña y delgada que se le pegaba con una expresión impaciente en aquel rostro enjuto:

—¡Ahí! —Señaló bruscamente hacia la izquierda—. ¡Caballos, una docena o más! ¡Están escondidos en aquel barranco!

Tay y Jerle se detuvieron y clavaron la vista en aquel punto, sin ver nada más que una hilera de campos repletos de maíz temprano.

Los ojos del localo saltaron del rostro del uno al del otro; su impaciencia era palpable.

—¡No perdáis el tiempo mirando! ¡Desde aquí no los veréis!

—Entonces, ¿cómo lo sabes? —preguntó Jerle de inmediato.

—¡Intuición! —le espetó el otro—. ¿Cómo lo iba a saber, si no?

El alto elfo volvió a mirar con aire dubitativo.

—El puesto de avanzada está muy cerca. ¿Habrá caballos allí también?

El tono de Vree Erreden era apremiante:

—¡Solo sé lo que la intuición me revela! ¡Hay caballos hacia la izquierda, en un barranco tras aquellas colinas! —Volvió a señalar para enfatizar el mensaje.

Jerle Shannara frunció el ceño, irritado ante la insistencia del otro.

—¿Y si estás equivocado, localo? ¿Qué distancia hay hasta este barranco que nadie es capaz de ver?

Tay alzó la mano de prisa para impedir que Vree Erreden soltara la respuesta airada que ya tenía preparada. Se quedó en silencio un instante, sopesando las posibilidades y, entonces, fijó la mirada por última vez a la izquierda, a través de los campos.

—¿Estás seguro de que hay caballos? —le preguntó al hombrecillo en voz baja.

La mirada que le dirigió este fue fulminante. Tay esbozó media sonrisa y asintió.

—Creo que deberíamos investigar qué nos depara la izquierda.

A pesar de las dudas de Jerle, cambiaron el rumbo y cruzaron la llanura. La hondonada central del Sarandanon se extendía ante ellos, los campos sembrados como una manta cosida a base de retazos de tierra virgen y nuevas cosechas. Ahora se hallaban en campo abierto y cualquiera que los buscara los podría distinguir con claridad, si bien no podían hacer nada para evitarlo. Tomaran la senda que tomaran, quedarían expuestos, y Tay se consoló como pudo con eso, porque se alejaban del puesto de avanzada y, si Vree Erreden se había equivocado o confundido de algún modo, sus probabilidades de escapar se habían reducido considerablemente. Tay trató de no preocuparse. Precisamente por eso había pedido al localo que los acompañara: por su habilidad de percibir cosas cuando la magia de un druida era incapaz. El

hombrecillo no habría dicho nada si la intuición no fuera sólida. Conocía los riesgos de la situación en la que se encontraban tan bien como Tay.

La red de magia de Tay se desplegó en busca de enemigos, y esta vez los encontró. Se acercaban con rapidez desde el norte, una patrulla de gnomos a caballo, aún a cierta distancia pero cruzando las llanuras a toda velocidad. Todavía no alcanzaba a verlos, pero no albergaba ninguna duda sobre sus intenciones. Le gritó una advertencia a Jerle y los componentes de la compañía echaron a correr. Ante ellos, los campos colindaban con una cordillera de lomas. El barranco debía de estar justo detrás, pensó Tay. Y los caballos también, deseó, ya que estaban demasiado lejos del puesto de avanzada como para lograr huir de cualquier otro modo.

Entonces, aparecieron más gnomos, otro destacamento. Este surgió de su escondite en el puesto de avanzada, que ahora apenas se veía al otro lado de los tallos de maíz. Estos gnomos se desplazaban a pie, pero cargaron contra los elfos para cortarles el paso con resolución, en un intento desesperado para entorpecerlos hasta que llegaran sus hermanos con las monturas. Tay apretó los dientes mientras corría. No iban a encontrar ayuda en el puesto de avanzada. Ahora solo les quedaban la intuición de Vree Erreden y el barranco.

Jerle Shannara aceleró y lo sobrepasó sin esfuerzo, sus pies volaban sobre la tierra arada a medida que cortaba camino entre las hileras de maíz directo hacia las colinas. Otros también lo adelantaron, más rápidos que Tay. Avanzando trabajosamente, con la respiración convertida en un dolor agudo en el pecho, el druida entró en pánico de repente. ¿Y si los caballos que había percibido Vree Erreden formaban parte de otra trampa? ¿Y si los montaban gnomos que los estaba esperando? Desesperado, trató de desplegar la red de magia más allá de las lomas para descubrir si sus temores eran fundados, pero las fuerzas le flaqueaban y no conseguía superar esa distancia.

Los gnomos que los perseguían comenzaron a proferir gritos escandalosos y discordantes. Tay los ignoró. Vree Erreden apareció a su lado de nuevo, corriendo, demostrando estar en mejor forma de lo que Tay hubiera creído. El druida le gritó a modo de advertencia, pero no pareció escucharle. Sobrepasó a Tay y siguió adelante. Ahora todo el mundo le llevaba ventaja. Era el precio que debía pagar por llevar una vida sedentaria, pensó con ironía.

Entonces, Jerle Shannara llegó al borde del maizal y enfiló la cordillera de lomas. Mientras lo hacía, un relincho agudo y el martilleo de unos cascos se alzó por detrás de la cima. Se levantó una nube de polvo en el aire claro de la tarde. Jerle redujo la marcha, sin saber a qué atenderse, se llevó la mano a la

empuñadura de la espada y la desenvainó. Los elfos cazadores se afanaron en protegerle. Las hojas de metal destellaron bajo el sol y la luz danzó en su superficie pulida junto con estallidos repentinos de brillo.

En un abrir y cerrar de ojos, apareció una hilera de caballos galopando bajo un sol de justicia acompañados de un estallido de ruido y color. Había una docena, tal vez más, atados unos a otros; se perfilaron contra la calurosa tarde mientras cabalgaban, como un espejismo que cobraba vida.

Un único jinete los guiaba, bien agachado sobre la montura que iba en cabeza.

Tay Trefenwyd aminoró hasta detenerse de golpe al borde de los campos de maíz. El corazón le aporreaba el pecho, frenético, y el pulso le golpeaba las sienes.

El jinete era Preia Starle.

Pasó volando junto a Jerle Shannara sin detenerse y soltó varias monturas al hacerlo, arrojó las cuerdas directamente a las manos preparadas del elfo. Ella continuó adelante mientras iba dejando los caballos, uno por uno, a los elfos cazadores con los que se cruzaba. Se dirigió directamente hacia Tay y tiró de las riendas para detenerse bruscamente ante él.

—¡Sube, Tay Trefenwyd, y cabalgaremos para salvar la vida! ¡Hay gnomos por todos lados! —Tenía salpicaduras de sangre en el rostro y en la túnica. El elfo distinguió cortes y moratones en su semblante. Empujó la montura con tanta fuerza hacia él que a punto estuvo de derribarlo—. ¡Sube! —gritó.

No había tiempo para pensárselo dos veces. Los demás ya habían montado y se alejaban al galope. Tay metió el pie en el estribo que ella se había sacado de un puntapié y se montó tras ella.

—¡Agárrate a mí! —le chilló ella.

En un torbellino de polvo y arena, acompañada del retumbar de los cascos, se lanzaron tras los otros.

* * *

Fue una huida aterradora. Los gnomos que avanzaban a pie se habían esparcido por los campos que se extendían ante ellos tratando de impedir su fuga, algunos armados con lanzas, otros con arcos. Al norte, distinguibles por primera vez, se materializaron los gnomos que montaban a caballo. Todos juntos superaban en número a los elfos por una proporción de casi cuatro a

uno. Era evidente que eran demasiados para poder derrotarlos en un combate cuerpo a cuerpo.

Jerle Shannara encabezó la cabalgata y se lanzó directo hacia los gnomos que iban a pie. La razón de su decisión era manifiesta: la única esperanza que les quedaba a los elfos era dejar atrás a los gnomos que iban a caballo, y el único modo de lograrlo era aventajarlos y mantenerse así. Si torcían a la izquierda, que era lo que los gnomos que avanzaban a pie estaban tratando de obligarlos a hacer, se verían forzados a quedar arrinconados contra las colinas y a aminorar la marcha, lo que les brindaría el tiempo suficiente a los gnomos que iban a caballo para cortarles el paso. Si doblaban a la derecha, marcharían de cabeza hacia los jinetes. Claro que no tenía sentido retroceder. Lo único que les quedaba, pues, era avanzar hacia adelante, romper las filas de los gnomos que iban a pie y cabalgar hacia el oeste, porque todos sabían, tanto elfos como gnomos, que no había gnomo que fuera capaz de alcanzar a un elfo a caballo.

Los elfos cazadores se lanzaron a la carrera a través del maizal, algunos por un campo, algunos por otro, se abrieron en abanico tanto como pudieron para reducir las filas de arqueros y honderos enemigos, para confundirlos y dividirlos y así librarse de la trampa. Los gnomos corrían a por ellos, los llamaban como locos, tratando de atrapar a su presa. Los elfos se inclinaban a horcajadas sobre las monturas para ofrecer el blanco más pequeño posible. Tan solo Jerle desafiaba la fortuna y se mantenía erguido sobre los estribos, dando alaridos como un orate a los gnomos que se le cruzaban delante, blandiendo la espada sobre la cabeza como una guadaña mortífera. Desde su posición en el extremo izquierdo, Tay apenas alcanzaba a divisarlo, cargando directamente contra la fila de gnomos; el gran zaino que montaba galopaba con temeridad entre las filas estriadas del enemigo. Tay sabía qué hacía su amigo. Trataba de atraer tantos gnomos hacia él como pudiera para que sus compañeros tuvieran más posibilidades.

Entonces, Preia le dijo entre dientes que se encogiera, y el alazán fornido que cabalgaban viró bruscamente, siguió por el filo de un barranco poco profundo y salió del campo que quedaba más cerca de la cordillera de lomas. Tay creyó haber oído un latigazo sobre la cabeza. Se inclinó sobre la espalda delgada de Preia como una capa protectora y se aferró con fuerza a su cintura. Notaba cómo ella movía el cuerpo ante él y se inclinaba hacia un costado y hacia otro, y el caballo reaccionaba siempre. El elfo vislumbró a alguien que corría hacia ellos, una masa de piernas y brazos entre los tallos de maíz. Algo pequeño y duro le impactó en el hombro y sintió cómo se le entumecía el

brazo. Se le aflojó el abrazo a Preia y creyó que iba a caer, pero ella lo sujetó con un brazo para ayudarlo a mantenerse en su sitio. Llegaron al extremo oeste del campo, saltaron un acequia, aterrizaron en una ancha franja de pradera y galoparon campo a través. Tay se arriesgó a echar la vista atrás. Los gnomos encolerizados se habían arrodillado en el extremo del maizal, intentando alcanzarlos con sus flechas y piedras, aunque ya estaban fuera de rango.

Tay volvió la vista al frente. Los jinetes elfos avanzaban a galope tendido uno al lado del otro ante ellos, formaban una fila irregular, se afanaban hacia el horizonte del crepúsculo, dejando atrás los edificios abandonados que conformaban el puesto de avanzada, y se adentraron en los pastos que había más allá. Tay trató de contarlos en un intento por determinar si Jerle en particular estaba bien, pero el paisaje se sumía en una bruma de polvo y en el brillo húmedo del calor de la caída de la tarde, así que no tardó en darse por vencido y se concentró únicamente en no caer del caballo.

Los elfos se reagruparon pasado el puesto de avanzada y dejaron que los caballos pasearan después de aquella huida agotadora. Milagrosamente, habían escapado todos, la mayoría sin heridas. Jerle Shannara apenas si tenía arañazos. Tay descubrió que un hondero le había alcanzado el hombro con una piedra y le había provocado un moretón considerable. La sensación de entumecimiento comenzaba a dar paso a un dolor sordo. No tenía nada roto, decidió, y se olvidó del tema. Los gnomos a caballo los persiguieron, se dirigieron hacia el oeste a través de los pastos al reparar en que su presa se había escapado de la trampa de los maizales. Sin embargo, hacía mucho que montaban a caballo para llegar hasta allí y no conocían el territorio como los elfos. Jerle Shannara volvió a colocarse en la vanguardia y eligió el camino que más le convenía a la compañía. Esta era su tierra natal y la conocía como la palma de su mano. Allí donde el terreno se hundía de golpe, él era capaz de encontrar el camino que no descendía. Allí donde se abrían dolinas o ciénagas, los prevenía antes para poder sortearlas. Allí donde las aguas del río corrían veloces y profundas, él sabía dónde estaban los vados para cruzar. La persecución continuó, pero los gnomos fueron quedándose atrás y, al caer la noche, ya no podían verlos en el lejano horizonte negro.

Con todo, y tras haber reducido el galope de los caballos a un trote suave para evitar los accidentes que podía provocar la oscuridad que les ofrecía el nublado cielo nocturno, siguieron avanzando un buen rato; no querían arriesgarse a que los encontraran. Jerle los llevó hacia el norte por el cauce de un riachuelo que ocultó su rastro al cambiar de dirección. Un manto de

oscuridad los envolvía, la grata visita de su amiga la noche. El calor diurno se desvanecía y refrescó. Durante unas horas cayó una llovizna que amainó pasado un tiempo. Avanzaban en silencio, salvo por el chapoteo de los caballos sobre el agua poco profunda y, cuando se alejaron del arroyo, por el ruido sordo de los cascos sobre la tierra blanda.

En cuanto pudo hacerlo de forma segura, Tay se inclinó hacia el oído de Preia y le susurró:

—¿Qué te había ocurrido?

Ella volvió la vista para mirarlo, sus ojos refulgían sobre las heridas opacas que le cubrían el rostro.

—Una trampa —susurró en un tono cargado de ira—. Kipp se había adelantado para asegurarse que conseguiríamos los caballos en el primer puesto de avanzada. Yo exploraba para encontrar a los gnomos cazadores que habíamos descubierto que merodeaban por la zona. Pero nos estaban esperando. Yo tuve suerte. Kipp no.

—Encontramos a Kipp, Jerle y yo —le dijo él con un hilo de voz.

Ella asintió por toda respuesta. Tay quería contarle lo que había hecho y por qué, pero fue incapaz de pronunciar esas palabras.

—¿Cómo lo supieron? —insistió.

Percibió cómo se encogía de hombros.

—No lo supieron. Lo supusieron. Los puestos de avanzada no son ningún secreto. Los gnomos sabían que iríamos a buscar la piedra élfica negra. Me imagino que deben de estar aguardando en todos los puestos de avanzada. —Hizo una pausa—. Si hubiesen conocido nuestros planes con exactitud, si hubiesen sabido cómo encontrarnos, me habrían prendido a mí también, no solo a Kipp. Pero los descubrí justo antes de que me encontraran.

—Sin embargo, tuviste que luchar para escapar. Encontramos tu arco.

Ella sacudió la cabeza.

—Temía que lo hicierais. No pude hacer nada para remediarlo.

—Creíamos que...

—Se me cayó al escapar —lo cortó antes de que él pudiera exponer lo que habían creído—. Luego fui a buscar a Kipp. Entonces fue cuando nos enfrentamos. Fue en el puesto de avanzada, justo después de que lo apresaran. Pero eran demasiados. Tuve que huir y dejarlo allí.

Su voz tenía un tono amargo. Le había costado mucho contárselo.

—También nosotros tuvimos que dejarlo allí —admitió Tay.

Preia no volvió la cabeza.

—¿Vivo?

Él negó con la cabeza, despacio.

Percibió cómo ella suspiraba.

—No podía regresar para advertiros. Se interponían demasiados gnomos en el camino. Me vi obligada a seguir adelante y tratar de conseguirnos los caballos. Sabía que, sin caballos, estaríamos acabados. También se me ocurrió que podría eliminar a unos cuantos de camino. —Soltó una risita vacía—. Qué ilusa... Sea como fuere, pude robarles un caballo ante sus narices ayer por la noche, mientras dormían. Cabalgué hacia el sur, a un puesto de avanzada que hay pasado el valle y que sabía que no habrían descubierto, tomé los caballos que ahora tenemos, regresé con ellos y me escondí hasta que aparecisteis.

Tay la miró de hito en hito, estupefacto.

—¿Cómo demonios has sido capaz de hacer todo eso en un solo día?

Preia se encogió de hombros.

—Tampoco ha sido tan difícil. —Se quedó en silencio, interrumpido tan solo por el ruido sordo de los cascos de los caballos—. No ha sido tan difícil como lo que tú has tenido que hacer. —Volvió la mirada hacia él otra vez y le ofreció una sonrisa triste e insegura—. Hiciste bien, Tay.

Él se obligó a devolverle la sonrisa.

—Tú hiciste mejor.

—No me gustaría perderte —dijo ella, de pronto, y volvió la cabeza hacia adelante.

Tay permaneció en silencio sentado tras ella, incapaz de ofrecerle una respuesta.

* * *

Siguieron cabalgando toda la noche y montaron el campamento justo antes del amanecer en una quebrada poco profunda que estaba atestada de fresnos de ramas delgadas y abedules blancos. Tan solo durmieron unas pocas horas, se alzaron, comieron y retomaron la marcha. El agua había vuelto, en forma de llovizna incesante acompañada de una neblina que sumía la tierra en un gris turbio. La bruma y la lluvia los ocultaban, de modo que continuaron adelante ese día y el siguiente hasta bien avanzada la noche, escondidos de aquellos que los buscaban. Tay cabalgó en la vanguardia con Preia Starle, usando la magia para inspeccionar la densa penumbra, no tan preocupado porque los descubrieran los gnomos cazadores como porque se tropezaran con

ellos por accidente. Avanzaron a paso tranquilo la mayor parte del tiempo: querían reservar la fortaleza de los caballos para cuando fuera necesario y también evitar traspies en la tierra empapada de lluvia.

Ni Tay ni Preia abrieron la boca, estaban concentrados en vigilar: él con la magia y ella con la vista. Sin embargo, tenían los cuerpos bien pegados bajo la llovizna, y para Tay era suficiente. Se permitió imaginar que eran algo más de lo que eran en realidad. Un ejercicio fútil, pero por un momento se sintió como si hubiera encontrado su lugar en el mundo tras la caída de Paranor. Se le ocurrió que, si ponía todo su empeño, sería capaz de encontrar su lugar de nuevo, incluso sin Preia. Era consciente de que ella no podría acompañarlo, pero tal vez podría ayudarlo a hallar su camino. Recolocó el brazo con el que la agarraba con soltura por la cintura; la protegía de la lluvia gracias a su complexión alta y notó cómo el calor de su cuerpo lo invadía. Se preguntó cómo la vida lo había llevado hasta aquí. Se preguntó por las decisiones que había tomado y si, en caso de tener que volverlas a tomar, serían distintas.

Durmieron al romper el alba el tercer día; esta vez habían hallado cobijo en un bosquecillo de altos árboles de madera dura situado en un barranco sin salida en un extremo de las montañas Kensrowe. Habían avanzado al norte desde el punto en el que se habían adentrado en el valle y ahora se encontraban muy cerca del extremo occidental. Ante ellos se desplegaba la negrura del Innisbore y el desfiladero que conformaba el paso de Baen que los conduciría directamente a la Línea Quebrada. Ese día no habían descubierto ni rastro de los gnomos. Comenzaba a creer que habían puesto suficiente tierra de por medio con sus perseguidores y les perderían el rastro definitivamente en el laberinto montañoso que les esperaba.

Tay se levantó temprano y encontró a Jerle Shannara despierto, de pie en un extremo del campamento, contemplando el día que amanecía. Volvía a envolverlos la penumbra y la oscuridad: el tiempo no había cambiado.

El elfo alto y fornido se volvió cuando el otro se acercó.

—Tay. Qué noche tan corta, ¿no te parece?

Tay se encogió de hombros.

—He dormido bien.

—Pero no tanto como estás acostumbrado. No como en Paranor con los druidas, en una habitación seca, con una buena cama y un desayuno caliente esperándote.

Tay se colocó a su lado y evitó encontrarse con la mirada del otro.

—No importa. Los druidas están muertos. Paranor ha caído. Esa parte de mi vida ha terminado.

Los ojos azules de su amigo lo estudiaron, sagaces.

—Hay algo que te preocupa. Te conozco demasiado bien como para no darme cuenta. Estos últimos días has estado ausente. ¿Se trata de Retten Kipp? ¿Es por lo que tuviste que hacer para liberarlo del dolor que sentía?

—No —respondió Tay con el corazón en la mano—. Es mucho más complicado que eso.

Jerle esperó un momento.

—¿Se supone que debo adivinarlo o prefieres que lo olvide?

Tay vaciló; no estaba seguro de querer contestar siquiera.

—Se trata de regresar tras estar demasiado tiempo fuera —replicó al final, escogiendo con mucho cuidado cada palabra—. Me fui de las Tierras del Oeste hace quince años. Y ahora he vuelto, pero me da la sensación de que este ya no es mi lugar. No sé dónde debería estar, cómo debería comportarme o qué debería hacer. Si no fuera por la búsqueda, estaría completamente perdido.

—Tal vez la búsqueda sea suficiente por ahora —sugirió su amigo con delicadeza—. Tal vez el resto vaya llegando con el tiempo.

Tay sacudió la cabeza.

—Lo dudo mucho. Creo que he cambiado y no puedo volver a ser el que era. Los años que he pasado en Paranor me han metamorfoseado de modos que no he comenzado a comprender hasta ahora. Me siento atrapado entre la persona que era y la que soy ahora. Como si no fuera ni la una ni la otra.

—Pero si acabas de volver a casa, Tay. No puedes pretender que todo se sienta igual de primeras. Es evidente que se te hará extraño.

Tay miró a su amigo.

—Creo que tendré que irme otra vez cuando terminemos con esto, Jerle.

Jerle Shannara se apartó los mechones rubios de delante de los ojos; la humedad de la neblina le hacía refulgir el rostro.

—Lamentaría mucho ser testigo de eso. —Hizo una pausa—. Pero lo entendería, Tay. Y seguiremos siendo amigos siempre.

Colocó la mano sobre el hombro de Tay y la dejó allí. El otro sonrió.

—Siempre seremos amigos —coincidió.

* * *

Retomaron la marcha a caballo hacia el oeste, hacia la neblina húmeda. La lluvia caía cada vez más deprisa y apretó a medida que el día avanzaba.

Atravesaron el último tramo del Sarandanon, jinetes envueltos en un manto de penumbra, invisibles incluso para sí mismos. Daba la sensación de que el mundo del que procedían y el mundo en el que se adentraban se hubiesen fundido en uno solo. Era como si no quedara nada excepto el pequeño pedazo de tierra por el que avanzaban: se materializaba delante, desaparecía de atrás; nunca estaba allí más que los pocos segundos que les llevaba pasar.

Al anochecer, llegaron al Paso de Baen, la entrada que conducía a través de las montañas Kensrowe hacia la Línea Quebrada, que se erigió ante ellos mientras los últimos rayos de luz se disipaban por completo. Allí encontraron un grupo de gnomos cazadores de nuevo y, por enésima vez, era una emboscada. Un gran contingente se había instalado en el desfiladero e impedía el paso. Era un destacamento distinto de aquel que los había atacado en el valle al este; estos cazadores hacía tiempo que se habían asentado allí. Preia Starle exploraba, adelantada a los demás, y los había descubierto. De acuerdo con su informe, el campamento de los gnomos se había levantado hacía tiempo, estaba bien establecido. Las rutas de los centinelas se extendían por toda la boca del terraplén y no había modo de pasarlos sin que los vieran. Lo conseguirían si rodeaban el barranco, pero eso comportaría tres días más de viaje y los elfos no podían permitirse tal retraso. Debían encontrar el modo de pasar por allí.

Tras considerarlo un rato, acordaron un plan que dependía, en su mayor parte, del factor sorpresa. Esperaron hasta la medianoche, montaron los caballos y cabalgaron derechos hacia el desfiladero. Envueltos en la capa y con las capuchas echadas, al amparo de la noche y las inclemencias del tiempo, apenas podían verse entre ellos, y menos los iban a ver los centinelas gnomos que los buscaban. Avanzaron sin prisa, casi parecían relajados, dando la impresión de que ese era precisamente el lugar en el que debían estar. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca de la boca del desfiladero como para que los centinelas los abordaran, Tay, que había aprendido a hablar distintas lenguas en Paranor, llamó a los gnomos en la lengua materna de estos y se comportó como si les estuvieran esperando. Eran refuerzos, según los informó con toda tranquilidad mientras los elfos se acercaban.

Para cuando los gnomos se decidieron a actuar a pesar de la incertidumbre, ya tenían a los elfos encima, quienes espolearon a los caballos y tomaron la delantera a través del terraplén. Cruzaron el campamento al galope, y por el camino arrasaban con las hogueras y los gnomos por doquier mientras soltaban alaridos como si fueran un centenar en vez de tan solo un puñado. Los cogieron completamente por sorpresa. Los gnomos salieron

rodando de las camas para perseguirlos, pero para entonces los elfos ya se encontraban en la seguridad de la lejanía.

Sin embargo, en aquel momento se les acabó la suerte. Como medida de precaución ante un fracaso semejante, los gnomos habían montado una segunda fila en el extremo del barranco y estos gnomos habían oído los gritos de alarma de sus compañeros, de modo que esperaban a los elfos cuando estos se dirigieron directamente hacia ellos. Los elfos recibieron una lluvia de lanzas, flechas y piedras de honderos mientras avanzaban al galope hacia el extremo del desfiladero. No había tiempo de aminorar, de replantearse la estrategia, de hacer otra cosa que no fuera agacharse y rezar para conseguir escapar. Jerle Shannara cargó contra el destacamento más grueso de atacantes, valiente e implacable. Las armas volaron hacia él y un aluvión de proyectiles trató de derribarlo. Pero Jerle había nacido con suerte y, de algún modo, consiguió no caerse de su montura mientras esta a su vez conseguía mantenerse erguida. Ambos se lanzaron sobre los gnomos a toda velocidad y Tay Trefenwyd observó cómo los cuerpos salían disparados como ramas secas. Y así, Jerle Shannara se había librado de sus perseguidores.

Tay y Preia también huyeron, el caballo robusto de la rastreadora avanzaba a toda velocidad entre el tumulto de atacantes que se extendía a lo largo del extremo izquierdo del barranco y, luego, saltaron por encima de una cuerda puesta ahí para hacerlos tropezar. Los gritos de los cazadores y sus presas se elevaban y mezclaban con los relinchos de los caballos. Los jinetes cabalgaron a toda prisa, formas incorpóreas que cargaban y retrocedían en la penumbra. Desesperado, Tay usó la magia para crear una pantalla que envolviera a los elfos que quedaban en un intento de esconderlos de los gnomos.

Con todo, cuando se reagruparon unos cuantos kilómetros más adelante, faltaban seis integrantes de la compañía. Ahora tan solo eran ocho y los centenares de gnomos cazadores que estaban esparcidos por todo el Sarandanon se reunirían en el desfiladero y les seguirían el rastro hasta la Línea Quebrada.

Los perseguirían hasta encontrarlos.

Al caer la noche del día siguiente, los elfos ya se habían adentrado en las montañas. Habían seguido cabalgando durante toda la noche tras escapar de los gnomos cazadores en el Paso de Baen y habían subido hacia las estribaciones escarpadas que se alzaban ante la Línea Quebrada, desde donde habían seguido adelante hasta que la luz del alba había comenzado a despuntar al este y a iluminar la hondonada del Sarandanon. Entonces, habían descansado unas pocas horas, se habían levantado, habían comido y habían retomado la marcha. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía gris, lleno de nubarrones, y la niebla cubría las colinas como un manto blanco. La humedad impregnaba el aire, que les llevaba el aroma húmedo de la tierra y de madera podrida. A medida que ascendían, las montañas se tornaban yermas y rocosas y el olor se desvaneció. Ahora el aire era frío, cortante y límpido, y la niebla comenzó a disiparse.

Al llegar el mediodía, dejaron atrás las colinas y ascendieron lentamente las montañas sinuosas. Jerle Shannara ya había comunicado a la compañía que cabalgarían hasta el anochecer, ansioso por poner distancia entre ellos y sus perseguidores, resuelto en que antes de que se detuvieran debían haber llegado a un terreno en el que no dejaran un rastro que pudiera seguirse con facilidad. Nadie le llevó la contraria. Avanzaron obedientemente a través de la penumbra y el silencio y contemplaron cómo la niebla se desvanecía y las montañas se alzaban ante ellos. La Línea Quebrada era un muro de rocas escarpadas, de picos que se elevaban por el cielo hasta desaparecer entre las nubes, de riscos de miles de pies que caían completamente verticales, de afloramientos rocosos enormes y grietas irregulares fruto de la presión de la tierra durante la época en la que el mundo todavía se estaba formando. Las montañas se erigían hacia el cielo como si trataran de trepar y liberarse de la tierra, como gigantes que alargaban unos brazos congelados en el tiempo.

Allá donde alcanzaba la vista, hacia el norte y hacia el sur, los elfos solo veían la Línea Quebrada recortada contra el cielo, una barrera que les prohibía el paso, una fortaleza ante la invasión.

Los elfos contemplaron las montañas en silencio y ante semejante sensación de permanencia experimentaron la consciencia de su propia mortalidad.

Al caer la noche, habían superado las cimas más bajas y al volver la mirada ya no veían las estribaciones que habían recorrido para llegar hasta allí ni el distante valle de Sarandanon. Levantaron campamento en un abetal que se alzaba en un valle estrecho insertado entre las cumbres áridas, en las que la nieve refulgía como un manto delgado y blanco. Había un arroyo de agua fresca, pasto para los caballos y madera para encender un fuego.

En cuanto se hubieron acomodado y hubieron comido, Preia Starle partió para retroceder y deshacer los pasos de la compañía, para descubrir si los seguían. Mientras esperaban su regreso, Tay comentó con Jerle y Vree Erreden la visión que había revelado el lugar en el que se encontraba la piedra élfica negra. Por enésima vez, contó los detalles y se preocupó de describir todo lo que Bremen le había referido. Jerle Shannara escuchó con atención, con una expresión seria y la mirada fija e inmutable. Vree Erreden, en cambio, semejaba casi desinteresado: desviaba los ojos con frecuencia, observaba la noche, buscando algo que las palabras de Tay no le podían ofrecer.

—Nunca he estado en esta parte de las Tierras del Oeste —recalcó cuando Tay hubo terminado—. No conozco nada del terreno. Si tengo que adivinar el lugar que estamos buscando, primero debo acercarme.

—Vaya, cuánta ayuda —se atrevió a terciar Jerle, irritado. También había observado cómo los ojos del localo se perdían en la distancia y era evidente que le había molestado esa actitud—. ¿Eso es lo máximo que puedes hacer?

Vree Erreden se encogió de hombros.

Aquello indignó a Jerle.

—¡Tal vez podrías hacer algo más si hubieses prestado atención a lo que Tay estaba diciendo!

El localo lo miró con los ojos entrecerrados. Se prendió una llama en esa mirada.

—Deja que te cuente algo. Cuando Tay Trefenwyd me vino a ver para pedirme que os ayudara, le leí la mente. A veces puedo hacerlo. Vi la visión de Bremen, la que Tay acaba de describir, y la recuerdo con claridad. Esa visión es real, amigo. Si no lo fuera, no estaría aquí. Es real y el lugar que se

muestra es real, de eso estoy seguro. Sin embargo, ¿no puedo encontrarlo tan solo con lo que ahora mismo sé!

—Jerle, tú has viajado por estas tierras a menudo —medió Tay a toda prisa ávido por evitar un enfrentamiento—. ¿No hay nada de lo que he descrito que te suene o te parezca familiar?

Su amigo sacudió la cabeza, y una expresión de descontento se cinceló en sus facciones alargadas.

—La mayor parte de mis viajes se ha limitado a los desfiladeros: desde la Cuenca de Halys y el Paso de Worl y las tierras septentrionales. Esta formación de montañas en particular, los dos picos idénticos partidos como si fueran dos dedos, me da la sensación de que podrían ser cualquier par de una docena que habré visto.

—¿Pero no estás seguro de cuál?

—¿A ti qué te parece? —le espetó su amigo.

—¿Qué camino crees que debemos tomar, entonces? —insistió Tay. Era incapaz de comprender aquella muestra inusitada de mal genio por parte del otro.

Jerle se puso de pie.

—¿Y cómo lo voy a saber? ¡Pregúntale aquí al «amigo» localo, a ver qué se le ocurre!

—Un momento —saltó Vree Erreden de pronto y también se levantó. Se encaró con Jerle, una figura delgada y menuda a la sombra del otro, pero sin dejarse intimidar—. ¿Estarías dispuesto a dejarme probar una cosa? Tal vez podría ayudarte a recordar si ya has visto esta formación tan peculiar.

Tay también se puso en pie de un salto; de pronto se había dado cuenta de las intenciones del localo.

—¿Puedes hacer con Jerle lo que hiciste conmigo? —se apresuró a preguntar—. ¿Puedes recuperarlo de su memoria, como hiciste con la visión de Bremen?

—¿De qué estáis hablando? —les espetó Jerle, mirando ora uno ora el otro.

—Tal vez —respondió Vree Erreden a Tay y luego observó a Jerle Shannara—. Ya te lo he dicho. A veces soy capaz de leer la mente. Lo he hecho antes, con Tay, para vislumbrar la visión de Bremen. Puedo intentarlo contigo para tratar de ver si tu subconsciente guarda algún recuerdo de esta formación que buscamos.

Jerle se puso rojo.

—¡Prueba esa magia tuya con otro!

Giró sobre sus talones para alejarse, pero Tay lo agarró del brazo y lo obligó a volverse.

—Ah, pero no tenemos a otro, ¿verdad que no, Jerle? Tan solo te tenemos a ti. ¿Tienes miedo?

El alto elfo lo miró de hito en hito con unos ojos encendidos por algo muy cercano a la ira. Tay se mantuvo firme, sobre todo porque no le quedaba otra opción. El cielo nocturno se había despejado y su amplia extensión estaba cubierta de estrellas. Refulgían con un brillo casi cegador. De pie bajo esa luz, al amparo de las montañas y enzarzado en un enfrentamiento imprevisto con su mejor amigo, Tay se sentía expuesto de una manera extraña.

Jerle se zafó del agarre de Tay con cuidado.

—No le tengo miedo a nada y lo sabes —dijo en voz baja.

Tay asintió.

—Claro que lo sé. Y ahora, por favor, deja que Vree lo intente.

Volvieron a sentarse, juntos y en silencio. Vree Erreden tomó las manos de Jerle Shannara entre las suyas con soltura y clavó la mirada con descaro en la del otro. Entonces, cerró los ojos. Tay los contempló, inquieto. Jerle estaba en tensión, como un gato a punto de saltar, preparado para salir disparado en cuanto tuviera el menor indicio de que se encontraba en cualquier tipo de peligro. En cambio, el localo se mostraba calmado e indiferente, sobre todo en ese preciso instante, cuando estaba en algún lugar de las profundidades de sí mismo, buscando lo que quería encontrar. Permanecieron de esa guisa durante unos instantes, entrelazados, en una unión peculiar, sin revelar, ninguno de los dos, qué estaba ocurriendo.

De pronto, Vree Erreden soltó las manos de Jerle Shannara y asintió con brusquedad.

—Lo tengo. Al menos es un lugar por donde comenzar. Tienes muy buena memoria. Los picos idénticos con forma de V se llaman los Pellizcos... O al menos así los llamas tú.

—Ahora lo recuerdo —dijo el hombretón, con un hilo de voz—. Hace cinco o seis años, cuando estaba explorando para encontrar un tercer paso hasta las llanuras de Hoare, en las montañas al norte de el Paso de Worl, en el interior de ese ancho macizo. Era imposible que hubiera un desfiladero que lo cruzara, de modo que abandonamos. Pero recuerdo esa formación. ¡Sí, sí que me acuerdo! —Entonces, se apagó su entusiasmo y regresó la aspereza de su irritación—. Ya basta. —Asintió de un modo cortante, más para sí que para los otros, y se alzó—. Ya tenemos un punto de partida. Espero que todo el mundo esté satisfecho. Y ahora tal vez pueda dormir.

Giró sobre sus talones y se alejó indignado. Tay y Vree Erreden contemplaron cómo se iba, en silencio.

—No suele comportarse así —dijo Tay, al final.

El localo se levantó.

—Acaba de perder a seis hombres que confiaban en él en un ataque que cree que debería haber previsto. —Tay lo miró de hito en hito y el otro se encogió de hombros—. Eso es lo que piensa ahora mismo. No ha podido ocultármelo, por muy evidente que fuera su intención.

—Pero la muerte de esos hombres no ha sido culpa suya —afirmó Tay—. No ha sido culpa de nadie.

El localo lo observó con los ojos entrecerrados.

—Jerle Shannara no lo ve así. Y si tú estuvieras en su lugar, ¿lo harías?

Dicho esto, se volvió, se fue y dejó a Tay solo, reflexionando sobre esa cuestión.

* * *

Al rayar el alba el día siguiente, la compañía volvió a partir en dirección norte, a través de las montañas hacia el Paso de Worl. Preia Starle había regresado en mitad de la noche para informarles de que no había encontrado indicios que demostraran que los perseguían de cerca. Ninguno de ellos llegó a creer, ni por un segundo, que eso implicara que ya estaban a salvo. Tan solo significaba que habían ganado algo de tiempo extra para recuperar el aliento. Los gnomos todavía estaban ahí, buscándolos, pero sería difícil encontrar a los elfos en estas montañas, donde el rastro solía desaparecer entre cúmulos de rocas y pasos sinuosos. Si tenían suerte, podrían evitar que los descubrieran durante el tiempo suficiente para encontrar lo que andaban buscando.

No eran sino meras ilusiones, pensó Tay, pero era a lo mejor a lo que podían aspirar. Cabalgaron el resto del día hacia el norte sin encontrar ni rastro de sus perseguidores mientras recorrían una hilera serpenteante de valles profundos que cortaban a través del extremo oriental de las montañas, hasta la entrada del Paso de Worl. Esa noche levantaron campamento en una llanura desde donde se dominaba el paso y los valles que los habían conducido hasta allí desde el Sarandanon, muy cerca de donde Jerle recordaba haber visto la formación de los picos idénticos en forma de V a la que él llamaba los Pellizcos. Estaba de un humor un tanto mejor ese día: todavía se

mostraba retraído y taciturno, pero ya no era cortante, tal vez gracias al hecho de que ahora tenían una idea más clara del lugar al que se dirigían. De hecho, incluso se disculpó con Tay un poco de improviso, con un comentario de pasada sobre la desafortunada brusquedad de su temperamento. No le dijo nada a Vree Erreden, pero Tay lo dejó pasar.

Preia Starle no parecía haberse inmutado ante el cambio de actitud de Jerle y se pasó el rato hablando con él como si todo fuera bien. A Tay se le ocurrió que, a esas alturas, la elfa debía de conocer tan bien los cambios de humor de su amigo que habría desarrollado un modo adecuado de reaccionar ante cada uno de ellos. El druida sintió una punzada de celos: ellos no tenían una relación tan estrecha. De nuevo, aquello le recordaba que era un extraño, que había vuelto a su antigua vida teniendo otra nueva y que trataba de obligarse a encajar. No sabía por qué eso le molestaba tanto, salvo por el hecho de que su vida en Paranor había desaparecido y su vida allí parecía girar en torno a la duplicidad de su relación con Preia y con Jerle. Y no podía afirmar que la naturaleza de su relación fuera honesta, porque escondía lo que sentía por Preia a ambos. O creía que lo hacía. Tal vez sabían más de lo que mostraban y Tay estaba jugando a guardar unas confidencias que ya eran secretos a voces.

Montaron los caballos de nuevo al rayar el alba y llegaron a los Pellizcos al mediodía. Tay reconoció los picos al instante: se correspondían de manera evidente con la descripción proporcionada por la visión de Bremen. Los picos se alzaban en forma de V escarpada, recortada contra el horizonte, separados por una hendidura profunda que enfrente tenía una maraña de montañitas erosionadas por el paso del tiempo y los elementos, desnudas salvo por escasas arboledas de abetos y alisos y penosas parcelas de hierba y flores silvestres. Más allá, tras la apertura en forma de V, se erigía un muro de montañas tan rodeadas por la niebla que no se podían distinguir.

Jerle dio el alto a la compañía cuando llegaron al extremo bajo de un paso que conducía hacia los picos y desmontó. Encima de sus cabezas, las aves de presa planeaban sobre el cielo azul, con las alas extendidas mientras volaban en círculos grandes y elegantes. El día era claro y luminoso, y los nubarrones de lluvia se habían trasladado al este, hacia el Sarandanon. Tay notó los rayos de sol sobre la piel del rostro, cálidos y tranquilizadores al alzar la vista para contemplar la vasta inmensidad de peñascos y desfiladeros, maravillándose de los secretos que escondían.

—Dejaremos aquí los caballos y seguiremos a pie —anunció Jerle. Esbozó una sonrisita de suficiencia al ver la expresión de Tay—. De todos

modos, solo podríamos avanzar un poco más con ellos, Tay. Y, entonces, los dejaríamos expuestos para cualquiera que nos siga. Si los dejamos aquí ahora, podemos esconderlos entre la foresta. Puede que tengamos que venir a buscarlos corriendo antes de que hayamos terminado.

Preia le ofreció su apoyo y Tay sabía que tenían razón, aunque le hacía sentir incómodo tener que renunciar a los animales que les habían ayudado a escapar por los pelos de tantas emboscadas. Para empezar, ya había sido muy complicado conseguirlos. Sin embargo, quienes los perseguían deberían continuar a pie también si llegaban a este punto, de modo que asumió que aquello era lo máximo a lo que podía aspirar.

Jerle escogió a un elfo cazador para que se quedara atrás y guardara los caballos, un veterano entrecano que se llamaba Obann, y le dio órdenes de llevarse a los animales, esconderlos donde no pudieran encontrarlos y montar guardia hasta el regreso del resto de la compañía. Obann quería reunirse con ellos tras haber escondido los caballos, pero Jerle le señaló que podía ser necesario tener que cambiar el lugar de escondite si un destacamento de búsqueda gnomo se acercaba demasiado, y que también podía darse el caso de que Obann tuviera que llevarles los caballos a los compañeros si los atacaban mientras descendían de los picos. El elfo aceptó a regañadientes, tomó los caballos de las riendas y partió.

Entonces, Jerle encabezó la marcha de aquellos que quedaban, un número que ahora se había reducido a siete: él, Tay, Preia, Vree Erreden y los últimos tres elfos cazadores; a través del cúmulo de rocas y árboles, hacia la hendidura oscura de los Pellizcos.

Siguieron ascendiendo durante el resto del día. Mientras avanzaban, Tay se dedicó a cavilar sobre la empresa que los esperaba. Por mucho que pudiera argüir que el resto de los miembros de la compañía compartían su responsabilidad de recuperar la piedra élfica negra, eso no cambiaba el hecho de que Bremen se lo había ordenado de forma expresa solo a él, no al resto. Más aún, él era un druida, el único del grupo, el único que era capaz de invocar la magia; al menos del tipo que podía ofrecerles algo de protección, y era el que estaba mejor preparado para encontrar y poner a buen recaudo la piedra élfica. No se había olvidado de la parte en la que la visión de Bremen insinuaba el peligro que rodeaba el lugar donde estaba escondida la piedra élfica, de que sugería la oscuridad que la cercaba y la protegía de aquellos que se la querían llevar; de la sensación inconfundible de maldad. Tay era consciente de que encontrar la piedra élfica negra era tan solo el primer paso. Ponerla a buen recaudo era el segundo, y no sería fácil hacerlo ni estaría

exento de riesgo. Si la piedra élfica no se había tocado tras todos esos siglos, sin duda debía de estar muy bien protegida. Vree Erreden y Preia Starle podían ayudarlo a encontrarla. Jerle Shannara y los elfos cazadores podían ayudarlo a hacerse con ella. Con todo, y en última instancia, el peso de la responsabilidad caía sobre sus hombros.

Y así era como debía ser, reflexionó Tay. Se había preparado para esa empresa durante la mayor parte de los últimos quince años, durante lo que constituía casi la totalidad de su vida adulta. El tiempo que había pasado en Paranor había sido para esto, si es que había sido para algo. Nada de lo que había conseguido se podía comparar en modo alguno con lo que se vería obligado a hacer. Como otros druidas, los días que había estado en Paranor los había invertido en sus estudios y en la búsqueda de conocimiento, y el haber continuado desarrollando sus habilidades mágicas no cambiaba el hecho de que había llevado una existencia mayormente sedentaria. Durante quince años, había vivido en un bastión enclaustrado y aislado, sin implicarse o participar en la vida del mundo exterior. Ahora que su tiempo en Paranor había terminado, su vida había cambiado para siempre y comenzaba aquí de nuevo, en esas montañas, entre las ruinas de otra época, con un talismán que nadie había visto desde la llegada de la humanidad a la tierra.

De modo que no podía fracasar, claro. Eso era de una importancia primordial. El fracaso comportaba el fin de cualquier esperanza que albergaran de derrotar al Señor de los Brujos, de cualquier oportunidad de forjar un arma que lo destruyera y, con toda probabilidad, también la vida de Tay Trefenwyd. No habría una segunda oportunidad, no podría volver atrás e intentarlo de nuevo. Esa empresa constituiría la culminación de años de creer y practicar la magia druida. Demostraría ambas cosas: qué magia fue creada para cumplir una función y cuál era su objetivo en la vida como druida. Era, supuso, el momento que lo decidiría todo.

Y desde ahí, sus preocupaciones se desplegaron. La compañía estaba cansada debido a la persecución, a correr y a esconderse, a sortear trampas, a la falta de sueño y a las largas horas de travesía. Hacía una semana que no comían en condiciones, desprovistos de los víveres que habían esperado obtener y malviviendo de aquello que consiguieran cazar y recoger durante la huida. Se sentían abatidos por la pérdida de sus compañeros y el miedo, basado en la premisa de que esa búsqueda no llegaría a buen puerto, minaba implacable su fachada de determinación. Nadie lo expresaba con palabras, pero el temor estaba ahí, cincelado en sus facciones, en sus miradas, en la

forma en la que se movían, a la vista de cualquiera que se molestara en buscarlo.

Se les agotaba el tiempo, pensó Tay Trefenwyd. Como agua que gotea entre manos ahuecadas, se les escurría y, si no iban con cuidado, de pronto descubrirían que se les había acabado.

Al caer la noche, habían llegado a la entrada del desfiladero y levantaron el campamento en un bosquecillo de alisos al abrigo del viento. Aunque refrescaba a estas alturas, por encima de la falda de la montaña, no lo hacía tanto como para tener frío. Las paredes de roca parecían conservar el calor de la luz diurna dentro del desfiladero, tal vez porque descendía bruscamente a un valle bajo que se extendía a este y oeste. Tomaron una comida frugal, comprobaron que aún tuvieran buenas reservas de agua, se enrollaron en las mantas y durmieron sin que nada los molestara.

Al amanecer, retomaron la marcha. El sol despuntaba en el valle e iluminaba el camino con rayos brumosos que refulgían en el extremo oriental del horizonte como almenaras. Preia Starle los encabezaba, exploraba a unos cuantos centenares de metros más adelante del grueso del grupo e iba y venía para informar, advertirlos sobre obstáculos, aconsejarles otros caminos más cómodos y, en definitiva, mantenerlos a salvo. Tay caminaba codo con codo con Jerle, aunque ninguno de los dos habló demasiado. Ascendieron por el extremo occidental del valle y, al abandonarlo, también salieron de la sombra de los picos idénticos y pronto se encontraron con que el desfiladero estaba obstruido por un desprendimiento enorme que parecía estar formado de placas inmensas de tierra partida y agrupada por manos de gigantes. Delante, el muro que creaba la Línea Quebrada se alzaba hasta el cielo, los picos agrestes reunidos por obra de esas mismas manos gigantes en hatajos, amontonados de un modo irregular e incomprensible mientras esperaban que alguien los separara para volverlos a juntar de nuevo.

Preia regresó para guiarlos hacia la izquierda y cruzar el desprendimiento por un sendero de más de un kilómetro que serpenteaba cuesta arriba entre las rocas irregulares. A esas alturas, Jerle había agotado lo poco que había recuperado de memoria, de modo que no les quedaba otra que seguir insistiendo hasta encontrar algo que apareciera en la visión de Bremen. Subieron las rocas del desprendimiento gateando, evitando las hendiduras que caían en picado hacia la oscuridad, los delgados filos de las pendientes y las crestas abruptas de las pendientes donde, si perdías pie, podías resbalar y precipitarte al vacío. Jerle tenía razón, se percató Tay: era mejor haber dejado los caballos, allí no les habrían servido de nada.

En la cima del desprendimiento se encontraron con un sendero estrecho y sinuoso, apenas perceptible desde el terreno que lo rodeaba, que conducía hacia un desfiladero angosto a través de las rocas enormes que tenían enfrente. Enfilaron el camino con cautela y con Preia en la vanguardia; la elfa se adentraba en la mezcla de luces y sombras, aparecía un momento ante ellos y, al siguiente, había desaparecido.

Cuando la volvieron a ver, estaba esperándolos al final del desfiladero y contemplaba las montañas que se alzaban más allá. Giró sobre sus talones cuando el resto se acercó; su entusiasmo era evidente. Señaló en una dirección y Tay vio enseguida el cúmulo de montañas que se erigía directamente a la izquierda de donde se encontraban, agujas que se alzaban hacia el cielo en un ángulo peculiar, cuya falda la cercaba un amplio círculo de altas rocas que se habían derrumbado.

«Como dedos apretujados y aglomerados en un solo macizo».

Tay sonrió, cansado. Era la referencia que buscaban, un cúmulo irregular de picos que, en algún lugar de sus profundidades agrestes, albergaba una fortaleza perdida desde la época del viejo reino de la magia. Un bastión que, según la promesa de la visión de Bremen, guardaba la piedra élfica negra.

* * *

Había sido más fácil de lo que Tay Trefenwyd había esperado: primero habían encontrado los picos idénticos en forma de V y luego el grupo de montañas que parecían dedos aglomerados. Los recuerdos que había recuperado Vree Erreden, combinados con las dotes de exploradora de Preia Starle, los habían conducido hasta su destino a una velocidad y con una eficiencia que desafiaba toda lógica. De no ser por la intromisión de los gnomos cazadores en diversos puntos a lo largo del trayecto, casi habrían llegado sin apenas esfuerzo.

Sin embargo, la situación se complicó con la misma facilidad. Durante el resto de ese día y del siguiente, buscaron la entrada de la fortaleza escondida entre las montañas y no encontraron nada. El macizo rocoso, de piedras y placas apiladas por igual entre las cumbres apretadas, les ofrecía docenas de aperturas que no los conducían a ningún sitio. Despacio y meticulosamente, los miembros de la compañía exploraron todos y cada uno de los senderos que se abrían en la roca y que conducían hacia la sombría y fría oscuridad, y los siguieron hasta llegar a despeñaderos, precipicios o caídas que les cortaban

cualquier avance. La búsqueda continuó hasta el tercer día, luego hasta el cuarto y, aun así, los elfos seguían sin encontrar nada.

Los ánimos se enardecieron. Habían recorrido un largo camino a un gran coste y encontrarse ahora completamente estancados era más de lo que podían soportar. Los invadió la molesta sensación de que se les acababa el tiempo; de que se acercaba el peligro por el este, ya que los gnomos proseguían su inevitable búsqueda; de que sus esperanzas se esfumaban y la decepción se asentaba en sus corazones.

Jerle Shannara los obligó a continuar. No se tornó sombrío y malhumorado como Tay se había esperado ni había recuperado el genio que había mostrado con Vree Erreden tras la pérdida de los elfos cazadores en el Paso de Baen, sino que permaneció firme, resuelto y calmado. Los dirigía a todos y cada uno, lo que incluía a Tay, sin darles tregua. Insistió en que siguieran adelante con la búsqueda. Los hizo volver sobre sus pasos. Los forzó a escudriñar cada apertura que había en las rocas, una vez y otra. Se negaba, solo a base de fuerza de voluntad, a dejar que perdieran la esperanza. Pensándolo bien, Tay se dio cuenta de que era un líder extraordinario.

Vree Erreden no proporcionó la ayuda que Tay esperaba. No tuvo visiones, ni presentimientos, ni demostraciones de instintos, nada que les ofreciera el mínimo indicio del lugar en el que se encontraba la fortaleza o de dónde podrían hallar la entrada. El localo no parecía afectado por aquello, al contrario: se mostraba bastante confiado. No obstante, Tay suponía que estaba acostumbrado al fracaso, que había aceptado el hecho de que su talento no podía invocarse, sino que le llegaba en el momento y el lugar que este deseara. Al menos no se sentó a esperar que le llegara. Como el resto de los componentes de la compañía, se dedicó a buscar, a explorar los huecos que se abrían en la roca derrumbada, a asomarse por este rincón y esa hendidura, por esa grieta y aquel desfiladero. No hizo ningún comentario sobre el fallo de sus habilidades para ayudarlos y Jerle Shannara, dicho sea a su favor, tampoco dijo nada al respecto.

Al final, fue Preia Starle quien la descubrió. A pesar de que el área por la que buscaban se extendía como un laberinto, a lo largo de esos cuatro días ya la habían cubierto casi en su totalidad. Se hizo evidente para todos que, a esas alturas, si la visión no les había engañado, la fortaleza se hallaba escondida de un modo que no habían contemplado. Preia se levantó antes del alba a la mañana del quinto día de búsqueda y bajó a inspeccionar la aglomeración irregular de monolitos. Lo hizo en parte por pura frustración y en parte porque sentía la necesidad de observar el paisaje de nuevo. Se sentó entre las sombras

de un peñasco que daba al este y contempló cómo la luz despuntaba tras los picos que quedaban a su espalda, cómo perseguía la oscuridad y la cambiaba del gris de la noche que se desvanecía al plateado y al dorado, los colores del nuevo día. Observó cómo los brillantes rayos de sol caían sobre la alta envergadura de las montañas, filtrándose por las caras de los riscos, como una mancha de pintura que se derrama por una pared de madera, que resaltaba la forma y la estructura de cada pared de roca.

Y, entonces, divisó a los pájaros. Eran aves marinas, blancas y pescadoras, grandes y angulares, situadas a kilómetros de distancia de cualquier reducto de agua; salían de una hendidura en la cara rocosa de una cima que se alzaba en el centro de la formación, a varios centenares de pies por encima del lugar donde ella estaba sentada. Las aves aparecieron de golpe en una bandada de más de una docena, alzaron el vuelo con la llegada de la luz como si hubieran recibido una orden silenciosa y cortaron el cielo donde desaparecieron hacia el este, rumbo al nuevo día.

Al instante, Preia se preguntó qué hacían aves marinas en esos picos yermos.

De inmediato se dirigió a los otros para informarlos. Describió lo que había visto, convencida de que valía la pena investigarlo y, de pronto, Vree Erreden soltó un grito, como si hubiera tenido una revelación. ¡Sí, efectivamente, eso era lo que andaban buscando! Aquello dio un empujón a la compañía y, a pesar de la rigidez y el dolor de los músculos provocado por la búsqueda y el dormir sobre la roca de las montañas durante cinco noches seguidas, a pesar del hambre que sentían por comer víveres que no tenían y el cansancio de alimentarse con la escasa comida que encontraban, levantaron campamento y ascendieron por la ladera de la montaña con una resolución alentadora.

Hasta media mañana no llegaron a la hendidura de la que habían salido las aves. No había una ruta directa que los llevara hasta allí: el sendero que se vieron obligados a seguir serpenteaba penosamente por toda la cara del risco y el avance exigía parsimonia y prudencia a cada paso. Preia, que encabezaba la marcha como siempre, fue la primera en llegar y desaparecer por la abertura. Para cuando los demás hubieron terminado la ascensión en un saliente angosto que quedaba enfrente de la hendidura, la elfa ya había vuelto para informarles de que había un paso que se abría camino entre la roca.

Prosiguieron en fila de a uno. Las paredes de la apertura se estrechaban a medida que avanzaban, lo que los encerraba cada vez más. La calidez del sol se tornó una sombra, fría y húmeda, hasta que luz se disipó. Pronto, los

salientes y los resaltes crearon un techo que los cubrió por completo. La única iluminación que había era la que se colaba por las fisuras que plagaban cada recodo de la hendidura. Los ojos se les ajustaron a la penumbra y pudieron continuar. Repararon en que las aves podían moverse con soltura a mayor altura, donde las paredes se ensanchaban. Encontraron plumas blancas y restos de pastos y ramitas secos que las aves debían de haber traído para construir sus nidos. Estos, sin duda, estarían más adelante, donde habría mejor iluminación y un aire más limpio. La compañía siguió avanzando.

Al cabo de cierta distancia, los salientes comenzaron a ser tan bajos que se vieron forzados a avanzar de cuclillas. Entonces, el desfiladero se bifurcó a derecha e izquierda. Preia les dijo que esperaran y torció a la derecha. Al cabo de un largo intervalo de tiempo, regresó y los llevó hacia la izquierda. Tras avanzar un poco, el desfiladero se ensanchaba de nuevo y pudieron volver a ponerse de pie. Ante ellos, la luz era más brillante. Estaban acercándose al final del corredor.

Unos cincuenta metros más adelante, la hendidura se abría a orillas de un lago inmenso. Fue tan inesperado que todos se detuvieron donde estaban y se limitaron a contemplarlo. El lago estaba situado en un cráter descomunal y las aguas se extendían, en calma y quietas, sin un atisbo de ondas. Al levantar la cabeza, vieron el cielo, una cúpula azul y despejada que proyectaba luz y calidez hacia el cráter. El sol acariciaba la superficie del lago, que reflejaba las paredes rocosas que lo rodeaban con todo lujo de detalles. Tay escudriñó los despeñaderos y descubrió los nidos de las aves marinas a gran altura. No se divisaba ninguna. Al amparo de las paredes de la montaña y en toda la superficie del lago no se movía ni un alma, el silencio era sepulcral, frágil como el cristal.

Tras una corta negociación susurrada con Jerle, Preia Starle los condujo hacia la izquierda, rodeando la orilla del lago. Esta estaba formada por una mezcla de grava y plataformas planas, y los chirridos que producían las botas mientras avanzaban creaban un eco peculiar e inquietante en las profundidades cavernosas del cráter. Tay invocó la magia y la desplegó hacia donde se dirigían, con la intención de encontrar escollos y peligros escondidos. En cambio, lo que encontró fueron hilos de poder terrenal tan grandes y antiguos que desgarraron su frágil red y lo obligaron a retejerla. Atrajo a Jerle hacia sí para advertírselo. Allí había un flujo de magia formidable, magia tan antigua como el mismísimo tiempo e igual de inmutable. Guardaba el cráter y todo lo que este contenía. Tay no fue capaz de detectar que supusiera un peligro concreto, pero tampoco podía seguirle la

pista para encontrar la fuente o descubrir qué uso se le estaba dando. No creía que supusiera una amenaza para ellos, pero lo más adecuado era proseguir con cautela.

Siguieron avanzando hasta que hubieron recorrido la mitad del perímetro del lago. Todavía no habían encontrado ningún rastro de vida, ninguna señal de nada más allá de lo que se extendía ante sus ojos. Ni siquiera Tay, con el uso de la magia druida, ni tampoco Vree Erreden con sus habilidades de localo, fueron capaces de descubrir lo que andaban buscando. El sol se había desplazado y ya no se asomaba tras la sombra del filo del despeñadero, sino que los abrasaba directamente; una esfera encendida sobre azul. La compañía no podía alzar la vista sin quedar cegada, de modo que mantuvieron los ojos fijos en el suelo a medida que caminaban.

Fue entonces, con la llegada del mediodía, cuando Tay Trefenwyd vio la sombra.

Se había alejado un momento de la orilla hacia un terreno más elevado para tratar de divisar la otra orilla, a pesar del reflejo deslumbrante del sol sobre la superficie quieta del lago. Mientras procuraba encontrar una posición que minimizara el fulgor, divisó una sombra que creaba el sol debido a un saliente rocoso en las alturas al otro lado del lago. Esta sombra llegaba hasta la cara del risco que les quedaba enfrente, a unos cuantos centenares de metros. La punta de la sombra se elevaba por la pared de roca hasta una fisura estrecha y se detenía allí. Algo en aquella fisura le llamó la atención. Tay proyectó la magia para tantear la apertura.

Y lo que descubrió, grabado en la roca de encima, fue un escrito.

Tay se apresuró a llegar a la altura de Preia y juntos hicieron girar a la compañía hacia el interior. Al cabo de poco, estuvieron ante la fisura y alzaron la mirada, contemplando en silencio el texto. Era muy antiguo e indescifrable, en lengua élfica, pero desconocían el dialecto. El grabado estaba tan erosionado por las inclemencias del tiempo que casi había desaparecido.

En ese momento, Vree Erreden, inspirado, dio unos pasos al frente, hizo que Tay y Jerle lo subieran y estiró la mano para acariciar el texto con las yemas de los dedos. Se quedó suspendido un momento, con los ojos cerrados, moviendo las manos, deteniéndose y moviéndolas de nuevo. Luego, se deslizó hacia el suelo. Como si estuviera en trance, se encorvó hacia la roca en la que estaban y, sin que pareciera que veía lo que estaba haciendo, con la vista fija en algún punto más allá de lo visible, se puso a grabar palabras en la superficie lisa con un trozo de piedra irregular.

Tay se inclinó para leerlas:

Os encontráis en la Masca Magna.
Todavía la habitamos.
No toquéis nada.
No os llevéis nada.
Nuestras raíces son profundas y robustas.
Se os ha prevenido.

—¿Qué significa? —susurró Jerle.

Tay sacudió la cabeza.

—Que la magia guarda lo que hay más allá de la abertura. Que perturbarla en modo alguno comportará consecuencias desagradables.

—Dice que todavía están vivos —observó Vree Erreden, con un siseo de incredulidad—. ¡Es imposible! ¡Mirad el grabado! ¡Es de la vieja época del reino de la magia!

Se quedaron allí, contemplando el texto, la fisura y los rostros de cada uno.

Tras ellos, los cazadores elfos y Preia Starle esperaban. Nadie medió palabra. Sentían que el tiempo se escurría, el pasado y el presente convergían y trascendían el paso de la historia y las vidas. Percibían que estaban en el filo de un precipicio, sabían que cualquier paso en falso los arrojaría hacia la muerte. La consciencia de Tay sobre la presencia de la magia era tan fuerte que le parecía que podía notar cómo le rozaba la piel. Antigua, poderosa, con una voluntad de hierro e invocada solo por determinación y necesidad, le embotaba los sentidos y amenazaba con abrumarlo.

—No hemos llegado hasta aquí para regresar ahora —observó Jerle Shannara con un hilo de voz mientras echaba un vistazo a Tay—. Por ninguna razón.

Tay asintió. Él también se había decidido. Echó una ojeada a Vree Erreden, a Preia Starle y a los elfos cazadores que había tras ella y, al final, de nuevo a Jerle. Le ofreció una sonrisa torcida a su amigo.

Acto seguido, inspiró hondo y se adentró en la negra boca de la fisura.

La fisura se abría de inmediato a un corredor lo suficientemente ancho como para que los elfos avanzaran de dos en dos. Unas escaleras de caracol descendían hacia una oscuridad tan absoluta que ni siquiera la aguda visión de Tay Trefenwyd era capaz de penetrar más allá. Recorrió varios metros guiándose por la pared, hasta que encontró una placa de metal. Al tocarla, la superficie se iluminó, fría, de un amarillo pálido. Contempló la placa, sorprendido; era una magia con la que nunca había topado. La luz le reveló otra placa, colocada en el filo de la oscuridad que se extendía ante él. Se dirigió hacia ella, colocó la mano encima y también se iluminó. «Qué maravilla», pensó. Oía los pasos de los demás a su espalda. Se preguntó qué estarían pensando. Sin embargo, nadie abrió la boca y él no volvió la vista para mirarlos. Al contrario, prosiguió adelante, tocando las placas de metal e iluminando el camino a través de ese pasadizo oscuro.

El descenso les llevó un largo lapso de tiempo. Tay no podía medirlo, tenía toda la concentración puesta en desplegar la magia druida ante él para descubrir posibles trampas escondidas. Las placas de metal que emitían luz demostraban un grado de complejidad inesperado para él. La magia de los tiempos del viejo reino de la magia no se conocía bien, ya que la mayor parte del conocimiento que la atañía se había perdido con el paso del tiempo, y Tay siempre había asumido que ese tipo de magia se fundamentaba más en la naturaleza que en la tecnología. Sin embargo, las placas sugerían que estaba equivocado, y eso lo inquietaba. No debía dar nada por supuesto aquí, se advirtió a sí mismo. Su magia de druida se deslizó por las corrientes de aire, rozó las grietas de la roca y rebotó en las motas de polvo que removían al pasar, buscando. Con una precisión veloz, clasificaba y definía los secretos del mundo que atravesaban. No encontró ni rastro de vida humana, a pesar de que la advertencia que habían encontrado sobre la abertura sugería lo

contrario. Tampoco encontró ningún indicio de que otra persona hubiese pasado por allí desde hacía años, tal vez siglos. Con todo, sentía una aguda sensación de ser observado, analizado, por algo que los esperaba más adelante, con un propósito paciente e inexorable.

Las escaleras terminaban ante un portón de hierro. No había cerrojos que lo sellaran. No había ninguna magia que lo custodiara. Sobre el marco oxidado y picado, había las palabras «Masca Magna» grabadas en la piedra; tan solo esas palabras, ninguna de las que también aparecían escritas en la pared sobre la fisura por la que habían entrado. El resto de los integrantes de la compañía se apiñaron. A cuatro patas, Preia Starle examinó el suelo que había ante las puertas, y poco tiempo después se alzó y sacudió la cabeza. Nadie había cruzado el umbral desde hacía mucho, mucho tiempo.

Tay tanteó las puertas y las ranuras con la magia. No descubrió nada. Entonces, dio un paso adelante, agarró los grandes picaportes de hierro y estiró.

Los picaportes cedieron con facilidad, los pasadores se soltaron y las puertas se abrieron hacia adentro al unísono. Una luz difusa se colaba por la abertura, rayos que refulgían, irreales, como si se filtraran a través de un cristal empañado por la lluvia.

Una fortaleza inmensa se erigía ante ellos, de bloques de piedra tan antiguos que tenían las aristas erosionadas y la superficie tan agrietada que parecía que estuviera cubierta de telarañas. Era una construcción extraordinaria, con torres en equilibrio sobre almenas, parapetos entrelazados, voladizos por doquier y una espiral de pasarelas que insinuaban la misma complejidad que las hebras de un tapiz tejido en un telar. El castillo se alzaba, imponente y alto, cada vez más arriba, hasta que las cúspides más elevadas apenas podían distinguirse. Las montañas cercaban el bastión y se abrían al cielo a través de una cúpula de nubes y niebla. La maleza y los árboles crecían entre las paredes rocosas. En las alturas, las ramas y las enredaderas caían hacia adentro, hacia las agujas del castillo, y dejaban que la luz diurna se filtrara en vetas irregulares. Por eso la luz se proyectaba de un modo tan extraño: caía a raudales a través del filtro de una bóveda de hojas y de volutas de bruma para cubrir las piedras de la fortaleza con una iluminación deslavada.

Tay cruzó el umbral y se adentró en un patio inmenso que se extendía a ambos lados y al centro, hacia la estructura de la fortaleza. Ahora descubrió que habían pasado por las murallas exteriores del castillo, que colindaban con los mismos picos. Volvió la mirada para contemplarlas asombrado y reparó

en que, con el paso del tiempo, las montañas se habían deslizado hacia la muralla y habían estrechado el cerco alrededor de la antigua fortaleza hasta que los muros de esta habían comenzado a agrietarse y desmoronarse. Paso a paso, las montañas recuperaban el terreno sobre el que se había construido el bastión. Llegaría el día en que la aplastarían para siempre.

La compañía avanzó por el patio, echando vistazos en derredor con cautela. El aire era húmedo y estaba cargado de un olor fétido, el hedor a ciénaga y descomposición, algo raro para el lugar en el que se encontraban, tan internado en las montañas. Sin embargo, habían descendido durante un largo trecho desde que habían encontrado la fisura en la pared del cráter y Tay creía que debían de haber regresado a la altura del nivel del mar, lo bastante abajo como para toparse con terrenos pantanosos. Volvió a alzar la mirada hacia los árboles, los matorrales y las enredaderas que crecían en las alturas de los riscos y se percató de que la niebla casi era una llovizna. Sentía la humedad en el rostro. Observó las puertas y ventanas de la fortaleza, eran agujeros negros entre la bruma gris. Los goznes y los cerrojos de hierro colgaban, vacíos e inútiles; la madera se había podrido. La humedad también se había ensañado con la piedra y la argamasa, ahora consumida y erosionada. Tay se encaminó a la torre más cercana y acarició la piedra. La superficie se desmenuzó como si fuera arena. Esa antigua fortaleza, la Masca Magna, daba la desagradable sensación de ser un lugar que se derrumbaría con una ráfaga de viento fuerte.

Entonces, Tay vio a Vree Erreden. El localo estaba de rodillas, en el centro del patio, con la cabeza gacha entre los hombros, rodeándose con los brazos para evitar decaer por completo, con la respiración entrecortada. Tay se acercó corriendo y se arrodilló a su lado. Preia apareció ante ellos y luego Jerle, con semblantes serios y preocupados.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Tay al doliente—. ¿Estás enfermo?

El localo asintió deprisa, apretó los brazos contra sí y cayó contra Tay, que lo sostuvo, mientras temblaba como si lo embargara un frío atroz.

—¡Es este lugar! —siseó—. Diantres, ¿no lo percibes?

Tay lo estrechó.

—No, no percibo nada. ¿Qué notas?

—¡Un inmenso poder, maligno y violento! ¡Es arena que araña la piel! ¡No sentía nada y, de pronto, está por todas partes! ¡Me abruma! ¡Por un instante no he podido ni respirar!

—¿De dónde proviene? —pidió Jerle, con prisa, acercándose.

El localo sacudió la cabeza.

—¡No sé decirlo! ¡No es algo que conozca, algo que haya sentido con anterioridad! No es una visión ni un palpito ni... nada. He percibido oscuridad, una oleada de negrura y luego he sentido...

Inspiró hondo para acompañar la respiración, cerró los ojos y se quedó quieto. Tay bajó la mirada de inmediato, creía que se había quedado inconsciente. No obstante, Preia lo tocó y sacudió la cabeza: Vree Erreden tan solo estaba descansando. Tay dejó que lo hiciera. Se quedó de rodillas, sosteniendo al localo entre los brazos, y el resto de la compañía aguardó con él.

Finalmente, el doliente abrió los ojos de nuevo, exhaló un hondo suspiro, se separó de los brazos de Tay y se puso de pie. Se mostró firme cuando se volvió hacia el resto, pero las manos aún le temblaba.

—La piedra élfica negra —susurró— está aquí. Eso es lo que he percibido, la fuente de toda maldad. —Parpadeó y luego le echó una mirada severa a Tay—. ¡Tiene un poder inmenso!

—¿Sabes dónde está? —preguntó Tay, tratando de mantener la calma.

El localo sacudió la cabeza y se cruzó de brazos en actitud defensiva.

—Allí, en algún lugar. En la fortaleza.

De modo que continuaron avanzando, con cautela, hacia la fortaleza. Tay volvió a liderar la compañía, con la magia desplegada ante ellos como una red que los protegía ante cualquier peligro. Cruzaron el umbral que se abría en el centro de la fortaleza y comenzaron a recorrer el laberinto de pasadizos. Tay notaba a Jerle rozándole el codo y a Preia, a tan solo un paso a su espalda. Reparó en que lo estaban protegiendo. Sacudió la cabeza. Le perturbaba no ser consciente de la proximidad de la piedra élfica negra cuando para Vree Erreden era tan evidente. La magia druida le había fallado. ¿Por qué? ¿Acaso en esa fortaleza sus poderes se tornaban inútiles? No, se recordó, porque había percibido una presencia antes de entrar, mientras vigilaba. ¿De quién era, entonces? No podía ser que la piedra élfica negra poseyera inteligencia, pero sí que era evidente que había algo que vivía aquí. ¿Qué podía ser?

Siguieron recorriendo el interior de la fortaleza y se adentraron en las catacumbas. Las sombras se arrojaban sobre todo en capas de negrura húmeda y aterciopelada. Tras sus pasos se levantaba una nube de humo que impregnaba el aire. El menaje que otrora había engalanado el castillo se había desmenuzado. Ya no quedaba nada excepto trozos de metal y jirones de tela. Los clavos sobresalían de las paredes, allí donde antaño habían colgado tapices y cuadros. Hubo una época en que se cultivaban el arte y la artesanía, pero nada de lo que se había producido entonces había sobrevivido. Los

pasillos y corredores conducían a distintas estancias, algunas inmensas y majestuosas; otras, pequeñas e íntimas, y todas sin rastro de vida. Cruzaron un pasadizo que tenía una hilera de bancos, pero en cuanto Tay descansó la mano sobre uno se convirtió en polvo. En las hornacinas había cristales rotos. Encontraron armas rotas e inservibles y pilas de madera podrida y metal oxidado. Los techos ascendían entre nubes de penumbra y las ventanas eran agujeros que parecían las cuencas destruidas de unos ojos ciegos. No se movía nada y un silencio sepulcral lo cubría todo.

En la confluencia de varios pasillos anchos, Vree Erreden los hizo detenerse de pronto. Se sostenía la cabeza con una mano, con el dolor cincelado en esos rasgos delgados y el cuerpo flaco en tensión.

—¡A la izquierda! —dijo con un grito ahogado y señaló hacia allí con aspecto desvalido.

Se giraron hacia esa dirección. Preia Starle se quedó rezagada para agarrarlo del brazo y ofrecerle su apoyo. Vree volvía a respirar entre jadeos, parpadeaba con tanta rapidez que parecía que quisiera deshacerse de una mota que le irritaba los ojos. Tay volvió la vista para observarlo y luego la centró delante. Seguía sin percibir nada. Se sentía extrañamente indefenso, como si la magia lo hubiera abandonado y ya no pudiera fiarse de ella. Apretó los dientes ante su manifiesta ineptitud y se obligó a continuar adelante. La magia nunca lo abandonaría, se reprendió en silencio. Nunca.

Se encaminaron por una escalera ancha que serpenteaba por los muros exteriores de una rotonda enorme. Los pasos hacían algo de eco en el silencio amortiguado y ahora, de nuevo, Tay volvió a percibir esa mirada, más aguda esta vez, con más pujanza. Lo que fuera que viviera en la fortaleza se encontraba cerca.

Llegaron al final de las escaleras y se detuvieron. Ante ellos se abría un patio ancho y brillante por la neblina y el sol. Las sombras se empequeñecían, raídas y rotas. La humedad rancia de los pasadizos se desvaneció. El polvo y la arenilla que flotaba en el aire viciado desapareció.

En el centro del patio crecía un jardín.

El jardín tenía una forma rectangular y estaba cercado por un ancho sendero de baldosas pintadas y piedras, de colores todavía vivos. Las flores crecían a lo largo del borde exterior; una variedad que Tay era incapaz de identificar, pero eran multicolores y frondosas. La sección central del jardín la ocupaba un bosquecillo de árboles delgados y enredaderas tan entrecruzadas que parecían casi inseparables, las hojas eran de un verde brillante y refulgían, las ramas y los troncos conformaban un diseño curioso y moteado.

«¡Un jardín!», se maravilló Tay. El entusiasmo lo embargó. ¡Un jardín que crecía en las entrañas de esa fortaleza antigua, donde no debería crecer nada, donde no debería llegar ni un solo atisbo de luz! ¡Apenas podía creerlo!

Casi sin pensar, bajó las escaleras y se lanzó hacia el extremo del jardín. Estaba a tan solo unos metros cuando Jerle Shannara lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás con firmeza.

—No tan deprisa, Tay —le advirtió su amigo.

Sobresaltado, Tay lo miró y luego vio que Vree Erreden volvía a estar arrodillado y sacudía la cabeza lentamente, de un lado para otro, mientras Preia lo sostenía. De pronto, Tay reparó en la fortaleza del impulso que había sentido de seguir adelante, del deseo que había tenido de explorar el jardín. También se percató de que había olvidado por completo sus defensas. Lo habían embargado tanto las ganas de seguir que había abandonado el escudo protector que había erigido con la magia druida sin darse cuenta.

Sin mediar palabra, se encaminó deprisa hacia el lugar donde Vree Erreden yacía postrado de rodillas. El localo lo agarró al instante, percibiéndolo más que viéndolo, y lo atrajo hacia sí.

—La piedra élfica negra —siseó con los dientes apretados debido a algún tipo de dolor interno— ¡está ahí!

Su mano temblorosa señaló el jardín.

Preia rozó el brazo de Tay con delicadeza para que este la mirara. Los ojos anaranjados de la elfa reflejaban cautela y preocupación.

—Ha caído de rodillas justo cuando te has adentrado en el patio. Algo lo ha atacado. ¿Qué ocurre?

Tay sacudió la cabeza.

—No estoy seguro.

Alargó las manos para tomar las de Vree Erreden entre las suyas. El localo se estremeció y luego se quedó quieto de nuevo. Tay invocó la magia, conjuró un bálsamo curativo y lo mandó hacia los brazos delgados del localo. Vree Erreden suspiró, su cabeza cayó hacia delante y se quedó inmóvil.

Preia observó a Tay y levantó una ceja.

—Solo... Aguántalo un momento —le indicó este.

Acto seguido se levantó y se dirigió a Jerle:

—¿Qué crees que hace este jardín aquí? —le preguntó en voz baja.

Su amigo sacudió la cabeza.

—Nada bueno, si es el lugar que alberga la piedra élfica negra. Si yo fuera tú, no entraría.

Tay asintió.

—Pero no puedo conseguirla sin entrar.

—Me pregunto si podrías aunque entraras. Tú mismo dijiste que la visión advertía que algo custodiaba la piedra. Tal vez sea el jardín. O es algo que vive ahí dentro.

Los dos amigos estaban de pie, muy cerca el uno del otro, y escudriñaban la maraña de enredaderas y ramas mientras trataban de descubrir el peligro que percibían que los aguardaba. Por un momento, pareció que una brisa suave agitaba las hojas brillantes, pero nada más se movía. Tay alargó el brazo y extendió un tentáculo de magia druida para tantear el interior del jardín. El tentáculo se arrastró con prudencia hacia adentro, buscando. Tan solo encontró más de lo que ya veía: los árboles delgados, las enredaderas de hojas brillantes y la tierra sobre la que crecían.

Sin embargo, notaba que había vida, más vida que la que las plantas dejaban intuir, una presencia poderosa, antigua y letal.

—Acompáñame —le dijo a Jerle, al final.

Se separaron de la compañía y comenzaron una exploración lenta y precavida del perímetro del jardín. El sendero era ancho y estaba despejado, de modo que podían vigilar en todas direcciones a medida que avanzaban. El jardín se extendía a lo largo de varios centenares de pies por un lado, luego un centenar más por el otro, y por el siguiente otros tantos centenares de pies. En cada lado, presentaba el mismo aspecto: las flores rodeaban el borde, los árboles y las enredaderas quedaban adentro. No había más caminos. No había signos de vida más allá de la vegetación. No había ni rastro de la piedra élfica negra.

Cuando regresaron al punto de partida, Tay se acercó a Vree Erreden por enésima vez. El localo había recobrado la consciencia y estaba en cuclillas al lado de Preia. Tenía los ojos abiertos, fijos en el jardín, aunque Tay se figuró que estaba observando algo completamente distinto.

Tay se agachó a su lado.

—¿Estás seguro de que la piedra élfica negra está aquí? —preguntó con un hilo de voz.

El localo asintió.

—En algún lugar de ese laberinto —susurró, con la voz ronca y cargada de miedo. De pronto, clavó los ojos en Tay—. ¡Pero no debes adentrarte ahí! ¡No volverás a salir, Tay Trefenwyd! ¡Lo que custodia la piedra élfica, lo que vive ahí, te está esperando! —Apretó la mano en un puño ante el rostro crispado de dolor—. ¡Escúchame bien! ¡No puedes hacerle frente!

Tay se alzó y volvió junto a Jerle Shannara.

—Quiero que hagas algo —le dijo. Se aseguró de que Vree Erreden no pudiera escucharle—. Haz que vengan los elfos cazadores. Deja a Preia con el localo.

Jerle lo estudió un momento y luego llamó a los elfos cazadores que quedaban para que se acercaran. Cuando se hubieron reunido a su alrededor, el elfo lanzó una mirada inquisidora a Tay.

—Quiero que me agarréis de los brazos —les indicó—. Dos en cada lado. Agarrádmelos y no importa lo que diga o haga, manteneos firmes. No me soltéis. No reaccionéis a nada de lo que diga. Ni siquiera me miréis si podéis evitarlo. ¿Seréis capaces de hacerlo?

Los elfos cazadores se miraron entre sí y asintieron.

—¿Qué vas a hacer? —le pidió Jerle.

—Voy a usar la magia druida para encontrar lo que se esconde en el jardín —respondió Tay—. Estaré bien si hacéis lo que os he indicado.

—Eso haré —contestó su amigo—. Todos lo haremos. Pero no me gusta ni una pizca.

Tay sonrió, con el corazón aporreándole el pecho.

—A mí tampoco.

Entonces, cerró los ojos y expulsó el resto de su consciencia. Invocó la magia y se adentró en sí mismo. Allí, en lo más profundo de su ser, creó una imagen de sí mismo con la magia, algo que era espíritu pero no sustancia, y lo mandó adelante con un suspiro largo y hondo.

Surgió de su cuerpo material como un espectro invisible, un mota de éter recortada sobre la luz gris pálida de la antigua fortaleza. Se escurrió entre Jerle Shannara y los elfos cazadores, entre Preia Starle y Vree Erreden, y se dirigió hacia la maraña frondosa y verde del jardín silencioso. A medida que avanzaba, comenzó a percibir con más claridad la magia que se alojaba allí. Antigua, astuta y bien arraigada, sus raíces eran mucho más profundas que las de los árboles y enredaderas que la escondían. Era la entidad de la que surgían las hebras de poder que custodiaban la fortaleza. Nacían de ella como hilos de telaraña que se entrelazaban con la piedra y el hierro, llegaban a las murallas exteriores y a las agujas más altas, a las profundidades de las catacumbas y a las almenas más elevadas. Se extendían por el abismo de montañas que escindían el cielo en una concentración inmensa de reflexión, sentimiento y fuerza. El elfo se topó con la telaraña y se coló entre los hilos con cautela, deslizándose sin tocarlos para proseguir.

En ese momento, se había adentrado en el jardín, avanzaba serpenteando entre el laberinto, entre el exuberante aroma húmedo de la tierra y el dulce

olor penetrante de las hojas y las enredaderas. Allí donde miraba, el jardín era exactamente igual: hondo, secreto y envolvente. Surcó una corriente de aire ingrátido e incorpóreo y esquivó las hebras de poder que se alargaban por doquier, evitando hacer algo que pudiera perturbarlas y de rebote alertara de su presencia a lo que fuera que estuviera vigilando.

Había penetrado tanto en el jardín que creía que debía de estar a punto de cruzar por el otro extremo cuando, de pronto, tropezó con un punto inesperado donde las hebras de poder se apretaban, donde la luz parecía apagarse y las sombras ganaban terreno. Allí no había árboles delgados ni enredaderas. Allí, la oscuridad prevalecía. La tierra pelada ponía de manifiesto un espacio donde no crecía nada y donde la luz difusa era absorbida como si fuera agua que empapa una esponja. Algo invisible latía con fuerza, con la vibración y la consistencia de un corazón, enterrada en capas de protección mágica y envuelta de un manto de poder.

Tay Trefenwyd se acercó y escudriñó entre las sombras asfixiantes, atravesando con sigilo las hebras que la custodiaban. Aun siendo un espectro, se quedó quieto y silenció incluso el latir del pulso, el rumor de la respiración y el estremecimiento del corazón. Se deshizo de todo excepto de una ínfima parte de sí mismo y se fundió con la oscuridad.

Entonces la vio. Descansaba sobre un marco de metal antiguo donde se habían grabado runas y cincelado extrañas criaturas: una gema negra como la tinta, de una oscuridad tan impenetrable que su superficie suave no reflejaba la luz. Opaca e insondable, irradiaba un poder que iba más allá de lo que Tay Trefenwyd hubiera creído posible. La piedra élfica negra lo estaba esperando.

A él.

¡Ay, diantres! ¡A él!

Como una polilla que va hacia la luz, Tay se alargó para alcanzarla; impulsivo, sin pensar e incapaz de resistirse. Se lanzó con la desesperación y la urgencia de un hombre que se está ahogando y esta vez Jerle Shannara no estaba aquí para detenerlo. Era tan solo una imagen, un espectro incorpóreo, y no pensó en lo que hacía. En ese momento, había perdido la razón y la necesidad que sentía era lo único que importaba.

Lo que lo salvó fue que no era más que un espíritu. En el momento en que cerró la mano alrededor de la piedra élfica, se dio a conocer. Notó cómo las hebras de poder rielaban reaccionando ante su presencia, las percibió vibrando y aullando como advertencia. Trató de retroceder, de huir de lo que vendría, pero no tenía vía de escape. El observador que no había sido capaz de identificar, aquello que habitaba las ruinas de Masca Magna, se materializó

de sopetón, horrible, ante él. La tierra tembló al despertarse y las enredaderas que crecían por el jardín, flácidas y sin vida hasta entonces, se erizaron y se convirtieron en las espirales mortíferas sobre las que los había advertido la sombra de Galáfilo. Azotaron los espacios que quedaban entre los árboles delgados como serpientes, escrutadoras. La magia las impulsaba, las alimentaba, les insuflaba vida, y Tay Trefenwyd, aun siendo un espíritu, supo lo que eran al instante. Una docena de las que estaban a su alrededor se le cerraron sobre los brazos y las piernas, sobre el cuerpo y la cabeza, irresistiblemente fuertes. Se estrecharon y comenzaron a apretarle. Tay notaba la presión. No debería haber sido capaz: se había convertido en un espectro. Sin embargo, la magia del jardín poseía el poder de descubrirlo, aunque hubiera adoptado una forma escurridiza. Era magia que podía agarrar otra magia, magia que podía destruir incluso a un druida. Tay tenía la sensación de que lo desgarraban. Oyó cómo chillaba, el dolor era real en su psique. Se aglutinó en el centro de su figura destrozada y redujo el pedacito de sí mismo que importaba al tamaño de una partícula tan pequeña como una mota de polvo. Salió volando por un espacio que quedaba entre la masa de enredaderas que se retorció y se lanzó hacia la luz.

Entonces, de súbito, había vuelto al interior de su cuerpo, retorciéndose y chillando, arqueándose como si lo hubieran electrificado mientras batallaba para zafarse con tal fuerza que Jerle Shannara y los elfos cazadores tuvieron que poner todo su empeño para agarrarlo. Soltó un grito ahogado, se estremeció y finalmente se derrumbó entre los brazos de los demás, sin fuerzas. Estaba cubierto de sudor y tenía las ropas desgarradas debido al esfuerzo de zafarse de las manos que lo sujetaban. Ante él, el jardín ondeaba, lleno de vida; un océano de propósitos letales, un cenagal donde cualquier cosa que quedara presa nunca sería capaz de escapar.

Y, sin embargo, él lo había conseguido.

Se le cerraron los ojos y apretó los párpados hasta que fueron rendijas.

—¡Diantres! —susurró, luchando contra la sensación de las enredaderas tenaces arrastrándose por el cuerpo y apretándolo.

—¡Tay! —la voz de Jerle sonaba áspera y desesperada. El grandullón lo sostuvo contra sí. El druida temblaba con violencia—. Tay, ¿me oyes?

Tay Trefenwyd se agarró a su amigo por toda respuesta y abrió los ojos de golpe. Ya había pasado, se dijo. Estaba a salvo, ileso. Inspiró hondo lentamente. Había vuelto entre los vivos y, respecto al horror de la magia de la piedra élfica negra, ya se le había revelado todo lo que necesitaba saber.

Explicó al resto de los miembros de la compañía lo que había descubierto. Hizo que se apiñaran todos, ya que no existía ninguna razón por la que no debieran saberlo, y les contó lo que había ocurrido. No mintió, pero se guardó para sí la verdad más oscura que había destapado. Trató de no evidenciar lo asustado que estaba, aunque el miedo lo embargó de nuevo mientras relataba lo sucedido, en oleadas enormes y profundas. Mantuvo un tono calmado y firme, y fue conciso. Cuando hubo terminado, les dijo que necesitaba un rato para pensar lo que debían hacer ahora.

Lo dejaron solo, excepto Vree Erreden. El localo lo acompañó *motu proprio* y, en cuanto el resto ya no podía oírlos, tomó a Tay del brazo.

—No has dicho nada sobre el vigilante. No has dicho su nombre, pero debes de saber su identidad. —Los dedos delgados y fuertes lo apretaron—. He percibido que te esperaba, a ti en concreto, como si para él fueras especial. Dime qué es, Tay Trefenwyd.

Se dirigieron hacia una escalera de caracol y se sentaron, rodeados del silencio sepulcral de las profundidades de la fortaleza. Ante ellos, el jardín había recobrado la calma y tan solo era un jardín, nada más. Era como si nada hubiera sucedido.

Tay echó un vistazo al localo y luego desvió la mirada.

—Si te lo digo, no puede salir de aquí. Nadie más debe saberlo.

Vree Erreden asintió.

—¿Es el Señor de los Brujos? —susurró.

Tay sacudió la cabeza.

—Lo que gobierna esta tierra es mucho más antiguo. Lo que habita el jardín es lo que antaño habitó el castillo. Es un compendio de vidas, una amalgama de criaturas del reino de la magia, en su mayoría elfos, que siglos atrás eran como tú y como yo. Sin embargo, codiciaban el poder de la piedra élfica negra. Lo codiciaban y su necesidad era tan imperiosa que no fueron capaces de resistirse. Usaron la piedra, todos, tal vez juntos o tal vez por separado, y los aniquiló. Desconozco cómo, pero me revelaron su historia. He percibido el horror y su locura. Se han transformado, ahora son el substrato del jardín, una consciencia colectiva, un poder colaborativo, una magia que apuntala lo que queda de la fortaleza, y están aquí reunidos, donde lo que queda de ellos ha echado raíces en forma de estos árboles y enredaderas.

—¿Antaño fueron humanos? —preguntó el localo, horrorizado.

—Sí, pero ya no. Perdieron cualquier ápice de humanidad cuando invocaron el poder de la piedra élfica negra. —Tay lo observó de hito en hito con una mirada angustiada—. Bremen me advirtió del peligro. Me dijo que pasara lo que pasara, fueran las circunstancias que fueran, no debía usar la piedra élfica negra. Debe de saber el precio que costaría si lo hiciera.

Vree Erreden agachó el rostro delgado entre las sombras. Parpadeó deprisa.

—Percibo que lo que vive aquí te espera, eso ya te lo he dicho. Pero ¿por qué está esperando? ¿Acaso busca seres de su misma naturaleza, criaturas con poder, que sepan usar algún tipo de magia? ¿O quizá quiere protegerse de ellas? ¿Qué lo mueve? Se me escapa, creo, porque mi magia carece de definición y de fuerza. Mi magia se basa en el instinto y la visión y no me sirve para eso. Pero, diantres, ¿será que no he percibido la oscuridad!

Se volvió hacia Tay.

—Tienes el poder de un druida, y este tipo de don es mil veces más cautivador. Sin duda, o teme o ansía tu magia.

Las ideas se agolpaban en la cabeza de Tay.

—Protege la piedra élfica negra porque es la fuente de su poder. De su vida. Al venir al jardín y perturbar las hebras de poder que ha establecido, la he amenazado. Pero ¿sabe que soy un druida? Tengo mis dudas.

—Sabe que eres su enemigo, eso seguro. Debe de saberlo, porque ha tratado de aniquilarte. Y sabe que no has sido corrompido. —El localo exhaló un suspiro largo y entrecortado—. Espera a que vuelvas a intentarlo, Tay. Si vuelves a adentrarte en el jardín, te devorará.

Se miraron uno al otro, en silencio. «Sabe que eres su enemigo», pensó Tay, evocando las palabras de Vree Erreden. «Sabe que no has sido corrompido». De pronto, eso le recordó algo, pero no supo con exactitud qué. Le dio vueltas unos segundos antes de acordarse: Bremen había cambiado de apariencia, de forma, de la misma esencia, para poder penetrar en el interior de la guarida del Señor de los Brujos. Bremen se había cambiado a sí mismo para fundirse con los monstruos que allí moraban.

¿Podría hacerlo él aquí?

Se le hizo un nudo en la garganta y contuvo el aliento. Volvió el rostro, ya que no quería que Vree Erreden pudiera ver lo que reflejaban sus ojos. No se podía creer lo que se le había ocurrido. No se podía creer que estuviera dándole una vuelta siquiera a la idea. ¡Era demencial!

Con todo, ¿qué otra opción le quedaba? No tenía otro modo de hacerlo, de eso era plenamente consciente. Contempló al resto de la compañía, que estaba

sentada en un extremo de aquel jardín letal. Habían recorrido un largo camino para hallar la piedra élfica negra y ninguno de ellos volvería con las manos vacías. Carecía de sentido planteárselo de otro modo. Había demasiadas cosas en juego, el precio sería demasiado alto si fracasaban. La muerte.

Ay, ¡pero tenía que haber otro modo! Se estrujó el cerebro con la misma presión que unas correas de hierro que se tensan. ¿Cómo podía conseguirlo? ¿Qué oportunidades tenía? Esta vez, si fallaba, no tendría escapatoria. Lo consumirían...

«Te devorará».

Se levantó, necesitaba estar de pie si tenía que afrontar esa decisión, necesitaba alejarse del miedo. Bajó los escalones y dejó al localo perplejo, observándole la espalda. También se apartó de los demás (Jerle, Preia y los cazadores) para calmarse y medir su propia fuerza: alto y larguirucho, se sentía tan erosionado y tenaz como las rocas que lo rodeaban y no menos vulnerable al paso del tiempo. Era consciente de quién era: ante todo, un druida, pero era uno de entre tan solo un puñado, uno de una orden que a todas luces se encaminaba hacia la extinción. El mundo estaba cambiando y ciertas cosas debían suceder. Tal vez es lo que ocurriría con ellos, con Bremen, Risca y él mismo.

Sin embargo, no debían afrontar esto sumidos en un silencio complaciente, pensó airado. No debían pasar como espectros que se desvanecen en la niebla con la llegada de un nuevo día, como seres sin importancia en quienes la gente creía a medias.

«No deberíamos ser menos de lo que somos».

Investido con el poder de sus propias palabras y armado con la fuerza de sus convicciones, reunió la última pizca de valentía que le quedaba y llamó a Jerle Shannara.

— **H**ay un modo de conseguir la piedra élfica negra —dijo Tay con un hilo de voz a Jerle Shannara—. Pero solo yo puedo conseguirlo y debo hacerlo solo.

Estaban apartados del resto. La sonrisa torcida de Tay disimulaba el nudo que sentía en la garganta. El día se apagaba y daba paso a la noche; el sol ya se había ocultado al oeste, tras las montañas que los rodeaban. No quería que la oscuridad los sorprendiera allí.

Jerle lo estudió en silencio un instante.

—Deduzco que necesitas usar la magia druida, ¿verdad?

—Deduces bien.

Su amigo lo traspasó con aquella mirada astuta.

—¿Para un disfraz?

—Sí. Algo así. —Tay hizo una pausa—. Mejor que no entre en detalles. Preferiría que confiaras en mí. Necesito que me dejéis solo, pase lo que pase. Nadie debe acercarse a mí hasta que yo os lo permita. Y esto será difícil de cumplir, porque querréis hacer lo contrario.

—Entonces, será peligroso. —Jerle estaba exponiendo un hecho.

Tay asintió.

—Debo adentrarme en el jardín. Si no regreso, debes liderar la compañía y volver a Arborlon. Espera, escúchame primero —dijo para cortar la queja del otro—. Si muero, no hay nadie más que pueda aspirar a conseguirlo. Tienes un corazón valeroso, Jerle, pero careces de magia y no puedes vencer lo que habita este jardín sin magia. Deberás volver a Arborlon y aguardar la llegada de Bremen. Él podrá ayudaros. Hemos encontrado la piedra élfica negra, de modo que lo único que queda es hallar el modo de apoderarse de ella. Si yo no lo consigo, deberá hacerlo él.

Jerle Shannara puso los brazos en jarras y apartó los ojos, disgustado.

—No se me da bien quedarme mirando mientras otro arriesga su vida, y menos si ese otro eres tú.

Tay se cruzó de brazos y clavó la vista al suelo.

—Lo comprendo. Me sentiría igual si estuviera en tu lugar y tú en el mío. Esperar es muy duro. Pero tengo que pedirte. Más tarde necesitaré tu fuerza, cuando haya agotado la mía. Ah, otra cosa más. Cuando regrese, cuando me veáis, incluso si no estáis seguros de que sea yo, llamadme por mi nombre.

—Tay Trefenwyd —dijo el otro diligentemente.

Se miraron a los ojos mientras evocaban los años de amistad que los unía y medían lo que se les pedía en contra de las expectativas íntimas de cada uno.

—De acuerdo —dijo Jerle al final—. Adelante. Haz lo que tengas que hacer.

Cumpliendo lo que le había pedido Tay, Jerle se llevó a los otros integrantes de la compañía a la parte baja de las escaleras de caracol, a una buena distancia del extremo del jardín. Tay se volvió hacia ellos una sola vez y, antes de devolver la vista al frente, se cruzó con la mirada de Preia Starle. Se había apartado de los sentimientos que albergaba por ella desde que se habían adentrado en la Masca Magna: sabía que no podía permitirse tales distracciones. Ahora lo hizo de nuevo y se concentró en su vida como druida, en los años que había dedicado al estudio y práctica de su talento, a las distintas disciplinas y habilidades que había llegado a dominar. Recordó a Bremen: el rostro inclinado y arrugado, los ojos autoritarios, el sentimiento de cumplir con un objetivo que lo impregnaba todo. Se repitió las órdenes que el anciano le había dado, las órdenes que había aceptado cumplir al venir aquí.

Entonces, se colocó frente al jardín, frente a la maraña letal de enredaderas, los huecos que llenaban las sombras y la fuerza vital invisible que lo esperaba en algún lugar recóndito del interior. Se quedó quieto, calmó el ritmo del corazón y el pulso y acalló los pensamientos; se envolvió en un manto de tranquilidad. Se expandió para alcanzar los elementos que alimentaban su magia: aire, agua, fuego y tierra; las herramientas de su oficio. Invocó los que no pudo encontrar, los buscó y los alcanzó y se rodeó de su mezcla embriagadora. Los aspiró, se llenó de ellos y comenzó a cambiar poco a poco.

Procedió con meticulosidad para lograr el resultado que quería, paso a paso, mientras invocaba la magia druida y se iba modificando sin prisa. Se despojó de su propia identidad capa por capa, se desprendió de sus rasgos y transformó su apariencia. Se limpió con ahínco para que no quedara nada de

su identidad física. Luego, se adentró en su interior para alterar su misma esencia. Encerró creencias y sentimientos, emociones y pensamientos, códigos de conducta y valores vitales; todo lo que le hacía ser cómo y quién era. Los reunió todos y los escondió donde no se pudieran encontrar, donde nada pudiera liberarlos excepto Jerle Shannara al pronunciar su nombre.

Acto seguido, comenzó a construirse de nuevo. Absorbió lo que habitaba en el jardín para conseguirlo. Se embebió de las criaturas que otrora fueron humanos pero ya no lo eran. Descubrió la esencia de lo que eran, el centro de aquello en que la magia de la piedra élfica negra los había convertido, y dejó que brotara en su interior. Se metamorfoseó en lo que eran, en un ser tan sombrío y perdido como el resto, tan asolado y vacío, en una réplica presa de la misma locura y maldad. Se transformó en ellos, salvo por el hecho de que conservó el fundamento básico de su propia forma para poder caminar entre ellos. Estaba a tan solo un paso de seguir su mismo destino, tan cerca que no supondría ninguna diferencia dar ese paso.

Los elfos observaron cómo mudaba. Vieron cómo la figura alta y ligeramente encorvada se encogía y se enroscaba. Contemplaron cómo los brazos y las piernas larguiruchas se tornaban nudosas y se torcían. Percibieron cómo la vileza se acercaba a él y lo embargaba hasta que no quedaba otra cosa. Olieron la podredumbre. Paladearon la destrucción. Era una abominación, antagónica a cualquier cosa buena, a cualquier ser humano, e incluso Jerle Shannara, que se había armado de valor para presenciar lo que iba a realizar su amigo, lo rehuyó.

La cabeza de Tay Trefenwyd era un hervidero de demencia, auténtica y obsesiva. Apetaba a los efectos catastróficos de la magia negra del jardín, a la destrucción que había sobrevenido a aquellos que lo habían imbuido con su propia vida, que lo habían convertido en su propia casa. Por un instante, Tay pensó que tal vez entendía esa magia, cómo había nacido de un uso desacertado de la piedra élfica negra, pero aquella comprensión amenazaba con aniquilar el último vestigio de cordura, la pizca que lo conectaba con sus intenciones, por lo que se vio obligado a desecharla.

En ese momento, se adentró en el jardín como un compañero de las criaturas que había absorbido. Avanzó con descaro, ya que no tenía sentido ningún otro modo de proceder. Caminó como uno más que todavía atendía los deberes que ellos habían abandonado al mudar de forma, que todavía habitaba el mundo que ellos habían dejado atrás. Se deslizó entre los árboles delgados y se rozó con las enredaderas sin vida, como una serpiente que se arrastra hacia la madriguera de una serpiente. Era tan ponzoñoso como el resto y nada

de aquello en lo que los otros se habían convertido era peor de lo que él mismo reflejaba. Avanzó con sigilo entre las sombras, buscando el consuelo que estas le ofrecían y contoneándose para recibirlas, carente de alma.

El jardín y las criaturas a las que alimentaba reaccionaron tal como él se esperaba. Le dieron la bienvenida. Lo aceptaron como un igual, reconocible y familiar. Se sumergió en su maldad, en su decadencia, y dejó que los zarcillos de ese pensamiento colectivo se le colaran en su mente para que pudieran descubrir sus intenciones. Vieron que era un guardián. Que era una ofrenda del jardín. Que había llegado para darles algo, un cambio que inspiraría un nuevo florecimiento, que satisfaría necesidades íntimas. Había venido a obsequiarlos con una liberación.

Penetró todavía más en el jardín, tan adentro que se sumió por completo en el ser en el que se había convertido. El resto desapareció y no lo recordaría a menos que volviera a salir de allí. Se retorció en un nudo que le exprimía la vida gotita a gotita carmesí. Era todo ansia y demencia, un espectro asolado sin un ápice de su antigua identidad. Había perdido todo aquello que había sido.

Con todo, también sentía un impulso, el sentimiento inalterable e imperioso de tener un propósito que se había asignado antes. Había venido a buscar la piedra élfica negra y había resuelto, incluso vencido por la locura, que la obtendría. Decidido y motivado por una necesidad inexorable, se acercó a la piedra. Las hebras de poder lo rozaron y se apartaron. Las enredaderas se estremecieron: esta vez lo reconocían, no estaban furiosas. La vida del jardín dejó que se inclinara sobre la piedra élfica, permitió que la sostuviera entre las manos, accedió a que la levantara hasta la altura del pecho. Había venido a cuidar de la piedra, decían. Había venido a extraer más magia de ella, magia que compartirían, que los alimentaría y satisfaría su apetito.

Este era el aspecto que Tay Trefenwyd había adoptado. Las criaturas que conformaban el jardín ya no eran capaces de invocar el poder que las había subvertido, ya no podían alimentarse de él, sino que estaban atrapadas en lo que la piedra las había convertido, prisioneras entre las enredaderas, los árboles y las flores de esa parcela de tierra rectangular ubicada en las profundidades de la fortaleza que antaño había sido su casa, arraigados a ese lugar para siempre. Custodiaban la piedra como harían con el cerrojo de sus grilletes mientras aguardaban que llegara una llave que los liberara. Tay poseía esa llave. Tay era la oportunidad, la esperanza y la promesa que su locura permitía aceptar.

Así retrocedió, paso a paso, por el jardín, llevando en las manos (o en lo que serían las manos) la piedra élfica negra. Las hebras de poder lo siguieron, telaraña del poder del jardín, se entretenían para dejarle espacio, los zarcillos le permitían proceder. Lo asaltaban con suavidad a medida que pasaba y percibía cómo el jardín se estremecía de dolor. Sin embargo, el dolor lo alimentaba a él de rebote, y lo saboreó: era delicioso. El dolor prometía agonía y la agonía, transformación. Intenciones oscuras guiaban sus pasos, le impregnaban el corazón y lo espoleaban a atravesar las sombras. Un nuevo poder palpaba esa figura asolada, lo tanteaba vacilante, como la caricia de unos dedos de seda. Era la magia aletargada de la piedra élfica negra, que se desvelaba, deseosa de que la volvieran a liberar, se despertaba para prometer lo que podía llegar a ofrecer. Acariciaba a Tay como una amante. Rozaba la figura destrozada y la llenaba de júbilo. Podía poseer ese poder y quedárselo para sí, le susurraba. Podía ordenarle lo que quisiera y este se lo daría todo.

Salió de entre las sombras del jardín y caminó hacia la luz, libre de las enredaderas, de las voces, de la rozadura de que aquellos que allí moraban. Era un ser espantoso y consumido; ya no era humano, sino algo tan oscuro y maligno que era irreconocible. Avanzó arrastrándose, encorvado, hacia las piedras del sendero, aferrando la piedra élfica negra mientras las hebras de poder, invisibles, le seguían la pista, hilos que tan solo él podía ver, filamentos que podían arrastrarlo de nuevo hacia dentro en un abrir y cerrar de ojos. Ante él, los elfos que lo habían acompañado hasta la Masca Magna lo contemplaban, horrorizados. Al ver que surgía del jardín, desenfundaron las armas con un grito y se prepararon para defenderse de su ataque. Los miró y no supo quiénes eran. Los miró y no le importó.

Entonces, Jerle Shannara alzó la mano para detener las armas de sus compañeros. Avanzó solo, sin ayuda, mirado fijamente a la aparición que había ante él. Cuando estaba a tan solo unos metros de distancia, se detuvo y su susurro rompió el silencio, con la voz rasgada y áspera, impregnada de desesperación.

—¿Tay Trefenwyd?

Oír su nombre en labios de Jerle Shannara devolvió a Tay a la vida. La magia druida, encerrada en el centro más profundo e impenetrable de su ser, lo embargó y se disparó hacia el exterior. Lo liberó de los arcos del disfraz que llevaba, lo sacó de la oscuridad que lo había rodeado, de la ciénaga en la que se había hundido. Devoró la cáscara de la criatura en la que se había transformado. Arrasó con la locura que lo había consumido. Lo rehízo en un segundo, y recuperó sus rasgos e identidad, su cordura y sus creencias.

Entonces, cortó las hebras de poder que lo seguían y lo que le otorgó la posesión exclusiva de la piedra élfica negra.

El jardín montó en cólera. Las enredaderas y los árboles se levantaron de la tierra con tal fuerza que amenazaron con liberarse de las raíces. Se lanzaron hacia la piedra élfica negra y Tay Trefenwyd, hacia la primera para recuperarla y hacia el segundo para aniquilarlo. No obstante, Tay estaba protegido por el fuego druida: había preparado esa magia para cuando esta se liberara, para protegerse de la furia del jardín. Las enredaderas lo azotaron, se retorcieron a su alrededor y trataron de arrastrarlo hacia el corazón oscuro del jardín. Sin embargo, el fuego las mantenía a raya, las tornó ceniza y mantuvo al druida a salvo.

Jerle Shannara y el resto de la compañía se lanzaron hacia adelante y cortaron la masa ondulante de enredaderas a golpe de espada y cuchillo. «¡No!», pensó Tay mientras se afanaba a detenerlos. «¡No, quedaos atrás!». Les había dicho que no se le acercaran, ¡había advertido a Jerle explícitamente que eso era lo que no debían hacer! Pero los elfos no habían podido contenerse al ver que él regresaba con la preciada piedra élfica negra y creían que necesitaba su ayuda. De modo que arremetieron con valor, avanzando de una forma imprudente, con las armas desenvainadas y haciendo caso omiso de la magnitud del peligro al que se enfrentaban.

Repararon en el error demasiado tarde. El jardín los atacó a la velocidad del rayo. Agarró al elfo cazador que tenía más cerca antes de que este pudiera ponerse a salvo, lo arrastró lejos de sus compañeros y lo hizo trizas. Desesperado, Tay desplegó la protección del fuego druida para incluir a sus amigos asediados y permitió que su propio escudo se debilitara. Entonces, se lanzó hacia la seguridad que les ofrecían las escaleras y les gritó a los demás que lo siguieran. Eso hicieron, pero otro cazador reaccionó con demasiada lentitud y el jardín lo agarró por la espalda cuando se volvió, arrastrándolo hacia la muerte.

Tay llegó a las escaleras de caracol y las subió corriendo. Percibía cómo las hebras de poder se desplomaban en derredor. Sentía cómo decaía la magia del jardín. Robar la piedra élfica negra había causado un daño irreparable en la fuerza mágica de Masca Magna y la telaraña que la cubría se había rasgado de modo irremediable. Bajo los pies, la tierra comenzaba a temblar.

—¿Qué es eso? ¿Qué está ocurriendo? —gritó Jerle, que llegó a su lado.

—¡La fortaleza se desmorona! —chilló Tay—. ¡Debemos salir de aquí!

Atravesaron los corredores del castillo a toda velocidad, avanzaron por el laberinto de pasillos, recorrieron con premura pasadizos oscuros y vacíos y

regresaron hacia la fisura por la que habían entrado. Tay notó que una mezcla extraña e inquietante de euforia y malestar se le agitaba en el pecho. Había conseguido escapar y su táctica había sido un éxito; la adrenalina lo embargó solo de pensarlo. Con todo, no había podido calcular todavía el precio que había tenido que pagar. No se sentía bien; algo le había ocurrido en el jardín, algo que no era capaz de identificar. Bajó la mirada, como si esperara encontrar que le faltaba una parte del cuerpo. Pero vio que estaba entero, ileso. El daño se había producido en su interior.

Aparecieron grietas a lo largo de los antiguos muros de la fortaleza, que se abrieron y se ensancharon ante ellos. Bloques de piedra se sacudieron con violencia y se derrumbaron. Tay había destruido el poder de Masca Magna, la magia erigida con esmero que preservaba el jardín y la fortaleza era más frágil de lo que él había imaginado. Masca Magna se desmoronaba. El tiempo que había pasado en el mundo, que se había alargado durante siglos, había llegado a su fin.

Preia Starle lo rebasó de un salto y corrió para adelantarlo mientras gritaba por encima del hombro. Había retomado su posición como exploradora de la compañía. Pasó a toda velocidad por la roca que temblaba, un vuelo de extremidades esbeltas y pelo canela ondeante. Tay la miró con los ojos entrecerrados, no era capaz de distinguirla con la claridad que debería. Veía borroso y le costaba respirar. Aspiraba bocanadas de aire y, aun así, no era suficiente.

Avanzaba a trompicones cuando Jerle Shannara llegó a su nivel, aminoró el paso, rodeó su cuerpo débil con un brazo poderoso y lo cargó a cuestas. Tras ellos venían Vree Erreden y el único elfo cazador que quedaba.

Las paredes y los techos se derrumbaban mientras ellos salían de la fortaleza y corrían a toda velocidad por el patio que los separaba de la muralla exterior y las puertas por las que habían entrado. Tay notaba una sensación ardiente en el pecho. Se percató de que aún le quedaba algo de la magia infecta del jardín dentro. Trató de constreñirla, de separarla del resto del cuerpo, y usó su propia magia para ahogarla. Bajó la mirada para tranquilizarse al verse entero.

Horrorizado, advirtió que la piedra élfica negra le palpitaba con suavidad contra el pecho. Desvió la vista de golpe y cubrió la gema negra a toda prisa para que los demás no la vieran.

Los cinco integrantes de la compañía se precipitaron hacia las puertas de la muralla y subieron las escaleras que los conducían a la fisura de entrada. El estruendo que dejaban tras ellos era cada vez más estrepitoso, acompañado

del ruido de la piedra al resquebrajarse y caer. El polvo llenaba el pasillo y apenas podían respirar. Vree Erreden también comenzaba a quedar rezagado y el elfo cazador que corría a su lado ralentizó el paso para ayudarlo. Como si fueran ancianos, los cuatro elfos avanzaron a trompicones, tosiendo y ahogándose, mientras trataban de seguir el ritmo de Preia Starle.

Se produjo un estallido en las entrañas de la montaña y una nube inmensa de escombros los asaltó por la espalda, se los llevó por delante y los arrojó contra los escalones. Conmocionados y aturridos, se pusieron de pie como pudieron con aire resuelto y siguieron adelante.

A Tay le fallaban mucho las fuerzas. El dolor que sentía se le estaba extendiendo por todo el cuerpo. Notaba cómo se fortalecían los latidos de la piedra élfica negra mientras le palpitaba contra el pecho. La parte de la magia del jardín que aún albergaba su cuerpo se alimentaba de la magia de la piedra élfica. Se había disfrazado demasiado bien. Se había transformado demasiado a conciencia. Había creído que sería capaz de recuperarse de lo que había hecho, pero la enfermedad con la que se había infectado no eran tan fácil de evaporar. Apretó los dientes y continuó adelante. Era un riesgo que había aceptado. Ya no podía hacer nada al respecto.

En ese momento, salieron por la fisura y volvieron a la bajada que conducía al lago del cráter de la montaña. Preia Starle estaba a tan solo unos metros ante ellos, paralizada.

—¡Maldición! —susurró Jerle Shannara.

Allí delante, formados en un ancho semicírculo que bloqueaba cualquier posibilidad de escapar, tenían docenas de gnomos cazadores. Justo en el centro, envueltos en una capa negra y encorvados como espectros que esperan la noche, se alzaban un par de aterradores Portadores de la Calavera.

Sus perseguidores al fin los habían alcanzado.

Los elfos se detuvieron a trompicones tras Preia. Tay contó a toda prisa. Eran cinco contra casi un centenar. No tenían ninguna posibilidad. Preia retrocedió con cuidado hacia el costado de Jerle. No había desenvainado ningún arma.

—Ya estaban esperando cuando he salido —dijo con un hilo de voz. Su tono no rebelaba miedo. Echó un vistazo a Tay y este vio que estaba extrañamente tranquila—. Son demasiados.

Jerle asintió. Miró a Tay con expresión adusta. A su espalda, la fisura escupía arenilla y polvo tras una nueva explosión que había desgarrado la montaña. La tierra se estremeció, era su reacción a la caída de Masca Magna y a la pérdida de su magia.

—Tendremos que volver —susurró Jerle—. Tal vez podamos encontrar otra salida.

Pero no había otra salida y Tay lo sabía. Tan solo estaba esta, entre los Portadores de la Calavera y los gnomos cazadores. Volver a adentrarse en la fisura era un suicidio. La montaña entera se estaba derrumbando y cualquier cosa que quedara en los túneles terminaría aplastado. Tras él, a la izquierda, el elfo cazador que quedaba soltó a Vree Erreden y dejó que este se escurriera hasta el suelo de piedra. El localo apenas estaba consciente. Tenía sangre en la cabeza y en el rostro. ¿Qué había ocurrido? Se preguntó Tay. ¿Cómo no lo había visto?

El elfo cazador avanzó hasta colocarse a su lado.

«Es inútil», pensó Tay.

Entonces, se separó de Jerle y puso a prueba la fuerza que tenía para aguantar de pie por sí mismo. Descubrió que era capaz de hacerlo. Se enderezó y luego clavó los ojos en los de su amigo. Jerle le devolvió la mirada con recelo, y Tay le sonrió aunque no quisiera. Preia Starle lo observó con curiosidad. Tenía unos ojos brillantes que lo desafiaban y Tay pensó que tal vez ella veía lo que Jerle no.

—Esperadme aquí —les dijo.

—¿Qué vas a hacer? —le exigió de inmediato Jerle mientras daba un paso al frente para agarrarlo del brazo, para frenarlo.

Con tacto, Tay se zafó de él.

—No pasa nada —dijo—. Tú espera aquí.

Bajó por la cuesta escogiendo con cuidado dónde pisaba sobre las rocas lisas y sueltas mientras los temblores sacudían la montaña y la destrucción de Masca Magna continuaba. Alzó la mirada hacia la cara del despeñadero que llegaba hasta el cielo y tomó consciencia de la extensión de las paredes del cráter y el lago tranquilo encerrado dentro, de las cumbres de las montañas y de la luz solar que se apagaba. Se permitió divagar. Pensó en Bremen y en Risca, que ahora estaban lejos, en algún lugar de las Cuatro Tierras, cada uno librando su propia batalla. Imaginó cómo les estaría yendo. Pensó en su familia y en su casa en Arborlon, en sus padres y en Kira, en su hermano y la mujer y los hijos de este, en sus amigos de la infancia y en los lugares en los que había vivido. Recordó el destino fatal de Paranor y los druidas. Reflexionó sobre el pasado y el presente en un momento, esparció las divagaciones ante él, las agrupó de nuevo y las guardó definitivamente.

Se detuvo cuando se encontraba a tan solo una docena de metros de los Portadores de la Calavera. Ya no estaban en cuclillas y lo observaban con

esos ojos rojos y siniestros y los rostros escondidos en la oscuridad de la capucha. El elfo carecía de la magia necesaria para enfrentarse a ellos, lo sabía. Había consumido sus fuerzas en la Masca Magna, estaba mareado y exhausto. Lo aceptó con calma. La búsqueda de la piedra élfica negra había terminado. Lo único que les quedaba era conseguir que la piedra volviera a salvo a Arborlon. Quienes lo acompañaban debían tener la oportunidad de regresar a casa. Y él debía encargarse de proporcionársela. Cuando antes él hubiera bastado para protegerlos a todos, ahora apenas era capaz de protegerse a sí mismo. Sin embargo, tendría que hacerlo. Era su última esperanza.

Bajó la mirada al puño apretado. Albergaba el poder de la piedra élfica negra. Bremen le había advertido que no lo invocara y él le había dado su palabra al anciano de que no lo haría. Sin embargo, las cosas no siempre se desarrollan como uno las planea.

Alzó el puño con un movimiento brusco, sentía el palpito oscuro de la piedra élfica contra la palma. Reunió hasta el último atisbo de fuerza y determinación que le quedaban, llegó hasta el corazón de la magia negra e invocó su poder. Los Portadores de la Calavera reaccionaron. Al reparar en el peligro, habían comenzado a conjurar su propio fuego mortífero, un brillo verde y pérfido que arrojaron sobre él con una eficiencia letal. Sin embargo, no fueron lo suficientemente rápidos. La piedra élfica negra aguardaba la invocación de Tay, la había previsto, se había conectado con él desde el momento en que se la había llevado, como amo y esclavo con los papeles aún por repartir. Latiendo expectante, la magia emanó de entre sus dedos como una franja de opacidad, como un vacío negro que se tragaba todo lo que se cruzaba en su camino. Sofocó el fuego de los Portadores de la Calavera y los aniquiló. Destruyó a los gnomos cazadores, a todos, incluso a aquellos que trataron de huir, hasta el último gnomo aterrorizado. Lo devoró todo. Redujo a hombres y monstruos a cenizas, les arrebató la vida y las usó para alimentar al portador de la piedra.

Tay se estremeció y gritó cuando la magia de la piedra élfica volvió a él, imbuida con las vidas de las víctimas. En las entrañas de su ser se asentó la maldad de los Portadores de la Calavera y la fuerza mortífera de su fuego. Toda la oscuridad de su propósito y la maldad de sus necesidades lo atenazaron, lo embargaron y lo asolaron. En ese preciso instante, reconoció el secreto del poder de la piedra élfica negra: invalidar el poder del resto de magias, arrebatárselo, hacerlo suyo. Sin embargo, el precio era espantoso: el

poder robado se convertía en el poder del portador de la piedra y cambiaba al portador para siempre.

Terminó en cuestión de segundos. La totalidad de la fuerza enemiga que los había amenazado había sido aniquilada. Sobre la cuesta del cráter tan solo quedaban jirones de ropa y pedazos de armas junto a montoncitos de ceniza. El aire estaba impregnado del olor a carne quemada. La superficie de las aguas calmadas del lago se ondulaba, haciéndose eco de la potencia de la onda expansiva de la piedra élfica negra.

Tay se dejó caer de rodillas, la magia que había usado se removía dentro de él. Sentía cómo le consumía el cuerpo y el espíritu y los reducía a polvo. No podía hacer nada para detenerlo. Lo estaba destruyendo para rehacerlo de nuevo. La piedra élfica negra cayó a trompicones de entre sus dedos laxos hacia las rocas y se quedó quieta. Su opacidad había desaparecido. El palpito había cesado. Tay la miró fijamente mientras procuraba reunir su propia magia en un intento para detener lo que le estaba ocurriendo. Apretó los ojos por el dolor. Nada lo podía haber preparado para esa experiencia, absolutamente nada. Había desobedecido a Bremen y ese era el precio que debía pagar.

De pronto, Jerle Shannara lo sostenía entre sus brazos, inclinado hacia él mientras sus labios se movían. Preia también estaba allí. Oía sus voces pero no entendía lo que decían. Mantuvo los ojos cerrados, tratando de luchar contra la magia de la piedra élfica negra. Había vuelto al jardín y había sido demasiado. La magia le había germinado en las entrañas, había echado raíces y aguardaba a que él sucumbiera a la tentación. Era una trampa que no había previsto. Había tenido que considerar tantas otras cosas, demasiadas distracciones.

—¡Tay! —oyó que gritaba Preia.

Una fuerza oscura se desarrollaba en su interior ahora, una fuerza inmensa y de una vileza inimaginable. Mudaba de nuevo tras la estela de la transfusión de magia que la esencia repugnante de los Portadores de la Calavera comportaba. Lo estaba subvirtiendo. No podía oponer resistencia. El daño infligido era demasiado grave como para que lo consiguiera.

—¡Preia! —susurró—. Dile a Bremen que...

Divagaba, perdido en otro tiempo y espacio. Era verano en Arborlon y volvía a ser un niño. Jugaba con Jerle y se había caído mientras trataba de escalar una pared. Se había golpeado la cabeza con fuerza y estaba tendido sobre la hierba. Jerle estaba a su lado y le decía:

—¡Venga ya, no seas un llorica! ¡Si no ha sido nada! ¡Pero si no te has hecho daño!

Y se estaba esforzando por erguirse, aún medio aturdido, con los codos y el rostro llenos de arañazos cuando Preia, que también jugaba con ellos, lo estrechó entre los brazos mientras musitaba:

—Quieto, Tay. Espera a que se te pase el mareo. No hay prisa.

Abrió los ojos. Jerle Shannara lo sostenía contra el pecho, con expresión acongojada. Preia estaba arrodillada al lado, con los ojos empañados y el rostro surcado de lágrimas.

Tay encontró las manos de la elfa y las sostuvo entre las suyas.

Acto seguido, como había hecho con Retten Kipp, usó la magia para extinguir el aire que tenía en los pulmones. Poco a poco, sintió cómo el corazón y el pulso se le ralentizaban. También notó que los estragos que se operaban en su cuerpo avanzaban con más lentitud, frustrados. Le entró sueño. Era lo único que le quedaba. Entregarse al sueño.

La oscuridad le nubló los ojos y le arrebató la vista. Suspiró una vez. La muerte llegó con prontitud y dulzura y se lo llevó.

LA FORJA DE LA ESPADA



Bremen, Mareth y Kinson Ravenlock tardaron casi una semana en llegar a Chimenea Rocosa. Hicieron todo el camino a pie, pues tanto el druida como el Rastreador coincidían en que les costaría menos tiempo caminar que cabalgar. Era un territorio que ambos conocían, ya que habían viajado por la región con frecuencia, y los atajos que habían descubierto a lo largo de los años no eran transitables a caballo. Habría llegado un punto, ya en los primeros días de viaje, en el que los caballos no habrían podido seguir adelante por ningún camino y se habrían visto forzados a abandonarlos. Así pues, lo mejor era limitarse a andar desde el principio y no complicar las cosas.

A ellos ya les iba bien, pensó Mareth. Estaban acostumbrados a recorrer largas distancias a pie. En cambio, ella no, pero no dijo nada.

Kinson encabezaba la marcha y marcaba un ritmo que creía que era cómodo para los tres. Era consciente de que Mareth no estaba tan preparada para viajar caminando como lo estaban Bremen y él mismo, pero era fuerte y lo resistiría. Los guio por terrenos llanos los primeros dos días, donde todavía veían las calzadas y los senderos y el suelo era más o menos uniforme. Hacía paradas con frecuencia para que Mareth pudiera descansar y se cercioraba de que bebiera agua cada vez. Por la noche, revisó las botas de la muchacha para asegurarse de que estaban en buen estado. Para su sorpresa, ella le dejó hacer sin protestar. Se había tornado un tanto retraída desde que Bremen había regresado y Kinson suponía que se estaba preparando para el momento en el que le contaría al druida la verdad.

Mientras tanto, continuaron avanzando a través de los pasos que atravesaban las montañas de Wolfkstaag que conducían a Tramoscuro. La mayor parte del tiempo siguieron el curso del río Rabb, ya que les proporcionaba un punto de referencia claro y era otro modo de tener siempre

a mano agua para beber. Los días soleados transcurrían lentamente y las noches eran tranquilas. El corazón del bosque les ofrecía refugio y calma y el viaje prosiguió sin ningún incidente.

En la tercera noche de trayecto, Mareth cumplió su promesa y le contó a Bremen que le había mentido sobre la época que había pasado en Storlock. No había formado parte de los stors, no la habían aceptado en la orden y no había aprendido artes curativas con ellos. Lo que sabía de la magia, ya fuera para sanar u otras cosas, lo había aprendido sola. Dominaba ciertas habilidades gracias a experiencias farragosas y a menudo dolorosas, que había vivido. Le parecía que su magia funcionaba mejor cuando la usaba para curar, que se le daba mejor mantenerla bajo control en esos casos.

También le reveló que conocía a Cogle. Confesó que había sido Cogle quien la había instado a acudir a los druidas de Paranor, quien le había dicho que buscara ayuda allí y quien le había echado una mano con la falsificación de los documentos necesarios para conseguir que la admitieran.

Para sorpresa de Kinson, Bremen no se enfadó ni un ápice con ella. La escuchó con atención mientras asentía por toda respuesta. No dijo nada. Estaban sentados alrededor de la hoguera que habían encendido para cocinar, ya habían cenado y las llamas se habían consumido hasta que solo quedó el carbón; la luz de la luna y las estrellas iluminaba la noche. El anciano no miró a Kinson. De hecho, daba la sensación de que había olvidado que el fronterizo estaba allí siquiera.

Cuando la muchacha hubo terminado, Bremen le ofreció una sonrisa alentadora.

—Vaya, eres una muchacha atrevida. Valoro la confianza que depositas en Kinson y en mí mismo. No dudes que trataremos de ayudarte. Y en lo que respecta a Cogle, haberte mandado a Paranor para aprender más sobre tu magia, haberte dado referencias falsas y haberte animado a mentir... Es típico de él. Cogle no siente ningún aprecio por los druidas. Les retorcería la nariz a todos a la más mínima provocación. Sin embargo, creo que también sabía que si estabas decidida a descubrir la verdad sobre la magia que posees, si eras de pura cepa, por así decirlo, tarde o temprano me encontrarías.

—¿Conocéis bien a Cogle? —preguntó Mareth.

—Tan bien como alguien puede llegar a conocerlo. Era druida antes que yo, durante la Primera Guerra de las Razas. Conocía a Brona. Simpatizaba con él en ciertas cuestiones. Creía que todas las vías de aprendizaje debían fomentarse y no se debía prohibir ningún tipo de estudio. En ese aspecto, era

un tanto rebelde. Sin embargo, Cogline también era un hombre bueno y precavido. Nunca se hubiese arriesgado como Brona.

»Abandonó la orden de los druidas antes que Brona. La dejó porque la estructura bajo la que se veía obligado a aprender le extirpó la ilusión. A él le interesaban las ciencias perdidas, las ciencias que se usaban en el antiguo mundo antes de que se destruyera. Sin embargo, el Druida Supremo y el Consejo Druida no le brindaron ningún apoyo. En esa época, eran más partidarios de la magia, un poder del que Cogline desconfiaba. Para ellos, era mejor dejar en paz a las ciencias antiguas. Tal vez habían servido de utilidad en el antiguo mundo, pero también habían sido la causa de su destrucción. Sus secretos debían descubrirse lentamente, con cautela y tan solo para un uso muy limitado. Cogline creía que eso era un despropósito. La ciencia no podía encerrarse, solía protestar. La ciencia no podía revelarse según la pauta marcada por los hombres, sino según la suya propia.

Bremen se balanceó suavemente, con los brazos alrededor de las rodillas apretadas contra el cuerpo, una figura de huesos y ángulos, y una sonrisa surgida del recuerdo.

»De modo que Cogline abandonó la orden, enfurecido por lo que le habían hecho y lo que él mismo se había hecho, supongo. Se fue a Tramoscuro y retomó los estudios por su cuenta. De vez en cuando lo he visto, nuestros caminos se han cruzado. Hemos hablado. Hemos intercambiado información y pareceres. Ambos hemos sido marginados de algún modo. La diferencia reside en que Cogline se negó a seguir siendo un druida, mientras que yo me negué a que se me considerara otra cosa que no fuera ser un druida.

—Hace más años que tú que está vivo —observó Kinson como quien no quiere la cosa mientras atizaba el carbón con una ramita y rehuía la mirada de Bremen.

—Sí, ha usado el Sueño del Druida, si es lo que querías insinuar —replicó Bremen tranquilamente—. Es el único capricho del uso de la magia que se permite. Recela de todo lo demás. De cualquier otro uso. —El anciano observó a Mareth—. Cree que la magia es peligrosa e incontrolable. Estoy seguro de que descubrir que tú creías lo mismo lo llenó de alegría, en cierto modo. Al mandarte a Paranor, esperaba hacerles ver su punto de vista. El problema es que ocultaste tu secreto demasiado bien y los druidas nunca supieron lo que eres capaz de hacer.

Mareth asintió, pero no abrió la boca. Clavó los ojos oscuros en la lejanía con aire pensativo.

Kinson estiró brazos y piernas. Ambos le habían hecho perder la paciencia y estaba enfadado con ellos. La gente se complicaba la vida sin necesidad. Y este caso tan solo era un ejemplo más.

Se encontró con la mirada de Bremen.

—Bien, ahora que todos hemos puesto nuestros secretos e historias del pasado sobre la mesa, dime una cosa: ¿por qué estamos yendo a la Chimenea Rocosa? ¿Qué hemos de pedirle a Cogleine?

Bremen lo observó un momento antes de responder.

—Como he dicho, Cogleine prosiguió los estudios de las antiguas ciencias. Conoce secretos perdidos para cualquier otro. Tal vez uno de esos secretos nos sea de utilidad.

Se detuvo y sonrió. Kinson se percató de que ya había dicho todo lo que iba a revelar. Seguro que tenía otra razón que no fuera sacar al fronterizo de sus casillas sobremanera, pero Kinson no quería molestarse en especular ni en preguntar cuál era. Asintió como si estuviera satisfecho con la respuesta y se alzó.

—Yo haré la primera guardia —anunció y se alejó a vigilar la oscuridad.

Sentado, estuvo dándole vueltas al asunto hasta después de la medianoche, cuando Bremen llegó para relevarlo. El anciano apareció de la nada (Kinson nunca oía cómo se acercaba) y se acomodó a su lado. Se hicieron compañía durante mucho rato sin mediar palabra, tan solo contemplando la noche. Se habían sentado en un risco bajo desde el que se oteaba el Rabb y los culebros de su curso a través de los árboles; las aguas estaban quietas y refulgían, plateadas, bajo la luz de la luna. El bosque estaba en calma y adormilado, el aire transportaba la fragancia del enebro y la píce. Tramoscuro se abría justo al oeste de donde habían acampado. A partir del día siguiente, el terreno se volvería agreste y la travesía se tornaría mucho más complicada.

—Lo que Cogleine puede ofrecernos —dijo el anciano, de pronto, con un tono suave y cautivador— es beneficiarnos de su conocimiento en metalurgia. ¿Recuerdas las visiones? Están centradas en la creación de un arma con una magia que aniquilará al Señor de los Brujos. El arma es una espada. Un hombre que todavía no hemos encontrado llevará esa espada en la batalla. Se necesitan muchas cosas para dotar a la espada de la fuerza suficiente para resistir el poder de Brona y una de estas es un proceso de forja que la dejará a la altura de cualquier otra arma que se haya forjado nunca. Cogleine nos proporcionará este proceso. —Miró a Kinson y sonrió—. He pensado que era mejor que esta información quedara entre nosotros.

Kinson asintió y no respondió. Bajó la vista a los pies, volvió a asentir y entonces, se levantó.

—Buenas noches, Bremen.

Comenzó a alejarse.

—¿Kinson?

El fronterizo giró sobre los talones. Bremen tenía la vista fija en la lejanía de nuevo, más allá del río y la foresta.

—Yo no estoy tan seguro de que se hayan desentrañado todos los secretos y que hayamos compartido todas las historias del pasado. Mareth es una muchacha muy prudente y reflexiva. Tiene sus propias razones por comportarse como lo hace y no las revelará hasta que crea que es prudente hacerlo. —Hizo una pausa—. Como ya sabes, claro. Buenas noches.

Kinson se quedó quieto unos instantes más y, luego, se marchó.

Avanzaron otros tres días más por un territorio tan agreste y laberíntico que los únicos senderos con los que tropezaron los había creado el paso de los animales. El terreno se había tornado accidentado, serrado por quebradas y cordilleras, y erosionado por inundaciones repentinas debido a las crecidas del Rabb en primavera. Atravesaban una región obstruida por una maleza y unas hierbas tan altas que llegaban a la cintura. El río salía de su cauce en una docena de puntos y formaba meandros y ciénagas, de modo que ya no podían fiarse de la ribera del río, ni para seguirla ni para usarla como punto de referencia. Kinson los alejó del embrollo de riachuelos y se adentraron en el corazón del bosque; ahí dieron con un terreno donde la sombra de la foresta centenaria impedía que la maleza y la hierba creciera tanto y, de ese modo, les ofrecía una zona más despejada para atravesar bajadas y grietas. El buen tiempo se mantuvo y así pudieron recorrer una distancia razonable, incluso a través de esa topografía tan cambiante.

Durante la travesía, Bremen caminaba junto a Mareth mientras hablaba sobre su magia y le daba consejos sobre cómo usarla.

—Hay maneras de controlarla —le explicó—. La dificultad reside en identificar esas maneras. La magia innata es mucho más complicada que la magia adquirida. Con la magia adquirida, se aprende mediante el uso de prueba y error, y se forja el conocimiento a medida que se avanza. Se descubre lo que funciona y lo que no, es previsible y se suele terminar comprendiendo el porqué de las cosas. En cambio, con la magia innata eso no siempre es posible. La magia innata está ahí desde que naciste y forma parte de tu cuerpo, de tu sangre. Hace lo que quiere y cuando quiere, y debes descubrir el porqué de las cosas como puedas.

»El problema de controlar la magia innata se complica además por otros factores que influyen en cómo funciona la magia. Tu personalidad puede afectar a su uso. Las emociones, el humor. Incluso la composición de tu cuerpo: tienes defensas internas para protegerte de cualquier cosa que amenace tu salud y pueden cambiar el modo en que responde la magia. Tu manera de ver el mundo, Mareth, tu actitud, tus creencias, tus razonamientos... Todo puede determinar el resultado. La magia es como un camaleón. A veces, tan solo se rinde y fluye sin tratar de romper las defensas ni los obstáculos que pones en su camino. Otras, se acumula en un torrente para superarlos, atravesarlos y obrar como ella quiera a pesar de todo lo que hagas para detenerla.

—Y ¿qué es lo que me afecta tanto? —le preguntó.

Y él le respondió:

—Eso es lo que debemos descubrir.

El sexto día de travesía, llegaron a Chimenea Rocosa. Fue justo después de mediodía; acababan de salir de una cadena de vastas colinas empinadas y valles escabrosos que presagiaban la proximidad de las montañas del Cuerno del Cuervo. Estaban acalorados, tenían los pies doloridos y, como se habían alejado del Rabb y sus afluentes, hacía dos días que no se bañaban. A esas alturas, no hablaban demasiado: habían concentrado todas sus energías en llegar a su destino antes de la caída de la noche, tal y como Kinson les había prometido que harían. A pesar de la reputación aterradora de Tramoscuro, ningún peligro los había amenazado durante el viaje y, en todo caso, lo único que había ocurrido es que se habían hartado del aburrimiento de la caminata. De modo que fue un alivio cuando vieron que ante ellos se erigía un chapitel solitario en forma de chimenea que se alzaba hasta el cielo bajo la brillante luz del sol en el extremo del pequeño valle en que se extendía ante ellos. Acababan de salir de un tramo lleno de píceas y cicutas donde la oscuridad era tan profunda que habían tenido que avanzar a tientas, tocando la vegetación. Kinson la señaló, pero Bremen y Mareth ya estaban asintiendo y sonriendo al reconocer la chimenea.

Bajaron la colina por un terreno lleno de flores silvestres hasta adentrarse de nuevo en la sombra fresca de los bosques que colmaba la superficie del valle. Un silencio total los envolvía mientras atravesaban arboledas altas de madera noble: olmos rojos, robles blancos y negros, nogales y abedules. También crecían coníferas, enmarañadas y antiguas, pero predominaban los árboles de madera noble. Rodeados por un baldaquín de ramas y paredes de troncos, enseguida perdieron de vista Chimenea Rocosa. Kinson seguía yendo

en cabeza, buscando un rastro sin éxito. Sin embargo, ahora se preguntaba por qué. Si Cogline vivía en el valle, ¿acaso no se desplazaba por allí? No había ni un indicio de que nadie viviera allí. Había aves y pequeños animales, pero no mucho más.

Vadearon un arroyo y una bruma gélida los roció en el lugar donde las aguas se agitaban y se convertían en rápidos. Kinson se protegió con la mano, cerró los ojos ante esa sensación de frescor y se secó el sudor de la frente. Parpadeó para deshacerse de la humedad a medida que avanzaba mientras aguzaba el oído ante aquel silencio y volvía la mirada hacia Bremen y Mareth, que le iban a la zaga. Sintió una punzada de desazón, pero era incapaz de saber por qué. Su instinto de Rastreador le advertía que algo iba mal, pero sus dos compañeros no parecían preocupados.

Retrocedió unos pasos para colocarse a su misma altura.

—Hay algo que no va bien —musitó.

Mareth lo miró sin comprender. Bremen se limitó a encogerse de hombros. Kinson avanzó, furioso, y se colocó por delante de nuevo. Cruzaron un claro amplio hasta un abetal y atravesaron una cortina de ramas. De pronto, Kinson percibió olor a humo. Aminoró la marcha y se giró para poner sobre aviso al resto.

—Tened los ojos bien abiertos —los previno Bremen. Dirigió la mirada más allá de Kinson y, mientras lo hacía, el Rastreador vio cómo se agrandaban los ojos de Mareth.

Kinson se volvió y se encontró frente a frente con el gato del páramo más grande que había visto nunca. Estaba a tan solo unos pasos y lo miraba fijamente. Tenía unos ojos como faros de un tono amarillo luminoso y un hocico negro, aunque el resto del cuerpo ofrecía un curioso entramado moteado. Era raro toparse con un gato del páramo y se solía decir que era lo último que te ocurría en la vida si lo hacías. Los gatos del páramo eran muy retraídos y vivían tranquilos en los pantanos de las Tierras del Este. Era difícil avistar uno porque eran capaces de cambiar de color para camuflarse con el paisaje. Solían medir de seis a ocho pies de largo y hasta tres de alto a la altura de los hombros, pero este medía doce pies desde el morro hasta la cola y al meno cuatro hasta los hombros. Sus ojos quedaban casi a la altura de los de Kinson y, si así lo quería, se habría abalanzado sobre él en un abrir y cerrar de ojos.

—Bremen —dijo el fronterizo en voz baja.

Tras él oyó un piar extraño y el gato del páramo ladeó la enorme cabeza. El sonido se repitió y esta vez Kinson se percató de que lo estaba haciendo

Bremen. El gato del páramo se lamió el hocico, emitió un sonido parecido como respuesta, se giró y se alejó.

Bremen se acercó al fronterizo, que estaba anonadado, y le colocó la mano en el hombro para tranquilizarlo.

—Es el gato de Cogle. Yo diría que nos estamos acercando, ¿no crees?

Salieron del abetal, cruzaron otro claro partido por un riachuelo serpenteante y doblaron tras un enorme roble blanco centenario. Durante todo el camino, el gato del páramo caminaba sigilosamente ante ellos, sin apresurarse ni demorarse y, al parecer, sin interés, aunque al mismo tiempo no se alejaba de su campo de visión. Kinson le echó una mirada inquisitiva a Mareth, pero ella sacudió la cabeza. Al parecer, sabía tanto como él.

Al final, llegaron a otro amplio claro donde se erigía una cabañita. Era campestre y estaba deteriorada, necesitaba urgentemente algunas reparaciones: algunos listones estaban sueltos de un lado, los postigos se habían salido de las bisagras y los tablones del estrecho porche estaban astillados y rotos. El techo parecía bastante sólido y la chimenea estaba en buenas condiciones, pero el huerto que había plantado en la cara sur estaba sumido en la anarquía y la maleza, atrevida, se acumulaba en la base de la choza. Había un hombre ante la puerta de la cabaña esperándoles y Kinson supo enseguida, gracias a la descripción de él que le había ofrecido Mareth, que se trataba de Cogle. Era alto y encorvado, con una figura huesuda y andrajosa, despeinada y desarreglada, vestida de un modo que parecía estar en el mismo estado que la choza. Tenía el pelo negro con mechones canos y le nacía de la cabeza angulosa como si fueran las espinas de un erizo. Una barba corta y puntiaguda le brotaba de la barbilla y un bigote le colgaba sobre el labio superior. Las arrugas le cubrían el rostro curtido, surcos que se marcaban cada vez más con el paso de los años. Puso los brazos en jarras y esperó a que se acercaran a él mientras una sonrisa le cubría el semblante.

—¡Vaya, vaya! —exclamó entusiasmado—. La muchacha de Storlock ha venido de visita. No esperaba volver a verte. Tienes más agallas de las que creía. Y veo que has encontrado el auténtico maestro, conocedor de toda la sabiduría. ¡Bien hallado, Bremen de Paranor!

—Bien hallado, Cogle —contestó Bremen a la vez que alargaba la mano. Dejó que el otro se la estrechara un segundo—. Veo que has mandado al gato para que nos reciba. ¿Cómo se llamaba? ¿Cambiador? Le ha pegado tal susto aquí a mi amigo que debe haber perdido cinco años de vida.

—¡Ja! ¡Hay un remedio para eso, y si tu amigo es Kinson Ravenlock seguro que ya lo debe de conocer! —Cogle saludó al fronterizo con un

gesto—. ¡El Sueño del Druida te devuelve esos años en un pispás! —Ladeó esa cabeza angulosa—. ¿Sabes por qué tengo al gato, compañero? —Kinson sacudió la cabeza—. Nos saca de encima a los visitantes no deseados, que se puede aplicar, digamos, a todo el mundo. Los únicos que consiguen llegar hasta aquí son los que saben hablar con él. Pero Bremen sí que sabe, ¿verdad, viejo?

Bremen se rio.

—¿Viejo? Se podría decir lo mismo de ti, ¿no te parece?

—Ni me parece que sí ni me parece que no. Bien, así que la muchacha te encontró al final, ¿no es cierto? Le tomó su tiempo. Mareth era, ¿verdad? —Cogline inclinó la cabeza ligeramente—. Un nombre encantador para una muchacha encantadora. Espero que sacaras a los druidas de quicio y terminaran mal.

Entonces, Bremen dio un paso al frente. Su sonrisa se había desvanecido.

—Los druidas han terminado mal solos, me temo. No hace ni dos semanas, Cogline. Todos los de Paranor han muerto, excepto yo y un par más. ¿No te ha llegado nada?

El otro lo miró como si estuviera loco, sacudió la cabeza.

—Ni un rumor. Pero claro, hace tiempo que no salgo del valle. ¿Todos muertos, dices? Y estás completamente seguro, ¿verdad?

Bremen se llevó la mano a la cogulla y sacó el Eilt Druin. Lo sostuvo para que el otro pudiera verlo; oscilaba bajo el sol.

Cogline hizo una mueca.

—Completamente seguro. No lo tendrías si Athabasca estuviera vivo. ¡Todos muertos! ¡Diantres! ¿Qué los ha liquidado? Él, ¿verdad?

Bremen asintió. No era necesario que pronunciara su nombre. Cogline sacudió la cabeza de nuevo, cruzó los brazos y se abrazó.

—No les deseaba tal cosa. Nunca. Pero fueron unos necios, Bremen, y lo sabes. Alzaron los muros, cerraron las puertas y se olvidaron de sus objetivos. Nos echaron, a los únicos que teníamos una pizca de sentido común, los únicos que entendíamos qué era lo más importante. Si Galáfilo levantara la cabeza, se avergonzaría. Pero todos muertos... ¡Diantres!

—Hemos venido a hablar de eso —dijo Bremen en voz baja.

El otro alzó esa mirada perspicaz para encontrarse con la del anciano.

—Por supuesto. Habéis venido hasta aquí para decírmelo y hablar del tema. Qué amables. Pero si ya nos conocemos ¿no es cierto? Uno es viejo, el otro lo es más. Uno es un renegado y el otro un desterrado. Y ni el uno ni el otro se andan con tejemanejes, nunca. ¡Ja!

Cogline profirió una risotada seca y amarga. Bajó la vista al suelo un instante y luego la desvió hasta Kinson.

—Dime una cosa, Rastreador: ¿has visto al otro mientras venías, el que tiene los ojos de lince como tú?

Kinson vaciló.

—¿El otro qué?

—¡Ja! ¡Ya decía yo! ¡Pues el otro gato, claro! ¿No lo has visto? —Cogline resopló—. Vaya, lo único que te puedo decir es que eres afortunado de ser amigo de Bremen o ¡ya serías el almuerzo de otro! —Se rio entre dientes, luego perdió el interés en el tema y alzó las manos—. ¡Venga, venid, venid! No tiene sentido que estemos aquí afuera de pie. Tengo comida en el fuego y supongo que también os apetecería un baño. Tendré más trabajo, aunque a vosotros eso os da igual. Qué buen anfitrión, ¿verdad? ¡Venga!

Mientras iba mascullando y quejándose, se giró, subió los escalones de dos en dos y entró en la cabaña; las visitas lo siguieron obedientemente.

* * *

Se limpiaron y lavaron la ropa, las secaron como pudieron, se volvieron a vestir y se sentaron a cenar justo cuando el sol se ponía. El cielo se tornó naranja y dorado y luego, pasó por el carmesí hasta volverse de un tono entre añil y amatista que provocó que incluso Kinson contemplara el firmamento a través de los árboles asombrado. La cena que Cogline les ofreció era mejor de lo que el fronterizo se esperaba: un estofado de carne y hortalizas, acompañado de pan, queso y cerveza fría. Comieron sentados a la mesa que había en la parte de atrás de la cabaña, bajo la bóveda nocturna sembrada de estrellas con un diseño caleidoscópico. Iluminaron la mesa con velas de las que emanaba algún tipo de incienso que Cogline afirmaba que mantenía a los insectos a raya. Tal vez fuera verdad, reconoció Kinson, porque no parecía que hubiera ninguno volando por la mesa mientras cenaban.

Los gatos del páramo los acompañaron y merodearon en la oscuridad hasta que se hicieron un ovillo al lado de la mesa. Tal y como Cogline les había dicho, había dos: macho y hembra, hermanos. Cambiador, el macho, con el que habían tropezado al llegar, era el más grande de los dos, mientras que la hembra, Fumarola, era más pequeña y delgada. Cogline dijo que los había encontrado cuando eran unas crías, abandonados en las regiones pantanosas del Páramo Viejo, y con esa edad podían ser presas de los

hombres bestias. Los había encontrado famélicos, asustados y, sin duda, necesitados, de modo que se los había llevado a casa. Se rio al recordarlo. Eran dos bolitas de pelo entonces, pero crecieron bastante rápido. No había hecho nada en particular para que se quedaran, los animales lo habían escogido por sí mismos. Tal vez les gustaba la compañía del hombre, dijo este.

El ocaso empezó y acabó. La noche se llenó de una brisa cálida y un silencio aterciopelado. Terminaron de cenar y, mientras se acomodaban para seguir tomando cerveza de jarras de arcilla cocida al fuego, Bremen le contó a Cogline lo que les había ocurrido a los druidas de Paranor. Cuando hubo terminado, el que otrora fue druida se repantigó con la jarra de cerveza en la mano y sacudió la cabeza, indignado.

—Pero qué mentecatos, desde el primero hasta el último —dijo—. Lo siento mucho por ellos, siento que tuvieran que terminar así, pero me saca de quicio, también, porque han echado a perder las oportunidades que Galáfilo y los demás les brindaron al fundar el Primer Consejo. Perdieron los objetivos de vista, su razón misma de existir. Y eso no se lo puedo perdonar.

Escupió a la oscuridad. Fumarola alzó los ojos hacia él y parpadeó, sobresaltada. Cambiador no se movió. Kinson los miraba, a uno y a los otros, al ermitaño despeinado y a sus mascotas, los gatos del páramo, mientras se preguntaba qué efectos tenía vivir allí el tiempo que fuera para la cordura.

—Cuando dejé los druidas, fui al Cuerno del Hades y hablé con los espíritus de los muertos —continuó Bremen. Dio un trago de cerveza y las arrugas de su rostro curtido se volvieron más pronunciadas al recordar—. El mismísimo Galáfilo se me apareció. Le pregunté qué debía hacer para destruir a Brona. Por toda respuesta, me mostró cuatro visiones. —Las describió, una por una—. Y la visión del hombre con la espada es lo que me ha hecho venir aquí.

El semblante anguloso de Cogline se contrajo en una mueca, como si apretara un puño.

—¿Y se supone que debo ayudarte a encontrar a este hombre? ¿Se supone que yo lo conozco?

Bremen sacudió la cabeza. El pelo cano parecía tan fino como las hebras de seda bajo la luz de las velas.

—No se trata del hombre, sino de la espada. Es el talismán que debo forjar. La visión revela que el Eilt Druin se transformará, mediante la forja, y formará parte del arma. El arma será un anatema de Brona. No trato de comprender los detalles todavía. Tan solo sé que la naturaleza del arma que

precisamos. Y sé que debe forjarse poniendo un cuidado especial para que sea tan fuerte que pueda resistir el embate de la magia de Brona.

—Así que has venido hasta aquí para preguntarme cosas sobre la forja, ¿no es así? —dijo el otro, como si se acabara de alzar el telón y la verdad hubiese salido a escena.

—No hay un mayor experto en metalurgia que tú. El proceso de forja debe ser una fusión de ciencia y magia para que salga como debe. Ya poseo la magia, la mía propia y la del Eilt Druin, para añadirla a este proceso. Sin embargo, necesito de tus conocimientos científicos. Necesito algo que solo la ciencia puede proporcionar: la aleación adecuada de metales, las temperaturas correctas del horno para mezclarlos y el tiempo exacto de endurecimiento. ¿Qué tipo de templadura debe usarse para que el metal sea lo suficientemente resistente como para soportar cualquier tipo de fuerza que se le aplique?

Cogline desestimó la cuestión con un gesto.

—Ya está, ya puedes parar. Ya has perdido el norte. La magia y la ciencia no se mezclan. Ambos lo sabemos. De modo que, si quieres un arma forjada con magia, usa la magia. No me necesitas para nada.

Bremen sacudió la cabeza.

—Hay que romper las reglas un poco, me temo. La magia sola no es suficiente para conseguirlo. También se necesita la ciencia, la ciencia del antiguo mundo. Brona es una criatura mágica y por eso se ha protegido contra la magia. Desconoce la ciencia, no le importa y no la tiene en cuenta. Para él, igual que para muchos otros, la ciencia está muerta y enterrada, igual que el antiguo mundo. Pero nosotros sabemos que eso no es cierto, ¿verdad? La ciencia permanece latente, como le ocurrió antaño a la magia. Ahora se prefiere la magia, pero eso no significa que no haya lugar para la ciencia. Puede que sea necesaria al forjar esta espada. Si soy capaz de poner en práctica las mejores técnicas de la ciencia del antiguo mundo, tengo un pilar más en el que apoyarme. Y necesito ese pilar. Solo somos Kinson, Mareth y yo. Además de nosotros, tan solo hay dos aliados más, uno ha ido al este y el otro al oeste. Ya está. La magia de todos nosotros es una ínfima parte de la que posee el enemigo. ¿Cómo vamos a imponernos al Señor de los Brujos y sus acólitos sin un arma contra la que ellos no se puedan defender?

—No existe un arma así —dijo Cogline con desdén—. Además, nada te dice que un arma forjada a partir de la ciencia, ya sea en parte o en su totalidad, será mejor que una forjada a partir de la magia. Bien podría ser que la magia sea lo único que prevalece sobre la magia, y que ante eso cualquier tipo de ciencia sea inútil.

—No lo creo.

—Cree lo que se te antoje. —Cogline se masajeó la cabeza con aire irritado. Una mueca frunció sus labios finos—. Hace mucho que me aislé del mundo y de lo que cree la gente. Y no lo extraño.

—Sí, pero ambas cosas te pasarán factura tarde o temprano, igual que nos la pasan a todos. El mundo y sus creencias no van a desaparecer ni cejarán de existir a causa de tu rechazo. —Bremen calvó los ojos en los del otro—. Brona llegará aquí algún día, cuando se haya ocupado de los que no están escondidos. Eso lo sabes, sin duda.

Cogline endureció la expresión.

—Y lo lamentará, ¡te lo aseguro!

Bremen esperó sin mediar palabra; no quería poner en entredicho la afirmación del otro. Kinson le echó un vistazo a Mareth. Se encontró con sus ojos y ella le aguantó la mirada. Fue consciente de que ambos pensaban lo mismo: la postura de Cogline era inútil e insensata, saltaba a la vista que su modo de pensar era ridículo. Sin embargo, Bremen prefería no llevarle la contraria.

Cogline se removió, inquieto, en el banco.

—¿Por qué insistes tanto, Bremen?! ¿Qué quieres de mí? ¡No quiero tener nada que ver con druidas!

Bremen asintió con una expresión tranquila y la mirada fija.

—Y ellos tampoco contigo. Los druidas ya no existen. No ha quedado nada de ellos. Tan solo estamos nosotros, Cogline, dos ancianos que siguen viviendo cuando ya no deberían, gracias al Sueño del Druida. Cada vez estoy más agotado, pero no descansaré hasta que haya hecho todo lo que pueda por aquellos que no han vivido tanto como yo: los hombres, las mujeres y los niños de las razas. Ellos son quienes necesitan nuestra ayuda. Dime, ¿acaso no tenemos nada que ver con ellos?

Cogline empezó a responder, pero se detuvo. Todos los que estaban alrededor de la mesa sabían lo que quería decirles y lo ridículo que iba a sonar. Estaba frustrado: se le contrajeron los músculos de la mandíbula. Esos ojos perspicaces reflejaban indecisión.

—¿Qué te va a costar si eliges ayudarnos? —insistió Bremen en voz baja—. Si realmente no quieres tener nada que ver con los druidas, plantéate lo siguiente: los druidas no habrían ayudado con esta cuestión, de hecho, optaron por no colaborar cuando se les dio la oportunidad. Ellos fueron los que eligieron mantenerse al margen de las políticas que rigen las razas. Esa elección los destruyó. Ahora se te está ofreciendo la misma elección. Sí, es la

misma elección, Cogleine, no te confundas. Aislarte o implicarte. ¿Por cuál optarás?

Se hizo el silencio en la mesa que ocupaban el druida, el que otrora fue druida, el Rastreador y la muchacha. La noche, oscura y tranquila, los envolvía. Los grandes felinos dormían, su respiración era un silbido suave y regular cuando el aire les recorría el hocico húmedo. Olía a madera quemada, comida y foresta. Los embargó una sensación de confort y paz. Se encontraban en aislados en el corazón de Tamoscuro y, si uno se esforzaba lo suficiente, pensó Kinson Ravenlock, podía llegar a imaginar que aquí no podía afectarle nada del mundo exterior.

Bremen se inclinó un poco hacia adelante, pero la distancia que había entre él y Cogleine pareció acortarse drásticamente.

—¿Qué es lo que tienes que pensarte, compañero? Tú y yo siempre hemos sabido cuál era la opción correcta, ¿verdad?

Cogleine bufó con sorna, dio un manotazo al aire y fijó la mirada en la oscuridad. Luego, se volvió, irritado.

—Hay un metal que es tan fuerte como el hierro, pero es mucho más ligero, más flexible y menos frágil. En realidad es una aleación, es decir, una mezcla de metales que se usaba mucho en el antiguo mundo, creada a partir de la antigua ciencia. Está formado en gran parte por hierro y se templea con carbón a altas temperaturas. —Le lanzó una mirada cortante a Bremen—. Pero las temperaturas necesarias para templearlo son mucho más altas de las que un herrero es capaz de conseguir en la fragua. Se necesitan máquinas para generar temperaturas de tales magnitudes, y esos ingenios se han perdido en el tiempo.

—Pero ¿tienes el proceso? —preguntó Bremen.

Cogleine asintió y se dio unos golpecitos en la cabeza.

—Aquí dentro está. Y te lo daré. Lo que sea para que te vayas y dejes de darme este sermón inútil. Sin embargo, sigo sin ver de qué te va a servir. Sin un horno o una caldera que llegue a esas temperaturas...

Kinson paseó la vista en derredor y la volvió a centrar en Mareth. Esta lo estaba mirando de hito en hito, con esos ojos negros y enormes, escondidos tras la sombra del cabello azabache corto y una expresión amable y serena. En ese preciso instante, el fronterizo sintió que estaba a punto de comprenderla de un modo en el que no había sido capaz hasta entonces. Había algo en la forma en el que la muchacha lo estaba mirando, en la transparencia de su expresión y en la intensidad de la mirada. Entonces, sonrió de improviso, la

boca se le torció de forma inusual y desvió los ojos hacia lo que la chica había visto tras él.

Cuando Kinson se volvió para mirar, se topó con Cambiador, que lo miraba, con la cara a escasos centímetros de la suya, con esos ojos luminosos del gran gato del páramo fijos en los suyos, como si el hombre fuera la cosa más extraña que el gato había visto. Kinson tragó a pesar del nudo que se le había formado en la garganta. Notaba la calidez del aliento del felino en el rostro. ¿Cuándo se había despertado? ¿Cómo había conseguido acercarse tanto a él sin que lo percibiera? Kinson le sostuvo la mirada unos segundos más, inspiró hondo y volvió a girarse.

—Asumo que no querrás acompañarnos, supongo... —le ofrecía Bremen al anfitrión—. Será un viaje de tan solo unos días, ¿lo justo para ver cómo se forja el talismán?

Cogline resopló y sacudió la cabeza.

—Vete con tus juegucitos a otra parte, Bremen. Voy a ofrecerte el proceso de forja del metal y te desearé lo mejor. Si alguna de las dos cosas te es de utilidad, mejor que mejor. Pero yo me quedo aquí.

Había garabateado algo en un trozo de pergamino viejo y se lo entregó al druida.

—Aquí tienes lo mejor que la ciencia puede ofrecerte —musitó—. Cógelo.

Así hizo Bremen, que se lo guardó entre los ropajes.

Cogline se enderezó y entonces miró a Kinson y Mareth respectivamente.

—No le quitéis el ojo de encima al anciano —les advirtió. Sus ojos reflejaban consternación, como si de pronto hubiera descubierto algo que lo molestaba—. Necesita que lo cuiden más de lo que él piensa. Tú, Rastreador, haz que te escuche. Asegúrate de que hace caso cuando deba hacerlo. Y tú, muchacha... ¿Cómo te llamabas? ¿Mareth? Tú cuentas con más de él de lo que parece, ¿no es así?

Nadie abrió la boca. Kinson dirigió los ojos hacia Mareth. Su rostro no expresaba nada, aunque de repente se había tornado pálido.

Cogline la observó con aire sombrío.

—No importa. Tú mantenlo a salvo de sí mismo. Cuídalo.

Calló de golpe, como si creyera que había dicho demasiado. Murmuró algo inaudible para el resto y entonces se levantó, un amasijo suelto de huesos y piel, una caricatura arrugada de sí mismo.

—Pasad aquí la noche y partid mañana —musitó, cansado.

Los inspeccionó uno por uno con cuidado, como si esperara encontrar algo que no hubiera percibido antes, como si creyera que tal vez eran otras personas distintas a aquellas que decían ser. Luego, giró sobre los talones y se fue.

«Buenas noches», dijeron los demás mientras el otro se iba. Pero no les respondió. Se alejó con pasos decididos y no volvió la vista atrás.

Las nubes cruzaban el cielo rozando el filo del cuarto de luna y proyectaban sombras extrañas sobre la superficie de la tierra, como aves nocturnas que sobrevolaban la avanzada de los enanos. Era la hora lenta y cerrada que precede al alba, cuando la muerte está más próxima que nunca y los sueños dominan a los hombres. No corría ni un ápice de brisa, el ambiente era cálido y la noche estaba sumida en el silencio. Daba la sensación de que todo se había ralentizado, de que el tiempo solo perdía medio segundo con cada paso del segundero, de que la vida se dejaba llevar y, por un momento, se desviaba de su avance inexorable, de modo que la muerte, durante un precioso instante, parecía poder retrasarse un poco más.

Los enanos habían surgido sigilosamente de los bosques del Anar en una oleada de figuras oscuras que parecía fluir como un río. Eran varios millares de hombres que descendían del paso de Jade a través de las Wolfkstaag, a una docena de kilómetros al norte del lugar donde el ejército del Señor de los Brujos había acampado. Habían transcurrido dos días desde que el ejército había pasado al sur de Storlock y, aunque los enanos habían contemplado su avance de cerca, habían decidido que esperarían hasta ahora para atacar.

Emergieron de la linde del bosque y descendieron hacia el lugar donde el Rabb se hundía en una cárcava larga y poco profunda, muy cerca de un riachuelo llamado Nunne. Allí había sido donde el ejército de las Tierras del Norte, imprudente, había decidido levantar el campamento. Ciertamente, tenían agua, pastos y suficiente espacio para extenderse, pero el terreno más elevado quedaba al descubierto para atacarlo y dos flancos del ejército quedaban expuestos a un asalto lateral. Las tropas habían montado turnos de guardia, pero era fácil despachar a cualquier guardia y ni siquiera la presencia errante de los Portadores de la Calavera era suficiente para disuadir a unos hombres que se encontraban en una situación desesperada.

Risca los ocultó cuando se acercaron lo suficiente como para requerir esconderse. Mandó imágenes de sí mismo al sur del Nunne para distraer a los cazadores alados y, cuando las nubes cubrieron la luna y las estrellas en su totalidad, los enanos prosiguieron adelante. Avanzaron con sigilo y rapidez a lo largo del último kilómetro que separaba el destacamento del ejército dormido, mataron a los centinelas antes de que pudieran dar la voz de alarma, ascendieron al terreno más alto hacia el norte y al este del río y atacaron. Abiertos en una línea que se extendía a lo largo de media milla en la cresta del terreno alto en ambas direcciones y armados con arcos y hondas, atacaron a los trolls, a los gnomos y a los monstruos de la oscuridad, una descarga tras otra. El ejército se despertó, los hombres chillaban y maldecían mientras se apresuraban a colocarse la armadura y a agarrar las armas mientras caían, heridos o muertos, a medio vestir. Organizaron un asalto de la caballería en mitad de la confusión, un contraataque condenado al fracaso que fue destruido mientras los jinetes subían la cuesta que ascendía de la vorágine del campamento.

Un Portador de la Calavera surgió volando en círculos de la oscuridad y se abalanzó contra los enanos para expulsarlos, un depredador silencioso que avanzaba con las garras y los dientes por delante. Sin embargo, Risca lo estaba esperando, había dedicado toda su atención a prepararse para una embestida de ese tipo y, cuando apareció el Portador de la Calavera, dejó que descendiera casi hasta rozar la tierra antes de atacarlo con el fuego druida y lanzarlo a un lado, chamuscado y gimoteante.

El asalto fue veloz y comedido. El daño infligido era, sobre todo, superficial, sin consecuencias para un ejército de esta envergadura, de modo que los enanos no se entretuvieron. Su objetivo principal era entorpecerlos y desviar al enemigo de la ruta de avance marcada. Y lo lograron. Huyeron de nuevo al amparo de los árboles, del modo más directo y, luego, giraron hacia el norte para adentrarse en el paso de Jade. El enemigo se apresuró a perseguirlos. Organizaron un gran destacamento para darles caza, aunque desconocían el tamaño de la escuadra enana. Al romper el alba, los perseguidores se estaban acercando a los enanos mientras estos llegaban a la entrada del paso de Jade.

Todo estaba sucediendo tal y como Risca había planeado.

* * *

—Ahí están —dijo Geften con un hilo de voz mientras señalaba los árboles que había ante el desfiladero.

Tras estos, los últimos enanos que habían conformado el ataque cruzaban el paso en fila y se diseminaban por las rocas que había encima; tomaban posiciones al lado de los hombres que ya estaban colocados, sumando un total de cuatro mil. A menos de un kilómetro y medio de distancia, se distinguían los primeros movimientos de los perseguidores entre las sombras inmóviles e insondables que poblaban el bosque antes del amanecer. Incluso mientras oteaba, Risca era capaz de divisar cómo se ensanchaba y alargaba el movimiento, como las ondas del agua de una piedra que se lanza en el centro de un estanque en calma. La horda que los perseguía era de proporciones considerables, demasiado grande para que pudieran derrotarla en una batalla cuerpo a cuerpo, a pesar de que los hombres que estaba reunido ahí eran gran parte del ejército enano.

—¿Cuánto tardarán? —le preguntó a Geften.

El Rastreador se encogió de hombros con un movimiento ínfimo, sobrio, como todos sus gestos; como el hombre en sí. Una mata de pelo cano, grueso y rebelde, le cubría la cabeza alargada, creando una forma peculiar.

—Una hora si se detienen a debatir cuán acertado es adentrarse en el desfiladero sin un plan de ataque.

Risca asintió.

—Se detendrán. Ya les hemos asestado dos golpes y están escarmentados. —Le brindó una sonrisa al otro, mayor que él, un veterano curtido en las guerras fronterizas con los gnomos—. No los pierdas de vista. Voy a notificar al rey.

Abandonó la posición, retrocedió hacia las rocas y ascendió desde el lugar en el que Geften controlaba el progreso del enemigo. Risca sintió que un arrebató de entusiasmo lo embargaba, atizado por la certeza de que quedaba una segunda batalla por librar y era inminente. El ataque al campamento del ejército de las Tierras del Norte solo había servido para abrirle el apetito. Se llenó los pulmones de la brisa del amanecer, sintiéndose fuerte y listo. Llevaba toda la vida esperando esto, supuso. Todos los años que había pasado encerrado en Paranor, practicando sus habilidades de guerrero, las tácticas de lucha, el dominio de las armas. Todo lo había conducido a esto, a tener la oportunidad de enfrentarse a un enemigo que le supondría un desafío incomparable a cualquier cosa que le hubiera podido ofrecer Paranor. Le hacía sentir vivo de una forma que no podía ignorar, y ni siquiera lo desesperado de la situación reducía el arrebató de emoción que lo recorría.

Había llegado a la capital enana hacía tres días y se había dirigido directamente a hablar con Raybur. El rey, que ya estaba sobre aviso de la presencia del ejército de las Tierras del Norte y seguro de su propósito, lo había recibido. Risca tan solo le había confirmado lo que ya sabía y había avivado la necesidad de actuar que sentía. Raybur era un rey guerrero de la misma manera que Risca era un druida guerrero, un hombre que había dedicado su vida a la guerra. Como Risca, había batallado contra las tribus de los gnomos cuando era tan solo un muchacho, como integrante de la lucha enana para evitar una invasión gnomia en el territorio central e inferior del Anar, que los gnomos consideraban como propios desde que tenían memoria. Cuando se había convertido en rey, Raybur se había dedicado a esta causa con una determinación espeluznante. Había conducido el ejército hasta el interior y no solo había hecho retroceder a los gnomos, sino que había ensanchado las fronteras de su tierra natal hasta que habían abarcado el doble del territorio anterior, hasta que los gnomos se encontraron tan al norte del Rabb y al este del río de Plata que ya no representaban una amenaza. Por primera vez en siglos, todo el territorio era seguro para que los enanos se instalaran y lo habitaran.

Sin embargo, ahora se enfrentaban a un nuevo desafío, esta vez bajo la forma del ejército que se aproximaba a sus puertas. Raybur había movilizado a los enanos para que se prepararan para la batalla que les esperaba, la batalla que todos sabían que no podían ganar sin ayuda y que, a pesar de todo, debían librar si querían sobrevivir. Risca le había dicho que los elfos estaban yendo a su encuentro. Bremen lo había ordenado y Tay Trefenwyd, a quien Risca le confiaría la vida, se había dirigido al oeste para asegurarse de que así sería. Con todo, era tarea de los enanos ganar el tiempo necesario para que la ayuda llegara. Raybur era consciente de ello. Había tratado mucho con Bremen y con Courtann Ballindarroch, y sabía que ambos eran hombres de palabra. Harían todo lo que pudieran. Aún así, cada segundo era un tiempo precioso y no podían dar nada por descontado. Raybur también era consciente de esto. De modo que se había evacuado Culhaven: sería allí adonde el ejército de las Tierras del Norte se dirigiría primero, y los enanos no podían defender la capital de una fuerza de tal envergadura. Se había mandado a las mujeres, a los niños y a los ancianos hacia el corazón del Anar, donde se podrían esconder y estar a salvo hasta que el peligro hubiera pasado. Mientras tanto, el ejército enano marcharía hacia el norte a través de las Wolfsktaag para enfrentarse al enemigo.

Raybur se volvió cuando Risca se acercaba y desvió la mirada de los comandantes y consejeros, de Wyrík y Fleer, los mayores de sus cinco hijos, de los mapas que estudiaban y los planes que habían esbozado.

—¿Vienen? —preguntó enseguida.

Risca asintió.

—Geften está vigilando el avance. Cree que tenemos una hora antes de que ataquen.

Raybur asintió y le pidió al druida que lo acompañara. Era un hombretón, no muy alto, pero sí corpulento y fuerte, sobre todo de pecho y espalda; tenía una cabeza grande y unos rasgos marcados, el rostro barbudo curtido y lleno de arrugas. La nariz aguileña y las cejas pobladas le conferían un aspecto un tanto salvaje, pero bajo esa fachada imponente se escondía un hombre afectuoso, lleno de vida y entusiasmo y propenso a la risa. Era quince años mayor que Risca, pero seguía siendo tan impresionante como el druida y sería un rival más que digno para él en cualquier combate. Eran íntimos, en cierto modo, mucho más de lo que lo eran con miembros de sus respectivas familias, ya que compartían convicciones y experiencias y habían llevado vidas complicadas, en las que ambos habían escapado de las garras de la muerte por poco con la intención de vivir tanto como les fuese posible.

—Explícame de nuevo cómo lo vas a hacer —ordenó el rey mientras pasaba un brazo por los hombros de Risca y se lo llevaba aparte.

—Si ya lo sabes —respondió Risca y resopló. El plan era de ambos, lo había concebido Risca y lo había aprobado el rey y, aunque lo habían compartido en líneas generales con los demás, se habían guardado los detalles para sí.

—Da igual, vuelve a explicármelo. —Ese rostro huraño lo miró de hito en hito y luego desvió los ojos—. Consiénteme, soy tu rey.

Risca asintió sonriendo.

—Trolls, gnomos y vete a saber qué más convergirán en el desfiladero. Nosotros trataremos de evitar que se adentren. Montaremos un buen espectáculo y luego nos retiraremos, aparentemente derrotados. Entorpeceremos su avance a través de las montañas durante el día siguiente; los retrasaremos, pero no los detendremos. Mientras tanto, el grueso del ejército habrá avanzado por el sur del río de Plata. Los enanos huirán cuando se acerquen. Encontrarán Culhaven abandonado. Descubrirán que no hay nadie que les plante cara. Creerán que la totalidad de nuestro ejército debe de estar luchando en las Wolfkstaag.

—Y no se equivocarán demasiado —gruñó Raybur mientras se mesaba la barba con una de sus manazas.

—Y no se equivocarán demasiado —repitió Risca—. Al conocer la geografía de estas montañas creerán que la victoria está cerca y tomarán el paso de Noose, donde esperarán que sus compañeros nos conduzcan hasta sus garras a través de los valles. Los gnomos les habrán asegurado que hay solo dos modos de salir de las Wolfsktaag: por el paso de Jade al norte o por el paso de Noose al sur. Si el ejército enano queda atrapado entre uno y otro, no tienen ninguna posibilidad de escapar.

Raybur asintió mientras se mordía el labio superior y el borde del bigote con los fuertes dientes.

—Pero si nos avanzan demasiado rápido o van demasiado lejos...

—No lo harán —lo interrumpió Risca—. No vamos a dejar que lo hagan. Además, no se van a arriesgar así. Serán precavidos. Les preocupará que encontremos el modo de eludirlos si van demasiado rápido. Será más fácil esperar a que nosotros vayamos hacia ellos. Aguardarán hasta que puedan vernos y, entonces, atacarán.

Se habían dirigido hacia un saliente plano de rocas y se sentaron ahí codo con codo, mientras contemplaban el interior de las montañas. El día había amanecido soleado y claro, pero a las Wolfsktaag, alejadas de la entrada del paso y conformadas por un entramado de valles y cordilleras en el interior, las cubría un manto de niebla.

—Es un buen plan —dijo Raybur, al final.

—Es el mejor que hemos podido concebir —lo corrigió Rosca—. Tal vez Bremen propondría algo mejor si estuviera aquí.

—Llegará pronto —afirmó Raybur en voz baja—. Y los elfos vendrán con él. Para entonces, tendremos al invasor en una posición que no le va a gustar.

Risca asintió sin decir nada; se estaba acordando del encuentro que había tenido con Brona no hacía demasiadas noches, evocaba lo que había sentido cuando se había dado cuenta de la magnitud del poder del Señor de los Brujos, recordaba cómo lo había paralizado, cómo casi lo había apresado en sus garras. Un monstruo así no sería fácil de derrotar, daba igual la envergadura o la fuerza del ejército que lo atacara. Aquello sería más que una guerra entre hombres armados, sería una guerra entre magias. Y en una guerra así, los enanos se encontraban en clara desventaja a no ser que la visión sobre el talismán que había visto Bremen aconteciera.

Se preguntó dónde estaría el anciano ahora. Se preguntó cuántas de las cuatro visiones se estarían cumpliendo.

—Los Portadores de la Calavera tratarán de espiarnos —musitó Raybur.
Risca frunció los labios mientras cavilaba.

—Lo intentarán, pero no es fácil sobrevolar las Wolfsktaag. Las montañas no les pondrán las cosas fáciles. Tampoco es que lo que puedan ver marque la diferencia. Cuando reparen en lo que hemos hecho, será demasiado tarde.

El rey se removió.

—Irán a por ti —dijo de pronto y miró al druida—. Saben que eres su mayor amenaza, de hecho, la única amenaza además de Bremen y de Tay Trefenwyd. Si te matan, no tendremos ninguna magia que nos proteja.

Risca se encogió de hombros y sonrió.

—Entonces, será mejor que me cuides bien, mi rey.

* * *

Los habitantes de las Tierras del Norte tardaron más de lo que Geften había previsto en emprender el ataque, pero fue muy violento. El paso de Jade era ancho por el lado donde se abría al Anar oriental, pero entonces se estrechaba de forma abrupta a partir de los picos idénticos que conformaban la entrada del desfiladero a las Wolfsktaag. Como habían determinado de antemano que los enanos ofrecerían una resistencia firme, el ejército del Señor de los Brujos se lanzó en su totalidad contra la abertura, con la intención de superarlos al primer intento. Y si se estuvieran enfrentando a un defensor menos preparado, habrían vencido. Sin embargo, los enanos habían defendido los desfiladeros de las Wolfsktaag durante años contra los asaltantes gnomos y, gracias a eso, habían aprendido un par de trucos. La superioridad numérica del ejército del norte se volvió en su contra, en cierto modo, por la angostura del desfiladero y la escabrosidad del terreno. Los enanos no trataron de bloquear el ataque de los norteños, sino que los asaltaron desde el amparo que les ofrecían las pendientes. Habían cavado agujeros en el terreno tortuoso. Echaron enormes rocas abajo y levantaron barricadas con picas. Una lluvia de flechas y lanzas se abatió sobre ellos. Centenares de enemigos murieron en esa primera embestida. Los trolls demostraron una resolución singular, enormes y fuertes como eran, protegidos contra los proyectiles que caían sobre ellos para matarlos. Sin embargo, también eran lentos y pesados, de modo que muchos cayeron en los agujeros o quedaron aplastados bajo las rocas. Con todo, siguieron avanzando.

Finalmente, se detuvieron en el otro extremo del desfiladero. Raybur había mandado erigir una empalizada tras una trinchera rellena de madera seca y cuando el ejército de los norteños se acercó, hizo que la prendieran. Apretados por los que venían detrás, y dado que pesaban demasiado para salir de allí y escapar, los trolls murieron donde estaban, completamente calcinados. Los gritos y la peste de piel quemada colmó el aire y el ímpetu del ataque se perdió.

Volvieron a la carga al mediodía, más prudentes esta vez, y de nuevo los hicieron retroceder. Atacaron otra vez al caer la noche. Cada vez, los enanos se veían obligados a adentrarse más en el desfiladero. Colocados a ambos lados de la hendidura, Raybur y sus hijos dirigían la defensa enana, resistían tanto como podían antes de retirarse y ceder terreno a regañadientes, pero siempre con sensatez, de modo que no se perdieran más vidas de las estrictamente necesarias. Raybur estaba al mando del flanco izquierdo, acompañado de Geften, mientras que Wyrik y Fleer estaban al mando del derecho. Risca iba por libre. Los enanos, guerreros avezados, luchaban con valor contra un ejército que los presionaba y que los triplicaba en envergadura. Bajo la luz del día no los atacó ningún cazador alado ni criatura salida del averno, de modo que Risca no desperdició magia en apuntalar la defensa. Al fin y al cabo, planeaban no ganar la batalla. Planeaban perderla de la forma más lenta posible.

La llegada de la noche conllevó un cese de las hostilidades y un nuevo silencio se impuso en las montañas. La niebla descendió de las cumbres mientras la luz se reducía poco a poco sobre atacantes y defensores por igual. Un silencio sepulcral lo llenó todo mientras la visibilidad se acortaba y estrechaba, y una brisa húmeda y empalagosa se deslizaba entre las rocas y los acariciaba juguetona. Había cosas vivas en el roce de la brisa, invisibles y sin forma, pero tan incuestionables como la llegada de la medianoche. Eran criaturas de las Wolfsktaag, seres de magia tan antiguos como el tiempo y tan necesarios como el alma lo era para un hombre. Los enanos, familiarizados con ellas, no se fiaban de sus intenciones. Solían preceder a otros seres más grandes y poderosos y no debían escucharlas. Susurraban mentiras y falsas promesas, les ofrecían sueños y visiones traicioneras, y prestarles atención era sinónimo de darle la bienvenida a la muerte. Los enanos lo sabían y el conocimiento era lo que los protegía.

Sin embargo, no les ocurría lo mismo a los gnomos que acampaban al otro lado de la entrada del desfiladero. Esas montañas y los seres que las habitaban aterrorizaban a los gnomos. Supersticiosos y paganos, recelaban de cualquier

tipo de magia y en especial del tipo que vivía aquí; hubiesen preferido evitar las Wolfsktaag por completo. Aquí moraban dioses a los que debía adorarse y espíritus que debían aplacarse. Era un territorio sagrado. Con todo, el poder del Señor de los Brujos y sus acólitos sombríos los asustaba todavía más, de modo que cerraron filas con los trolls, más impasibles y menos influenciables que ellos. Sin embargo, lo habían hecho tan a regañadientes y con tan poca convicción que los enanos pudieron prepararse para usar ese miedo en su contra.

Tal y como Risca había previsto, el ejército de las Tierras del Norte organizó un nuevo ataque pocas horas antes de rayar el alba, cuando la oscuridad y la bruma todavía enmascaraban sus movimientos. Arremetieron contra ellos en silencio y con vigor, concentrados en el desfiladero, tanto en el paso como en las pendientes más altas y en la cresta, en un intento por aplastar a los enanos a base de pura superioridad numérica. No obstante, Raybur había hecho retroceder la línea de defensa un centenar de metros hacia el interior del paso, donde la batalla anterior había terminado con el ocaso. Entre dos líneas, los enanos habían acumulado pilas de leña verde y hoja nueva y las habían dejado listas para prenderlas. En el suelo del desfiladero habían erigido nuevas barricadas y cavado nuevas trincheras, escalonadas con las piras que habían de encenderse. Cuando los norteros llegaron al emplazamiento donde esperaban que estuviera la línea de defensa enana, lo encontraron desierto. ¿Acaso habrían abandonado el desfiladero los enanos? ¿Se habrían retraído al amparo de la oscuridad? Confundidos, vacilaron y se arremolinaron en torno al lugar donde los líderes deliberaban. Al final, volvieron a la carga. Sin embargo, a esas alturas los enanos ya habían recibido el aviso del ataque. Risca usó la magia para prender los fuegos que sembraban las pendientes y el suelo del paso y, de pronto, el ejército de las Tierras del Norte se vio envuelto en un manto de humo que los ahogaba y los cegaba. Con los ojos empañados y la garganta obstruida, siguieron avanzando, obstinados.

Entonces, Risca hizo entrar a las apariciones en escena. Había creado algunas a partir de la magia, surgidas de la niebla, y las mandó hacia el humo. Eran seres con dientes y garras, con unas fauces rojas y los ojos negros, hechas de miedos reales e imaginados. Los espíritus rodearon al ejército de las Tierras del Norte, que boqueaba en busca de aire, medio ciego. Los gnomos se volvieron locos y se pusieron a chillar de puro terror. Nada haría que se enfrentaran a aquello. Rompieron filas y huyeron a toda prisa. En ese momento, los enanos atacaron, los honderos, los lanzadores y los arqueros

arrojaban los proyectiles letales al centro de la fuerza enemiga. El asalto se detuvo y fracasó cuando los hombres comenzaron a morir a puñados. Cuando el alba despuntó, el desfiladero estaba bajo control de los enanos de nuevo.

Los norteños volvieron a atacar al día siguiente, desistían a darse por vencidos, estaban resueltos a atravesar las defensas enemigas. Habían sufrido unas pérdidas espantosas, pero los enanos también habían perdido hombres y había menos vidas de las que pudieran prescindir. A media tarde, Raybur había comenzado los preparativos para retirarse. Dos días habían sido suficientes para enfrentarse a este ejército. Ahora había llegado el momento de retroceder un poco, de dejar que el enemigo avanzara. Esperaron a que cayera la noche, hasta que la oscuridad los había envuelto de nuevo. Entonces, encendieron la última trinchera llena de madera seca coronada con hojas y plántones verdes, para que se levantara un humo que ocultara sus movimientos y pudieran alejarse sigilosamente.

Risca se quedó atrás para asegurarse de que el enemigo no les iba a la zaga con demasiada prontitud. Con una pequeña banda de enanos cazadores, defendió el punto más angosto del desfiladero de un intento de ataque antes de retirarse con los demás. Hubo un momento en que apareció un Portador de la Calavera que trataba de volar a través de las capas de humo y niebla, pero Risca lo atacó con el fuego druida y lo abatió.

Tras la retirada, marcharon durante toda la noche, adentrándose en el corazón de las montañas. Geften los guiaba, un veterano de innumerables expediciones; familiarizado como estaba con los cañones y los desfiladeros, las crestas y las grietas, sabía dónde había que ir y por dónde tenían que pasar para conseguirlo. Evitaron los lugares lóbregos y angostos donde moraban los monstruos; seres que habían sobrevivido desde la antigüedad y que alimentaban el imaginario supersticioso de los gnomos. Se mantuvieron en los terrenos elevados siempre que podían, intentando que la oscuridad y la niebla los escondiera lo suficiente de sus perseguidores. El ejército de las Tierras del Norte también contaría con exploradores, pero seguro que era gnomos, y los gnomos serían prudentes. La fuerza militar de Raybur avanzó con rapidez y determinación. Cuando el ejército del Señor de los Brujos los hallara de nuevo, volvería a ser en un terreno que ellos hubieran elegido.

Al día siguiente, después de que los enanos se hubieran detenido para descansar durante varias horas al amanecer y ya hubieran retomado la marcha, llegó un mensajero procedente del pequeño destacamento que defendía el paso de Noose, en el extremo sur de las montañas. El resto de las tropas del Señor de los Brujos había llegado, se adentraba hacia el interior

desde la punta inferior del Rabb para montar el campamento. Al caer la noche, seguramente emprenderían el ataque contra ellos. Los enanos podían defender el paso durante al menos un día más antes de rendirse. Raybur miró a Risca y le sonrió. Con un día bastaría.

Dejaron que el ejército de las Tierras del Norte que bajaba por el paso de Jade llegara a su altura esa misma tarde, cuando el sol ya se había puesto tras los picos y la niebla comenzaba a descender desde las cumbres como enredaderas en busca de luz. Aguardaron en un cañón donde el terreno ascendía de golpe a través de un laberinto de rocas gigantescas y pendientes traicioneras y atacaron cuando los norteños subieron y salieron de la hondonada expuesta. Defendieron su posición lo suficiente como para frustrar el avance y luego se batieron en retirada de nuevo. La oscuridad se cernió sobre ellos y los perseguidores se vieron obligados a detenerse a pasar la noche, no podían contraatacar.

Cuando rompió el alba, los enanos habían desaparecido. Los habitantes de las Tierras del Norte siguieron adelante, impacientes por terminar de jugar al gato y al ratón. Con todo, los enanos los sorprendieron de nuevo a mediodía; esta vez los condujeron hasta un desfiladero sin salida y atacaron los flancos expuestos mientras el enemigo trataba de retirarse. Para cuando los norteños se hubieron recuperado, los enanos habían vuelto a desvanecerse. Se pasaron el día así, en una sucesión de ataques y retiradas, el ejército más pequeño se dedicaba a poner a prueba y a humillar al más grande. Sin embargo, estaban llegando al extremo meridional de las montañas y los norteños, furiosos ante su aparente ineptitud para rodear a los enanos, empezaron a animarse al saber que su presa se estaba quedando sin escondites.

El combate se había tornado serio. Si los enanos daban un paso en falso, estarían acabados. Los mensajeros iban y venían entre los que hostigaban al enemigo que procedía del norte y los que aún defendían el paso de Noose en el sur. La sincronización era vital. El enemigo del sur insistía para poder tomar el paso de Noose, pero los enanos se mantenían firmes. El paso de Noose era más fácil de defender que de tomar, daba igual la envergadura de la fuerza que estuviera en cada posición. Con todo, los enanos cederían al amanecer y se retirarían a propósito, poco a poco, para hacer creer a los norteños que estos los habían vencido. El ejército del Señor de los Brujos reivindicaría el paso como suyo y entonces esperarían a que sus compañeros condujeran a los enanos derrotados y asediados hacia ellos.

Amaneció y mientras una parte del ejército de las Tierras del Norte ocupaba el paso de Noose, la otra avanzaba, despiadada, hacia el sur. Los

enanos, atrapados entre ambos, no tenían adónde huir.

* * *

Ese día entero, el ejército de Raybur se esforzó en entorpecer el avance hacia el sur. El rey enano usó todas las tácticas que conocía y dominaba gracias a treinta años de guerra con los gnomos: atacar a los invasores cuando había ocasión, crear la oportunidad cuando no había ninguna. Dividió el ejército en tercios y entregó el tercio más numeroso a sus generales, para que se convirtiera en el objetivo más lógico de atrapar para los perseguidores. Los dos destacamentos que quedaban, más pequeños, uno bajo sus órdenes y el otro bajo el mando de su hijo mayor, Wyrik, se convirtieron en los extremos de una tenaza que hostigaba a los norteños siempre que podía. Compenetrados, empujaron al enemigo hacia un lado primero y, luego, hacia el otro. Cuando un destacamento conseguía exponer un flanco enemigo, el otro se apresuraba a atacarlo. Los enanos giraban y serpenteaban alrededor del ejército más grande, sin dejar que los inmovilizaran. Acometían siempre que podían y se retiraban, tan escurridizos que sacaban a los norteños de quicio.

Al atardecer, estaban agotados. Aún peor, los enanos del norte habían retrocedido hasta encontrarse con los que subían del sur. Se habían unido en un mismo ejército, ambos se habían batido en retirada tan lejos como habían podido y, de pronto, no tenían dónde huir. La noche y la niebla los rodeaba tanto que la empresa de encontrarlos debería haberse pospuesto hasta la mañana siguiente. Sin embargo, la caza continuó, sobre todo porque los norteños estaban demasiado furiosos y frustrados como para esperar. El paso de Noose estaba a tan solo unas millas al norte. Los enanos estaban atrapados, privados del espacio necesario para maniobrar o esconderse y ahora, por fin, los norteños estaban seguros de que su fuerza superior sería capaz de cobrarse la ansiada venganza.

Mientras la noche caía y la bruma se espesaba a lo largo de los kilómetros por los que se extendía el valle donde se habían retirado los enanos, Raybur mandó exploradores para advertirlos de cualquier avance por parte del enemigo. Se les acababa el tiempo y debían actuar con rapidez. Llamó a Geften y al primer defensor de los enanos que se había preparado para la huida que habían planeado desde el principio. La retirada se iniciaría al amparo de la oscuridad y terminaría a media noche. Era el punto álgido de un

plan por el que el rey se había decidido, con Risca, cuando este había regresado de Paranor; un plan ideado a partir del conocimiento que solo poseían los enanos. Solo ellos sabían que había un tercer modo de salir de las montañas. Cerca del punto donde estaban congregados, no muy lejos del paso de Noose, mucho más accesible, había un laberinto de desfiladeros, túneles y salientes conectados entre sí que se extendían hacia el este de las Wolfsktaag y se adentraban en los bosques del Anar central. El mismísimo Geften había descubierto este pasaje secreto, lo había explorado con un puñado de compañeros y había informado de aquello al rey hacía unos ocho años. Era un conocimiento secreto que se guardaba celosamente. Tan solo un grupo selecto de enanos habían empleado el pasaje de vez en cuando para asegurarse de que se podía seguir usando y habían memorizado los giros y las vueltas que daba, aunque a nadie más se le había mostrado el camino. Risca se había enterado de que existía porque Raybur se lo había contado cuando había visitado su tierra natal hacía varios años; el rey enano había decidido compartir el secreto con el único hombre con el que tenía una relación tan estrecha como con sus propios hijos. Risca lo había recordado cuando el ejército de las Tierras del Norte se había dirigido hacia el este y así había ideado esa trama bélica.

Ahora los enanos ponían en marcha el plan. Poco a poco, comenzaron a apiñarse en grupos reducidos, a dividir la fuerza en una fila larga y uniforme que se retiraba al este, hacia las montañas, y seguía la vía de escape que Geften había trazado con sumo cuidado. Los norteños se acercaban por una punta del valle y los exploradores comenzaron a ponerlos sobre aviso. Sin embargo, aún no habían emprendido la parte más peligrosa del plan. Se debía retrasar al ejército de las Tierras del Norte hasta que los enanos estuvieran lejos y a salvo. Acompañado de Risca, Raybur encabezó un destacamento de veinte voluntarios y se dirigieron al norte. Se colocaron tras un revoltijo de rocas desde el que se oteaba la entrada del valle y, cuando apareció la vanguardia del Señor de los Brujos, atacaron.

Fue un ataque preciso y momentáneo, con el único objetivo de crear problemas y confundirlos, ya que superaban en gran número a los enanos. Usaron los arcos tras el refugio que ofrecían las rocas y dispararon flechas el tiempo suficiente para llamar la atención antes de retirarse. Aun así, escapar se complicó. Los norteños los persiguieron, enfurecidos. Era noche cerrada y el terreno rocoso era traicionero: un laberinto de filos irregulares y grietas profundas y la luz, como siempre ocurría en las Wolfsktaag, era muy escasa. La niebla se arremolinaba hacia abajo en la ladera, procedente de los picos altos, y envolvía todo el valle. Los enanos, más familiarizados con el terreno

que sus perseguidores, se escabulleron veloces a través de ese laberinto, pero había norteños por doquier, apiñados por todas las rocas. Abatieron a algunos defensores. Otros tomaron el camino equivocado y perecieron. La lucha fue encarnizada. Risca usó la magia, atacó con fuego druida al grueso de sus perseguidores y les dio caza. Apareció un puñado de criaturas surgidas del averno que perseguían tambaleándose a los enanos que huían campo a través y Risca se vio obligado a detenerse el tiempo suficiente para hacerlos retroceder a ellos también.

Estuvieron a punto de apresarlo en aquel momento. Lo encerraron por tres flancos, guiándose por el destello del fuego druida. Las armas cortaron el aire y figuras oscuras se lanzaron hacia él y trataron de vencerlo. Luchó, lleno de ira y excitación, vivo, como no podía ser de otro modo, un guerrero en su elemento. Era fuerte y rápido y no iba a dejarse someter. Rechazó a los atacantes, combatió los embates, usó la magia druida para protegerse y escapó.

Era el que más atrás había quedado en el laberinto y corrió tras el último enano. Habían reducido a la mitad el destacamento, y los que quedaban estaban ensangrentados y exhaustos. Raybur, con expresión adusta y cubierto en sudor, se demoró para que Risca lo alcanzara bajo la luz apenas perceptible. El hacha de guerra con la que cargaba tenía una de las hojas hecha añicos y estaba bañada en sangre.

—Hay que espabilar —le advirtió mientras avanzaba pesadamente—. Los tenemos casi encima.

Risca asintió. Lanzas y flechas hendieron el aire directos hacia ellos, procedentes de las rocas que había más abajo. Subieron por la ladera del valle mientras oían los gritos de los norteños que los perseguían a sus espaldas. Otro enano cayó abatido ante ellos: tenía una flecha clavada en el cuello. Ahora tan solo quedaba un puñado de los veinte integrantes originales del destacamento. Risca se giró al percibir algo que sobrevolaba el cielo y atacó con una saeta de fuego a uno de los cazadores alados mientras este descendía en picado hacia ellos. La niebla se espesaba. Si conseguían mantenerse alejados de los perseguidores un poco más, lograrían perderlos.

Y así lo hicieron, esforzándose hasta agotar sus fuerzas, continuando solo por pura resolución. Ocho en total, lo que quedaba del destacamento enano llegó al punto de encuentro acordado, donde ahora solo quedaba Geften. Sin decir nada, se apresuraron a seguir al Rastreador, que los guio a través de las montañas y las cumbres que se extendían al este.

Tras ellos, los habitantes de las Tierras del Norte irrumpieron en el valle, con un gran estrépito, a través de árboles y maleza, mientras aullaban de ira. En algún lugar, los enanos estaban escondidos y acorralados. Pronto los encontrarían. La caza continuó y avanzó hacia el sur, hacia el paso de Noose. Con suerte, pensó Risca, las dos mitades del ejército del Señor de los Brujos tropezarían la una con la otra, rodeados de niebla y oscuridad, y cada una pensaría que la otra era el enemigo. Con suerte, cada una mataría una gran cantidad de soldados de la otra antes de darse cuenta del error.

Subió por las rocas planas que marcaban el inicio de la cordillera. Aquí no los seguirían, no en medio de la negrura y por la mañana ya habrían alcanzado un punto donde no podrían encontrar su rastro.

Raybur se quedó rezagado y dio una palmada de felicitación en la ancha espalda de su amigo. Risca le sonrió al rey, pero en realidad se sentía frío y rígido. Había calculado la envergadura del ejército que les iba a la zaga. Había evaluado la naturaleza de los seres que lo comandaban. Sí, esta vez los enanos habían escapado. Habían engañado a los habitantes de las Tierras del Norte para que los persiguieran en una cacería larga y fútil, habían entorpecido su avance y habían sobrevivido.

Sin embargo, llegaría el día de ajustar cuentas.

Y llegaría, se temía Risca, demasiado pronto.

En Arborlon caía una llovizna lenta e incesante que cubría la ciudad como una cortina de bruma reluciente y un halo de gris. Era media tarde. Había comenzado al amanecer y ahora, más de nueve horas más tarde, no mostraba señales de amainar. Jerle Shannara la contemplaba desde el refugio que le ofrecía el casal del rey, que se había convertido en su lugar de retiro, el lugar donde de momento se escondía. Observó cómo la lluvia bañaba los cristales, las calzadas y los cientos de charcos que ya se habían creado. Observó cómo transformaba los árboles del bosque, cómo tornaba los troncos de un negro sedoso y las hojas de un verde vivo. Le parecía, abatido como estaba, que si la observaba durante suficiente tiempo y con la suficiente intensidad también lo transformaría a él.

Estaba de un humor de perros, lo había estado desde que había regresado a la ciudad hacía tres días. Había vuelto a casa con lo que quedaba de la compañía diezmada: Preia Starle, Vree Erreden y los elfos cazadores Obann y Rusk. Habían traído la piedra élfica negra y el cuerpo de Tay Trefenwyd. No llegaban con ninguna alegría y tampoco los recibieron con esta. Mientras habían estado fuera, Courtann Ballindarroch había muerto debido a las heridas. Su hijo, Alyten, había subido al trono y de lo primero que se había ocupado es de organizar una expedición que se dedicara a perseguir y abatir a los asesinos de su padre. Demencial. Pero nadie se lo había impedido. Jerle estaba indignado. Era lo que haría un insensato y temía que los elfos hubieran heredado un rey insensato. Era eso y que los elfos habían vuelto a quedarse sin rey, ya que Alyten Ballindarroch había partido de Arborlon hacía una semana y no habían recibido noticias de él desde entonces.

Siguió contemplando la lluvia de pie ante la ventana, en silencio, observando el espacio que había entre las gotas que caían, los grises, la nada. Tenía la mirada vacía. El casal también estaba vacío, solo estaba él, en la

quietud, junto con sus propios pensamientos. Y no era una compañía agradable para nadie. Su mente no le daba tregua. Perder a Tay lo había dejado helado, el dolor era más atroz de lo que nunca habría imaginado, más hondo de lo que se permitía reconocer. Tay Trefenwyd había sido su mejor amigo durante toda la vida. No importaba las decisiones que hubieran tomado, no importaba la duración de su separación por razón de ocupación, no importaban los sucesos que habían transformado sus respectivas vidas; la amistad había perdurado. El hecho de que Tay se hubiera convertido en druida y Jerle, en capitán de la Guardia Real y, luego, en consejero de la corte no había cambiado nada. Cuando Tay había regresado de Paranor esta última vez, cuando Jerle había divisado a su amigo a caballo en el camino que conducía a Arborlon, había sido como si tan solo hubiera pasado un momento desde la última vez que lo había visto, como si el tiempo no tuviera valor. Ahora Tay ya no estaba, había entregado su vida para que sus amigos y compañeros pudieran sobrevivir, para que la piedra élfica negra pudiera llevarse a Arborlon sin ningún percance.

La piedra élfica negra. Un arma letal. Un torrente sombrío de furia lo embargó mientras pensaba en el maldito talismán. El precio de quedarse la piedra había sido la vida de su mejor amigo y todavía no sabía para qué servía. ¿Con qué fin se había creado? ¿Qué utilidad tenía, para que pudiera valorar si había valido la pena perder a su amigo más querido?

No tenía respuestas. Había hecho lo que debía. Había llevado la piedra élfica hasta Arborlon y había evitado que cayera en manos del Señor de los Brujos, aunque todo el camino había pensado que sería mejor que se deshiciera de la magia, que la lanzara a la grieta más profunda y oscura que encontrara. Si hubiese estado solo, tal vez lo hubiera hecho, de tan intensa que era la cólera y la frustración que lo dominaban por haber perdido a Tay. Sin embargo, lo acompañaban Preia y Vree Erreden y a ellos también se les había encomendado cuidar que la piedra llegara sin percances. De modo que la había traído a casa, como Tay quería, y se había dispuesto a renunciar a cualquier tipo de relación con la piedra en el momento en que llegara aquí.

No obstante, la fortuna también maquinaba en su contra en ese aspecto. Courtann Ballindarroch había muerto y su hijo y sucesor había partido en una empresa demencial. ¿A quién, entonces, debía entregarle la piedra élfica? Al Consejo Supremo élfico seguro que no, porque eran un puñado de ancianos inútiles que tan solo discutían y carecían de previsión y razonamientos y, ahora que Courtann había muerto, estaban más preocupados por protegerse a sí mismos que a cualquier otro. A Alyten tampoco, aunque de todos modos no

estaba; la piedra élfica no debía ser para él. A Bremen pues, pero el druida todavía no había llegado a Arborlon, si es que iba a venir siquiera.

Así pues, aconsejado por Preia y con el beneplácito de Vree Erreden (eran los únicos a los que podía consultar esta cuestión), Jerle había escondido la piedra élfica negra en lo más profundo de las catacumbas de los sótanos de palacio, donde nadie la pudiera encontrar sin su ayuda, a salvo de miradas indiscretas y mentes curiosas que podrían tratar de revelar su poder. Jerle, Preia y el localo comprendían el poder de la piedra élfica negra de un modo en que nadie más podía hacerlo. Habían visto de primera mano lo que la magia de negra de la piedra élfica era capaz de hacer. Habían sido testigos del alcance de su poder. Un montón de hombres, humanos y bestias por igual, habían sido incinerados en un abrir y cerrar de ojos. Tay Trefenwyd, había caído debido a las secuelas del poder a pesar de tener protección de la magia druida. Un poder así era execrable. Un poder así era malévolos y estúpido y debería cerrarse a cal y canto para siempre.

«Espero que valiera la pena entregar la vida por ella, Tay», pensó Jerle Shannara con aire sombrío. «Aunque yo no pueda concebir cómo eso puede ser posible».

El frío de la lluvia lo caló e hizo que le dolieran los huesos. El fuego, la única fuente de calor del enorme salón de reuniones, se estaba extinguiendo en el hogar que tenía a sus espaldas, de modo que se acercó para echar más leña. Se quedó contemplando las llamas que se avivaron con la madera mientras se preguntaba por los caprichos de las circunstancias y la fortuna. Había perdido muchas cosas esas últimas semanas. ¿Qué sentido tenían esas pérdidas? ¿Dónde culminaría todo aquello? ¿A favor de qué causa? Jerle sacudió la cabeza y se echó atrás el pelo rubio con la mano. Las preguntas filosóficas solo servían para confundirlo. Él era un guerrero, y lo que mejor entendía era contra qué podía golpear. ¿Dónde estaba la sustancia sólida de este asunto? ¿Dónde estaba la carne y hueso? Se sentía destrozado, apaleado por fuera y vacío por dentro. La lluvia y el tono gris del día iban a juego con su estado. Había regresado y lo había recibido la nada; no lo esperaba un propósito, no lo esperaba un futuro que pudiera reconocer, solo lo habían recibido la pérdida y el dolor.

El día que había vuelto, había ido a la casa de los padres de Tay y a la de Kira a contarles que había muerto. Él no lo hubiese querido de otra forma. Los padres de Tay, ancianos y con un entendimiento que se nublaba con facilidad, aceptaron la noticia con estoicismo y unas pocas lágrimas, ya que para ellos el final de sus propias vidas estaba cerca y eso les hacía

comprender lo inevitable y caprichosa que era la muerte. En cambio, Kira había quedado deshecha de dolor. Se había abrazado a Jerle y había roto a llorar mientras se aferraba a él desesperada y buscaba la fuerza que él no le podía dar. Jerle la estrechó mientras pensaba que la había perdido a ella igual que había perdido a su hermano. Kira no se soltó, era un ovillo de carne, huesos y ropa, tan ligera e insustancial como el aire, que sollozaba y temblaba y, en ese momento, Jerle pensó que el dolor por la muerte de Tay era lo último que compartirían en la vida.

Dio la espalda al fuego y volvió a mirar por la ventana. Gris y húmedo, el día pasaba y nada en su transcurso comportaba ninguna esperanza.

La puerta principal se abrió y se cerró, oyó cómo alguien se quitaba la capa y la colgaba y, acto seguido, Preia Starle entró en el salón. La humedad le hacía refulgir el rostro y las manos; aún tenía la piel, morena y suave, llena de cortes y moretones fruto de la travesía a la Línea Quebrada. Se pasó la mano por el pelo, rizado y color canela, para secar las gotitas que se lo decoraban. Sus ojos de color miel lo observaron, como si se sorprendiera de lo que veía.

—Quieren coronarte —anunció en voz baja.

Él la miró de hito en hito.

—¿Quiénes?

—Todos: el Consejo Supremo, los consejeros del rey, la gente de la calle, la Guardia Real, el ejército, todos. —Sonrió lánguidamente—. Dicen que eres su única esperanza. En Alyten no se puede confiar, es demasiado irresponsable para desempeñar tal cargo. No tiene experiencia. No tiene ningún talento. No importa que ya sea el rey, quieren que abdique.

—¡Pero hay dos nietos que sobrevivieron! ¿Y ellos qué?

—Son bebés, apenas son mayores como para caminar. Además, el pueblo elfo no quiere que una criatura se siente en el trono Ballindarroch. Quieren que lo hagas tú.

Jerle sacudió la cabeza, incrédulo.

—No tienen derecho a tomar esa decisión. Nadie lo tiene.

—Tú sí —respondió ella.

Cruzó la habitación hasta colocarse ante el fuego, una figura ágil y esbelta que se movía con la gracilidad de un gato entre la penumbra, la elegancia y la eficiencia personificadas. Jerle se maravilló de la facilidad con la que se movía. Se maravilló de su compostura. Se sintió sobrecogido al reparar en la profundidad de su fuerza, incluso ahora, en vistas de todo lo que había ocurrido. Preia se quedó de pie ante el hogar, frotándose las manos para

calentarlas. Al cabo de un instante, dejó de hacerlo y solo fijó la mirada al frente.

—Hoy he oído su voz —empezó—. En la calle. La voz de Tay. Me llamaba, decía mi nombre. Lo he oído claramente. Me he vuelto con tantas ganas de encontrarlo ahí que me he chocado con el hombre que iba detrás de mí. Lo he empujado a un lado, me estaba diciendo algo, pero lo he ignorado y he seguido adelante, buscando a Tay. —Sacudió la cabeza poco a poco—. Pero no estaba. Me lo he imaginado.

La voz se le extinguió en un susurro. No se volvió.

—Todavía no me creo que ya no esté —dijo Jerle, al cabo de un instante—. Sigo creyendo que se trata de un error, que está por ahí y que en cualquier momento entrará por la puerta.

El elfo clavó los ojos en las sombras de la entrada principal.

—No quiero ser rey. Quiero que Tay esté vivo. Quiero que todo vuelva a ser como antes.

Ella asintió sin decir nada y contempló el fuego un poco más. Oían el tamborileo de la lluvia en el tejado y en el cristal de las ventanas. Oían el susurro del viento.

Entonces, Preia se volvió y caminó hacia Jerle. Se quedó quieta ante él. El elfo fue incapaz de comprender la mirada que le dedicó. Reflejaba tantas emociones que carecía de nitidez.

—¿Me quieres? —le preguntó la elfa sin rodeos, y clavó los ojos en los suyos.

La pregunta sorprendió tanto a Jerle, lo pilló tan desprevenido, que fue incapaz de formular una respuesta. Se limitó a quedarse observándola de hito en hito, boquiabierto.

Ella sonrió, como si confirmara algo que él desconocía. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Sabías que Tay me quería?

El elfo negó con la cabeza despacio, anonadado.

—No.

—Desde siempre. —Hizo una pausa—. Igual que tú siempre has querido a Kira. —Se apresuró a colocarle un dedo en los labios—. No, deja que acabe. Necesito decírtelo. Tay me quería, pero no iba a hacer nunca nada por ese sentimiento. Ni siquiera iba a decirlo en voz alta. Te era tan fiel y leal que era incapaz de hacerlo. Sabía que yo estaba enamorada de ti y, aunque no estaba seguro de lo que sentías tú, no hizo nada para no interferir. Estaba convencido de que tú me querías y terminarías casándote conmigo, de modo que no

quería poner en peligro la relación que tenía con ninguno de nosotros al hacer algo para cambiarlo. También era consciente de lo de Kira, pero sabía que no era la indicada para ti, aunque tú no.

Preia dio un paso hacia adelante. Las lágrimas le habían comenzado a rodar por las mejillas, pero no hizo nada para secárselas.

—Este lado de Tay nunca lo viste. Y no lo viste porque no te fijaste. Era un hombre complejo, igual que tú. Ni el uno ni el otro os entendíais tan bien como creíais. Eráis la sombra del otro y, a la vez, tan diferentes en ciertos sentidos como la sombra lo es del cuerpo. Yo sí veía las diferencias. Siempre las he visto.

Preia tragó saliva.

—Y ahora tienes que reconocerlo tú también. Y enfrentarte a lo que comporta estar vivo cuando tu sombra ha muerto. Tay se ha ido, Jerle. Quedamos nosotros. ¿Qué será de nosotros? Debemos decidirlo. Tay me quería, pero ha muerto. ¿Me quieres tú también? ¿Me quieres tanto como él? ¿O Kira siempre se interpondrá entre nosotros?

—Kira está casada —dijo él, bajito, con la voz entrecortada.

—Kira está viva. La vida alimenta la esperanza. Si la quieres tantísimo, tal vez encuentres un modo de estar con ella. Pero no puedes estar con las dos. Ya he perdido a uno de los dos hombres más importantes de mi vida. Y lo he perdido sin llegar a hablar nunca como lo estoy haciendo ahora contigo. Y no voy a dejar que me pase lo mismo otra vez.

Preia se detuvo, era evidente que la incomodaba lo que estaba a punto de decir, pero se negaba a desviar la mirada.

—Y voy a confesarte algo: si Tay me hubiese pedido que eligiera entre vosotros dos, tal vez lo hubiera escogido a él.

Se impuso un silencio eterno entre ambos. Con los ojos clavados uno en el otro, se aguantaban la mirada. Estaban inmóviles, de pie, en el centro del salón. El fuego de la chimenea crepitaba con suavidad y la lluvia repiqueteaba contra el edificio. Las sombras de la estancia habían comenzado a alargarse con la llegada del ocaso.

—No quiero perderte —dijo Jerle con un hilo de voz.

Preia no respondió. Esperaba que continuara.

—Sí, quería a Kira —admitió— y supongo que todavía la quiero. Pero no del mismo modo. Soy consciente de que la he perdido, pero ya no me duele esa pérdida. Hace años que ya no. Le tengo cariño. Pienso en ella cuando pienso en Tay y en nuestra infancia. Formaba parte de esa época y sería un necio si quisiera aparentar que no lo fue.

Inspiró hondo.

—Me has preguntado si te quería... Sí, sí que te quiero. Nunca me lo he planteado de ningún modo reflexivo, me he limitado a aceptarlo. Supongo que creía que siempre te tendría cerca y por eso di por hecho no hacía falta darle vueltas. ¿Por qué iba a analizar algo que era tan evidente? No me parecía que hubiera necesidad. Pero me equivoqué. No he sabido valorarte, lo he hecho sin darme cuenta. Creía que lo que compartíamos era suficiente tal y como estaba. No iba a permitir que se viera afectado por algún cambio, las dudas o la complacencia.

»Pero he perdido a Tay y a gran parte de mí mismo con él. He perdido el rumbo y un propósito en la vida. He llegado al final de un camino que llevo atravesando desde hace muchos años y ahora no sé volver. Al preguntarme si te quiero, haces que me enfrente al hecho de que tal vez quererte es lo único que me queda. Y eso no es una nimiedad y tampoco es un consuelo que contrarreste el dolor. Es mucho más. Me siento memo diciéndote esto. Esta es la única verdad absoluta que puedo admitir: significas mucho más que cualquier otra cosa de mi vida. Y la muerte de Tay me ha hecho darme cuenta. He tenido que pagar un precio muy alto, pero al final lo he reconocido.

Alargó las manazas que tenía y las colocó sobre los hombros de la elfa.

—Te quiero, Preia.

—¿De verdad? —preguntó ella en voz baja.

Jerle sintió que se abría una brecha descomunal entre ellos cuando la elfa pronunció esas palabras. Notó un peso abrumador sobre los hombros. Violento e incómodo, se quedó de pie ante ella, incapaz de pensar en qué más podía hacer. Su corpulencia y su fuerza siempre lo habían tranquilizado, pero con Preia parecía que jugaran en su contra.

—Sí, Preia —dijo al final—. Te quiero. Te quiero tanto como nunca he querido a nadie. No sé qué más decirte. Ah, sí, que supongo que... Que espero que todavía me quieras.

Ni siquiera en aquel momento la elfa abrió la boca. Se limitó a quedarse quieta ante él, sosteniéndole la mirada. Había dejado de llorar, pero tenía el rostro mojado y surcado de lágrimas. Una sonrisa leve hizo que se le elevaran las comisuras.

—Nunca he dejado de quererte —susurró.

Dio un paso adelante y dejó que él la abrazara. Al cabo de un rato, ella le devolvió el abrazo.

* * *

Al cabo de unas cuantas horas, estaban sentados, juntos, ante el fuego cuando Vree Erreden apareció. Para entonces ya había anochecido y la lluvia había aminorado hasta convertirse en una llovizna que caía sin repicar sobre los bosques ya empapados. El silencio se había impuesto en la ciudad cansada, y las luces habían comenzado a prenderse tras las ventanas de edificios que apenas se percibían a través de los espacios que quedaban entre las ramas combadas y cargadas de agua. Ahora no había nadie que viviera en el palacio, el edificio estaba vacío mientras se hacían reparaciones y se decidía quién dirigía el reino. El casal era la única edificación que albergaba algo de vida en todo el perímetro. Con todo, la Guardia Real cuidaba de Jerle Shannara, había acudido a proteger tanto a uno de los suyos como a un miembro de la familia real sobre el cual se rumoreaba que sería el próximo rey.

La guardia detuvo a Vree Erreden hasta tres veces antes de que llegara a la puerta principal del casal y le dejaron entrar solo porque Jerle se había asegurado de que al localo se le granjeara siempre la entrada para hablar con él fuera la hora que fuera. Era extraño cómo había cambiado su relación. Tenían muy poco en común y la muerte de Tay bien podría haber terminado con cualquier pretensión de forjar una amistad, ya que el elfo druida era lo único que había promovido que naciera algún tipo de relación entre ellos durante la expedición al oeste. Ahora que Tay había muerto, podrían haberse alejado de nuevo, haberse retraído cada uno en sus quehaceres, recelosos y desdeñosos de la vida del otro.

Sin embargo, no había sucedido nada de eso, al contrario. Tal vez porque cada uno había decidido, de forma particular y sin admitirlo en voz alta, que no permitiría que tal cosa ocurriera, porque le debían a Tay tener ese pequeño gesto. Tal vez los había unido una necesidad común: la de comprender los terribles sucesos que habían marcado la travesía, la de esforzarse por algo bueno tras la muerte de su amigo. Si Tay se había sacrificado por ellos, ¿acaso no debían olvidar sus diferencias por él? De regreso habían hablado de muchas cosas: de lo que su amigo había hecho, de la importancia que él había atribuido a lo que Bremen le había encomendado, de la naturaleza mortífera de la piedra élfica negra, del papel que esta desempeñaba en el desarrollo del porvenir, de la sombra oscura del Señor de los Brujos que se cernía sobre todos. Con Preia Starle, todos habían comentado sobre lo que Tay esperaba realizar y sobre cómo podían asegurarse de que los objetivos de su amigo se cumplieran: que la piedra élfica negra llegara a manos de Bremen y que el

ejército elfo marchara a ayudar a los enanos. No pensaban en sí mismos, sino en el mundo donde todos vivían y en los peligros que los acechaban.

Cuando quedaban dos noches para llegar a Arborlon, durante la travesía de regreso de la Línea Quebrada, Jerle le había preguntado al localo si le revelaría cualquier visión o susurros que a partir de entonces que pudiera afectar a lo que habían acordado que tratarían de cumplir. Le costaba mucho pedirle eso y Vree Erreden lo sabía. Tras reflexionarlo un momento, el localo le había contestado que haría lo que estuviera en su mano para ayudar. De hecho, había añadido, le gustaría ofrecerle a Jerle sus servicios, si este creía que los necesitaba. Jerle los había aceptado. Se habían dado la mano para ratificarlo y, aunque ellos nunca lo dirían, para marcar el inicio de su amistad.

En efecto, tras dos días desde la última vez, el localo acababa de llegar, salido del chaparrón como un animal molido a palos, con la capa raída y empapada y el cuerpecito delgado encorvado y temblando. Preia se fue a recibirlo a la puerta, le sacó la capa y lo guio hasta el fuego para que entrara en calor. Jerle le preparó una pinta de cerveza fuerte y se la ofreció. Preia le colocó una manta sobre los hombros. Vree Erreden lo aceptó todo y dio las gracias entre murmullos mientras rehuía su mirada. Tenía una mirada penetrante. Había ido a verlos por una razón.

—Tengo que decirte algo —le dijo a Jerle, cuando se hubo recuperado lo suficiente del frío que le calaba los huesos como para hablar sin temblar—. He tenido una visión y está relacionada contigo.

Jerle asintió.

—¿Qué has visto?

El localo se frotó las manos, dio unos traguitos de cerveza. Tenía el rostro enjuto y los ojos hundidos en las cuencas y ojeras, como si llevara tiempo sin dormir bien. Con todo, desde que habían regresado de la Línea Quebrada parecía estar angustiado. Lo que había ocurrido en la Masca Magna le había destrozado la psique. La fortaleza y sus ocupantes lo habían atacado sin piedad, habían procurado destruirlo para que no pudiera serle de utilidad a Tay Trefenwyd, para quien tenían otros planes. No lo habían conseguido, pero el daño infligido en el localo en ese ataque era evidente ahora.

—Cuando Tay vino a buscarme para requerir mi ayuda en la búsqueda de la piedra élfica negra, usé mis habilidades para hurgar en su mente. —Vree Erreden se volvió de golpe para quedar frente a Jerle; de pronto, le sostenía la mirada—. Fue un modo rápido y preciso de averiguar qué era lo que él creía que yo podía encontrar. No le dije que lo hacía, no quería que ensombreciera las verdades que poseía.

»Descubrí más de lo que pretendía. El druida Bremen le había contado cuatro visiones. Una incumbía a la Masca Magna y a la piedra élfica negra. Esta era la que se suponía que yo debía ver. Sin embargo, también vi las otras tres. Vi la desolación de Paranor mientras Bremen buscaba un medallón que colgaba de una cadena. Volví a ver al druida ante un lago oscuro...

Perdió el hilo, pero luego descartó lo que iba a decir con un ademán rápido e inquieto.

—Esas dos no importan. La que importa de verdad es la última. —Hizo una pausa; estaba distraído—. He oído rumores. Los elfos quieren que seas el rey. Quieren deshacerse de Alyten y los nietos y coronarte a ti.

—Son solo eso, rumores —lo interrumpió Jerle de prisa.

Vree Erreden se abrazó bajo la manta.

—Permíteme dudar. —Dejó que las palabras flotaran en el aire.

Preia se adelantó tras Jerle.

—¿Qué has visto, Vree? ¿Acaso ha muerto Alyten Ballindarroch?

El localo sacudió la cabeza.

—No lo sé. Sobre eso no se me mostró nada. Se me mostró otra cosa. Pero tiene relación directa con la realeza. —Inspiró hondo—. La visión, que fue la última que se le mostró a Bremen y que yo entreví en la memoria de Tay, consistía en un hombre en un campo de batalla armado con una espada. La espada era un talismán, con magia poderosa. La imagen del Eilt Druid, una mano que sostiene una antorcha encendida, estaba grabada en la empuñadura de la espada, se veía con claridad. Ante el hombre había un espectro encapuchado, todo de negro, sin rasgos definidos e impenetrable, excepto por unos ojos que eran dos agujeritos de fuego rojo. El hombre y el espectro estaban enfrascados en un combate a vida o muerte.

Dio otro trago de la cerveza y bajó la vista al suelo.

»Tan solo alcancé a vislumbrar esta visión una vez y no le presté demasiada atención. En ese momento, no era importante. Tan solo daba crédito al resto de lo que Tay me había dicho de la búsqueda, nada más. Nunca había vuelto a pensar en ello hasta ahora.

Alzó los ojos del suelo.

»Hoy, estaba leyendo los mapas ante el fuego. El calor de las llamas y la lluvia que repiqueteaba a un ritmo constante me han hecho adormilarme y, mientras dormía, he tenido una visión. Ha sido de improviso, muy intensa e inesperada. Es algo inusual, porque las visiones, los palpitos, los indicadores de lo que está perdido y puede hallarse suelen llegar con más lentitud y suavidad. Pero esta visión ha sido súbita y la he reconocido al instante. Era la

visión de Bremen del hombre y el espectro en el campo de batalla. Pero esta vez los he reconocido. El espectro era el Señor de los Brujos. El hombre, Jerle Shannara, eras tú.

Jerle quería echarse a reír. Por algún motivo, le parecía ridículo. Tal vez porque era una idea inconcebible. Tal vez porque era incapaz de creer que Tay no lo hubiese reconocido en la visión y, en cambio, Vree Erreden sí. Tal vez era tan solo una reacción a la punzada de duda que había sentido al oír las palabras del localo.

—No he terminado. —El localo no le dio tiempo a pensar—. La espada que sostenías en la visión llevaba el emblema del medallón que Bremen sostenía en la visión de Paranor desolado. El medallón se llama el Eilt Druin. Es el símbolo del cargo de Druida Supremo de Paranor. Tiene una magia muy poderosa. La espada era el arma forjada para destruir a Brona y el Eilt Druin formaba parte de ella. Nadie me ha contado nada, como comprenderás. Nadie me ha dicho que esto era así. Simplemente, lo he sabido. Igual que sé, al verte en el campo de batalla en ese momento, que te habías convertido en el rey de los elfos.

—No. —Jerle sacudió la cabeza, terco—. Te has equivocado.

El localo lo miró y no apartó los ojos.

—¿Has visto mi rostro?

—No necesito ver tu rostro —afirmó Vree Erreden en voz baja—. Ni oír tu voz. Ni mirar a ver si los demás te seguían como si fueras el rey. Sé que eras tú.

—Entonces, la visión es falsa. ¡Tiene que serlo! —Jerle miró a Preia para que lo ayudara, pero se quedó en silencio por toda respuesta. El elfo cerró los puños, enfadado—. ¡No quiero tener nada que ver!

Nadie dijo nada. El fuego crepitaba con suavidad y la noche, sumida en el silencio, era insondable, como si estuviera escuchando de escondidas lo que estaba sucediendo y esperara a ver lo que iba a ocurrir. Jerle se alzó y se acercó a la ventana. Se quedó quieto, mirando a los árboles y la bruma. Quiso desaparecer.

—Si les dejara convertirme en rey...

No terminó. Preia se alzó y se quedó al otro lado del salón, mirándole.

—Te daría la oportunidad de cumplir las cosas que Tay Trefenwyd no pudo. Si fueras el rey, podías convencer al Consejo Supremo de mandar a los elfos a ayudar a los enanos. Si fueras el rey, podrías hacer lo que quisieras con la piedra élfica negra cuando quisieras y no tendrías que responder ante nadie.

Y lo más importante, tendrías la oportunidad de aniquilar al Señor de los Brujos.

Jerle Shannara volvió la cabeza de golpe.

—El Señor de los Brujos mató a todos los druidas. ¿Qué posibilidades tengo yo ante algo tan monstruoso?

—Más posibilidades que nadie que me venga a la mente —respondió ella de inmediato—. La visión ya se ha presentado dos veces, una ante Bremen y otra ante Vree. Tal vez es una profecía. Si es así, tienes la oportunidad de hacer algo que ni siquiera Tay pudo hacer. Tienes la oportunidad de salvarnos a todos.

Jerle la miró de hito en hito. Le estaba diciendo que creía que él acabaría siendo el rey. Le estaba diciendo que debía convertirse en rey. Le estaba pidiendo que pensara lo mismo que ella.

—Tiene razón —dijo Vree Erreden con un hilo de voz.

Pero Jerle no lo estaba escuchando. Seguía mirando a Preia y recordaba lo que había ocurrido hacía tan solo unas horas, cuando ella le había pedido que él escogiera en una cuestión completamente distinta. «¿Cuánto significo para ti? ¿Hasta qué punto soy importante?». Y, ahora, le estaba pidiendo que escogiera de nuevo y las preguntas eran solo un pelín distintas: «¿Cuánto significa tu pueblo para ti? ¿Hasta qué punto son importantes?». Era consciente del cambio súbito y precipitado que se había operado tanto en la naturaleza de su relación con ella como en la dirección que tomaba su vida, ambos provocados por la muerte de Tay Trefenwyd. Habían ocurrido sucesos que nunca hubiera creído posibles, que se confabulaban para originar ese cambio. La fortuna más obstinada y terca le había posado las manos de lleno sobre los hombros. La responsabilidad, el liderazgo y las esperanzas de su gente: todo pendía de la balanza de la decisión que se le estaba exigiendo tomar.

Su mente buscaba, desesperada, respuestas que no encontró. Sin embargo sabía con una certeza aterradora que, eligiera lo que eligiera, la decisión lo perseguiría para siempre.

—Debes afrontarlo —dijo Preia, de golpe—. Debes decidirte.

El elfo tuvo la sensación de que el mundo giraba sin control. Preia le estaba pidiendo demasiado. Todavía no había necesidad de decidir nada. Cualquier urgencia presente se alimentaba de rumores y especulaciones. No se le había insinuado de modo formal nada relacionado con el cargo de rey. El sino de Alyten aún no era seguro. ¿Y qué ocurriría con los nietos de Courtann Ballindarroch? Habían sido rescatados de una muerte segura gracias a Tay

Trefenwyd. ¿Se los tenía que dejar de lado sin miramientos? No era capaz de decidirse ante ninguna cuestión. Apenas era capaz de concebir lo que se le estaba pidiendo que considerara.

Con todo, los pensamientos le resonaban, poco meditados y vacíos, en la mente, y en el silencio subsiguiente se encontró cara a cara con el espectro sonriente de su propia desesperación.

Dio la espalda a los dos que esperaban que respondiera y contempló la noche a través de la ventana.

No halló ninguna respuesta.

El sol se estaba poniendo y bañaba la ciudad de Dechterá de una luz de color rojo sangre. La ciudad se extendía sobre la llanura entre colinas bajas hacia el norte y el sur, los edificios que la conformaban creaban un revoltijo desigual e irregular de paredes y tejados que se recortaban sobre el horizonte carmesí. La oscuridad se deslizaba desde las praderas orientales y cubría la mancha de la luz mortecina mientras engullía la tierra con sus fauces negras. El sol se había puesto tras un banco de nubes bajas y había impregnado el cielo y la tierra primero de color naranja y luego de escarlata, pintando con colores vibrantes y pasmosos un gesto de partida desafiante a medida que el día llegaba a su fin a regañadientes.

De pie en el este, junto a Bremen y Mareth, donde la negrura ya dominaba las colinas bajas y las praderas que se desplegaban debajo empezaban surcarse de sombras, Kinson Ravenlock contemplaba en silencio su destino, aquel por el cual habían viajado tan lejos.

Dechterá era una ciudad industrial, bien comunicada con las ciudades principales de las Tierras del Sur, situada cerca de unas minas que cubrían sus necesidades. Era enorme, mucho mayor que cualquier otra ciudad del norte, de las tierras fronterizas, de los enanos, de los elfos e incluso de los trolls. En Dechterá había personas, casas y tiendas, pero sobre todo había fraguas. Encendidas sin cesar, estaban agrupadas a lo largo y ancho de la ciudad; durante el día se distinguían por las densas columnas de humo que surgían de las chimeneas y durante la noche, por la brillantez del rojo vivo que escapaba de su boca abierta. Engullían con glotonería la madera y el carbón con los que se alimentaban los fuegos de las menas que pasaban por sus barrigas para que se fundieran y se les diera forma. Los martillos y los yunques de los herreros repicaban y echaban chispas a todas horas; Dechterá era la ciudad donde nunca se acababan el color y el ruido. El humo y el calor,

las cenizas y la arenilla llenaban el aire y cubrían los edificios y sus habitantes. De todas las ciudades de las Tierras del Sur, Dechterera era el miembro mugroso de la familia, al que se necesitaba más de lo que se le quería, que soportaba más de lo que se la aceptaba y nunca se había visto a sí misma con un ápice de algo que se asemejara al orgullo o a la esperanza.

Era una elección insólita para forjar el talismán, pensó Kinson Ravenlock por enésima vez, ya que era la ciudad que no tenía imaginación, la ciudad que sobrevivía a base de trabajo duro y repetición, la ciudad conocida por ser poco hospitalaria con los druidas y la magia. Con todo, aquí era donde, según la respuesta de Bremen a las dudas planteadas por Kinson hacia unos días, se hallaba el hombre que necesitaban encontrar.

Fuera quien fuera, se corrigió Kinson, porque, aunque el druida no había tenido reparos en explicarles adónde se dirigían, no había querido decirles quién era la persona a la que iban a ver.

Habían tardado casi dos semanas en terminar el viaje. Cogline le había entregado a Bremen la fórmula de la aleación de metal que debían usar para forjar la espada que se empuñaría en la batalla contra el Señor de los Brujos. El anciano se había mostrado contumaz y escéptico hasta el momento de la partida, cuando se había despedido de ellos con la firme convicción de que no esperaba volver a ver a ninguno de ellos jamás. Habían aceptado esa despedida con una resignación cansada, se alejaron de la Chimenea Rocosa en dirección a Storlock, volvieron sobre sus pasos a través de Tramoscuro. Ese tramo del recorrido por sí solo les había llevado ya casi una semana. Al llegar de nuevo a Storlock, habían conseguido caballos y habían cabalgado a través de las llanuras. A esas alturas, el ejército de las Tierras del Norte había avanzado hacia el sur y se encontraba en las Wolfkstaag tratando de cazar a los enanos. No obstante, Bremen se mostró cauteloso con esas fuerzas armadas que todavía estaban desplegadas fuera del Anar, de modo que guio a la compañía por las montañas de Runne y luego hacia el sur, siguiendo la orilla del lago del Arcoíris. Tan al oeste del Anar, creía, tenían menos probabilidades de encontrarse con los acólitos del Señor de los Brujos. Cruzaron el río de Plata y bordearon la Ciénaga Brumosa antes de adentrarse en el Monte Batalla. Viajaban lentamente y con prudencia, ya que era una región peligrosa incluso sin la presencia añadida de las criaturas que servían a Brona, y no tenía sentido que asumieran riesgos innecesarios. Había seres nacidos de la vieja magia que habitaban el Monte Batalla, seres similares a los que residían en las Wolfsktaag y, aunque Bremen los conocía y sabía el mejor modo de combatirlos, lo mejor era evitarlos desde el principio.

De modo que el trío cabalgó hacia el sur siguiendo una vía angulosa que se extendía entre extensiones yermas de tierra en el Monte Batalla, llenas de sirenas y criaturas, y luego se encaminó hacia el corazón de los Robles Negros, repletos de manadas de lobos. Viajaban durante el día y se cubrían las espaldas por la noche. Percibían, más que veían, los seres que querían evitar; eran autóctonos y foráneos al mismo tiempo, seres tanto de tierra, como de agua, como de aire. Sentían cómo unos ojos les seguían allá donde iban y, más de una vez, notaron una presencia que les pasaba por al lado. Con todo, nada los amenazó de forma abierta ni trató de seguirlos, de modo que superaron los peligros que se escondían en las tierras fronterizas con facilidad y avanzaron a un ritmo constante.

Gracias a eso, ahora, en el ocaso del decimotercer día de este tramo de su odisea, estaban oteando el mar rojo de la pesadilla industrial de Dechtera.

—Detesto esta ciudad —declaró Kinson, desanimado, mientras se sacudía el polvo de la ropa. La tierra que los rodeaba era yerma y árida, no había árboles ni sombra, tan solo hierbas altas y cieno suelto. Si llovía en esa parte del mundo, no lo hacía con demasiada regularidad.

—No me gustaría vivir aquí —coincidió Mareth—. Y no puedo entender a los que lo hacen.

Bremen no dijo nada. Se limitó a otear Dechtera, con los ojos clavados en la lejanía, a más distancia de la que se encontraba la ciudad. Entonces, cerró los ojos y se quedó quieto. Kinson y Mareth intercambiaron una mirada y esperaron, dejaron que el druida hiciera lo que tuviera que hacer. A sus pies, las bocas de los hornos refulgían, puntos al rojo vivo entre la negrura cada vez más oscura. La estela carmesí del ocaso se había apagado, el sol se había escondido tras el horizonte y la luz que despedía se había reducido a un rayo tenue apenas visible tras las nubes al oeste. El silencio se había impuesto sobre la planicie y solo lo rompía el martilleo del metal sobre el metal.

—Hemos venido aquí —dijo Bremen de pronto, tras abrir los ojos— porque Dechtera es el hogar de los mejores herreros que hay en las Cuatro Tierras con la excepción del reino de los trolls. Los habitantes de las Tierras del Sur no soportan a los druidas, pero es probable que ellos nos proporcionen lo que necesitamos antes que los trolls. Lo único que necesitamos es encontrar al hombre indicado. Kinson, de eso te ocuparás tú. Tú podrás pulular por la ciudad con libertad y sin llamar la atención.

—De acuerdo —aceptó Kinson, ansioso por empezar a hacer algo—. ¿A quién tengo que buscar?

—Eso lo decides tú.

—¿Yo? —Kinson estaba estupefacto—. ¿Hemos venido hasta aquí para encontrar a un hombre que ni sabemos quién es?

Bremen sonrió con indulgencia.

—Paciencia, Kinson. Ten fe. No hemos venido hasta aquí a ciegas o sin razón. El hombre que buscamos está aquí, lo conozcamos o no. Tal y como he dicho, los mejores herreros de las Cuatro Tierras viven en Dechtera. Sin embargo, debemos elegir a uno y hacerlo sabiamente. Hay que hacer indagaciones primero. Tus habilidades de Rastreador te ayudarán.

—¿Y cómo debe ser este hombre, exactamente? —insistió Kinson; le molestaba su propia incertidumbre.

—Pues igual que cualquier otro hombre, y además debe poseer habilidades, conocimiento y estar orgulloso del trabajo que realiza. Debe ser un maestro herrero. —Bremen posó una mano frágil en el hombro del hombretón—. ¿De verdad tienes que preguntármelo?

Kinson hizo una mueca. En la otra punta, Mareth sonrió ligeramente.

—¿Y qué hago cuando haya encontrado a este maestro herrero?

—Vuelve aquí a buscarme. Entonces iremos todos a convencerlo de participar en nuestra causa.

Kinson centró la mirada en la ciudad, en el laberinto de edificios oscuros y fuegos esparcidos, al batiburrillo de sombras negras y resplandor carmesí. El día de trabajo se había tornado en la noche de trabajo y no disminuían ni los hornos ni el ritmo de la actividad. El calor sofocante y el sudor envolvían la ciudad con un resplandor húmedo.

—Un herrero que entienda el concepto de mezclar menas para crear aleaciones más resistentes y el de templar el metal para conseguir esa fuerza. —Kinson sacudió la cabeza—. Por no hablar de que tiene que ser un herrero que no tenga ningún problema en ayudar a los druidas a forjar un arma mágica.

Bremen apretó la mano que tenía en el hombro de su amigo.

—No te preocupes demasiado por lo que crea nuestro herrero. Busca las demás cualidades. Encuentra al maestro que buscamos, déjame el resto a mí.

Kinson asintió. Miró a Mareth, a esos ojos enormes y oscuros que lo observaban.

—¿Y vosotros?

—Mareth y yo te esperaremos aquí. Te irá mejor solo. Podrás moverte con más libertad si no cargas con la presencia de compañeros. —Bremen apartó la mano del hombro del fronterizo—. Pero ve con cuidado, Kinson. Son tus compatriotas, pero no necesariamente van a ser tus amigos.

Kinson se quitó el fardo, comprobó las armas y se posó la capa sobre los hombros con esmero.

—Ya lo sé.

Le dio un apretón de manos al anciano y se las sostuvo. Unos huesos como si de pájaro se tratasen, más frágiles de lo que recordaba. Se apresuró a soltárselas.

Entonces, de un modo tan impulsivo que más adelante sería incapaz de descifrar qué le había pasado por la cabeza, se inclinó hacia Mareth, le dio un beso fugaz en la mejilla, se volvió y descendió la colina hacia la ciudad bajo un manto de oscuridad.

* * *

Tardó más de una hora en llegar. No llevó un paso ligero, sino que avanzó lentamente y con sigilo por las planicies que conducían a la ciudad. No tenía ningún motivo para apresurarse y, si alguien lo veía, no quería llamar la atención. Salió de la oscuridad y se adentró en la luz a un ritmo constante, percibiendo cómo la temperatura del aire se elevaba a medida que se acercaba a los edificios mientras oía cómo el repiqueteo de los martillos y las tenazas sobre el metal aumentaba en volumen e intensidad. Distinguió voces, una cacofonía que delataba la presencia de cervecerías, tabernas, posadas y burdeles entre tanto horno y almacén. Había carcajadas que emergían entre gruñidos y maldiciones, entre el griterío y el barullo, y la mezcla inapropiada entre trabajo y placer lo dominaba todo. En esta ciudad no había separación entre los distintos ámbitos de la vida, decidió el fronterizo. De ningún tipo.

Pensó un instante en Mareth, en la manera silenciosa que tenía de mirarle, como si lo estudiara de un modo que él era incapaz de comprender, como si lo estuviera evaluando para algo. Y, por extraño que parezca, no le molestaba. Su mirada lo confortaba, le brindaba tranquilidad al saber que ella quería conocerlo mejor. Eso no le había ocurrido nunca, ni siquiera con Bremen. Pero Mareth era diferente; durante el último par de semanas se había estrechado su relación mientras viajaban hacia el sur, hacia Dechtera. Habían hablado, pero no del presente, sino del pasado, de cuando eran niños y de lo que convertirse en adulto había comportado para cada uno. Se habían contado la historia de su vida respectivamente y habían comenzado a descubrir que tenían mucho en común. Lo que compartían no eran tanto sucesos o experiencias pasadas, sino la percepción del mundo. La vida les había

enseñado las mismas lecciones y habían llegado a las mismas conclusiones. Compartían una misma visión del mundo. Estaban satisfechos con quién y en qué se habían convertido y aceptaban que eran distintos a los demás. Estaban satisfechos viviendo solos, viajando y explorando lo desconocido para descubrir algo nuevo. Ambos habían renunciado a los lazos familiares hacía mucho tiempo. Habían mudado la piel civilizada y habían adoptado la capa del trotamundos. Se concebían a sí mismos como marginados de la sociedad por elección propia, y habían aceptado que estaba bien serlo.

Con todo, lo más importante de lo que tenían en común era la voluntad mutua de permitirse guardar los secretos que quisieran y revelarlos cómo y cuándo quisieran. Era más importante para Mareth que para Kinson, tal vez, ya que ella era la que guardaba con más celo sus secretos, y era para quien la privacidad era cabal. Desde el principio escondía secretos y Kinson estaba seguro de que, a pesar de las confesiones recientes, todavía guardaba muchos. Pero dudaba que lo hiciera con malas intenciones y creía firmemente que cada cual tenía derecho a luchar contra sus propios demonios en soledad, sin la intromisión de terceros. Mareth se estaba arriesgando tanto como ellos al acompañarlos. Se había puesto en peligro al aliarse con ellos cuando lo más fácil para ella hubiera sido seguir su propio camino. Tal vez Bremen fuera capaz de ayudarla con la magia que poseía, tal vez no: no había ninguna garantía. Sin duda, ella lo sabía. Al fin y al cabo, el druida apenas había abordado la cuestión desde que habían salido de la Chimenea Rocosa y Mareth no había tratado de insistir.

Fuera como fuere, su relación se había estrechado como consecuencia de lo que se habían confiado, habían forjado con cuidado un lazo escogido con esmero y ahora cada uno poseía un conocimiento que les permitía determinar cómo podían evaluar las acciones y las palabras del otro. Y eso a Kinson le gustaba.

Con todo, entre ellos había una brecha que él era incapaz de cerrar, una distancia que ninguna palabra ni ninguna acción podía superar. Mareth era quien elegía imponer esta separación y, aunque Kinson no era el único con quien ella guardaba las distancias, a veces se lo parecía cuando lo comparaba con la proximidad que habían logrado en otros sentidos. Los motivos que tenía Mareth para seguir así, aunque no habían trascendido, parecían estar alimentados por la costumbre y el miedo. Había algo en ella que le exigía mantenerse alejada de los demás, alguna falla, algún defecto o tal vez algún secreto más aterrador de lo que él era capaz de imaginar. De vez en cuando, le daba la sensación de que la muchacha trataba de salir de la prisión en la que

ella misma se había encerrado por algo que decía o hacía. Sin embargo, al parecer, no lo conseguía. Se habían trazado líneas sobre la arena, un cuadrado para que ella se quedara dentro y no era capaz de obligarse a salir de allí.

Por ese motivo ahora él sentía cierta satisfacción, supuso el fronterizo, porque la había sorprendido con el beso, con una acción tan inesperada que por un breve instante había echado abajo sus defensas. Kinson recordó la expresión de ella cuando él se había apartado. Recordó cómo se había cruzado de brazos para proteger su figura pequeña.

Sonrió para sí sin dejar de caminar, cada vez más cerca de Dechter, mientras comenzaba a distinguir sus diferentes partes: paredes y tejados de edificios individuales, las luces que refulgían tras las ventanas y las puertas, los callejones infestados de ratas y las calles por las que deambulaban los vagabundos, hombres y mujeres trabajadores que se movían tras una pantalla de cenizas y calor, tratando de lograr sus propios propósitos. Apartó a Mareth de la mente, ya no se podía permitir ensimismarse en eso, la empresa que tenía entre manos requería toda su atención. Ya tendría tiempo para pensar en Mareth luego. Rememoró la imagen de sus ojos un instante más y se deshizo de ella definitivamente.

Entró en la ciudad por una de las calles principales, poco a poco, para tener tiempo de examinar los edificios y la gente que se arremolinaba a su alrededor. Se hallaba en un barrio trabajador, entre un grupo de almacenes y cobertizos. Había carros planos tirados por asnos que transportaban pedacitos de sobras de metal para fundir y dar forma en los hornos. Estudió la colección ruinosa y abandonada de edificios deteriorados y oxidados, y siguió adelante. Caminó ante una sección de pequeñas fraguas manejadas por un herrero, donde las herramientas y los moldes eran rudimentarios y el fuego se usaba para tareas simples, y no aminoró el paso. Cruzó por delante de pilas de escoria y montones de sobras, cúmulos de madera de antiguas construcciones e hileras de edificios abandonados. Los olores surgían de las alcantarillas y los vertederos, fétidos y penetrantes. Kinson los rehuyó. Las sombras titilaban y brincaban bajo el resplandor de los fuegos de los hornos y las farolas, como criaturitas que salían fugazmente de su guarida para esconderse de nuevo. Los hombres con los que se cruzaba iban encorvados y extenuados, habían sido trabajadores toda la vida, que avanzaban penosamente de un día de cobro al siguiente hasta que la muerte llegara para llevárselos. Pocas miradas se molestaron en levantarse cuando él pasaba. Nadie dijo nada.

Bajó hasta el centro de la ciudad; la noche cerrada transcurría lentamente acompañada por el calor, casi era medianoche. Fue echando vistazos a las

puertas y a las ventanas de las cervecerías y las tabernas, dándole vueltas a si debería entrar o no. Al final se decidió y escogió un par que servían a su propósito, donde se quedó el rato suficiente para oír las conversaciones, hacer un par de preguntas, tomar una cerveza cuando la ocasión lo requería y luego seguir adelante. ¿Quién era el artesano que mejor trabajaba el metal de la ciudad?, preguntaba el fronterizo. ¿Qué herrero dominaba mejor su arte? Cada vez que formulaba esas cuestiones, las respuestas diferían y las razones de cada respuesta eran aún más distintas. Siguiendo la estela de los nombres que se habían repetido, Kinson se detuvo en un puñado de fraguas de tamaño medio para evaluar los herreros que allí trabajaban. Algunos le contestaron con poco más que gruñidos indiferentes. En otros, tenían opiniones más prolijas que compartir. En un par recibió una respuesta amable. Kinson escuchó, sonrió y siguió adelante.

Y la medianoche llegó y pasó.

* * *

—No regresará esta noche —dijo Bremen mientras oteaba la ciudad desde las colinas, bien arrebujado en la capa a pesar del calor.

Mareth estaba a su lado en silencio. Habían observado cómo el fronterizo se alejaba hasta que ya no alcanzaron a verlo, hasta que fue una figura que se perdía en la distancia y se fundía con la oscuridad. Ni siquiera entonces se habían movido, continuaron en vela, como centinelas apostados ante la llegada de la noche. En lo alto, el cielo se había iluminado con las estrellas y un cuarto de luna, visibles desde las alturas, pero no desde la ciudad envuelta en humo que había ahí abajo.

Bremen se volvió, dio unos pasos hacia la izquierda y se acomodó en un trozo de hierba suave y gruesa. Comodidad para esos huesos ancianos. Suspiró con regocijo. Había descubierto que cada vez necesitaba menos para estar satisfecho. Se le ocurrió comer, pero reparó en que en realidad no tenía hambre. Alzó la mirada cuando Mareth se le acercó y se sentó a su lado *motu proprio*, donde se quedó contemplando la oscuridad como si algo la estuviera esperando allí.

—¿Te apetece comer? —le preguntó el druida, pero ella sacudió la cabeza. Estaba perdida en sus pensamientos, había regresado al pasado otra vez, o tal vez solo estaba haciendo conjeturas sobre lo que deparaba el futuro; el druida había aprendido a reconocer esa mirada. Mareth era así, estaba más

tiempo en otra parte que en la que estaba realmente su cuerpo, tenía un espíritu inquieto y un corazón insatisfecho.

La dejó tranquila un rato mientras se perdía en sus propios pensamientos, no quería apresurarse demasiado a sacar el tema. Era una cuestión delicada y, si ella se sentía coaccionada, se cerraría a él del todo. Sin embargo, tenía que producirse una resolución y debía ser ahora.

—En noches como esta, recuerdo mi infancia —dijo él al final, sin mirarla, con los ojos clavados en la cumbre de la colina y las estrellas que refulgían encima. Sonrió—. Aunque supongo que debe parecer que alguien tan viejo como yo nunca ha sido joven. Pero lo fui. Vivía en la región de colinas que hay al sur de Leah con mi abuelo, un herrero con un gran talento. Incluso cuando ya era viejo, tenía un pulso firme y una vista aguda. Lo veía trabajar durante horas, me asombraban la destreza y la paciencia que tenía. Adoraba a mi abuela y cuando ella murió me dijo que esta se había llevado consigo una parte de él que nunca podría recuperar, pero que la pérdida valía la pena por el tiempo que habían compartido. Me dijo que yo había llegado para ocupar el lugar de ella. Era un gran hombre.

Ahora sí que clavó los ojos en Mareth y descubrió que esta lo estaba mirando con interés.

—En cambio, mis padres eran harina de otro costal. No se parecían en nada a mi abuelo. Nunca fueron capaces de instalarse en un lugar durante mucho tiempo, jamás en sus cortas vidas, y ni un solo aspecto de la dedicación que mi abuelo ponía en su trabajo les caló. Siempre estaban de aquí para allá, cambiaban de vida, buscaban algo nuevo, algo distinto. Me dejaron con mi abuelo poco después de que naciera. No tenían tiempo para mí.

La frente anciana se arrugó mientras pensaba.

—Estuve resentido durante años, pero al final llegué a comprenderlo. Así funcionan las relaciones entre padres e hijos. Unos decepcionan a los otros y viceversa, de una forma que ni unos ni otros reconocen ni pretenden, y se necesita tiempo para superar ese resentimiento. Y eso es lo que me ocurrió con mis padres y su decisión de abandonarme.

—Pero tenéis derecho a esperar que vuestros padres os acompañaran durante la infancia —afirmó Mareth.

Bremen sonrió.

—Eso era lo que solía creer. Sin embargo, un niño no siempre comprende las complejidades de las decisiones de un adulto. La mejor esperanza que un niño atesora en la vida es que sus padres procurarán hacer lo mejor para él,

pero decidir qué es lo mejor es un proceso complicado. Mis padres sabían que yo no crecería bien si viajaba con ellos, porque no recibiría la atención que necesitaba. Apenas podían ofrecérsela el uno al otro. Por eso me abandonaron y me dejaron con mi abuelo, que me quiso y cuidó de mí cuando ellos no podían. Fue la mejor elección.

La muchacha lo meditó un momento.

—Pero eso os marcó.

Él asintió.

—Durante un tiempo sí, pero no de un modo irreparable. Tal vez incluso me ayudara a hacerme más fuerte. No pretendo saberlo. Creemos lo mejor que podemos según las circunstancias que vivimos. ¿Qué bien nos hace cuestionármolo años más tarde? Es mejor que solo tratemos de comprender por qué razón somos como somos y entonces mejorar a partir de ese conocimiento.

Se produjo un largo silencio mientras se sostenían la mirada; la luz de la luna y las estrellas era suficiente para iluminar sus expresiones.

—Os referís a mí, ¿verdad? —dijo Mareth al final—. A mis padres, a mi familia.

Bremen no alteró su expresión.

—No me decepcionas, Mareth —respondió él con suavidad—. Tu perspicacia es magnífica.

En cambio, la expresión de la muchacha se endureció.

—Yo sí que estoy resentida con mis padres. Me abandonaron, dejaron que creciera con un grupo de extraños. No fue culpa de mi madre, murió al dar a luz. No sé nada sobre mi padre. Tal vez tampoco fuera su culpa. —Sacudió la cabeza—. Pero eso no cambia cómo me hace sentir pensar en ellos. No me hace sentir mejor respecto al hecho de que me abandonaran.

Bremen se inclinó hacia adelante, necesitaba cambiar de posición para evitar sufrir calambres en los músculos y las articulaciones. Últimamente, tenía achaques con más frecuencia y fuerza. Justo lo opuesto a lo que le ocurría con el hambre. Bienvenido a la vejez, pensó con ironía. Incluso el Sueño del Druida estaba perdiendo el poder de preservar su vida.

Buscó los ojos de la muchacha con la mirada.

—Deduzco que albergas más razones para estar enfadada con tus padres que no me has contado. Y también intuyo que la ira que sientes es una carga que te pesa en el corazón, una losa que no puedes quitarte de encima. Hace tiempo, esta ira definió los límites de tu vida. Te condujo hasta Paranor. Te llevó hasta mí.

El druida esperó, quería dejar tiempo para que asimilara el significado de lo que había dicho, que lo viera con sus propios ojos. Quería que fuera ella la que reparara en que él no era el enemigo que buscaba, ya que lo que hacía era buscar a su enemigo. Quería que la muchacha aceptara que podía ser su amigo si ella así lo deseaba. Quería que confiara en él, que por fin revelara la verdad que guardaba con tanto celo.

—Lo sabéis —contestó ella con un hilo de voz.

Él sacudió la cabeza.

—No. Tan solo albergo suposiciones, nada más. —El druida le ofreció una sonrisa cansada—. Pero me gustaría saberlo. Me gustaría poder brindarte algún consuelo si pudiera.

—Consuelo. —Pronunció la palabra desanimada y sin esperanza.

—Acudiste a mí para conocerte mejor, Mareth —continuó Bremen con tacto—. Tal vez no te lo hayas planteado de este modo, pero eso es precisamente lo que hiciste. Acudiste a mí para que te ayudara con tu magia, un poder del que no te puedes deshacer pero del que tampoco puedes prescindir. Es una carga terrible y formidable, pero no es peor que la carga de la verdad que ocultas. Pequeña, percibo lo que te pesa desde aquí. La llevas como si fueran unas cadenas que te rodean el cuerpo entero.

—Sí, sí que lo sabéis —susurró, insistente. Los ojos oscuros y enormes lo miraban de par en par.

—Escúchame. Las cargas que acarreas con tanto sufrimiento van de la mano: la verdad que escondes y la magia que temes. Lo he advertido al viajar en tu compañía, al observarte, al oír tus preocupaciones. Si quieres librarte del poder que la magia ejerce sobre ti, primero tienes que enfrentarte a la verdad que albergas en tu corazón. A tus padres. A tu nacimiento. A quién y qué eres. Cuéntamelo, Mareth.

Ella sacudió la cabeza sin ánimos, desvió la mirada y se abrazó como si quisiera resguardarse de un escalofrío.

—Cuéntamelo —insistió el druida.

La muchacha tragó para evitar que las lágrimas se le agolparan en los ojos, reprimió el temblor que la había embargado de golpe y alzó el semblante hacia la luz de las estrellas.

Entonces, poco a poco, con voz trémula, comenzó a contárselo.

—No os tengo miedo —fue lo primero que dijo la muchacha. Las palabras le salieron del tirón, como si con decir las pudiera acceder a una reserva escondida de fuerza—. Puede que penséis que sí una vez hayáis escuchado lo que os tengo que decir, pero no. No le tengo miedo a nadie.

Bremen se sorprendió ante tales declaraciones, pero no lo dejó traslucir.

—No me he prestado a conjeturas contigo, Mareth —dijo.

—Incluso puede que sea más fuerte que vos —añadió con un tono desafiante—. Tal vez incluso mi magia sea más poderosa que la vuestra, de modo que no tengo ninguna razón para teneros miedo. Si quisierais ponerme a prueba, puede que lo lamentarais.

El druida sacudió la cabeza.

—No tengo ninguna razón para ponerte a prueba.

—Cuando oigáis lo que os voy a contar, puede que no penséis lo mismo, Puede que penséis que debéis hacerlo. Tal vez lo estiméis necesario para protegeros. —Inspiró hondo—. ¿No lo entendéis? ¡Entre nosotros nada es lo que parece! ¡Puede que seamos enemigos y nos veamos forzados a atacarnos!

El druida reflexionó en silencio al respecto durante un instante y luego dijo:

—Lo dudo mucho. Pero di lo que tengas que decir. No te guardes nada.

Ella lo miró de hito en hito sin mediar palabra, como si tratara de decidir cuán sincero había sido, de descubrir la verdad que escondía su insistencia. La muchacha se había acurrucado y los ojazos oscuros eran dos pozos profundos y líquidos que reflejaban un torbellino de emociones.

—Mis padres siempre han sido un misterio —dijo ella al final—. Mi madre murió durante el parto y mi padre ya había desaparecido incluso antes de eso. Nunca los conocí, nunca los vi, no tengo ningún recuerdo de ellos. Lo poco que sé de ellos es porque la gente que me crio hizo manifiesto que no

era suya. No lo hicieron con crueldad, pero eran personas severas y resueltas, y se habían pasado la vida trabajando por lo que era suyo y creían que eso era lo que debía hacer todo el mundo. Yo no era suya, técnicamente, de modo que no me aceptaban como suya. Me cuidaban, pero no eran mi familia. Mi familia había muerto, ya no estaba.

»Desde que era muy pequeña sé que mi madre murió durante el parto. Las personas que me criaron nunca lo consideraron un secreto. De vez en cuando hablaban de ella y cuando tuve la edad suficiente para hacerles preguntas sobre ella, me la describían. Era de pequeñita y morena como yo. Era guapa. Le gustaba ocuparse del jardín e ir a caballo. Daba la sensación de que creían que era buena persona. Vivían en la misma aldea, pero, a diferencia de la familia que me crio, mi madre había viajado a otros lugares de las Tierras del Sur y había visto algo de mundo. No había nacido en la aldea, sino que había llegado de otro sitio. Nunca he sabido de dónde. Nunca he sabido por qué. Creo que eso se lo guardó para sí. Y si tengo familiares en algún lugar de las Tierras del Sur, nunca lo he sabido. Tal vez la gente que me crio tampoco sabía nada de ellos.

Hizo una pausa, pero no apartó la mirada del anciano.

—La familia que me crio tenía dos hijos, mayores que yo. Los querían y les hacían sentir parte de la familia. Los llevaban a visitar a otros, a celebraciones y se iban de pícnic juntos. A mí no. Desde el principio me quedó claro que yo no era como los otros dos. Yo tenía que quedarme en la casa, cuidar de las cosas, ayudar con las tareas, hacer lo que se me dijera. Me dejaban jugar, pero siempre comprendí que mi caso era distinto al de mi hermano y mi hermana. A medida que fui creciendo, reparé en que incomodaba a mis nuevos padres por razones que no lograba entender. Había algo de mí que no les gustaba o que les producía desconfianza. Preferían que jugara sola antes que con mi hermano y mi hermana, y era lo que hacía sobre todo. Me ofrecieron comida, ropa y un techo, pero era una invitada, no un miembro más de la familia. No como lo eran mi hermano y mi hermana. Y yo lo sabía.

—Seguro que eso te amargó y te desanimó ya entonces —sugirió Bremen en voz baja.

Mareth se encogió de hombros.

—Era pequeña. No entendía cómo funcionaba la vida lo suficiente para comprender lo que me ofrecían. Acepté la situación y no me quejé. No me trataban mal. Creo que les daba algo de lástima, algo de pena; si no, la familia no me hubiese acogido. Claro que nunca dijeron nada al respecto. Nunca me

contaron por qué lo hicieron, pero tengo que creer que no me hubiesen cuidado, a su modo particular, si no hubiesen sentido algo de cariño por mí.

Suspiró.

—Cuando tenía doce años, me colocaron de aprendiz. Ya me habían dicho que eso iba a ocurrir y, como todo lo demás, lo acepté como algo natural en el transcurso de la vida, de hacerse mayor. No me molestó que no colocaran de aprendiz ni a mi hermano ni a mi hermana. A ellos siempre los habían tratado de una forma distinta, y yo aceptaba que sus vidas serían distintas a la mía. Después de que me colocaran, vi a la familia que me había criado muy pocas veces. La madre que me había acogido vino a verme una vez y me trajo un cesto lleno de dulces. Fue una visita un tanto incómoda y se fue pronto. Una vez los vi a los dos por la calle, pasaron por delante de la tienda del alfarero. No me miraron. Por aquel entonces, sabía de sobra que el alfarero tenía predilección por dar palizas con el mínimo pretexto. A esas alturas, detestaba esa etapa de mi vida y culpaba a la familia que me había criado de haberse desentendido de mí. No quería verlos nunca más. Y cuando hui del alfarero y de la aldea donde había nacido, nunca más los vi.

—¿Ni siquiera a tu hermano o a tu hermana? —preguntó Bremen.

Ella sacudió la cabeza.

—No había ninguna necesidad. Los lazos que forjamos mientras crecíamos hacía tiempo que se habían roto. Pensar en ellos ahora solo me pone triste.

—Tuviste una infancia difícil. Y ahora que has crecido, lo comprendes mejor, ¿no es así?

La sonrisa que la muchacha le ofreció era gélida y crispada.

—Comprendo mejor muchas cosas que cuando era pequeña me escondieron. Pero primero dejadme que acabe la historia y luego podréis juzgar vos mismo. Lo más importante es que, justo antes de empezar a ser aprendiz del alfarero, comencé a oír habladurías sobre mi padre. En esa época tenía once años y ya sabía que a los doce me colocarían de aprendiz. Sabía que abandonaría lo que había sido mi casa y supongo que eso hizo que me planteara seriamente y por vez primera vez la grandeza y el sentido del mundo. Comerciantes, cazadores y trotamundos pasaban por la aldea, de modo que sabía que había otros lugares por descubrir, sitios muy lejanos. A veces me preguntaba si mi padre estaría por allí, esperándome. Me pregunté si sabría que yo existía. Con mi ingenuidad infantil, había llegado a la conclusión que mis padres no se habían casado, de modo que no habían vivido juntos como marido y mujer. Mi madre me había dado a luz sola, mi

padre ya no estaba entonces. ¿Qué había sido de él? Nadie lo sabía. Me planteé preguntarlo más de una vez, pero había algo en la forma que hablaban la familia que me había acogido sobre mi madre y la vida que había llevado que hacía evidente que no debía preguntar. Mi madre había cometido algún tipo de transgresión y se le había perdonado solo porque había muerto al dar a luz. Yo formaba parte de esa transgresión, pero para mí no estaba claro ni el cómo ni el por qué.

»Cuando fui lo suficientemente mayor como para conocer los secretos que me ocultaban, comencé a querer desvelarlos. Tenía once años, la edad suficiente para reconocer artimañas y también suficiente para valerme de ellas. Empecé a hacer preguntas sobre mi madre, tonterías sin importancia que no levantarían sospechas ni provocarían enfados. Sobre todo se las planteaba a mi madre de acogida, porque de los dos era la menos taciturna. Se las planteaba cuando estábamos solas y, luego, por la noche, pegaba el oído a la puerta de mi habitación para oír lo que le contaba a su marido. A veces, no le decía nada. A veces no conseguí distinguir las palabras desde el otro lado de la puerta. Pero de vez en cuando pescaba un par de frases o una sola o una palabra... alguna mención a mi padre. Las palabras por sí mismas tampoco eran tan reveladoras, era el modo en que las decían. Mi padre había sido un forastero que pasaba por la aldea, se había quedado poco tiempo, había regresado un par de veces y luego había desaparecido. La gente de la aldea lo rehuía, todos excepto mi madre. Le atraía. No sé por qué razón. ¿Le atraía por su aspecto físico, por lo que decía o por la vida que llevaba? No lo podía saber. Lo que me quedó claro es que los demás lo temían, no les gustaba y parte de ese miedo y ese desagrado los había heredado yo.

Se quedó en silencio un momento mientras ordenaba las ideas. Tenía un aspecto vulnerable, se había encogido sobre sí misma, pero Bremen sabía que esa impresión era falsa. Esperó, dejando que ella siguiera aguantándole la mirada en la quietud de la noche cerrada.

—Ya entonces sabía que yo no era como el resto. Sabía que poseía la magia, aunque tan solo había comenzado a manifestarse y aún no estaba madura, de modo que se reducían a agitaciones vagas o a murmullos leves que me recorrían el cuerpo. La lógica me llevó a concluir que el temor y el desagrado los inspiraba la magia, que era lo que había heredado de mi padre. La gente de mi aldea recelaba de la magia en general, era el legado no deseado de la Primera Guerra de las Razas, cuando los hombres habían sido subvertidos por el druida rebelde Brona y se les había vencido en una guerra en la que las otras Razas se habían unido y los habían exiliado al sur. Todo

aquello había sido culpa de la magia, era una fuerza desconocida, vasta y sombría que acechaba en el filo del subconsciente y amenazaba a los incautos. La gente de la aldea era supersticiosa y tenían poca educación, por lo que les asustaban muchas cosas. La magia era la culpable de muchas cosas que no entendían. Creo que la familia que me crio creía que al crecer podía ser que yo manifestara la magia de mi padre, que portaba la semilla de la magia, de modo que nunca me aceptaron del todo como hija suya. Cuando tenía once años, comencé a comprender que era por eso.

»El alfarero también conocía mi procedencia, aunque cuando empecé a trabajar para él no lo mencionó. No iba a admitir que tenía miedo de una niña, aunque tuviera el pasado que yo tenía, y se enorgullecía de haberme aceptado cuando nadie más lo quería hacer. Al principio no había reparado en eso, pero me lo contó él más adelante. “Nadie te quería de aprendiz, por eso estás aquí. Muéstrame tu gratitud” me decía cuando había bebido demasiado y se planteaba si apalearme. La bebida le soltaba la lengua y le confería un descaro que no tenía habitualmente. Cuanto más tiempo estaba allí, más bebía, aunque no era por mi culpa. Se había pasado la mayor parte de la vida bebiendo más de la cuenta y la edad y el haber fracasado en ser un alfarero de renombre era lo que lo animaba. A medida que bebía más y más, el tiempo que le dedicaba al trabajo y a las obras que producían disminuía. Yo ocupé su lugar muchas veces, llevé a cabo las tareas que era capaz de realizar. Aprendí muchísimo de forma autodidacta y pronto desarrollé aptitudes.

Sacudió la cabeza con tristeza, la distancia le empañaba la voz.

—Tenía quince años cuando escapé. Hubo un día en que trató de pegarme demasiado y me encaré con él. En aquel entonces, ya era una mujer y la magia me protegía. No entendí lo poderosa que era hasta el día en que me encaré. Entonces sí que lo supe. Casi lo mato. Hui de la aldea, de los habitantes y de la vida que llevaba, sabiendo que nunca volvería. Ese día me di cuenta de algo que tan solo había sospechado hasta entonces. Me di cuenta de que, en efecto, era digna hija de mi padre.

Hizo una pausa, una expresión vehemente cincelada en el rostro y una decisión feroz reflejada en los ojos oscuros.

—En realidad descubrí la verdad sobre mi padre. Una vez de tantas, el alfarero estaba borracho y me la contó. Solía beber hasta que apenas se sostenía en pie y entonces se dedicaba a hostigarme. Me lo decía una y otra vez: «¿Acaso no sabes quién eres? ¿No sabes qué es lo que eres? ¡Eres digna hija de tu padre! ¡Un punto negro en la tierra, nacida de un demonio y su furcia! ¡Tienes sus ojos, pequeña! ¡Portas la mácula de su sangre y tienes su

misma presencia oscura! ¡Eres inútil para cualquiera, menos para mí, así que más vale que me escuches cuando te digo que hagas algo! ¡Más vale que me hagas caso! ¡O no tendrás adónde ir!».

»Eso era lo que siempre me repetía, y lo acompañaba de una buena tunda. A esas alturas, ya no sentía demasiado los golpes. Sabía cómo cubrirme y cómo decir lo que él quería oír para que parara. Sin embargo, me cansé. Tanta degradación me llenó de furia. El día que me fui, antes de que tratara de pegarme, ya sabía que iba a oponer resistencia. Cuando empezó a gritarme cosas sobre mi padre, me eché a reír. Le llamé mentiroso y borracho. Le dije que no sabía nada de mi padre. Perdió los estribos del todo. Me llamó cosas que no voy a repetir. Me dijo que mi padre había venido del norte, de la región fronteriza donde su orden negra tenía la sede. Me dijo que mi padre invocaba la magia y robaba las almas. «¡Era un demonio disfrazado de hombre! ¡Él, con su ropa negra y sus ojos de lobo! ¡Tu padre, niña! ¡Ay, pero sabíamos qué era! ¡Conocíamos su secreto inconfesable! ¡Y tú estás hecha a su imagen y semejanza, tan reservada y con ese ojo avizor! ¡Te crees que no nos damos cuenta, pero sí que lo hacemos! ¡Todos nos damos cuenta, la aldea entera! ¿Por qué te crees que te han dejado aquí conmigo? ¿Por qué crees que esa familia que te crio tenía tantas ganas de deshacerse de ti? ¡Sabían lo que eres! ¡Sabían que eras la mocosa de un druida!».

Inspiró hondo y con lentitud, sin apartar la vista del anciano, mientras esperaba que este dijera algo. Bremen veía claramente que la muchacha estaba esperando a oír su reacción. Lo ansiaba. Con todo, él no dijo nada.

—Sabía que tenía razón —continuó ella, al final, con un susurro desafiante que iba dirigido manifiestamente a él—. Creo que hacía tiempo que lo sabía. En ocasiones se mencionaba a los hombres de ropajes negros que merodeaban por las Cuatro Tierras, aquellos que habían asentado la orden a la que pertenecían en el castillo de Paranor. Invocaban la magia, omnipotentes y omnipresentes, criaturas que eran más espíritus que humanas, culpables del dolor y el sufrimiento de los habitantes de las Tierras del Sur. Se hablaba de cómo de vez en cuando había alguno que pasaba por ahí. «Hubo una vez», oí que susurraban una vez cuando no sabían que los estaba escuchando, «uno que se quedó. Sedujo a una mujer. ¡Y tuvieron una criatura!». Entonces alguien hacía un gesto supersticioso para guardarse de aquello y la voz se apagaba. Era mi padre. De quien hablaban entre susurros asustados: ¡era mi padre!

Se encorvó hacia delante y Bremen reparó en que, con ese movimiento, sacaba la magia formidable que poseía del centro de su cuerpo y la dirigía,

lista para actuar, hacia las yemas de los dedos. Lo atenazó una punzada de duda. Se obligó a no perder la calma, a quedarse quieto y a dejar que terminara.

—He llegado a la conclusión —dijo, poco a poco y con determinación— de que hablaban de ti.

* * *

El tendero estaba empezando a cerrar cuando Kinson Ravenlock salió de la penumbra, cruzó el umbral y se quedó mirando la espada. Era muy tarde y las calles de Dechtera habían comenzado a vaciarse de gente, dejando tan solo a los hombres que iban y venían de las cervecerías. Kinson estaba cansado de la búsqueda y se dirigía a alguna posada para pedir una habitación cuando había pasado por esa calle repleta de armerías y había visto esa espada. Estaba expuesta en una vitrina que tenía una cubierta de barras entrecruzadas de hierro combinadas con cristales pequeños y sucios. Casi no la vio de lo necesitado que estaba de dormir, pero el fulgor de la hoja de metal le había llamado la atención.

Se puso a inspeccionar la espada, atónito. Era la pieza de la factura más perfecta que había visto. Ni el cristal mugriento ni la luz tenue conseguían esconder el brillo espectacular de la superficie pulida de la hoja ni lo afilada que estaba. La espada era monstruosa, parecía demasiado larga para el hombre medio. Tenía unos grabados intrincados en forma de volutas que cubrían la empuñadura, un montaje de serpientes y castillos sobre un fondo boscoso. También había otras hojas, más pequeñas, igual de asombrosas y magníficas, y si Kinson no iba desencaminado, forjadas por las mismas manos. Con todo, la primera espada era la que le había cautivado.

—Lo siento, ya estoy cerrando —anunció el tendero y se dispuso a apagar las lámparas que había en parte trasera del establecimiento deteriorado pero, para su sorpresa, limpio. Había hojas de todo tipo: espadas, dagas, puñales, hachas, picas, y muchas otras; eran demasiadas para abarcarlas todas, colocadas por todas las paredes, en todas las superficies disponibles, en estuches y en estantes. Kinson paseó la mirada por todas, pero los ojos se le desviaban hacia la espada.

—Seré breve —dijo, deprisa—. Tan solo quería hacer una pregunta.

El tendero suspiró y se aproximó. Era un hombre enjuto y fuerte, tenía unos brazos musculosos y unas manos fuertes. Se movía con fluidez mientras

se acercaba a Kinson y tenía aspecto de saber manejar un arma si surgía la necesidad.

—Y la pregunta es sobre la espada, ¿no es cierto?

Kinson sonrió.

—Exactamente. ¿Cómo lo habéis sabido?

El tendero se encogió de hombros y se pasó la mano por la mata negra de pelo ralo.

—Me he fijado en la dirección de vuestra mirada cuando habéis entrado. Además, todo el mundo hace preguntas sobre la espada. Y lo comprendo. Es una pieza de artesanía formidable, no la encontraréis igual en las Cuatro Tierras. Es de gran valor.

—Eso seguro —dijo Kinson—. Supongo que por eso está a la venta.

El tendero se echó a reír.

—Ah, no, no está a la venta. Solo está exhibida. Es mía. Y no la vendería ni por todo el oro de Dechtera o de cualquier otra ciudad. Una destreza así no se puede comprar y rara vez se logra encontrar.

Kinson asintió.

—Es una hoja magnífica. Pero debe empuñarla un hombre fuerte.

—¿Como vos? —preguntó el tendero mientras alzaba una ceja.

Kinson frunció los labios, pensativo.

—Creo que es demasiado grande incluso para mí. Mirad qué larga es.

—¡Ja! —El tendero parecía divertido—. ¡Todo el mundo cree lo mismo! Por eso es tan fantástica esta hoja. Oídmelo: ha sido un día largo y estoy cansado. Pero os voy a mostrar un secreto. Si os gusta, tal vez os apetezca comprar algo y haréis que el tiempo que ahora pasemos me haya valido la pena. ¿Os parece justo?

Kinson asintió. El tendero se dirigió hacia la vitrina, metió el brazo por debajo y soltó algo. Sonaron una serie de clics. Entonces, retiró la cadena colocada ingeniosamente con una lazada alrededor del mango para salvaguardar aquella espada magnífica. Con cuidado, la sacó. Se volvió, con una amplia sonrisa cincelada en el rostro y la sostuvo la espada en equilibrio entre las dos manos, con facilidad, como si no pesara.

Kinson lo contempló incrédulo. El tendero se rio al reconocer su expresión y entonces le ofreció la espada al fronterizo. Kinson la agarró y el asombro no hizo sino aumentar. La espada era tan ligera que la podía empuñar con una sola mano.

—¿Cómo es posible? —resolló y se acercó la hoja reluciente a los ojos, encandilado por lo fácil que era blandirla, así como por su excelente factura.

Dirigió una mirada al tendero—. ¡No puede ser muy resistente si pesa tan poco!

—Es la pieza de metal más resistente con la que os toparéis, camarada — anunció el tendero—. La mezcla de metales y el temple de la aleación la hacen más resistente que el hierro y tan ligera como el estaño. No tiene parangón. Deme, voy a enseñarle otra cosa.

Quitó la espada de las manos de un Kinson anonadado, la devolvió a la vitrina y volvió a correr los cerrojos y la cadena que la mantenían segura. Luego, alargó la mano y sacó un puñal: tan solo la hoja medía 20 pulgadas de largo y estaba grabada con las mismas volutas intrincadas, sin duda realizada por las mismas manos diestras.

—Esta es la hoja más indicada para vos —afirmó el tendero, bajito, y se la ofreció a Kinson con una sonrisa—. Esta es la que os vendería.

Era tan extraordinaria como la de la espada, pero no tan impresionante en cuanto a dimensiones. Kinson quedó embelesado al instante. Ligero, perfectamente equilibrado, cincelado con elegancia, afilado como las zarpas de un gato, el puñal era un arma de belleza y resistencia increíbles. Kinson sonrió al reparar en el valor que tendría una hoja así y el tendero le devolvió la sonrisa. Kinson preguntó el precio y el tendero se lo indicó. Regatearon unos minutos y llegaron a un acuerdo. Casi le costó al fronterizo todas las monedas que llevaba, que eran una suma considerable, pero ni se planteó no comprarla.

Kinson se metió el puñal y la vaina en el cinturón, donde la hoja le descansaba cómodamente contra la cadera.

—Muchas gracias —dijo—. Ha sido una buena elección.

—Es mi trabajo saber estas cosas —objetó el tendero.

—Todavía debo haceros la pregunta —dijo Kinson mientras el otro le hacía gestos para acompañarlo hasta la puerta.

—Oh, es cierto. La pregunta. ¿No os la he contestado? Tenía entendido que me ibais a preguntar por la espada...

—En efecto, iba a preguntar por la espada —lo interrumpió Kinson, mientras miraba la hoja por enésima vez—. Pero también incumbe a otra espada. Tengo un amigo que necesita un arma parecida, pero debe forjarse según sus requisitos particulares. Para ello, requiere un maestro herrero. El hombre que ha forjado esta espada parece el más indicado.

El tendero se quedó mirándolo de hito en hito como si hubiese perdido la cabeza.

—¿Queréis que quien hizo esta espada os forje un arma?

Kinson asintió y entonces añadió, deprisa:

—¿Sois vos?

El tendero esbozó una sonrisa sombría.

—No. Pero tanto da que me lo pidáis a mí como al hombre que la forjó, vais a conseguir lo mismo.

Kinson sacudió la cabeza.

—No lo comprendo.

—No, no espero que lo hagáis. —El tendero suspiró—. Escuchadme bien, os lo explicaré.

* * *

La primera reacción de Bremen a lo que había dicho Mareth fue manifestar directamente que aquella acusación era absurda. Sin embargo, la expresión del rostro de la joven le advertía que se lo replanteara. La muchacha debía de haberse pasado mucho tiempo para deducir tal cosa y no lo había hecho a la ligera. Se merecía que se la tomara en serio.

—Mareth, ¿cómo has inferido que yo era tu padre? —preguntó con delicadeza.

La noche estaba impregnada de la fragancia de los pastos y las flores, la luz de la luna y las estrellas bañaba de plata tenue las colinas alejadas del resplandor de la ciudad. Mareth desvió los ojos, como si buscara la respuesta en la oscuridad.

—Crees que soy idiota —bufó.

—No, eso nunca. Cuéntame cómo has llegado a esa conclusión, por favor.

La muchacha le sacudió la cabeza hacia algo invisible.

—Durante muchos años, antes de que yo naciera, los druidas estaban encerrados en Paranor. Se habían alejado de las Razas y habían abandonado su vieja costumbre de mezclarse con las gentes. De vez en cuando, había alguno que regresaba a casa para visitar a la familia y amigos, pero ninguno era de la aldea. Y pocos se aventuraban siquiera en las Tierras del Sur.

»Sin embargo, uno sí que lo hacía, y con regularidad. Tú. Tú viniste a las Tierras del Sur a pesar de las sospechas que recaían sobre los druidas. Incluso se te veía de tanto en cuanto por esas tierras. La gente de la aldea decía que cuando mi madre me concibió, ¡tú eras el demonio, el espectro oscuro que la sedujo, que la hizo enamorarse de él!

Se volvió quedar callada. Tenía la respiración entrecortada. Las palabras escondían un desafío que lo retaba a negar que así había sido. Tenía todo el cuerpo en tensión y rígido; la magia, una energía oscura, le chisporroteaba en las yemas de los dedos.

Clavó los ojos en él.

—Te he estado buscando desde que tengo memoria. He llevado el peso abrumador de mi magia a las espaldas, y no ha pasado un día en que no me haya acordado de ti. Mi madre no pudo hablarme de ti. Los rumores eran todo lo que tenía. Pero siempre que viajaba, te buscaba. Sabía que algún día te encontraría. Me fui a Storlock porque creía que te encontraría allí, que pasarías por la aldea. No lo hiciste, pero gracias a Cogleine pude entrar en Paranor, y eso fue aún mejor, porque sabía que tarde o temprano irías.

—Por eso quisiste acompañarnos cuando me fui —reflexionó—. ¿Por qué no me lo dijiste entonces?

Ella sacudió la cabeza.

—Primero quería conocerte mejor. Quería descubrir primero qué tipo de hombre era mi padre.

Él asintió despacio, mientras le daba vueltas. Entonces, juntó las manos; huesos viejos y piel apergaminada que daba la sensación de estar curtida más allá de cualquier remedio.

—Desde entonces, me has salvado la vida dos veces —le ofreció una sonrisa cansada, bajo una mirada curiosa—. Una en el Cuerno del Hades y la otra en Paranor.

Ella le aguantó la mirada mientras rememoraba lo que había hecho; no tenía nada que decir.

—No soy tu padre, Mareth —le dijo él.

—¡Pues claro! ¿Qué vas a decir, si no?

—Si fuera tu padre —admitió en voz baja—, estaría orgulloso de reconocerlo. Pero no lo soy. Sí que cuando fuiste concebida viajaba por las Cuatro Tierras e incluso puede que pasara por la aldea de tu madre. Pero no tengo hijos. No puedo tenerlos. He vivido muchos años, el Sueño del Druida me ha mantenido vivo. No obstante, me ha exigido mucho. Me ha ofrecido años que no hubiese podido vivir de otro modo, pero se ha cobrado un precio. Parte de ese precio es la habilidad de engendrar un hijo. Por eso nunca he forjado una relación con una mujer. Nunca he tenido una amante. Estuve enamorado una vez, hace mucho tiempo, tanto que apenas recuerdo el rostro de la joven. Fue antes de convertirme en druida. Fue antes de empezar a llevar esta vida. Desde entonces, no he estado con nadie.

—No te creo —espetó ella de inmediato.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Sí, sí que me crees. Sabes que te he dicho la verdad. Lo percibes. No soy tu padre. Pero la verdad puede ser aún más dura. Las supersticiones de la gente de la aldea puede que hayan contribuido a hacerles creer que yo era el hombre que te concibió. Sin duda, conocían mi nombre y tal vez lo mencionaran solo porque tu padre era un forastero vestido de negro que dominaba la magia. Pero escúchame, Mareth: debemos contemplar otra opción, y no será agradable.

La muchacha apretó los labios.

—No sé por qué no me sorprende...

—He estado dándole vueltas a la naturaleza de tu magia, mucho antes de esta conversación. La magia innata, la magia con la que has nacido, te es tan natural como lo es la carne de tu cuerpo. Rara vez se da un caso así. Era un rasgo característico de las criaturas del viejo reino de la magia, pero casi todas murieron hace siglos, con la sola excepción de los elfos que, menos unos pocos, han perdido su magia innata. Los druidas, yo incluido, no poseemos magia innata. De modo que ¿de dónde ha salido la tuya si tu padre era un druida? Vamos a suponer que lo era. ¿Qué druida tenía un poder así? ¿Quién tenía el tipo de magia necesaria para concebirte?

—Oh, maldición —dijo en voz baja ahora que veía adónde estaba yendo el anciano.

—Espera, no digas nada aún —la instó. Se inclinó hacia ella y la tomó de las manos. Ella le dejó, con los ojos abiertos de par en par y la expresión acongojada—. Sé fuerte, Mareth. Debes ser fuerte. La gente de la aldea se refería a tu padre como un demonio y un espectro, una criatura oscura que podía adoptar distintos aspectos a voluntad. Tú misma lo has dicho. Ese tipo de magia no la practica un druida. En gran medida, porque le es imposible. Sin embargo, hay otros para los que ejercer tal tipo de magia es fácil.

—Mientes —susurró, pero la acusación sonó vacía.

—El Señor de los Brujos tiene criaturas a su servicio que asumen el aspecto de humanos. Lo hacen por diversos motivos: para tratar de subvertir aquellos con los que pretenden mezclarse, para intentar engañarlos y así ganárselos y usarlos. A veces, los subvierten tan solo para conseguir la humanidad que ellos mismos perdieron cuando se convirtieron en lo que ahora son. A veces lo hacen sin malicia. La magia que poseen estas criaturas se ha convertido en una parte intrínseca de quién y qué son y la usan sin pensar. No diferencian entre dos necesidades distintas. Actúan por instinto y

para satisfacer el deseo que los embarga en un momento concreto. No responde a una razón o a una emoción, es instintivo.

Mareth tenía los ojos empañados de lágrimas.

—¿Y uno es mi padre?

Bremen asintió, despacio.

—Eso podría explicar que hayas nacido con magia. La magia innata, el don oscuro que te ha legado tu padre. No es la habilidad de un druida, sino la habilidad de una criatura para quien la magia es una parte vital de sí misma. Es así, Mareth. Es difícil de aceptar, lo sé, pero es así.

—Sí —susurró ella, con un hilo de voz tan bajo que el anciano apenas la oía—. Estaba tan segura...

Agachó la cabeza y se echó a llorar. Se aferró a él, que aún le agarraba las manos, y la magia se extinguió, se desvaneció acompañada de la furia y la tensión y se arremolinó enmarañada en lo más profundo de su ser.

Bremen se acercó y le pasó uno de sus brazos delgados sobre los hombros.

—Y otra cosa más, querida —le dijo el druida, con dulzura—. Yo seré tu padre, si me aceptas. Te haré de padre como si fueras hija mía. Te tengo en muy alta estima. Te daré todos los consejos que pueda para ayudarte a comprender la naturaleza de tu magia. Y lo primero que te diré es que no eres como tu padre. No te pareces en nada a ese ser tenebroso, ni siquiera tu nacimiento te liga a él. La magia es tuya. Tienes que acarrear con el poder y es una gran carga. Y, aunque la magia te la legó tu padre, no define tu carácter ni dicta la naturaleza de tu personalidad. Eres buena persona y eres fuerte, Mareth. No tienes nada que ver con la criatura sombría que te engendró.

Mareth recostó la cabeza en el hombro del druida.

—Eso no lo puedes saber. Podría ser que fuera exactamente eso.

—No —la tranquilizó él—. No te le pareces en nada, querida. En nada.

Le pasó una mano por el cabello negro y la estrechó contra él. Dejó que llorara y que derramara el dolor de tantos años. Cuando se hubiera desahogado se sentiría vacía e insensible, y sería entonces cuando tendría que insuflarle esperanza y un objetivo para seguir adelante.

* * *

Pasaron dos días enteros antes de que Kinson Ravenlock regresara. Salió del valle al atardecer, surgió de la luz de un naranja intenso que producían el

fuego y el humo de los grandes hornos de Dechter. Tenía ganas de reunirse con los demás, de darles las noticias. Echó a un lado la capa cubierta de polvo con una floritura y los abrazó a los dos con entusiasmo.

—He encontrado al hombre que necesitamos —anunció mientras se dejaba caer sobre la hierba con las piernas cruzadas y aceptaba el odre de cerveza que Mareth le ofrecía—. El hombre perfecto, me parece a mí. —Ensanchó la sonrisa y se encogió de hombros levemente—. Por desgracia, no está de acuerdo conmigo, así que alguien tendrá que convencerlo de que tengo razón. Por eso he venido a buscaros.

Bremen asintió y le señaló el odre.

—Bebe, come algo y luego cuéntanoslo todo.

Kinson se llevó el odre a los labios y echó atrás la cabeza. Al oeste, el sol se hundía tras el horizonte, y la calidad y el color de la luz mudaba deprisa a medida que el crepúsculo descendía. Con la estela de ese cambio a mercurio, Kinson distinguió el atisbo de algo sombrío e inquietante en los ojos del anciano. Sin decir nada, echó un vistazo a Mareth. Ella le sostuvo la mirada con descaro.

El fronterizo bajó el odre y los contempló con aire de gravedad.

—¿Ha ocurrido algo mientras yo no estaba?

Se produjo un instante de silencio.

—Nos hemos estado contando historias —respondió Bremen esbozando una sonrisa melancólica. Miró a Mareth y luego volvió a dirigir los ojos hacia Kinson—. ¿Te gustaría oír alguna?

Kinson asintió con ademán pensativo.

—Si creéis que hay tiempo para eso...

Bremen le alargó la mano a Mareth y ella se la agarró. Tenía los ojos empañados de lágrimas.

—Creo que tenemos que sacar tiempo de donde sea para esta —dijo el anciano.

Y por el modo en que lo dijo, Kinson supo que el druida tenía razón.

Urprox Screl estaba sentado solo en el viejo banco de madera, inclinado hacia adelante con los codos sobre las rodillas, con una gubia en una mano y un bloque de madera en la otra. Movía las manos con destreza mientras tallaba la madera para darle forma con delicados giros de muñeca, que provocaban que las virutas saliesen despedidas hacia adelante. Estaba creando algo maravilloso, aunque todavía no estaba seguro de qué era. El misterio formaba parte del placer. Un bloque de madera siempre sugería ciertas posibilidades antes de que hincara la gubia en él. Simplemente había que mirar con el cuidado suficiente para verlas. Una vez se hacía esto, ya estaba hecha la mitad del trabajo. Darle forma siempre parecía salir solo.

Había anochecido en Dechtera, la luz se apagaba y confería a las zonas donde los hornos no refulgían un halo gris. La temperatura era sofocante, pero Urprox Screl estaba acostumbrado al calor, de modo que allí, donde se había sentado, no le molestaba. Podría haberse quedado en casa con Mina y los niños, después de cenar, cuando el día llegaba a su fin, en el balancín del porche o sentado a la sombra del viejo nogal. Allí hacía fresco y se estaba tranquilo, porque su casa estaba muy lejos del centro de la ciudad. Por desgracia, ese era el problema. Echaba de menos el ruido, el calor y el hedor de los hornos. Cuando trabajaba, quería estar próximo a ellos. Habían formado parte de su vida durante tantos años que no le parecía correcto no tenerlos cerca.

Además, aquí era donde había trabajado, el mismo lugar de siempre, durante más de cuarenta años. Había sido el obrador de su padre antes que él. Tal vez un día sería el de sus hijos, de uno o del otro. Cuando trabajaba, le gustaba estar aquí. Era su sitio, donde el sudor y el esfuerzo habían dado

forma a su vida, donde su inspiración y su habilidad habían forjado la vida de otros.

Era una afirmación osada, supuso, pero él era un hombre osado. O demente, dependiendo a quién le preguntaras.

Mina lo comprendía. Comprendía todas las facetas de su marido, y eso era más de lo que se podía afirmar de cualquier otra esposa que él conociera. La ocurrencia le arrancó una sonrisa. Lo embargó un sentimiento cálido e íntimo al pensar en Mina. Comenzó a silbar con suavidad.

Los habitantes de la ciudad recorrían la calle donde se encontraba Urprox Screl, dándose prisa por esto o por aquello, como hormiguitas trabajadoras afanadas en sus tareas. Los observó a hurtadillas por debajo de las cejas fruncidas, pobladas y castañas, sin dejar que supieran que los estaba escudriñando. Muchos eran amigos, o lo que hoy en día se consideraba amigos. La mayoría habían sido tenderos, comerciantes, artesanos o peones durante el mismo tiempo que él se había dedicado a ser herrero. La mayoría lo había admirado: a él, a sus habilidades, a sus logros y a su vida. Algunos habían creído que representaba el corazón y el alma de la ciudad.

Suspiró y el silbido se extinguió. Sí, los conocía a todos, pero ahora le prestaban poca atención. Si alguien se fijaba en él, como mucho le dedicaba una inclinación de cabeza solemne o un gesto de mano desganado. Un par tal vez se pararan a hablar con él. Pero eso era lo máximo a lo que podía aspirar. Sobre todo, le evitaban. Fuera lo que fuera lo que a él le ocurriera, no querían que se les pegara.

Por enésima vez, se preguntó por qué no podían limitarse a aceptar lo que había hecho y dejarlo así.

Contempló un momento la talla. Era un perro corriendo, veloz y fuerte, con las patas extendidas, las orejas bajadas y la cabeza alzada. Este se lo regalaría a su nieto Arken, el hijo de su hija mayor. Regalaba la mayor parte de las figuras que tallaba, aunque las podría haber vendido si hubiese querido. Sin embargo, no necesitaba dinero; tenía a montones y sería capaz de conseguir más si surgiera la necesidad. Lo que necesitaba era paz y tranquilidad de espíritu y la sensación de tener un propósito en la vida. Tristemente, pasados dos años, aún tenía problemas para encontrar todo esto.

Echó un vistazo por encima del hombro al edificio que quedaba a su espalda, una presencia oscura y silenciosa que se erigía entre la cacofonía de la ciudad. El crepúsculo proyectaba una sombra tirando a cuadrada sobre la construcción. Los portones que conducían al interior estaban cerrados esta noche, ya que nadie se había molestado en abrirlos. De vez en cuando lo

hacía, solo porque eso le hacía sentir más como en casa, más cerca de su oficio. Pero últimamente lo deprimía sentarse en la calle con las puertas abiertas y el interior quieto y negro como la boca del lobo, donde ahora ya no ocurría nada tras todos los años de calor, ruido y actividad constantes. Además, solo servía para llamar la atención de los fisgones, y les sugería la posibilidad de cosas que no iban a ocurrir jamás.

Apartó las virutas de madera con la punta de la bota. Era mejor dejar el pasado atrás, donde correspondía.

Cuando la oscuridad se cernió sobre la ciudad, él se levantó para encender las antorchas que flanqueaban la entrada lateral del edificio. Le ofrecerían la iluminación que necesitaba para continuar. Debería irse a casa, eso ya lo sabía. Mina lo estaría buscando. Pero sentía una inquietud que le mantenía las manos activas y los pensamientos a raya cuando los ruidos de la noche comenzaban a emerger acompañando a la negrura. Era capaz de distinguir todos esos sonidos, de separarlos uno por uno con la misma seguridad con que apilaba las virutas que habían caído a sus pies. Los conocía todos a la perfección, igual que conocía la ciudad y sus gentes. Ese conocimiento lo reconfortaba. Dechter no era una ciudad para cualquiera. Era especial y única y hablaba su propio idioma. O entendías lo que decía o no. O te intrigaba lo que oías o pasabas de largo.

Últimamente, por primera vez en su vida, comenzaba a pensar que tal vez había oído el idioma de la ciudad más de lo que le gustaría.

Reflexionaba sobre las implicaciones de esto, olvidada la talla por un instante, cuando se le aproximaron tres forasteros. Al principio no los vio, pues llevaban una capa con capucha y salieron de la negrura; eran tres personas más del río de gente que pasaba por la calle ante él. Pero cuando se separaron del cauce y se encaminaron en esa dirección fue obvio cuál era su destino. Al instante le picó la curiosidad: rara vez se le acercaba alguien ahora. Las capuchas lo inquietaron un poco: hacía demasiado calor para ir tan cubiertos. ¿Acaso se estarían escondiendo de algo?

Se alzó para recibirlos. Era un hombre alto y huesudo con unos brazos fuertes, el pecho hundido y unas manazas enormes. Tenía un rostro de piel sorprendentemente tersa para tener la edad que tenía, morena por el sol y con los rasgos muy marcados; una barba rala le cubría la barbilla y las entradas ganaban terreno al pelo negro, que se estaba retirando hacia la nuca y las orejas. Dejó la gubia y la talla sobre el banco y los esperó, con los brazos en jarras. El trío aminoró la marcha y el más alto se retiró la capucha y dejó su rostro al descubierto. Urprox Screl asintió en señal de reconocimiento. Era el

hombre que lo había visitado el día anterior, el fronterizo, que procedía de Varfleet, un hombre tranquilo y duro que escondía mucho más de lo que dejaba ver. Le había comprado una de sus hojas a uno de los tenderos y había ido a felicitar a Urprox por su trabajo. Ese había sido el pretexto. Sin embargo, le había parecido que su visita respondía a un motivo ulterior. El fronterizo le había asegurado que regresaría.

—Fiel a vuestra palabra, por lo que veo —lo saludó Urprox, al acordarse de lo que le había dicho el otro y con ganas de abordar lo que hubiese venido a hacer de prisa (era su ciudad: su casa, sus normas).

—Kinson Ravenlock —le recordó el fronterizo.

Urprox Screl asintió.

—Lo recuerdo.

—Os presento dos amigos que querían conoceros. —Las capuchas descendieron. Una muchacha y un anciano. Le miraron directamente a la cara mientras se mantenían de espaldas a la riada de transeúntes—. Me pregunto si podríamos hablar unos minutos.

Aguardaron pacientemente mientras él los inspeccionaba y se decidía. No era nada en concreto, pero había algo en ellos que lo inquietaba. Una desazón lo embargaba, vaga e indefinible. Era evidente que habían llegado aquí con un objetivo concreto. Por su aspecto, parecía que habían recorrido un largo camino y que habían pasado por algunas dificultades. Estaba seguro de que el fronterizo le había planteado la cuestión por cortesía, pero no le estaba dando a elegir.

Les ofreció una sonrisa afable. Sentía curiosidad a pesar de las dudas que albergaba.

—¿De qué querríais hablar?

Esta vez el anciano tomó las riendas y el fronterizo se las cedió de prisa.

—Necesitamos vuestras habilidades como herrero.

Urprox no alteró la sonrisa.

—Estoy retirado.

—Kinson nos ha dicho que sois el mejor y que vuestro trabajo es el más brillante que ha visto nunca. Y no lo afirmaré si no fuera verdad. Sabe mucho de armas y de los artesanos que las forjan. Kinson ha viajado a lo largo y ancho de las Cuatro Tierras.

El fronterizo asintió.

—Vi la espada del tendero. Nunca había visto un trabajo así, en ningún sitio. Poseéis un talento singular.

Urprox Screl suspiró.

—Dejad que os ahorre la molestia de malgastar más tiempo: era bueno en lo que hacía, pero ya no me dedico a eso. Era maestro herrero, pero es una época de mi vida que ha quedado atrás. Estoy retirado. No realizo obras en metalurgia, de ningún tipo. No realizo trabajos especiales ni acepto encargos. Ahora me dedico a la talla de madera y eso es todo lo que hago.

El anciano asintió, sin inmutarse. Dirigió la mirada a lo que quedaba detrás de Urprox, el banco de madera y la talla que descansaba encima, y preguntó:

—¿Habéis hecho eso? ¿Puedo echarle un vistazo?

Urprox se encogió de hombros y le ofreció el perro. El anciano lo estudió durante un largo rato mientras le daba vueltas con las manos y acariciaba la forma de la madera. Sus ojos reflejaban un interés genuino.

—Está muy bien —dijo al final y se lo pasó a la muchacha, que lo aceptó sin hacer ningún comentario—. Pero no es un trabajo tan bueno como el que realizabais con las armas. Ahí reside vuestro talento de verdad: darle forma al metal. ¿Hace mucho que talláis madera?

—Desde que era un crío. —Urprox cambió el peso de pierna, inquieto—. ¿Qué queréis?

—Debéis de haber tenido una razón de mucho peso para haber vuelto a tallar madera tras ser el maestro herrero que habéis sido —insistió el anciano, ignorando su negativa.

Urprox percibió que se le caldeaba el ánimo un ápice.

—Así es. Tenía una razón de mucho peso y no quiero tratar este tema con vosotros.

—No, deduzco que no queréis, pero debéis. Necesitamos vuestra ayuda y al venir aquí pretendo convencerlos de eso.

Urprox lo miró de hito en hito, asombrado ante tal alarde de franqueza.

—Bien, al menos sois sinceros respecto a vuestras intenciones. Pero ahora, claro, estoy prevenido y preparado para rechazar cualquier argumento que me planteéis. Así que, de verdad, estáis perdiendo el tiempo.

El anciano sonrió.

—Ya estabais prevenido antes de que os lo dijera. Sois lo suficientemente astuto para deducir que hemos viajado desde lejos para veros y que, por tanto, debemos consideraros importante. —Las arrugas de su rostro se acentuaron—. Decídmelo, pues. ¿Por qué renunciasteis a todo? ¿Por qué dejasteis de ser un herrero? ¿Por qué razón, si os habéis dedicado al oficio durante tantos años?

El ceño de Urprox Screl se ensombreció.

—Me harté.

Esperaron a que añadiera algo más, pero se negó a hacerlo. El anciano frunció los labios.

—Creo que seguramente fue algo más que eso.

Hizo una pausa, y en aquel momento a Urprox le pareció que los ojos del anciano se tornaban blancos, como si hubiesen perdido el color y la personalidad, y se volvieron tan apagados e ilegibles como una roca. Le daba la sensación de que el anciano estaba observando su interior.

—Os desanimasteis —dijo el otro con suavidad—. Sois un hombre amable, con esposa e hijos y, a pesar de vuestra fortaleza física, detestáis el dolor. Pero las armas que forjabais causaban dolor, sabíais que eso era lo que ocurría y no lo podíais soportar. Os cansasteis de ese cargo de consciencia y decidisteis que ya era suficiente. Teníais dinero y otras habilidades, de modo que os limitasteis a cerrar la tienda y volverle la espalda. Nadie sabe esto, salvo vos y Mina. Nadie lo comprende. Creen que estáis majareta. Os rehuyen como a un enfermo.

Los ojos se le aclararon y se volvieron a fijar en él.

—Sois un marginado en vuestra propia ciudad y no comprendéis la razón. Pero la verdad es que sois un hombre que tiene un don, un talento excepcional, y todos los que os conocen o están familiarizados con vuestro trabajo lo saben y son incapaces de aceptar que lo echéis a perder sin motivo.

Urprox Screl notó un escalofrío que le recorría la médula.

—Tenéis derecho a manifestar vuestra opinión. Sin embargo, ahora que ya la habéis manifestado, no quiero seguir hablando con vos. Creo que deberíais partir.

El anciano clavó los ojos en la oscuridad, pero no se movió de donde estaba. El río de gente se había reducido y la noche se cernía sobre ellos. De pronto, Urprox Screl se sintió muy solo y vulnerable. Incluso estando tan cerca de un entorno que le era familiar, de gente que le conocía y que lo ayudaría si lo necesitara, se sintió completamente aislado.

La muchacha le devolvió la talla del perro. Urprox la agarró mientras clavaba la vista en esos ojos enormes y oscuros, y se sintió atraído de un modo que era incapaz de explicar. Algo en el modo en que ella lo miraba le sugería que comprendía lo que había hecho. No había visto una mirada parecida en nadie más, excepto en los ojos de Mina. Le sorprendió descubrirla ahí, en los ojos de una muchacha que no lo conocía de nada.

—¿Quiénes sois? —preguntó mientras recorría con la vista el rostro de cada uno de los forasteros.

El anciano tomó la palabra:

—Somos los portadores de una carga que supera cualquier otra. Hemos recorrido una larga distancia para hacer realidad esta carga. Nuestra travesía nos ha conducido a muchos lugares y, aunque sois importante para que todo salga bien, el viaje no termina aquí. No sois sino una mera pieza de un rompecabezas que debemos solucionar. Necesitamos una espada, Urprox Screl, una espada como no hay otra. Precisamos de las manos de un maestro herrero para forjarla. Debe tener propiedades especiales. Está concebida no para destruir, sino para proteger. Será la obra más complicada y magnífica que hayáis realizado nunca ni vayáis a forjar jamás.

El hombretón sonrió nervioso.

—Grandes palabras. Pero me parece que no me las creo.

—Porque no queréis forjar otra arma en lo que os queda de vida. Porque lo habéis dejado atrás y romperíais el pacto que os hicisteis si ahora transigís.

—Es un bonito modo de decirlo. Esa parte de mi vida llegó a su fin. Juré que nunca más lo volvería a hacer. No veo necesidad de cambiar de opinión por vosotros.

—¿Y si os dijera —empezó el anciano con aire pensativo— que tenéis la oportunidad de salvar miles de vidas al forjar esta espada que buscamos? ¿Y si supierais que, en efecto, sería así? ¿Os haría eso cambiar de opinión?

—Pero no es el caso —insistió Urprox, con tesón—. No hay un arma capaz de eso.

—Supongamos que las vidas de vuestra esposa e hijos se contaran entre las miles que podríais salvar al forjar esta espada. Supongamos que vuestra negativa a ayudarnos la pagarían con la vida.

Los músculos de los hombros del hombretón se tensaron.

—De modo que ahora resulta que las vidas de mi esposa y mis hijos están en peligro. ¿Así queréis que lo reconsiderere? ¡Estáis desesperados de verdad si lo único que os queda es amenazar!

—Supongamos que os dijera que todo esto ocurrirá durante los próximos años si no nos ayudáis. Todo.

Urprox sintió una punzada de inseguridad. El anciano parecía muy seguro de lo que decía.

—¿Quiénes sois? —exigió por última vez.

Entonces, el anciano dio un paso adelante, y quedó a muy cerca de él. Urprox Screl era capaz de distinguir cada pliegue de ese rostro arrugado, cada pelo gris de la cabeza y la barba.

—Me llamo Bremen —respondió el anciano mientras sostenía la mirada del herrero—. ¿Habéis oído hablar de mí?

Urprox asintió, despacio. Tuvo que usar hasta el último ápice de fuerza que poseía para mantenerse firme.

—He oído hablar de vos. Sois uno de los druidas.

De nuevo, esbozó una sonrisa.

—¿Eso os asusta?

—No.

—¿Os asusto yo?

El hombretón no dijo nada, pero apretó la mandíbula.

Bremen asintió despacio.

—No debéis tenerme miedo. Seré vuestro amigo, aunque pueda parecer lo contrario. No es mi intención amenazaros. Tan solo digo la verdad. Precisamos de vuestro talento, la necesidad es real y desesperada. Afecta a lo largo y ancho de las Cuatro Tierras. No es un juego. Luchamos por las vidas de mucha gente, y las de vuestra esposa e hijos se cuentan entre ellas. No exagero ni oculto nada cuando digo que somos su única esperanza de defensa ante la amenaza que se cierne sobre todos.

Urprox notó que flaqueaba de nuevo.

—¿Y cuál es exactamente?

El anciano dio un paso atrás.

—Os lo voy a mostrar.

Alzó la mano y acarició el aire que había ante los ojos perplejos de Urprox Screl. El aire refulgió y cobró vida. Vio una ciudad en ruinas, donde los edificios habían quedado reducidos a escombros, el suelo despedía vapor y humo y el aire era denso, lleno de ceniza y polvo. Era Dechtera. Sus habitantes yacían, muertos y desparramados, por las calles y en los umbrales. Lo que se movía entre las sombras, picoteando los cuerpos, no era humano, sino algo deforme y perverso. Algo salido de la imaginación y, sin embargo, allí era real. Real y, en la visión de la destrucción de Dechtera, era todo lo que había sobrevivido.

La visión se desvaneció. Urprox se estremeció mientras el anciano se materializaba de nuevo ante él, con una mirada dura y decidida.

—¿Lo habéis visto? —le preguntó en voz baja.

Urprox asintió.

—Ese es el futuro de esta ciudad y sus habitantes. Ese es el futuro de vuestra familia. Eso es todo lo que quedará. Pero para cuando esta visión se convierta en una realidad, todo lo que hay al norte habrá desaparecido. Los

elfos y los enanos habrán sido aniquilados. La oleada de oscuridad que los habrá inundado llegará aquí.

—¡Todo es mentira! —soltó Urprox del tirón, debido a la furia y al miedo que sentía. No se detuvo a reflexionar. Se aferraba a la negación con imprudencia y terquería. ¿Mina y sus hijos, muertos? ¿Todos los que conocía, muertos? ¡Era imposible!

—Todo es una cruel realidad —dijo Bremen, con un hilo de voz—. Pero no es mentira.

—¡No os creo! ¡No me creo nada!

—Miradme —ordenó con dulzura el anciano—. Miradme a los ojos. Examinadlos en profundidad.

Así lo hizo Urprox Screl, incapaz de hacerlo de otro modo, pues se veía obligado a obedecer.

Escudriñó los ojos de Bremen y observó cómo se volvían blancos de nuevo. Sintió que lo arrastraban a un pozo líquido que lo rodeaba y lo hundía. Notó que se unía al anciano de una forma inexplicable, que se tornaba parte de él, que adquiriría el conocimiento que él albergaba. Se transmitieron destellos fugaces de saber durante esa unión, verdades que no podía negar ni evitar. De pronto, su vida le estaba siendo revelada, todo lo que había ocurrido y todo lo que podía suceder, el pasado y el futuro reunidos en una amalgama de destellos e imágenes, tan aterradoras y abrumadoras que Urprox Screl se retrajo en sí mismo, embargado por la desesperación.

—¡No! —susurró, y cerró los ojos para no verlo—. ¡No me mostréis más!

Bremen rompió el vínculo y Urprox se tambaleó hacia atrás antes de enderezarse. El frío que le había nacido en la base de la columna le recorría todo el cuerpo. El anciano asintió. Se encontró con la mirada del otro.

—He terminado. Habéis visto lo suficiente para saber que no estoy mintiendo. No volváis a cuestionarme. Aceptad que la necesidad es genuina. Ayudadme a hacer lo que debo.

Urprox asintió y apretó los puños. El dolor que le atenazaba el pecho era palpable.

—Escucharé lo que tengáis que decir —accedió a regañadientes—. Al menos eso sí que lo puedo hacer.

Sin embargo, el herrero era consciente, incluso mientras lo decía, que iba a hacer muchísimo más.

* * *

Así pues, Bremen hizo que se sentara en el banco y luego se sentó a su lado. Se convirtieron en dos viejos amigos que debatían una propuesta de negocio. El fronterizo y la muchacha se quedaron de pie en silencio, ante ellos, escuchándolos. En la calle que se extendía a su espalda, los habitantes de la ciudad pasaban, ajenos a ellos. Nadie se les acercó. Ni siquiera hubo nadie que los mirara. Tal vez ya ni siquiera podían verle, pensó Urprox. Tal vez se había tornado invisible, ya que, mientras Bremen hablaba, se dio cuenta de la cantidad de magia implicada en este asunto.

Primero, Bremen lo informó sobre el Señor de los Brujos y la ocupación de otros territorios. Las Tierras del Norte se encontraban bajo su yugo, había invadido las del Este y las del Oeste se encontraban en peligro. Las Tierras del Sur serían las últimas y para entonces, tal y como había mostrado la visión, ya sería demasiado tarde para todos. El Señor de los Brujos era una criatura mágica que había conseguido sobrevivir a una vida mortal y había invocado criaturas de fuerza sobrenatural para que lo ayudaran. Un arma corriente no lo iba a destruir. Se requería la espada que Urprox debía forjar, un objeto tanto de magia como de hierro, una hoja que combinara las habilidades y el conocimiento tanto del maestro herrero como del druida, tanto de la ciencia como de la magia.

—Debe ser resistente en ambos sentidos —explicó Bremen—. Debe ser capaz de resistir lo peor que lancen contra ella, ya sea hierro o magia. La forja la debe hacer tan invulnerable como sea posible, y será complicado. Hay que aunar ciencia y magia. Vos domináis la primera, yo la segunda. Sin embargo, vuestro trabajo es primordial, porque si la espada carece de las características físicas necesarias para preservarla, la magia que yo voy a infundirle no se adherirá.

—¿Qué sabéis sobre la forja de metales? —preguntó Urprox, ahora interesado a su pesar.

—Que los metales deben combinarse y templarse para que la aleación logre la resistencia necesaria. —Bremen se metió la mano entre la ropa y sacó la fórmula que Cogleine le había proporcionado—. Esto es lo que debemos hacer para conseguir el resultado que deseamos.

Urprox tomó el trozo de papel y lo estudió con cuidado. Asintió mientras lo leía y pensaba «Sí, esta es la combinación correcta de metales, la mezcla adecuada de cocciones». Entonces, paró y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué temperaturas! ¿Habéis mirado detenidamente lo que requiere esta mezcla? ¡Nadie ha conseguido tales temperaturas en la cocción de metal desde que se destruyó el antiguo mundo! ¡Los hornos y las fórmulas para

llevarlo a cabo se perdieron para siempre! ¡No disponemos de los medios para lograrlo!

Bremen asintió, tranquilo.

—¿Qué temperaturas resiste vuestra fragua? ¿Cuántas cocciones al máximo?

El herrero sacudió la cabeza.

—El número que queramos y el calor que seamos capaces de generar. Yo mismo construí este horno y las paredes están hechas de capas de roca y tierra para aislarlo y protegerlo. Ese no es el problema. El problema es el combustible. ¡Carecemos de un combustible que sea tan potente como para producir la cantidad de calor que precisa esta fórmula! ¡Sin duda lo sabéis!

Bremen le quitó la fórmula de las manos y se la volvió a meter entre los ropajes.

—Solo debemos mantener unas temperaturas altas durante un lapso corto de tiempo. Eso puedo hacerlo. Poseo los medios de los que carecéis. ¿Lo comprendéis?

Urprox lo entendía: el anciano iba a usar la magia para generar el calor necesario. Pero ¿eso se podía hacer? ¿Su magia tendría la fuerza suficiente? ¡Las temperaturas que necesitaban eran descomunales! Sacudió la cabeza mientras lo contemplaba lleno de dudas.

—¿Lo haréis? —le pidió Bremen en voz baja—. ¿Una última cocción en el horno, una última forja de metal?

El maestro herrero dudó: había vuelto a ser el hombre que era en los últimos minutos, el que había sido durante tantos años, intrigado por el desafío que suponía forjar un arma así, movido por la importancia de asegurar la seguridad de su familia y sus vecinos, de su ciudad y de su tierra. Tenía razones de sobra para hacer lo que el anciano le pedía, admitió. Pero también tenía razones de sobra para negarse.

—Os necesitamos, Urprox —dijo el fronterizo de repente, y la muchacha asintió en silencio para mostrar su acuerdo. Los tres aguardaban su respuesta, expectantes y resueltos.

Bien, pensó, era cierto que la talla de madera que realizaba no era de la misma calidad que su trabajo con metales. Nunca lo había sido. Era una vía de escape, aunque hubiese buscado argumentos en contra de esa afirmación. Al fin y al cabo, era una insensatez manifestar que tenía algún tipo de importancia. ¿Qué implicaría para él fraguar una última hoja, un arma que podía tener una relevancia superior a cualquier otra que hubiese forjado, que pudiera usarse para salvar vidas? ¿Acaso el anciano mentía sobre eso? No

podía estar completamente seguro, pero no creía que estuviese mintiendo. Durante toda su vida, había sido capaz de calar a las personas, igual que al metal. Y en este caso, también. Este hombre, druida o no, rezumaba honor e integridad. Creía en su causa, y era evidente que estaba convencido de que Urprox Screl debía creer en ella también.

El hombretón sacudió la cabeza, sonrió y se encogió de hombros.

—Ay, bien. Si con eso consigo que me dejéis en paz, forjaré esta espada.

* * *

Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche de lo que sería necesario para llevar a cabo la fragua de la espada. Urprox debería encargarse de conseguir el combustible para tener el horno encendido y fundir los metales de la aleación. Les costaría unos cuantos días lograr las altas temperaturas que se requerían para iniciar todo el proceso. La forja solo podía llevarse a cabo con rapidez si la magia de Bremen era suficiente para elevar la temperatura. El molde de la espada ya lo tenían y, con tan solo unas pocas modificaciones, obtuvieron la forma que Bremen precisaba.

Bremen le mostró el medallón que llevaba escondido entre la ropa, le enseñó aquella imagen extraña y absorbente de una mano portando una antorcha encendida. Se llamaba el Eilt Druin, le contó el druida, y debía incrustarse en la empuñadura de la espada cuando la fraguaran. Urprox sacudió la cabeza. Se iba a fundir debido al calor, le advirtió, era una obra demasiado fina para soportar el proceso de temple. Sin embargo, el anciano sacudió la cabeza y le dijo que no se preocupara. El Eilt Druin se había forjado con magia y la magia lo protegería. La magia, afirmó, conferiría a la espada del poder necesario para destruir el Señor de los Brujos.

Urprox Screl no estaba seguro de si lo creía o no, pero lo aceptó como una verdad absoluta. Al fin y al cabo, no era su problema decidir si la espada haría lo que el druida pretendía. Su trabajo era forjarla de acuerdo con la fórmula que le había proporcionado y los conocimientos científicos que poseía, de modo que saliera de las forja con la máxima resistencia posible. Necesitaba tres días para prepararse, entonces. Sin embargo, también había que tomar en cuenta otras cuestiones. Todos sabían que había dejado el oficio. En el momento en que empezaran a llegar los materiales, surgirían las preguntas. En el instante en que se encendiera el horno, suscitaría aún más preguntas. ¿Y qué ocurriría con la atención que captaría la forja de la espada en sí?

Sin embargo, el anciano no parecía preocupado por todo esto; le dijo a Urprox Screl que no se preocupara, que se dedicara a lo que debía y se concentrara en prepararse y dejar la fragua lista para llevar a cabo la empresa que les aguardaba. Mientras disponían todo lo que requerirían, él y sus compañeros se mantendrían cerca y se encargarían de gestionar el interés que manifestaran los habitantes de la ciudad.

Así comenzó todo. Esa noche se despidieron con un apretón de manos para cerrar el acuerdo, los tres forasteros más satisfechos con el resultado de lo que estaba Urprox Screl, pero el herrero estaba emocionado e intrigado a partes iguales por la empresa que se le había asignado a pesar de sus dudas. Volvió a casa con su familia y en las horas lánguidas del amanecer se sentó en la mesa de la cocina con Mina y le contó la decisión que había tomado. No se guardó nada, como siempre que hablaba con su esposa. Ella lo escuchó y le hizo preguntas, pero no le aconsejó que cambiara de opinión. Él debía tomar la decisión, le dijo, porque era él quien entendía mejor que ella lo que le estaban pidiendo y lo que eso supondría para él más adelante. Mina, por su parte, creía que le habían brindado razones de peso para aceptar el trabajo que le habían encargado y debía juzgar a los hombres y la muchacha basándose en su propia opinión, no en los rumores y cotilleos de terceros.

Mina, como siempre, le comprendía mejor que nadie.

Al día siguiente, al mediodía, la hulla que se extraía en las minas de las Tierras del Este y se mandaba hacia occidente ya llenaba la boca de la fragua y las carboneras. Las portones de la herrería se abrieron de para en par y se encendió el primer fuego. La fragua se iluminó y el calor comenzó a ascender. Llegaron los metales, solicitados de acuerdo con la fórmula de Cogleine. Se destaparon los moldes y se limpiaron. Urprox desdeñó cualquier tipo de ayuda y trabajó solo en la penumbra del interior sofocante de la herrería. No necesitaba ayuda. Había levantado la fragua con sus propias manos de modo que pudiera usar los cabestrantes y las poleas con una sola mano y así mover todo lo imprescindible de un rincón al otro. Y la muchedumbre inevitable que se apiñaban para ver qué traía entre manos no importunaban tanto como se había temido. Al contrario, se contentaban solo con observar. Corría el rumor (no se sabía de dónde había surgido) de que Urprox Screl había encendido la fragua no porque hubiera vuelto a dedicarse al oficio de herrero, sino porque alguien estaba interesado en comprarla y quería comprobar que funcionaba como debía antes de pagarle. El comprador, se decía, procedía del corazón de las Tierras del Sur, un hombre que viajaba acompañado de su esposa joven y su padre anciano. De vez en cuando se les veía junto a Screl, o en la entrada

de la herrería o merodeando por las calles de la ciudad, yendo y viniendo, recabando información sobre la herrería que pretendían comprar y tratando de decidir si la compra era razonable.

Para Urprox, el tiempo pasaba con rapidez. Las dudas que albergaba, tan acuciantes la primera noche, se habían desvanecido, sustituidas por la euforia inesperada que lo había embargado al prepararse para el desafío que suponía ese trabajo singular. No había un herrero en las Cuatro Tierras que hubiera trabajado con magia, al menos no que alguien supiera, y era imposible no estar emocionado al ser el primero. En el fondo sabía, igual que Kinson Ravenlock había reconocido, que era el mejor de su oficio, que había dominado el arte de convertir el metal en hojas que no tenían parangón. Y ahora se le pedía que fuera más allá de lo que nunca había ido, que creara un arma que fuera la mejor que hubiese forjado; era un artesano con suficiente experiencia como para ser consciente de la gran confianza que depositaban en su talento. Todavía no sabía si la hoja realizaría la empresa que Bremen decía que iba a llevar a cabo, si de algún modo impediría que se produjera la invasión que el anciano había previsto, si los protegería de la amenaza que constituía el Señor de los Brujos. De estas cuestiones habrían de ocuparse los otros. Urprox Screl solo tenía que centrarse en el desafío que suponía aplicar todas sus habilidades de una manera que nunca había creído posible.

Estaba tan absorto en las preparaciones que pasó dos días ocupado antes de reparar en que no se había mencionado el pago, aunque acto seguido se había percatado de que no marcaba ninguna diferencia, ya que en este caso el pago carecía de importancia.

No se había olvidado de nada durante los dos años que llevaba con la herrería cerrada y era gratificante descubrir que todavía sabía exactamente qué había que hacer. Acometió el oficio con confianza y resolución, encendió el fuego en la boca de la fragua, comprobó su potencia con pequeñas pruebas que fundían metales de distintas durezas y consistencias. Llegó el combustible y el material adicional que había solicitado y lo almacenó todo. El druida, el fronterizo y la muchacha pasaban a verlo para saber cómo le iba y desaparecían de nuevo. No sabía adónde iban cuando se marchaban de la herrería. También desconocía con cuánta exactitud controlaban sus avances. Tan solo hablaban con él alguna que otra vez y, en esas ocasiones, el anciano era quien tomaba la voz. De vez en cuando, el herrero se planteaba hasta qué punto se había entregado a esa empresa, hasta qué punto creía la historia del anciano sobre la destrucción que se cernía sobre todos ellos. Pero eran ideas pasajeras que desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. A esas alturas se

sentía como una vagoneta desbocada, que avanzaba a tanta velocidad que nada lo podía detener. El trabajo era lo único que importaba. Le sorprendió descubrir lo mucho que lo había echado de menos: el olor agrio del combustible al ser consumido por las llamas, el repicar de los metales en bruto mientras los conducía al crisol, la quemazón del fuego sobre la piel, la ascensión de la ceniza y el humo hacia la chimenea de la fragua; eran viejos amigos que habían venido a darle la bienvenida ante su regreso. Le asustaba pensar con qué facilidad había roto su juramento de no volver al oficio. Pero todavía le asustaba más pensar que esta vez no sería capaz de abandonarlo.

La tercera noche, a una hora muy avanzada, los tres fueron a verle por última vez, el druida Bremen, el fronterizo Kinson Ravenlock y la muchacha, cuyo nombre nunca dijeron. La fragua estaba lista y daba la sensación de que lo sabían sin que nadie se lo dijera; llegaron tras el ocaso y lo saludaron de un modo que indicaba que habían venido para ser testigos del cumplimiento de su promesa. Los metales que necesitaban fundir estaban colocados uno al lado del otro; los moldes estaban abiertos, listos para que se les vertiera el líquido, y los cabestrantes, las poleas, las cadenas y los crisoles que conducirían el material sin trabajar a través de las distintas fases de preparación estaban todos ubicados donde les correspondía. Urprox se sabía la fórmula del anciano de memoria. Todo estaba listo.

Se sentaron los tres juntos durante un rato entre la penumbra de la herrería, mientras esperaban a que la ciudad se acallara y sus habitantes durmieran, mientras el calor los envolvía y la noche seguía su curso. Dijeron poca cosa, escuchaban los ruidos, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Los ciudadanos de Dechtera se arremolinaban, iban y venían como olas que chocan con las rocas de una playa lejana, siempre fuera de su campo de visión. La medianoche se acercaba y la muchedumbre se dirigió hacia las tabernas y las casas de placer, y las calles comenzaron a vaciarse.

Entonces, el anciano se levantó, tomó la mano de Urprox Screl y la sostuvo.

—Esta noche debéis realizar vuestra mejor obra —le advirtió con firmeza—. Que nuestra empresa tenga éxito depende de eso.

El herrero asintió. Se había desnudado hasta la cintura y la musculatura brillaba, cubierta de sudor.

—Haré lo que haya que hacer. No os olvidéis de hacer lo mismo.

Bremen sonrió ante esta réplica, las arrugas de su rostro anciano se acentuaron bajo la luz que emitía la fragua, el fuego que llameaba tras las rendijas de la puerta.

—No os da miedo, ¿verdad?

—¿Miedo? ¿Cómo voy a tener miedo del fuego y del metal? ¿De crear un arma más tras haber forjado miles, aunque esta deba hacerse con magia? —Urprox Screl negó con la cabeza—. Antes me daría miedo el aire al respirar. Lo que vamos a hacer esta noche no es distinto de lo que llevo haciendo toda la vida. Tiene alguna variación, tal vez, pero ya está. Además, ¿qué es lo peor que me podría ocurrir? ¿Que falle? Eso no va a suceder.

—La magia siempre es impredecible. Incluso si procedéis con constancia y cautela, y aplicáis toda vuestra destreza, puede que la magia demuestre no ser suficiente.

El herrero estudió al anciano por un momento y luego soltó una carcajada lenta.

—Eso no os lo creéis ni vos. Sois tan artesano como yo. Preferiríais morir antes que dejar que la magia os fallara.

Se produjo un largo silencio mientras ambos se miraban, el calor del fuego los bañaba y la luz titilaba sobre la piel arrugada de sus rostros.

—Me estáis evaluando por última vez —observó el herrero en voz baja—. No os preocupéis, no es necesario. Estoy listo.

Sin embargo, el anciano sacudió la cabeza.

—Lo que estoy evaluando son los efectos que esto tendrá para vos. No podéis trabajar con magia y salir intacto. Vuestra vida no será la misma tras lo que ocurra esta noche. Sin duda lo intuís.

Urprox Screl esbozó una sonrisa irónica lentamente.

—Precisamente, cuento con que la cambie. Dejad que os confiese algo: excepto por Mina y los niños, estoy harto de la vida que llevo. Estoy harto del hombre en el que me he convertido. No lo comprendía hasta que llegasteis. Ahora lo comprendo demasiado bien. Así que, ahora mismo, cualquier cambio es bienvenido.

Notó cómo los ojos del otro lo evaluaban un momento, percibió el peso de su mirada en lo más profundo de su ser y se preguntó si habría hablado con demasiada severidad.

No obstante, el anciano asintió.

—Bien. Empecemos, pues.

* * *

Se contarían historias sobre lo que ocurrió esa noche durante años, cuentos que andarían de boca en boca hasta adoptar el estatus de leyenda. Procederían de distintas fuentes, pero todas tendrían el origen en lo que alcanzaron a ver los transeúntes que se pararon un instante para entrever lo que sucedía dentro de la gran herrería de Urprox Screl. Las puertas estaban abiertas ante la noche, para que al aire fresco entrara y el calor viciado saliera, y los que se obligaron a acercarse lo suficiente fueron testigos de imágenes que más tarde afirmarían que eran fruto de la locura.

Urprox Screl forjó una espada esa noche, pero el modo que utilizó para crearla sería para siempre tema de controversia.

Todas las historias coincidían con los personajes protagonistas. Aparecían entre el aire cargado de humo y cenizas como espectros, inclinados bajo el calor y el fulgor de la fragua, y se incorporaban momentáneamente para realizar alguna tarea que la forja requería para, acto seguido, volver a esconderse de nuevo. Uno era el herrero, el reconocido maestro de su oficio, el hombre que había renunciado a su trabajo durante dos años y luego, durante una sola noche, sin decirle nada a nadie, había vuelto a dedicarse al oficio. Otro era el anciano, vestido con su cogulla negra, que a veces parecía casi etéreo y otras, tan sólido como una roca. Y los otros eran el fronterizo y la muchacha. Cada uno tenía un papel asignado. El herrero y el anciano trabajaban codo con codo para forjar el arma. El hombre más joven les hacía de ayudante y, bajo sus órdenes, les agarraba eso o les llevaba aquello; ofrecía su fuerza y su peso allí donde fuera necesario. La muchacha estaba al lado de la puerta y se aseguraba de que nadie tratara de entrar ni se entretuviera en el umbral durante mucho rato solo para observarlos. Por extraño que pareciera, ella era quien causaba una mayor impresión. Había quienes decían que cambiaba de forma para prevenir a los fisgones y se transformaba en una bestia del averno o en un gato del páramo durante unos segundos. Había quienes decían que había bailado desnuda ante la gran fragua celebrando un rito que ayudaría a templar el metal. Había quienes decían que si te miraba, perdías la cabeza. Todos coincidían en una cosa: esa muchacha era mucho más de lo que aparentaba.

Era innegable que esa noche se usó magia. El calor del fuego era demasiado intenso; el brillo, demasiado fuerte; las explosiones cuando vertieron el metal fundido, demasiado vigorosas. Había quienes decían que habían visto una lanza de luz verde que surgía de las manos del anciano para alimentar al fuego de la fragua, que habían visto que ayudaba a los cabestrantes y las poleas a elevar el metal y apartarlo de las llamas, y

contemplaron cómo esa luz afilaba la hoja después de salir del molde que había suavizado y pulido la superficie rugosa. Mientras el maestro herrero iba metiendo distintos metales en la fragua, mientras los mezclaba y luego removía la aleación, el anciano murmuraba cánticos. Los metales entraban en la fragua y volvían a salir. El fundido se vertía en un molde, se templaba y se alisaba a martillazos una y otra vez. Y, cada vez, la magia del anciano llameaba, brillante, acompañándolo. Era evidente que se usó magia en la forja, en eso coincidían todos los que contaban la historia.

Estos también mencionaban la imagen omnipresente de una mano sosteniendo en alto una antorcha encendida. Nadie comprendía la relevancia que esto tenía, pero era un fantasma que parecía surgir por doquier. Algunos lo habían visto en un medallón que el anciano se había sacado de entre los ropajes. Otros lo habían visto reflejado en las llamas de la fragua que se proyectaban sobre la pared de la herrería. Otros lo habían visto emerger del mismísimo fuego, surgido del centro más caliente del horno, como un espíritu que se levanta de entre los muertos. Pero aquellos que habían sido los últimos en verlo lo habían distinguido en la empuñadura de un sable magnífico, fundido con el metal de la forja, una imagen bruñida y refulgente, el puño se cerraba en la junta de la hoja con la empuñadura y la llama subía por la hoja hacia la punta.

Fundir, templar, dar forma y afilar la espada les llevó lo que quedaba de noche. Se oían ruidos extraños además de los martillazos del herrero y el silbido del vapor cuando se enfriaba el metal. Los fuegos tenían colores que nadie había visto antes en las llamas, una gama de arcoíris que trascendía toda experiencia de forja en una ciudad llena de herreros. En el aire flotaban olores y sabores que no eran propios de un acto así, sombríos e imponentes. La gente que se acercó a la fragua esa noche echaba vistazos rápidos y llenos de preocupación mientras se preguntaban qué era esa virulencia que habían presenciado, para luego retomar su camino.

Por la mañana, la forja de la espada había llegado a su fin y los tres extranjeros habían desaparecido. Nadie los vio partir. Nadie sabía adónde habían ido. La espada también se había esfumado, y se supuso que aquel trío se la había llevado. La herrería estaba vacía bajo la luz del amanecer mientras los fuegos se extinguían y la fragua se enfriaba, un proceso que duraría días. Los pocos que se atrevieron a acercarse demasiado a las puertas abiertas afirmaron luego que el suelo chisporroteaba cuando trataban de observar qué ocurría ahí dentro. «Magia», susurraban. Era obvio.

Urprox Screl se fue a casa y no volvió. La fragua había vuelto a cerrar, anunció. Habló con sus amigos y vecinos como siempre y les aseguró que esa noche no había ocurrido nada perjudicial. Había forjado una espada para unos clientes potenciales y se habían ido para considerar el valor de la compra. Sonreía cuando lo decía. Parecía bastante tranquilo. Sin embargo, su mirada reflejaba un halo de angustia y se le perdía en la lejanía.

Al cabo de un mes, se había ido de la ciudad. Mina, sus hijos y sus nietos se habían ido con él, la familia al completo. A esas alturas, ya circulaban rumores de que había vendido el cuerpo y el alma a los seres oscuros que vivían en el norte. Nadie quería tener ningún tipo de relación con él. Era mejor que se hubiera ido, en eso estaban todos de acuerdo.

Nadie sabía adónde había ido. Por supuesto, también corrían rumores sobre eso. Siempre corrían rumores.

Unos dijeron que se había ido hacia el norte, hacia las tierras fronterizas y se había instalado allí con su familia. Otros, que se había cambiado el nombre para que nadie supiera quién era.

Años más tarde, hubo un hombre que afirmaría haberlo visto. Era un comerciante de joyas que viajaba a lo largo y ancho de las Cuatro Tierras, siempre buscando nuevos mercados. Informó que en una aldea que quedaba por encima del lago del Arcoíris se había topado con Urprox Screl.

Pero ya no usaba el nombre Screl.

Ahora respondía al nombre de Cesta.

El viento y la lluvia azotaban el baluarte y las murallas de la fortaleza Stedden, un reflejo de la violencia de la batalla que se libraba a las puertas del castillo. El ejército de las Tierras del Norte había atacado el bastión dos veces y ambas había sido repelido por los enanos. Ahora se acercaba la medianoche, el cielo estaba negro y el aire cargado de lluvia; la luz era tan tenue que era imposible ver nada más allá de un par de pies, excepto cuando un rayo abrasaba todo el Cuerno del Cuervo con un estallido brillante y momentáneo.

Iban a perder esta también, pensó Risca mientras bajaba a zancadas la escalera de la muralla principal hacia el patio central; buscaba a Raybur. Ninguno de ellos creía que no fueran a hacerlo. Que hubieran resistido hasta ahora era un pequeño milagro. Que todavía estuvieran vivos tras semanas de luchar y batirse en retirada era un milagro aún mayor. Con todo, se les acababan el tiempo y la suerte. Los habían entretenido durante tanto tiempo como habían sido capaces, pero habían llegado al límite.

«¿Dónde están los elfos? ¿Por qué no han venido?».

Tras la retirada de las Wolfsktaag, durante semanas, los enanos habían realizado maniobras de contención contra las tropas norteñas que avanzaban. El ejército del Señor de los Brujos los había aplastado a cada oportunidad y, sin embargo, habían seguido luchando. En las Wolfsktaag habían tenido suerte: habían escapado sin apenas pérdidas entre los suyos. Pero la suerte les había durado poco. Desde entonces se habían vuelto a enfrentar una docena de veces y en varias de ellas los perseguidores los habían aventajado, ya fuera por fortuna o perseverancia. A los enanos que habían atrapado los habían masacrado allí mismo. A pesar de que los oriundos de las Tierras del Este habían luchado con fiereza y habían provocado grandes bajas en las líneas enemigas, estas pérdidas parecían no tener importancia. Los superaban en

número y fuerza combativa, los enanos no tenían ni una sola oportunidad contra un ejército de esa envergadura. Eran valientes y decididos, pero se habían visto obligados a retroceder una y otra vez.

Ahora estaban en el corazón del Cuerno del Cuervo y corrían el riesgo de que también los echaran del protectorado. Habían perdido las Wolfkstaag y el Anar Central. Culhaven había sido de las primeras ciudades en caer. El tramo del río de Plata que discurría desde el lago del Arcoíris hasta el Cillidellan se encontraba bajo control enemigo. Era imposible saber cuánto territorio de la zona norte habían perdido. Era muy probable que todo. Si también perdían el Cuerno del Cuervo, los enanos se verían forzados a retirarse hasta el Alto Bens y al castillo que había en Dun Fee Aran. Si caía este también, habrían perdido el último bastión al que podían replegarse. No les quedaría otra opción que huir hacia las tierras del este, un territorio en el que apenas se habían aventurado.

Y eso era lo que iba a suceder, supuso Risca. Era evidente que no serían capaces de resistir mucho más aquí. Iban a tomar la fortaleza Stedden por la mañana. Ya habían cruzado el foso que la rodeaba y la zona de trampas, y los norteños estaban construyendo escaleras para superar las murallas. Parecía que el viento y la lluvia no afectaban sus actividades. Estaban sometidos a algo mucho más poderoso que los elementos: el temor, la locura y el horror que les inspiraba la criatura que los dirigía. La magia los impulsaba a seguir, oscura y terrible y, tal vez para ellos, en su estado actual, incluso la muerte era preferible a enfrentarse a las consecuencias de fracasar.

Risca llegó al pie de las escaleras y salió de la torre hacia el patio. Los ruidos de la batalla lo rodeaban, una cacofonía que ni siquiera el ímpetu de la tormenta era capaz de aplacar. Un ariete aporreaba los portones con insistencia mecánica y constante. Las puertas temblaron pero resistieron. Sobre las almenas, los enanos disparaban flechas y lanzas contra unos atacantes tan apelotonados que era imposible fallar. Una columna de fuego se elevaba en un muro, restos de un ataque previo que los enanos habían conseguido repeler. Estos corrían en todas direcciones, trataban de llenar los huecos en la línea de defensa, aunque no había suficientes hombres.

Raybur se materializó de pronto entre todo ese caos y lo agarró del brazo.

—¡Solo podremos resistir hasta que hayan terminado de construir las escaleras! —gritó por encima del viento mientras acercaba el rostro al del otro—. ¡No podemos hacer nada más, Risca!

El druida asintió. El desgaste había hecho mella en él y se sentía desanimado. Estaba cansado de correr, exhausto de que los persiguieran y

furioso porque por enésima vez tendrían que volver a huir.

—Los túneles ya están listos —respondió, sin molestarse en elevar la voz. Justo acababa de volver de comprobar que la vía de escape estaba abierta y era segura. Geften había explorado los túneles para asegurarse de que estaban despejados. Los enanos huirían a través de los corredores que nacían en la parte posterior de la fortaleza, recorrían el interior de la montaña y conducían a la ladera este de los picos. Desde allí, descenderían hasta el valle repleto de arboledas densas que se extendía más allá y desaparecerían de nuevo.

Raybur lo arrastró hasta el abrigo que ofrecía la entrada de la torre por la que el enano había salido. Entonces, lo agarró con una mirada dura.

—¿Qué les ha ocurrido a los elfos? —preguntó el rey enano con un furia muy controlada.

Risca sacudió la cabeza.

—Iban a venir si Tay Trefenwyd encontraba el modo de traerlos. Les ha ocurrido algo. Algo que desconocemos.

Raybur sacudió la cabeza, su desagrado era evidente.

—Eso provoca que esta guerra sea un tanto unilateral, ¿no te parece? Somos solo nosotros contra un ejército de esa envergadura. —Se oían gritos que procedían de las murallas y los defensores corrieron a rellenar un nuevo hueco—. ¿Cuánto más se supone que debemos resistir? ¡En cada nueva batalla perdemos más hombres y no nos podemos permitir tantas bajas!

Su ira era comprensible. Una de aquellas bajas había sido su hijo mayor. Wyrík había muerto hacía cuatro días, abatido por una flecha descarriada. Se estaban retirando por el Anar y acercándose al Cuerno del Cuervo en un intento por llegar a la fortaleza Stedden. La flecha le había atravesado el cuello y se le había hundido en la cabeza. Había fallecido en el acto, casi antes de que nadie se hubiera dado cuenta de que le habían dado. Raybur estaba a su lado cuando había sucedido y lo había cogido en brazos cuando se había desplomado.

Los dos enanos se quedaron mirándose en las sombras húmedas de la entrada, ambos recordando la muerte del chico y viéndolo reflejado en los ojos del otro.

Raybur desvió la vista, indignado.

—Si tan solo nos hubieran mandado algún mensaje, alguna garantía de que la ayuda va a llegar... —Sacudió la cabeza de nuevo.

—Bremen nunca nos dejaría en la estacada —afirmó Risca en voz baja, con firmeza—. Pase lo que pase, va a venir.

Raybur entrecerró los ojos.

—Si todavía sigue vivo.

Las palabras se quedaron flotando en el silencio, afiladas, acusadoras, funestas y cargadas de desesperación.

En aquel instante, un ruido desgarrador y terrible hizo trizas la perspectiva momentánea de que el anciano hubiera muerto: era el crujido horroroso de sujeciones de metal que reventaban y de vigas de madera que cedían. Enseguida, ambos supieron qué ocurría, pero Raybur fue el primero en verbalizarlo:

—¡Las puertas!

Salieron corriendo de la entrada y se adentraron en la noche lluviosa. Un relámpago de luz escindió la cúpula oscura de nubarrones. Ante ellos, los portones se sacudían bajo la arremetida del ariete. Los goznes ya se habían roto y el travesaño se había astillado. Los enanos estaban tratando de apuntalar la barrera combada con vigas adicionales, pero solo eran cuestión de tiempo que todo se viniera abajo. El embate del ariete se había intensificado y los gritos de los atacantes habían aumentado. En la muralla, los enanos se retiraron de las posiciones de defensa con aire vacilante. Flear se acercó corriendo a su padre con la melena al viento.

—¡Debemos sacar a todo el mundo de aquí! —gritó, con el semblante pálido y acongojado.

—¡Hazlo! —le soltó Raybur, con un tono gélido y cortante—. ¡Que se retiren de las murallas y vayan por los pasillos de la fortaleza hasta los túneles! ¡Ya he tenido bastante!

Flear se alejó a toda prisa y Raybur, montando en cólera, giró sobre los talones y se encaminó a grandes zancadas hasta los portones, con una expresión resuelta y las facciones duras encendidas. Risca adivinó qué pretendía, así que lo siguió, lo agarró del brazo y le hizo dar media vuelta.

—No, Raybur —manifestó—. ¡Yo contendré la arremetida, no tú!

—¿Solo? —le espetó el rey, y se zafó del agarre.

—¿A cuántos ibas a pedirselo tú? —replicó Risca, irónico y crispado—. ¡Venga, ve! ¡Guía al ejército!

La lluvia les empañaba los ojos y los obligaba a pestañear con rapidez. Eran dos figuras solitarias enfrascadas en un enfrentamiento.

—¡Es una locura! —siseó el rey.

Risca sacudió la cabeza.

—Eres el rey, debes mantenerte a salvo. ¿Qué será de los enanos si te abaten? Además, yo poseo la magia de los druidas para protegerme, algo que tú no. ¡Venga, ve, Raybur!

La puerta de la derecha cedió, astillada, y quedó reducida a escombros. Un cúmulo de formas oscuras se apreciaba al otro lado, las armas destellaban. Risca alzó las manos, con los dedos doblados, invocando la magia druida. Raybur vaciló y, entonces, se alejó a toda prisa mientras llamaba a los comandantes y les gritaba órdenes para dirigir la retirada. Los enanos bajaron de las almenas como pudieron y se precipitaron hacia las puertas de las torres y los pasillos de la fortaleza. Los hombres que había ante las puertas ya habían huido. Risca se alzaba, solo, en medio del aguacero y esperaba con tranquilidad. Había sido una decisión fácil de tomar. Estaba cansado de huir, de que lo persiguieran. Estaba listo para plantar cara y luchar. Quería aprovechar esta oportunidad.

Cuando la primera oleada de atacantes se abalanzó por la abertura, les azotó con fuego druida. Quemó todo lo que había a la vista. Las llamas se elevaron entre los escombros y consumieron las filas de la vanguardia del ejército antes de que pudieran plantearse la opción de huir. En la oscuridad que se extendía al otro lado, otros se replegaron, incapaces de soportar el calor. Risca mantuvo el fuego encendido un momento más y luego dejó que se extinguiera. Una ráfaga estimulante de magia lo embargó y acalló el temor y las dudas, el cansancio y el dolor. Lo ayudó, como siempre le ocurría en el fragor de la batalla, lo único para lo que vivía.

Se reanudaron los golpetazos de ariete y la segunda puerta también se derrumbó y amplió la entrada. Pero nadie la cruzó. Risca alzó la mirada, a pesar de la cortina de lluvia. Los enanos que quedaban estaban bajando de las almenas y salían de las atalayas. En cuestión de minutos, estaría solo. Debía huir ahora, era consciente de ello. Debía salir corriendo con los demás, escapar mientras pudiera. No tenía ningún sentido quedarse. Con todo, era incapaz de dar media vuelta. Le daba la sensación de que tenía el resultado de la guerra entre las manos, como si, al quedarse donde estaba, al plantar cara, pudiera detener el ataque que amenazaba con aplastarlos a todos.

Entonces, una figura enorme se materializó en la entrada carbonizada; una forma oscura que cruzó el umbral con pasos pesados. Risca dudó, esperaba a ver qué era. La silueta negra apareció ante su vista, avanzaba hacia la luz pálida e inestable del fuego que se extinguía. Era una criatura del averno de Brona, que se revelaba con la llegada de la noche, un ser de lodo y cieno, de púas y placas acorazadas, con extremidades pesadas y un cuerpo inmenso. Avanzaba erguida, pero apenas era humana, iba encorvada como si cargara con el peso de su propia fealdad, y en los ojos amarillos refulgía el brillo de la necesidad de matar. Al ver al druida, aminoró el paso y se volvió para

enfrentarse a él. Cargaba con un buen garrote y lo sostenía con las dos garras que tenía por manos.

—Vaya, vaya —suspiró Risca.

La criatura se quedó un momento en la abertura y entonces avanzó con dificultad a través de los escombros quemados. Nadie más apareció, a pesar de que Risca oía cómo los norteños se preparaban, colocaban las escaleras que tenían contra los muros desguarnecidos, se concentraban en la oscuridad mientras esperaban la carga que los iba a hacer entrar a la fortaleza Stedden.

«Mientras tanto, han mandado esta criatura aquí para desafiarme», pensó Risca, que sabía que no podía ser por otra cosa. ¿Acaso creían que no le iba a plantar cara? ¿Querían ponerle a prueba para evaluar qué tipo de poder poseía el druida, cuán grande era su fuerza de voluntad? ¿Qué razón había tras este disparate?

No podía responder ninguna de estas preguntas, claro. Y ahora el monstruo iba a por él mientras se abría camino entre los escombros y los cuerpos y se adentraba en el patio, con los faros que tenía por ojos clavados en el druida.

«Quieren atraparme», pensó el druida de pronto. «Es una táctica para distraerme, una diana contra la que dirigir la magia para luego venir a buscarme en tropel». La arrogancia que demostraban le arrancó una sonrisa.

La criatura del averno avanzó a trompicones hacia él, cada vez más deprisa. Levantó el garrote, que le hacía las veces de escudo y de arma, ante él. Todavía estaba a tiempo de huir, pero Risca se mantuvo firme. Los habitantes de las Tierras del Norte le estaban observando. Sabían quién era y estaban esperando a ver cómo reaccionaba. Así que les ofrecería algo que iban a recordar.

Cuando la criatura se encontraba a una docena de pies, Risca alzó el hacha de guerra sosteniéndola con ambas manos, dio una vuelta para coger impulso y arrojó la hoja refulgente contra el monstruo. La bestia, que ya se encontraba muy cerca, se había lanzado a la carga y no podría desviar el golpe. El hacha se le hundió en la frente poblada y se la partió en dos con el chirrido del metal hendiendo el hueso. La fuerza del golpe le echó la cabezota hacia atrás. La sangre comenzó a correr por aquel rostro destrozado, un icor negro que llenaba las fauces abiertas de la criatura. La bestia cayó de rodillas, muerta ya, y empezó a inclinarse hacia adelante.

Risca ya estaba retrocediendo, corriendo para ponerse a salvo en el amparo que le ofrecía la puerta, cuando algo más se movió en las sombras que había a cada lado. Erigió su defensa mágica por instinto. Un resplandor

repentino de las llamas iluminó a un puñado de Portadores de la Calavera que surgían de entre las sombras con sigilo, con las alas negras y los ojos rojos refulgentes mientras trataban de rodearlo. Risca apretó los dientes del asco. Habían ido más rápido de lo que había pensado, habían superado la muralla mientras él esperaba atentamente a que se acercara el señuelo. Atacó hacia la izquierda, al Portador que tenía más cerca, y le asestó un azote de fuego druida. El cazador alado retrocedió, entre silbidos airados, y un fuego carmesí estalló ante Risca mientras este trataba de llegar a la entrada de la torre. Algo lo atacó y lo hizo caer de bruces: era un Portador, que lo acuchilló con las garras. Risca rodó para liberarse y volvió a ponerse de pie. El humo surgía de los lugares donde el fuego se mezclaba con la lluvia y la niebla. Los truenos retumbaban, un estruendo con una ferocidad renovada. Gritos de júbilo acompañaron a los norteños cuando entraron en tropel por la abertura desprotegida que conducía al patio que quedaba a sus espaldas.

Otro Portador de la Calavera lo atacó, la figura negra lo embistió de pronto y pudo evitarla por los pelos. Las lanzas y las flechas surcaban el aire a su alrededor. ¡Qué bobo había sido al retrasarse tanto! El pensamiento le cruzó la mente en un abrir y cerrar de ojos. Lanzaba esquirlas de fuego druida a ambos lados y echó a correr entre la lluvia de saetas, garras y dientes para llegar a la puerta. No volvió la mirada: ya sabía qué vería y temía que lo dejara paralizado. Hizo retroceder a otro Portador de la Calavera que se había lanzado ante él para tratar de entorpecerle la huida. Desesperado, el enano mandó una ráfaga de fuego druida en todas direcciones, así obligó a recular a los enemigos que buscaban rodearlo. Superó corriendo los últimos metros que lo separaban de la entrada como si él mismo estuviera ardiendo y se lanzó a través del umbral.

Cayó en la oscuridad, pero se levantó en un segundo y siguió adelante a toda velocidad. Los pasillos del castillo estaban negros como la boca del lobo, el fuego de las antorchas se había extinguido, pero conocía la fortaleza Stedden y no necesitaba luz para encontrar el camino. Oyó que le perseguían y, cuando hubo recorrido la longitud del primer corredor, se volvió durante el rato suficiente para llenar el pasillo de fuego de una punta a la otra. Era suficiente para entorpecerlos, pero no para nada más. Sin embargo, eso era todo lo que necesitaba.

Al cabo de poco, cruzó un portón de placas de hierro, lo cerró de un portazo y echó los barrotes para impedir que lo siguieran. Ahora ya no lo iban a atrapar. No esta noche. Sin embargo, había estado demasiado cerca como

para poder desechar la posibilidad de que la próxima vez no tendría tanta suerte.

Se apartó la sangre que le surcaba los ojos con la mano; sentía el escozor de un corte profundo en la frente. No estaba gravemente herido. Tendría tiempo de sobra para ocuparse de eso luego. Raybur y los demás lo estarían esperando en los túneles. Risca conocía demasiado bien al rey enano para pensar que lo iba a abandonar. Los amigos no se hacían eso.

Tragó saliva; notaba la garganta seca.

Entonces, pensó sombríamente, ¿qué pasaba con Tay Trefenwyd y los elfos?

* * *

La noche se cernió sobre Arborlon como una manta de oscuridad suave y cálida. Aquí no llovía como hacía en el este. Jerle Shannara estaba de pie tras el ventanal del caserío mientras esperaba la llegada del amanecer. No había pegado ojo en toda la noche, lo acosaban unas dudas que sabía que tenían su origen en la pérdida de Tay Trefenwyd, lo turbaba la posibilidad de lo que podría haber sido y de lo que iba a ser sin duda. Se encontraba en la cima de una subida que había comenzado hacía semanas y culminaría con la llegada del nuevo día, y no podía deshacerse de la desesperación que lo embargaba al saber que las circunstancias y la fortuna habían sentenciado su destino de un modo que nunca hubiera podido prever, y que ahora no podía cambiar.

—Ven, cariño —lo llamó Preia Starle desde el vestíbulo oscuro, donde se encontraba con los brazos alrededor del cuerpo de forma protectora.

—Estaba pensando —replicó él al instante.

Ella se acercó, le rodeó la cadera con los brazos y lo estrechó contra sí.

—Últimamente piensas demasiado.

Era cierto, se imaginó el elfo. No era así antes, cuando Tay estaba vivo; antes de que llegara el Señor de los Brujos y el sufrimiento que había asolado al pueblo elfo. Había sido más libre entonces, su vida y su futuro le pertenecían, y tenía un abanico de posibilidades para elegir. Con qué celeridad había cambiado todo.

Alzó una de sus manazas y la posó sobre la mano de Preia.

—Sigo sin querer ser rey.

Y no obstante, con la llegada del alba se convertiría en rey. Lo coronarían al amanecer, como marcaba la tradición de los reyes elfos desde la vieja

época del mundo de la magia. Ahora ya se había decidido, se había resuelto tras los acontecimientos que se habían desatado con el asesinato de Courtann Ballindarroch y habían culminado con la muerte de su último hijo. Durante semanas, el pueblo elfo había mantenido la esperanza de que el heredero del rey volvería de la búsqueda desatinada de los asesinos de su padre. Sin embargo, Alyten era un muchacho impulsivo e insensato y nunca debería haber salido a buscar los problemas que se había encontrado. Los norteños lo habían estado esperando, esperaban que él quisiera perseguirles. Dejaron que diera con ellos, lo atrajeron, le tendieron una emboscada y lo mataron. Los que iban con él y sobrevivieron, tan solo unos pocos, habían traído el cuerpo a casa. Había sido el último heredero al trono de la familia Ballindarroch con edad suficiente y había sido la última esperanza de Jerle Shannara de que el pueblo elfo no le pidiera que se convirtiera en rey.

Eso precisamente había sido lo que habían hecho al instante, claro. Para empezar, muchos nunca habían querido que Alyten ascendiera al trono. Las gentes de las Tierras del Norte les amenazaban de nuevo: controlaban todo Streleheim y habían cerrado cualquier vía de contacto que pudieran tener con otras tierras y sus habitantes. Pronto invadirían las Tierras del Oeste, eso no lo dudaba nadie. Tan solo estaban esperando el regreso del Señor de los Brujos, que se había ido al este a atacar a los enanos. Los elfos cazadores que habían partido a explorar habían sido capaces de descubrir eso. Con todo, el Consejo Supremo no quiso hacer nada, esperaban la reaparición de Alyten, aguardaban una declaración formal de que Jerle se convertiría en rey. Ahora Alyten ya no estaba y solo quedaban los dos nietos, demasiado pequeños para reinar, demasiado jóvenes siquiera para comprender la barbaridad de las circunstancias a las que se enfrentaban. ¿Debía gobernar un regente en su lugar? ¿Debían ascender al trono y reinar con la ayuda de los consejeros? De inmediato, se extendió el fuerte sentimiento de que ni lo primero ni lo segundo era suficiente para impedir el desastre que los amenazaba y que Jerle Shannara, como primo hermano del rey y guerrero y estratega más experimentado en las Tierras del Oeste, era su única esperanza.

Con todo, el debate sobre este tema hubiera seguido indefinidamente de no haber sido por la urgencia de las circunstancias que vivían y por la determinación de Preia Starle. Había acudido con Jerle casi enseguida en cuanto el cuerpo de Alyten hubo regresado, cuando el debate era tan virulento que amenazaba con dividir el pueblo elfo sin remedio.

—No puedes permitir que ocurra —le había dicho ella. Había ocurrido de noche, un crepúsculo aletargado y sosegado, de esos en que el calor del día

persistía, denso y pastoso, en las comisuras de los ojos y la boca—. Eres la única esperanza del pueblo elfo y lo sabes. Debemos luchar si queremos sobrevivir, Jerle. Los norteños no nos dejan otra opción. Cuando llegue el momento, ¿quién nos va a guiar si no eres tú? Y si nos has de guiar, mejor que lo hagas como rey.

—¡Mi derecho a ser rey se pondrá siempre en entredicho! —le había espetado, cansado del debate, con el corazón en un puño por la necesidad que su gente tenía.

—¿Me quieres? —le preguntó ella, de pronto.

—Sabes de sobra que sí.

—Y yo te quiero también. Así que ahora préstame atención: conviérteme en tu mujer. Conviérteme en tu compañera de vida, en tu abnegada esposa, en tu confidente más íntima y en una amiga para siempre. Ya soy todo eso, así que el paso debería resultarte pequeño. Comprométete conmigo ante los ojos de los elfos. Dile al Consejo Supremo que quieres ser el rey, que adoptaremos los dos niños que han perdido su familia y los criaremos como si fueran nuestros. No tienen a nadie más. ¿Por qué no deberían tenernos a nosotros al menos? Eso terminará con las habladurías. Pondrá fin a las objeciones. Les brindará a los chicos la oportunidad de sucederte en el trono cuando hayan crecido. Vendará las heridas que la muerte de los Ballindarroch ha causado y dejará que el pueblo elfo pueda dedicarse a sobrevivir.

Y así había sucedido. La fuerza de su insistencia le había hecho cambiar de opinión cuando ningún otro argumento lo había logrado. Más tarde, se había maravillado de la sencillez de la solución, de la resolución extraordinaria de Preia Starle. Se habría casado con ella de todos modos, se dijo. La amaba y quería que fuera su esposa. Era su amiga más íntima, su confidente, su amante. Los elfos preferían un rey con herederos y habían querido a la familia Ballindarroch, de modo que habían apoyado que adoptaran a los dos niños. La demanda popular para que Jerle se convirtiera en rey había sido abrumadora.

Entre los brazos de Preia Starle, contempló la noche mientras recordaba hasta dónde había llegado en tan poco tiempo.

—¿Quieres tener hijos, Preia? —le preguntó de sopetón.

Se hizo el silencio mientras ella reflexionaba sobre la cuestión o, al menos, preparaba una respuesta. Jerle no trató de contemplar su rostro.

—Quiero compartir la vida contigo —dijo ella, al final—. De momento, es difícil pensar en otra cosa. Cuando los elfos vuelvan a estar a salvo, cuando el Señor de los Brujos haya sido derrotado... —Hizo una pausa y le dedicó

una mirada fija y prolongada—. ¿Me estás preguntando si los lazos de sangre afectan de algún modo a mi dedicación para con los niños que hemos adoptado? Te aseguro que no. Si no tenemos otros hijos, con los chicos será suficiente. Serán tan nuestros como si los hubiésemos tenido. ¿Satisfecho?

Jerle asintió sin contestar, mientras pensaba en cómo había evolucionado su relación, en cómo había cambiado de forma espectacular con la muerte de Tay. Había cavilado durante mucho tiempo sobre la posibilidad de que ella hubiese podido querer a su amigo, de que podría haberse ido con él si este se lo hubiera pedido. No le preocupaba tanto como quizá debería hacerlo. Él también había querido a Tay y ahora que estaba muerto era difícil tenerle algún tipo de envidia.

—Vas a tener un asiento en el Consejo Supremo —le dijo con un hilo de voz—. Vree Erreden también. Cuando sea capaz de hacerlo, lo nombraré Primer Ministro. ¿Te parece bien?

Ella asintió.

—Ha cambiado mucho tu antigua opinión sobre el localo, ¿verdad?

Jerle se encogió de hombros.

—Pediré que se movilice el ejército elfo para marchar hacia el este. No, qué digo, voy a insistir. —Irguió la espalda con resolución—. Haré lo que Tay habría hecho. Me ocuparé de que los enanos no queden abandonados a su suerte. Me ocuparé de que la piedra élfica negra llegue a manos de Bremen. Si fracaso como rey, no será porque me ha faltado coraje o compromiso.

Se trataba de una declaración impetuosa e intransigente, un apoyo contra las dudas y las incertidumbres que todavía le quedaban en el filo de su propia confianza. Preia lo sabía. El elfo no podía permitirse vacilar. La línea que separaría el éxito del fracaso, la vida de la muerte, sería muy fina.

Preia se estrechó contra él.

—Harás lo que tengas que hacer, lo que sabes que es lo correcto. Serás rey y no habrá arrepentimiento. Guiarás a tu pueblo y lo mantendrás a salvo. Es tu destino, Jerle. Es tu sino. Vree lo ha visto en las visiones. Sin duda ves que es verdad.

Se tomó un momento para contestar.

—Sobre todo veo que no tengo otra opción, así que debo aceptar esta. Y siempre pienso en Tay.

Se quedaron allí, sin hablar, durante largo rato. Luego, Preia lo condujo a través de la oscuridad del casal hasta la cama y lo abrazó hasta que llegó el alba.

Ansiosos por compensar el tiempo que sentían que ya habían perdido, los portadores de la recién forjada espada de Urprox Screl compraron caballos y se dirigieron al norte, cruzaron las Tierras del Sur hasta la frontera y el río de Plata. Viajaron a un ritmo constante, solo se detuvieron para comer y descansar y no intercambiaron demasiadas palabras. Los recuerdos de la forja de la espada inundaba sus pensamientos, las imágenes que conservaban eran tan vívidas que, días más tarde, les parecía que había ocurrido hacía tan solo unos segundos. Que los efectos de la magia invocada trascendía el mismo acto de forjar la espada era innegable. De algún modo, tal vez distinto para cada uno, la creación del talismán los había cambiado. Era como si hubieran vuelto a nacer, la forja les había dado nueva forma, igual que había hecho con la hoja, y ahora era su trabajo descubrir qué forma habían adoptado.

Durante el viaje de regreso, se le asignó a Kinson Ravenlock que cargara con la espada. Bremen se la había confiado en cuanto se habían ido de la ciudad, se había visto obligado a hacerlo debido a una necesidad que el druida apenas era capaz de esconder ante su amigo. Casi parecía como si no pudiera soportar el peso del arma, como si no pudiera aguantar la sensación de tenerla. Había sido un momento extraño y alarmante, pero Kinson había agarrado la espada sin mediar palabra y se la había colgado en bandolera. A él el peso no le afectaba, aunque el papel crucial que jugaría en el futuro de las Razas le era imposible de ignorar. Sin embargo, como él no había presenciado las visiones del Cuerno del Hades, Kinson no sentía la carga de la percepción que el druida tenía del futuro, de modo que la espada no ejercía el mismo influjo sobre él. Cargaba con ella como lo haría con cualquier arma y mientras su mente recuperaba los acontecimientos de su creación no le preocupaba el pasado, sino el presente.

Por la noche, a veces, sacaba la hoja de la funda y la examinaba. No lo hubiera hecho si Mareth no se lo hubiera pedido la primera noche de travesía: la muchacha sentía una curiosidad más poderosa que el miedo y al cavilar sobre lo que había sucedido en la fragua había alimentado la necesidad de ver más de cerca aquello que habían creado. Bremen no había puesto objeciones, pero se había levantado y se había alejado hacia la oscuridad, de modo que Kinson no había visto una razón para no acceder a la petición de Mareth. Juntos, habían sostenido la hoja en alto bajo la luz del fuego y la habían examinado. Era una obra maravillosa, con un equilibrio perfecto, suave, brillante y de líneas elegantes; tan ligera que podía empuñarse con una sola mano, a pesar de su tamaño y longitud. El Eilt Druin se había fundido en la empuñadura justo donde estaba la guarda y la llama que sobresalía del puño subía por la hoja como si quisiera quemar la punta. No se distinguía ninguna imperfección en la superficie pulida: era casi imposible que algo así ocurriera en la forja de una espada convencional, pero en este caso se había propiciado por la fórmula de Cogline y el uso de la magia de Bremen.

Al cabo de unos días de cargar con la espada, a Kinson se le ocurrió que parte de su falta de sobrecogimiento por la importancia de la hoja residía en el hecho de que Bremen parecía no saber todavía qué se suponía que hacía el talismán. Sin duda, iba a derrotar al Señor de los Brujos, ¿pero cómo? La naturaleza de la magia con la que se había imbuido seguía siendo un misterio, incluso para el druida. Estaba destinada a ser empuñada por un guerrero elfo, esto lo había revelado la visión de Galáfilo. No obstante, ¿qué tenía que hacer el guerrero con la hoja? ¿Tenía que blandirla como haría con un arma corriente? Dada la naturaleza del poder del Señor de los Brujos, no parecía demasiado probable. Debía de poseer un magia que Brona no podría resistir, que superaría todas las defensas del druida rebelde y que lo destruiría. Pero ¿qué tipo de magia podía ser? Se decía que el Eilt Druin poseía magia, pero Bremen nunca había sido capaz de descubrir cuál y, fuera la que fuera, al parecer no se había usado ni una sola vez en el largo periodo que abarcaba la existencia del amuleto.

Bremen había admitido todo esto ante el fronterizo y la muchacha y no lo hizo a regañadientes, sino con una mezcla de desconcierto y curiosidad. El misterio de la magia de la espada no era un obstáculo para el druida, sino un desafío al que se enfrentaba con la misma determinación que había demostrado durante la búsqueda del herrero que forjaría la hoja. Al fin y al cabo, no parecía razonable creer que la forja de por sí fuera suficiente para imbuir a la espada de la magia que requería. Ni siquiera la fundición del Eilt

Druin parecía suficiente. Se necesitaba algo más, y el anciano debía hallar de qué se trataba. Un día le había confiado a Kinson que le tranquilizaba ver que habían llegado tan lejos y que habían conseguido tantas cosas. Gracias a eso, creía que podían alcanzar todo lo que buscaban.

Aunque se trataba de una premisa discutible para el modo de pensar de Kinson, Bremen había logrado tantísimas cosas desde que viajaban juntos solo gracias a la fuerza de su fe que no tenía sentido empezar a cuestionarle ahora. Si la espada poseía magia capaz de destruir al Señor de los Brujos, Bremen descubriría qué tipo de magia era. Si la fortuna había determinado que se produjera un enfrentamiento, Bremen encontraría el modo de inclinar la balanza a su favor.

Así, atravesaron el corazón de las Tierras del Sur y regresaron hacia el Monte Batalla en dirección al río de Plata. Su destino, les había advertido el anciano, era el Cuerno del Hades. Allí volvería a visitar a los espíritus de los muertos y trataría de determinar cuál era el siguiente paso que debían dar. A lo largo del camino, trataron de discernir qué habría ocurrido con los enanos. El ambiente era cálido y bochornoso, y se veían obligados a detenerse con frecuencia para descansar, tanto ellos como sus monturas. El tiempo transcurría con renuencia hastiada. No vieron ninguna señal del conflicto que sabían que se estaba librando más al norte ni encontraron ningún rastro de la presencia de habitantes de las Tierras del Norte, y tampoco oyeron ninguna referencia a nada desafortunado por parte de aquellos con los que se cruzaron. Con todo, los tres albergaban la sospecha reconcomedora e inquietante de que, de alguna forma, se habían alejado demasiado del punto de partida y que al regresar encontrarían demasiadas oportunidades perdidas irremediablemente.

A finales de la tarde del primer día de travesía a través del Monte Batalla, Bremen le dio el alto cuando todavía quedaban unas cuantas horas de luz y los hizo salir de las llanuras para adentrarse en los Robles Negros. De nuevo, habían avanzado por un sendero precario que se abría entre dos cenagales y les permitía resguardarse lo justo de los peligros que cada uno escondía. Pero ahora el druida abandonaba toda prudencia y los conducía directamente hacia el bosque prohibido. Kinson contuvo su alarma. Bremen debía de tener una buena razón para dar este rodeo.

Cabalgaron hasta la linde del bosque y se adentraron unos cien pies de distancia; aún divisaban las tierras bajas bañadas por el sol a través de los árboles y las zonas más sombrías del bosque se extendían ante ellos. Entonces, desmontaron. El druida dejó a Mareth a cargo de los caballos y

guió a Kinson hasta un grupo de árboles de hierro, los examinó con esmero durante un rato y luego encontró una rama que se adecuaba a sus objetivos y le pidió a Kinson que la cortara. El fronterizo obedeció sin hacer ningún comentario, usó su sable para cortar a golpes la madera endurecida. Bremen le dijo que podara las ramas secundarias y ramitas y, luego, sostuvo la larga madera cortada con tosquedad y asintió para mostrar su aprobación. Rehicieron el camino para volver con la muchacha y los caballos, montaron y salieron del bosque. Kinson y Mareth intercambiaron una mirada de perplejidad, pero se mantuvieron en silencio.

Acamparon un poco más adelante, en un valle que era poco más que una depresión entre los árboles. Ahí, Bremen le pidió a Kinson que pelara un poco más la rama de árbol de hierro para crear un cayado. Kinson realizó la tarea durante unas dos horas mientras los otros dos preparaban la cena y se ocupaban de los animales. Una vez había hecho todo lo que había podido con la madera, la había alisado allí donde había protuberancias y nudos debido a las ramitas que había cortado, Bremen se la quitó de nuevo. La compañía de tres miembros se sentó alrededor del fuegucito; el día perdía el color y tan solo quedaban unas pocas vetas apagadas de luminosidad al oeste; la noche se acercaba pisando los talones a las sombras que se alargaban y al cielo que se oscurecía. Se habían asentado cerca de los árboles de los Robles Negros, muy alejados de las llanuras. Había un riachuelo que corría por el bosque a tan solo unos metros, se arremolinaba, terco, entre una serie de rocas y luego serpenteaba de nuevo hacia las sombras. Era una noche tranquila y vacía de emociones, libre de sonidos molestos, de movimientos y de la presencia de ojos vigilantes.

Bremen se alzó y se quedó de pie ante la hoguera con el cayado de madera de árbol de hierro. Lo sostenía erguido ante él, un extremo clavado con firmeza sobre la tierra y el otro mirando al cielo, con ambas manos cerradas en la parte central. El báculo medía seis pies de longitud, cortado así según las instrucciones que él mismo había dado, todavía sin pulir tras el pelado que Kinson se había esforzado en realizar.

—Quedaos sentados hasta que haya terminado —ordenó con aire misterioso.

Cerró los ojos y se quedó muy quieto. Al cabo de un momento, las manos comenzaron a brillarle con una luz blanca. Poco a poco, el brillo se extendió a lo largo del cayado en ambas direcciones. Cuando el báculo estuvo envuelto por completo, se puso a latir. Kinson y Mareth lo contemplaron en silencio, conscientes de la advertencia de Bremen. La luz se fundió con la madera y la

tornó de una transparencia extraña. Reptaba hacia arriba y hacia abajo siguiendo patrones peculiares, al principio lentamente y luego aumentó de velocidad. Durante todo el tiempo Bremen siguió inmóvil como una piedra, con los ojos cerrados y el ceño fruncido debido a la concentración.

Entonces, la luz se extinguió y volvió a las manos del druida antes de desaparecer del todo. Bremen abrió los ojos. Inspiró hondo lentamente y levantó el cayado. La madera su había vuelto negra como la tinta, y la superficie era lisa y pulida. Parte de la luz que la había lacrado reflejaba un profundo brillo, una chispa que titilaba y desaparecía antes de reaparecer en otro punto, tan esquiva como el destello del ojo de un gato.

Bremen sonrió y le ofreció el cayado a Mareth.

—Es para ti.

Ella lo aceptó y lo sostuvo, maravillada ante el tacto.

—Todavía está caliente.

—Y seguirá así. —Bremen volvió a sentarse, un atisbo de fatiga emergió en su rostro arrugado—. La magia que lo ha imbuido no puede retirarse, residirá aquí dentro siempre y cuando el cayado siga entero.

—¿Y cuál es el propósito de esta magia? ¿Por qué me das este cayado?

El anciano se inclinó un poco hacia adelante, la luz hacía cambiar las curvas de las arrugas que le surcaban el semblante.

—El cayado va a ayudarte, Mareth. Te has esforzado mucho, y durante mucho tiempo, en buscar el modo de controlar la magia que posees, de evitar que se escape y cause estragos, tal vez incluso de impedir que te consuma. Le he dado muchas vueltas a qué podría hacerse, y creo que el cayado es la respuesta. Se ha diseñado para actuar como conducto. Coloca un extremo con firmeza sobre el suelo y se llevará el exceso de la magia que desees usar.

Hizo una pausa y trató de encontrarse con los ojos negros de la muchacha.

—Entiendes lo que esto implica, ¿no es así? Implica que creo que, ahora que estamos dirigiéndonos al norte, deberás volver a usar tu magia. Cualquier otra expectativa sería poco realista. El Señor de los Brujos nos estará buscando y llegará un momento en el que tendrás que protegerte y tal vez también a otros. Puede que yo no esté presente para ayudarte. Tu magia es demasiado fundamental para ti como para que no puedas confiar en ella. Albergo la esperanza de que el cayado te permitirá usarla sin temor.

Ella asintió despacio.

—¿Incluso aunque se trate de magia innata?

—Incluso así. Al principio te llevará un tiempo a aprender a usar el cayado como se debe, y ojalá pudiera prometerte que te ayudaré este tiempo,

pero no puedo. Debes recordar el objetivo del cayado y, si te ves obligada a defenderte, aclara las ideas siempre contando con él.

Mareth alzó una ceja y dijo:

—No actúes de forma temeraria. No invoques la magia sin pensar primero en el cayado. No uses la magia sin colocar primero el cayado en el suelo y abre un canal que te permita deshacerte del exceso.

El druida sonrió.

—Eres muy aguda, Mareth. Si fuera tu padre, te aseguro que estaría muy orgulloso.

Ella le devolvió la sonrisa.

—De todos modos, ya pienso en ti como si fueras mi padre. No como hacía antes, sino en el buen sentido.

—Me siento halagado. Ahora llévate el cayado y no te olvides de cómo se usa. Cuando llegemos al río de Plata, nos habremos adentrado en territorio enemigo y la batalla contra el Señor de los Brujos empezará de nuevo.

Durmieron bien esa noche y retomaron el viaje al rayar el alba. Cabalgaron despacio, dejaban que los caballos descansaran a menudo con ese calor de mediados de verano, y avanzaron a ritmo constante hacia el norte. A mano derecha, el Monte Batalla resplandecía bajo el sol, yermo y agreste, sin ningún movimiento. A mano izquierda, los Robles Negros se erigían como un muro negro, alto e imponente, sumido en el mismo silencio que cubría las llanuras. De nuevo, avanzaron casi sin mediar palabra; Kinson cargaba con la espada, Mareth con el cayado y Bremen con el peso de lo que les deparaba la fortuna.

Al caer la noche, habían bordeado la Ciénaga Brumosa y habían llegado al río de Plata. Deseoso de llegar a la posición elevada que había poco más adelante, desde donde podrían otear las llanuras de Rabb y todas las Tierras del Norte antes de que naciera el nuevo día, Bremen decidió que cruzarían el río. Hallaron un bajío: el cauce del río corría bajo debido a la poca lluvia y el calor y, mientras el sol se ponía perezosamente tras la superficie brillante del lago del Arcoíris al este, avanzaron a través de una serie de colinas en dirección a un risco. Cuando llegaron allí, desmontaron en medio de una arboleda densa, ataron a los caballos y prosiguieron a pie. A estas alturas, la luz solar ya se había tornado de un gris plateado y las sombras habían comenzado a alargarse. El ambiente, todavía denso a causa del calor del día, había adoptado un regusto humeante; sabía a polvo y hierbas secas. Las aves nocturnas surcaban la oscuridad buscando alimento, destellos de

movimiento que aparecían y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. A su alrededor, los insectos zumbaban, famélicos.

Llegaron al filo del risco mientras el sol veteaba las llanuras de rojo fuego y se detuvieron.

A sus pies se extendía la totalidad del ejército de las Tierras del Norte. Estaba acampado a unos cuantos kilómetros hacia el norte, en las planicies, de modo que los detalles de los banderines de guerra quedaban poco claros, pero era tan vasto y oscuro que era imposible confundirlo con nada más. Había hogueras encendidas para cocinar la cena, lucecitas titilantes sembradas por las llanuras como si fueran luciérnagas. Los caballos y los carros describían círculos con lentitud; las ruedas y las correas crujían; los jinetes y los carreteros gritaban, violentos, mientras se ocupaban de colocar las provisiones y las armas donde tocaba. La brisa cálida que soplaba entre la masa protectora del ejército hinchaba las tiendas. Una, de un negro impenetrable y con las varillas convertidas en púas de bordes afilados, se erigía, sola, en el centro exacto del campamento; una ancha extensión de terreno la rodeaba como un foso. El druida, el fronterizo y la muchacha lo contemplaron en silencio.

—¿Qué está haciendo aquí el ejército de las Tierras del Norte? —preguntó Kinson al final.

Bremen sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Debe de haber salido del Anar, donde lo vimos por última vez, de modo que ahora tal vez se dirige al oeste...

La voz del anciano se extinguió y dejó que el resto de la frase se perdiese en el aire. Si el ejército del Señor de los Brujos se retiraba de las Tierras del Este, entonces la batalla con los enanos había terminado y ahora, con toda probabilidad, se declararían contra los elfos. Pero ¿qué había sucedido con Raybur y su ejército? ¿Qué había sido de Risca?

Kinson Ravenlock sacudió la cabeza con desesperación. Habían pasado semanas desde la invasión de las Tierras del Este. Podían haber ocurrido muchas cosas desde entonces. Mientras notaba la espada de Urprox Screl colgada en diagonal en la espalda, se preguntó, de pronto, si habían llegado demasiado tarde para que el talismán fuera de utilidad.

Bajó la mano para llegar a la hebilla de la correa que la aseguraba, dejó la espada suelta y se la entregó a Bremen.

—Debemos descubrir qué está ocurriendo. Y lo más lógico es que lo haga yo. —También se quitó el sable y tan solo mantuvo la espada corta y el cuchillo de cazar—. Debería haber vuelto cuando rompa el alba.

Bremen asintió; no se molestó en rebatirle el argumento. Comprendía lo que el fronterizo quería decir. Cualquiera de ellos podría bajar allí, pero a estas alturas Bremen era quien menos se podían permitir perder. Ahora que ya tenían la espada, el talismán que habían prometido las visiones de Galáfilo, debían descubrir cómo usarlo y quién la debía empuñar. Bremen era el único que podía hacerlo.

—Iré contigo —saltó Mareth, de pronto, en un impulso.

El fronterizo sonrió. Era una oferta inesperada. La consideró un instante y luego le dijo, con amabilidad:

—Dos hacen que ir a escondidas sea el doble de difícil. Espera aquí con Bremen. Ayúdalo a montar guardia hasta que vuelva. La próxima vez, podrás ir tú en mi lugar.

Entonces, se apretó el cinturón donde llevaba las hojas que le quedaban, dio unas cuantas docenas de pasos hacia la derecha y comenzó a descender por la ladera del risco hacia la luz que se extinguía.

* * *

Cuando el fronterizo se hubo ido, el anciano y la muchacha volvieron al amparo de los árboles y levantaron campamento. Cenaron comida fría: no querían arriesgarse a encender un fuego tan cerca del ejército de las Tierras del Norte, cuando sin duda habría Portadores de la Calavera de caza. El viaje y el calor del día los habían dejado exhaustos y hablaron muy poco antes de que Bremen montara guardia y Mareth se pusiera a dormir.

El tiempo transcurría muy lentamente, la noche se sumía en la oscuridad, los fuegos del campamento enemigo se tornaban cada vez más brillantes en la lejanía y el cielo se cubría de estrellas. Esta noche no había luna: o era nueva o se encontraba tan al sur que no podía divisarse tras las ramas de los árboles que cubrían la parte trasera del risco. Los pensamientos de Bremen se perdieron en otras épocas y lugares, en los días que había pasado en Paranor, ahora perdido para siempre; en el momento en que había conocido a Tay Trefenwyd y a Risca; en el instante en que había reclutado a Kinson Ravenlock; en el tiempo que había invertido en buscar la verdad sobre Brona. Pensó en la larga historia de Paranor y se preguntó si el Consejo Druida volvería a reunirse algún día. Se preguntó de dónde saldrían los nuevos druidas ahora que los viejos habían sido aniquilados. El conocimiento que se había perdido con su muerte era irremplazable. Parte se había plasmado en la

Historia de los druidas, pero no todo. Aunque se habían tornado inútiles y ermitaños, los que se habían ordenado druidas eran los más brillantes de varias generaciones de habitantes de las Cuatro Tierras. ¿Quién ocuparía su lugar?

Eran preguntas sin sentido, más teniendo en cuenta que no había razones para creer que fuera a quedar nadie vivo para reunir un nuevo Consejo Druida si él fracasaba en su intento de destruir al Señor de los Brujos. Aún peor, le hacía contemplar de nuevo el hecho de que todavía carecía de un sucesor. Echó un vistazo a Mareth, que dormía, y por un momento se preguntó si tal vez ella consideraría ocupar tal puesto. Se había unido mucho a él tras abandonar Paranor y tenía un talento auténtico. La magia que poseía era increíblemente poderosa y demostraba una profunda comprensión de las posibilidades que esta ofrecía. Pero no había nada que garantizara que sería capaz de llegar a dominar su letal magia y, si no lo lograba, no le servía de nada. Los druidas debían tener disciplina y control ante todo. Mareth estaba esforzándose para dominar esas aptitudes.

Echó la vista atrás, hacia las llanuras del Rabb, y dejó que la mano cayera hacia un costado, donde descansaba la espada. Qué misterio, se lamentó. ¿Qué debía hacer para hallar la solución? Viajaría hasta el Cuerno del Hades para pedir ayuda a los druidas, pero nada le aseguraba que se la brindarían. En su última visita, incluso se habían negado a aparecersele. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? ¿La presencia de la espada los iba a persuadir de emerger de su confinamiento en los avernos? ¿Estarían lo suficientemente intrigados como para materializarse? ¿Escogerían responder a su invocación porque habían sido humanos en otro tiempo y eran capaces de detectar la necesidad de la humanidad?

Cerró los ojos y se los frotó, cansado. Cuando los abrió de nuevo, uno de los fuegos del campamento enemigo se dirigía hacia él. Parpadeó, incrédulo; estaba seguro de que se lo estaba imaginando. Pero el fuego seguía avanzando, un brillo pequeño y titilante en las vastas llanuras se acercaba. Parecía que flotara. A medida que se aproximaba, se levantó a su pesar mientras trataba de decidir qué debía hacer. Por extraño que pareciera, no se sentía amenazado, tan solo sentía curiosidad.

Cuando la luz se detuvo y tomó forma, fue capaz de ver que la llevaba un niño. El muchacho era imberbe y tenía unos ojos azul claro inquisidores. Sonrió a modo de saludo cuando se acercó mientras sostenía la luz en alto. Bremen volvió a pestañear. La luz no se parecía a nada que hubiera visto. No

ardía una llama, sino que brillaba dentro de una caja de cristal y metal, como si la alimentara una estrella en miniatura.

—Os saludo, Bremen —dijo el chico con un hilo de voz.

—Os saludo —respondió Bremen.

—Parecéis cansado. Vuestra travesía os ha exigido mucho. Pero también habéis logrado mucho, así que tal vez el sacrificio haya sido un precio justo. —Los ojos azules refulgieron—. Soy el rey del río de Plata. ¿Habéis oído hablar de mí?

Bremen asintió. Había oído rumores sobre esta criatura del viejo mundo de la magia, la última de su especie, un ser que se rumoreaba que vivía cerca del lago del Arcoíris y a lo largo de la extensión del río del que sacaba el título. Las historias contaban que había sobrevivido durante miles de años, que había sido uno de los primeros seres creados por la Palabra. Se decía que su visión y su magia eran, en la misma medida, antiguas y de gran alcance. Se le aparecía a los viajeros necesitados, a menudo en forma de muchacho, y a veces, como un anciano.

—Estáis sentando en los márgenes de mis jardines —dijo el chico. Hizo un ademán para abarcarlo todo—. Si miráis con atención, podréis verlos.

Bremen observó y, de pronto, el risco y las llanuras se desdibujaron y se encontró sentado en unos jardines llenos de árboles en flor y vides; en el aire flotaban sus aromas y el susurro de las ramas era una cancioncita suave que se entonaba sobre el negro sedoso de la noche.

La visión desapareció.

—He venido a ofrecer os descanso y tranquilidad —anunció el muchacho—. Al menos esta noche, podréis dormir en paz. No es necesario que montéis guardia. Vuestro viaje os ha llevado muy lejos de Paranor y está lejos de haber llegado a su fin. Seréis desafiado a cada paso, pero si camináis con cuidado y prestáis atención a vuestros instintos, sobreviviréis para destruir al Señor de los Brujos.

—¿Sabéis qué debo hacer? —preguntó Bremen deprisa—. ¿Podéis indicármelo?

El chico sonrió.

—Debéis hacer lo que creéis que es correcto. Esa es la naturaleza del futuro. No se nos da predestinado. Se nos da como un abanico de posibilidades y debemos escoger cuál de esas queremos hacer realidad y entonces, asegurarnos de que así sea. Ahora vais al Cuerno del Hades. Lleváis la espada a los espíritus de los druidas muertos. ¿Os parece una mala elección?

No, no se lo parecía. Parecía la correcta.

—Pero no estoy seguro —confesó el anciano.

—Dejadme ver la espada —pidió el muchacho con tacto.

El druida la alzó para que el chico la pudiera inspeccionar. El muchacho alargó la mano como si quisiera agarrarla, pero luego detuvo la mano cuando casi la rozaba y, en vez de tocarla, recorrió con los dedos toda la longitud de la hoja y retiró la mano de nuevo.

—Sabréis qué debéis hacer cuando estéis allí —dijo este—. Sabréis qué se necesita.

Para su sorpresa, Bremen lo comprendía.

—En el Cuerno del Hades.

—Allí, y más adelante, en Arborlon, donde todo ha cambiado y se forja un nuevo comienzo. Lo sabréis.

—¿Podéis decirme qué les ha ocurrido a mis amigos, qué están...?

—Los Ballindarroch han sido destruidos y hay un nuevo rey de los elfos. Buscadle para encontrar la respuesta a vuestras preguntas.

—¿Qué ha sido de Tay Trefenwyd? ¿Qué ha ocurrido con la piedra élfica negra?

Sin embargo, el muchacho se levantó, cargando con esa luz extraña.

—Dormid, Bremen. La mañana llegará muy pronto.

Un gran cansancio embargó al anciano. A pesar de que quería levantarse y seguirle, fue incapaz de obligarse a sí mismo a hacerlo. Todavía había muchas preguntas que quería hacerle, pero era incapaz de pronunciarlas. Era como si algo tirara de él, pesado, enorme e insistente. Se escurrió hasta el suelo, envuelto en la capa. Le pesaban los ojos y respiraba con lentitud.

El chico hizo un gesto en zigzag en el aire.

—Dormid, encontrad la fuerza que necesitáis para seguir.

El muchacho y la luz retrocedieron hacia la oscuridad, y se hicieron cada vez más pequeños. Bremen trató de seguir el progreso, pero era incapaz de mantenerse despierto. Empezó a respirar profundamente y se le cerraron los ojos.

Cuando el chico y la luz desaparecieron, él dormía.

* * *

Al amanecer, Kinson Ravenlock regresó. Emergió de un manto de niebla matutina que cubría, húmeda y densa, las llanuras de Rabb; el ambiente se

había tornado más frío durante la noche. A sus espaldas, el ejército del Señor de los Brujos se empezaba a poner en movimiento, como una bestia quieta que se preparaba para retomar la marcha. Se estiró, cansado, mientras se acercaba al anciano y a la muchacha; los encontró ya despiertos y esperándole, parecía que hubiesen dormido sorprendentemente bien. Les echó un vistazo a cada uno y se preguntó de dónde habría salido la fresca determinación que detectaba en sus miradas, cómo habrían renovado esa resolución. Dejó las armas en el suelo y aceptó el desayuno frío y la cerveza que le ofrecieron mientras se sentaba, agradecido, a la sombra de las ramas de un pequeño robledal.

—Los norteños marchan contra el pueblo elfo —informó, ahorrándose los preliminares—. Dicen que los enanos han sido destruidos.

—Pero tú no estás seguro —intervino Bremen en voz baja. Estaba sentado ante él y tenía a Mareth a un lado.

Kinson sacudió la cabeza.

—Hicieron retroceder a los enanos hasta el Cuerno del Cuervo y los ganaron en cada batalla. Dicen que los aplastaron en un lugar llamado fortaleza Stedden, pero, al parecer, tanto Raybur como Risca escaparon. Tampoco los he visto demasiado seguros de cuántos enanos han matado. —Alzó una ceja—. No creo que haya sido una victoria aplastante precisamente.

Bremen asintió con aire pensativo.

—Pero el Señor de los Brujos se inquieta con tanta persecución. No se siente amenazado por los enanos, pero teme a los elfos. Por eso se dirigen ahora al oeste.

—¿Cómo te has enterado de todo esto? —preguntó Mareth a Kinson; era evidente que estaba perpleja—. ¿Cómo has podido acercarte tanto? No podías dejar que te vieran.

—Bien, me vieron y a la vez no me vieron. —El fronterizo sonrió—. Me acerqué lo suficiente como para tocarlos, pero no llegaron a verme el rostro. Creyeron que era uno de ellos. En la oscuridad, con la capa y la capucha, si te encorvas un poco, puedes parecer como ellos porque no esperan que seas ninguna otra cosa. Es un truco muy viejo, más te vale practicarlo antes de ponerlo en práctica de verdad. —La miró con detenimiento—. Se diría que has dormido muy bien mientras no estaba.

—Toda la noche —admitió ella, arrepentida—. Bremen me ha dejado. No me ha despertado para cambiar la guardia.

—No había necesidad —terció el otro deprisa, y cambió de tema—. Ahora tenemos otras cuestiones de las que preocuparnos. Me temo que hemos

llegado a una nueva encrucijada. Debemos separarnos. Kinson, quiero que vayas a las Tierras del Este y busques a Risca. Descubre la verdad de lo ocurrido. Si Raybur y los enanos todavía son una fuerza militar, condúcelos hacia el oeste para que ayuden a los elfos. Diles que tenemos un talismán que destruirá al Señor de los Brujos, pero que necesitaremos su ayuda para acorralarlo.

Kinson reflexionó un momento con el ceño fruncido.

—Haré lo que pueda, Bremen. Pero los enanos contaban con la ayuda de los elfos y al parecer, nunca llegó. No sé qué disposición mostrarán ahora para acudir a socorrer a los elfos.

Bremen le dedicó una mirada penetrante.

—Debes persuadirlos de que lo hagan. Es fundamental, Kinson. Diles que los Ballindarroch han sido aniquilados y que se ha elegido un nuevo rey. Diles que por eso los elfos se retrasaron. Recuérdales que la amenaza se cierne sobre todos nosotros, no sobre un pueblo en concreto. —Miró de soslayo a Mareth, sentada a su lado, y luego volvió a clavar los ojos en el fronterizo—. Yo debo volver al Cuerno del Hades para hablar con los espíritus de los muertos sobre la espada. Desde allí me dirigiré al oeste, hacia los elfos, para encontrar al que va a empuñar la espada. Nos encontraremos de nuevo allí.

—¿Y yo dónde debo ir? —preguntó enseguida Mareth.

El anciano vaciló.

—Puede que Kinson te necesite más.

—No necesito a nadie —objetó el fronterizo al instante. Se encontró con la mirada de la muchacha y bajó los ojos negros de inmediato.

Mareth contempló a Bremen de manera inquisitiva.

—He hecho todo lo que podía por ti —dijo este, con un hilo de voz.

La muchacha pareció comprender lo que quería decirle. Sonrió con valentía y miró a Kinson.

—Me gustaría ir contigo, Kinson. Tú recorrerás un viaje más largo y tal vez ayude si somos dos los que lo realizan. No te asusta que te acompañe, ¿verdad?

Kinson resopló.

—Claro que no. Solo debes recordar lo que Bremen te dijo sobre el cayado. Tal vez así podrás evitar prenderle fuego a mi trasero.

Se arrepintió de lo que había dicho antes de que hubiera terminado de pronunciarlo.

—No quería decir eso —musitó, arrepentido—. Lo siento.

Ella sacudió la cabeza, quitándole importancia.

—Sé a qué te referías. No tienes que disculparte por nada. Somos amigos, Kinson. Y los amigos se entienden.

Mareth le ofreció una sonrisa tranquilizadora y dejó que la mirada se posara en él un rato. En ese momento, Kinson pensó que tal vez tenía razón, que tal vez eran amigos. Con todo, se sorprendió preguntándose, al mismo tiempo, si no querría decir algo más.

Ahora que aquellos que le habían acompañado desde Paranor habían emprendido sus propios viajes, Bremen se dirigió en soledad hacia el norte, hacia el Cuerno del Hades. Bajó hasta las llanuras de Rabb y se abrió camino entre la neblina de media mañana mientras el sol se elevaba hacia el cielo azul y despejado. Avanzaba a un ritmo lento con el caballo; tras dejar el ejército de las Tierras del Norte viró al este, atento por si se encontraba los exploradores que seguro que habrían mandado a esa zona y los rezagados que sin duda dejarían atrás. Oía el ejército en la distancia, el ruido sordo de los carros y las máquinas de guerra, el chirrido de los tirantes y las correas, el zumbido de actividad que surgía entre la bruma, incorpóreo y sin rumbo fijo. Bremen se envolvió con la magia druida para que no lo pudiera ver nadie, se centró en el laberinto de sonidos para detectar los que representaban una amenaza y continuó, con los ojos bien abiertos, vigilando atentamente los movimientos ocultos tras el manto de niebla.

El tiempo transcurría y el sol comenzó a escindir la bruma. El ruido del ejército que se alejaba hacia el oeste, en dirección contraria a la que él cabalgaba, se fue apagando, y Bremen dejó de estar tan alerta. Ahora podía divisar las planicies con más claridad, las extensiones de tierra llana, reseca y calentada al sol, así como la hierba calcinada y la estela polvorienta de las pisadas de los norteños que habían dejado desde el Anar hasta las Runne. Lo habían dejado todo marcado y lleno de desechos. Avanzó entre los desperdicios que señalaban por dónde habían pasado y reflexionó sobre la fealdad y la futilidad de la guerra. Llevaba la espada de Urprox Screl colgada en bandolera en la espalda; debía cargar con el peso de esta ahora que Kinson ya no le acompañaba. Notaba cómo le rozaba a medida que cabalgaba, un recordatorio constante del desafío al que se enfrentaba. Se preguntó por qué había insistido tanto en asumir tal responsabilidad. Hubiese sido mucho más

fácil no hacerlo. No había ninguna razón en particular que le hiciera a aceptar tal carga. Nadie lo había obligado. Nadie se le había acercado y le había dicho que era lo que debía hacer. Él había tomado la decisión y esta mañana, mientras se dirigía a los Dientes del Dragón y al enfrentamiento que aguardaba, no pudo evitar preguntarse qué necesidad perversa le había hecho asumirla.

No encontró ni rastro de agua en las llanuras a medida que se acercaba el mediodía, de modo que prosiguió el camino sin detenerse. Desmontó y caminó junto al caballo durante un trecho, con la capucha echada para resguardarse del calor del mediodía; el sol era un orbe blanco y brillante que lo abrasaba todo con insistencia despiadada. Caviló sobre la vastedad del peligro que se cernía sobre los pueblos de las Cuatro Tierras. Como la tierra bajo el sol abrumador, estaban indefensos. Había mucho que dependía de cosas que desconocían: la magia de la espada, quién la empuñaría, las distintas búsquedas llevadas a cabo por los miembros de su pequeña compañía, la reunión de todos estos aspectos en el momento y lugar adecuados. Tal empresa era ridícula cuando se diseccionaba y se examinaba por partes, la posibilidad del fracaso las impregnaba todas. Sin embargo, cuando se consideraba como un todo, cuando se analizaba en función de la necesidad y la determinación, el fracaso era inconcebible.

Con la llegada de la noche, acampó en plena llanura, en un barranco donde un hilito de agua y cuatro hierbas permitieron que el caballo se alimentara. Bremen comió un poco del pan que aún llevaba y bebió del odre de cerveza. Contempló cómo el cielo nocturno le ofrecía un manto de estrellas y observó cómo el cuarto de luna se elevaba sobre la cima que había en el horizonte meridional. Estaba sentado con la espada en el regazo mientras reflexionaba de nuevo sobre el modo de usarla. Acarició el emblema del Eilt Druin, como si al hacerlo pudiera descubrir el secreto que guardaba su magia. «Sabréis qué se necesita», le había dicho el rey del río de Plata. Las horas se escurrían mientras él seguía sentado, pensando, en mitad de la noche silenciosa y en calma. El ejército de las Tierras del Norte ahora estaba demasiado lejos para poderlo escuchar y para divisar las hogueras. Esta noche, las llanuras de Rabb eran solo para él, y le daba la sensación de que era la única persona viva en todo el mundo.

Retomó la cabalgata al romper el alba, y ese día hizo mejor tiempo. Aparecieron nubes en el cielo que cubrieron el sol y disminuyeron la fuerza del calor. Los cascos del caballo levantaban polvo, pequeñas explosiones que surgían y se esparcían en la brisa suave que soplaba del oeste. Ante él, el

territorio comenzó a cambiar, se tornó verde de nuevo donde el Mermidon discurría desde las Runne. Los árboles comenzaron a erigirse en la planicie, pequeñas arboledas que ocultaban manantiales y afluentes del río principal. A finales de la tarde, lo había cruzado por un ancho bajío y se acercaba a la barrera de los Dientes del Dragón. Se podría haber detenido allí para descansar, pero prefirió seguir adelante. El tiempo era un tirano severo y no permitía lujos personales.

Al caer la noche, había llegado a las estribaciones que conducían al Valle de Esquisto. Desmontó y ató el caballo cerca de un manantial. Contempló cómo el sol se ponía tras las Runne y cenó mientras pensaba en lo que le esperaba. Para empezar, una noche muy larga. Y para seguir, el éxito o el fracaso. Era capaz de desglosarlo con facilidad, pero la incertidumbre seguía siendo enorme. Dejó vagar la mente durante un rato y se descubrió escogiendo trocitos de su vida para reexaminarlos, como si al hacerlo pudiera extraer algo de confianza en sus capacidades. Había disfrutado de algo de éxito al tratar de frustrar los planes del Señor de los Brujos y eso lo animaba. Con todo, era consciente de que en este juego tan peligroso un solo paso en falso podía comportar consecuencias fatídicas y todo lo que habían logrado sería en vano. Reflexionó sobre la injusticia de todo eso, pero sabía que nunca en la historia del mundo la justicia había determinado algo que fuera realmente importante.

Cuando llegó la medianoche, se alzó y se encaminó hacia las montañas. Vestía con los negros ropajes de su orden, con la insignia del Eilt Druin bordada en el pecho, y cargaba con la maravillosa espada de Urprox Screl. Sonrió. «La espada de Urprox Screl». Debería llamarla de otro modo, porque ya no pertenecía al herrero. Sin embargo, todavía no tenía otro nombre con el que poder llamarla, ni tenía modo de otorgarle uno hasta que su verdadero propietario fuera descubierto o supiera el propósito del arma. Así que dejó a un lado la cuestión del nombre de la espada e inspiró el aire nocturno, tan fresco y limpio en las estribaciones, tan despejado el panorama que parecía que pudiera ver hasta los rincones más recónditos del mundo.

Atravesó las quebradas y desfiladeros que lo condujeron hasta el Valle de Esquisto y llegó al destino cuando todavía quedaban unas cuantas horas para que rayara el alba. Se quedó un rato en el borde del valle y oteó el Cuerno del Hades: el lago, tan quieto y plano como un cristal, reflejaba el cielo estrellado. Contempló el espejo de las aguas calmadas y se preguntó qué secretos escondería. ¿Podría desentrañar tan solo un puñado? ¿Sería capaz de encontrar el modo de descubrir solo un par, los que le brindaran la

oportunidad de continuar la lucha con éxito? Allí, en las profundidades del lago, las respuestas aguardaban, tesoros escondidos y protegidos por los espíritus de los muertos, tal vez porque era todo lo que quedaba de ellos y de la vida que habían dejado atrás, tal vez porque muerto poseías muy pocas cosas que pudieras considerar tuyas.

Entonces se sentó entre un revoltijo de rocas y no dejó de contemplar el lago y de cavilar sobre los misterios que encerraba. ¿Qué se debería de sentir cuando perdías la vida y adoptabas la forma de un espíritu? ¿Cómo debía ser el vivir en las aguas del Cuerno del Hades? ¿Acaso en muerte se sentía algo parecido a lo que se sentía en vida? ¿Te llevabas todos los recuerdos contigo a esa nueva forma? ¿Conservabas los mismos deseos y necesidades? ¿Tenía algún sentido seguir existiendo cuando tu cuerpo ya se había marchitado?

Demasiadas incógnitas, pensó. No obstante, era un anciano y pronto desentrañaría todos estos secretos.

Una hora antes del amanecer agarró la espada y bajó hacia el valle. Caminó con precaución sobre la obsidiana suelta, con cuidado de no dar ningún paso en falso, esforzándose por no pensar en lo que le esperaba. Se tranquilizó y se retrajo a las profundidades de su ser. A medida que avanzaba, iba ordenando las ideas y determinando las necesidades. La noche estaba sumida en el silencio y la calma, pero ya percibía que algo que se estaba despertando bajo la tierra. Llegó a los pies de la pendiente del valle y se dirigió hacia la orilla del Cuerno del Hades, donde se detuvo. Se quedó quieto un momento, con una sensación de incertidumbre atenazada a sus entrañas. Mucho dependía de lo que ocurriera a continuación y casi no sabía nada de lo que debía hacer.

Colocó la espada ante él en la orilla del agua y se irguió. Ya no podía hacer nada para remediarlo. El tiempo se le escurría entre los dedos.

Comenzó a entonar los conjuros y a realizar los gestos que invocarían a los espíritus de los muertos. Siguió adelante, resuelto a no desfallecer, reprimió tanto como pudo las dudas y la incertidumbre, y dejó de lado, en la medida de lo posible, el temor que sentía. Notó que la tierra retumbaba y el lago se agitaba como consecuencia de sus esfuerzos. El cielo se oscureció como si se hubiera llenado de nubes y las estrellas desaparecieron. El agua siseaba y hervía ante él y las voces de los muertos comenzaron a elevarse entre susurros que pronto se convirtieron en gemidos y gritos. Bremen sintió que su determinación se afianzaba como si, de algún modo, quisiera protegerlo de lo que los muertos pudieran hacerle. Se acorazó y se tensó a nivel interno, de modo que el único movimiento fuera un impredecible hilo de

pensamiento. Ahora ya había terminado la invocación, así que levantó la espada de nuevo y dio un paso atrás. El lago se agitaba con violencia, lo rociaba todo y en todas direcciones, y las voces se habían convertido en una cacofonía exasperante. El druida se quedó quieto como una piedra y esperó a lo que iba a ocurrir. Ahora estaba encerrado en el valle, aislado de los vivos, solo con los muertos. Si algo salía mal, no había nadie que pudiera ayudarlo. Si fracasaba, no había nadie que pudiera ir a buscarlo. Fuera lo que fuera lo que sucediera, recaía exclusivamente sobre sus espaldas.

El centro del lago erupcionó desde el centro, provocando un géiser que se alzó como una enorme columna de agua negra. Bremen abrió los ojos de par en par. Nunca había visto que pasase nada similar. La columna se alzó hacia el cielo y el agua no tambaleo ni cayó. A su alrededor revoloteaban las formas espectrales y brillantes de los espíritus de los muertos. Se materializaron como un enjambre que surgía no del lago, sino de la columna, el agua que se arremolinaba los despedía hacia el exterior. Nadaban por el aire como si aún estuvieran en el agua, figuritas que conformaban un caleidoscopio brillante que se recortaba contra la oscuridad de la noche. Mientras daban vueltas, gritaban con voces agudas y penosas, como si lo único que siempre hubiesen querido fuera encontrarse en ese preciso instante.

Toses estrepitosas emergieron de pronto del centro de la columna y, ahora sí, Bremen retrocedió aunque no quisiera, el suelo se levantaba pesadamente con la fuerza del sonido. De algún modo se había sobrepasado, pensó el druida horrorizado. Había hecho algo mal. Sin embargo, era demasiado tarde para cambiarlo aunque hubiera sabido qué hacer, de la misma manera que era demasiado tarde para huir.

En la mano sostenía la superficie grabada del Eilt Druin, incrustado en la empuñadura de la espada, que empezó a brillar.

Bremen se encogió como si se hubiera quemado.

«¡Diantres!».

Entonces, la columna se rajó por la mitad como si la hubiera partido un rayo. La luz emergía del centro, tan brillante que Bremen se vio obligado a cubrirse los ojos. Alzó los brazos para protegerse y sostuvo la espada ante él como un escudo que lo protegiera de la amenaza. La luz se avivó, y mientras lo hacía una hilera de formas oscuras comenzaron a emerger. Aparecieron una por una, envueltas en una capa con la capucha echada, tan negras como la noche que los rodeaba, portando un calor interno que las hacía humear.

Bremen cayó sobre una rodilla; era incapaz de seguir de pie y afrontar lo que estaba sucediendo; trataba de protegerse la vista y observar al mismo

tiempo. Una por una, las figuras encapuchadas empezaron a acercársele y Bremen reconoció quiénes eran. Eran los espíritus de los druidas del pasado, sombras de aquellos que se habían ido, de los que habían vivido antaño en este mundo, pero ahora hacía más tiempo que estaban entre los muertos que el que habían pasado entre los vivos; apariciones que carecían de sustancia y aun así, irradiaban una presencia imponente. El anciano reuló sin querer: había tantos de golpe y todavía seguían llegando; una hilera sin fin de espíritus que flotaban en el aire ante él y se aproximaban, inexorables y oscuros, por encima de las aguas agitadas del lago.

Ahora podía oírlos hablar, sentía cómo lo llamaban. Las voces se elevaron sobre las de las figuras más pequeñas que los acompañaban y pronunciaban su nombre una y otra vez. «Bremen, Bremen». El más destacado de todos era Galáfilo, y su voz era la que predominaba. «Bremen, Bremen». El anciano deseaba huir con todo su corazón y habría dado cualquier cosa para poderlo hacer. Las apariciones iban a por él y ya percibía el roce de las manos fantasmagóricas por todo el cuerpo. La locura resonaba en su cabeza y amenazaba con apoderarse de él. Esas formas enormes siguieron avanzando a través de la oscuridad, apariciones sin rostro, espíritus del tiempo y la historia. Bremen reparó en que no podía parar de temblar, ni podía obligarse a pensar. Quería gritar de desesperación.

Entonces, se colocaron ante él, Galáfilo el primero, y Bremen hundió la cabeza en la articulación del codo, impotente.

—Sostén la espada hacia adelante...

Así lo hizo, sin dudarlo: la levantó ante él como lo haría con cualquier otro talismán. La sombra de Galáfilo alargó la mano y acarició el Eilt Druin con los dedos. Al instante, el emblema brilló con luz blanca. Galáfilo dio media vuelta y se acercó otro druida, tocó el símbolo y se retiró. Y así, uno tras otro, los espíritus desfilaron ante el anciano y fueron tocando la espada que este sostenía, rozando con los dedos la imagen del Eilt Druin antes de alejarse. Y una y otra vez, el emblema brillaba en respuesta. Desde el amparo que le ofrecía el brazo alzado, Bremen contempló lo que sucedía. Tal vez era una bendición que le otorgaban, una aprobación que le ofrecían. Con todo, el anciano sabía que era algo más, algo más sombrío y severo. El tacto de los muertos producía una transmisión a la espada. Percibía cómo ocurría. Notaba cómo se afianzaba.

Era aquello para lo que había venido. No podía confundirlo con nada más. Era lo que andaba buscando. Con todo, incluso ahora, en el momento en que sucedía, era incapaz de descifrar su significado.

De modo que se quedó de rodillas en la orilla del Cuerno del Hades, enorme, consternado y confundido, mientras el agua lo salpicaba y escuchaba el ruido de los muertos, presenciaba su procesión y se preguntaba qué estaba ocurriendo. Al fin, todos los druidas habían desfilado ante él, habían acariciado el Eilt Druin y se habían marchado. Al fin volvía a estar solo, encorvado en mitad de la noche. Las voces de los espíritus se apagaron y en el silencio posterior oyó el ruido áspero que producía su propia respiración entrecortada. El sudor le empañaba el cuerpo y hacía que el rostro le brillara. Tenía una rama en el brazo de aguantar la espada en alto y, aun con todo, era incapaz de bajarlo. Esperó porque sabía que aún había más, que aún no había terminado.

—Bremen...

Pronunciaba su nombre una voz conocida. Irguió la cabeza con cautela. Los espíritus de los druidas habían desaparecido, así como la columna de agua. Lo único que quedaba era el lago, la oscuridad de la noche y, justo enfrente, la sombra de Galáfilo. Esperó pacientemente a que el anciano se levantara y colocara la espada contra el cuerpo, como si ese gesto le pudiera infundir fuerzas. Tenía el rostro surcado de lágrimas y desconocía cómo había llegado a tenerlo así. ¿Eran tuyas? Bremen trató de decir algo, pero fue incapaz.

En cambio, el espectro sí que habló:

—Prestadme atención. Se le ha otorgado el poder a la espada. Llévala ahora al que la va a empuñar. Encontradlo en el oeste. Lo sabréis. Ahora le pertenece...

La voz de Bremen buscó a tientas palabras que no se pronunciaron. El espíritu alzó el brazo y señaló al druida.

—Preguntad...

Al anciano se le aclararon las ideas y formuló palabras con aspereza y sobrecogimiento: «¿Qué habéis hecho?».

—Hemos ofrecido la parte que podemos de nosotros. Nuestra vida se ha extinguido. Nuestras enseñanzas se han perdido. Nuestra magia se ha disipado en el ocaso de los tiempos. Tan solo permanece la verdad, la que formó parte de nuestras vidas, de las enseñanzas y de la magia; poderosa, incisiva y mortífera...

¿La verdad? Bremen se lo quedó mirando de hito en hito, sin comprenderlo. ¿Cuál sería el poder de la espada entonces? ¿Qué tipo de magia surgía de la verdad? Todos esos druidas que habían desfilado ante él,

habían tocado la hoja y la habían hecho brillar con tanta intensidad... ¿para esto?

La sombra de Galáfilo volvió a señalarlo, era un ademán tan imperioso que las dudas de Bremen se extinguieron en su garganta y captó toda su atención. La figura oscura que flotaba ante él arrasó con todo y tan solo quedó esa presencia con el brazo levantado, el silencio que los rodeaba era insondable.

—Escuchad, Bremen, el último de Paranor, y os contaré lo que debéis saber. Escuchad...

Y Bremen, cautivado en cuerpo y alma por el poder de las palabras del espectro, así lo hizo.

* * *

Cuando todo hubo terminado y la sombra de Galáfilo hubo desaparecido, cuando las aguas del Cuerno del Hades se hubieron calmado y volvieron a estar lisas de nuevo y el alba despuntó por el este, plateada y dorada; entonces el anciano se dirigió hasta el borde del Valle de Esquisto, donde durmió un rato entre las piedras negras desparramadas. El sol se alzó y el día se iluminó, pero el druida no se despertó. Durmió y soñó profusamente, imágenes con las voces de los muertos, que le susurraban cosas que no lograba comprender. Se levantó al atardecer, le reconcomían los sueños y su incapacidad de descifrar lo que significaba y el miedo de que le habían escondido secretos que debía desentrañar para que las Razas sobrevivieran. Se sentó acompañado del calor y las sombras del crepúsculo, sacó el pan que le quedaba del morral y se comió la mitad en silencio mientras contemplaba las peculiares y elevadas formaciones de los Dientes del Dragón, donde las nubes se arañaban con las cimas escarpadas mientras surcaban el cielo hacia el este, hacia las llanuras. Bebió del odre de cerveza, que ahora ya estaba casi vacío, y pensó en todo lo que ahora sabía.

En el secreto de la espada.

En la naturaleza de la magia que poseía.

Luego se levantó y rehizo el camino a través de las estribaciones hasta el lugar donde había dejado el caballo la noche anterior. El animal había desaparecido. Alguien se lo había robado, el rastro del ladrón eran evidente en el polvo: tan solo había un par de huellas que se acercaban y luego se alejaban, acompañadas de las de los cascos del caballo. Apenas le dedicó un

pensamiento, se limitó a empezar a caminar hacia el oeste: no quería retrasar más el inicio de su travesía. A pie le llevaría como mínimo cuatro días, más si debía esquivar el ejército de las Tierras del Norte, algo que sin duda debería hacer. Pero no podía hacerle nada. Tal vez podría encontrar un nuevo caballo por el camino.

La noche se oscureció y la luna que se alzó, creciente de nuevo, iluminando el cielo mientras las nubes parecían meras sombras que se recortaban sobre la medialuna a medida que la sobrevolaban en procesión silenciosa. Caminó a buen ritmo, siguiendo el curso plateado del Mermidon, que serpenteaba hacia el oeste, siempre sin salir del amparo de los Dientes del Dragón, donde la luz de la luna no lo dejaría al descubierto. Se planteó las opciones que tenía a medida que avanzaba, les dio vueltas una y otra vez. Galáfilo se había personado ante él, había hablado con él y le había revelado nuevas cuestiones. Los espíritus de los druidas desfilaron ante él de nuevo; espectros solemnes y silenciosos que alargaban la mano para rozar la empuñadura de la espada y la bajaban para tocar el símbolo del Eilt Druin, tan solo un momento, antes de alejarse flotando. Le transmitían las verdades que habían descubierto a lo largo de la vida. La imbuían de la fuerza que esas verdades proporcionaban.

La investían de poder.

Inspiró hondo la brisa nocturna. ¿Comprendía por completo ya el poder de este talismán? Creía que sí y sin embargo le parecía una magia demasiado débil como para confiar en ella en una batalla contra un enemigo con tanto poderío. ¿Cómo iba a convencer al hombre que la blandiría de que era suficiente para ganar? ¿Hasta qué punto debía revelarle todo lo que sabía? Si le confiaba demasiado poco, se arriesgaba a perder al guerrero a manos de la ignorancia. Si le contaba demasiado, se arriesgaba a perderlo a manos del miedo. ¿En qué sentido era mejor equivocarse?

¿Sabría identificarlo cuando lo conociera?

Se sentía a la deriva entre tanta incertidumbre. Había tanto que dependía de este arma y aun así recaía sobre él solo la decisión de cómo usarla.

Tan solo a él, porque esa era la carga que había aceptado y el pacto que había hecho.

La noche transcurrió y Bremen llegó a la coyuntura donde el río se ramificaba hacia el sur entre las Runne. El viento soplaba desde el suroeste y transportaba el olor a muerte. Bremen arrugó la nariz cuando la peste le invadió el olfato. Se había producido una matanza por debajo del Mermidon y había sido numerosa. Consideró las opciones que tenía y finalmente se dirigió

hacia un vado en un meandro del río y lo cruzó. Más abajo se erigía Varfleet, el asentamiento de las Tierras del Sur donde había reclutado a Kinson hacía cinco años. El hedor procedía de allí.

Llegó a la población cuando todavía quedaban unas cuantas horas para que llegara la mañana; la noche silenciosa era una mortaja oscura. El olor se avivó a medida que se acercaba y enseguida supo qué había sucedido. El humo se alzaba en volutas perezosas de cintas grises hacia la luz de la luna. Las ascuas rojas brillaban. Había vigas que sobresalían de la tierra como si fueran lanzas. Varfleet había sido calcinado hasta los cimientos y todos sus habitantes habían sido asesinados o habían huido. Miles. El anciano sacudió la cabeza, desesperanzado, mientras comenzaba a recorrer las calles silenciosas y vacías. Habían saqueado y arrasado con los edificios. La gente y los animales yacían muertos por doquier, desparramados en pilas grotescas y descuidadas entre los escombros. Avanzó entre la destrucción y se sorprendió del salvajismo del ataque. Pasó por encima del cuerpo de un anciano que tenía los ojos abiertos de par en par y la mirada vacía. Una rata salió de debajo y se alejó correteando.

Llegó al centro de la aldea y se detuvo. No parecía que se hubiera librado una batalla: había pocas armas. Daba la sensación de que a muchos de los muertos los habían encontrado durmiendo. ¿Cuántos amigos y miembros de la familia de Kinson yacerían allí? Sacudió la cabeza con tristeza. Hacía dos días que se había producido el ataque, supuso. El ejército de las Tierras del Norte había surgido de las Tierras del Este y se había dirigido hacia el oeste por encima del lago del Arcoíris para declararles la guerra a los elfos. Varfleet había padecido la desgracia de encontrarse en el camino de los invasores.

Todas las aldeas de las Tierras del Sur que se alzaban entre este punto y el Streleheim sufrirían la misma suerte, pensó, desesperado. Lo embargó una sensación enorme de vacío. No había palabras adecuadas para describir lo que sentía.

Se recogió los ropajes negros contra el cuerpo, se colocó la espada más alta a la espalda y se alejó del pueblo mientras trataba de no ver la carnicería. Ya casi había salido cuando percibió un movimiento. Otra persona no lo hubiera advertido siquiera, pero él era druida. No percibía con los ojos, sino con la mente.

Había alguien vivo entre los escombros, escondido.

Giró hacia la izquierda, con cautela y la magia ya invocada como una red protectora. No se sentía amenazado, pero había vivido lo suficiente para ser precavido ante cualquier situación. Avanzó a través de una hilera de casas

derruidas que ahora eran poco más que pilones de carbón. Allí, tras una entrada combada, halló una figura en cuclillas.

Bremen se detuvo. Era un muchacho que no debía de tener más de doce años, llevaba la ropa sucia, hecha jirones y el rostro y las manos cubiertos de ceniza y mugre. Se apretaba contra las sombras como si quisiera que la misma tierra se lo tragara. Sostenía un cuchillo en una mano ante él, en actitud defensiva. Tenía el pelo lacio y oscuro, cortado a la altura de los hombros, y le caía suelto sobre el rostro.

—Sal, muchacho —dijo el anciano con suavidad—. No pasa nada.

El chico no se movió ni un pelo.

—Aquí no hay nadie, solo estamos tú y yo. Quien fuera que hizo esto ya se ha ido. Sal, venga.

El muchacho siguió donde estaba.

Bremen clavó la vista en la lejanía, distraído un instante por el destello repentino de una estrella fugaz. Inspiró hondo. No podía permitirse un retraso y, en cualquier caso, tampoco podía hacer nada por el chico. Estaba perdiendo el tiempo.

—Voy a marcharme —anunció, cansado—. Deberías hacer lo mismo. Toda esta gente está muerta. Ve a alguna aldea que esté más al sur y allí pide ayuda. Te deseo mucha suerte.

Giró sobre los talones y se alejó. Había tantos que se quedarían sin hogar, quebrantados por la guerra, antes de que pusieran fin a todo esto. Era deprimente solo pensarlo. Sacudió la cabeza. Había caminado un centenar de metros cuando se detuvo de pronto. Al volverse, descubrió que ahí estaba el chico, con la espalda contra una pared y el cuchillo en la mano, observando.

Bremen vaciló.

—¿Tienes hambre?

Se llevó la mano al morral y sacó el trozo de pan que le quedaba. El muchacho estiró el cuello y la luz le iluminó el rostro. Le centellearon los ojos al ver el pan.

«Esos ojos...».

Bremen notó que se le hacía un nudo en la garganta. ¡Conocía al chico! ¡Era el que había visto en la cuarta visión que le había mostrado Galáfilo! Los ojos lo delataban, eran tan profundos y penetrantes que parecía que te despojaba de la piel. Era solo un muchacho, un huérfano de la matanza y, sin embargo poseía algo tan profundo, tan fascinante...

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Bremen con gentileza.

El chico no respondió. No se movió. Bremen titubeó y, entonces, se encaminó hacia él. Al instante, el muchacho retrocedió hacia las sombras. El anciano se detuvo, dejó el pan en el suelo, se volvió y se alejó.

Unos cincuenta metros más adelante, volvió a detenerse. El chico lo estaba siguiendo, lo observaba de cerca mordisqueando el pan que le había confiscado mientras caminaba.

Bremen le hizo una docena de preguntas, pero el muchacho no decía nada. Cuando Bremen trataba de acercarse, el chico se alejaba. Cuando el druida procuraba convencer al muchacho de que se le acercara, este lo ignoraba.

Al final, el anciano se volvió y siguió caminando. No sabía qué hacer respecto al chico. No quería que le acompañara, pero la visión de Galáfilo sugería que había una relación de algún tipo entre él y el muchacho. Tal vez, si tenía la paciencia suficiente, descubriría la naturaleza de esta. Cuando el sol despuntaba, volvió a encaminarse hacia el norte y cruzó de nuevo el Mermidon. Recorriendo la línea de los Dientes del Dragón, siguió avanzando hasta la llegada del crepúsculo. Cuando levantó el campamento, el chico estaba allí, sentado a la sombra de los árboles mientras lo observaba. Bremen no tenía más comida, pero le preparó un vaso de cerveza. Durmió hasta la medianoche y, acto seguido, se levantó para proseguir la travesía. El muchacho esperaba. Cuando el anciano comenzó a caminar, el otro lo siguió.

Y así actuaron durante tres días. Al final del tercero, el chico se acercó al campamento y se sentó con el druida para compartir una cena basada en tubérculos y bayas. Cuando este se despertó a la mañana siguiente, se encontró al muchacho durmiendo junto a él. Juntos, se levantaron y se dirigieron hacia el oeste.

Esa noche, mientras llegaban al extremo de las llanuras de Streleheim y se preparaban para cruzarlas, el chico pronunció las primeras palabras.

Su nombre, le dijo al anciano, era Allanon.

LA BATALLA DEL VALLE DE RHENN



Era última hora de la tarde y se proyectaba una luz grisácea y neblinosa en el estudio del casal de Ballindarroch, donde Jerle Shannara se hallaba de pie, contemplando los mapas que tenía diseminados en la mesa que había ante él. Afuera, la lluvia no dejaba de caer, implacable. Le daba la sensación de que hacía semanas que llovía, aunque el rey elfo sabía de sobra que no era así y que la sensación se la provocaba, sobre todo, su estado de ánimo actual. Simplemente parecía que cada vez que se tomaba un momento para pensar en el tiempo llovía otra vez. Y la lluvia de hoy era más fuerte de lo habitual, intensificada por un viento que procedía del oeste y que azotaba las ramas de los árboles y esparcía las hojas como si fueran trozos de papel viejo.

Alzó la mirada de los mapas y suspiró. Se podía consolar, en parte, porque el tiempo le estaba poniendo las cosas difíciles al Señor de los Brujos, que no podía mover al ejército con la facilidad con la que Jerle podía posicionar el suyo. De los dos, el del Señor de los Brujos era el más pesado y difícil de manejar: era una bestia enorme, desgarbada y lenta que cargaba con equipaje y máquinas de asedio. Podía avanzar a una distancia de tal vez veinte millas por día en las mejores circunstancias meteorológicas. Había llegado al Streleheim hacía tres días y justo acababa de terminar de cruzar el Mermidon. Eso implicaba que al menos tardarían dos días más desde el Rhenn. Los elfos, en cambio, ya estaban colocados. Los exploradores los habían alertado, hacía más de una semana que conocían el avance del ejército de las Tierras del Norte, de modo que habían tenido tiempo de sobra para prepararse. Una vez detectada la presencia de los norteños, fue fácil adivinar cuál sería el camino que escogerían para atacar Arborlon y los elfos. El Valle de Rhenn era la ruta más fácil y directa hacia las Tierras del Oeste. Un ejército de tal envergadura tendría dificultades si escogía cualquier otro camino y luego se vería obligado

a atacar la capital élfica desde unas posiciones desde las que estaba mejor defendida. En la cara norte, sur u oeste, la ciudad estaba bien protegida: montañas, riscos y el arroyo Cantarín. Solo era vulnerable desde el este, donde no tenía la protección de las defensas naturales. La única posición defensiva y estratégica de la que disponían era el Valle de Rhenn. Si los pasos que había allí caían, el camino hasta Arborlon estaría completamente despejado.

Eso era lo que enseñaban los mapas, y ahí se acababa su la utilidad. Jerle llevaba una hora examinándolos y no había descubierto nada nuevo. Los elfos debían defender el Rhenn de un posible asalto por parte del ejército de las Tierras del Norte o estarían perdidos. No había término medio. No tenían una segunda posición defensiva que pudiera tener en cuenta. Como comandante de las fuerzas élficas, aquello le ponía las cosas bastante fáciles. Lo único que tenía que decidir era la táctica. Los elfos necesitaban defender el Rhenn, pero ¿cómo? ¿Hasta qué punto tenían que avanzar las tropas para ralentizar el ataque inicial? ¿Cuántas veces se podrían permitir batirse en retirada? ¿Qué medidas debían tomar contra un ataque por los flancos perpetrado por una fuerza más pequeña que penetrara por el bosque con intención de rodearlos? ¿Qué formaciones debían emplear contra un ejército que los superaba en una proporción de cinco contra uno y que usaría las máquinas de asedio que habían estado construyendo mientras marchaban hacia allí?

Los mapas no le proporcionaban respuestas concretas a ninguna de estas preguntas, pero estudiarlos le ayudó a comprender qué era lo que necesitaban.

Miró por la ventana de nuevo y contempló la lluvia. Preia llegaría enseguida, y cenarían; sería la última cena antes de partir hacia el Rhenn. La mayor parte del ejército ya estaba acampado en el valle. El Consejo Supremo había declarado el estado de emergencia y el recién coronado rey había tomado el mando. Ahora tenía un poder absoluto, fijo e irrefutable. Hacía dos semanas que lo habían coronado, que había tomado a Preia por esposa y que había adoptado a los dos Ballindarroch huérfanos. Una vez solucionado el problema de sucesión del trono élfico, había centrado su atención en el Consejo Supremo. Había nombrado a Vree Erreden Primer Ministro y a Preia miembro de pleno del Consejo. Algunos habían refunfuñado, pero no se había opuesto nadie. Jerle había solicitado permiso para movilizar el ejército élfico y marchar hacia el este para ayudar a los enanos. Había habido más que habían refunfuñado y habían amenazado con impedirlo, pero antes de que llegara a decidirse en firme se habían enterado de que el ejército de las Tierras

del Norte se acercaba a Streleheim y no habría necesidad de que los elfos marcharan a ningún lado.

Al meditar de nuevo sobre la cuestión, Jerle negó con la cabeza. Desconocía qué había sido de los enanos. Nadie lo sabía. Había mandado jinetes al este para que descubrieran si el ejército de los enanos había sido aniquilado, que era lo que los rumores decían, pero no habían recibido ningún mensaje definitivo. Había llegado a la conclusión de que los enanos no se encontraban en una posición desde la que pudieran ayudarles y los elfos debían resistir solos.

Sacudió la cabeza, cansado. Los elfos se habían quedado sin aliados, sin magia, sin druidas y sin una oportunidad real de ganar la guerra (pese a las visiones, las profecías y las altas expectativas).

Volvió a bajar la vista hacia los mapas, hacía las topografías del Rhenn y de las tierras que lo rodeaban modeladas con detenimiento, como si la respuesta a su problema pudiera encontrarse allí y tal vez no la hubiera visto. Había habido una época, no hacía demasiado tiempo, en la que no se hubiera permitido hacer una evaluación tan sincera de la situación. Una época en la que nunca hubiera admitido que podía perder una batalla ante un enemigo más fuerte que ellos. Había cambiado mucho desde entonces. Perder a Tay Trefenwyd y a la familia Ballindarroch, casi perder a Preia, convertirse en el rey de los elfos en unas circunstancias que distaban mucho de ser las ideales y descubrir que la visión que tenía de sí mismo estaba llena de defectos le había brindado un nuevo modo de ver las cosas. No había sido una experiencia debilitadora, sino aleccionadora. Era lo que ocurría cuando uno se hacía mayor, supuso. Era el rito de transición que uno soportaba cuando dejaba atrás la juventud para siempre.

Se sorprendió a sí mismo examinando las cicatrices que tenía en el dorso de las manos. Eran pequeños mapas que describían el trazado de su vida. Guerrero desde el día en que había nacido, y ahora, rey de los elfos; había llegado muy lejos en muy poco tiempo y las cicatrices explicaban de una forma mucho más precisa el precio que había pagado por ese viaje. ¿Cuántas cicatrices más sufriría en la guerra contra el Señor de los Brujos? ¿Tenía la fortaleza suficiente para librar este enfrentamiento? ¿Tenía la fortaleza suficiente para sobrevivir? No solo conducía su propio destino a la batalla, sino también el de su pueblo. ¿Qué fuerza necesitaba para conseguirlo?

Las puertas que conducían a la terraza se abrieron con un estrépito, la fuerza del viento las hizo chocar con las paredes y las cortinas las fustigaron con violencia. Jerle Shannara agarró la empuñadura del sable cuando dos

figuras envueltas en capas negras entraron en la habitación, empapadas y encorvadas. Los mapas se esparcieron por el suelo, las lámparas titilaron y la luz se apagó.

—Detened la mano, rey elfo —ordenó el más avanzado de los intrusos mientras el segundo, una figura más pequeña, se volvía para cerrar las puertas tras ellos y los resguardaba del viento y la lluvia de nuevo.

La estancia se sumió de nuevo en el silencio. El agua goteaba de los dos intrusos y formaba charcos que empapaban el suelo de piedra. El rey se agachó con cautela, con la espada medio desenvainada y su enorme cuerpo encorvado y listo.

—¿Quién sois? —exigió.

El más alto de los dos se quitó la capucha y se descubrió bajo la luz tenue y grisácea. Jerle Shannara inspiró hondo. Era el druida Bremen.

—Os había dado por perdido —reconoció en un susurro, las emociones le traicionaron—. Todos lo habíamos hecho.

El anciano le ofreció una sonrisa amarga.

—Teníais razones para hacerlo. Me ha llevado mucho tiempo llegar hasta vos, casi tanto como me ha llevado descubrir que era a vos a quien buscaba. —Se metió la mano en la capa empapada y sacó un fardo estrecho y largo, envuelto en una tela oscura—. Os he traído una cosa.

Jerle Shannara asintió.

—Lo sé.

Metió la espada medio desenvainada de nuevo en la vaina.

La sorpresa centelleó en la mirada aguda del druida. Este echó un vistazo a su acompañante.

—Allanon.

El muchacho se retiró la capucha y se mostró. Los ojos negros se clavaron en el rey elfo, pero el rostro anguloso e imberbe no dejó traslucir nada.

—Quítate la capa y espera fuera. Pide que nadie entre hasta que hayamos terminado la discusión. Diles que lo ha ordenado el rey.

El chico asintió, se sacó la capa de los hombros y la llevó hasta el colgador; acto seguido, salió sigilosamente por la puerta y desapareció.

Bremen y Jerle Shannara se quedaron solos en el estudio, con los mapas todavía esparcidos por el suelo a su alrededor y los ojos fijos en los del otro.

—Ha pasado mucho tiempo, Jerle.

El rey suspiró.

—Sí, supongo que sí. ¿Cuántos? ¿Cinco años? ¿Más, quizá?

—El tiempo suficiente como para haber olvidado las arrugas de tu rostro. O tal vez es que te has hecho mayor, como el resto. —La sonrisa se tornó intermitente bajo el crepúsculo que se cernía sobre ellos—. Dime qué sabes sobre mi llegada.

Jerle cambió de posición y abandonó la postura defensiva mientras contemplaba cómo el otro se quitaba la capa y la dejaba a un lado con un ademán cansado.

—Se me ha dicho que me traes una espada, forjada con magia, un arma que debo empuñar en la batalla contra el Señor de los Brujos. —Vaciló—. ¿Es eso cierto? ¿Has traído una espada así?

El anciano asintió.

—Así es. —Agarró el fardo envuelto en tela y lo depositó con cuidado sobre la mesa—. Pero no estaba seguro de que debía ser para ti hasta que te he visto en posición de ataque, preparado para abatirme, con el arma medio desenvainada. En ese momento, al verte así, he sabido que la espada era para ti. Se me mostró una visión en el Cuerno del Hades hace semanas en la que apareces sosteniendo la espada, pero no te reconocí. ¿Te habló Tay Trefenwyd de la visión?

—Sí. Pero él tampoco sabía que la espada era para mí. Fue el localo Vree Erreden quien me informó. Lo vio en una visión que tuvo, me vio sujetando la espada, una espada con un símbolo grabado en la empuñadura, la imagen de una mano que sostiene en alto una antorcha encendida. Me dijo que era la insignia de los druidas.

—¿Un localo? —Bremen sacudió la cabeza—. Creía que habría sido Tay quien...

—No. Tay Trefenwyd nos dejó, murió en la Línea Quebrada hace semanas. —La voz del rey elfo sonaba átona e insensible y las palabras salieron a trompicones—. Yo estaba con él. Habíamos ido allí para apoderarnos de la piedra élfica negra, como nos habías encomendado. Encontramos la piedra, pero las criaturas del Señor de los Brujos nos descubrieron. Nosotros tan solo éramos cinco y ellos eran un centenar. Había incluso Portadores de la Calavera. Tay era consciente de que estábamos condenados. Se había quedado sin magia, la había agotado al tratar de obtener la piedra élfica, de modo que lo que hizo fue...

El rey se quedó sin habla, notaba que las lágrimas le anegaban los ojos. Se le hizo un nudo en la garganta, no podía hablar.

—Usó la piedra élfica negra y esta acabó con él —terminó el anciano por él, con una voz tan baja que apenas se le oía—. A pesar de que se lo advertí.

A pesar de que sabía qué ocurriría. —Cerró las manos curtidas, ancianas, y las apretó con fuerza—. Porque tenía que hacerlo. Porque no podía hacer menos.

Se quedaron en silencio, uno ante el otro, sin mirarse. Entonces, Jerle se inclinó para recoger los mapas esparcidos por el suelo, los juntó y los amontonó de nuevo en la mesa, junto al fardo envuelto en tela. El anciano lo contempló durante un instante y luego también se inclinó para ayudarlo. Cuando los mapas estuvieron todos en su sitio, el anciano le agarró las manos al rey.

—Siento mucho que nos haya dejado, mucho más de lo que soy capaz de expresar. Fue un gran amigo para los dos.

—Me salvó la vida —dijo Jerle con un hilo de voz, sin saber qué más podía decir; al cabo de un segundo decidió que con esto era suficiente.

Bremen asintió.

—Temía por él —murmuró mientras soltaba las manos del elfo y se dirigía hacia una silla—. ¿Podemos sentarnos mientras hablamos? He caminado durante toda la noche y todo el día para llegar a ti. El muchacho me ha acompañado. Es un superviviente de un ataque perpetrado en Varfleet. El ejército de las Tierras del Norte está saqueando la tierra a medida que avanza, lo destruye todo a su paso y no deja a nadie con vida. El Señor de los Brujos se está impacientando.

Jerle Shannara se había sentado enfrente. Cuando el anciano le había agarrado las manos, le había dado la sensación de que eran hojas secas. Como la muerte. El recuerdo de ese tacto persistía.

—¿Qué ha sido de los enanos? —preguntó en un intento de centrar los pensamientos en cualquier otro tema.

—Los enanos resistieron la invasión del ejército de las Tierras del Norte durante tanto tiempo como pudieron. Los informes no coinciden sobre lo que ocurrió después. He oído los rumores, pero tengo razones para sospechar que están equivocados. He mandado a unos amigos para que descubran la verdad y conduzcan a los enanos aquí para ayudarnos, si son capaces de venir.

El rey negó con la cabeza, con el desánimo reflejado en la mirada.

—¿Por qué habrían de acudir a ayudarnos cuando nosotros no lo hicimos con ellos? Les fallamos, Bremen.

—Teníais razones de sobra.

—Tal vez. Ya no estoy tan seguro. ¿Has oído que Courtann Ballindarroch murió? ¿Que aniquilaron a toda la familia?

—Sí, ya me lo han contado.

—Tay y yo hicimos lo que pudimos. Pero el Consejo Supremo no quería actuar sin un rey que los dirigiera. No había nada que se pudiera hacer. Así que nos dimos por vencidos, abandonamos nuestro propósito de ayudar a los enanos y nos centramos en la búsqueda de la piedra élfica negra. —Hizo una pausa—. Ahora me cuestiono la sabiduría de esa elección.

El druida se echó hacia adelante con una mirada penetrante y oscura.

—¿Está la piedra élfica en tu poder?

El rey asintió.

—Está a salvo, escondida, aguardando tu llegada. No quiero tener nada que ver con ella. He sido testigo de lo que es capaz de hacer. He presenciado lo peligrosa que es. Lo único que me consuela es que la piedra se usará para contribuir a la destrucción del Señor de los Brujos y de sus criaturas.

Sin embargo, Bremen negó con la cabeza.

—No, Jerle. La piedra élfica negra no va a tener ese propósito.

Fue cortante y contundente. El rostro del rey se encendió y la ira se le anudó en la garganta.

—¿Me estás diciendo que Tay murió para nada? ¿Es eso?

—No es conmigo con quien tienes que enfadarte. No soy yo quien pone las reglas. Yo también estoy sujeto a los dictados de la fortuna. La piedra élfica negra no es un arma que pueda destruir al Señor de los Brujos. Sé que te va a costar creerlo, pero es así. La piedra élfica es un arma poderosa, pero subvierte a todo aquel que la usa. Los infecta con el mismo poder que tratan de vencer. El Señor de los Brujos es tan omnipresente y maligno que cualquier intento de usar la piedra élfica contra él implicaría la destrucción del usuario.

—Entonces, ¿por qué arriesgamos tanto solo para apoderarnos de ella? — El rey estaba lívido, no escondía la ira que lo embargaba.

El anciano respondió con palabras amables y convincentes:

—Porque no nos podemos permitir que caiga en manos de Brona. Porque en sus manos se convertiría en un arma contra la que no podríamos luchar. Y porque, mi rey elfo, la necesitamos para algo aún más importante. Cuando todo haya terminado y hayamos aniquilado al Señor de los Druidas, la piedra permitirá a los druidas a ayudar a las Cuatro Tierras después de que yo ya me haya ido. Permitirá que la magia y el conocimiento sobrevivan.

El rey miró al druida de hito en hito, sin mediar palabra, atónito. Un golpecito suave en la puerta los distrajo. El rey parpadeó y luego preguntó, irritado:

—¿Quién es?

La puerta se abrió y Preia Starle entró en la estancia. Parecía ajena a la brusquedad del rey. Echó un vistazo a Bremen y luego calvó los ojos en Jerle.

—Me gustaría llevar al muchacho a los barracones de la Guardia Real, para ofrecerle comida y una cama. Está agotado. No necesitáis que siga montando guardia. Ya me he ocupado de que nadie os moleste mientras conversáis. —Volvió a observar a Bremen—. Bienvenido a Arborlon.

El anciano se alzó y le dedicó una pequeña reverencia.

—Mi señora Preia.

Ella sonrió.

—Para ti no soy señora. Solo Preia. —La sonrisa se esfumó—. Entonces ¿sabes lo que ha ocurrido?

—¿Que Jerle es rey y tú reina? Fue lo primero que supe en cuanto llegué a la ciudad. Todo el mundo habla de eso. Os adoran a los dos, Preia. Seréis un puntal para el otro y para vuestro pueblo. Me alegré mucho al oírlo.

Los ojos de la elfa centellearon.

—Qué gentil eres. Espero que tú también seas un puntal para nosotros en los tiempos que nos esperan. Y ahora, disculpadme. Me llevo al chico. No os preocupéis por él, ya nos hemos hecho amigos.

Volvió a cruzar el umbral y cerró la puerta al salir. Bremen volvió a fijar la vista en el rey.

—Eres afortunado de tenerla —dijo con un hilo de voz—. Espero que seas consciente de ello.

Jerle Shannara estaba pensando en otra época, no muy lejana, en la que había tenido que afrontar la posibilidad de perder a Preia. Todavía lo angustiaba pensar que sus suposiciones sobre ella eran tan erróneas. Tay y Preia, las dos personas más cercanas que había tenido en el mundo; a los dos los había malinterpretado, les había fallado a la hora de entenderlos tan bien como hubiera debido y en el proceso había aprendido una lección que nunca iba a olvidar.

La estancia se sumió en el silencio de nuevo. El crepúsculo llenó los rincones de sombras y afuera la lluvia tamborileaba con suavidad. El rey se alzó y volvió a encender las lámparas que el viento había apagado. La penumbra reculó. El anciano lo contempló sin decir nada, aguardó a que terminara.

El rey volvió a sentarse, todavía agitado. Frunció el ceño al encontrarse con la mirada perspicaz de Bremen.

—Estaba pensando en lo importante que es no dar nada por sentado. Debería haberlo tenido presente en lo que respecta a la piedra élfica negra.

Pero perder a Tay se me antoja imposible de soportar sin pensar que murió por una buena causa. Asumí, erróneamente, que esta era asegurar la destrucción del Señor de los Brujos. Es difícil aceptar que murió por cualquier otra cosa.

—Es difícil aceptar que murió y punto —dijo Bremen en voz baja—. Sin embargo, la razón de su muerte está vinculada a la destrucción del Señor de los Brujos y no es menos válida o importante porque la piedra élfica negra tenga un uso distinto al que creías. Tay lo comprendería, si todavía estuviera con nosotros. Como rey, debes hacer lo mismo.

Jerle Shannara esbozó una sonrisa sardónica cargada de dolor.

—Todavía soy nuevo en el cargo. No es algo que haya pedido.

—Eso no es malo —replicó el druida mientras se encogía de hombros—. La ambición es un rasgo de personalidad que no te ayudará en la batalla contra el Señor de los Brujos.

—¿Qué me va a ayudar, entonces? Háblame de la espada, Bremen. —La impaciencia del rey se abrió paso entre la ira y el desánimo—. El ejército de las Tierras del Norte marcha para enfrentarse a nosotros. Llegarán al Rhenn dentro de dos días. Debemos detenerlos allí o estamos perdidos. Pero si tenemos siquiera una oportunidad de verdad, debo tener un arma que pueda vencer al Señor de los Brujos. Dices que has traído una. Cuéntame su secreto. Cuéntame qué es capaz de hacer.

Aguardó, exaltado y ansioso, con los ojos clavados en el druida. Bremen no se movió, le sostuvo la mirada y no dijo nada. Después de levantó, se dirigió hacia la mesa donde estaban los mapas, agarró el fardo envuelto en tela y se lo entregó al rey.

—Esto ahora te pertenece. Ábrelo.

Así hizo Jerle Shannara: desanudó las cuerdas que ataban la tela y, con cuidado, retiró el envoltorio. Cuando hubo terminado, tenía una espada en su vaina en las manos. El arma tenía una longitud y un tamaño inusuales, pero era ligera y con una forma perfecta. La empuñadura tenía un grabado en la guarnición con la imagen de una mano que sostenía una antorcha encendida. El rey desenvainó la espada y se maravilló de la superficie lisa y sin defectos de la hoja, de la sensación que tenía al blandirla, como si el lugar apropiado fuera estar en su mano, como si realmente la hubiesen forjado expresamente para él. La examinó en silencio. La llama de la antorcha se extendía por la hoja hasta la punta y en la penumbra del estudio casi se podía imaginar que titilaba con luz propia. Sostuvo la espada ante él mientras evaluaba el peso y

el equilibrio del arma. El metal centelleaba bajo las lámparas, vivo, buscaba la luz.

El rey miró a Bremen y asintió despacio.

—Es una hoja extraordinaria —dijo bajito.

—Esconde mucho más de lo que ves, Jerle Shannara, y menos también —añadió el anciano, deprisa—. Así que escucha con atención lo que te voy a decir. Esta información es solo para ti. Únicamente la puedes compartir con Preia, y solo si lo consideras esencial. Mucho depende de esto. Debes darme tu palabra.

El rey titubeó, miró la espada de soslayo y, luego, asintió.

—Te doy mi palabra.

El druida se le aproximó. Se quedó muy cerca y le dijo en un susurro:

—Al aceptar esta espada, la haces tuya. Pero debes conocer su historia y su objetivo para que te sirva como debe. Hablemos de su historia primero, entonces.

Hizo una pausa mientras elegía con cuidado las palabras.

—La espada la forjó el mejor herrero de las Tierras del Sur a partir de una fórmula que proviene del viejo mundo. Se templó con calor y con magia. Está hecha de una aleación que asegura que sea tan ligera como resistente. No se partirá durante la batalla, ni hierro ni magia podrán quebrantarla. Superará cualquier prueba a la que se la someta. Está imbuida con magia druida. El metal de la espada alberga el poder de todos los druidas que han existido, los que vivieron juntos en Paranor a lo largo de los años y luego dejaron atrás este mundo. Cuando se hubo forjado, la llevé hasta el Cuerno del Hades e invoqué los espíritus del averno. Aparecieron todos y uno por uno desfilaron ante mí y tocaron la hoja. Cuando la hoja se fraguó, el Eilt Druin, el medallón del cargo del Druida Supremo, el símbolo de su poder, se fundió en la empuñadura. Ya lo has visto. Es la mano que sostiene la antorcha encendida. Los espíritus de los muertos acudieron a ver el emblema y lo tocaron para imbuirlo del último poder terrenal que poseen, el único que pudieron llevarse al pasar al más allá.

»Todo esto nos lleva al propósito de la espada. Es una hoja de una factura excelente, un arma de gran resistencia y durabilidad, pero eso solo no es suficiente para tener la capacidad de destruir al Señor de los Brujos. Esta espada no está destinada a usarse como las otras. Puede blandirse como una espada normal, y casi seguro que deberás hacerlo. Pero no se ha forjado para emplearla por el filo de la hoja ni por la resistencia del metal, sino por el

poder de la magia que radica en ella. Esa magia, rey elfo, es lo que te conseguirá la victoria cuando te enfrentes a la criatura llamada Brona.

Inspiró hondo, como si hablar de esto lo agotara. El rostro arrugado lucía una expresión cansada y estaba pálido bajo la luz tenue.

—El poder de esta espada, Jerle Shannara, es la verdad. La verdad simple y llana. La verdad completa e inmaculada. La verdad desprovista de engaños, mentiras y fachadas, de modo que la verdad del ser contra el que se dirija esta magia quedará completamente revelada. Es un arma poderosa, contra la que Brona no podrá resistir, porque se oculta tras una fachada de engaños y mentiras, de tapaderas y encubrimientos; esa es la fuente de su poder. Sobrevive gracias a esconder la verdad sobre sí mismo. Si lo fuerzas a enfrentarse a esta verdad, estará acabado.

»No comprendí el secreto del poder de la espada cuando se me mostró en el Cuerno del Hades. ¿Cómo puede ser que la verdad sea tan poderosa como para destruir una criatura tan monstruosa como el Señor de los Brujos? ¿Qué papel juega la magia druida? Pero al cabo de un tiempo, comencé a entenderlo. Las palabras *Eilt Druin* significan, literalmente, “mediante la verdad se consigue el poder”. Era el credo de los druidas cuando se fundó la orden, el objetivo que se impusieron cuando se reunieron en Paranor y su propósito para con las Razas desde el Primer Consejo en adelante. Querían proporcionar la verdad a la humanidad. Con la verdad, le brindaban conocimiento y comprensión. La verdad facilitaría el progreso. La verdad les daría esperanzas. Al hacerlo, los druidas podían ayudar a las Razas a reconstruirse.

Pestañeó y desvió la mirada cansada.

—Lo que eran en vida ahora se encuentra en la espada que empuñas, y debes encontrar la manera de usar su legado para satisfacer tus necesidades. No será fácil. No es tan sencillo como podría parecer al principio. Blandirás la espada en la batalla contra el Señor de los Brujos. Lo acorralarás. Lo tocarás con la espada y la magia de esta lo destruirá. Todo esto ha sido prometido. Pero solo se cumplirá si tú eres más fuerte en espíritu, alma y determinación de lo que él es.

El rey elfo sacudía la cabeza.

—¿Cómo puedo serlo? Aunque acepte lo que me acabas de explicar y, teniendo en cuenta lo difícil que es de creer, todavía no sé si seré capaz. ¿Cómo puedo ser más fuerte que una criatura que puede destruirte incluso a ti?

El anciano alargó el brazo hacia la mano del rey que empuñaba la espada y la levantó para que la hoja quedara entre los dos.

—Para empezar, ¡debes someterte al poder de la espada!

El miedo se asomó a los ojos del rey elfo y centelleó claramente bajo la luz de las lámparas.

—¿Someterme a la magia de los druidas?

—Escúchame, Jerle —lo tranquilizó el druida mientras le apretaba la mano para que el brazo con el que sostenía la espada no cayera, para que la espada fuera un hilo de plata que los unía, claro y reluciente—. Lo que se te exige no será fácil, eso ya te lo he dicho. Pero es posible. Debes someterte a la acometida del poder de la espada. Debes dejar que la magia te llene y te revele las verdades de tu propia vida. Debes dejar que se pongan al descubierto, desnudas, tal y como son, para poder afrontarlas. Serán duras, al menos algunas. Será difícil hacerles frente. Somos seres que nos reinventamos constantemente, también nuestra vida, para sobreponernos a los errores que hemos cometido y a los fracasos que hemos sufrido. En muchos sentidos, esto es lo que nos hace tan vulnerables ante una criatura como Brona. Pero si soportas la autocrítica que la espada te exige, resurgirás más fuerte que tu adversario y podrás destruirlo; porque, mi rey, él no puede permitirse someterse a tal escrutinio, ya que tras las mentiras, las medias verdades y los engaños ¡él no es nada!

Se produjo un largo silencio mientras los dos hombres se miraban de hito en hito y se evaluaban mutuamente.

—La verdad... —dijo al final el rey elfo con un hilo de voz tan débil que el druida apenas le oía— qué arma tan frágil.

—No —replicó el otro enseguida—. La verdad nunca es frágil. Es el arma más poderosa de todas.

—¿De verdad? Soy un guerrero, un luchador. Soy experto en armas, armas de hierro empuñadas por hombres fuertes. Ahora me dices que nada de esto me va a servir, que debo olvidarme de todo lo que sé. Me dices que debo convertirme en algo que nunca he sido. —Sacudió la cabeza despacio—. No sé si seré capaz.

El anciano lo soltó y la espada cayó al suelo entre ellos. Las manos secas y apergaminadas se posaron sobre los hombros fornidos del rey y los agarraron. El cuerpo del anciano poseía una fuerza inesperada y sus ojos reflejaban una determinación furibunda.

—Debes recordar quién eres —susurró el druida—. Debes recordar cómo has llegado a ser así. Nunca has evitado enfrentarte a un desafío. Nunca has

rehuido una responsabilidad. Nunca has tenido miedo. Has sobrevivido cosas que habrían matado a casi cualquier otro. Esta es tu historia. Esto es quién y cómo eres.

Las manos lo apretaron.

—Posees un gran coraje, Jerle. Tienes un corazón valeroso. Pero le otorgas mucha importancia a la muerte de Tay Trefenwyd y no le das la suficiente a tu propia vida. No, no te enfades. No es una crítica a Tay, no pretendo menospreciar lo que su pérdida ha representado para todos nosotros. Es un comentario porque es necesario que recuerdes que los que importan siempre son los vivos. Siempre. Dale a tu vida la importancia que se merece, rey. Sé fuerte cuando debas. No desperdicies la oportunidad de vencer al Señor de los Brujos solo porque el arma que se te ha dado para ir a la guerra te es desconocida. También es desconocida para él. Solo conoce las hojas forjadas por los hombres. Creerá que la tuya es otra más. Sorpréndelo. Que pruebe otro tipo de metal.

En ese momento, Jerle Shannara se alejó mientras negaba con la cabeza, con la vista clavada en la espada, receloso.

—La experiencia me ha enseñado que no debo dejar de creer algo porque me cueste aceptarlo —dijo mientras se detenía ante la ventana y contemplaba la lluvia—. Pero es muy difícil. Es un precio muy alto. —Apretó los labios en una fina línea—. ¿Por qué se me ha elegido para esta empresa? Para mí, no tiene sentido. Muchos otros se desenvolverían mejor con una espada de este tipo. Yo comprendo el hierro y el uso de la fuerza bruta. Este... Este instrumento ingenioso es demasiado críptico para mí. La verdad como arma solo tiene sentido si hablamos de consejos o de política. Se me antoja inútil en el campo de batalla.

Se volvió hacia el druida.

—Me enfrentaría al Señor de los Brujos sin dudar si pudiera blandir esta espada como cualquier otra hoja forjada a partir del metal y de la habilidad de un maestro herrero. La aceptaría como un arma sin titubear si pudiera cargarla tal y como parece. —La angustia se reflejaba en los ojos azules—. ¿Pero esto? No soy el más indicado para esto, Bremen.

El druida asintió despacio, no porque estuviera de acuerdo, sino porque lo comprendía.

—Pero tú eres nuestra única opción, Jerle. No podemos saber por qué eres el elegido. Tal vez porque estabas destinado a convertirte en el rey de los elfos. Tal vez se debe a razones que nos están vedadas. Los muertos saben cosas que nosotros desconocemos. Tal vez nos las podrían contar, pero han

decidido no hacerlo. Debemos aceptarlo y seguir adelante. Tú has de ser quien empuñe la espada. Tú has de ser quien la blanda en la batalla. No hay otra opción. Debes hacerlo tan bien como puedas.

La voz se le apagó en un susurro. Afuera, la lluvia continuaba cayendo a un ritmo suave y constante y había cubierto la foresta de un resplandor plateado. El crepúsculo se había abatido sobre la ciudad, y el día había partido al oeste con el sol. Arborlon estaba sumida en el silencio, mojada y rodeada de su escudo boscoso; una ciudad que poco a poco se vestía de noche. La calma inundaba el estudio y el casal entero y parecía que no quedara nadie vivo en el mundo, con la sola excepción de los dos hombres que estaban uno frente al otro en la penumbra de la luz de las velas.

—¿Por qué nadie más puede conocer el secreto de la espada? —preguntó Jerle Shannara con un hilo de voz.

El anciano esbozó una sonrisa triste.

—Si quisieras, te podrías responder solo a la pregunta, rey. Nadie debe saberlo porque nadie se lo creería. Si albergas unas dudas tan grandes sobre las capacidades de la espada, imagina cómo serían las de tu pueblo. Incluso las de Preia, tal vez. El poder de la espada es la verdad. ¿Quién creerá que algo tan simple puede vencer el poder del Señor de los Brujos?

«Cierto, ¿quién?», pensó el rey.

—Tú mismo lo has dicho. Una espada es un arma para la batalla. —La sonrisa se tornó un suspiro de cansancio—. Deja que los elfos estén satisfechos con eso. Muéstrales la espada que llevarás, el arma que te han legado, y solo di que servirá a sus propósitos. No necesitan más.

Jerle Shannara asintió sin mediar palabra. «No», pensó, «no necesitan nada más». La fe es más profunda si no se complica con la razón.

Y en ese momento triste y desesperado en el que Jerle, embargado por el miedo, dudaba de sí mismo; en el instante en el que daba su consentimiento silencioso a un pacto al que era incapaz de renunciar y tampoco podía aceptar; en ese instante, el rey deseó que la fe pudiera ser también una cuestión sencilla para él.

A media tarde del día siguiente, Jerle Shannara se acercaba al Valle de Rhenn y al enfrentamiento al que la fortuna lo había predestinado. Había partido a caballo poco después de rayar el alba, acompañado de Preia, Bremen, un puñado de consejeros y los comandantes del ejército, escoltados por tres compañías de elfos cazadores, dos que avanzaban a pie y una a caballo. En el valle ya había cuatro compañías y dos más partirían al día siguiente. Habían dejado atrás, junto al resto de los miembros del Consejo Supremo de los elfos, bajo el mando del Primer Ministro, Vree Erreden, a tres compañías de reservas, a los habitantes de la ciudad y a los refugiados de otras zonas que habían llegado a la capital porque temían la invasión inminente. También habían dejado atrás las discusiones y los debates sobre las acciones que debían emprender y sobre sabiduría política. Les quedaban pocas opciones y poco tiempo y el uso que le dieran a ambas cuestiones estaría determinado en gran medida por el ejército que se acercaba.

El rey de los elfos no mencionó a nadie la conversación que había mantenido con el druida. Optó por no hacer ningún comunicado público sobre la espada con la que se le había obsequiado. Tan solo había hablado de la cuestión con Preia, a solas, y tan solo le había dicho que era un arma a la que el Señor de los Brujos no podía hacer frente. Se le había revuelto el estómago y se había acalorado mientras se lo había dicho, porque su propia fe era frágil. Le dio muchas vueltas a la idea de considerar la verdad como un arma de batalla. Se repitió lo que el anciano le había dicho una y otra vez a medida que avanzaban hacia el este, perdido en sus pensamientos, tan alejado del mundo que varias veces, cuando Preia, que cabalgaba junto a él, le dijo algo, él no respondió. Viajaba con la armadura, listo para la batalla. La espada, que llevaba colgada en la espalda, era tan ligera comparada con la cota de malla y la coraza que parecía que fuera de papel. Durante la travesía, a menudo

pensaba en la sensación que le producía, tenía un peso tan efímero como el uso que debía dársele. No podía aferrarse a él como una posibilidad, no podía confiar en él como un hecho establecido. Necesitaba que se le mostrara cómo obraba. Necesitaba experimentar cómo usarla. Así era como él funcionaba. No podía evitarlo. Solo era real lo que era capaz de ver y sentir. Todo lo demás no eran más que palabras.

No compartió las dudas que lo acosaban con Bremen. La sonrisa que lucía no flaqueó cuando el anciano se le acercó. Tampoco flaqueó la confianza que irradiaba. Lo hizo por sí mismo, pero también por su pueblo. El ejército extraería la confianza de la que él proyectaba. Si el rey parecía seguro de sí mismo, entonces ellos también lo estarían. Siempre había sabido que las guerras se ganaban con detalles como este, y siempre había cumplido su parte. Este ejército, igual que la nación, lo debía dirigir él, ya fuera para bien o para mal. Lo que les aguardaba los pondría a prueba de modos que nunca habían experimentado. Y como sabía que eso ocurriría, iba a interpretar un buen papel.

—Hace horas que no dices nada —observó Preia en un momento determinado; se había esperado a que él la mirara antes de decir nada para asegurarse de que la estaría escuchando.

—¿De verdad? —respondió. Casi se había sorprendido de encontrársela allí, de tan absorto como estaba en su conflicto interno. La elfa montaba un caballo rucio enjuto y nervudo, de manchas blancas, que se llamaba Ceniza y llevaba un montón de armas atadas por el cuerpo. Por supuesto, nunca se había dudado de que ella también vendría. Habían dejado sus hijos recién adoptados bajo el cuidado de otros. Igual que Jerle, Preia había nacido para luchar.

—Hay algo que te preocupa —afirmó ella mientras le sostenía la mirada—. ¿Por qué no me lo cuentas?

«Eso, ¿por qué?». Jerle le ofreció una sonrisa a su pesar. Preia lo conocía demasiado bien para que él intentara engañarla. Sin embargo, no podía compartir sus dudas con ella. No podía porque era algo que debía resolver solo. Nadie podía ayudarle. Al menos, no ahora, cuando ni él sabía hacia dónde se inclinaba.

—Porque no tengo las palabras adecuadas para hacerlo —dijo al final—. Todavía estoy dándole vueltas. Ten paciencia.

—Tal vez te ayudaría tratar de ponerlo en palabras. Yo podría escuchar.

Él asintió e ignoró la belleza del rostro de la elfa, la inteligencia que reflejaban esos ojos anaranjados y claros y la calidez y el amor que albergaba

en el corazón. Últimamente, Jerle se sentía distinto respecto a ella. Había desaparecido la distancia que él siempre había mantenido. Estaban unidos de una forma tan intrincada que estaba seguro de que cualquier cosa que le pasara a uno le pasaría al otro, aunque eso fuera la muerte.

—Dame un poco más de tiempo —le pidió con dulzura—. Después, te lo contaré.

Ella alargó el brazo y le estrechó la mano un segundo.

—Te quiero —le dijo.

Así los sorprendió la tarde, mientras llegaban al Rhenn, y él seguía sin decir qué lo tenía preocupado y ella seguía esperando que se lo contara. Hacía un día radiante y cálido, una brisa embriagadora transportaba el aroma de las hojas y la hierba aún húmeda, los bosques que los rodeaban lucían exuberantes gracias a las cuantiosas lluvias de las últimas semanas. Las nubes se habían disipado al fin, pero la tierra seguía mullida y el sendero lleno de surcos, cenagoso allí donde los elfos habían avanzado hacia el este por el camino concurrido. Habían recibido informes durante todo el día que procedían del lugar donde el grueso del ejército había establecido la defensa, en la entrada del valle. El ejército de las Tierras del Norte seguía avanzando y se acercaba por las llanuras de Streleheim desde el norte y el sur, las unidades iban llegando a distintas velocidades dependiendo de su envergadura y de su movilidad (según si iban a pie, a caballo o llevaban mucha carga). El ejército del Señor de los Brujos era enorme y seguía creciendo. Ya llenaba las llanuras de la entrada del valle hasta donde llegaba la vista. Los superaban en número en una proporción de al menos cuatro a uno y esta seguiría aumentando mientras siguieran compareciendo destacamentos. Los mensajeros le entregaban los informes con un tono de voz monótono y uniforme, se esmeraban en no revelar ninguna emoción, pero Jerle Shannara había sido entrenado para descifrar lo que se escondía tras los pequeños matices de pausas e inflexiones y fue capaz de detectar la semilla del miedo.

Sabía que tendría que hacer algo para detenerlo. Y tendría que ser pronto.

La realidad de la situación era nefasta. Había mandado jinetes al este para suplicarles a los enanos que los ayudaran, pero las patrullas norteñas habían cerrado los caminos y pasarían días antes de que hubiera un jinete que pudiera sortearlas. Mientras tanto, los elfos estaban completamente solos. No había nadie que pudiera venir a ayudarlos. Los trolls eran un pueblo sometido, su ejército era esclavo del Señor de los Brujos. Los gnomos, en su mejor época, estaban desorganizados y no albergaban ningún atisbo de cariño por los elfos. Los humanos se habían retraído en sus ciudades estado y carecían de una

fuerza armada común. Los enanos eran lo único que les quedaba, si habían sobrevivido. Todavía no habían recibido noticias sobre si Raybur y su ejército habían escapado de la invasión de los habitantes de las Tierras del Norte.

Así pues, tenían razones de sobra para estar asustados, pensó Jerle Shannara mientras subían (el rey elfo, sus acompañantes, consejeros y las tres compañías de guerreros) desde el bosque hacia la entrada occidental del Rhenn. Tenían razones de sobra, pero en este caso, las razones no podían imponerse.

Se preguntó qué podía hacer para evitar que sucumbieran al miedo.

* * *

Bremen, que cabalgaba unos cuantos metros por detrás del rey con Allanon, el muchacho, entre los consejeros reales y los comandantes del ejército élfico, se preguntaba exactamente lo mismo. Sin embargo, no estaba preocupado por el miedo de los elfos, sino por el del rey. A pesar de que Jerle Shannara jamás lo admitiría y, de hecho, probablemente ni siquiera fuera consciente de ello, estaba asustado. El miedo no era evidente, ni siquiera para el druida; sin embargo, ahí estaba. Era un sentimiento que acechaba, sutil e insidioso, merodeando por los rincones de la mente, aguardando su oportunidad. Bremen lo había percibido el día anterior, en el instante en el que le había confesado el poder de la espada: se había alojado ahí, tras la mirada del rey, en la profundidad de la confusión y la incertidumbre que lo embargaba, donde se encontraría y se extendería hasta convertirse en su perdición. Pese a los esfuerzos del anciano y a la solidez de su propia convicción en lo que se refería al poder del talismán, el rey no creía en ese poder. Quería hacerlo, pero no creía. Trataría de encontrar el modo, sin duda, pero no había ninguna garantía de que lo lograra. Y eso era algo que Bremen no había tenido en cuenta en el transcurso de todo lo que había sucedido. Ahora debía hacerlo. Debía arreglarlo.

El druida había cabalgado todo el día con la mirada puesta en el rey, observando el silencio en el que se había sumido e inspeccionando la mandíbula apretada y el cuello en tensión, sin dejarse engañar por las sonrisas que brindaba a los demás y la confianza aparente que mostraba. La batalla que se libraba en el alma de Jerle Shannara era inequívoca. Estaba esforzándose por aceptar todo lo que el anciano le había dicho, pero no lo estaba logrando. Era valiente y tenía una gran fuerza de voluntad, de modo

que blandiría la espada en el campo de batalla y se enfrentaría al Señor de los Brujos, como se le había indicado que debía hacer. No obstante, cuando lo hiciera, saldría a relucir su falta de fe, las dudas lo traicionarían y moriría. La inevitabilidad de ese curso de los acontecimientos era terrible. Bremen necesitaba otra voz, más fuerte que la suya. El anciano se sorprendió pensando que ojalá Tay Trefenwyd aún viviera. Tay había sido amigo íntimo de Jerle Shannara y podría haber hallado el modo de ganárselo, de convencerlo, de derribar el recelo y las dudas. Tay se habría enfrentado al Señor de los Brujos junto al rey, tal como Bremen pretendía hacer, pero para Jerle hubiera significado mucho más que lo hiciera Tay. Tal vez incluso hubiera marcado la diferencia.

Pero Tay los había dejado, de modo que la voz y la fuerza necesarias debían surgir de otra persona.

Además, el druida tenía otras cosas en las que pensar: Allanon. De vez en cuando, el anciano miraba al muchacho de soslayo. Su joven acompañante todavía se mostraba reticente, pero ya no evitaba hablar. En parte, se lo tenía que agradecer a Preia Starle. Al cabo de un tiempo, el chico había comenzado a abrirse. Le había contado que toda su familia había muerto en el asalto de los norteños. El muchacho se había salvado porque cuando se había iniciado el ataque él estaba en otra parte y se había escondido cuando se habían acercado donde estaba él. Había presenciado cómo se cometían múltiples atrocidades, pero no quería entrar en detalles. Bremen no insistió. Era suficiente con que el chico hubiera sobrevivido.

Con todo, debía tener en cuenta la visión que le había mostrado Galáfilo y esa era una cuestión más difícil de obviar. ¿Qué significaba que apareciera él con el chico al lado, en la orilla del Cuerno del Hades, ante la presencia de la sombra de Galáfilo, mientras las formas brillantes y efervescentes de los espíritus de los muertos se arremolinaban sobre las aguas agitadas, bajo un cielo oscuro lleno de gritos, y el chico lo miraba de hito en hito con esos ojos tan peculiares? ¿Qué estaba mirando tan fijamente? El druida no lograba determinarlo. En primer lugar, ¿qué hacía el muchacho allí, en el Valle de Esquisto, ante las aguas del Cuerno del Hades, en una invocación de los muertos, donde no estaba permitida la presencia de ningún humano y solo el anciano se atrevía a adentrarse?

La visión lo perseguía. Por extraño que pareciera, temía por Allanon. Tenía una actitud protectora para con él. Se sentía vinculado al chico de un modo que era incapaz de explicar. Tal vez estaba relacionado con el hecho de que ambos estaban solos. No tenían familia, ni amigos, ni hogar. No había un

lugar al que pertenecieran. Ambos estaban aislados, eso era innegable, y era tanto un rasgo de personalidad como un hecho de su trayectoria vital, y tan inmutable como esta misma. El hecho de que Bremen fuera un druida lo había hecho distinto de modos que no podía cambiar, ni aunque quisiera. Y el chico estaba igual de desvinculado del resto: en parte por la perspicacia que era evidente que poseía y en parte por esa agudeza extraordinaria que rozaba la presciencia. Esos ojos peculiares reflejaban una mente e intelecto agudos y afilados, pero escondían sus otros dones. Miraba a todo el mundo como si pudiera contemplar su interior, y no engañaba. La habilidad de Allanon para descubrir secretos era aterradora.

¿Qué tenía que hacer Bremen con el muchacho? ¿Qué debía ser de él? Era el día de los dilemas y las preguntas sin respuesta, y el anciano cargó con el peso acuciante de estas cuestiones sumido en un silencio estoico mientras seguían avanzando hacia el este. Pronto sabría las respuestas de las dos, supuso.

* * *

Cuando llegaron al Valle de Rhenn, Jerle Shannara dejó a los demás junto a Preia y se alejó a caballo para supervisar las defensas y dejar que los elfos cazadores supieran que el rey había llegado. Todos lo recibían con calidez y él les sonreía, saludaba con un gesto y les decía a sus hombres que todo saldría bien y que pronto le darían un par de sorpresas al ejército de las Tierras del Norte.

Luego, bajó hacia el valle para ver el campamento del ejército enemigo. Esta vez lo escoltaba un guía, ya que el valle estaba surcado de trampas, muchas nuevas, y no quería caer en una por error. Preia lo acompañaba también, la reina era tan familiar para los soldados a estas alturas como el rey. No hablaron mientras seguían al guía por los montículos cubiertos de hierba, por anchas cuestas y a lo largo de una extensión de llanura calcinada, para luego subir hasta un promontorio en los riscos que protegían el flanco derecho, desde donde pudo otear todo el valle. Había un campamento pequeño de exploradores y mensajeros que montaba guardia. Los saludó y luego se dirigió hasta filo del risco para echar un vistazo.

Ante él se extendía un hervidero de soldados, el ejército de las Tierras del Norte, un torrente enorme y aletargado de hombres, animales, carros y máquinas de guerra cubiertos de polvo y calor. Había movimiento allí donde

posaba la vista, se erigían tiendas y se ordenaban las armas, las unidades se disputaban su posición en el frente del ejército. Estaban montando las máquinas de asedio y las transportaban todas hacia un lado. El ejército se había asentado a una milla más o menos del extremo oriental del valle, donde podría ver cualquier ataque que se organizara contra él, donde había espacio para seguir creciendo y extendiéndose. Jerle percibía la desazón que embargaba a los hombres que estaban junto a él. El silencio de Preia le indicaba que sometía a un examen riguroso las probabilidades que tenían de ganar. El ejército que había venido a invadir su tierra natal era un gigante que no daría media vuelta con facilidad.

El rey se tomó su tiempo para estudiarlo tras el vistazo inicial. Observó dónde guardaban y colocaban los víveres, los utensilios y las armas. Contó cuántas máquinas de asedio y catapultas estaban montando. Buscó los estandartes de las compañías unidas para luchar contra él e hizo un recuento aproximado de la caballería y los soldados de a pie, tanto la infantería ligera como la pesada. Contempló cómo varias reatas de víveres se acercaban desde el norte y el sur de Streleheim. Con cuidado, estudió las opciones que tenía.

Después, volvió a montar, regresó al extremo este del valle y convocó a todos los comandantes y los consejeros a un consejo de guerra.

Se reunieron en una tienda que se erigía tras la protección de las líneas de vanguardia de la defensa élfica; la Guardia Real la rodeaba para garantizar la privacidad. Preia se encontraba allí, claro, y Bremen también. Kier Joplin era el comandante de la caballería y Rustin Apt y Cormorant Etrurian, los de la infantería. También habían acudido los capitanes Prekkian y Trewithen, de la Guardia Negra y la Guardia Real respectivamente. También estaba Arn Banda el Tuerto, comandante de los arqueros. Entre todos constituían la médula de la comandancia, eran los hombres en los que Jerle más confiaba, los hombres a los que debía convencer si pretendía tener alguna posibilidad de ganar contra el ejército que los iba a atacar.

—Bien hallados, amigos —los saludó, de pie ante ellos, con un aire relajado y natural, ahora ya sin armadura. Estaban sentados en sillas colocadas en un amplio círculo, de modo que el rey pudiera verlos y acercarse a uno o a todos a la vez si surgía la necesidad—. He estado en la entrada del valle, observando el ejército que nos amenaza, y creo que el rumbo que debemos seguir es evidente: hay que atacar.

Se produjo un grito ahogado colectivo de sorpresa y consternación; eso se lo esperaba.

—¡Por la noche! —alzó la voz entre el barullo repentino que se había desatado—. ¡Ahora!

Rustin Apt, envejecido y fuerte, tan ancho y corpulento que daba la sensación de que nada lo podía mover una vez había afianzado los pies en el suelo, se levantó de la silla.

—Mi señor, ¡no! ¿Atacar? No lo diréis...

—Id con cuidado, Rustin. —El rey lo interrumpió con un ademán brusco—. Digo y hago lo que quiero en la situación que le corresponde. Me conocéis de sobra. Bien, escuchadme un momento. El ejército de las Tierras del Norte se consume ante nosotros, enorme y atrevido, se cree demasiado grande para que se la podamos jugar, cree que estamos parapetados tras la seguridad de nuestras defensas. Pero el ejército va creciendo, cada vez más, y los elfos cazadores lo ven y se desesperan. No podemos quedarnos de brazos cruzados y no hacer nada hasta que haya crecido tanto que nos arrase de un solo golpe. No podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar a que nos ataquen. Debemos conducir la batalla hasta ellos, ahora, bajo nuestros propios términos, en el momento que nosotros hemos escogido, cuando nosotros estamos listos y ellos no.

—Muy bien —dijo Kier Joplin en voz baja. Era pequeño y fornido, con una mirada aguda y oscura—. Pero ¿qué sección del ejército utilizaréis para dirigir el ataque? La oscuridad jugará en nuestro favor, pero la caballería se oirá a la legua y destrozarán a la infantería antes de que haya podido retirarse y ponerse a salvo.

Hubo un asentimiento mascullado. Jerle asintió.

—Eso es exactamente lo que yo había pensado. Pero supongamos que el enemigo no es capaz de encontrarnos. Supongamos que nos hemos vuelto invisibles, justo cuando creen que nos han acorralado. Supongamos que atacamos en serie, una acometida aquí, otra ahí, y luego no encuentran más que sombras contra las que batirse.

Esta vez se hizo el silencio.

—¿Cómo haríamos eso? —preguntó Joplin al final.

—Os lo contaré. Pero antes me gustaría que me comunicarais si estáis de acuerdo con lo siguiente: estoy convencido de que debemos hacer algo si queremos aumentar la confianza de nuestro ejército. Veo que flaquea. ¿He evaluado correctamente la situación?

Otro silencio.

—Así es —dijo Joplin al final.

—Kier, habéis destacado los peligros que comportaría un ataque. Ahora quiero que contempléis los posibles beneficios. Si podemos desestabilizarlos, trastornarlos, ponerlos nerviosos e incluso hacerles un poco de daño, ganaremos tiempo y confianza de una vez. Quedarnos aquí de brazos cruzados no nos granjea ni lo primero ni lo segundo.

—Estoy de acuerdo —terció de prisa Cormorant Etrurian. Era un tipo huesudo de rostro delgado, curtido en las guerras de frontera, un antiguo asesor del viejo Apt—. Por otro lado, una derrota sería catastrófica en este momento. Incluso podría alentar un ataque prematuro contra nuestras defensas.

—Puede que os equivoquéis al creer que no nos están esperando —resopló el viejo mentor mientras se volvía a sentar—. No sabemos qué ha ocurrido con los enanos. Nos enfrentamos a un ejército curtido en la batalla, tal vez tengan más ardidés que nosotros.

—Ahora ya nos superan en número, de mucho —añadió Etrurian con el ceño fruncido—. Mi señor, es una táctica demasiado arriesgada.

Jerle asentía ante cada nuevo comentario, aguardaba el momento oportuno, esperaba a que todos expresaran sus objeciones antes de retomar la palabra. Echó un vistazo a Preia, que le observaba con cautela, y luego a Bremen, cuyo rostro, desprovisto de expresión, no dejaba relucir lo que pensaba. Fue contemplando un semblante tras otro mientras trataba de determinar a cuántos de los allí reunidos podía contar en su mismo bando. Preia, sin duda. Pero los demás, tanto comandantes como Bremen, todavía se estaban decidiendo o ya habían optado por el parecer contrario. No quería imponérselo si no estaban de acuerdo, fuera rey o no, pero estaba firmemente convencido. ¿Cómo podía persuadirlos, entonces?

Las voces de la oposición se apagaron. Jerle Shannara se enderezó.

—Todos los aquí reunidos somos amigos —comenzó—. Todos trabajamos con la misma finalidad. Soy consciente de la monstruosidad de la empresa que nos aguarda. Somos lo único que se interpone entre el Señor de los Brujos y la devastación de las Cuatro Tierras. Tal vez seamos la única fuerza armada que queda con la fuerza suficiente como para plantarle cara. De modo que sí, hay que ser cauteloso. Pero también hay que arriesgarse. No podemos ganar sin arriesgarnos, sin duda no en este caso, en este momento y época, contra un enemigo como este. Cualquier batalla posee un componente de riesgo, un componente de azar. Tampoco podemos ignorarlo. Lo que debemos hacer es minimizarlo.

Se acercó a Rustin Apt y se arrodilló ante él. La mirada dura del comandante veterano se abrió de par en par.

—¿Y si os pudiera ilustrar con un modo de atacar al enemigo de noche, con unas altas probabilidades de salir bien, un modo que además solo pone en riesgo a unos pocos y que, llevado a cabo correctamente, trastocará de tal modo que ganaremos tanto tiempo como confianza?

El anciano parecía poco seguro.

—¿Podéis hacerlo? —masculló.

—¿Me apoyaréis si lo hago? —insistió el rey, ignorando la pregunta que le había formulado. Miró a derecha e izquierda—. ¿Me respaldaréis todos?

Oyó murmullos de aprobación. Los contempló uno por uno, hizo que le sostuvieran la mirada, los obligó a expresar su conformidad. El rey asintió a cada uno, los llevó a su bando con la mirada y la sonrisa, los ató con esa promesa silenciosa y los convirtió en parte del plan que había ideado.

—En tal caso, escuchadme con atención —susurró y a continuación les explicó lo que él haría.

El ataque no se perpetró esa misma noche, sino la noche siguiente. Les llevó un día terminar con los preparativos y escoger a los hombres que participarían; mandó a Kier Joplin y a su caballería al norte y a Cormorant Etrurian y a sus elfos cazadores al sur; ambos comandantes partieron al alba y sin salir del escondite que les ofrecían los bosques y los riscos, llegaron a sus destinos respectivos sin ser vistos. Los destacamentos que comandaban eran pequeños por necesidad, ya que el sigilo y la rapidez les eran más provechosos que la cantidad de soldados. Cada unidad tenía instrucciones específicas sobre qué debían hacer y cuándo debían hacerlo. Coordinar los distintos componentes del asalto exigía una sincronización milimétrica. Si los ataques no se sucedían en la secuencia correcta, el asalto habría fracasado.

Jerle Shannara dirigía el destacamento central, una compañía conformada por arqueros y guardas reales. La lucha sería más cruenta en el punto al que ellos se dirigían, y el rey no iba a permitir que otra persona tomara ese puesto. Bremen estaba que echaba chispas. Estaba de acuerdo con el plan. Celebraba el espíritu innovador y atrevido del rey, pero era un disparate que él mismo encabezara el ataque.

—¡Piensa, rey! ¡Si caes abatido ahora, todo estará perdido por mucho que se gane hoy! —Había planteado su razonamiento ante Jerle y Preia Starle cuando los demás ya habían partido. El pelo ralo y la barba flotaban en todas

direcciones con los ademanes airados del anciano—. ¡No puedes arriesgar la vida así! ¡Debes seguir vivo para enfrentarte a Brona!

Se mantuvieron muy cerca unos de otros, entre las sombras, cuando ya había anochecido. Afuera, ya comenzaban las preparaciones para el ataque del día siguiente. Jerle Shannara había convencido a los comandantes, la fuerza de los argumentos y la razón habían sido demasiado poderosas para que alguien objetara, demasiado convincentes para que alguien las ignorara. Uno por uno, todos habían capitulado: primero Joplin, luego los demás. Al final, todos se habían contagiado del mismo entusiasmo del rey ante ese plan.

—Tiene razón —había coincidido Preia Starle—. Hazle caso.

—No, no la tiene —había replicado Jerle en voz baja, con ademán calmado. Los dejó sin habla con la profunda convicción que destilaban las palabras—. Un rey debe guiar con el ejemplo. En este caso en particular, en la presente situación, donde hay tanto en juego, no puedo pedirle a otro que haga algo que yo no haré. El ejército cuenta conmigo. Los hombres saben que yo soy un líder, que no me quedo atrás. Ahora no esperan menos de mí y no voy les voy a defraudar.

No daría su brazo a torcer. No estaba dispuesto a llegar a un término medio. Por eso ahora lideraba el ataque como había dicho que haría, a pesar de los recelos del druida, y, como siempre, Preia avanzaba a su lado. Emergieron de la oscuridad a medianoche, salieron sigilosamente del valle y cruzaron las llanuras hacia el campamento enemigo. Eran una fuerza de tan solo unos centenares, había el doble de arqueros que de guardas reales. Un puñado iba en vanguardia, tan silenciosos como espectros, y despacharon a los centinelas del ejército de las Tierras del Norte que hacían la ronda por el perímetro del campamento. Pronto, el grueso principal de la fuerza del destacamento de ataque se encontraba a menos de cincuenta metros. Estaban agachados, con las armas preparadas, y aguardaban.

Cuando llegó el momento de atacar, fueron implacables y repentinos. Se inició en el norte, de la mano de Kier Joplin. El elfo comandante había envuelto con telas pesadas los cascos de las monturas de la caballería y luego había conducido a doscientos jinetes hacia el norte de Streleheim tras la puesta de sol. Cuando los elfos habían llegado a menos de un centenar de metros de la cara norte del perímetro del campamento, habían retirado las protecciones, habían aguardado a pasada una hora de la medianoche, habían montado y se habían lanzado a la carga. Estaban encima de los norteños antes de que pudieran dar la alarma. Acometieron contra los flancos de la última caravana de víveres, que acababa de llegar y todavía no habían descargado;

los caballerizos esperaban la llegada del alba. Los elfos agarraron teas ardientes de los fuegos de la guardia sin dejar de cabalgar y prendieron fuego a los carros. Después viraron hacia la zona de montaje de las máquinas de asedio y también encendieron las que estaban más próximas. Las llamas se elevaron hacia el cielo a medida que los caballos atravesaban el campamento al galope y volvían a desaparecer en la negrura de la noche. Se esfumaron con tanta rapidez que todavía se estaba conformando el contraataque cuando se produjo la segunda acometida.

Esta llegó de la mano de Cormorant Etrurian desde el suroeste. Este había esperado hasta ver las llamas del primer asalto y entonces atacó. Había quinientos soldados de infantería colocados en posición, así que los dirigió en formación de cuña en el corazón de la sección de caballerías del campamento enemigo, mataron a los caballerizos, soltaron a los animales y los persiguieron hasta que se dispersaron. El combate cuerpo a cuerpo fue encarnizado durante un rato, pero luego los elfos giraron hacia el oeste y atacaron el perímetro del campamento a medida que se retiraban rápidamente, hacia la oscuridad de la llanura.

Esta vez, el ejército de las Tierras del Norte fue más rápido en reaccionar, pero lo hizo confundido, ya que les daba la sensación de que el ataque procedía de todas direcciones. Los enormes trolls de las rocas, con la armadura a medio poner, pero cargados con inmensas hachas de guerra y picas, lo apartaron todo y se colocaron en el camino en un intento de enfrentarse a los atacantes. Pero había máquinas de asedio y carros con víveres ardiendo en el norte, los caballos se habían escapado en el sur y nadie parecía estar seguro de dónde podían encontrar al enemigo. Bremen, escondido en las llanuras con el comandante de Jerle Shannara, había usado la magia para esconder a los elfos y para crear la ilusión de que había atacantes en lugares donde no había ninguno. El anciano era capaz de aguantar el engaño muy poco tiempo, pero fue el suficiente para confundir incluso a los mortíferos Portadores de la Calavera.

Para entonces, la fuerza de Jerle Shannara se había sumado a la embestida. Flanqueados y protegidos por la Guardia Real, los arqueros se colocaron en filas en dirección al perímetro del campamento del ejército de las Tierras del Norte, sacaron los arcos y dispararon una lluvia de flechas sobre el enemigo. Brotaron gritos cuando los proyectiles dieron en el blanco. Descarga tras descarga, las flechas llovían sobre los norteños mientras estos trataban de alzarse y armarse. El rey mantuvo a los hombres en posición tanto como se atrevió y luego todavía los retuvo un poco más. Una avalancha de

gnomos se lanzó afuera del campamento en un arrebato enloquecido, mientras trataban de arremeter contra los arqueros, pero estos se limitaron a cambiar de blanco y a cargar contra el contraataque desorganizado hasta que se dispersaron.

Al final, Jerle Shannara comenzó a retirar a los hombres; las filas se marcharon por turnos, una cubría las espaldas de la otra mientras esta se batía en retirada. Los hombres bajo el mando de Cormorant Etrurian ya se habían ido a toda velocidad, dispersados en la oscuridad de la noche, sombras confusas que corrían por las llanuras entre nubes de humo y ceniza de los fuegos. Aparecieron trolls de las rocas, monstruos enormes, pesados y torpes que marchaban recortados contra la luz brillante del fuego, cargados con picas y hachas de batalla. Las flechas no servían de nada contra ellos. Los arqueros se replegaron y corrieron, flanqueados por una línea de guardas reales que todavía resistía. Jerle hizo que los hombres se retiraran a toda prisa; no quería luchar contra los trolls de las rocas esta noche. No los perseguiría ninguna caballería enemiga, ya que los caballos de los norteños habían sido capturados o estaban diseminados por las llanuras. Los trolls eran lo único que debían evitar.

Sin embargo, los trolls se lanzaron contra ellos más rápido de lo que el rey había previsto. La Guardia Real estaba prácticamente sola en la planicie ahora, los arqueros y los elfos cazadores habían huido hacia la seguridad del Valle de Rhenn y la caballería de Kier Joplin había regresado al norte. Las flechas de los gnomos surcaron el aire desde el resplandor del campamento de las Tierras del Norte, disparadas por una avanzadilla de arqueros. Abatieron a varios guardias. Bremen, que se había adentrado en las llanuras con los atacantes que protegían al rey, los rebasó, con la cogulla negra al viento, y lanzó una ráfaga de fuego druida contra los trolls que avanzaban. La pradera estalló en llamas y, durante un momento, la persecución se detuvo. La Guardia Real retomó la retirada con el anciano y el rey entre ellos, cercados por todos los frentes mientras se apresuraban a llegar al refugio que les ofrecía el valle. Las columnas de humo flotaban sobre las llanuras, empujadas por un viento repentino cargado de calor y ceniza. Preia Starle encabezaba la marcha e intentaba encontrar un camino entre aquel laberinto, pero la confusión provocada por el humo y los alaridos de sus perseguidores era monumental. La pequeña banda de Guardia Real se dispersó, unos se fueron hacia un lado con Bremen, otros hacia el otro con el rey. Jerle Shannara los llamó, oyó cómo lo llamaban los otros y, de pronto, todo desapareció bajo el humo.

Entonces, una masa descomunal chocó con el grupo del rey y provocó que la Guardia Real acabara rodando por la planicie: había arrojado a un lado a los que se encontraban más cerca como si fueran muñecos de paja. Ante ellos apareció una figura gigantesca, un monstruoso bruto que estaba al servicio del Señor Oscuro, invocado desde el averno, que campaba a sus anchas en la noche; todo dientes, garras y escamas. Se abalanzó sobre Jerle Shannara con un aullido y el rey apenas tuvo tiempo de desenvainar la espada. La hoja mágica centelleó al alzarse, la superficie brillante ardía en la oscuridad.

«¡Ahora!», pensó el rey mientras se disponía a atacar. «¡Ahora veremos!». Apeló a la magia de la espada, recurrió a ella para que lo protegiera mientras la criatura se acercaba a él e invocó su gran poder. Sin embargo, no ocurrió nada. La bestia se lanzó contra él, lo doblaba en altura y anchura, y el rey, desesperado, le asestó una estocada como haría con cualquier otro enemigo. La espada se clavó en la bestia, la fuerza del golpe entorpeció el ataque. Con todo, no apareció ninguna forma de magia. Jerle Shannara notó cómo, de pronto, el miedo le anudaba las entrañas. La bestia estaba rodeada por todos los flancos por la Guardia Real, que había regresado a la refriega, pero aplastó como a una hormiga al que estaba más cerca, apartó de un empujón al resto y siguió adelante.

En ese momento, Jerle Shannara reparó en que era incapaz de invocar la magia de la espada y que había perdido cualquier esperanza que pudiera haber albergado de que esta lo protegería. Había creído, a pesar de lo que Bremen le había advertido, que la espada poseía magia del tipo que abatía al enemigo: algo de fuego, algo más del estilo de mandar al otro mundo. No obstante, el anciano había insistido en que la espada revelaba la verdad y ahora le parecía evidente que la verdad era lo único que la espada le podía ofrecer. El miedo amenazó con paralizar al rey, pero se lanzó contra la bestia que lo atacaba con un alarido furibundo. Agarró la empuñadura de la espada con ambas manos y se defendió del único modo que le quedaba. La hoja reluciente de la espada refulgió al abatirse sobre la criatura monstruosa y le hizo un corte profundo: sangre negra comenzó a manar del corte. Pero la bestia superó a la guardia del rey, lanzó la espada a un lado de un golpetazo y lo arrojó al suelo.

En ese momento apareció Bremen de entre la oscuridad como un espectro vengador, con las manos estiradas hacia delante, bañadas en fuego druida. Las llamas salieron disparadas de las puntas de los dedos en un estallido frenético y se estrellaron contra el monstruo cuando este trataba de agarrar al rey, lo envolvieron, lo consumieron y lo convirtieron en una tea que se retorció de dolor. La bestia se echó hacia atrás, gritó de ira, giró sobre los talones y corrió

hacia la noche, dejando una estela de llamas. Bremen no esperó a ver qué le ocurría. Se agachó para coger al rey mientras los elfos de la Guardia Real reaparecían para ayudarlo y levantaron a Jerle Shannara de un tirón.

—La espada... —comenzó el rey con la voz rota mientras negaba con la cabeza desesperado.

Sin embargo, Bremen le hizo callar con una mirada severa y le dijo:

—Más tarde habrá tiempo y privacidad, rey elfo. Estáis vivo, habéis luchado bien y el ataque ha sido un éxito. Es suficiente por una noche. Ahora venid, deprisa, antes de que nos encuentren otras criaturas.

Huyeron hacia la oscuridad de la noche de nuevo, el rey, el druida y un puñado de soldados de la Guardia Real. El humo y las cenizas los perseguían, y en la lejanía, como faros que iluminaban toda la línea del horizonte, ardían los carros de víveres y las máquinas de asedio. Preia Starle salió de la negrura, sin resuello, agobiada, con una mirada que reflejaba tanto ira como miedo. Se acercó hasta ellos y logró colocarse al lado de Jerle Shannara, donde se pasó el brazo izquierdo de este sobre los hombros y lo ayudó a avanzar. El rey no opuso resistencia. Se encontró con la mirada de ella y desvió la vista. Tenía los labios apretados.

Las brasas de miedo que crepitaban en los rincones oscuros de su conciencia se habían avivado con grandes llamaradas esta noche: temía que, de algún modo, la espada que se le había confiado no fuera apropiada para él y no respondiera cuando se la necesitara. Le había planteado un desafío y él no había sido capaz de superarlo. Si no hubiera sido por Bremen, estaría muerto. Una criatura fruto de una magia menor habría acabado con él, algo con mucho menos poder que el Señor de los Brujos. Las dudas carcomieron su determinación. Todo lo que el rey creía posible tan solo hacía unas horas ya no se lo parecía. La magia de la espada no era para él. La magia no iba a responder a su invocación. Necesitaba a otra persona, otro que estuviera en sintonía con su funcionamiento. Él no era esa persona. No, no lo era.

Jerle oía el eco de esas palabras en los latidos del corazón, frío y certero. Trató de ignorarlo, pero descubrió que era incapaz. Sumido en la desesperación, siguió corriendo.

Bremen se había marchado al oeste para llevar la espada druida a los elfos y Kinson Ravenlock y Mareth se dirigieron hacia el este siguiendo el río de Plata en busca de los enanos. El primer día, atravesaron la región montañosa que apuntalaba la orilla septentrional del río y avanzaron serpenteando a paso regular sin alejarse de los bosques del Anar. La niebla cubría las colinas con una persistencia obstinada, hasta que empezó a esfumarse a medida que el sol se elevaba hacia el cielo de mediodía. A primera hora de la tarde, los viajeros habían llegado al linde del Anar, donde se habían adentrado en el bosque. En esta área, el terreno se allanaba y homogeneizaba. La luz del sol penetraba a través del baldaquín de hojas y moteaba el tapiz de tierra. Tenían comida y bebida suficiente para ese día solo, así que la dividieron con cuidado cuando se detuvieron para almorzar y guardaron suficiente para la cena, por si no se les presentaba la ocasión de conseguir algo mejor.

El Anar resplandecía con el verdor de los árboles y el azul del río, con los rayos de luz solar que irradiaban desde un cielo casi despejado y el cantar de los pájaros y el chillido de otras criaturitas atravesando el sotobosque. Sin embargo, el sendero estaba pisoteado y lleno de los desechos del ejército de las Tierras del Norte y no había ni rastro de vida humana. De vez en cuando detectaban el olor de madera carbonizada y ceniza vieja transportados por la brisa y, entonces, el silencio se imponía, una quietud tan insondable que hacía que el hombre y la mujer observaran a su alrededor, en guardia. Pasaron ante pequeñas cabañas y edificios anexos; algunos todavía resistían, otros estaban completamente calcinados, pero todos estaban vacíos. No aparecieron los enanos. No se cruzaron con nadie por el camino.

—No debería sorprendernos —advirtió Mareth en un instante determinado cuando Kinson hizo una observación al respecto—. El Señor de

los Brujos justo acaba de retirarse de las Tierras del Este. Los enanos todavía deben de estar escondidos.

Parecía una conclusión lógica, pero sin embargo a Kinson le preocupaba atravesar una región que estaba, aun teniendo en cuenta las circunstancias, inusualmente abandonada. La ausencia de incluso el vendedor más ambulante lo inquietaba. Implicaba que ya nadie tenía una razón para estar aquí, como si la vida ya no tuviera un propósito por esos lares. Le dio que pensar: ¿podía desaparecer una nación entera como si nunca hubiera existido? No tenía un marco de referencia para un exterminio de tal magnitud. ¿Y si habían aniquilado a los enanos? ¿Y si sencillamente habían dejado de existir? Las Cuatro Tierras nunca se recuperarían de una pérdida así. Nunca volvería a ser lo mismo.

Durante la travesía, cómodos con el silencio, mientras cada uno daba vueltas a sus propios pensamientos, el fronterizo y la aprendiz de druida no hablaron demasiado. Mareth caminaba con la cabeza erguida y la mirada hacia adelante, como si se fijase en algo que había más allá y que ninguno de los dos era capaz de ver. Kinson se sorprendió pensando si cavilaba sobre su ascendencia tras lo que había descubierto con Bremen. Saber que ella no era su hija, tras tanto tiempo de creer que lo era, supondría un duro golpe para cualquiera. Pensar que tal vez era hija de uno de los seres oscuros que servían al Señor de los Brujos era aún peor. Kinson no sabía cómo habría reaccionado él mismo ante tal noticia. No creía que lo hubiera aceptado con facilidad. No importaba, pensó, que Bremen insistiera en que eso no tenía nada que ver con el tipo de persona que Mareth era. No solo era una cuestión de lógica. Mareth era una mujer con la cabeza bien amueblada e inteligente, pero las vicisitudes de su infancia y las complejidades de la vida adulta habían hecho que fuera vulnerable a que eso socavara las pocas creencias a las que había conseguido aferrarse.

De vez en cuando se planteaba la posibilidad de sacarle el tema. Kinson pensó si decirle que era la persona que ella siempre había creído que era, que el fronterizo veía lo bondadosa que era, que había sido testigo de la fortaleza de su amabilidad y que un origen tan endeble como la sangre nunca vencería a su propia naturaleza. Con todo, era incapaz de encontrar el modo de expresarlo de forma que no pareciera condescendiente y tenía miedo de arriesgarse a que sucediera precisamente eso. Mareth parecía satisfecha solo con tenerlo de acompañante y, a pesar de su comentario grosero cuando Bremen había sugerido que ella le acompañara, en el fondo estaba contento de que lo hubiera hecho. Había llegado a sentirse a gusto con ella, con las

circunstancias que compartían, con las conversaciones que tenían, con la forma que tenían de adivinar lo que pensaba el otro, con el vínculo que sentía hacia ella en una docena de pormenores que no era capaz de definir con facilidad. Este último lo percibía en detalles como el sonido de su voz, el modo en que ella lo miraba, el sentimiento de camaradería que iba más allá del simple hecho de compartir el viaje. Al final decidió que bastaba con que él estuviera allí por si ella decidía que necesitaba hablar. Mareth ya sabía que la identidad y los orígenes de su padre no suponían ninguna diferencia para Kinson. Sabía que nada de eso le importaba.

Al atardecer, mientras la luz se desvanecía y el ambiente refrescaba, llegaron a Culhaven, donde el olor de la muerte era acre y penetrante entre las sombras. La capital de los enanos había ardido hasta los cimientos y la habían saqueado entera. No quedaba más que tierra chamuscada, escombros, unas cuantas vigas calcinadas y huesos esparcidos. Muchos de los muertos seguían en el mismo lugar donde habían sido abatidos. Era imposible reconocerlos, pero la pequeñez de los huesos ponía de manifiesto que algunas víctimas eran niños. El fronterizo y la aprendiz de druida salieron del amparo de los árboles y se adentraron en el claro donde se había erigido la ciudad. Se quedaron inmóviles mientras hacían una evaluación compungida y luego comenzaron a avanzar, poco a poco, hacia la carnicería. Hacía semanas que había ocurrido el ataque, los fuegos hacía tiempo que se habían extinguido y la tierra ya empezaba a regenerarse bajo las ruinas: brotecitos verdes asomaban entre la ceniza. Con todo, en Culhaven no había ni un atisbo de vida humana, y en toda aquella extensión ennegrecida el silencio se imponía como un manto de indiferencia.

En el centro de la ciudad encontraron una gran fosa donde se habían lanzado centenares de cuerpos de enanos y los habían quemado.

—¿Por qué no huyeron? —preguntó Mareth con un hilo de voz—. ¿Por qué se quedaron? Seguro que lo sabían. Debieron de haberles advertido.

Kinson guardó silencio. Mareth sabía la respuesta tanto como él: la esperanza puede jugarte malas pasadas. Fijó la vista en la lejanía, más allá de la gran extensión de ruinas. ¿Dónde estaban los enanos que todavía vivían? Esa era la pregunta para la que necesitaban una respuesta.

Siguieron caminando entre los escombros y aceleraron el paso, porque no les quedaba nada por ver que no hubiesen visto ya sobradamente. La luz se extinguía y querían haber dejado atrás la destrucción cuando levantaran campamento para pasar la noche. Aquí no hallarían ni comida ni agua. Tampoco encontrarían un refugio. No había nada que pudiera hacer que se

quedaran. Así que continuaron caminando, bordeando el curso del río, que serpenteaba lentamente hacia el corazón de los bosques del este. Tal vez encontrarían algo mejor más adelante, pensó Kinson, esperanzado. Tal vez más adelante habría vida.

Algo salió correteando entre los escombros y salió disparado hacia un lado, lo que provocó que el fronterizo se sobresaltara. Ratas. No las había visto antes, pero era lógico que estuvieran allí, así como otros animales carroñeros, supuso. Lo recorrió un escalofrío, desencadenado por el recuerdo de su infancia, cuando se había quedado dormido en una caverna que había estado explorando y, al despertar, un montón de ratas estaban correteando sobre él y a su alrededor. En aquellos instantes horribles y efímeros, la muerte se le había antojado algo extrañamente cercano.

—¡Kinson! —dijo Mareth entre dientes de pronto y se detuvo.

Una figura encapuchada estaba de pie ante ellos, inmóvil. Parecía un hombre: dejaba lo suficiente al descubierto para llegar a esta conclusión, al menos. ¿De dónde había salido? Era un misterio. Se había materializado allí, como si lo hubiera conjurado el aire, pero debía de haber estado escondido, esperándoles. Se encontraba cerca de la orilla del río por la que avanzaban, ensombrecido por la noche y por los restos de una pared de piedra. No los amenazaba, se limitaba a seguir allí, de pie, mientras aguardaba a que ellos se acercaran.

Kinson y Mareth intercambiaron una mirada. El rostro de aquel hombre se escondía bajo las sombras de la capucha y los brazos y las piernas, tras los pliegues de la capa. No podían saber quién era, nada les indicaba su identidad.

—Hola —se aventuró Mareth con suavidad. Sostenía el cayado que Bremen le había dado a modo de escudo ante ella.

No se produjo ninguna respuesta, ningún movimiento.

—¿Quién sois? —insistió ella.

—Mareth —la llamó la figura con un susurro lento.

Kinson se puso tenso. La voz se le antojaba como el correteo de las ratas y estaba impregnada de la presencia de la muerte. De pronto volvía a estar en esa cueva, volvía a ser un niño. La voz chirriaba y le crispaba los nervios como si fuera metal contra roca.

—¿Me conocéis? —preguntó Mareth, sorprendida. No parecía que la voz la molestara.

—Así es —respondió el otro—. Todos te conocemos, todos los que formamos parte de tu familia. Te hemos estado esperando, Mareth. Llevamos mucho tiempo esperando.

Kinson percibió el temblor en la voz de la mujer:

—¿De qué estáis hablando? —exigió al instante—. ¿Quién sois?

—Tal vez soy aquel que has estado buscando. Tal vez yo soy ese. ¿Serías muy dura conmigo si lo fuera? ¿Te enfadarías si te dijera que soy...?

—¡No! —gritó ella de sopetón.

—¿... tu padre?

La capucha cayó hacia atrás y el semblante quedó al descubierto. Era un rostro severo y fuerte y las similitudes con el de Bremen eran más que evidentes, aunque el hombre que se alzaba ante ellos era más joven. Sin embargo, la semejanza con Mareth era inconfundible. Dejó que la joven le observara un momento, dejó que lo examinara bien. Daba la impresión de no haber reparado en la presencia de Kinson.

Esbozó una leve sonrisa.

—Te ves reflejada en mí, ¿verdad, pequeña? ¿Ves cuánto nos parecemos? ¿Tan difícil es de aceptar? ¿Tan repugnante te parezco?

—Algo me da mala espina —advirtió Kinson en voz baja.

Sin embargo, no tuvo la sensación de que Mareth lo hubiera oído. Tenía los ojos clavados en el hombre que afirmaba ser su padre, en el desconocido envuelto en una capa negra que había aparecido de repente ante ellos. ¿Cómo? ¿Cómo había sabido dónde encontrarlos?

—¡Eres uno de ellos! —le espetó Mareth, con frialdad—. ¡Uno de los servidores del Señor de los Brujos!

El ser de rasgos marcados no reculó.

—Sirvo a quien quiero, igual que tú. Pero tu servicio para con los druidas estaba motivado por la búsqueda de tu padre, ¿no es cierto? Te lo leo en los ojos, criatura. No tienes ningún vínculo real con los druidas. ¿Qué significan para ti? Yo soy tu padre. Soy de tu misma sangre, tu vínculo conmigo es evidente. Ay, comprendo tus celos. No soy un druida, he jurado servir a otra causa, una a la que te opones. Toda la vida has oído que soy pura maldad. ¿Pero cuán malo crees que soy? ¿Son ciertos todos los rumores? ¿O tal vez los ensombrecieron quienes los contaban para cumplir con su propio propósito? ¿Cuánto puedes creerte de todo lo que sabes?

Mareth negó con la cabeza, despacio.

—Creo que lo suficiente.

El extraño sonrió.

—Entonces, tal vez no sea tu padre.

Kinson vio cómo la joven titubeaba.

—¿Lo eres?

—No lo sé. No sé si quiero serlo. Si lo fuera, no querría ser la diana de tu odio. Preferiría que lo comprendieras y lo toleraras. Desearía que escucharas todo lo que tengo que contarte sobre mi vida y cómo eso te afecta. Me gustaría tener la oportunidad de explicarte por qué la causa a la que sirvo no es maligna ni destructiva, sino que se basa en verdades que nos harán libres a todos. —El desconocido hizo una pausa—. Recuerda que tu madre me quería. ¿Tanto pudo equivocarse al entregar su amor? ¿Tanto pudo equivocarse al depositar su confianza en mí?

Kinson notó que algo cambiaba casi imperceptiblemente (una corriente de aire, una voluta de humo, una onda en el cauce del río), algo que no pudo ver, pero sí sentir. Se le erizó el vello de la nuca. ¿Quién era este desconocido? ¿De dónde había salido? ¿Cómo sabía quién era Mareth?

—¡Mareth! —volvió a advertirle el fronterizo.

—¿Y si los druidas se han equivocado en todo lo que han hecho? —preguntó el extraño de pronto—. ¿Y si todo lo que te han hecho creer se basa en mentiras, medias verdades y tergiversaciones de unos hechos que se remontan al principio de los tiempos?

—Es imposible —contestó Mareth enseguida.

—¿Y si aquellos en los que confías te traicionan? —insistió el desconocido.

—¡Mareth, no! —soltó, airado, Kinson. En ese instante, los ojos del extraño se posaron sobre él y, de repente, Kinson Ravenlock era incapaz de moverse o de pronunciar palabra. Estaba paralizado, como si se hubiera convertido en piedra.

El desconocido volvió a centrar la mirada en Mareth.

—Mírame, criatura. Mira con atención.

Horrorizado, Kinson no pudo evitar que Mareth lo hiciera. Su rostro adoptó un aspecto vacío y perdido, como si estuviera observando algo completamente distinto a lo que se alzaba ante ella.

—Eres una de los nuestros —entonó el desconocido con ternura, persuasivo y agradable—. Tu lugar está con nosotros. Tienes nuestro mismo poder. Compartes nuestra pasión. Eres igual que nosotros excepto por un detalle: no compartes nuestra causa. Debes adoptarla, Mareth. Debes aceptar que tenemos razón en lo que perseguimos: fuerza y una larga vida gracias al uso de la magia. Has sentido cómo te corre por las venas. Te has preguntado cómo puedes dominarla. Te lo voy a mostrar. Te voy a enseñar. No tendrás que rechazar algo que forma parte de ti. No tendrás que tener miedo. El

secreto se fundamenta en prestar atención a lo que esta te exige, en no tratar de contenerla, en no rehuir lo que necesita. ¿Lo comprendes?

Mareth asintió con aire ausente. Kinson contempló cómo se producía un cambio intangible en los rasgos del extraño que se alzaba ante ellos. Ya no era tan humano. Ya no se parecía tanto ni a Bremen ni a Mareth. Se estaba convirtiendo en algo completamente distinto.

Poco a poco y acuciado por el dolor, el fronterizo se revolvió contra las cadenas invisibles que le ataban los músculos. Con sumo cuidado, alargó la mano por el muslo para llegar la larga daga envainada que tenía allí atada.

—¿Padre? —dijo Mareth de pronto—. ¿Padre, por qué me abandonaste?

Se produjo un largo silencio en la noche cerrada. Kinson cerró los dedos sobre la empuñadura de la daga. Los músculos le protestaron de dolor y tenía la mente nublada. ¡Era una trampa parecida a la que el Señor de los Brujos les había tendido en Paranor! ¿El desconocido había estado esperándolos a ellos o a cualquiera que pasara por allí? ¿Había sabido que llegaría Mareth en concreto? ¿Había mantenido la esperanza de que sería Bremen? Estrechó la daga con fuerza.

El extraño levantó la mano y le hizo señas a la joven. Era una mano llena de nudos con dedos terminados en garras. Sin embargo, Mareth no parecía verlo. Dio un pequeño paso hacia delante.

—Sí, criatura, ven, ven —la instó el desconocido, cuyos ojos se habían tornado carmesíes como la sangre. Los colmillos asomaban tras una sonrisa tan perversa como el ataque de una serpiente—. Deja que te lo explique todo. Dame la mano, dale la mano a tu padre y te contaré todo lo que debes saber. Entonces lo comprenderás. Verás que tengo razón. Sabrás la verdad.

Mareth dio otro paso adelante. Bajó un poco la mano con la que sostenía el cayado del druida.

Un segundo después, Kinson Ravenlock se libró de la magia que lo tenía atrapado, se deshizo de los grilletes de un tirón y desenvainó la larga daga. En un solo movimiento fluido, se la lanzó al desconocido. Mareth chilló de miedo, el fronterizo no supo si era por ella, por su padre o incluso por el mismo Kinson. No obstante, el extraño se transformó en un abrir y cerrar de ojos y evolucionó de una forma humana a otra que de humana no tenía nada. Alzó un brazo y se encendió una cortina de llamas pérfidas y verdes que incineraron la daga cuando todavía surcaba el aire.

La figura que ahora se alzaba ante ellos entre una bruma de humo y luz titilante era la de un Portador de la Calavera.

Una segunda explosión de fuego surgió de las garras de la criatura, pero Kinson ya se había movido, se había lanzado a por Mareth, la había apartado de la trayectoria del ataque y había terminado en montón de escombros cubiertos de ceniza. En un periquete, Kinson volvía a estar de pie, no esperó a ver si ella se había recuperado y dio la vuelta tras un muro en dirección al Portador de la Calavera. Tendría que actuar con rapidez si quería conservar la vida. La criatura avanzaba hacia ellos arrastrando los pies, el fuego le chisporroteaba en la punta de las garras y los ojos rojos iluminaban las sombras del interior de la capucha. Kinson cruzó el campo abierto a toda velocidad, esquivando los proyectiles de fuego, hasta que se lanzó al suelo y rodó hasta parapetarse tras el esqueleto de un arbolito. El Portador de la Calavera giró hacia él mientras susurraba palabras insidiosas, cargadas de odio; una promesa sombría.

Kinson desenvainó el sable. Había perdido el arco, que en este caso le hubiese servido más, aunque en realidad no tenía ningún arma que pudiera marcar la diferencia. En ocasiones anteriores, lo habían protegido el sigilo y la astucia, pero ahora no le servían ni el uno ni la otra.

—¡Mareth! —gritó, desesperado.

Acto seguido, salió del escondite y cargó contra el Portador de la Calavera.

El cazador alado cambió de posición para afrontar la acometida, alzó las manos, las garras chisporroteaban. Kinson reparó en que estaba demasiado lejos para enfrentarse con el monstruo antes de que el fuego lo embistiera. Dobló hacia la izquierda y buscó dónde ponerse a cubierto. No encontró nada. El Portador de la Calavera se alzaba ante él, oscuro e imponente. Kinson trató de cubrirse la cabeza.

Entonces, Mareth chilló de pronto:

—¡Padre!

El Portador de la Calavera se giró al oír la voz de la joven, pero el fuego druida ya salía disparado de la punta alzada del cayado de Mareth. Colisionó con el cuerpo del cazador alado y lo mandó contra una pared. Kinson trastabilló y cayó mientras procuraba cubrirse los ojos. Mareth tenía una expresión adusta bajo la luz mortífera, con una mirada férrea en los ojos. Embistió al Portador de la Calavera con un torrente de fuego continuo que le quemó las defensas, la piel endurecida y el corazón. La criatura gritó de odio y dolor y levantó los brazos como si quisiera echar a volar, pero el fuego druida lo consumió por completo y se convirtió en cenizas.

Mareth tiró el cayado al suelo con furia y el fuego druida se extinguió.

—Toma, padre —dijo entre dientes—, te doy la mano. Ahora cuéntame las verdades y las mentiras. ¡Venga, padre, cuéntamelas!

Las lágrimas comenzaron a rodarle por el rostro pequeño y ennegrecido. La noche los envolvió de nuevo y el silencio recuperó su predominio. Kinson se alzó poco a poco, se acercó a ella y, con cuidado, la estrechó hacia sí.

—No creo que supiera mucho del tema, ¿no te parece?

Mareth sacudió la cabeza sin decir nada, apoyada contra el pecho del fronterizo.

—Qué necia soy. No tengo remedio. No he podido evitar escucharle. ¡Casi me lo creo! ¡Tantas mentiras! Pero era tan convincente... ¿Cómo sabía lo de mi padre? ¿Cómo sabía qué debía decir?

Kinson le acarició el pelo.

—No lo sé. Los seres oscuros de este mundo conocen los secretos que guardamos. Averiguan qué nos asusta, qué dudas nos acechan y lo usan en nuestra contra. Bremen me lo contó un día. —Bajó la barbilla hasta posarla sobre su pelo—. Creo que esta criatura nos estaba esperando: a ti, a mí, a Bremen, a Tay o a Risca; a cualquiera de los que suponen una amenaza para su amo y señor. Era una trampa muy parecida a la que el Señor de los Brujos nos tendió en Paranor, diseñada para atrapar a cualquiera que apareciera. Pero Brona ha usado un Portador de la Calavera esta vez, lo que significa que debe de tener mucho miedo de lo que somos capaces de hacer.

—Por poco nos mata —susurró ella—. Tenías razón con lo que dijiste sobre mí.

—No, estaba equivocado —replicó él enseguida—. Si hubiera venido solo, si no me hubieras acompañado, estaría muerto. Me has salvado la vida. Y lo has hecho con la magia que posees. Echa un vistazo al suelo, Mareth. Y luego mírate.

Ella hizo lo que le pidió. El suelo estaba ennegrecido y calcinado, pero ella estaba intacta.

—¿Te das cuenta? —preguntó él con dulzura—. El cayado ha encauzado tu magia, tal como Bremen dijo. Ha desviado la parte que te habría hecho daño y ha conservado lo único que era necesario. Por fin puedes controlar tu magia.

Ella lo miró de hito en hito, la tristeza que reflejaban esos ojos era palpable.

—Ya no importa, Kinson. No quiero controlar la magia. No quiero saber nada de la magia. Estoy harta. Estoy harta de mí: de quién soy, de dónde procedo, de quiénes fueron mis padres, de todo lo que tiene que ver conmigo.

—No —susurró él mientras le sostenía la mirada.

—Sí. Quería creer a esa criatura, si no, no me hubiera cautivado tanto. Si no hubieras conseguido sacarme del embrujo, ahora los dos estaríamos muertos. No hubiese servido para nada. Estoy tan enfrascada en la búsqueda para descubrir la verdad sobre mí misma que pongo en peligro a cualquiera que esté cerca. —Apretó los labios—. Ha dicho que era mi padre. Un Portador de la Calavera. Esta vez ha sido mentira, pero quizá no lo sea la próxima. Tal vez sea verdad, incluso. Tal vez mi padre es un Portador de la Calavera. No quiero saberlo. No quiero saber nada más, ni de magia, ni de druidas, ni de cazadores alados ni de talismanes. —Las lágrimas volvían a surcarle el rostro y tenía la voz entrecortada—. Se acabó, estoy harta. Deja que otra persona te acompañe. Yo me retiro.

Kinson clavó los ojos en la oscuridad de la lejanía.

—Eso no puedes hacerlo, Mareth —le dijo al final—. No, no digas nada, solo escúchame. No puedes porque eres demasiado buena persona para actuar así. Tienes que seguir adelante. Los que no pueden defenderse necesitan que los ayudes. No es una responsabilidad que tú hayas buscado, lo sé. Pero aquí está, es una carga que debes soportar, que se te ha asignado porque eres una de las pocas que puede sobrellevarla. Tú, Bremen, Risca y Tay Trefenwyd. Sois los últimos druidas que quedan. Solo vosotros cuatro. Ya no quedan más y tal vez no volverá a haber druidas.

—Me da igual —murmuró ella, sin ánimo—. No me importa.

—Sí, sí que te importa —insistió el fronterizo—. A todos os importa. Si no os importara, haría tiempo que la lucha contra el Señor de los Brujos habría terminado y todos estaríamos muertos.

Se quedaron de pie, contemplándose el uno al otro sumidos en silencio, como dos estatuas que se erigían entre las ruinas de una ciudad.

—Tienes razón —reconoció al final, con una voz tan baja que Kinson apenas podía oírla—. Sí que me importa.

Mareth se acercó a él, levantó el rostro hacia el fronterizo y lo besó en los labios. Le rodeó la cintura con los brazos y lo estrechó hacia sí. El beso duró, y era más que un beso de amistad o de gratitud. Kinson sintió que una sensación cálida se expandía en su interior, una sensación que no sabía que albergaba. Le devolvió el beso y la rodeó con los brazos a su vez.

Cuando el beso hubo terminado, ella se quedó abrazada contra él durante un instante, con el rostro hundido en el pecho de Kinson. Este notaba los latidos del corazón de Mareth. Sentía su respiración. Entonces, la joven

retrocedió y lo miró sin mediar palabra; esos ojos enormes y negros estaban llenos de asombro.

La joven se agachó para recoger el cayado y comenzó a caminar hacia el bosque de nuevo, siguiendo siempre el curso del río de Plata hacia el este. Kinson la contempló hasta que quedó reducida a una sombra mientras trataba de darle un sentido a todo eso. Al final, se dio por vencido y se apresuró a alcanzarla.

* * *

Tras el incidente, caminaron dos días más sin tropezarse con nadie. Todas las aldeas, granjas, cabañas y mercados por los que pasaron habían ardido y estaban desiertos. Había señales que delataban el paso del ejército de las Tierras del Norte y la huida de los enanos, pero no había nadie ahora. Los pájaros surcaban el cielo y había animalitos que correteaban por el sotobosque, los insectos zumbaban en las zarzamoras y los peces navegaban por las aguas del río de Plata, pero seguían sin aparecer humanos. El hombre y la mujer avanzaban atentos y vigilantes por si había algún otro Portador de la Calavera o cualquier otro espécimen del abanico de criaturas del averno que servían al Señor de los Brujos, pero tampoco apareció ninguno. Encontraron comida y agua, nunca en abundancia y siempre en medio de la naturaleza. Los días eran calurosos y aletargados, el sofoco pegajoso del Anar se templaba muy de vez en cuando gracias a lluvias ocasionales. Las noches eran claras e insondables, llenas de estrellas y bañadas por la luz de la luna. El mundo era un lugar tranquilo, en calma y vacío. Comenzaron a tener la sensación de que todos, tanto amigos como enemigos, se habían desvanecido en el firmamento.

Mareth no volvió referirse a su ascendencia ni abandonó la empresa. Tampoco mencionó que odiara la magia o temiera a aquellos que la usaban. Avanzaba prácticamente en silencio y, cuando decía algo, estaba relacionado con el territorio que estaban cruzando o con las criaturas que lo habitaban. Parecía haber dejado atrás lo que había sucedido en Culhaven. Semejaba que se hubiera decidido por seguir acompañando a Kinson, aunque no lo hubiera expresado con palabras. A menudo le sonreía. A veces, se sentaba cerca de él antes de ir a dormir. El fronterizo deseó, más de una vez, que la joven volviera a besarlo.

—Ya no estoy enfadada —dijo ella en cierto momento, con la vista clavada adelante, evitando así los ojos de Kinson. Estaban caminando uno al lado del otro por una pradera llena de flores amarillas silvestres—. He estado enfadada durante mucho tiempo —continuó, tras una pausa—: con mi madre, con mi padre, con Bremen, con los druidas, con todo el mundo. La ira me daba fuerzas, pero ahora solo me agota. Ahora solo estoy cansada.

—Lo comprendo —respondió él—. Hace más de diez años que viajo; de hecho, llevo toda mi vida viajando, siempre buscando algo. Ahora solo quiero detenerme y contemplar mi entorno. Quiero tener un hogar en algún sitio. ¿Crees que es una bobada?

Ella sonrió al oírlo, pero no contestó.

A finales del tercer día tras haber salido de Culhaven, llegaron al Cuerno del Cuervo. El sol se empezó a poner en el horizonte occidental cuando ya se hallaban bajo la sombra de las montañas y comenzaban a subir por sus estribaciones. El cielo se había tornado un arcoíris extraordinario de naranja, carmesí y morado, los colores lo teñían todo, manchaban la tierra y llegaban hasta los rincones de la región que ya se estaban oscureciendo. Kinson y Mareth se detuvieron para contemplar ese espectáculo cuando apareció un enano solitario en el camino que se extendía ante ellos.

—¿Quién sois? —les preguntó sin preámbulos.

Estaba solo y llevaban únicamente un garrote pesado, pero Kinson supo enseguida que habría otros en las inmediaciones. Le dijo cómo se llamaban.

—Estamos buscando a Risca —notificó—. El druida Bremen nos ha enviado para encontrarlo.

El enano no dijo nada, sino que se volvió y les hizo gestos para que lo siguieran. Caminaron durante varias horas, el sendero se elevaba por las estribaciones y las cuestas de las montañas. La luz diurna se apagó y la luna y las estrellas salieron para iluminarles el camino. Refrescó y su aliento empezó a formar pequeñas volutas ante ellos. Kinson buscaba señales que delataran la presencia de otros enanos a medida que avanzaban, pero no vio más que aquel que los guiaba.

Al final, llegaron a un valle donde ardían una docena de almenaras y diez veces más enanos que ellos apiñados alrededor. Los enanos alzaron la vista cuando los sureños aparecieron y algunos incluso se pusieron de pie. Exhibían miradas severas, cargadas de recelo, e intercambiaron pareceres en voz baja. Tenían pocas posesiones, pero todos y cada uno de ellos llevaban armas atadas en la cintura o la espalda.

De repente, Kinson se planteó si él y Mareth estaban en peligro. Se acercó a ella mientras observaba a derecha e izquierda. No se sentía seguro. Le daba mala espina y se sentía amenazado. Se preguntó si esos enanos serían renegados que habían huido del grueso del ejército. Se preguntó si ese ejército existía ahora siquiera.

Entonces, de pronto, Risca apareció ante ellos, esperando mientras se acercaban. Estaba igual que cuando se había separado de ellos en el Cuerno del Hades, excepto por la nueva colección de cortes que le señalaba la cara y las manos. Cuando ese rostro curtido les ofreció una sonrisa y el enano les estrechó la mano para saludarlos, Kinson Ravenlock supo que todo iba a salir bien.

Tres días después del ataque nocturno que había liderado Jerle Shannara, el ejército del Señor de los Brujos cargó contra los elfos en el Valle de Rhenn.

No los pillaron desprevenidos. Durante toda la noche, el campamento enemigo había hervido con una actividad inusual. Habían encendido almenaras por todo el campamento hasta que pareció que el prado entero estaba ardiendo. Habían arrastrado hacia delante las máquinas de asedio que habían rescatado del asalto, gigantes macizos que se alzaban en medio de la noche, torres voluminosas y cuadradas que oscilaban y chirriaban, los brazos largos y curvados de las catapultas y las lanzaderas proyectaban sombra como si fueran extremidades rotas. Mucho antes de que rompiera el alba, varias unidades del ejército comenzaron a montarlas y, desde la gran distancia que los separaba de la entrada del desfiladero, los elfos oían los ruidos que producían las armaduras y las armas cuando se las colocaban y ataban. El fuerte estruendo de los pisotones de botas señaló que se estaban dividiendo en unidades de ataque. Estaban ensillando a los caballos y los llevaban donde los necesitaban, la caballería montaba y cabalgaba hasta la posición asignada en los flancos del ejército, protegiendo a los arqueros y a la infantería. No cabía la menor duda de lo que ocurría y Jerle Shannara fue rápido en reaccionar.

El rey había sabido aprovechar del tiempo que habían ganado con el asalto. Los habitantes de las Tierras del Norte habían tardado aún más tiempo del que habían esperado en recuperarse. El daño que la incursión había infligido en las máquinas de asedio y los carros de víveres había sido considerable, los había obligado a construir nuevas máquinas, a reparar las antiguas y a traer nuevos suministros desde el norte. Habían recuperado parte de los caballos desperdigados, pero tuvieron que sustituir a un gran número. El ejército de las Tierras del Norte volvió a crecer cuando llegaron los

refuerzos, pero los elfos se animaron al ver que habían logrado perjudicar a una fuerza militar superior con tanta facilidad. Les había infundido nuevas esperanzas y el rey se había apresurado a explotarlo.

Lo primero que había hecho Jerle había sido trasladar la mayor parte del ejército desde el extremo occidental del valle al extremo oriental, desde el desfiladero estrecho hasta la entrada ancha que conducía a las llanuras. La lógica que había seguido era simple: aunque era más fácil defender el desfiladero, el rey prefería enfrentarse al enemigo más adelante y hacerles luchar por cada pie de terreno ganado a medida que avanzara a través del valle. El peligro, claro, residía en que estaría extendiendo una fuerza militar inferior ante un ejército superior. Pero para compensar ese riesgo, el rey había pedido al cuerpo de ingenieros que construyeran una serie de trampas mortales en la amplia abertura que daba a las llanuras y por la que tendría que pasar el ejército de las Tierras del Norte. También se había reunido con los comandantes para debatir la estrategia y habían llegado a una compleja y exhaustiva colección de alternativas que el rey creía que compensarían la envergadura del ataque de los norteños. El ejército más numeroso ganaría si era capaz de abatirse sobre ellos con la totalidad de su magnitud y fuerza. La estrategia de los elfos consistía en evitar que eso ocurriera.

De modo que, cuando rompió el alba del décimo día y el ejército de las Tierras del Norte mostró claramente sus intenciones, los elfos estaban esperándoles. Cuatro compañías de infantería y arqueros estaban en formación en la boca ancha de la entrada oriental del valle, con las armas en ristre. La caballería, bajo la comandancia de Kier Joplin, ya se había abierto en abanico a lo largo del margen de los bosques de las Tierras del Oeste que flanqueaba los riscos y las colinas. Sobre terreno elevado, se habían colocado tres compañías más de elfos cazadores, protegidos por terraplenes y barricadas, con arcos, hondas y lanzas preparadas.

Con todo, el ejército que se congregaba ante ellos era realmente sobrecogedor. Había más de diez mil soldados, repartidos por toda la llanura hasta donde alcanzaba la vista. Los monstruosos trolls de las rocas se erigían en primera línea del centro, con unas picas enormes alzadas en una espesura de madera y hierro. Trolls menores y gnomos los flanqueaban y los cubrían en el frente. La caballería pesada se alineaba tras ellos, con las lanzas preparadas en los apoyos de los estribos. Dos torres de asedio idénticas ceñían el ejército y había gran cantidad de catapultas y lanzaderas esparcidas por el centro. Bajo el resplandor del sol y las sombras de la noche, el ejército de las

Tierras del Norte parecía de unas dimensiones tan grandes que sería capaz de aplastar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Se produjo un silencio expectante mientras el sol asomaba por el horizonte y comenzaba el nuevo día. Los dos ejércitos se encararon a un lado y otro de la pradera, mientras las armaduras y las armas centelleaban, los estandartes ondeaban con una ligera brisa y el cielo era un lienzo teñido con una extraña mezcla de azul cada vez más brillante y gris cada vez más apagado. Había grupos de nubarrones densos que amenazaban con que llovería antes de que acabara el día. El olor agrio de la tierra calcinada flotaba en el ambiente, restos de las almenaras que habían apagado. Los caballos piafaban con nerviosismo y se removían bajo los estribos. Los hombres inspiraban hondo y reprimían los recuerdos del hogar, la familia y épocas mejores.

Cuando el ejército de las Tierras del Norte inició el avance hacia el valle, la tierra se estremeció por el ruido. El estrépito sordo de los tambores marcaba el ritmo al que debía marchar la infantería con una cadencia constante. Las botas y los cascos de los caballos golpeaban el suelo con tanta fuerza que el temblor de la tierra se notaba incluso donde estaban situados los elfos, aguardando. El polvo comenzó a levantarse en la llanura reseca en nubes furiosas, agitado por el viento, y el tamaño del ejército pareció crecer aún más, pareció hincharse con el polvo como si este lo multiplicara. El silencio se hizo añicos y la iluminación cambió. Con el revuelo del polvo y el estruendo del avance del ejército, la Muerte irguió la cabeza, expectante, y contempló en derredor.

Jerle Shannara estaba montado en su corcel, un zaino de morro blanco llamado Riesgo, y observaba en silencio la progresión del enemigo. No le gustaba el efecto que ese espectáculo estaba causando en sus hombres. La cantidad de soldados del enemigo ya era de por sí descorazonadora; el ruido de su legada era vasto e impresionante. El rey percibió el miedo que insuflaba en los corazones de los soldados. La impaciencia de lo que ocurría comenzó a hacer mella en él. Empezó a afectar a su determinación.

Al final, no pudo soportarlo más. En un impulso, espoleó al caballo y dejó atrás a Preia, Bremen y a su guardia personal, que se quedaron mirándolo petrificados. Avanzó hasta la vanguardia, hasta exponerse ante todos, tiró de las riendas e hizo ir y venir a Riesgo por delante de la primera fila mientras entonaba una arenga para los elfos cazadores, que lo miraban sorprendidos y llenos de alegría.

—Manteneos firmes —alzó la voz con calma, sonriente, mientras asentía para saludarlos y se iba encontrando con la mirada de cada soldado—. El tamaño de un ejército no marca la diferencia. Estamos en nuestro territorio, en nuestro hogar, nuestra tierra por derecho de nacimiento, nuestra nación. No nos va a echar de aquí un invasor que no tiene corazón. No seremos vencidos si creemos en nosotros. Sed fuertes. Recordad lo que les hemos preparado. Ellos serán los primeros en doblegarse, os lo aseguro. No perdáis la calma. No perdáis la cabeza.

Así siguió, de un lado a otro ante las filas, parándose de vez en cuando para preguntarle a alguien que había reconocido alguna nimiedad, para demostrarles la confianza que él sentía, para recordarles la valentía que todos sabían que poseía. No se molestó en echar ni un solo vistazo al coloso que se les acercaba. Lo ignoró a propósito. No son nada para nosotros, les estaba indicando a sus hombres. Ya los hemos vencido.

Cuando el ejército monstruoso se encontraba a unos doscientos metros, el estruendo de la marcha era tan omnipresente que no se podía oír nada más, de modo que el rey alzó el brazo, les hizo el saludo a los elfos cazadores, hizo que Riesgo diera la vuelta hacia las primeras filas y se colocó entre ellos. El polvo que flotaba en las llanuras envolvía el ejército que marchaba y las máquinas que arrastraban. Los golpes de tambor marcaban la cadencia. Las máquinas de asedio se acercaban tambaleándose, tiradas por cuerdas enormes y reatas de animales de carga. Las espadas y las picas refulgían bajo la luz débil.

Entonces, cuando el ejército que progresaba estaba a ciento cincuenta metros de distancia, Jerle Shannara hizo una señal para que se disparara hacia las llanuras.

Una larga fila de arqueros se adelantó y echó una rodilla al suelo para prender las flechas. Levantaron los arcos, de seis pies de alto, y los inclinaron hacia el cielo. Tensaron las cuerdas y las soltaron. Las flechas surcaron el aire y se hundieron entre las filas del ejército de las Tierras del Norte, en el pasto que los elfos habían impregnado de aceite en el amparo de la noche anterior, cuando sabían que se estaba gestando el ataque. Se inflamaron y las llamas pronto se alzaron hacia el aire lleno de polvo, ardiendo entre las tropas apretadas del enemigo. El fuego se propagó por las filas y la marcha de los norteños disminuyó hasta truncarse, entre alaridos de hombres y animales asustados que colmaron la mañana.

Sin embargo, el ejército no se retiró ni trató de huir. Al contrario, las primeras filas cargaron hacia adelante y se alejaron así del fuego letal. Los

gnomos arqueros dispararon flechas en ráfagas desesperadas, pero no poseían los arcos largos de los elfos y los proyectiles se quedaban cortos. Entraron en escena los soldados con arma en ristre, entre gritos de furia, deseando enfrentarse con el enemigo que los había sorprendido. Más de un millar de gnomos y trolls menores en su mayoría, sin disciplina e impulsivos, se abalanzaron hacia la trampa que les aguardaba.

Jerle Shannara mantuvo a los hombres en posición, los arqueros se habían reincorporado a las filas de los elfos cazadores. Cuando el enemigo estaba suficientemente cerca como para olerlo, el rey levantó la espada para dar la señal a los recogedores que había colocados entre los espadachines. Empezaron a tirar de las cuerdas pesadas y engrasadas escondidas entre los pastos y se erigieron docenas de barricadas llenas de púas afiladas que recibieron a la avalancha de soldados. Los atacantes estaban demasiado cerca como para aminorar ahora, quienes los seguían los empujaban hacia delante y acabaron ensartados en las picas mortales. Algunos trataron de cortar las cuerdas, pero las hojas resbalaron, sin causar ningún daño, por las cuerdas engrasadas. Los gritos del ataque se tornaron aullidos de dolor y terror y los norteños sufrieron una muerte agónica cuando cayeron sobre las barricadas o los compañeros se los llevaron por delante.

Los elfos arqueros soltaron las flechas por segunda vez en largas oleadas constantes. Los norteños, ralentizados por las barricadas que les entorpecían la ruta de ataque, eran blancos fáciles. Incapaces de protegerse, sin ningún refugio tras el que parapetarse, abatieron a montones. Las llamas del incendio de los pastos que los cercaba por detrás les impedían la retirada. El resto del ejército de las Tierras del Norte se había dividido en un intento de bordear el corazón de las hogueras y ayudar a los que estaban atrapados en el frente. No obstante, la posición de las máquinas de guerra y las recuas de animales que tiraban hacia delante obstaculizaban el avance y, en ese momento, la caballería élfica galopó hacia ellos desde los dos lados y asoló los flancos del ejército enemigo con jabalinas y espadas cortas. El fuego se propagó hasta una de las torres y, para intentar sofocarlo, los ocupantes, desesperados, vertieron cubos de agua que sacaron de los recipientes que se guardaban en el almacén de madera. Las catapultas soltaron una lluvia de piedras y trozos de metal, pero el humo y el polvo les impedía distinguir el blanco con claridad.

Acto seguido, Jerle Shannara ordenó que se soltaran las cuerdas de las barricadas de púas y estas cayeron. Los elfos iniciaron entonces la marcha: los lanceros y los espadachines avanzaron, escalonados, en filas muy apiñadas, el escudo del hombre de la derecha protegía al que había a la izquierda.

Marcharon directos hacia el frente devastado del ejército de las Tierras del Norte, a un ritmo constante e implacable. Consternados ante aquel aprieto, los norteños que estaban atrapados entre los elfos y el fuego tiraron las armas al suelo y trataron de huir. Sin embargo, no tenían escapatoria. Estaban rodeados por todos los flancos y, sin poder huir, pronto fueron aniquilados con facilidad.

Pero el incendio de los pastos comenzó a extinguirse y la compañía de trolls de las rocas que conformaba la fuerza principal del ejército de las Tierras del Norte siguió adelante y se materializó ante los elfos, con las picas bajadas. No rompieron filas, mantuvieron el paso sin aminorar la marcha y pisotearon los cadáveres, y hombres moribundos, de su propio ejército, sin hacer distinción entre amigo o enemigo. Mataban a cualquiera que se cruzara en su camino. Jerle Shannara vio que se aproximaban y ordenó la retirada. Las filas del frente retrocedieron y recuperaron su posición original. A la derecha del rey, Cormorant Etrurian comandaba las tropas. A la izquierda, Rustin Apt. Arn Banda colocó a los arqueros escalonados entre ambas infanterías y les ordenó que dispararan a los trolls que se acercaban, pero estos vestían una buena armadura y las flechas causaron pocos daños, y el rey hizo un gesto para indicar a los arqueros que reculaban.

Los trolls de las rocas emergieron entre el fuego y el humo: eran los mejores luchadores que había en las Cuatro Tierras, con una espalda y unos muslos enormes, muy musculosos, protegidos con armadura; guerreros implacables. Jerle Shannara hizo otro gesto y se izaron otra serie de púas para impedirles la progresión. Sin embargo, los trolls de las rocas eran más disciplinados y no se confundían con tanta facilidad como los gnomos y los trolls menores, por lo que se colocaron en formación para empujar las barricadas de púas. Tras ellos se apiñaba el resto del ejército de las Tierras del Norte, que se materializaba tras la humareda en tropas, al parecer, infinitas, arrastrando consigo las torres de asedio y las catapultas. La caballería protegía los flancos y se enfrentaba a la fuerza comandada por Kier Joplin para mantenerla a raya.

Jerle Shannara hizo retroceder al ejército otros cien metros, hasta el interior de la ancha entrada oriental del Rhenn. Fila a fila, los elfos emprendieron una retirada disciplinada y ordenada, pero no dejaba de ser una retirada. Algunos soldados del ejército de las Tierras del Norte se echaron a vitorear: creían que los elfos se habían dejado llevar por el pánico. Sin duda ahora los elfos romperían filas y huirían, pensaron. Ningún norteño advirtió las hileras de banderines por las que reculaban los elfos con cuidado y que

iban retirando a escondidas a medida que pasaban. Siguiendo el avance implacable e incesante hacia el valle, los trolls de las rocas no se fijaron en lo ordenada que estaba siendo la retirada de los elfos. Por detrás de las filas norteñas, el viento avivaba el humo y el fuego y estos se extinguieron cuando las ráfagas se esfumaron con la llegada del mediodía. La caballería bajo la comandancia de Kier Joplin retrocedió hacia el valle de prisa, antes de que el asalto de los norteños les cortara la retirada. Galoparon para dejar atrás la infantería, se replegaron cerca de los flancos y volvieron a formar. Ahora, todo el ejército de las Tierras del Oeste estaba en posición, ocupando toda la abertura del valle mientras aguardaba. No se advertía ninguna señal de pánico y ni un ápice de incertidumbre. Habían preparado una segunda trampa y el enemigo, confiado, marchaba directamente hacia la boca del lobo.

Cuando las primeras filas de trolls de las rocas llegaron a la entrada del valle, el suelo que pisaban comenzó a derrumbarse. Los trolls de armaduras pesadas cayeron, sin poder evitarlo, en agujeros que los elfos habían cavado y escondido hacía días y que ellos mismos habían evitado con cuidado durante la retirada. Las filas se rompieron y avanzaron a trompicones hacia adelante, esquivando los hoyos que había al descubierto, pero había más fosas escalonadas a intervalos irregulares a lo largo de una extensión de cincuenta metros, de modo que el suelo continuó derrumbándose, daba igual por dónde pisaran los trolls. La confusión entorpeció el avance y el ataque empezó a flaquear.

Entonces, los elfos iniciaron el contraataque. El rey hizo un gesto dirigido a los hombres escondidos en los riscos que se erigían a cada lado: los barriles llenos de aceite inflamable rodaron por las rampas escondidas en las llanuras, se hicieron añicos al chocar con las rocas y se derramaron sobre los hoyos. De nuevo, las flechas llameantes dibujaron un arco en el cielo y cayeron directamente sobre el aceite que se vertía y, de pronto, las llamas envolvieron todo el extremo oriental del valle. Los trolls de las rocas que habían caído en las fosas murieron quemados vivos. El resto de los atacantes continuaron avanzando, pero la unidad que caracterizaba las filas de los trolls había quedado destrozada. Para empeorarlo, los norteños que seguían su estela estaban pisoteándolos. La confusión empezó a extenderse por todo el ejército. El fuego los perseguía, las flechas disparadas por los largos arcos élficos se hundían entre las tropas y ahora el ejército de los elfos marchaba hacia ellos, cargados con arietes enormes y afilados que apuntaban adelante. Los arietes se clavaron en las filas ya diezmadas y provocaron que los trolls se dispersaran aún más. Luego atacaron los elfos cazadores, que se abatieron

sobre el resto espada en mano. Los que quedaron atrapados entre los elfos y el fuego plantaron cara y lucharon con valentía, pero acabaron muertos de todos modos.

Desesperados, los norteños que quedaban cargaron hacia los riscos que se elevaban a ambos lados del paso y trataron de asegurar la posición allí. Sin embargo, los elfos los esperaban por enésima vez. Desde las alturas, cayeron rodando bloques de piedra que aplastaron a los que escalaban. Las flechas continuaron diezmando las filas. Desde su posición defensiva superior, los elfos repelieron el ataque casi sin esfuerzo. Abajo, en el incendio que se había desatado en el paso, la vanguardia del ejército de las Tierras del Norte daba vueltas sin poder hacer nada. El ataque se detuvo gradualmente hasta que finalmente se paró por completo: había fracasado. El ejército de las Tierras del Norte, ensangrentado debido a las heridas de las armas élficas y asfixiado con el polvo y el humo que se alzaba de las hogueras que quemaban las hierbas, emprendió la retirada de nuevo hacia Streleheim.

En un impulso, Jerle Shannara desenvainó la espada que Bremen le había confiado, la espada que poseía una magia que era incapaz de invocar y en la que todavía no creía, y la levantó. Los elfos que lo rodeaban alzaron sus armas también y estallaron en vítores.

Casi al instante, el rey se percató de la ironía de ese gesto. Se espabiló al bajar la espada; en sus manos era el palo de un necio, el amuleto de un bobo. Mientras tiraba, irado, de las riendas de Riesgo para que diera la vuelta, la euforia que había sentido se tornó vergüenza.

* * *

—Ahora es la espada de Shannara, rey —le había dicho Bremen cuando Jerle le había confesado, tras el asalto nocturno, cómo le había fallado la magia del talismán—. Ya no es la espada de los druidas o mía.

Las palabras habían vuelto a su mente mientras cabalgaba entre las filas de su ejército y lo volvía a colocar en posición para el siguiente ataque, algo que sabía que sucedería, con toda probabilidad, antes del ocaso. Había enfundado la espada de nuevo en la vaina, atada a la cintura, y constituía una presencia incierta y enigmática. En la misma medida que Bremen había sido rápido a la hora de darle un nombre a la espada, él estaba siendo lento a la hora de desentrañar los misterios de la magia que poseía e incluso ahora, con

todo lo que sabía, Jerle Shannara no sentía que la espada fuera realmente suya.

—Eres capaz de dominar la magia, rey —le había susurrado el anciano esa noche—. Pero la fuerza necesaria para hacerlo surge de la fe, concretamente de vuestra fe.

Se habían apiñado los dos en la oscuridad diez días antes, cuando aún quedaban un par de horas para que rompiera el alba, con los rostros cubiertos de hollín y suciedad surcados por el sudor. Jerle Shannara había estado a punto de morir esa noche. El monstruo del averno que servía al Señor de los Brujos casi lo habría matado y, aunque Bremen había llegado a tiempo para salvarlo, el recuerdo de lo cerca que había estado de la muerte todavía era reciente y vívido. Preia estaba cerca, pero Jerle había optado por hablar con el druida a solas, para confesarle su fracaso en privado y aniquilar a los demonios que lo embargaban. Era incapaz de vivir con lo que le había ocurrido si no conseguía creer que podía evitar que volviera a suceder. Había demasiadas cosas que dependían del uso que le diese a la espada. ¿Qué había hecho mal a la hora de invocar el poder del arma esa noche? ¿Cómo podía asegurarse de que no le volviera a ocurrir?

Solos en la oscuridad, en un corrillo tan apretado que lo único que podían oír era el latir de sus corazones y sus respiraciones entrecortadas, había planteado estas cuestiones.

—¡Esta espada tiene un único propósito, Jerle Shannara! —le había espetado el anciano, casi enfurecido, con un tono ronco e impaciente—. ¡Solo debe usarse para una cosa! ¡No puedes invocar la magia para defenderte de todas las criaturas que te ataquen! ¡Tal vez la hoja te salve la vida, pero la magia no lo hará!

El rey se había puesto tenso ante aquella reprimenda.

—Pero me dijiste que...

—¡No me vengas con qué te dije! —Las palabras de Bremen, afiladas y punzantes, habían cortado la objeción del elfo y lo habían acallado—. ¡No escuchaste lo que te dije, rey de los elfos! ¡Escuchaste lo que quisiste escuchar, nada más! ¡No me lo niegues! ¡Lo vi, estaba vigilando! ¡Esta vez, préstame más atención! ¿Estás bien atento?

Jerle Shannara había logrado hacer un asentimiento mudo y furioso; tan solo se había contenido porque sabía que, si no hacía lo que le estaba diciendo, estaría perdido.

—¡Contra el Señor de los Brujos, la magia acudirá cuando la invoques! ¡Pero solo cuando te enfrentes al Señor de los Brujos y solo si crees lo

suficiente! —El anciano había sacudido la cabeza con aire recriminatorio—. La verdad nace de la fe, recuérdalo. La verdad nace de reconocer que es universal y omnipresente y que no tiene favoritos. Si no puedes aceptar la verdad de tu propia vida, no podrás forzarla en la vida de los demás. ¡Primero debes aceptarla antes de poder usarla! ¡Tienes que convertirla en tu armadura!

—¡Pero debería haber servido ante esa criatura! —había insistido el rey, ya que no quería admitir que se había equivocado—. ¿Por qué no ha reaccionado?

—¡Porque un monstruo así no alberga ningún engaño! —le había espetado el druida, apretando la mandíbula—. No lucha valiéndose de mentiras y medias verdades. No se parapeta tras falsedades. ¡No se engaña a sí mismo y cree que es algo que no es! ¡Y eso, eso precisamente, rey de los elfos, es una competencia exclusiva del Señor de los Brujos! ¡Y es la razón por la que la magia de la espada de Shannara solo puede usarse contra él!

Y así había continuado la discusión, rugiendo argumentos en un sentido y en el otro, hasta el amanecer, cuando por fin habían ido a descansar. El rey se había quedado pensando en lo que el anciano le había dicho, tratando de conciliar la información con lo que él se había esperado. Poco a poco, había llegado a aceptar que lo que Bremen creía era cierto. La magia de la espada estaba limitada a un solo uso y, aunque él deseara que no fuera así, no había nada que se le pudiera hacer. La magia de la espada estaba reservada solo para Brona y para nadie más. Debía asumirlo y, de algún modo, encontraría la manera de dominar la magia, por desconocida y confusa que le pareciera.

Al final, se había ido con Preia, como ya sabía que haría, porque siempre lo hacía cuando había algo que lo preocupaba. Los consejeros que tenía lo asesoraban cada dos por tres y merecía la pena escuchar a algunos, sobre todo a Vree Erreden. Con todo, nadie lo conocía como Preia y, en realidad, nadie podía serle tan sincero como ella. Así que se había obligado a confiarle la verdad, aunque le había costado mucho admitir que había fracasado y que temía volverlo a hacer.

Fue más tarde, ese mismo día, con el recuerdo de la conversación aún fresco y lo que había sucedido la noche anterior aún vívido. El Valle de Rhenn se había sumido en el silencio bajo un cielo encapotado y los elfos montaban guardia, recelosos de la reacción del ejército de las Tierras del Norte al asalto de la noche anterior. La tarde gris había transcurrido con lentitud, el calor del verano abrasaba la tierra reseca de las llanuras de Streleheim y el aire estaba cargado de humedad porque se avecinaba una tormenta.

—Encontrarás el modo de dominar la magia —le había dicho ella enseguida cuando él hubo terminado. Había usado un tono firme e insistente y lo miraba de hito en hito—. De verdad lo creo, Jerle. Te conozco. Nunca te has rendido cuando las cosas se ponen feas, no te vas a rendir ahora.

—A veces —había respondido él con un hilo de voz— creo que sería mejor si Tay estuviera en mi lugar. Él habría sido un rey mejor. Sin duda, habría estado más capacitado para empuñar la espada y la magia que posee.

No obstante, ella había negado con la cabeza enseguida.

—No vuelvas a decir eso. Nunca. —Le centelleaban los ojos anaranjados—. Estabas destinado a vivir y a convertirte en rey de los elfos. La fortuna así lo quiso. Tay era un buen amigo y significaba mucho, tanto para ti como para mí, pero este no era su sino. Escúchame, Jerle. La magia de la espada te hará caso. No eres ajeno a la verdad. Iniciamos nuestra vida como marido y mujer gracias a revelar verdades que un mes antes no hubiésemos admitido. Nos hemos abierto el uno con el otro. Ha sido difícil y doloroso, pero así sabes ahora que lo conseguirás. Lo sabes. Lo lograrás.

—Sí —había admitido él en voz baja—. Aun con todo, la magia me parece... —titubeó.

—Desconocida —había terminado ella—. Pero puedes dominarla. Has aceptado que la magia forma parte de tu historia como elfo. La magia de Tay era real. Has descubierto por ti mismo que puede obrar milagros. Fuiste testigo de cómo dio la vida para servirla. Con magia, todo es posible. Y la verdad forma parte de ese todo, Jerle. Es un arma de gran poder. Puede fortalecer y puede destruir. Bremen no es un necio. Si dice que la verdad es el arma que necesitas, es que lo es.

Con todo, el asunto aún lo carcomía, le susurraba las dudas que albergaba, le hacía flaquear. La verdad se le antojaba un arma demasiado endeble. ¿Qué verdad podía ser tan poderosa como para destruir a un ser que era capaz de invocar monstruos del averno? ¿Qué verdad bastaría para contrarrestar una magia tan poderosa que había mantenido con vida a una criatura durante siglos? Le parecía ridículo creer que la verdad era suficiente para lograr cualquier cosa. Se necesitaba fuego. Se necesitaba hierro, afilado con veneno en la punta. Se necesitaba una fuerza que pudiera partir rocas. Seguía creyendo que nada menos que esto le serviría; por mucho que tratara de aceptar la magia que le había ofrecido Bremen. Nada menos que esto funcionaría.

Ahora, mientras se dirigía hacia el campo de batalla con la espada de Shannara envainada en un costado, mientras la victoria había levantado los

ánimos de los elfos cazadores, Jerle caviló de nuevo sobre la monstruosa responsabilidad que se le había confiado. Tarde o temprano tendría que enfrentarse al Señor de los Brujos. No obstante, eso no ocurriría hasta que él no forzara la confrontación y, a su vez, eso no sucedería hasta que el mismísimo ejército de las Tierras del Norte estuviera amenazado. ¿Cómo podía albergar esperanzas de que lo conseguiría? Aunque los elfos habían rechazado este asalto, no había nada que garantizara que serían capaces de resistir otro ataque, y a otro, y a otro y al que seguiría; el ejército de las Tierras del Norte no les daría tregua. Y, si de alguna forma lograban resistir, ¿cómo podría cambiar el curso de la batalla para que los elfos tomaran la ofensiva? No dejaba de pensar que había demasiados soldados enemigos. Muchísimas vidas se perderían y no se le dedicaba ni un pensamiento al desperdicio que eso conllevaba. No era algo que pudiera aplicársele a él ni a los elfos que luchaban por él. Libraban una guerra de desgaste y era exactamente el tipo de guerra que no podía esperar ganar.

Con todo, de alguna manera, debía hacerlo. Porque era lo único que le quedaba. Era la única opción que tenía.

Debía tener fe, o los elfos serían aniquilados.

* * *

El ejército de las Tierras del Norte volvió a la carga una hora antes del ocaso, emergió de las llanuras agostadas, polvorientas y cubiertas de un velo de humo como si fuera un espectro incorpóreo. La infantería marchaba tras enormes escudos de madera tan verde que no podrían prenderla. La caballería flanqueaba al ejército para protegerlo de los ataques que podían proceder de los riscos que se erguían en las caras meridional y septentrional del valle. Avanzaban a un ritmo lento e inexorable a través de la bruma; los incendios de los pastos ya se habían extinguido, pero el olor aún era agrio y reciente. Bordearon los hoyos chamuscados y los cadáveres de sus compañeros y, cuando llegaron al valle, se pusieron a comprobar que no hubiera más trampas. Eran cinco mil, parapetados y apiñados tras los escudos y con las armas prestas. Los tambores repicaban en una cadencia constante y coreaban consignas a medida que caminaban, las botas golpeaban el suelo y las hojas de hierro y las empuñaduras de madera resonaban al ritmo que marcaban. Arrastraron las máquinas de asedio y las catapultas hasta colocarlas en la entrada del valle. Como una masa enorme y oscura, se alzaron contra la noche

que se cernía sobre todos hasta que pareció que había tantos que iban a invadir el mundo entero.

Jerle Shannara había conducido al ejército hacia el corazón del valle, y los había colocado en un punto medio antes de organizar las filas. Había escogido una posición en la que el valle comenzaba a elevarse hacia el desfiladero angosto que había en la cara occidental del Rhenn y había situado a los cazadores en el terreno más elevado. Ahora se había visto obligado a elegir otra estrategia porque el viento había cambiado y soplabla en dirección contraria a los defensores del valle, y usar fuego tan solo serviría para ayudar al enemigo. Tampoco había ordenado que se cavaran hoyos tan adentro del valle: no hubiese quedado espacio suficiente para maniobrar el ejército élfico si lo hacían y, además, ahora el enemigo estaría atento.

En vez de eso, había mandado construir montones de barricadas con púas afiladas por los dos extremos y amarradas en diagonal a un eje central de modo que recordaran molinillos cilíndricos. Cada una medía veinte pies de longitud y era lo bastante ligera como para poder arrastrarla adelante y colocarla de modo que las púas que apuntaban al suelo se clavaran en la tierra. Hizo que las instalaran a intervalos escalonados en una franja estrecha que cubría la extensión del Rhenn, justo por debajo de la primera línea de frente élfica.

Cuando el ejército del Señor de los Brujos se adentró en el valle e inició su marcha implacable, la primera resistencia con la que topó fue el laberinto de barricadas de púas. Mientras las primeras filas del enemigo se acercaban a estas, Jerle Shannara dio la orden de disparar a los arqueros, situados a cubierto y en filas de tres a lo largo y ancho de las cuestas. Los norteños, entorpecidos por las barricadas e incapaces de apartarlas, no podían escapar. Atrapados en un fuego cruzado fulminante, morían a montones mientras trataban, a rastras, de bordear, rebasar o pasar por debajo de las púas. La caballería trató de montar una carga mantenida contra los elfos posicionados en terreno elevado, pero las pendientes eran demasiado empinadas para subirlas a caballo y los jinetes del ejército de las Tierras del Norte resbalaron hacia abajo.

Los moribundos no dejaban de chillar y el ataque se detuvo. Los norteños se parapetaron tras los escudos, pero las barricadas no les permitían continuar adelante protegidos. Sacaron las hachas para abrirse camino a través de las fortificaciones, pero los que se salieron corriendo desde el muro de escudos para hacer pedazos las barricadas duraron muy poco. Aún peor: descubrieron que para destrozarse tan solo una debían cortarla por una docena de puntos. La

luz se apagó y el anochecer los envolvió, el mundo se tornó un lugar lleno de sombras e incertidumbres. Los norteños procuraron prender fuego a las barricadas; algunas sí que prendieron, pero los elfos las habían construido a propósito de madera verde. Las hierbas ardieron, pero los elfos habían cavado trincheras para separarse del campo de barricadas y los fuegos se extinguieron solos sin llegar a las líneas defensoras.

Los elfos aguardaron hasta que la oscuridad empezó a enmascararlo todo y entonces iniciaron el contraataque desde las cuestas con una serie de asaltos controlados. Como los elfos habían acorralado a los norteños en el suelo de valle, tenían un blanco fácil incluso en la penumbra cada vez más insondable. Una compañía tras otra bajó de las elevaciones y obligó al ejército de las Tierras del Norte a ir hacia un lado primero y luego hacia el otro para defenderse. A continuación se produjo una batalla encarnizada cuerpo a cuerpo, y el valle se convirtió en un osario.

Con todo, el enemigo se negaba a retroceder. Habían muerto centenares de norteños, pero siempre había más que esperaban a ocupar el lugar de los caídos, una fuerza enorme y sólida que presionaba para seguir adelante, implacable. A pesar de que los elfos luchaban para mantener la posición contra aquellos que ya estaban allí, llegaban refuerzos que seguían avanzando. Las barricadas contenían al ejército de las Tierras del Norte en el centro del valle, pero estaban invadiendo las pendientes. Los elfos que comandaba Cormorant Etrurian, situados en las cuestas, se veían obligados a retirarse de las posiciones de defensa y a retroceder poco a poco. Pie a pie, metro a metro, los norteños avanzaban, se hacían con los terrenos elevados y se libraban del cerco que Jerle Shannara había cerrado a su alrededor.

El rey se enteró de lo que estaba ocurriendo. El cielo estaba cubierto de nubarrones y comenzaba a llover: el terreno se tornaba resbaladizo y traicionero. El ruido de la batalla hacía eco por las pendientes del valle y creaba una vorágine de confusión. La oscuridad hacía que fuera casi imposible ver algo más allá de unos cuantos metros. Jerle Shannara tardó solo un momento en reflexionar. Enseguida mandó mensajeros para que los hombres de Etrurian se retiraran a las barricadas erigidas como baluarte en la parte más alta de las pendientes, en paralelo con las filas élficas del rey. Allí debían resistir y mantener la posición. Mandó otros mensajeros para que Arn Banda y los arqueros retrocedieran. Acto seguido, reunió dos compañías de elfos cazadores bajo la comandancia de Rustin Apt y las colocó en formación de ataque. Cuando los guerreros de Etrurian y los arqueros se hubieron retirado a una posición segura, el rey ordenó que trajeran las picas al frente y

marchó con sus tropas directo hacia el centro del avance enemigo. Entabló combate con los norteños justo cuando su flanco derecho se abría camino e inmovilizó a las primeras filas enemigas contra las barricadas. Ordenó que encendieran antorchas para que los arqueros atrincherados reconocieran la posición y entonces hizo que se abatiera una lluvia de flechas sobre el enemigo.

Atrapados bajo el fuego que les disparaban desde los flancos, los norteños se congregaron junto a un gran grupo de trolls de las rocas y contraatacaron. Se abrieron camino a través de las barricadas a empujones y al final se lanzaron contra los elfos cazadores. Unas figuras enormes y aladas se recortaron contra la bruma del cielo cuando los Portadores de la Calavera invadieron el cielo para apoyar a su ejército. La línea de defensa élfica empezó a combarse. Abatieron al entrecano Rustin Apt y lo sacaron del campo. Trewithen y la Guardia Real se apresuraron a reforzar la defensa que flaqueaba, pero había demasiados enemigos y todo el frente élfico comenzó a venirse abajo.

Desesperado, Jerle Shannara clavó las espuelas en Riesgo y cargó hacia la batalla. Rodeado de la Guardia Real, se abrió paso hacia el frente enemigo y los elfos cazadores se le unieron. Los norteños se abalanzaron sobre él desde todos los flancos. Trataban de tirarlo del caballo, de derribarlo de la silla de montar, de hacer cualquier cosa con tal de entorpecerlo. A su espalda, el ejército élfico, apaleado y extenuado, se levantó de forma colectiva y siguieron la estela de su rey. Los gritos de batalla taparon los chillidos y gemidos de los heridos y los moribundos y los elfos atacaron a los norteños de nuevo. Jerle luchaba como si él solo pudiera hacer retroceder al enemigo hasta las Tierras del Norte, la espada centelleaba bajo la luz de las antorchas y repicaba cuando se abatía sobre las armas y las armaduras enemigas. Ante él aparecieron trolls enormes, monstruos descomunales sin rostro que blandían hachas de batalla. Pero el rey se abrió paso entre ellos a estocadas, como si fueran de papel; se negaba a permitir que lo detuvieran, parecía invencible. Dejó atrás incluso a su guardia personal y los soldados se abalanzaron sobre el enemigo para tratar de llegar hasta él.

En ese momento, un rayo impactó contra la pendiente más cercana al lugar donde se libraba la batalla, provocando una explosión que lanzó masas de tierra abrasadora y fragmentos de roca rota sobre el suelo del valle. Los hombres se cubrieron la cabeza y se encogieron ante la furia del estallido y, por un segundo, el tiempo se congeló. Mientras los norteños titubeaban, convertidos momentáneamente en estatuas, Jerle Shannara se irguió sobre los

estribos y elevó la espada de Shannara hacia el cielo en un gesto desafiante. Sus hombres soltaron gritos de batalla y cargaron hacia el enemigo con tal ferocidad que los aplastaron. Los norteños más alejados que todavía podían escapar recularon tras las barricadas destruidas; para ellos, la batalla había terminado. Durante un instante, mantuvieron la posición en aquel bosque de huesos de madera destrozados y tierra chamuscada. Acto seguido, de mal humor y desalentados, se retiraron del paso oriental del Valle de Rhenn.

Parapetados tras las barricadas, empapados por lluvia y cubiertos de suciedad, sudor y sangre, Jerle Shannara y los elfos observaron cómo se replegaban.

Por hoy, al menos, habían conseguido la victoria.

El alba despuntó en un cielo sombrío y gris tras la tormenta nocturna y el suelo chamuscado, lleno de surcos y tiznado del Valle de Rhenn humeaba bajo la luz tenue. Los elfos habían recuperado la formación y aguardaban, con las armas en ristre y oteando la penumbra con los ojos bien abiertos, prestos al asalto que sabían que se cernía sobre ellos. Sin embargo, no se alzó ningún ruido en la niebla densa que cubría el campamento del ejército del Señor de los Brujos desde el paso oriental del valle y no había nada que se moviera en el paisaje inhóspito y vacío que se extendía ante ellos. La luz aumentó cuando el sol se elevó en el cielo, pero la niebla se negó a diluirse y todavía no había indicios de que se fuera a producir un ataque. Que aquel ejército descomunal hubiera reulado era inconcebible. Se había pasado la noche rasguñado, lamiéndose como un animal herido, mientras los alaridos de dolor y angustia brotaban entre la niebla y la lluvia y retumbaban sobre los truenos que se alejaban y la tormenta que amainaba. Se había pasado la noche atendiendo a sus necesidades y reagrupando las fuerzas. Se habían afianzado en el paso oriental, tanto en el suelo como en el terreno elevado. Habían arrastrado hasta allí las máquinas de asedio, las provisiones y los equipos y los habían colocado entre las filas del campamento erigido en la ancha entrada del paso. Tal vez progresara despacio y a trompicones, pero seguía siendo un gigante imparable e inexorable.

—Están ahí fuera —musitó Arn Banda el Tuerto, de pie a la izquierda de Bremen, con una expresión contrita y el ceño fruncido con preocupación.

Jerle Shannara asintió, inmóvil cuan alto era.

—Pero ¿qué están tramando?

—Ciertamente, algo están tramando —concedió Bremen mientras se arimaba la cogulla negra al cuerpo delgado para protegerse del frío del amanecer.

Eran incapaces de distinguir el otro extremo del valle, no podían ver a través de la penumbra, pero a pesar de todo percibían la presencia del enemigo. La noche se había llenado de ruido y furia mientras los norteños se preparaban para una nueva batalla, pero durante la última hora se habían sumido en un silencio que no presagiaba nada bueno. El ataque del día que nacía tomaría una nueva forma, sospechaba el anciano. El día anterior, habían repelido al Señor de los Brujos y habían provocado numerosas bajas, y este no estaría dispuesto a revivir la experiencia. Incluso el poder que poseía tenía límites, y tarde o temprano el yugo que ejercía sobre los que luchaban en su nombre flaquearía si no conseguían ganar. Había que hacer retroceder a los elfos o vencerlos pronto si el Señor de los Brujos no quería que los norteños empezaran a cuestionarse la invencibilidad de su señor. Si se caía una carta del castillo de naipes, caería todo sin remedio.

Bremen percibió un movimiento a su derecha, disimulado y sutil. Era el muchacho, Allanon. Lo miró de soslayo. El chico tenía la cabeza hacia adelante, con el rostro tenso y los ojos fijos en la nada. Sin embargo, veía algo: su expresión lo delataba. A través de la niebla y la penumbra, estaba examinando algo que había más allá, esos ojos tan peculiares penetraban hasta lo que les estaba vedado al resto.

El anciano observó en la misma dirección que la mirada del chico. La niebla se arremolinaba y formaba un manto cambiante que cubría todo el extremo oriental del valle.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

Sin embargo, el chico sacudió la cabeza. Lo percibía, pero todavía no era capaz de identificarlo. No apartó los ojos de la neblina, exhibía una concentración plena. Bremen ya se había dado cuenta de que al muchacho se le daba muy bien depositar toda su atención en una cuestión. De hecho, era todo un experto. La intensidad con la que lo hacía era aterradora. No era algo que hubiese aprendido mientras crecía o que hubiera adoptado como consecuencia de la experiencia traumática que había sufrido con la destrucción de Varfleet. Era algo inherente, como los ojos peculiares y el intelecto agudísimo. El chico era duro como una piedra y de ideas fijas, pero poseía una inteligencia y unas ansias de conocimiento que no tenían límites. Tan solo hacía una semana, la noche siguiente del asalto nocturno al campamento del ejército de las Tierras del Norte, Allanon se había acercado a Bremen y le había pedido que le enseñara a usar la magia druida. Así, sin más. «Enséñame a usarla», le había exigido, como si cualquiera pudiera aprender, como si esta habilidad se enseñara con facilidad.

—Hay que invertir años en dominar incluso la parte más ínfima —había replicado Bremen, demasiado anonadado ante aquella petición como para rechazarla de plano.

—Deja que lo intente —había insistido el muchacho.

—Pero ¿de verdad quieres? —El druida estaba perplejo de verdad—. ¿O buscas vengarte? ¿Crees que la magia te ayudará a conseguirlo? ¿Por qué no inviertes el tiempo en aprender a dominar armas corrientes? ¿O en aprender a montar a caballo? ¿O en estudiar el arte de la guerra?

—No —había respondido el chico enseguida, rápido y seguro—. No quiero nada de eso. No quiero vengarme. Lo que quiero es ser como tú.

Y así, con esa facilidad, había expuesto la cuestión. El muchacho quería ser druida. Se habían visto atraídos mutuamente porque eran más similares que lo que el anciano había sospechado. La cuarta visión de Galáfilo era otro destello del futuro, una advertencia de que había lazos que ataban al chico con el druida, la promesa de un destino común. Ahora Bremen ya lo sabía. Una fortuna que no comprendía le había mandado al muchacho. He aquí, tal vez, el sucesor que había buscado durante tanto tiempo. Era extraño que lo hubiese acabado encontrando de este modo, pero no era sorprendente. No había ninguna regla que determinara la elección de un druida y Bremen sabía que era mejor no empezar a hacerlas ahora.

De modo que le había enseñado a Allanon unos truquitos, minucias que básicamente requerían concentración y práctica, y le había dado tiempo para que los dominara. Había creído que con eso mantendría al chico ocupado durante una semana más o menos. Pero Allanon los había dominado todos en cuestión de un solo día y había regresado a pedirle más. Así que, durante los diez días que habían transcurrido desde entonces, Bremen le había ofrecido una nueva pizca de conocimiento druida para que lo trabajara, había dejado que él mismo eligiera la mejor forma de enfocar el aprendizaje y en qué aplicarlo. Absorto como estaba en las preparaciones contra el ataque de los norteños, apenas había tenido tiempo para reflexionar sobre lo que el chico había logrado. Con todo, al verle ahora, al observarlo en la tenue luz del amanecer mientras este examinaba la otra punta del valle, el anciano se sorprendió de la evidente profundidad e inmutabilidad de la resolución del muchacho.

—¡Allí! —gritó Allanon de pronto mientras abría los ojos de par en par, sorprendido—. ¡Los tenemos encima!

Aquello dejó tan sobrecogido a Bremen que por un momento se quedó sin palabras. Unas cuantas cabezas se irguieron como consecuencia de las

palabras del chico, pero no se movió nadie. Entonces, Bremen alzó el brazo hacia el cielo, inundó la oscuridad de luz druida con un ancho arcoíris y, de repente, quedaron al descubierto las figuras oscuras que los sobrevolaban. Los Portadores de la Calavera dieron media vuelta bruscamente cuando quedaron expuestos y desaparecieron entre la bruma con las alas extendidas.

Jerle Shannara se colocó al lado del druida en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

Bremen no apartó los ojos del cielo vacío mientras la luz druida se extinguía. La penumbra regresó, fija y omnipresente. De pronto, se dio cuenta que había algo raro en la luz. El aspecto que tenía no era el correcto.

—Están explorando —susurró. Entonces, se volvió deprisa hacia Allanon y le ordenó—: observa el otro lado del valle de nuevo. Ve con mucho cuidado. No trates de ver nada en particular. Contempla la bruma y el aire gris. Observa los movimientos de la niebla.

Así lo hizo el chico, cuyo rostro se contrajo en una mueca debido al esfuerzo. Clavó los ojos en la nada, con una mirada fija y penetrante. Dejó de respirar y se quedó inmóvil. De pronto, abrió la boca de par en par y dio un grito ahogado de sorpresa.

—Así me gusta. —Bremen pasó el brazo por la espada del muchacho—. Ahora yo también los veo. Pero tú tienes una vista más aguda. —Se volvió para mirar al rey—. Nos atacan los seres oscuros que sirven al Señor de los Brujos, las criaturas que ha invocado del averno. Hoy ha escogido usarlas a ellas, en vez de al ejército. Se acercan por el suelo del valle. Los Portadores de la Calavera otean el camino para ellos. El Señor de los Brujos está usando la magia para esconder el avance, cambia la luz y hace la niebla más densa. No nos queda demasiado tiempo. Despliegue a los comandantes y que los hombres se pongan firmes. Haré lo que pueda para contrarrestarlo.

Jerle Shannara dio las órdenes y los comandantes elfos se dirigieron hacia sus unidades respectivas: Cormorant Etrurian al flanco izquierdo y un Rustin Apt herido, pero que aún se podía mover, al derecho. Kier Joplin ya estaba en posición, la caballería se había situado tras la infantería. Arn Banda fue corriendo hacia la pendiente meridional para advertir a los arqueros que estaban colocados allí. Prekkian y la Guardia Negra y Trewithen y la mayor parte de la Guardia Real se habían quedado como reservas.

—Venid conmigo —dijo Bremen al rey.

Se alejaron hacia la punta derecha de las primeras filas: el rey, el druida, Allanon y Preia Starle. Caminaron a paso ligero entre unos asustados elfos

cazadores hasta llegar a la primera fila del ejército y, una vez allí, el druida giró sobre los talones.

—Haced que los que están más cerca alcen las armas y mantengan posiciones —ordenó el druida—. Decidles que no hay que tener miedo.

Así lo hizo el rey, sin molestarse en preguntarle por qué: confiaba en el juicio del druida. Dio la orden y las lanzas, espadas y picas se elevaron hacia el cielo. Bremen entrecerró los ojos, juntó las manos ante el cuerpo e invocó el fuego druida. Cuando lo hubo reunido en una bola azul que le brillaba en las manos ahuecadas, lo disparó en fragmentos que rebotaron de arma en arma, de punta de hierro en punta de hierro, hasta que a todas las armas las había tocado una parte. Los soldados, desconcertados, se encogieron cuando vieron que el fuego se dirigía hacia ellos, pero el rey les había ordenado que se mantuvieran firmes y eso hicieron. Cuando todas las armas de una unidad habían recibido el fuego, pasaban a la siguiente unidad y repetían el proceso. Recorrieron las filas de soldados inquietos mientras el druida imbuía las armas de hierro con un poco de su magia y el rey les aseguraba que lo necesitaban y, al mismo tiempo, les advertía que debían estar preparados y los informaba de que el ataque era inminente.

Cuando llegó, la magia druida ya estaba donde correspondía y el centro del ejército élfico estaba protegido. Las figuras negras surgieron a toda velocidad de la penumbra y se abalanzaron sobre las filas de los elfos, aullando y gritando como bestias enfurecidas, seres de dientes serrados y garras afiladas, de pelo negro erizado y escamas duras. Eran criaturas de otros mundos, hechas de oscuridad y demencia, y la única ley que obedecían era la de la supervivencia. Luchaban con ferocidad y fuerza bruta. Algunos avanzaban sobre dos patas, otros sobre cuatro, pero todos parecían haber salido de pesadillas repugnantes y de una imaginación retorcida.

Los elfos retrocedieron, sobre todo fue el miedo lo que les hizo ceder terreno, aterrorizados como estaban ante esas bestias que pretendían desgarrarlos miembro a miembro. Algunos elfos murieron al instante; el terror se les había afianzado de tal modo en la garganta y el corazón que fueron incapaces de moverse para defenderse. Otros murieron luchando, arrollados antes de que pudieran asestar un golpe certero. En cambio, otros cargaron contra ellos y se sorprendieron al descubrir que las armas mejoradas con la magia eran capaces de cortar los cuerpos y miembros de esos atacantes monstruosos y les arrancaban sangre y gritos de dolor. El ejército se recuperó de la sorpresa del primer asalto y se preparó para oponer resistencia.

Sin embargo, los monstruos atravesaron el flanco derecho y los siguió un ser que sobresalía incluso sobre sus compatriotas más altos. Lo protegía una piel dura como el cuero y piezas de metal que llevaba atadas sobre los órganos vitales. Tenía unas garras enormes que desgarraban a los hombres que se interponían en su camino. Rustin Apt el entrecano encabezó un contraataque que pretendía hacerle retroceder, pero el engendro lo apartó a un lado.

Bremen, al advertir el peligro, se apresuró a interceptar a la bestia.

Sin la compañía del druida, Jerle Shannara comandaba el centro y vio cómo la horda de monstruos los empujaba. Lanzando gritos de ánimo a sus hombres y olvidado la promesa de quedarse atrás, apuntó con la espada hacia adelante y avanzó entre las filas para unirse en la batalla, con Preia junto a él y la guardia protegiéndolos a ambos. En la vanguardia del centro del ejército élfico, unos lobos inmensos se agazapaban bajo las puntas de hierro de las picas y las espadas con las que los elfos los apuntaban. Los animales los esquivaban y retrocedían mientras esperaban su oportunidad. Cuando Jerle Shannara llegó, una sombra negra se abatió en picado desde la neblina y destrozó las filas del frente de los elfos cazadores. Un Portador de la Calavera alzó el vuelo y se alejó, con las garras manchadas de sangre. Los lobos se abalanzaron hacia la vanguardia de los elfos al instante, a dentelladas y arañazos. Con todo, las armas de los defensores cercenaron y cortaron a los enemigos y la magia druida atravesó la piel endurecida. Los que estaban en la línea de avanzada murieron bajo una lluvia de flechas y los que quedaban retrocedieron entre gruñidos y mordiscos desafiantes.

En el flanco derecho, Bremen había llegado hasta la horda de monstruos que habían atravesado la líneas de defensa. Al ver al anciano, arremetieron contra él en grupo. Eran criaturas que avanzaban sobre dos patas, con pechos enormes y extremidades muy musculosas, capaces de partir a un hombre en dos, con cabezas que nacían directamente de la espalda, sin cuello, envueltas en capas de piel tan gruesas que solo se apreciaban unos ojos salvajes. Se lanzaron hacia el druida mientras proferían alaridos de regocijo, pero Bremen los atacó con fuego druida y los hizo recular. A su alrededor, los elfos se congregaron para defender al druida y se abalanzaron sobre las filas enemigas. Los monstruos se replegaron y volvieron al ataque, pero las hojas de los elfos y el fuego druida arremetieron contra ellos.

Entonces, la primera bestia que había penetrado en las defensas élficas se alzó ante Bremen con aire desafiante. Los ojos le centelleaban y tenía el cuerpo de piel curtida empapado de sangre.

—¡Viejo! —siseó la criatura y se arrojó contra él.

Las manos de Bremen produjeron un estallido de fuego druida, pero el monstruo estaba tan cerca que superó la llama mortífera y agarró al anciano por las muñecas. Bremen se cubrió los brazos de fuego para tratar de liberarse, sabiendo que su fuerza no podía superar la del otro, pero la criatura no lo soltó, tenaz. Las garras lo apretaron y los brazos musculados de la bestia obligaron al druida a retroceder. Poco a poco, Bremen reculó. A su alrededor, los monstruos habían vuelto a atravesar las defensas con confianza renovada. Ya podían oler el fin de la batalla.

En ese momento, apareció Allanon corriendo entre las sombra, saltó sobre la espada desprotegida de la criatura y le hundió las manos en los ojos amarillos. Con un alarido de furia, el muchacho echó mano de una reserva de fuerza que no sabía que tenía y la reforzó con un poco de la magia que había conseguido dominar. Descontrolado y rebelde, incontenible como un viento huracanado, el fuego estalló en sus manos y se esparció en todas direcciones. La erupción de las llamas se produjo con tanta fuerza que echó el chico al suelo, donde se quedó, aturdido. Pero también había explotado en el rostro del atacante: lo había destrozado.

El monstruo soltó a Bremen al instante, alzó las manos en un ataque de furia y dolor y retrocedió tambaleándose. Bremen se puso de pie como pudo, sin hacer caso de la flaqueza que lo embargaba e ignorando las heridas, y volvió a arremeter contra la criatura con fuego druida. Esta vez, el fuego bajó por la garganta de la criatura hasta llegarle al corazón y la convirtió en ceniza.

Mientras tanto, Jerle Shannara se había trasladado al flanco izquierdo del ejército. Habían abatido a Cormorant Etrurian, que estaba tumbado en el suelo, rodeado de sus hombres, que trataban de protegerlo. El rey cargó contra el enemigo y lideró un rápido contraataque decisivo contra las criaturas jorobadas que constreñían el frente élfico mientras blandían hachas de doble filo y cuchillos dentados y afilados. Banda había dirigido los arcos directamente hacia la pendiente y las flechas de los arqueros barrían la niebla y a las criaturas que se escondían tras esta. Los elfos rescataron a Etrurian y se lo llevaron y Kier Joplin espoleó a los jinetes al frente para tratar de llenar el vacío. El rey dejó a Joplin al mando y regresó rápidamente hacia el centro de las filas, donde la batalla se había vuelto encarnizada de nuevo. Hasta dos veces lo alcanzaron golpes que le hicieron tambalearse, pero se sobrepuso a las heridas y, haciendo caso omiso de la sorpresa y el dolor, continuó luchando. Preia no se separaba de su lado, le protegía el flanco izquierdo. La Guardia Real luchaba con ellos, algunos murieron mientras trataban de

garantizar la seguridad del rey y la reina. Las criaturas del averno penetraban las filas élficas cada dos por tres y los elfos repelían ataques que parecían proceder de todas direcciones.

Al final, Bremen consiguió que el flanco izquierdo se replegara lo suficiente para repeler a los atacantes que habían conseguido atravesarlo. Derrotados, los supervivientes se volvieron y huyeron, sus figuras deformes se perdieron entre la bruma como si nunca hubieran aparecido. El ejército avanzó contra los que todavía luchaban en el centro y estos también recularon. Poco a poco, implacables, los elfos recuperaron la ofensiva. Las bestias del averno se retiraron y desaparecieron.

En el vacío gris y neblinoso que quedó, los miembros del ejército de las Tierras del Oeste contemplaron su estela sumidos en un silencio agotado.

* * *

Los norteños atacaron de nuevo esa misma tarde con el ejército habitual. A esas horas la niebla había desaparecido, el cielo había comenzado a despejarse y la luz era brillante y clara. Los elfos observaron cómo el enemigo se les acercaba a través del territorio destrozado del Rhenn desde su nueva posición defensiva, en las profundidades del valle, cerca del desfiladero occidental y protegidos tanto por el terreno elevado como por los muros de piedra que acababan de levantar y coronar con puntas afiladas. Andrajosos, cubiertos de sangre y agotados, aunque resueltos. Habían sobrevivido a demasiado para volver a tener miedo. Mantuvieron la posición con calma, bien apiñados, ya que el valle se estrechaba bruscamente en el lugar donde ellos aguardaban. A esas alturas, las cuestas eran tan pronunciadas que solo se requería un contingente reducido de arqueros y elfos cazadores para defender el terreno elevado de un asalto. El grueso del ejército estaba desplegado en el suelo del valle, en filas compactas que se extendían de pendiente a pendiente. Cormorant Etrurian había regresado, con la cabeza y el hombro vendados y una expresión adusta cincelada en el rostro delgado. Lo había acompañado Rustin Apt, todavía más débil que el anterior, y juntos se pusieron al frente de las divisiones que comandarían hasta el centro del ataque de los norteños. Arn Banda estaba en la cuesta de la cara norte con la mayor parte de los arqueros. Kier Joplin y la caballería habían retrocedido hasta la cabeza del desfiladero, porque ya no había espacio para que pudieran maniobrar. La Guardia real y la Guardia Negra seguían como reserva.

Justo tras las filas élficas, en un promontorio que les permitía otear la batalla, se alzaban Bremen y Allanon, el muchacho.

El rey y Preia Starle montaban a Riesgo y Ceniza, respectivamente, y se alzaban en el centro de la defensa élfica, rodeados por la Guardia Real.

Al otro lado del corredor del valle, en las llanuras, los tambores del ejército de las Tierras del Norte resonaban y el estruendo de los cascos y las botas los coreaban. Un sinfín de soldados de infantería marchaba al ataque, eran tantos que cubrían todo el suelo del valle a medida que progresaban. Tras ellos avanzaban las máquinas de guerra: torres de asedio y catapultas, arrastradas por equipos de caballos y hombres cubiertos de sudor. La caballería constituía la retaguardia, los jinetes formaban en filas cargados con lanzas y picas, con los banderines al viento. Los inmensos trolls de las rocas cargaban con el Señor de los Brujos y sus acólitos, parapetados en carruajes y palanquines de seda negra, decorados con huesos blanqueados.

«Es el fin», se dio cuenta Bremen, de pronto. El pensamiento lo asaltó *motu proprio* mientras observaba el avance de las tropas enemigas. Eran demasiados, los elfos estaban demasiado cansados, la batalla se había prolongado demasiado tiempo y había sido demasiado encarnizada. Era el fin.

Un escalofrío lo recorrió ante la veracidad de la premonición, pero no podía negar la fuerza de esta. Sentía que lo aplastaba como una certeza inevitable, como una verdad aterradora. Contempló la marcha de los norteños, de las máquinas de guerra y cómo llenaban la hondonada chamuscada y llena de marcas del Rhenn. En su mente se convirtieron en un maremoto que engulliría a los elfos y los ahogaría. Tan solo habían luchado durante dos días, pero el resultado de la guerra ya era inevitable. Si los enanos se les hubieran unido, tal vez habría sido distinto. Si cualquier ciudad de las Tierras del Sur hubiera formado un ejército, tal vez las cosas habrían cambiado. Pero los elfos se enfrentaban a eso solos y nadie los iba a ayudar. Ya habían perdido a un tercio de las fuerzas y, aunque habían infligido un daño diez veces mayor en el enemigo, no importaba. El enemigo podía prescindir de esas vidas, tenía soldados de sobra para imponerse por superioridad numérica.

El anciano parpadeó, cansado, y se frotó la barbilla. Que aquello terminara así casi era más de lo que era capaz de soportar. Jerle Shannara no tendría la oportunidad de probar la espada contra el Señor de los brujos. Ni siquiera tendría la oportunidad de hacerle frente. Moriría aquí, en el valle, junto a sus hombres. Bremen conocía bien al rey, sabía que daría su vida antes que salvarse. Y si Jerle Shannara moría, con él moría toda esperanza.

A su lado, el muchacho, Allanon, se removió incómodo. Él también percibía el desastre que se cernía ante todos, pensó el anciano. El chico era valiente, lo había demostrado esa misma mañana cuando le había salvado la vida a Bremen. Había usado la magia sin preocuparse por su propia seguridad, con el único objetivo de socorrer al anciano. Bremen sacudió la cabeza cana y desgreñada. El muchacho había terminado apaleado y aturdido, pero su determinación no había variado un ápice. Haría lo que pudiera en esta batalla, igual que el rey. Bremen lo veía: el chico ya estaba escogiendo un lugar desde el que oponer resistencia.

El ejército de las Tierras del Norte estaba a unos doscientos metros de distancia cuando gritaron el alto. Con una vorágine de actividad, los zapadores y los cargadores comenzaron a llevar al frente las catapultas y las torres de asedio. A Bremen se le hizo un nudo en la garganta. El Señor de los Brujos no emprendería un ataque directo. ¿Por qué iba a desperdiciar más vidas si no era necesario? En vez de eso, usaría las catapultas y a los arqueros escondidos en las torres para arrasar la defensa de las Tierras del Oeste con proyectiles mortíferos, para diezmarlos aún más, para agotarlos y mermarlos hasta que fueran tan pocos que no pudieran ofrecer resistencia.

Las máquinas de guerra sembraban la anchura del valle, alineadas por los ejes, las cucharas de las catapultas estaban llenas de rocas y pedazos de metal y todas las plataformas de las torres estaban repletas de arqueros. En las filas élficas no se movía ni una alma. No tenían adónde ir, ningún refugio en el que esconderse, ninguna defensa tras la que parapetarse. Porque si perdían el valle, habrían perdido las Tierras del Oeste. Los tambores repicaron y marcaron una cadencia incesante que coincidía con el estrépito de las ruedas que las máquinas de guerra y reverberaba en el pecho del anciano. Echó un vistazo al cielo que oscurecía, pero aún quedaba una hora para el ocaso y la negrura llegaría demasiado tarde para ayudarles.

—Tenemos que ponerle fin —susurró las palabras se le habían escapado sin querer, no quería decir nada.

Allanon lo observó en silencio y aguardó. Había clavado esos ojos tan peculiares en él y no los iba a desviar. Bremen le sostuvo la mirada.

—¿Cómo? —preguntó el chico en voz baja.

Y, de repente, Bremen lo supo. Lo supo gracias a los ojos y a las palabras del muchacho y gracias al ramalazo de inspiración que le transmitió de pronto. La musa le sopló en un arrebato espeluznante que nacía de su propia desesperación y esperanza escasa.

—Hay un modo —dijo deprisa, con ansiedad. Las arrugas que le cubrían el rostro se pronunciaron—. Pero necesito tu ayuda. Yo solo carezco de la fuerza necesaria. —Hizo una pausa—. Será peligroso.

El muchacho asintió.

—No tengo miedo.

—Podrías morir. Podríamos morir los dos.

—Dime qué hay que hacer.

Bremen se volvió hacia la línea de máquinas de asedio y colocó al chico ante él.

—Escúchame bien, entonces. Debes entregarte a mí, Allanon. No pongas resistencia a nada de lo que sientas. Serás mi canal, un conducto para la magia que poseo. Como no tengo suficiente fuerza para manejarla, lo haré a través de ti. Sacaré las fuerzas de ti.

El chico no lo miró.

—¿Dejarás que tu magia se alimente de mi fuerza? —preguntó con un hilo de voz, casi con reverencia.

—Sí. —Bremen se inclinó hacia él—. Te protegeré con todas las defensas que conozco. Si mueres, moriré contigo. Es todo lo que te puedo ofrecer.

—Me basta —replicó el muchacho, todavía con los ojos hacia otro lado—. Haz lo que debas hacer, Bremen. Pero hazlo ya, cuando aún tenemos tiempo.

El ejército de las Tierras del Norte se había concentrado ante ellos, con las máquinas de guerra en primera línea, y alzaba las armas al aire. Levantaban polvo del suelo del valle reseco y chamuscado y el aire se llenaba con una nube de polvo que los aislaba del mundo que se extendía más allá con tanta densidad que parecía que hubiera dejado de existir. Las hojas y las puntas de metal reflejaban la luz, los banderines de colores vivos se agitaban con el viento y los gritos que brotaban de las gargantas de los atacantes resonaban, previendo la victoria.

Juntos, el druida y el chico se giraron hacia ellos, hacia los hombres, los animales, las máquinas, el estruendo y la actividad; estaban solos e inmóviles en el promontorio. Nadie los veía o, si lo hacía, no les prestaba atención. Los elfos tampoco se fijaron en ellos, tenían los ojos clavados en el ejército que se desplegaba ante ellos.

Bremen inspiró hondo y posó las manos en los hombros delgados de Allanon.

—Junta las manos y apunta a las torres y a las catapultas. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Sé fuerte, Allanon.

El chico unió las manos, con los dedos entrelazados, alzó los brazos flacos y los extendió hacia el ejército de las Tierras del Norte. Bremen estaba justo detrás, sin mover las manos y con los ojos cerrados. Invocó el fuego druida. Chisporroteó y se prendió en su interior. Debía ser cauteloso con el uso que le daba, se recordó. El equilibrio entre lo que se necesitaba y lo que podía permitirse entregar era muy delicado y debía ir con mucho cuidado de no desestabilizar la balanza. Si cometía un error en un sentido o el otro, estarían acabados.

En el campo de batalla, ya empezaban a bajar los brazos de las catapultas y los arqueros de las torres se disponían a tensar los arcos.

Bremen abrió los ojos de nuevo: eran blancos como la nieve.

Bajo el promontorio, como si hubiera tenido un presentimiento, Jerle Shannara volvió la cabeza de golpe para mirarlo.

El fuego druida recorrió los brazos de Bremen con brusquedad, se metió en el cuerpo de Allanon y salió disparado desde los puños apretados del muchacho, voló sobre las cabezas del ejército de los elfos que aguardaba la llegada del enemigo, sobre la planicie desgarrada, quemada y llena de surcos y fue directo hacia las máquinas de guerra del enemigo, situadas a doscientos metros de distancia. Primero dio en el blanco en las torres: las llamas las engulleron completamente, provocando que ardieran en un abrir y cerrar de ojos. De allí saltó a las catapultas y calcinó las cucharas, reventó las cuerdas y deformó las partes de metal. El fuego se movía como un ser vivo, escogía un objetivo y luego se dirigía al siguiente, era de un azul tan vivo y brillante que los soldados de un bando y del otro se vieron obligados a protegerse los ojos. Recorrió las filas del frente del ejército de las Tierras del Norte y lo devoró todo y a todo el mundo. En cuestión de segundos, el fuego se elevaba hacia el cielo con llamaradas inmensas, de centenares de pies de altura, que seguían ascendiendo entrelazadas con las columnas de humo.

El gigantesco ejército norteño prorrumpió en alaridos y gritos cuando el fuego lo atravesó. En cambio, las filas del ejército élfico se habían sumido en un silencio anonadado.

Bremen percibió que la magia menguaba, el fuego se marchitaba, pero Allanon todavía tenía poder. Incluso parecía que el muchacho se hiciera más fuerte, con los brazos estirados adelante y las manos elevadas. Bremen notó que el cuerpo delgado temblaba con el vigor de la determinación del chico. El fuego todavía brotaba de las manos del muchacho, describía un arco que sobrepasaba las máquinas de guerra y se hundía en el centro del ejército perplejo de las Tierras del Norte y forjaba un camino mortal y abrasador.

«¡Basta!», pensó Bremen, que sintió una inclinación peligrosa en la balanza del equilibrio. Sin embargo, no pudo romper el vínculo entre el chico y él, era incapaz de detener el torrente de magia. El muchacho era más fuerte que él y era Allanon quien le extraía la magia.

Ante este nuevo ataque, los norteños recularon; no fue una retirada ordenada, sino que huyeron en desbandada, con el valor hecho añicos. Incluso los trolls de las rocas retrocedieron: salieron corriendo de la conflagración que consumía a sus compañeros y se dirigieron hacia la protección que les ofrecían las pendientes del valle y los desfiladeros que se extendían más allá. Incluso para ellos, la batalla de hoy había terminado.

Al final, incluso la fuerza de Allanon flaqueó y el fuego druida que salía a chorros de sus manos cerradas se extinguió. Profirió un grito ahogado y se hundió hacia Bremen, quien apenas era capaz de mantenerse en pie. Con todo, el anciano lo agarró al vuelo y lo sostuvo contra él mientras esperaba a que el pulso de los dos se acompasara y los corazones se les calmaran. Como dos espantapájaros, se apoyaron el uno en el otro mientras susurraba palabras tranquilizadoras y contemplaban el incendio devastador que consumía las máquinas de guerra de los norteños e iluminaba la espalda del enemigo que se retiraba con dedos rojo sangre.

En el oeste, el sol se puso en el horizonte y la noche avanzó con sigilo para cubrir a los muertos.

* * *

Tras la destrucción de las máquinas de guerra del ejército de las Tierras del Norte, mientras la oscuridad se extendía por las Cuatro Tierras y los fuegos del corazón del Rhenn comenzaban a menguar, Jerle Shannara se acercó a Bremen. El anciano estaba sentado en el promontorio con Allanon, cenando. Los envolvía el silencio: el ejército del norte se había retirado por la abertura que daba a la planicie oriental y los elfos todavía mantenían la posición en la angostura occidental. A lo largo y ancho de las filas defensoras, se estaba comiendo, aunque los elfos cazadores lo hacían por turnos para vigilar que no se produjera ningún asalto por sorpresa. Las hogueras para cocinar crepitaban en la retaguardia del campamento y el olor de la comida impregnaba la brisa nocturna.

El anciano se levantó cuando vio que el rey se les aproximaba y detectó en sus ojos una mirada que no supo reconocer. El rey los saludó y luego le

pidió a Bremen que lo acompañara. El chico continuó cenando sin hacer ningún comentario. Juntos, el druida y el rey se alejaron hacia la penumbra.

Cuando su hubieron alejado lo suficiente del resto como para que nadie los oyera, el rey se volvió hacia el anciano.

—Necesito que hagas una cosa —dijo en voz baja—. Necesito que uses la magia para marcar a los elfos de modo que puedan reconocerse en la oscuridad para luchar contra los norteños sin matarse unos a otros por error. ¿Puedes hacerlo?

Bremen reflexionó un momento y luego asintió despacio.

—¿Qué quieres hacer?

El rey estaba extenuado y demacrado, pero sus ojos transmitían una determinación férrea y su expresión, severidad.

—Quiero atacar. Ahora, esta noche, antes de que puedan reagruparse.

El anciano se lo quedó mirando de hito en hito, mudo.

El rey apretó los labios.

—Esta mañana, los Rastreadores me han comunicado que los norteños nos quieren bordear. Han mandado a distintos ejércitos, más pequeños que el que nos ataca, pero de dimensiones considerables, hacia el norte y el sur del Rhenn para colocarse a nuestra espalda. Debieron de salir hace una semana, dada su posición actual. Avanzan muy lentamente pero nos están rodeando. Dentro de unos días, nos aislarán de Arborlon. Cuando ocurra, estamos acabados.

Clavó la vista en la oscuridad, como si allí pudiera encontrar cómo seguir.

—Son demasiados, Bremen. Lo sabíamos desde el principio. La única ventaja que tenemos es la posición defensiva. Si nos arrebatan eso, no tenemos nada más. —Volvió a fijar los ojos en el anciano—. He mandado a Prekkian y a la Guardia Negra para que avisen a Vree Erreden y al Consejo y se preparen para defender la ciudad. Pero nuestra única esperanza es seguir tus palabras y cumplir con mi deber: enfrentarme al Señor de los Brujos y destruirlo. Para conseguirlo, primero debemos lograr que el ejército de las Tierras del Norte se disperse. Y nunca se nos presentará una oportunidad mejor. Hay que hacerlo ahora que los norteños están desorganizados y agotados. La destrucción de la máquinas de guerra los ha puesto nerviosos. La magia druida los ha asustado. El mejor momento para atacar es ahora.

Bremen se tomó un tiempo para reflexionar la respuesta. Al final, asintió lentamente.

—Tal vez tengas razón.

—Si atacamos ahora, los pillaremos desprevenidos. Si lo hacemos con la fuerza suficiente, tal vez consigamos atravesar las filas hasta el lugar donde se esconde el Señor de los Brujos. La confusión que provocará un ataque nocturno nos ayudará, pero solo si logramos distinguirnos del enemigo.

El druida suspiró.

—Si marco a los elfos para que se puedan reconocer entre ellos, le estoy dando al enemigo un modo de reconocernos también.

—No podemos hacerle nada. —El tono del rey era firme—. Los norteños tardarán un buen rato en darse cuenta de lo que significan las marcas. Para entonces ya podremos dar la batalla por perdida o por ganada.

Bremen asintió sin mediar palabra. Era una estrategia audaz, que tal vez condenaría a los elfos, que podía comportar su aniquilación por completo. Pero la necesidad de una táctica era evidente desde el principio y el druida vio que el rey era el único hombre que podría ponerla en práctica con éxito, porque los elfos seguirían a Jerle Shannara donde fuera y la fe en su líder era lo que más los ayudaría.

—Pero temo —susurró el rey, de repente, mientras se inclinaba hacia el anciano— que no seré capaz de invocar el poder de la espada cuando lo requiera. —Hizo una pausa, lo miraba de hito en hito—. ¿Y si no me responde? ¿Qué voy a hacer?

El druida alargó el brazo, le agarró las manos al rey y se las estrechó.

—La magia no te va a fallar, Jerle Shannara —respondió, bajito—. Tienes un corazón demasiado fuerte para que ocurra eso, demasiado tenaz, demasiado acorde con el rey que tu pueblo necesita. —Le ofreció una sonrisa desoladora—. Debes tener fe.

El rey inspiró hondo.

—Acompáñame —le pidió.

El anciano asintió.

—Te acompañaré.

* * *

Al norte del Rhenn, donde las nubes sobrevolaban los pastos y los llenaban de sombras y las llanuras se extendían, vacías y en silencio, Kinson Ravenlock se alejaba, sigiloso, del griterío y el despliegue del campamento de las Tierras del Norte y regresó por donde había venido. Tardó una hora, no se alejaba de los barrancos y los lechos secos de los ríos para no adentrarse en la planicie

elevada y en campo abierto. Caminó deprisa, ansioso por reunirse con quienes lo esperaban, mientras pensaba que, al fin y al cabo, tal vez no habían llegado demasiado tarde.

Habían transcurrido más de diez días desde que Mareth y él habían partido de las Tierras del Este con lo que quedaba del ejército de los enanos. Estos aún contaban con una fuerza de casi cuatro mil hombres y habían realizado la travesía a buen ritmo. Sin embargo, habían optado por una ruta poco corriente. El viaje los había conducido por el norte, habían cruzado las llanuras de Rabb, el paso de Jannisson y habían terminado en Streleheim, que habían cruzado a la sombra de la foresta que rodeaba al malaventurado Paranor. Los ancianos y el rey de los enanos habían debatido largo y tendido sobre la mejor ruta e incluso si de los enanos debían siquiera emprender el camino. Respecto a la última cuestión, Kinson había sido convincente al exponer los argumentos de Bremen y Risca se había posicionado con firmeza de su lado. Cuando hubieron persuadido a Raybur, el asunto se zanjó. Elegir el mejor camino era menos crucial, pero había comportado los mismos problemas. Risca estaba convencido de que tendrían más oportunidades de acercarse sin ser vistos si bajaban desde el norte por el territorio enemigo: el ejército de las Tierras del Norte ya habría llegado a las Tierras del Oeste y estaría sitiando a los elfos en el Rhenn, de modo que sus exploradores estarían pendientes de asaltos que procederían del este o del sur, en caso de que alguien lo intentara. Al final, este había sido el argumento decisivo.

El grueso del ejército de los enanos había tomado posiciones en el norte a medio día de camino, en el borde de los Dientes del Dragón. Risca, Kinson, Mareth y doscientos hombres se habían avanzado para evaluar la situación. Con la llegada del ocaso, Kinson Ravenlock se había adelantado para verla más de cerca.

Ahora, cuando apenas habían transcurrido tres horas desde que se había ido, el fronterizo emergió de entre las sombras y se reunió con sus compañeros.

—Hoy han lanzado un ataque —informó, sin resuello. Gran parte del camino de vuelta lo había hecho corriendo, impaciente como estaba por comunicar las nuevas—. Ha fracasado. Las máquinas de guerra de los norteños están en el Valle de Rhenn, quemadas. Pero están construyendo más. El enemigo ha acampado en la entrada oriental del valle. Es una fuerza inmensa, pero parece desorganizada. Todos están pululando por ahí y no he visto ni rastro de los seres oscuros. Ni siquiera los Portadores de la Calavera han salido esta noche.

—¿Has cruzado hasta llegar a los elfos? —le pidió Risca deprisa—. ¿Has visto a Bremen o a Tay?

El fronterizo tomó un largo trago del odre de cerveza que Mareth le había ofrecido y se secó la boca.

—No. El valle está bloqueado. Podría haber cruzado, pero he decidido que era mejor no arriesgarse. He creído que era mejor volver a buscaros.

Los dos hombres se observaron y luego contemplaron las llanuras.

—Hay muchos muertos —dijo el fronterizo con un hilo de voz—. Demasiados, y una décima parte son elfos.

Risca asintió.

—Mandaré un mensajero a Raybur para que traiga el ejército al romper el alba. Que él escoja desde dónde atacar. —Su rostro campechano estaba en tensión y le refulgían los ojos—. Mientras tanto, se supone que debemos esperarlos aquí.

El fronterizo y la muchacha intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza despacio.

—Yo no voy a esperar —notificó Kinson Ravenlock.

—Yo tampoco —dijo Mareth.

El enano levantó el hacha de batalla.

—Eso me temía. Creo que Raybur tendrá que alcanzarnos, ¿no os parece? Será mejor que vayamos tirando.

Hacía tres horas que se había puesto el sol y se acercaba la medianoche cuando Jerle Shannara guió a los elfos hacia la batalla definitiva. Atrás quedaron los enfermos y los heridos y también dejaron una fuerza simbólica para que los protegiera y cuidara de la retaguardia. El rey solo se llevó a aquellos que estaban sanos. Los elfos cazadores, la Guardia Real, los arqueros y otros soldados de infantería sumaban poco más de dos mil hombres. La caballería constituía una fuerza de cuatrocientos hombres. Jerle Shannara los reunió a todos en la planicie que había en la entrada del valle, muy cerca del lugar donde se erigían los restos de las máquinas de guerra que aún ardían, y, unidad por unidad, se paseó entre las filas y les explicó lo que había ideado.

Mientras lo hacía, Bremen también caminó arriba y abajo entre las filas, cargado con un cacito de luz brillante. Esta luz tiraba a azulada y proyectaba un fulgor fosforescente que refulgía con más vigor en la oscuridad. No parecía ser una pasta ni tampoco un líquido sino, simplemente, aire resplandeciente. Estaba compuesto, sobre todo, de magia druida, pero también de otras sustancias, aunque nadie hubiese podido identificar ninguna. Bremen hablaba en susurros y con palabras tranquilizadores mientras se acercaba a cada hombre con el cacito. Uno por uno, los fue marcando en la espalda con la luz: usaba una rama pelada que mojaba en el brillo para después sacarla, con tan solo un poco de la misteriosa sustancia, y manchar la ropa de cada soldado.

Cuando marcharon hacia la oscuridad, hacia el corazón del Rhenn, todos los hombres llevaban tiras de ropa atadas sobre las marcas refulgentes para esconder su avance del enemigo. Miembros elegidos de la Guardia Real fueron en cabeza y se abrieron en abanico en la vanguardia; algunos subieron por las cuevas de los riscos del valle y, luego, continuaron sigilosamente

hacia adelante para asegurar los terrenos elevados que protegían el desfiladero oriental. Cuando les hubieron dejado suficiente tiempo de avanzada, Jerle Shannara hizo marchar al grueso del ejército. Lo comandaba desde el centro, con Preia Starle a un lado y Bremen al otro, y asignó el flanco izquierdo a Cormorant Etrurian y el derecho a Rustin Apt. Formados en fila a lo largo de las tropas, justo detrás de la primera fila de elfos cazadores, caminaban los arqueros comandados por Arn Banda. Tras ellos marchaban más elfos cazadores y atrás, en reserva para cuando toda la infantería hubiera entablado combate, los seguía la caballería bajo las órdenes de Kier Joplin.

La estrategia del rey era sencilla. Los elfos avanzarían hasta quedar tan cerca de las filas norteñas como pudieran sin ser vistos y entonces atacarían en la oscuridad: el factor sorpresa y la confusión los ayudarían a rebasar el perímetro y esperaba que el impulso inicial los condujera directamente al corazón del campamento, al refugio del Señor de los Brujos. Allí, Jerle Shannara acorralaría al druida rebelde y lo destruiría. Esto era todo. Había tantas cosas que podían salir mal que no merecía la pena planteárselas. El momento del ataque y el efecto sorpresa lo eran todo. La determinación y la valentía marcarían la diferencia. Si a los elfos les flaqueaba la primera o no se armaban suficiente de la segunda, los aniquilarían.

Con todo, esa noche, marcados por la magia druida y armados con una fe tenaz, los elfos se encomendaron a su rey y a la fortuna. Las dudas y el miedo que albergaban se disiparon cuando dieron el primer paso, al darse cuenta de que el ataque empezaba y no había vuelta atrás, y los embargó una expectación desmedida que reemplazó cualquier otra emoción. Descendieron deprisa por el corredor del valle sin hacer ningún ruido, algo que solo los elfos podían lograr, con los ojos bien abiertos para localizar los obstáculos que se hallaban en el camino y así poder esquivarlos, y el oído aguzado para detectar ruidos que advirtieran del peligro. No había luz que los ayudara a guiarse, el cielo estaba encapotado de nuevo y el aire todavía era denso debido a la humareda que todavía permanecía de los incendios de la tarde. Ante ellos, las hogueras de la guardia del enemigo brillaban como almenaras solitarias, como pequeños puntos de luz que titilaban en la oscuridad.

Mientras lideraba la marcha con la espada de Shannara colgada en la espalda, Jerle Shannara no dedicó ni un segundo a plantearse la opción de fracasar. No se concentraba en otra cosa que no fuera lo que debía hacer, se aisló de toda distracción y apartó para otro momento los pensamientos que no tuviesen nada que ver con la empresa que lo ocupaba esa noche. Junto a él

avanzaban Preia y Bremen y, flanqueado entre los dos, el rey de los elfos se sentía invencible, por extraño que pudiese parecer.

No era que no pudiera morir, jamás se atrevería a creerse inmortal. Sin embargo, en esos momentos desesperados, el fracaso se le antojaba impensable. La fortaleza lo rodeaba, pero también la dependencia. Era una mezcla peculiar, pero para un rey era una sensación familiar. Los elfos darían la vida por él, pero él debía estar dispuesto a dar la suya por ellos también. Tan solo gracias al establecimiento y a la conservación de este equilibrio podían albergar esperanzas de sobrevivir, de perseverar, de lograr la victoria que perseguían.

El rey dirigió la mirada hacia las sombras que escondían las alturas, buscaba centinelas que pudieran dar la alarma. No había ninguno. Al parecer, la Guardia Real se había ocupado de ellos sin ser descubiertos. Tras ellos, lejos en el lecho del valle, Jerle Shannara oía el débil tintineo de las correas y el crujido del cuero que emergía de la caballería que los seguía. Enfrente, comenzaron a distinguir las llamas de los fuegos de la guardia del enemigo y, tras el perímetro que estos delimitaban, el campamento del ejército de las Tierras del Norte. La extensión del campamento parecía interminable, era un laberinto inmenso de tiendas, pertrechos y soldados; una vorágine de vida, como una ciudad pequeña. Todavía eran tantos, pensó el rey. El ataque de los elfos debía de ser certero y veloz.

El ejército de los elfos se encontraba a menos de cincuenta metros del campamento cuando Jerle Shannara dio el alto y se agacharon justo fuera del halo de luz de las hogueras. Había centinelas que vigilaban la negrura, algunos echaban vistazos aburridos hacia lo que ocurría en el campamento. No parecían preocupados por lo que pudiera acechar en la oscuridad que se extendía ante ellos, era evidente que no esperaban un ataque. Jerle Shannara sintió una oleada cálida de satisfacción. Al parecer, sus suposiciones eran correctas. De repente, pensó en todo lo que había tenido que soportar para llegar a este momento y deseó que Tay Trefenwyd lo acompañara. Juntos, podrían haber superado cualquier cosa. Nunca volvería a ser lo mismo sin Tay, pensó. Jamás.

Con un ademán, informó a las filas élficas de que se prepararan. Entonces, Banda hizo que los arqueros se levantaran y colocaran las flechas en las cuerdas de los arcos. El rey alzó la espada y las flechas surcaron el aire como una lluvia letal. Cuando estas cayeron y se hundieron en sus blancos confiados, los elfos ya se habían lanzado al ataque.

Arremetieron rápidos e infalibles. En cuestión de segundos, habían cruzado el campo abierto y habían penetrado el perímetro del campamento. Todos los centinelas habían sido abatidos, ya fuera con flechas o lanzas. Los norteños que estaban en cuclillas alrededor de las hogueras de la cena se levantaron de un salto cuando los elfos los invadieron mientras agarraban las armas y daban la alarma a gritos. Pero los elfos se abalanzaron sobre ellos tan deprisa que prácticamente los mataron antes de que pudieran defenderse. Jerle Shannara encabezaba el ataque y se abría camino a través de las filas exteriores casi a voluntad, rodeado de la Guardia Real. Preia lo acompañaba, como una presencia constante a su lado. Bremen se quedó atrás, era demasiado viejo y lento para seguirles el ritmo y le dijo al rey que siguiera adelante, que no lo esperara. En los terrenos elevados, los enemigos que todavía no habían despachado habían entablado combate cuerpo a cuerpo con la Guardia Real que se había colado mientras dormían. En la oscuridad llena de humo, solo los elfos podían reconocerse unos a otros gracias a las marcas drúidicas resplandecientes que llevaban en la espalda. El campamento del ejército de las Tierras del Norte se había sumido en el caos más absoluto.

Entonces, de golpe, el rey se topó con una horda de trolls de las rocas recién levantados; esas criaturas monstruosas se acababan de despertar de sus lechos tras oír la alarma y, aunque aún tenían la armadura esparcida por el suelo, ya tenían las armas en ristre. Jerle Shannara se desvió hacia el centro del campamento, quería evitar que le entorpecieran el camino, pero varios trolls consiguieron hacerle frente y se vio obligado a plantar cara y luchar. Se lanzó sobre el que le quedaba más cerca y con un mandoble de la espada de Shannara, que describió un arco brillante, abatió al trol. Otros trataron de llegar hasta el rey: lo habían reconocido y llamaban a los compañeros con esa voz tan gutural que tenían. No obstante, la Guardia Real se interpuso en el camino del contraataque, arremetieron contra los trolls que los asaltaban desde todas direcciones y les infligieron una muerte rápida.

Desde la oscuridad que quedaba a su espalda, el rey distinguió los cuernos de Kier Joplin que ordenaban la carga y la caballería élfica se lanzó a la batalla entre un gran estrépito. Una explosión sacudió el campamento y una columna de fuego se elevó hacia el cielo. Bajo la iluminación regular de las llamas, el rey distinguió a Bremen, cuya figura harapienta se alzaba ante un grupo de gnomos y trolls menores que huían, con los brazos delgados estirados ante él y el muchacho, Allanon, junto a él.

Enfrente aparecieron las tiendas cubiertas de calaveras del Señor de los Brujos y sus acólitos. Un arrebató de entusiasmo se adueñó de Jerle Shannara

y redobló los esfuerzos para superar los soldados enemigos a los que se enfrentaba. En ese momento, una figura monstruosa se alzó en plena noche, a su lado, y se vio obligado a confrontarla. Tenía el aspecto de un lobo, pero la cabeza recordaba vagamente a un humano a pesar de las fauces llenas de filas de dientes serrados. Con sus zarpas golpeó a los elfos que trataban de llegar hasta él y los lanzó a un lado. La bestia se abalanzó sobre Preia Starle, pero esta esquivó la embestida y le clavó la espada en el cuello. La bestia volvió al ataque a dentelladas, herida pero sin aminorar la velocidad. Tiró al suelo a Jerle Shannara, que fue incapaz de evitar el embate, y este intentó, en vano, escapar de debajo de las patas del monstruo mientras los elfos cazadores lo apuñalaban con desesperación. Entonces, cuando la criatura se levantó sobre las patas traseras para asestarle un mordisco, el rey le hundió la espada de Shannara en el pecho hasta el corazón y la bestia cayó desplomada.

El rey se puso de pie como pudo.

—¡Las tiendas! —le gritó a todos los elfos que estaban a la distancia suficiente para oírle. Acompañado de Preia, se lanzó al ataque.

* * *

Pasada la entrada del valle, en el perímetro norte del campamento, Kinson, Mareth, Risca y los enanos se dirigían hacia el terreno elevado de la cara este para encontrar una brecha a través de las filas del ejército de las Tierras del Norte. Cuando había comenzado el asalto de los elfos, se habían quedado petrificados, ignorantes de lo que sucedía. Gritos y alaridos brotaban del campamento de los norteños y pronto todo se había sumido en el caos. Al instante, los enanos, curtidos en la batalla, habían formado una cuña defensiva en dirección al campamento atacado y contemplaron cómo los norteños que estaban más cerca del perímetro se levantaban corriendo de sus lechos, agarraban las armas y miraban en derredor con los ojos desorbitados.

—¿Qué ocurre? —le susurró Mareth a Kinson Ravenlock al oído.

Entonces oyeron el grito de guerra de los elfos que retumbó sobre el fragor de la batalla a medida que, uno tras otro, los elfos se lo hacían suyo.

—¡Los elfos los están atacando! —exclamó Risca, asombrado.

Las flechas se abatieron sobre el campamento desde el cielo y arrasaron con los soldados, sorprendidos y apiñados dentro de los límites del campamento. En la entrada del valle, en la parte frontal del perímetro del campamento de las Tierras del Norte, las armas entrechocaban con estrépito.

Los enanos se quedaron petrificados mientras comenzaba la batalla y escuchaban cómo el clamor se acercaba y crecía. Los elfos habían penetrado las defensas de las Tierras del Norte y se habían adentrado directamente hasta el corazón del campamento enemigo.

—¿Qué hacemos? —Kinson lanzó la pregunta al aire sin apartar la mirada de la oscuridad en la que partidas de soldados enemigos aparecían y se esfumaban en la humareda de las hogueras de la guardia.

Justo ante sus ojos, un Portador de la Calavera alzó el vuelo y se elevó como un espectro hacia la negrura, con las alas extendidas de par en par y las garras flexionadas. El cazador alado se inclinó hacia un lateral mientras se alejaba de los enanos y cruzó el cielo hacia el este, hacia las llanuras. Al cabo de un segundo, lo siguió otro.

—¡Están huyendo! —saltó Mareth de repente, sin dar crédito a lo que veía.

Entonces algo explotó en el centro del campamento y una columna de fuego brotó hacia el cielo en plena oscuridad, como una lanza llameante que una mano invisible lanzaba a las nubes, y que se recortó contra la noche durante un rato para después tornarse humo.

Risca levantó el hacha de batalla y miró a los demás.

—Creo que he visto suficiente. Los elfos nos necesitan. No les hagamos esperar.

La tropa avanzó bajo el mando de Risca, que se abrió camino flanqueado por Mareth y Kinson. Los enanos se desplegaron en formación de ataque. Risca los condujo a toda velocidad hacia el este y se alejaron de los terrenos elevados, preocupados porque los arqueros que se escondían allí los tomaran por norteños. Giraron a mano izquierda y se dirigieron hacia la retaguardia del campamento, donde los jinetes gnomos se afanaban a montar y salir a caballo. Cuando llegaron justo debajo de la línea de piquetes, Risca profirió el grito de guerra de los enanos y encabezó la carga de los enanos cazadores.

Casi de inmediato, los atacaron. Ya fuera por casualidad o porque el enemigo hizo gala de una rápida reacción, los enanos se vieron rodeados enseguida por una compañía entera de trolls de las rocas equipados con armadura completa y armados con picas. Dos docenas de enanos murieron durante el primer minuto de la batalla, incapaces de resistir ante un enemigo más poderoso que ellos. Risca arremetió contra los trolls que tenía más cerca, invocó el fuego druida y se abrió camino a llamaradas, de modo que obligó a los norteños a recular. A continuación, llegó el contraataque capitaneado por un puñado de lobos enormes que Brona se había traído de los Robles Negros.

De nuevo, los enanos se vieron forzados a retroceder, y esta vez rompieron filas en el centro.

Entre la confusión, Kinson y Mareth terminaron separados de Risca. El druida giró a la izquierda hacia la retaguardia del campamento de las Tierras del Norte, mientras el fronterizo y la muchacha doblaban a la derecha y seguían la estela de un grupo de enanos que trataban de sumarse a los elfos que ya estaban luchando en el centro del campamento. Risca, enfrascado en la furia de la batalla, no se dio cuenta de inmediato, ya que tenía la mente puesta en otras cosas. La fuerza de la defensa de los norteños aquí, en la retaguardia del campamento, cuando el grueso del ataque elfo procedía de la vanguardia, lo convenció de que el Señor de los Brujos se encontraba cerca. Como ya había visto a dos Portadores de la Calavera emprender el vuelo, sospechaba que el ataque estaba siendo más demoledor de lo que los elfos creían y que Brona se estaba preparando para huir. Rodeado de trolls de las rocas y criaturas del averno que lo defenderían, escaparía sigilosamente del campamento con los cazadores alados y se retiraría a las Tierras del Norte de nuevo. Los norteños ya habían comenzado a salir corriendo hacia la oscuridad de la noche, abandonaban el campamento como serpientes que uno ha echado del nido. Los gnomos y los trolls menores desertaban y dejaban que otros lucharan en su lugar. La caballería se diseminaba en todas direcciones, sin líder y presa del pánico. Habían fracturado la retaguardia del ejército de las Tierras del Norte y no hacía falta ser muy avisado para ver que los comandantes, para quienes el paso del tiempo no significaba nada, pretendían refugiarse de nuevo en la guardia que tenían más allá del Filo del Cuchillo, para reagruparse y preparar una nueva invasión.

Sin embargo, Risca había sufrido demasiado como para permitirselo. El druida estaba decidido a detenerlos allí.

Seguido por una docena de enanos, se abrió camino a través de la veintena de jinetes gnomos que todavía luchaban espoleados por un Portador de la Calavera. Entre rugidos, como un espectro despiadado de ojos encendidos y con la capa oleando, el Portador de la Calavera estaba formando a los jinetes gnomos, aterrorizados, en filas con las que era evidente que pretendía proteger los flancos. En la distancia, donde la noche era cerrada y el campamento carecía de luz, se percibía movimiento entre las tiendas de seda negra. Los caballos relinchaban mientras los colocaban en posición a base de latigazos, carruajes enormes y oscuros emergían entre la penumbra y la humareda y se adentraban en las llanuras.

Risca, con el hacha de batalla en ristre y el calor del fuego druida en el pecho, avanzó para cortarles el paso.

* * *

Jerle Shannara se abría camino con una ferocidad implacable. Todavía se encontraba en la vanguardia del asalto de los elfos, ahora en el corazón del campamento de las Tierras del Norte, y los guiaba a todos a medida que cercaban el negro pabellón susurrante que constituía la tienda del Señor de los Brujos. Se había adentrado en una franja de terreno oscura, una zona en la que no penetraba ningún tipo de iluminación. Las hogueras de la guardia que marcaban el perímetro del campamento y que había dejado atrás proyectaban sombras extrañas en la penumbra cada vez más opaca, pero había poco que ver y menos aún en lo que confiar. Las criaturas que procuraban detenerlo pronto se hicieron indistinguibles; algunas eran trolls y gnomos, otras eran seres completamente distintos. Se abalanzó sobre ellas sin preocuparse por qué eran, sin nada más en mente que vencerlas. Preia luchaba a su lado, con la misma tenacidad y ferocidad que él. La Guardia Real les pisaba los talones, tratando, en vano, de seguirles el ritmo. En derredor, el campamento de las Tierras del Norte se había sumido en una vorágine de movimiento y ruido.

Enfrente, en algún punto de las tinieblas, cerca de las tiendas renegridas, brotaba el sonido de carruajes y carros que circulaban, de correas que crujían, de látigos que restallaban y de caballos que relinchaban ante las exigencias de los caballerizos.

En ese momento, Preia cayó ante el ataque de una figura oscura que había emergido, de repente, renqueando a cuatro patas desde la oscuridad. Esa forma enorme llena de pelos erizados abrió las fauces y sus dientes centellearon cuando se abatió sobre la reina. Jerle se volvió para defenderla, pero al mismo tiempo también lo atacó otra figura que lo había pillado desprevenido y que lo mandó directo al suelo. Aparecieron otras: eran lobos que arremetían al amparo de la negrura y atacaban a dentelladas a los elfos que trataban de atravesar ese terreno prohibido. Surgió tal cantidad de bestias que por un instante parecía que sería imposible detenerlos. Preia había desaparecido en una maraña de cuerpos. Jerle Shannara luchaba, primero tumbado de espaldas al suelo y luego de rodillas, y blandía la espada contra cualquiera que se le acercara mientras procuraba volver a ponerse de pie.

—¡Shannara! ¡Shannara! —Era el grito de guerra que profirieron los elfos cazadores y la Guardia Real que corrieron a socorrerlos.

Estalló una llamarada de fuego druida que abrasó a los lobos a medio saltar que estaban más cerca y Bremen se sumó a la refriega, con la cogulla hecha jirones y los ojos centelleantes, como los de las criaturas que iba a aniquilar. Los lobos recularon temerosos y mostrando los dientes. Otro fue engullido por una llamarada azul y el resto se dispersó entre aullidos de furia y terror. El rey se puso en pie enseguida y se volvió a un lado y al otro mientras buscaba a Preia. Pero esta ya se había alzado a su lado, con el rostro cubierto de sudor y una expresión de dolor: la sangre le chorreaba por el brazo, donde le habían desgarrado el cuero endurecido y la carne blanda hasta el hueso. Se estaba vendando ella misma la herida, aunque estaba pálida y acongojada.

—¡Ve, sigue adelante! —le gritó al rey—. ¡No me esperes! ¡Ahora te alcanzo!

El elfo titubeó tan solo unos segundos y, luego, echó a correr con un puñado de guardas reales que lo siguieron. Como los lobos eran la última horda de criaturas que protegían al Señor de los Brujos, el camino estaba despejado. Ante él, el terreno era como un agujero negro, pero Jerle Shannara no aminoró la marcha. Solo importaba una cosa: encontrar al líder enemigo y acorralarlo. Atravesó el campo sin iluminar con una carrera mortífera, haciendo caso omiso del peligro al que podía estar lanzándose de cabeza; ya no le importaba lo que pudiese esperarle ahí, estaba tan absorto y resuelto en poner fin a esa guerra que se hubiera enfrentado a cualquier cosa.

Tras él oyó que Bremen profería un grito de aviso, que le llamaba en vano: el anciano estaba tan agotado y había perdido tanta energía con el uso de la magia que era incapaz de seguirle.

Jerle Shannara llegó ante la tienda del Señor de los Brujos a la carrera y, con un movimiento descendente de la espada, desgarró la tela negra y el collar de calaveras y huesos que cubría los montantes se esparció por doquier con un repiqueteo. La cara de la tienda había quedado hecha jirones por obra de la hoja y una brisa gélida y seca le rozó el rostro cuando se lanzó al ataque por la abertura.

El interior estaba sumido en una oscuridad tan insondable que era incapaz de ver nada. Ciego ante lo que pudiera estar esperándolo, blandió la espada de Shannara, que describió un arco ancho, para protegerse y cortó cualquier cosa que estuviera al alcance. Pero la hoja hendió el aire con un silbido inútil. Se abalanzó hacia la negrura del otro lado de la tienda y rasgó la tela que lo

cubría, con lo que quedó expuesta a la noche. El humo y el ruido la inundó y el frío remitió ante el calor del verano permitiéndole sentir la sensación del sudor sobre la piel.

Rápidamente, giró sobre sus talones y se agachó en una posición defensiva.

Sin embargo, la tienda estaba vacía.

* * *

En ese preciso instante, Risca y los enanos que lo seguían arremetieron contra los jinetes gnomos que quedaban. El Portador de la Calavera que los controlaba retrocedió ante el ataque con fuego druida que le lanzó Risca y los gnomos aterrorizados huyeron en desbandada. Por un segundo, nadie se enfrentó a los enanos. Entonces, sonó el estruendo de ruedas con marcos de metal y una caravana de jinetes de capa oscura y carruajes con los postigos cerrados surgió del campamento sitiado. Risca se lanzó ante la trayectoria de la caravana y arrojó fuego druida a los animales que la encabezaban, lo que hizo que se asustaran y recularan, de modo que los carruajes se detuvieron de repente.

Casi de inmediato, una turba de bestias manaron de detrás de los vehículos tambaleantes y de los caballos que relinchaban. Una colección de monstruos del averno sanguinarios y furibundos cargaron contra ellos desde el lugar que ocupaban en la caravana. La acometida fue despiadada y provocó que Risca y los enanos tuvieran que retirarse a pesar de sus esfuerzos por resistir. Los habitantes de las Tierras del Este recibieron dentelladas, arañazos y golpetazos propinados por brazos fornidos. Los enanos lucharon con una determinación férrea y siguieron la estela de su líder. Risca arremetía contra los atacantes con ráfagas de fuego druida, una tras otra, en un intento por conseguir algo de terreno desde el que resistir.

A esas alturas, los cocheros encapuchados viraban los carruajes hacia un lado y se dirigían en otra dirección mientras azotaban los caballos, que relinchaban de frustración. Risca trató de llegar hasta ellos, de detener la caravana otra vez, pero las criaturas del averno estaban por todos lados y no podía usar tanto fuego druida. Su superioridad numérica comenzaba a aplastarlos. Uno por uno, los compañeros de Risca comenzaban a caer, muertos, mientras luchaban.

Entonces, de pronto, los atacantes se dispersaron y una oleada de norteños presas del pánico emergieron del campo de batalla, rebasaron a los enanos y salieron en tropel hacia las llanuras nocturnas. Parecía que el ejército de las Tierras del Norte al completo estuviera huyendo, como si todos los soldados hubieran decidido en el mismo momento que ya habían soportado demasiado y que lo único que les quedaba era tratar de desertar. Un enjambre de gnomos y trolls abandonó el campo batalla en llamas y se adentró en la noche. La marabunta era inmensa e imparable y, durante un rato, engulló a Risca y a sus compañeros.

Cuando el torrente aminoró, Risca miró en derredor. Estaba solo en el perímetro oriental de un campamento que se estaba desintegrando. Los enanos que habían luchado con él codo con codo estaban muertos. Las bestias del averno habían desaparecido junto con los norteños que habían desertado. La lucha que se libraba en el campamento continuaba, con toda su furia, porque los elfos seguían presionando contra las filas del enemigo que aún no se habían retirado, ambos bandos estaban enfrascados en una batalla desesperada y violenta.

Al norte, donde las llanuras de Streleheim se extendían bajo un cielo plomizo, la caravana del Señor de los Brujos comenzaba a alejarse.

Una bruma carmesí nubló la vista del druida y lo embargó una sensación de impotencia. Giró sobre los talones hacia un lado y hacia el otro en busca de un caballo, pero no había ninguno cerca. Los norteños que huían daban un ancho rodeo para evitarlo: habían visto el chisporroteo del fuego druida en las yemas de los dedos de su mano derecha y el centelleo del hacha de guerra que cargaba en la izquierda. Tenía el rostro empañado de sangre y una ira gélida le brillaba en los ojos.

En el horizonte, la caravana se desvaneció en la noche.

Al romper el alba, el ejército de las Tierras del Norte había sufrido una derrota aplastante y los elfos cabalgaban en pos del Señor de los Brujos. La batalla encarnizada había durado casi toda la noche y había evolucionado de una única confrontación a docenas de combates menores pero igual de cruentos. Mientras que algunos norteños habían desertado pronto, muchos otros se habían quedado. Las unidades más disciplinadas y apiñadas habían resistido hasta el final. La lucha había sido sangrienta y desesperada, y nadie había mostrado clemencia.

Cuando hubo terminado, el ejército de las Tierras del Norte se había dispersado en todas direcciones. La cantidad de muertos en ambos bandos era espeluznante: los elfos habían perdido casi a la mitad de los soldados que esa noche se habían dirigido a la batalla junto a Jerle Shannara. Rustin Apt había muerto en la entrada del desfiladero y su batallón había sufrido muchas bajas. Arn Banda el Tuerto había sido abatido en el terreno elevado. Cormorant Etrurian había sufrido una herida tan grave que perdería el brazo. Tan solo Kier Joplin, comandante de la caballería, y Trewithen, capitán de la Guardia Real, habían sobrevivido y estaban enteros, y entre ambos solo habían podido reunir a ochocientos hombres que estuvieran en un estado adecuado para continuar.

El día había amanecido frío y despejado, una clara señal que marcaba el final del verano y el inicio del otoño. El sol se había alzado entre la bruma, pálido, tras los picos de los Dientes del Dragón, en el este, la misma dirección hacia la que Jerle Shannara dirigía a las tropas montadas a caballo. Las llanuras estaban moteadas de bancos de niebla, el terreno estaba lleno de escarcha, plateada y húmeda con la luz creciente, y el aliento de los hombres y los caballos impregnaba el aire. Los halcones surcaban el cielo, planeaban

con el viento y presenciaban, mudos, la persecución que se llevaba a cabo en la tierra.

Jerle Shannara no había dudado ni un segundo en salir en pos de Brona. No podía hacer otra cosa, de eso estaba convencido. Ahora ya había llegado a un estado que estaba más allá del miedo o de la falta de determinación, del agotamiento y del hambre, más allá de la rendición. Estaba empapado de sangre y tenía tajos por doquier como resultado de la batalla nocturna, pero no sentía ningún dolor. Llevaba la espada de Shannara atada a la espalda y ya no dedicaba ni un solo minuto en pensar en si la magia acudiría cuando la llamara. El momento de deliberar hacía tiempo que había pasado y lo único que quedaba ahora era cargar con la responsabilidad que se le había asignado. La duda y el miedo habían quedado relegadas a un rincón de su mente, pero mientras recorrían millas y millas a un ritmo constante desaparecieron incluso de su consciencia. Tan solo sentía la adrenalina en la sangre, el latir del corazón y la fortaleza de su determinación.

Preia Starle había salido junto a él, aunque había sufrido una herida tan grave que había necesitado que la ayudaran a subirse a la silla de montar. Llevaba el brazo vendado y atado al cuerpo y había dejado de sangrar, pero estaba pálida y demacrada y tenía la respiración entrecortada. Con todo, se negaba a quedarse atrás incluso aunque Jerle Shannara le había pedido que lo hiciera. Tenía fuerzas suficientes para montar, había insistido, y se había salido con la suya. Sería testigo del final de todo eso igual que lo había sido del inicio: junto a él.

Bremen y Allanon, el muchacho, también los acompañaban, aunque ahora Bremen estaba tan débil como Preia, ya que el uso prolongado de la magia druida le había hecho gastar tantas fuerzas que ahora le quedaban muy pocas. Él no había dicho nada, pero era evidente para cualquiera que tuviera ojos y un poco de sentido común. Sin embargo, le había prometido al rey que lo acompañaría cuando llegara el momento de usar la espada y no iba a romper la promesa ahora.

Mareth, Kinson Ravenlock y Risca también se habían unido, más descansados y con más fuerzas que sus compañeros. Como todavía les quedaba una batalla por librar y eran conscientes de que el resto sufría de un grave agotamiento, se habían prometido en silencio que los protegerían tanto como pudieran. Tras ellos galopaba Kier Joplin, con la caballería, y Trewithen, con la Guardia Real, junto con un puñado de enanos que habían venido al sur con Risca. En total eran una fuerza de menos de novecientos hombres. Si eran suficientes para acorralar al Señor de los Brujos no era una

cuestión que quisieran examinar en demasiada profundidad. Nadie sabía cuántos habían acompañado al druida rebelde durante la huida o cuántos se habían añadido a su séquito desde entonces. Sin duda, habría Portadores de la Calavera y bestias del averno, lobos de los Robles Negros, trolls de las rocas y otras criaturas que habitaban las Tierras del Norte y del Este. Si se había reagrupado aunque fuera una enésima parte del ejército que había sitiado el Rhenn, los elfos tendrían serios problemas.

Sin embargo, en algún lugar, al norte de donde se encontraban, en el borde de las altas llanuras, Raybur avanzaba acompañado de cuatro mil enanos. Si los elfos consiguieran conducir al Señor de los Brujos hacia allí, tendrían una oportunidad.

El sol se alzó en un cielo que era una mezcla de gris y plata, y la luz ahuyentó las sombras y el frío nocturnos. Sin embargo, la niebla se resistía a disiparse, se aferraba a la planicie con tenacidad y se arremolinaba en las cárcavas anchas y las quebradas poco profundas que sembraban las llanuras. Bancos densos y envolventes se habían posado en las zonas de terreno elevado y provocaban que las planicies recordaran un tanto a las ciénagas. Nada se movía a lo lejos, el horizonte estaba vacío y en silencio. En el cielo, los halcones habían desaparecido. Las tropas bajo la comandancia de Jerle Shannara marchaban mudos, con los labios apretados, a un ritmo constante y acompasado, sin dejar de observar, vigilantes, el territorio que los rodeaba.

Se acercaba la media tarde cuando por fin alcanzaron al Señor de los Brujos. Habían empezado a creer que estaban acortando la distancia desde mediodía, cuando habían comenzado a encontrar carruajes y carros abandonados, que se habían roto durante la huida del enemigo. Tan solo hacía una hora, habían tomado un atajo para acortar el camino hacia su presa que estaba lleno de rodadas y surcos de las ruedas, de las huellas de los animales y de los hombres, algo que hacía difícil determinar cuántos viajaban con el Señor de los Brujos, incluso para los Rastreadores. Preia había desmontado para observar las huellas más de cerca (en contra de los deseos del rey) y había informado, con tranquilidad y seguridad, que eran menos de un millar.

Y ahora que las tropas élficas se habían detenido en un promontorio, cientos de metros al sur del lugar donde lo que quedaba del ejército de las Tierras del Norte se había visto obligado a defenderse, todos habían podido ver que la reina tenía razón. Los carruajes negros y los carromatos estaban alineados a la sombra de una cordillera de colinas que se erigían al este, como si las hubieran apilado mirando hacia los Dientes del Dragón. Las criaturas que servían al Señor de los Brujos estaba acorraladas contra las lomas: trolls

de las rocas y otros seres humanos, monstruos encapuchados salidos del averno, lobos grises que estaban agazapados o daban vueltas en el filo de la bruma, y Portadores de la Calavera, algunos de ellos sobrevolando la muchedumbre como grandes aves negras.

Más adelante, desplegados sobre un terreno elevado en formación de batalla y bloqueando así cualquier sendero que condujera al norte, se alzaban los enanos que comandaba Raybur. Habían detenido la huida del Señor de los Brujos.

Sin embargo, la niebla los engañaba, las imágenes vagas que veían no eran sino ilusiones. Muchas criaturas, agachadas en la planicie, envueltas en remolinos de niebla, estaban muertas. Los cuerpos estaban estirados formando ángulos peculiares, desplomados sobre las rocas o empalados en armas. Había brazos y piernas que se doblaban hacia el cielo como ramas rotas. Las siluetas oscuras resplandecían en la bruma, eran restos chamuscados y quemados de los muertos que habían salido del averno. Hoy ya se había librado una batalla. El druida rebelde y sus acólitos se habían encontrado con los habitantes de las Tierras del Este y habían tratado de romper la defensa. Sin embargo, el intento había sido un fracaso. Los enanos habían repelido el ataque. Así que el Señor de los Brujos había reagrupado lo que le quedaba del ejército y se había retirado a la posición que ocupaba ahora. Los enanos estaban preparados para otro embate. Ambos bandos estaban esperando.

Jerle Shannara contempló el panorama. «¿Qué están esperando?».

Enseguida cayó en la cuenta: «Me están esperando a mí», pensó. «Esperan la espada de Shannara».

Reparó en que todo terminaría allí, en esa región aislada de las llanuras de Streleheim, en un terreno que ya estaba bañado en sangre. Se enfrentaría al Señor de los Brujos en un combate a muerte y uno de los dos sería abatido. Lo había profetizado el destino, lejano y perverso, que hacía tiempo que había zanjado la cuestión.

Miró a quienes lo rodeaban y se sorprendió de lo tranquilo que se sentía.

—Lo tenemos acorralado. No puede escapar. Los enanos le han cortado la retirada hacia el corazón de las Tierras del Norte y ahora deberá enfrentarse a nosotros.

Risca levantó el hacha de guerra.

—No le hagamos esperar.

—Un momento —había objetado Bremen; estaba tan abatido y decrepito que apenas lo reconocían bajo la luz vespertina, se había convertido en un hombre delgado y demacrado que no tenía otra cosa en la que apoyarse que

una determinación mellada—. En efecto, nos está esperando. Quiere que lo atacemos. Eso nos tendría que hacer pensar.

El enano tenía una expresión tensa y decidida.

—Espera porque no tiene otra opción. ¿Qué te preocupa, Bremen?

—Piensa, Risca. Quiere luchar contra nosotros porque si ganara, todavía tendría la oportunidad de escapar. —El anciano paseó la mirada por los rostros que tenía en derredor—. Si nos destruye a todos, a los druidas que quedamos y de paso también al rey de los elfos, habrá eliminado de una tacada los peligros más graves que afronta y tal vez eso le facilite un modo de evitar su propia muerte. Así, luego podría esconderse, recuperarse y esperar la oportunidad de regresar.

—A mí no me se me va a escapar —musitó Risca con aire sombrío.

—No lo subestimes, Risca —advirtió el anciano—. No subestimes el poder de la magia que posee.

Entonces se produjo un largo silencio. Risca se acordó de lo cerca que había estado de morir la última vez que había intentado enfrentarse al Señor de los Brujos. Le sostuvo la mirada al anciano y luego la desvió hacia las llanuras cubiertas de niebla.

—¿Qué sugieres, pues? ¿Que no hagamos nada?

—Solo que seamos prudentes.

—¿Por qué no habría que serlo? —El tono de Risca revelaba su impaciencia—. ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¿Hasta cuándo nos vamos a quedar aquí quietos?

—Me está esperando a mí —dijo Jerle Shannara de pronto—. Sabe que he venido para combatirlo. —Los demás lo observaron—. Se enfrentará a mí porque cree que es el camino más fácil. No me teme. Cree que me aniquilará.

—No lucharás contra él solo —se apresuró a decir Preia—. Te acompañaremos.

—¡Todos! —saltó Risca, con tono que desafiaba a cualquiera a que lo contradijera.

—Pero es peligroso —advirtió Bremen, de nuevo—. Que avancemos como grupo. Todos estamos agotados. No tenemos las fuerzas que deberíamos tener.

Esta vez fue Mareth quien terció con una expresión vehemente:

—Nosotros sí que tenemos las fuerzas necesarias, Bremen. —Agarró el cayado druida con ambas manos—. No pretenderás que nos quedemos aquí de brazos cruzados mirando.

—Hemos recorrido un largo camino para ponerle fin a todo esto —se hizo eco Kinson Ravenlock—. También es nuestra lucha.

Todos miraron de hito en hito al anciano: esperaban una respuesta. Este los contempló sin verlos, con la mirada desenfocada y perdida. Parecía estar reflexionando sobre algo que ellos no podían comprender, algo que iba más allá de ese momento y lugar, más allá del peligro inmediato que aguardaba.

—Bremen —dijo el rey con suavidad y esperó a que la vista del anciano se posara en él—. Estoy listo. No dudéis de mí.

El druida lo examinó largamente y luego asintió con aire resignado y cansado.

—Haremos lo que decidáis, rey de los elfos.

Risca ordenó que alzarán las lanzas con los banderines de aviso para que Raybur supiera qué pretendían hacer. Enseguida divisaron una señal de respuesta. Los enanos avanzarían bajo las órdenes de los elfos. Bloquearían la vía de escape hacia el norte ante cualquiera que quisiera huir. Le correspondía a Jerle Shannara y a los elfos cerrar las fauces de la trampa sobre el enemigo.

El rey mandó llamar a Trewithen y a una docena de miembros de la Guardia Real para que lo acompañaran. Risca llamó a seis enanos. Mientras se agrupaban, Jerle Shannara se llevó a Preia aparte.

—Quiero que me esperes aquí —le dijo al instante.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo y lo sabes.

—Estás herida. Te falta la fuerza y la velocidad que tienes cuando estás bien. ¿Cómo pretendes compensarlas?

—No me lo pidas.

—¡Me distraeré si tengo que preocuparme por ti! —Tenía el rostro encendido y los ojos le centelleaban de furia. Bajó la voz y, con un susurro, añadió—: Te quiero, Preia.

—¿Le pedirías a Tay Trefenwyd que se quedara aquí si estuviera con nosotros? —replicó ella, con un hilo de voz. Le dio un momento para que reflexionara la respuesta mientras lo miraba a los ojos. Esbozó una leve sonrisa frágil—. Yo también te quiero. Así que no esperes menos de mí de lo que yo misma me propongo.

En ese mismo instante, Kinson Ravenlock estaba hablando con Mareth.

—¿Estarás bien cuando empiece la batalla? —le preguntó en voz baja.

Ella lo observó sorprendida.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque tendrás que usar la magia y no será fácil. Tú misma me has contado la aversión que le tienes.

—Es cierto —reconoció, y se le acercó más y le tocó la espalda con suavidad—. Pero haré lo que debo hacer, Kinson.

Bremen se dirigió hacia la vanguardia de la compañía y se volvió para mirarlos a todos.

—Nos protegeré con la magia suficiente para desviar el primer asalto, pero no puedo hacer más. Estoy al límite de mis fuerzas. Risca y Mareth deberán resistir por nosotros. Protegeos unos a otros, pero sobre todo, proteged al rey. Ha de tener la oportunidad de usar la espada contra Brona. Todo depende de eso.

—Tendrá la oportunidad —prometió Risca, que estaba justo enfrente del anciano—. Como mínimo, se lo debemos a Tay Trefenwyd.

Entonces, iniciaron la marcha. Jerle Shannara iba en cabeza, Preia Starle junto a él, y los flanqueaban Risca a la derecha y Bremen a la izquierda. El muchacho, Allanon, Kinson Ravenlock y Mareth caminaban unos pasos por detrás. La Guardia Real y los enanos cazadores estaban desplegados a cada lado. Tras estos, avanzaba el resto del ejército. En el norte del campo de batalla, los enanos empezaron a descender del terreno elevado. La luz comenzaba a extinguirse a medida que caía la tarde, las sombras se alargaban y el frío vespertino inundaba el ambiente. Ante ellos, los seres que se mezclaban con la bruma se prepararon para atacar.

Los lobos grises fueron los primeros, arremetieron contra ellos a toda velocidad, en manadas oscuras y a dentelladas, y acuchillaron a las primeras filas de elfos y enanos con los dientes antes de correr a esconderse. Risca lanzó una cortina de fuego druida para dispersar a los que estaban más cerca, pero otros lo atacaron enseguida. Criaturas inmensas, salidas del averno, se materializaron ante ellos, superaron el fuego y apartaron las armas a golpes. Los trolls de las rocas se dirigieron al ataque en formación apiñada, con las picas apuntando hacia adelante en una hilera de puntas de metal que centelleaban. El humo del fuego druida se mezclaba con la niebla y todo el campo de batalla se sumió en una bruma grisácea.

Jerle Shannara siguió adelante intacto. Nada se le acercó a medida que avanzaba entre atacantes que se desviaban hacia los lados. «El Señor de los Brujos te está esperando», le susurraba una voz en las profundidades de su ser. «El Señor de los Brujos te quiere solo para sí».

Los trolls de las rocas cargaron contra Kinson Ravenlock, lo embistieron, y el fronterizo desapareció en una maraña de extremidades enormes. El

cayado de Mareth estalló con una llama azul, pero no podía usar el fuego sin arriesgarse a herir también a Kinson. Hubo elfos cazadores que corrieron a ayudar al fronterizo y cayeron sobre los trolls, pero entonces otras criaturas se enzarzaron en la refriega y la batalla los envolvió a todos.

Un Portador de la Calavera emergió ante Jerle Shannara para asaltarlo, pero entonces dio un paso hacia un lado para retar a Bremen en vez de al rey.

—Viejo —siseó, anticipando un final lúgubre para el druida.

Allanon se colocó ante Bremen de manera protectora: sabía que el druida estaba exhausto, que había usado toda la magia que poseía. Sin embargo, en ese momento, Risca intervino y le asestó un revés de fuego druida con tanta fuerza que lanzó al monstruo hacia atrás y lo convirtió en una ruina chamuscada. El enano se abrió paso a empujones hasta la vanguardia del ataque, con la ropa hecha jirones por la lucha con los lobos grises y la cara llena de sangre.

—¡Venga, venid! —rugió y levantó el hacha de batalla con aire desafiante.

Kinson ya se había vuelto a levantar, maltrecho y conmocionado, y blandía la espada contra los trolls de las rocas que trataban de combatirlo. La Guardia Real y los enanos cazadores cargaron junto al fronterizo y obligaron a los norteños a recular. Más adelante, las lonas de seda oscura de los carruajes y los carromatos ondulaban con los remolinos de niebla como si fueran mortajas.

Jerle Shannara siguió caminando. Ahora estaba solo, con la única excepción de la compañía de Preia. Bremen y Allanon se habían quedado atrás y Risca había desaparecido en el fragor de la batalla. Había elfos cazadores y soldados de la Guardia Real que atravesaban la niebla como una flecha, pero el rey ocupaba ahora un terreno que parecía que nadie se atreviera a pisar. La bruma se escindió y se creó un corredor que la atravesaba. El rey distinguió una silueta cubierta con una capa que lo esperaba al final de aquel pasillo cambiante. La capucha se alzó: en sus profundidades ardían dos ojos rojos como brasas, impregnados de furia y desafío. Era el Señor de los Brujos. Uno de sus brazos se alzó, invitando al rey a acercarse.

«Ven, rey de los elfos. Ven a mí».

Rezagado, Bremen tenía serias dificultades para alcanzar al rey. Ahora se apoyaba por completo en Allanon, que le ofrecía una espalda fuerte sobre la que sostenerse. El anciano había invocado el fuego druida de nuevo y sacaba fuerzas del chico, y aun con todo sufría un agotamiento profundo. Observó cómo el Señor de los Brujos aparecía entre la niebla y cómo invitaba a Jerle

Shannara a que se le acercara con un ademán, y el druida notó que se le cerraba la garganta. ¿Estaba listo el rey para este enfrentamiento o le flaquearía la determinación? El anciano no lo sabía, no lo podía saber. El rey comprendía muy poco la exigente magia de la espada, y tal vez vacilara cuando se encontrara cara a cara con ese poder. Jerle Shannara albergaba una gran fortaleza, pero también muchas dudas. Cuando se encarara al Señor de los Brujos, ¿qué se impondría?

Mareth había llegado hasta Kinson y lo estaba sacando de la refriega mientras hacía retroceder a los trolls de las rocas con fuego druida. Arrasó toda la extensión que tenía delante y los norteños se batieron en retirada ante tal ferocidad. Kinson se tambaleó mientras trataba de seguirle el paso; había sufrido cortes profundos que le atravesaban los costados, la sangre, brillante y carmesí, le goteaba por las piernas y un brazo le colgaba, inmóvil.

—¡Sigue adelante! —le gritó a Mareth—. ¡Protege al rey!

La batalla se había tornado encarnizada y los elfos y los enanos se enfrentaban a los norteños en todos los flancos. Los alaridos y los gritos brotaban bajo la luz crepuscular que se apagaba y se fundían con el entrecocar de las armas y los gruñidos de los hombres que forcejeaban y morían. La sangre empapaba la tierra con manchas oscuras y había cuerpos por doquier, destrozados y contrahechos.

Uno de los carromatos volcó y unas criaturas que parecían hechas de palos y metal salieron en tropel de la base astillada, siseando como serpientes que hubieran surgido de la guarida. Se dirigieron hacia Raybur con intenciones asesinas, pero los enanos que protegían al rey las hicieron recular.

Con los planes frustrados, se volvieron hacia Bremen y Allanon. Se lanzaron contra el anciano y el muchacho en un abrir y cerrar de ojos. Eran seres enjutos y nervudos, retorcidos y sin rastro de rasgos humanos en su rostro achatado y desfigurado, como si se les hubiera dado forma en un parto monstruoso. Superaron a los soldados de la Guardia Real que trataban de detenerlos y se abalanzaron hacia delante a toda velocidad. Allanon trató de invocar el fuego druida, pero esta vez sus esfuerzos no tuvieron recompensa. Bremen estaba sobre una rodilla, con la cabeza gacha y toda la concentración puesta en Jerle Shannara: lo seguía con la mente mientras este se adentraba en la niebla.

Aquello habría comportado el fin para el anciano y el muchacho de no haber sido por Kinson Ravenlock. Mientras se arrastraba tras Mareth, débil a causa de las heridas, vio cómo se articulaba el ataque contra ambos. Reaccionó por instinto, sacó fuerzas de las frágiles reservas que le quedaban y

se arrojó a defenderlos. Llegó ante ellos justo cuando la horda de criaturas monstruosas atravesaba las filas de la Guardia Real. El fronterizo blandió el sable en un amplio arco y abatió a tres criaturas. Entonces acometió contra el resto, las arrojaba hacia atrás y las golpeaba con el arma. Estas arremetían con dientes y garras y Kinson notó cómo le abrían nuevas heridas. Eran demasiadas para que las contuviera él solo y les gritó a Bremen y al chico que corriera. Al cabo de un momento, las criaturas lo arrollaron y lo aplastaron contra el suelo.

No obstante, Mareth lo salvó de nuevo. Apareció entre un gran despliegue de fuego druida mientras el cayado llameaba con violencia. Las criaturas del averno se volvieron para atacarla, pero el fuego las arrojó hacia atrás como si estuvieran hechas vieja y quebradiza madera. Tuvo que hacer frente a un contraataque cuando otros seres se abalanzaron sobre ella, intentando superar el escudo de llamas. Kinson trató de levantarse, pero lo volvieron a echar al suelo en la refriega. Miembros de la Guardia Real, enanos, trolls de las rocas y monstruos llegaron a montones y, por un instante, pareció que todos los soldados que quedaban de ambos ejércitos se habían reunido en ese preciso lugar del campo de batalla.

Más adelante, aislado entre la niebla, Jerle Shannara avanzaba hacia el Señor de los Brujos. Brona había ido creciendo con cada paso que había dado el rey de los elfos y ahora le parecía inmenso. La figura negra bloqueaba la luz en ese extremo lejano del túnel y los ojos le centelleaban con desdén abrasador. Había criaturas que aparecían y desaparecían entre la bruma con una actitud protectora. Jerle sintió que la seguridad le comenzaba a flaquear. Algo surgió de la niebla y le arrebató a Preia. Él se giró para salvarla, pero la elfa ya había desaparecido en la penumbra. El rey se puso a chillar de miedo e ira, pero entonces oyó que ella le susurraba rápidamente algo al oído y le agarraba el brazo, lo que le ayudó a darse cuenta de que la elfa en ningún momento se había alejado de su lado y que lo que había visto era una ilusión.

El Señor de los Brujos prorrumpió en carcajadas perversas y maliciosas.

«¡Ven, rey de los elfos! ¡Ven a mí!».

En ese momento, Preia dio un traspié y cayó al suelo. Jerle se agachó para cogerla sin apartar los ojos de la silueta negra que aguardaba en la distancia, pero ella se apartó.

—Déjame aquí —le dijo.

—No —replicó él al instante, no quería escucharla.

—Soy un obstáculo, Jerle. Te estoy haciendo ir más lento.

—¡No voy a dejarte aquí!

Ella le sujetó el rostro y el elfo notó la sangre que le empapaba las manos, resbaladiza y cálida.

—No puedo tenerme en pie. Estoy sangrando demasiado para seguir. Tengo que parar aquí, Jerle. Tengo que esperarte aquí. Por favor. Déjame, sigue tú.

Lo miró estoicamente, con los ojos anaranjados clavados en los del rey y el rostro pálido y contraído de dolor. Poco a poco, él se levantó y se alejó de ella mientras luchaba por contener las lágrimas.

—Volveré a buscarte —le prometió.

La dejó allí estirada sobre un costado, apoyada sobre un codo y agarrando la espada corta con la mano que tenía libre. Jerle dio solo un par de pasos antes de volver la vista para asegurarse de que Preia estaba bien. Ella asintió para que siguiera adelante. Cuando se volvió por segunda vez, ya no estaba.

Kinson Ravenlock se había puesto de pie otra vez y trataba de blandir el sable contra la horda de enemigos que amenazaban con sepultar a Mareth cuando recibió un golpe tan atroz que se desplomó y quedó tendido en el suelo, dando bocanadas. Mareth se giró hacia él y, al hacerlo, un lobo enorme se abalanzó sobre ella. Antes de que pudiera herirlo con una llamarada de fuego druida, el animal la atacó con tanta fuerza que se le escapó el cayado druida. Mareth se derrumbó mientras el lobo arremetía a dentelladas. Kinson oyó cómo gritaba y, desesperado, trató de acudir a ella, pero las piernas no le respondían. Se quedó allí tendido, escupiendo sangre, con la respiración entrecortada y superficial mientras perdía poco a poco la consciencia.

Entonces, Mareth se desató en una explosión de fuego druida que se extendió en todas direcciones. El lobo que la había atacado quedó incinerado. Cualquier ser que se encontrara en un radio de doce metros a su alrededor quedó reducido a cenizas. Kinson se cubrió la cabeza por instinto, pero el fuego le quemó la cara y las manos y consumió el oxígeno que él trataba de aspirar. El fronterizo soltó un grito sin poder hacer nada y todo desapareció en una llamarada inmensa.

En el corredor de niebla que conducía hasta el Señor de los Brujos, Preia Starle contemplaba cómo un Portador de la Calavera aparecía entre la penumbra y se encaminaba hacia ella. Ya no alcanzaba a ver a Jerle, que se había alejado mucho. Podría haberlo llamado, pero prefirió no hacerlo. Con mucho dolor, consiguió ponerse de rodillas, pero fue incapaz de alzarse más. La frustración la embargó. Con todo, había sido ella quien había insistido en venir. Observó cómo se le acercaba la criatura y sostuvo la espada con actitud protectora ante ella. Tan solo tendría una oportunidad para atacar y, de todos

modos, no sería suficiente. Inspiró hondo mientras pensaba que ojalá tuviera las fuerzas suficientes como para ponerse de pie.

El Portador de la Calavera replegó con suavidad las enormes alas de piel endurecida sobre la joroba y le siseó:

—Pequeña elfa... —Era un susurro lleno de placer, pronunciado mientras le refulgían los ojos carmesí.

Se lanzó hacia ella y Preia echó la espada hacia atrás para asestarle una estocada.

Jerle Shannara había acortado la distancia que lo separaba del Señor de los Brujos y ahora se encontraba a menos de una docena de pasos. Estudió cómo la figura negra y encapuchada cambiaba ante sus ojos como si formara parte de la niebla que se arremolinaba a su alrededor. En las sombras del interior de la capucha dos brasas penetrantes lo observaban, furibundas. Ni un ápice de lo que quedaba de Brona se distinguía. El Señor de los Brujos flotaba sobre el suelo como si no pesara nada, como la cáscara vacía que era. Esa voz extraña y cautivadora continuó llamando al rey de los elfos.

«Ven a mí. Ven a mí».

Y eso hizo Jerle Shannara. Levantó la espada, el talismán que había llevado durante toda la guerra, la magia que no sabía cómo usar, y avanzó para luchar. Mientras se acercaba, un destello de luz danzó sobre la superficie pulida de la hoja, la recorrió entera y se introdujo en el arma. El rey se tambaleó cuando la luz recaló en él y percibió cómo latía, llena de energía. Un arrebató de calor lo embargó, le nació en el pecho y de allí se extendió hasta las extremidades. Percibió que la calidez regresaba a la espada acompañada de una parte de sí mismo para fundirlos a ambos en un solo ser. Ocurrió tan deprisa que hubo terminado antes que pudiera pensar en detenerlo. Se quedó mirando la espada que ahora era una extensión de sí mismo, maravillado, y luego fijó los ojos en la silueta oscura que se erigía ante él antes de desviarlos hacia el mundo de bruma y sombras que lo rodeaba y que comenzaba a desvanecerse.

De pronto, se hundió en las profundidades de su ser, atraído por una fuerza a la que no se podía resistir. Se hizo pequeño mientras el mundo a su alrededor se expandía y pronto se vio reducido a una mota insignificante de vida en un vasto universo rebosante de vidas. Se vio a sí mismo tal como era: casi sin presencia, poco más que polvo. Un soplo de viento lo conducía a través del mundo que un día fue y que un día sería, todos los mundos se revelaban en un tapiz inmenso que se extendía mucho más allá de lo que él

podía llegar a ver viajando. Se percató de que él era precisamente eso: una partícula insignificante en el discurrir general del cosmos.

Entonces, el mundo que sobrevolaba pareció mudar de piel a capas y lo que era brillante y perfecto se tornó oscuro e imperfecto. Todos los horrores y las traiciones perpetrados por todas las criaturas en el transcurso de las épocas se pusieron de manifiesto con breves fogonazos reveladores. Jerle Shannara intentó esquivar el dolor y la consternación que lo embargaba con cada uno, pero era incapaz de rehuirlos. He aquí la verdad de todas las cosas, la verdad que se le había advertido que la espada le revelaría. Se estremeció ante la inmensidad de la verdad, ante la profundidad y amplitud de sus combinaciones. Se sentía horrorizado y avergonzado; despojado de sus ilusiones, se había visto obligado a contemplar el mundo que habitaba y a su pueblo tal y como eran.

En ese momento, le pareció que la determinación le iba a fallar. Sin embargo, las imágenes desaparecieron, el mundo se oscureció y, por un segundo, había vuelto a la neblina y se alzaba, petrificado, ante la imponente figura del Señor de los Brujos mientras la espada de Shannara brillaba con luz blanca.

«Ayúdame», suplicó, pero no había nadie que escuchara su plegaria, estaba completamente solo.

La luz lo inundó de nuevo y el mundo de bruma y sombras se desvaneció una vez más. Volvió a hundirse y esta vez se vio forzado a enfrentarse a la verdad de su propia vida. Con una resolución inexorable, se desplegó ante él e, imagen a imagen, conformó un mosaico de experiencias y situaciones. No obstante, no eran estampas que él quisiera revivir; pertenecían a eventos que prefería olvidar, que había enterrado en el pasado. No había nada de sí mismo que lo hiciera sentirse orgulloso, nada con lo que hubiera querido encontrarse ahora. Las mentiras, las medias verdades y los engaños se le aparecieron como espíritus que lo perseguían. Este era el Jerle Shannara real: un ser imperfecto y lleno de defectos, débil e inseguro, insensible y henchido de falso orgullo. Se le mostró lo peor que había hecho a lo largo de la vida. Se le hizo ver los modos en los que había decepcionado a los demás, en los que había ignorado sus necesidades, en los que los había hecho sufrir. Había dejado de hacer lo que era necesario tantas veces... Se había equivocado tantas otras...

Trató de mirar hacia otro lado. Trató de hacer que la sucesión de imágenes se detuviera. Podría haber huido de lo que salía a la luz si hubiese sido capaz de liberarse de la magia de la espada. Eran las verdades que no era capaz de

afrontar, eran tan duras y cruentas que amenazaban con afectarle la cordura. Tal vez se pusiera a chillar de pura desesperación, no lo sabía con exactitud. En ese momento reparó en el terrible poder que posee la verdad y se dio cuenta de por qué Bremen había estado tan preocupado por él. No tenía la fuerza necesaria para soportarlo, no tenía tanta determinación. El druida se había equivocado al acudir a él. La espada de Shannara no estaba destinada a él. Escogerlo para que llevara la carga era un error.

Con todo, no se derrumbó por completo al presenciar tales imágenes, ni siquiera en lo tocante a Tay Trefenwyd y Preia Starle, ni siquiera cuando le mostraron lo profunda que era la amistad que había unido a los dos elfos. Se obligó a contemplarlas, a aceptarlas y a perdonarse cuando los celos lo atenazaron, y sintió que se tornaba más fuerte al hacerlo. Se sorprendió pensando que tal vez sí que era un arma que pudiera emplearse contra el Señor de los Brujos, porque todo su ser se asentaba en ilusiones. ¿Qué precio le haría pagar la magia a Brona cuando lo obligara a descubrir que estaba hecho de poco más que de los miedos de los hombres, un espejismo que se podía desvanecer con un simple cambio de perspectiva? Tal vez fuera una criatura formada con tanta maldad que ya no le quedaba nada de su humanidad, de su cuerpo y alma, de sus emociones o de su forma de pensar. Quizá la verdad lo repugnaría.

Las imágenes se desvanecieron y la luz se extinguió. Jerle Shannara observó cómo el aire se despejaba y la silueta oscura del Señor de los Brujos se materializaba ante él de nuevo. ¿Cuánto tiempo había tardado la magia en revelarles la verdad? ¿Cuánto tiempo había estado allí petrificado? En ese momento, la figura encapuchada avanzó y eliminó el espacio que los separaba a un ritmo constante e implacable. El Señor de los Brujos siseó, previendo lo que iba a suceder. Las náuseas recorrían al rey de los elfos en oleadas que socavaban la firmeza de su determinación, minaban su fortaleza física y le extraían la valentía que albergaba en su corazón.

«Ven a mí. Ven a mí».

Jerle Shannara se vio a sí mismo como una criatura insignificante, como un ser indefenso comparado con el monstruo que se erigía ante él. Tan inmenso y terrible era el poder del Señor de los Brujos que no había persona capaz de prevalecer. Tan inmutable era el poder que no había magia capaz de vencerlo. La voz le susurraba con insistencia:

«Tira la espada. Ven a mí. No eres nada. Ven a mí».

Sin embargo, el rey de los elfos ya había contemplado la insignificancia de su propio ser, había confrontado lo peor que albergaba en su interior y ni

siquiera la desesperación atroz de la que era presa mientras el Señor de los Brujos se le aproximaba era suficiente para hacerle dar media vuelta. La verdad ya no lo asustaba. Levantó la espada ante él, como un hilo brillante de plata en la penumbra, y gritó:

—¡Shannara! ¡Shannara!

La espada se abatió sobre el Señor de los Brujos y aplastó sus defensas, hizo añicos la magia y se hundió hasta la figura encapuchada que se parapetaba debajo. El Señor de los Brujos se estremeció, tratando de frenar el golpe, angustiado. Pero ahora la luz de la hoja latía hacia las sombras envueltas en ropajes, mientras las imágenes de su propia vida lo asolaban. El Señor de los Brujos retrocedió un paso, luego otro. Jerle Shannara siguió adelante, a pesar de que la ira y el odio que emanaba de su adversario lo repelían, su determinación era implacable. La lucha entre ambos terminaría aquí. El Señor de los Brujos moriría hoy.

Las mangas que le cubrían los brazos se elevaron hacia el rey y una mano esquelética lo señaló con actitud gélida.

«¿Cómo te atreves a juzgarme? ¡La has abandonado y morirá por tu culpa! ¡¿La has dejado sola por esto?! ¡Tú eres el responsable de su muerte!».

Se estremeció al oírlo y contempló un panorama desolador en el que aparecía el cuerpo indefenso de Preia Starle desparramado en el suelo, sangrando y destrozado, mientras un Portador de la Calavera se abalanzaba sobre ella con las garras extendidas. «Ha muerto por mi culpa», pensó el rey, horrorizado. «Porque le he fallado».

La voz del Señor de los Brujos se impuso sobre sus pensamientos.

«Y tu amigo, rey de los elfos. En la Masca Magna. ¡Él también murió por tu culpa! ¡Dejaste que muriera por ti!».

Jerle Shannara gritó de rabia y consternación y, blandiendo la espada como lo haría con cualquier otra arma corriente, asestó una estocada al Señor de los Brujos con toda la fuerza que fue capaz de reunir. La espada cercenó los ropajes oscuros por la mitad, pero la luz que brillaba en la hoja titiló como si se hubiera dañado. El Señor de los Brujos se desplomó, esa voz odiosa se desvaneció en un susurro desesperanzado y los ropajes negros cayeron en una pila.

Atrás quedó una presencia vaga que se escabulló al instante entre la niebla.

El rey de los elfos se quedó paralizado en el silencio que siguió, con la mirada fija en el aire que había ante él; entonces observó los ropajes vacíos con los ojos llenos de dudas y preguntas que eludían cualquier respuesta.

* * *

Mareth se encontraba sola, de pie, en una extensión de terreno calcinado debido a su magia. El fuego druida se había extinguido por fin y el poder que poseía volvía a estar contenido. Había cuerpos esparcidos por doquier, y un silencio extraño e inquietante cubrió el campo de batalla como un paño mortuario. Mareth entrecerró los ojos por culpa de la bruma y advirtió que empezaba a disiparse. Brotó un gemido de angustia, largo y quedo, una cacofonía de voces unidas por la desesperación. Entre la niebla, se alzaron espectros tan incorpóreos como el humo, imágenes sombrías que se recortaban en la luz que se apagaba, sin forma y flotando a la deriva. ¿Acaso eran los espíritus de los muertos? Se elevaron hacia el carmesí del crepúsculo y se esfumaron, como si nunca hubieran existido. En la tierra, los cuerpos de los Portadores de la Calavera se convirtieron en ceniza, las criaturas del averno se desvanecieron y los lobos atravesaron corriendo las llanuras vacías entre aullidos.

«Ha terminado», pensó, anonadada. No se lo podía creer.

La niebla se agitó, se tornó más clara y finalmente se disipó. El campo de batalla quedó expuesto: era un osario, sembrado de cadáveres y heridos, empapado de sangre, abrasado y en ruinas. Justo en el centro se alzaba el rey de los elfos, con la espada apuntando al suelo y los ojos clavados en la nada.

Mareth alargó la mano para agarrar el cayado druida que había perdido durante la refriega. En ese momento, vio a Risca, estirado en una posición nada elegante, entre un montón de cuerpos enemigos. Le habían infligido tantas heridas que tenía la ropa completamente empapada de sangre. Los ojos, abiertos y sin vida, tenían una expresión sobresaltada y estaban fijos en la nada, como si lo hubiese sorprendido que el destino que había eludido tantas veces lo hubiese atrapado al fin. ¿Cuándo lo habían abatido? Mareth ni siquiera lo había visto. Desvió la mirada. Kinson Ravenlock estaba tendido a su espalda, a poca distancia, el pecho se le elevaba y descendía contra el suelo ensangrentado con un movimiento débil. Tras él, un poco más atrás, Bremen y el muchacho estaban agachados en la planicie. Se encontró con los ojos del druida y, por un segundo, ambos se miraron de hito en hito. Pensó en la cantidad de tiempo y esfuerzo que había invertido en encontrarle, en lo mucho que había entregado para convertirse en druida y en el precio que había tenido que pagar. Bremen y ella. Eran el pasado y el presente de ese mundo, el druida en el ocaso de la vida y la druida en potencia. Tay Trefenwyd los había

dejado. Risca había muerto. Bremen era un anciano. Pronto, ella sería la única que quedaba del orden, la última druida.

Apartó la mirada de la de Bremen y recogió el cayado. Lo sostuvo entre las manos como si cargara con el peso de la responsabilidad de ser quién y qué era y observó el campo de batalla, descorazonada.

Las lágrimas le asomaron a los ojos.

«Deja que acabe aquí», pensó.

Entonces, tiró el cayado bien lejos y se agachó para sostener a Kinson contra su pecho.

Jerle Shannara salvó la vida de la reina ese día porque, al provocar que el Señor de los Brujos se desvaneciera, también provocó que se esfumaran los Portadores de la Calavera, incluido el que amenazaba la vida de Preia. Cuando el asaltante de Preia se había visto privado del poder del Señor de los Brujos para sostenerse, se había evaporado. Preia se había recuperado de las heridas y había vuelto con Jerle a las Tierras del Oeste. Juntos, gobernaron la nación de los elfos durante muchos años. Nunca libraron otra batalla, nunca surgió la necesidad de volver a hacerlo. Invirtieron su energía en aprender a reinar en un mundo cada vez más complejo y exigente. Gracias a Vree Erreden, que los aconsejaba, fueron capaces de llegar a dominar el arte de reinar. Tuvieron tres hijas y, cuando Jerle Shannara murió, muchos años después, el mayor de los hijos que habían adoptado, descendientes de Ballindarroch, lo sucedió en el trono. El linaje de los Shannara se multiplicaría y continuaría durante más de dos siglos.

El rey llevó la espada de Shannara hasta el día que murió. Su hijo, cuando lo sucedió, la llevó luego durante un tiempo, y luego hizo que la colocaran en un bloque de trimármol, lo llevaran a Paranor y lo dejaran en la Fortaleza de los druidas.

Kinson Ravenlock no murió debido a las heridas que había recibido, sino que se recuperó tras semanas de convalecencia en el nuevo puesto de avanzada de Tyrsis. Mareth se quedó junto a él y lo cuidó, y cuando se hubo recuperado lo suficiente viajaron hacia el oeste, siguiendo el curso del Mermidon hasta una isla boscosa al amparo de los Dientes del Dragón, donde erigieron su hogar. Vivieron juntos y, al final, se casaron. Al principio, cultivaban la tierra y criaban ganado, pero luego fundaron un puesto comercial y establecieron una ruta de abastecimiento que seguía el río. Otros habitantes de las tierras fronterizas se mudaron para unírseles y pronto se creó

una comunidad próspera y floreciente. Con el tiempo, el asentamiento comercial se convertiría en la ciudad de Kern.

Mareth nunca volvió a usar la magia para la causa druida, sino que usó sus habilidades para curar y se convirtió en una sanadora muy demandada; había gente de las Cuatro Tierras que venía solo para que ella los tratara. Adoptó el apellido de Kinson cuando se casó con él y nunca más se volvió a hablar de sus orígenes. Kinson estuvo muy preocupado por ella durante años, creía que la magia innata volvería a desatarse y socavaría su determinación, pero eso nunca ocurrió. Tuvieron varios hijos e hijas y, mucho después de que ya hubieran dejado este mundo, un descendiente de su linaje tomaría un papel relevante en otra batalla con el Señor de los Brujos.

Raybur había sobrevivido y regresó a su tierra natal con los enanos para emprender la ardua tarea de reconstruir Culhaven y las otras ciudades que el ejército de las Tierras del Norte había destruido. Se llevó el cuerpo de Risca y enterró al druida en los recién replantados Jardines de la Vida, en la parte más alta de un promontorio desde donde se oteaba el río de Plata que serpenteaba a través de los bosques del Anar.

Aquel día, en las llanuras de Streleheim, el ejército de las Tierras del Norte había sido prácticamente aniquilado. Los trolls y los gnomos que habían huido antes, en el Valle de Rhenn, al final encontraron cómo volver a casa. El influjo del Señor de los Brujos había desaparecido y las razas del norte y del este comenzaron el doloroso proceso de reconstruir su vida hecha añicos. Tanto la nación de los trolls como la de los gnomos, tribus por naturaleza, se aislaron del resto de Razas y durante años prácticamente no hubo ningún tipo de contacto. Transcurriría más un siglo antes de algo semejante a la paridad naciera entre derrotados y vencedores y se reanudara el comercio en igualdad de condiciones.

Bremen desapareció poco después de la batalla final. Nadie vio cómo se iba. Se despidió de Mareth y, por medio de ella, también de Kinson, todavía inconsciente. Le dijo a la joven que no volvería a verlos jamás. Tras ese día, circularon rumores que decían que había regresado a Paranor para pasar los últimos años de su vida. Hubo veces en las que Kinson pensó en ir a buscarlo para descubrir la verdad. Sin embargo, nunca llegó a hacerlo.

Jerle Shannara sí que lo vio por última vez, cuando hacía menos de un mes que se había librado la batalla del Rhenn, una noche, tarde, durante tan solo unos minutos. El anciano había ido a Arborlon para hacer desaparecer la piedra élfica negra. Hablaron del talismán entre susurros, como si las palabras

fueran demasiado dolorosas para soportarlas, como si la sola mención de la magia negra pudiera dejarles una marca en el alma.

Esa fue la última vez que alguien lo vio.

El muchacho, Allanon, también desapareció.

Poco a poco, el mundo volvió a ser como había sido y los recuerdos del Señor de los Brujos comenzaron a desvanecerse.

* * *

Habían pasado tres años. En un día radiante y cálido de finales de verano, un anciano y un muchacho subieron las estribaciones de los Dientes del Dragón en dirección al Valle de Esquisto. La edad había arrugado aún más a Bremen, ahora andaba encorvado y las canas que otrora le sembraban el pelo y la barba los habían conquistado por completo. Ya no se movía con facilidad y le empezaba a fallar la vista. Allanon tenía quince años, era más alto y más recio, tenía la espalda ancha y los brazos y las piernas largos, delgados y fuertes. Estaba acercándose a la edad adulta: en el rostro se intuía la sombra oscura de una barba y la voz se le estaba tornando más profunda y áspera. A estas alturas, ya tenía la misma capacidad de Bremen para emplear la magia druida. No obstante, era el anciano quien guiaba y el chico quien lo seguía durante su última travesía juntos.

Durante tres años, Bremen había enseñado a Allanon. El anciano había aceptado que el chico iba a ser su sucesor cuando se hubiera ido, había aceptado que Allanon sería el último druida. Tay y Risca estaban muertos, y Mareth había escogido otro camino. El muchacho era joven, pero tenía muchas ganas de aprender y desde el principio había sido evidente que poseía la determinación y la fuerza necesarias para convertirse en el druida que debía ser. Bremen había trabajado con él cada día a lo largo de esos tres años, le había enseñado todo lo que sabía sobre la magia de los druidas y los secretos de su poder a la vez le había brindado la oportunidad de hacer experimentos con ella y de descubrirla por sí mismo. Allanon había sido un aprendiz inflexible, implacable, como con todo lo que hacía: decidido en extremo, resuelto a conseguir lo que se propusiera. Era listo e intuitivo, y su presciencia no menguaba a medida que se hacía mayor. A menudo, Allanon veía lo que le estaba vedado al anciano, su mente aguda comprendía posibilidades que ni siquiera el druida había advertido. Había vivido con Bremen en Paranor, los dos se habían aislado del mundo y habían estudiado la *Historia de los*

druidas, habían practicado las lecciones que les enseñaban los tomos antiguos. Bremen había usado la magia para esconder su presencia en el castillo vacío de los ojos curiosos. Nadie se había acercado ni los había importunado. Nadie había tratado de entrar.

A menudo, Bremen pensaba en el Señor de los Brujos y en los acontecimientos que habían llevado a su destrucción. Lo había comentado con el muchacho, le había contado todo lo que había sucedido: la destrucción de los druidas, la búsqueda de la piedra élfica negra, la forja de la espada de Shannara y la batalla del Rhenn. Primero le transmitió a Allanon todos los detalles oralmente y luego los grabó en la *Historia de los druidas*. En silencio, Bremen estaba preocupado por el futuro. Su vida se acercaba a su fin. No vería su obra completada. Sería responsabilidad de Allanon y de sus sucesores terminarla. ¡Qué insuficiente le parecía tal perspectiva! No bastaba con albergar la esperanza de que el chico y los sucesores continuaran su obra sin él. La responsabilidad había recaído sobre él, y la mano necesaria para llevarla a cabo era la suya.

Así las cosas, hacía cuatro días, había llamado al muchacho y le había comunicado que las lecciones habían terminado. Saldrían de Paranor para dirigirse al Cuerno del Hades y realizar una última visita a los espíritus de los muertos. Llenaron el morral de víveres y se alejaron de la Fortaleza al romper el alba. Antes de partir, el anciano había invocado la magia que protegía los muros de Paranor y había sellado el antiguo bastión. De las profundidades del Pozo Druida había surgido la magia vetusta que estaba allí contenida, había brotado entre remolinos, rodeada de una pérfida luz verde. Para cuando el anciano y el muchacho estuvieron a una distancia segura, Paranor ya había comenzado a titilar con la translucidez húmeda propia de los espejismos y se fundía poco a poco con la luz del sol mientras se desvanecía en el aire. Tras ese momento, volvería a aparecer y desaparecer a intervalos regulares, a veces en el punto más brillante del mediodía; otras, en plena noche cerrada; sin embargo, nunca permanecía a la vista demasiado tiempo. El chico no había dicho nada, pero el anciano había advertido, por el modo en que miraba, que comprendía lo que estaba sucediendo.

Al atardecer, levantaron el campamento al amparo de los Dientes del Dragón, cerca ya de la entrada del Valle de Esquisto. Cenaron en silencio, contemplando cómo la oscuridad avanzaba y las estrellas se iluminaban. Con la llegada de la medianoche, se alzaron y se dirigieron hacia el borde del valle, desde donde otearon la hondonada de obsidiana. El Cuerno del Hades

brillaba con la luz trémula de las estrellas, tranquilo y plácido. En el valle no se oía ni un sonido. Nada perturbaba la superficie.

—Esta noche te dejaré —dijo el anciano, al final.

El muchacho asintió, pero no abrió la boca.

—Estaré aquí para cuando vuelvas a necesitarme. —Hizo una pausa—. Aunque eso no ocurrirá hasta dentro de muchos años, espero. Pero cuando llegue el momento, aquí es donde tendrás que venir.

El chico lo miró con aire vacilante.

Bremen suspiró al percibir la confusión que reflejaban sus ojos.

—Debo decirte algo que no he dicho a nadie, ni siquiera al mismísimo Jerle Shannara. Siéntate aquí conmigo y presta atención.

Se sentaron en la alfombra de guijarros, dos siluetas solitarias que se recortaban contra la cúpula de estrellas. El anciano guardó silencio por un instante mientras trataba de escoger las palabras que necesitaba pronunciar y las arrugas se pronunciaron.

—Jerle Shannara fracasó cuando trató de aniquilar al Señor de los Brujos —dijo por fin—. Cuando titubeó al usar la espada, cuando permitió que la falta de confianza en sí mismo y la recriminación lo distrajeran, dejó que Brona huyera. Supe que había fracasado porque, aunque estaba demasiado débil tras haber usado la magia druida para seguir adelante, seguí al rey con la mente y fui testigo del enfrentamiento. Vi cómo dudaba en el último segundo y luego intentaba usar la espada como un arma corriente; había olvidado mis advertencias reiteradas de que solo empleara la magia. Contemplé cómo unas sombras oscuras se elevaban entre la bruma cuando los ropajes del Señor de los Brujos cayeron con la estocada final de la espada y, en ese momento, supe qué significaba: la magia había separado al Señor de los Brujos y a los Portadores de la Calavera de sus formas sustanciales, los había obligado a convertirse en espíritus tenebrosos por enésima vez y habían escapado a través del aire, pero no habían sido completamente aniquilados.

Sacudió la cabeza.

—No hay necesidad de comunicárselo al rey. Decírselo no serviría de nada. Jerle Shannara fue un paladín valiente y hábil. Superó las dudas y el miedo que le producía usar la magia druida contra el enemigo más formidable de la historia de las Cuatro Tierras. Y lo hizo en las condiciones más adversas y bajo las circunstancias más crueles y, en muchos sentidos, sí que consiguió cumplir con lo que se esperaba de él. Basta con que venciera al Señor de los Brujos y lo expulsara de las Cuatro Tierras. Basta con que la magia de la espada de Shannara redujera al mínimo el poder del druida rebelde, de modo

que tardará siglos en volver a tener una forma. Hay tiempo de sobra para que el mundo se prepare para cuando eso ocurra. Jerle Shannara lo hizo lo mejor que pudo y creo que deberías dejarlo así.

Los ojos ancianos se clavaron en Allanon.

—Pero debes conocer este fracaso, porque eres quien deberá prepararse para sus consecuencias. Brona está vivo y un día volverá. Yo ya no estaré para enfrentarme a él. Deberás hacerlo tú o, si no tú, otro como tú, aquel a quien escojas como yo te escogí a ti.

Se sumieron en un largo silencio mientras se observaban bajo la oscuridad aterciopelada y envolvente.

Bremen sacudió la cabeza, sin poder contenerse.

—Si hubiera otro modo de hacerlo, lo elegiría. —Lo incomodaba hablar de eso, como si al hacerlo estuviera buscando una excusa para cambiar de parecer cuando sabía que no podía—. Ojalá pudiera estar más tiempo contigo, Allanon. Pero soy viejo y siento cómo me debilito cada día que pasa. He intentado subsistir durante tanto tiempo como he podido. El Sueño del Druida ya no es suficiente. Debo adoptar otra forma si quiero ser de ayuda en la batalla que te espera. ¿Lo entiendes?

El muchacho lo observó con esos ojos negros y penetrantes.

—Lo entiendo. —Hizo una pausa y la luz de su mirada cambió—. Te echaré de menos, padre.

El anciano asintió. El chico ahora lo llamaba así. Padre. El anciano había adoptado al muchacho y a este le parecía adecuado que lo hubiera hecho.

—Yo también te echaré de menos —respondió con un hilo de voz.

Siguieron hablando de lo que ocurriría a partir de entonces, del pasado, del futuro y del vínculo inextricable que unía el primero y el segundo. Compartieron recuerdos que guardaban y repasaron las lecciones que serían más importantes en los años que esperaban al chico.

Entonces, en la hora más lánguida de la noche, cuando el alba estaba cerca, se adentraron juntos en el Valle de Esquisto. La niebla surgió a medida que había empezado a refrescar y ahora cubría el valle como un sudario, lo envolvía en una oscuridad reluciente que ocultaba las estrellas y la luz plateada que estas emitían. Las botas hacían chirriar los guijarros y los corazones les latían agitados ante lo que iba a ocurrir. Notaron cómo el calor corporal los abandonaba a medida que bajaban por la pendiente y luego cruzaban el suelo del valle hacia el lago. El Cuerno del Hades refulgía como si fuera hielo negro, liso e inmóvil. Ni siquiera una onda rompía la superficie reflectante.

Cuando tan solo una docena de pasos los separaba de la orilla oscura del lago, Bremen se sacó la piedra élfica negra de los ropajes y se la entregó al chico.

—Mantenla a salvo hasta que regreses a la Fortaleza —le recordó—. Recuerda para qué ha de servir. Recuerda lo que te he dicho sobre su poder. Ten cuidado.

—Lo haré y lo tendré —le aseguró Allanon.

«Tan solo es un muchacho», pensó Bremen de pronto. «Le estoy pidiendo que se haga cargo de muchísimo, y tan solo es un muchacho». Miró a Allanon de hito en hito sin quererlo, como si al hacerlo pudiera descubrir algo que se había perdido, algún detalle de su personalidad que lo tranquilizara. Luego, se volvió. Había hecho lo que había podido para preparar al chico. Tendría que bastar con eso.

Solo, Bremen se acercó a la orilla del lago y contempló las aguas oscuras. Cerró los ojos, hizo acopio de fuerzas para lo que se avecinaba y entonces empleó la magia druida para invocar a los espíritus de los muertos. Aparecieron enseguida, casi como si estuvieran esperando su llamada. Los gritos escindieron el silencio, la tierra retumbó y las aguas del Cuerno del Hades borbotearon como un caldero colocado sobre el fuego. El vapor silbaba y se alzaron susurros y gemidos que procedían de las profundidades misteriosas. Poco a poco, los espíritus se apartaron de la bruma y las salpicaduras, de la vorágine de negrura, de los alaridos atormentados. Uno por uno, se materializaron ante él: primero, las siluetas pequeñas y plateadas de espíritus menores y luego, la figura oscura, más grande, de Galáfilo.

En ese momento, Bremen volvió la vista atrás, donde Allanon aguardaba, de pie. Entonces advirtió los detalles de la cuarta visión de Galáfilo, aquella que no había comprendido durante tanto tiempo: ahí estaba él, inmóvil ante las aguas del Cuerno del Hades y la sombra de Galáfilo, que se le acercaba a través de la bruma y el torbellino de espíritus perdidos, y Allanon, con una mirada compungida, observaba cómo ocurría todo.

El espectro avanzó a un ritmo constante; era una presencia implacable, una sombra más oscura que la noche que atravesaba. Caminaba sobre las aguas del Cuerno del Hades como si se tratara de tierra sólida y se dirigía hacia Bremen. El anciano alargó una mano para recibir al espíritu, con el cuerpo delgado extenuado y en tensión.

—Estoy listo —dijo, con un hilo de voz.

El espectro tomó al druida en brazos, cruzó de nuevo las aguas del Cuerno del Hades y se lo llevó hacia las profundidades.

Allanon se quedó solo en la orilla, observando en silencio, inmóvil mientras las aguas se calmaban otra vez. Siguió sin moverse mientras la oscuridad se desvanecía y el sol asomaba tras los Dientes del Dragón. En el interior de la cogulla, agarraba con firmeza la piedra élfica negra con una mano. Tenía la mirada acerada y fija.

Cuando el sol hubo coronado el cielo de la mañana y hubo ahuyentado hasta la última sombra del valle, giró sobre los talones y se alejó.



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.